



Literatura en tránsito

La narrativa expedicionaria de la Conquista del Desierto (Argentina 1870-1900)

Autor:

Torre, Claudia Inés

Tutor:

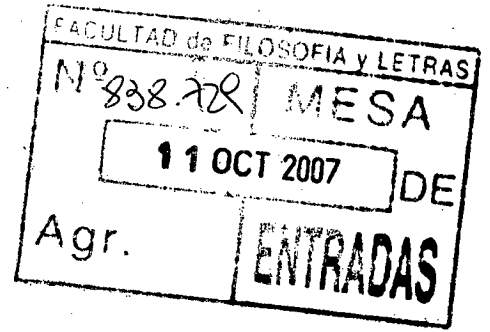
2007

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor en Letras

Posgrado



Tesis
5-4-15



TESIS DOCTORAL

LITERATURA EN TRÁNSITO
La narrativa expedicionaria de la *Conquista*
***del Desierto* (Argentina, 1870-1900)**

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
Dirección de Bibliotecas

Claudia Inés Torre
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Índice

Introducción. Los libros del desierto argentino.....	4
1. La narrativa expedicionaria: autobiografía de un guerra.....	4
2. Las conquistas de los desiertos.....	10
3. De la gesta patriótica al genocidio.....	14
4. <i>Dispositio</i>	24
5. Desierto-mundo o de cierto mundo.....	25
Capítulo I. Escrituras del Estado. Escrituras institucionales.....	27
1. La intervención del Estado.....	27
2. La construcción de un problema. La conquista como hecho necesario....	33
3. Santiago Arcos. La previa.....	35
4. Álvaro Barros. Denuncialismo o “los males que conocen todos”.....	40
5. Estanislao Zeballos. La puesta en escena de todas las líneas de fuerza.....	46
6. Alfred Doering y Pablo Lorentz. Ciencia militar o guerra científica.....	61
7. Los indios no tienen cura. Antonio Espinosa, el Arzobispo Aneiros, los salesianos.....	74
Capítulo II. ¿El Estado soy yo? La autobiografía en el relato expedicionario...84	
1. Protagonizar, intervenir, ser parte. Los hombres públicos en la Argentina del siglo XIX.....	89
2. Indios y militares en la guerra de frontera.....	95
3. Ejército y trayectorias públicas.....	98
4. Descriptores, analistas, denunciadores y voceros.....	104
5. El garante: Julio A. Roca.....	106
6. Francisco P. Moreno: escritura pública, escritura personal.....	108
7. Tipología de las escrituras en primera persona en el relato de la frontera....	115
El yo como un compilador de voces subalternas.....	115
El yo para hacerse cargo del exceso.....	117
El yo para ordenar las identidades.....	121
El yo para cuestionar los estereotipos.....	123
El yo puramente anecdótico.....	124
El yo de la vieja política y del nuevo orden.....	125
Capítulo III. Instituciones, expedicionarios y libros: la escritura por encargo..127	
1. El Estado editor.....	127
2. Autobiografía y edición: el contrato.....	134
3. Prólogos y dedicatorias: espacio de una relación contractual de partes.....	138
Álvaro Barros: El ocaso de la lectura política de la frontera.....	138
Estanislao Zeballos y Francisco Moreno. La legitimación de los saberes específicos.....	141
Ramón Lista y Manuel Olascoaga. La exploración, la academia y la función pública.....	143
Roberto J. Payró. La crónica como relato diagnóstico.....	148
La escritura fuera del contrato: Ignacio Fotheringham, Remigio Lupo, Manuel Prado, José Daza, Guillermo Pechman.....	156

4. Librerías de Buenos Aires. Geografía, relatos de viaje, historias de frontera...	159
5. Esbozo de una historia de las ediciones.....	164
Capítulo IV. El relato expedicionario. Las formas de contar la guerra.....	173
1. La narrativa expedicionaria. Presentación general.....	181
2. Contar la guerra.....	189
3. El ejército.....	192
4. La representación del enemigo.....	198
5. La vida en Guerra.....	206
La monotonía.....	206
El <i>vivac</i> : la sociabilidad militar.....	209
El sentimiento. La amistad en campaña.....	211
Los castigos. El dolor. La melancolía.....	213
La corrupción.....	216
El nomadismo. Las marchas.....	218
6. El arrojo en crudo. Heroicidad expedicionaria vs. caza de hombres.....	210
7. La <i>Conquista del Lejano Oeste</i> norteamericano y la <i>Conquista del Desierto</i> argentino..	219
Capítulo V. Literatura del desierto. Topos y metáforas de la narrativa expedicionaria.....	233
1. De expedicionarios a escritores. La conversión de la experiencia en literatura ...	236
2. El espectáculo Mansilla.....	241
3. El western. <i>La conquista del Oeste</i> y <i>Pampa Bárbara</i>	245
4. Estética del bandidaje: los indios en la narrativa expedicionaria.....	251
5. “La inalterable verdad de las cosas abolidas”. Documento <i>versus</i> ficción.....	256
6. La novela del desierto: <i>Calbucurá</i> , <i>Painé</i> , <i>Relmí</i> . La trilogía de Zeballos.....	263
7. Préstamos y herencias.....	276
8. Legados.....	280
Bibliografía.....	283

INTRODUCCIÓN

Los libros del desierto argentino

La narrativa expedicionaria: autobiografía de una guerra.

“¿A qué distancia está la Patagonia
de Júpiter o de París?”
Estanislao S. Zeballos

En la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX, hubo hombres que hicieron 3500 kilómetros a caballo para conocer e intentar dominar un territorio que consideraban parte de la nación. Esos hombres combinaron la práctica del viaje *tierra adentro* con otra práctica que tejía la raigambre de la intemperie pero también la de la introspección: la práctica de la escritura. Los libros que escribieron y publicaron ofrecen relatos de y sobre el desierto argentino del siglo XIX, de sus experiencias arduas en esas geografías, de sus relaciones con individuos diferentes a ellos, todas experiencias que vivieron como fundacionales y que supusieron incertidumbres múltiples a las que ellos y quienes los enviaban debieron enfrentarse.

El resultado de esas experiencias es –entre otras cosas– un conjunto de obras, escritas entre 1870 y 1900, y vinculadas a un acontecimiento de la Argentina del siglo XIX: la denominada “Conquista del Desierto”¹. Llamaré al conjunto de estas obras: Narrativa

¹ La expresión “Conquista del Desierto” ha sido más frecuentemente usada que la de “Campania al Desierto”. La historiografía revisionista se encargó de establecer la diferencia entre la conquista de Roca en 1879 – sanguinaria y exterminadora– y la campaña de Rosas de 1833 –que recuperó cautivos y procuró pactos, tratados y negociaciones con las tribus–. El término “desierto” no remite a una geografía de beduinos, arenas secas y sol recalcitrante –como se sabe– sino al espacio que está más allá de la línea de frontera, habitado por diversos grupos aborígenes –generalmente nómades– (Castellán, 1979). Yo mantendré la denominación epocal “Conquista del Desierto” a lo largo de todo el trabajo, aunque la expresión correcta es, por cierto: Conquista al desierto. La variación pronominal encierra, como es de esperarse, interesantes merodeos semióticos. La expresión “Conquista del Desierto” podría interpretarse en sentido inverso al de su uso habitual durante el siglo XIX. Es decir, desierto como sujeto de la acción, el desierto es quien conquista y no el conquistado. A su vez, la expresión también podría leerse en sus sentidos paradójales: ¿si estaba desierto qué es lo que había que conquistar? Pregunta que inmediatamente pierde sentido cuando entendemos lo que la palabra “desierto” denominaba en el imaginario argentino del siglo XIX. La expresión se inscribe en la cultura argentina con una fuerte impronta alberdiana por aquello de “Gobernar es poblar”, por lo tanto se hacía necesario que hubiera una ausencia de *pueblos* que fue concebida como una ausencia de *población*, cosa que –en rigor– no era un hecho real, por lo que entonces los expedicionarios del desierto concibieron como desierto a las tierras pobladas (“los generales Rosas y Roca hicieron campaña para convertir la tierra india en el desierto” escribía irónicamente Martín Caparrós en un artículo del 2001) o, ya no como práctica experiencial sino como actividad simbólica inventaron el desierto como condición de posibilidad de una cultura y de una literatura (Jens Andermann, *Mapas de poder*, 2000).

Expedicionaria.² Textos militares, científicos, políticos y periodísticos, escritos antes, durante o después de la conquista intentaron dar cuenta de esa experiencia específica. Las obras conforman una *narración transversal* que, como práctica, atraviesa diversos sujetos, diferentes instituciones y múltiples órdenes discursivos: literario, científico, militar, político. Esa transversalidad constitutiva del corpus también alcanza a los géneros codificados – memorias militares, recuerdos, crónicas, autobiografías, partes, cartas, telegramas, descripciones geográficas, relatos de viaje-.

Las obras presentan un marcado carácter institucional tal como los viajes expedicionarios que narran. Pero además están escritas en primera persona. He aquí su especificidad: el dispositivo de enunciación está atravesado por la tensión entre el yo y la institución y ésta puede leerse en el plano de la escritura.

Este trabajo es, entonces, un estudio sobre los libros expedicionarios que cuentan la experiencia del viaje “tierra adentro” -también denominado viaje a la frontera-, en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX. No se trata de un relevamiento sobre la *Conquista del Desierto*, si bien he querido tener en cuenta las razones y sentidos de ese acontecimiento. Es un estudio sobre los libros y las narraciones del acontecimiento, pero en particular, sobre sus procedimientos de escritura y sus formas de circulación y recepción, atendiendo al peculiar modo en cómo llegaron a formar parte del patrimonio cultural argentino. Es ciertamente un estudio de literatura: de literatura argentina del siglo XIX, porque alude a las formas culturales diversas en que un *enunciado literario* (esto es: una secuencia de palabras cuya discursividad remite a una producción literaria y a convenciones estéticas) ha intervenido en discursividades militares, políticas, científicas, eclesiásticas o periodísticas. El funcionamiento de esa literatura no está definido sólo por novelas, poemas o movimientos estéticos sino por prácticas culturales. He pensado que estos textos son una parte importante de esas prácticas y he querido también comprender y estudiar el universo de sentido que los hizo posibles.

Me interesó desde un principio la idea de “el viaje al desierto”. Formulada en esos términos, la expresión podía sonar natural en el mundo decimonónico de entonces. Sin embargo, leída en perspectiva encierra muchos interrogantes que no son por cierto, sólo de carácter retórico.

² En tanto corpus esta narrativa no ha sido relevada anteriormente en estos términos. Sólo algunas de estas obras han sido trabajadas de manera individual o como parte de otras series o rutas de investigación.

El desierto lo era por contrapartida con espacios poblados y sin la zona de contacto con esos espacios poblados no se hubiera entendido que además de una geografía implicaba - sobre todo- un concepto. Un concepto que se construía en relación, que involucraba a otros conceptos y cuya autonomía de significado se establecía en red. Porque desierto designaba lo que no era ciudad y lo que no era frontera, e incluso lo que estaba fuera del mundo de las naciones. Sin embargo, sin la ciudad, la frontera y el mundo, el desierto no se explicaba. Finalmente hasta podía pensarse que el desierto era lo que la ciudad quería que fuera. O no era nada. La condición de *exterioridad* del desierto resulta -desde todo punto de vista- fundamental. Por lo tanto, fui comprendiendo que estudiar estos libros que hablaban del desierto, suponía hablar de un universo mayor y muy heterogéneo, una de cuyas partes era efectivamente el desierto. El trabajo de conceptualización de esa geografía fue una contundente operación intelectual de la Generación del '37.³ *La cautiva* de Esteban Echeverría comenzaba sus versos presentando la imagen de un desierto. Toda la obra -uno de los clásicos del siglo XIX- consistirá en investir ese espacio natural de una entidad funcional a una estética y a un programa político. El desierto se convertía así claramente en el exterior de otra cosa. A su vez, presentaba verdaderas encrucijadas si se piensa en sus posibilidades de representación porque se trataba de un espacio pensado como límite y a la vez como ámbito de posibilidades infinitas. En el arco que iba de su figuración como una entidad abstracta y simbólica hasta las representaciones que lo mostraban como un espacio político, económico y social, el desierto se presentaba siempre como un problema. Gabriela Nouzeilles ha trabajado estas variables y ha propuesto pensar el desierto patagónico como espacio heterotópico que en la modernidad se constituye como una formación social de crisis, articulación imperfecta de la utopía, o como el espacio otro del Estado moderno, energía primitiva de la que el Estado se quizo apropiarse.⁴ El desierto entonces, no era totalmente seco, ni totalmente plano e incluso, estaba habitado. Sus fronteras eran, además, imprecisas. Un Tribunal Arbitral de la época señalaba: "Para que un accidente natural constituya una frontera eficiente entre estados debe reunir dos condiciones

³ Jens Andermann señala que la Generación del 37 "no imagina una nación para el desierto sino que imagina, en primer lugar, ese mismo desierto que es el primer contenido, una letra que pretende su ausencia. (...) El espacio y el paisaje no sólo 'están en el origen de los problemas políticos y literarios' que se plantean los jóvenes románticos, sino que la construcción lingüística de ellos como originalidad pre-lingüística es la primera operación autorizadora de un proyecto ideológico y estético." (*Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2000).

⁴ Véase "Heterotopías en el desierto: Callois y Saint-Exupéry en Patagonia" en *Margenes. Revista de Cultura*. Nro 5, Belo Horizonte, jul-diez, 2004.

primordiales: fácil de reconocer, difícil de cruzar”.⁵ La afirmación —posterior a la *Conquista del Desierto*— intentaba describir y precisar qué debía ser una línea de frontera pero en su reverso sugería aquello que no había sido una línea de frontera en el territorio argentino de entonces.

La Narrativa Expedicionaria está constituida por los siguientes conjuntos de obras (sus títulos figuran en el apartado “Corpus” de la *Bibliografía*):

- Las obras que cuentan viajes a la frontera en los años previos a la Expedición al Río Negro de 1879, liderada por Julio A. Roca: entre 1869 y 1878. Son sus autores: Santiago Arcos, Nicolás Avellaneda, Álvaro Barros, Ramón Lista, Adolfo Alsina, Francisco P. Moreno, Antonio Aneiros como recopilador y Estanislao Zeballos. Se trata de obras que refieren la situación de la frontera y que van definiendo ejes con respecto a la relación con los indios y a las formas posibles de la guerra y de la conquista del territorio.
- Las obras de los propios expedicionarios, es decir los que formaron parte de alguna de las cinco columnas de la Expedición al Río Negro liderada por Julio Argentino Roca. Narran la experiencia concreta de la vida en campaña y en fortines, y sus autores publican sus escritos durante el transcurso de la expedición (en forma de crónicas periodísticas) o al regresar, en los años inmediatamente posteriores (1879-1881). Ellos son: Julio A. Roca, Manuel Olascoaga, Eduardo Racedo, Conrado Villegas, Antonio Espinosa, Adolfo Doering y Pablo Lorentz, Alfred Ebelot, Remigio Lupo. Son textos escritos desde la experiencia efectiva y la participación y cuentan la cotidianeidad y los detalles del acontecimiento.
- Las obras que son escritas y/o publicadas al mismo tiempo que el Ejército expedicionario avanza hacia el Río Negro, en los meses previos o posteriores a abril de 1879 y cuyos autores, sin embargo pese a estar muy vinculados con la Conquista, no formaron parte de la Expedición. Se trata de textos claves para comprender el clima y las expectativas en relación con la conquista del territorio. Allí están Francisco Moreno, Ramón Lista y Estanislao Zeballos.

⁵ *Memoria presentada en nombre del gobierno de Su Majestad Británica al Tribunal Arbitral entre SMB y los Estados Unidos de Venezuela*, Londres, 1899, pág. 145. (contiene 141 láminas con mapas y fotos sobre el límite argentino-chileno).

- Las obras que se escriben después, a partir de 1881 y hasta 1900 (e incluso algunas que se publican en la primera década del siglo XX) y que narran algunas expediciones posteriores a las de Roca o algunos viajes posteriores de relevamiento científico y que funcionan como trabajos ratificadores y legitimadores de la Expedición del '79. Resultan registros evaluadores. Auditorias *post-factum*. Tal es el caso de Estanislao Zeballos, Eduardo Gutiérrez, Conrado Villegas, Manuel Olascoaga, Francisco Moreno, Ramón Lista y Roberto J. Payró.
- Las obras de expedicionarios que formaron parte de la campaña y que escribieron relatos autobiográficos con posterioridad (15, 20, 25 años después) en los que la experiencia de la guerra y de la vida en el ejército aparece como un pasado lejano. Como un certero ejercicio de memoria personal y colectiva, ellas también evalúan los hechos pasados pero sobre todo dan testimonio de la clausura definitiva del acontecimiento. Entre ellas Manuel Prado, José Daza, Alfred Ebelot.⁶

Todas las obras se escribieron y publicaron durante las presidencias de Sarmiento, Avellaneda, Roca, Pellegrini y Juárez Celman, entre 1870 y 1900, años en los que el enfrentamiento con las tribus de indios adquiría perfiles cada vez más específicos e iba ocupando el centro de la escena. De todos estos presidentes constitucionales -importantes legitimadores de la escritura expedicionaria y del trabajo intelectual- hay que señalar a dos, en particular: a Nicolás Avellaneda (1874-1880) que fue el más vehemente operador en la cuestión fronteras y a Julio Argentino Roca (1880-1886, 1898-1904) quien convirtió la propia experiencia militar expedicionaria -"ministro en campaña"- en programa político y candidatura presidencial.

La vinculación de estos textos con la *Conquista del Desierto* tiene diversos aspectos a considerar. Las obras escritas antes de 1879 (año crucial del acontecimiento) son las que, en verdad, relevan la situación de frontera como un problema presente. Sin embargo, como se sabe, -las obras y los documentos de la época lo demuestran- la conquista de la frontera no era el tema más urgente ni el más importante del período. De modo que hay que tener en cuenta que los textos han debido construir la necesidad del acontecimiento y señalar un estado de situación que era más inherente a las obras mismas que a los hechos. La mayor producción se registra, obviamente, en el año 1879 y es en ese año cuando cubre todos los órdenes: político,

⁶ Como se observa, algunos autores están presentes en más de un grupo. Esto se debe a que han escrito obras antes, durante y después de la Expedición del '79.

militar, científico, religioso, periodístico e inclusive fotográfico. Algunos de estos textos han sido estudiados, pensados o discutidos en el interior de otros *corpus* que de manera más genérica recibieron el nombre de "Literatura del Desierto" o "Literatura de frontera."

David Viñas trabajó gran parte de estos libros a los que incluyó en el conjunto "literatura de frontera correspondiente a 1879" y dijo de ella que no "resulta solamente testimonial en tanto consignadora de episodios, figuras, espacios o detalles, sino que -a cada momento- intercala elementos teóricos: especula, en especial sobre la conquista, la interpreta, recuerda sus fundamentos iniciales, insiste en sus componentes doctrinarios, aplaude, descalifica y hasta propone sanciones cuando presiente que una trayectoria general ha sido olvidada o tergiversada".⁷

Adolfo Prieto, en su *Diccionario Básico de Literatura argentina* publicado en 1968 por el *Centro Editor de América Latina*, articuló la entrada: "literatura de fronteras". Allí, de manera muy sucinta Prieto explicaba sobre todo la existencia de un tema -el de la frontera-, como "mundo fascinante en el que la aventura, el heroísmo y la abyección intercambiaban un cotidiano juego de máscaras" y destacaba dos clásicos de la literatura argentina del siglo XIX: *Martín Fierro* y *Una excursión a los indios ranqueles*. El crítico también incluía allí las obras más literarias de Estanislao Zeballos así como también *Fronteras y territorios federales* de Álvaro Barros y las semblanzas biográficas de militares escritas por Eduardo Gutiérrez (*Croquis y siluetas militares*). Sin embargo, no hay ninguna referencia a la *Conquista del desierto* como acontecimiento ni a la producción específica escrita en torno a ella. Unos años antes, el *Diccionario Histórico Argentino* de Ricardo Piccirilli, Francisco L. Romay y Leoncio Gianello (tomo III) había incluido una entrada que titulaba "Fronteras interiores" en la que se ofrecía una secuencia vinculada a la constitución de esta narrativa con obras escritas entre el siglo XVIII y 1950, aproximadamente.

Ahora bien, estos *corpus* más amplios que el que he decidido estudiar y organizar en esta investigación, refieren una producción que da cuenta de una experiencia de frontera que puede abarcar todo el siglo XIX (e inclusive siglos anteriores). En este trabajo, me he propuesto, en cambio, estudiar la narrativa vinculada a la Expedición de 1879 y a una guerra moderna que, como se verá, no se reduce a lo bélico sino también a un programa vinculado a la construcción de un país: distribución de gente excluida, asignación de tierras a grandes terratenientes y cuadrangulación de la pampa, -que algunos autores describen como el

⁷ *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1982, pág. 51.

resultado de una alianza entre ciencia, técnica y aparato militar-. Un país que intentaba proyectarse -tras el sueño territorial- hacia el mundo y hacia el futuro.

Las conquistas de los desiertos

La Expedición al Río Negro encabezada por Julio Argentino Roca se realizó entre abril y julio de 1879. El ejército estaba constituido por 6000 hombres y “redujeron” a más de 14.000 indios.⁸ Pero, en rigor, la *Conquista del Desierto* se llevó a cabo entre 1878 -año en que el todavía ministro Julio A. Roca dirige un mensaje al Poder Ejecutivo Nacional pidiendo llevar la ocupación militar hasta el Río Negro⁹ - y 1885, año en que el cacique manzanero Valentín Saihueque ingresa capturado en la ciudad de Buenos Aires. Como hecho histórico la Conquista no remite a un singular o a un único tipo de acontecimiento. Si bien la figura de Roca confería unidad militar y política a todas las acciones, la conquista se conformó a partir de una serie de hechos muy diversos: operaciones pequeñas que antecedieron a la constitución de cinco columnas del ejército: la del propio Julio A. Roca, y Conrado Villegas (a la que se sumaron Vintter y García), la de Nicolás Levalle, la de Eduardo Racedo, la de Napoleón Uriburu, y la de Hilario Lagos. Cada una de estas columnas expedicionarias tenía sus particularidades. Sin embargo, la historia y los relatos de la conquista provienen sólo de la primera. Las tribus mapuches “vencidas” eran muy diversas: salineros, ranqueles, puelches, pehuenches, huiliches, manzaneros, tehuelches y onas. A su vez, tribus y caciques cuyos jerarquías internas y pactos políticos eran muy variados y cuyo poder e influencia regional (espacial y temporal) era muy asimétrica, tenían relaciones muy diversas con sectores del poder político y económico de Buenos Aires, no siempre definidas por el enfrentamiento.

Lo que dio en llamarse en singular “Conquista del Desierto” no se conformó sólo de un ejército avanzando sino también de una campaña previa que implicó múltiples mensajes al Congreso Nacional. Discursos, leyes, decretos, resoluciones, mensajes y proclamas tuvieron, probablemente, más impacto que las acciones bélicas *in situ*. Además, hubo una serie heterogénea de pactos, tratados y acuerdos con algunas tribus. Entre otras cuestiones, esos pactos remitieron a su vez a un sistema de distribución de indios que el Estado argentino ideó para sus prisioneros de guerra, durante y después de la conquista los cuales en su carácter de

⁸ Carlos Martínez Sarasola cuenta 14.152 bajas entre abril y julio de 1879 (*Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina*, Emecé, 2004, pág. 259)

⁹ Roca, Julio Argentino *Mensaje al Congreso Nacional. Congreso Nacional, Cámara de Diputados*, año 1878, 39 sesión ordinaria.

capturados -indios de lanza prisioneros, prisioneros no combatientes, indios reducidos voluntariamente, familias de indios-, representaron luego una población importante en la ciudad de Buenos Aires. En los periódicos de la época -*La Prensa, La América del sur o El Nacional*- no se discutía sobre la necesidad de someter o no al indio sino sobre las condiciones en que esos indios debían ser “incorporados” a la sociedad.¹⁰ Cómo debían ser “civilizados” y cómo debía llevarse a cabo esa tarea. Esa “incorporación” era, por cierto, una forma del sometimiento -no de la integración- pero habla de prácticas específicas y construye un imaginario en torno a la figura del otro. *La Conquista del Desierto* no fue un hecho militar puro. Implicó mensajes, pactos, intervenciones científicas de relevamiento topográfico y sistemas de distribución poblacional. Y supuso acciones diversas a lo largo de varios años.

La producción escrita en torno a este acontecimiento reviste la misma heterogeneidad y diversidad que éste supuso como hecho fáctico. En rigor, no hubo, -a pesar de que hubiera sido operativo para la gran maquinaria publicitaria que se puso en juego para promocionarla-, una obra específica de alguno de sus protagonistas principales que narrara alguna de las expediciones acabadamente.¹¹ Probablemente pueda considerarse que el o los textos literarios sobre el desierto argentino, ya habían sido escritos en años anteriores. Si se piensa en el impacto que había producido *La Cautiva* (1838) de Esteban Echeverría en los primeros años del romanticismo rioplatense o en la eficacia de una obra como el *Facundo* (1845) de Domingo F. Sarmiento, o en el *Martín Fierro* (1872-1879) de José Hernández así como en *Una excursión a los indios rónqueles* (1870) de Lucio V. Mansilla puede verse que el motivo del desierto, el malón, la partida, los desertores y la frontera ya eran, en los años '70, temas recurrentes de la literatura

¹⁰ MASÉS, Enrique, *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910)* Prometeo, Buenos Aires, 2002.

¹¹ La única representación “acabada” no pertenece al mundo de la escritura sino al de las artes plásticas: *La ocupación militar del Río Negro por el Ejército Nacional el 25 de mayo de 1879* del pintor uruguayo Juan Manuel Blanes, encargada por Julio A. Roca, en el décimo aniversario del acontecimiento. Unos años después, en 1892, *La vuelta del malón*, de Ángel Della Valle ofrecía la imagen de un malón aunque muy distinta a las imágenes de los malones anteriores a 1879: no se trataba -como lo explica Laura Malosetti Costa- de “la representación de un conflicto presente en forma real o potencial, como aquéllas, sino que aparecía como una evocación de la “vida del desierto” en un pasado próximo pero ya superado (...) En ese mismo año Blanes comenzaba a pintar (al parecer por encargo de Carlos Pellegrini) su enorme tela *Los conquistadores del desierto*, que terminaría en 1896, que le valió una medalla de bronce en la Exposición Universal de 1900. La pintura de Della Valle parece orientarse en el mismo sentido que ésta: de glorificación de la campaña de Roca, mostrando la otra cara de la moneda, es decir, aquellos males que ese ejército habría conjurado.” (Véase Laura Malosetti Costa *Los primeros modernos. Arte y Sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001).

argentina. Pero lo cierto es que el acontecimiento de la *Conquista del Desierto* en sí mismo no tiene, como podría esperarse, su contrapartida literaria. En su lugar, hay una multiplicidad de textos con cierto carácter fragmentario, no porque sus autores se lo propusieran sino porque probablemente ninguno de esos textos fue escrito con un afán totalizador. Más bien sucede que ese relato se fue constituyendo a través de una variada textualidad, contenida en historias de la guerra en el desierto, relatos expedicionarios previos y contemporáneos a los hechos, crónicas periodísticas, memorias militares, semblanzas biográficas, mensajes al congreso nacional, partes telegráficos, cartas que se envían jefes de uno y otro bando, capitulaciones, convenios y tratados.¹² Todos estos escritos entablan un diálogo velado y complejo con los relatos de la literatura argentina en formación antes mencionados cuyas escenas, imágenes y estereotipos intentaron, muchas veces, emular o reescribir. Y hay que sumar también a esta serie a las obras de los viajeros extranjeros -la mayoría ingleses- que recorrieron el territorio argentino en la primera mitad del siglo XIX. Historias del *viaje-tierra-adentro* en los confines sudamericanos.

Por su parte, el consumo de lectura del público en los años previos a la Expedición de Roca estaban atravesados por la novedad y el impacto de la publicación de la *Ida y la Vuelta del gaucho Martín Fierro*.¹³ ¿Era posible, entonces, hacer circular materiales acaso aburridos, ásperos, destinados a públicos acotados y muy enmarcados como los oficiales del Ejército o los profesores naturalistas del Instituto Geográfico Argentino? ¿Tenían estos autores interés en ampliar el público? ¿Era posible? ¿Cómo?

El momento de producción y circulación de las obras coincide con un período (1870-1900) en el que en la ciudad de Buenos Aires hay una marea febril: los periódicos, las imprentas, los editores, las librerías, la profesionalización del escritor y la autonomización de la literatura ofrecen un panorama muy activo desde el punto de vista cultural y mercantil. Ese mundo urbano absorberá de modo particular esta narrativa expedicionaria de geografías más que lejanas que le trae un relato sobre la guerra de frontera y sobre la conquista del territorio en una serie que no pertenece a los conquistadores del siglo XVI ni a los guerreros de la Independencia. Los préstamos y herencias que esta narrativa recibe de la literatura argentina

¹² También se vincula a estas obras la producción iconográfica: fotos, dibujos, cuadros y mapas, que si bien no constituyen una producción escrita, indagan en el plano de la representación de los hechos.

¹³ PRIETO, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Emecé, 1988.

del siglo XIX son múltiples. Complejas apropiaciones de una serie de obras que clausuran el imaginario romántico sobre el mundo salvaje del desierto.

Los autores de la Narrativa Expedicionaria no son escritores ni "literatos", exceptuando los casos de Eduardo Gutiérrez (*Croquis y siluetas militares*) y de Roberto J. Payró (*La Australia Argentina*). Sin embargo, eso no significa que se pueda pasar por alto las dimensiones literarias de sus escritos. Leer los recursos de esta narrativa como meros ornamentos de una discursividad no literaria impediría entender el complejo estatuto de las obras que la componen, en tanto que estas son, sin lugar a dudas, verdaderos objetos culturales. Implicaría también negar la capacidad de representación de las experiencias políticas y fundacionales que caracterizó a la literatura argentina del siglo XIX. Me interesa la dimensión literaria de estos textos, dimensión por cierto problemática por su presencia indiscutible en las obras y sobre todo por la distancia que sus autores pretenden establecer con ella, en particular en el caso de ciertas memorias militares.

No he querido leer la Narrativa Expedicionaria de la *Conquista del desierto* como un conjunto de voces pasivas e impersonales de las instituciones porque me encontré con prácticas activas que no sólo representaban a las instituciones, sino que también las cuestionaban, las modificaban y las refuncionalizaban. Sostengo pues, que estos textos tienen en común, por un lado: el uso de un lenguaje figurativo para definir asuntos institucionales de Estado y por el otro, la tensión entre el nombre propio y las instituciones del Estado moderno. Se trata también de obras que tienen un fuerte carácter contractual porque sus textos están escritos, la mayoría, por encargo y están contruidos no sólo a partir de la experiencia personal del viaje *tierra adentro* -del viaje hacia la frontera-, sino también a partir de demandas generalmente institucionales o de terceros. No he querido identificar-sobreponer-yuxtaponer individuo con estado (Roca es el Estado, el Perito Moreno es la cultura científica del Estado expedicionario, Barros es el latifundio, Villegas es la oligarquía terrateniente, el ingeniero francés Alfred Ebelot es Francia). Este trabajo quiere tomar distancia de esas generalizaciones porque si bien es cierto que estos individuos tuvieron un grado de representatividad importante, no es menos cierto que sus acciones operaron sobre las propias instituciones modificándolas. Por lo tanto para proceder a un estudio detallado y riguroso es importante separar individuo de institución sin que ello implique desentenderse del grado de imbricación que hay entre ambos. En lo que respecta a la impronta autobiográfica de las obras, se trata de un uso específico de la escritura en primera persona. El *yo expedicionario* ayuda a configurar la

forma del encargo en el interior de las obras (en las zonas paratextuales: prólogos y apéndices en particular). Para responder a la demanda externa construye enunciados en los que la primera persona tiene un desarrollo clave. Es entonces una delicada filigrana a través de la cual sujetos individuales y sujetos colectivos construyeron un orden de cosas. Si con *Facundo* en los años '40 del siglo XIX, la condición de posibilidad del discurso era la representación de la voz del otro, a partir de los años '70 de ese mismo siglo, la condición de posibilidad será la articulación de una voz propia, resultado del cruce entre individualidad y Estado.

De la gesta patriótica al genocidio

“La fabricación de cadáveres no puede comprenderse mediante categorías políticas.”
Hannah Arendt

La mayor parte de las obras de este corpus son desconocidas y la lamentablemente escasa bibliografía sobre ellas está atravesada por dos estereotipos: el primero es la concepción del “indio único”: un sujeto salvaje vencido por las huestes modernizadas del ejército civilizador. El otro estereotipo es el reverso de éste: la concepción del “ejército genocida”, la potencia exterminadora de un Ejército nacional que avanza en firme sobre el terreno y opera sobre el cuerpo del indefenso indio sabio. De ambos podría decirse, como Borges dijo en “Historia del guerrero y la cautiva” que “acaso las dos historias refieren una sola y que el anverso y el reverso de esa moneda son, para Dios, iguales”¹⁴. Ambos estereotipos provienen de una misma matriz narrativa y analítica desde la que se contó y se estudió el mundo de la frontera -las expediciones, la muerte de indios, el paisaje y el poblamiento-: la dicotomía civilización-barbarie. Esto no llama la atención dado que esa dicotomía era fundante en la filosofía y en el paradigma de pensamiento de todo el siglo XIX. Lo que es, quizás llamativo es que la lectura crítica posterior, del siglo XX, haya reproducido esa misma matriz explicativa y haya quedado encerrada en esa estructura dual. Gran parte de la bibliografía del siglo XX sobre el tema es laudatoria, no produce una lectura crítica y proviene de historiadores de instituciones militares que recolectaron fuentes para confirmar hipótesis establecidas previamente. He observado también una ausencia de trabajos de envergadura de la historiografía progresista posterior a 1960 que -habiendo hecho intervenciones decisivas en el

¹⁴ Jorge Luis Borges, “Historia del guerrero y la cautiva” en *El Aleph*, 1947.

campo de los estudios sobre la modernización argentina de la segunda mitad del siglo XIX- no se ha detenido en la *Conquista del Desierto* como acontecimiento.¹⁵

La versión del éxito blanco estuvo a cargo de los propios cronistas contemporáneos al acontecimiento así como de la historiografía laudatoria posterior hasta la celebración del centenario en 1979, durante la última dictadura militar argentina. El libro del militar e investigador Juan Carlos Walther: *La conquista del desierto. Síntesis histórica de los principales sucesos ocurridos y operaciones militares realizados en la Pampa y Patagonia contra los indios (años 1527-1885)* ofrece una extensa relación desde el siglo XVI hasta el siglo XIX. La *Conquista del Desierto* está referida en el capítulo XI. Se trata del estudio más exhaustivo sobre el tema, publicado por el *Círculo Militar* en 1947 y re-editado por Eudeba en los años '70. Para su autor, estudiar la Conquista del Desierto implicaba divulgar "este hermoso capítulo de nuestra historia militar que permitió afianzar nuestra soberanía y lograr nuestra actual organización política". La lectura que Walther realizaba, en clave de epopeya heroica -tratándose siempre de una historia que trataba de "recuperar a los héroes" por imperativos éticos y morales para transmitir valores a futuras generaciones- se sostenía en una pormenorizada descripción de batallas y de pequeños combates así como de itinerarios militares, como ningún otro libro sobre el tema lo había hecho hasta la fecha. Al mismo tiempo, dejaba establecidas dos cuestiones centrales para los futuros estudios sobre la *Conquista del Desierto*, ambas vinculadas a las series como debía ser leída la Conquista. La primera era la de pensar la *Conquista del Desierto* como una continuidad de la Conquista española de América durante el siglo XVI. La segunda remitía a su valoración como parte de la Gesta de la Independencia argentina.

La constitución del acontecimiento como gesta patriótica es un circuito que va desde la Expedición al Río Negro en 1879 hasta la Comisión Nacional del Monumento al Teniente General Roca, en la década del '30 y de ahí al Congreso de Historia sobre la Conquista del Desierto en 1979.

En la misma línea del trabajo de Walther, ese *Congreso Nacional del Centenario de la Conquista del Desierto* celebrado en la provincia de Río Negro, durante la última dictadura militar, en 1979, produjo una serie de trabajos¹⁶ que ratificaron los lineamientos generales del

¹⁵ *Una nación para el desierto argentino* (1980) de Tulio Halperín Donghi es un ejemplo, entre otros.

¹⁶ CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA SOBRE LA CONQUISTA DEL DESIERTO. Celebrado en la ciudad de Gral. Roca del 6 al 10 de noviembre de 1979. Tomos I, II, III y IV. *Academia Nacional de la Historia*, Buenos Aires, 1980.

historiador militar y que -salvo contadas excepciones- ilustraban una época: la lectura acrítica y racista del acontecimiento, consecuencia directa de la devastación del campo de la investigación social académica, por parte de un Estado terrorista y represor.

Las dos líneas de lectura inauguradas por Walthier (la continuidad con la conquista española y la continuidad con la gesta de la independencia) serán retomadas, más de cuarenta años después por el crítico literario David Viñas, no para legitimarlas sino para denostarlas y denunciarlas con la publicación en 1982 de *Indios ejército y frontera*. Se trataba una antología de textos que iba precedida de un conjunto de ensayos críticos sobre Julio A. Roca, los indios, la campaña, los burgueses conquistadores, las estancias. Lucio V. Mansilla, Álvaro Barros, Vicente Gil Quesada, Alfred Ebelot, Estanislao Zeballos, Francisco Moreno, Federico Barbará, Manuel Olascoaga y hasta el General Fotheringham conformaban el muestrario de los autores del "genocidio" -tal era el concepto que proponía David Viñas-, quien leía, en esa producción, la intervención de un ejército tecnologizado, latifundista y exterminador en la tierra aborígen. "Los indios fueron los desaparecidos de 1879".

Escrito en el exilio, *Indios, ejército y frontera* ofrecía, para los lectores argentinos de entonces, una atractiva y provocadora manera de desempolvar el tema y tirar por la borda las ingenuas y repetidas formulaciones del Congreso del Centenario de 1979. Fiel a una crítica ideológica que siempre se sabía militante y no con menos habilidad para capitalizar la coyuntura, Viñas proponía leer de una manera crítica la *Conquista del Desierto* pensando al acontecimiento como un genocidio y a los indios a partir de una categoría escalofriante instalada por la dictadura militar de entonces: "desaparecidos". Indios igual desaparecidos de 1879. La efectividad y el impacto de la ecuación ganó, por ese entonces, muchos lectores del libro, sobre todo de corte universitario porque eran los años de su regreso del exilio a la cátedra de literatura argentina de la Universidad de Buenos Aires, a la que Viñas volvía para repensar sus hipótesis y discusiones de *Literatura argentina y realidad política* publicado en 1963. Con el correr de los años esa posición fue cuestionada aunque no con mucho impulso porque el tema de la Conquista seguía sin ser estudiado en profundidad.

Genocidio y desaparecidos fueron dos figuras que en la lectura del crítico aparecían como las versiones del horror, más que como sus matices, y habilitaron una forma precisa de leer y pensar el acontecimiento y la producción escrita en tomo a él.

Con respecto a la analogía con el terrorismo de Estado del siglo XX y la desaparición física de personas que incluyó también torturas, robos, sustracción de recién nacidos y otros

delitos graves en relación con los cuales la figura de *desaparecido* funcionó como su epítome, es preciso recordar una diferencia importante: el gobierno de Videla operó en la clandestinidad mientras que el sometimiento y el exterminio de indios durante el período roquista fue defendido públicamente en las Cámaras y sobre todo, exhibido. El propio discurso belgerante de la época debe cotejarse con la convivencia y la ambigüedad que caracterizaron gran parte de las relaciones entre uno y otro bando. De modo que, desde ese punto de vista, la analogía no resulta tan acertada.

Ahora bien, con respecto a la figura de *genocidio* hay que tener en cuenta que la utopía civilizatoria expedicionaria, más que la eliminación de una etnia procuró su sometimiento. Por lo que la categoría de genocidio –valiosa para conceptualizar y condenar prácticas estatales criminales aberrantes del siglo XX- no llega a explicar otros muchos aspectos que se desprenden de la Conquista, tales como la hibridación entre criollos e indígenas, el trazado de territorios, la extensión de la policía del Estado, la producción de saberes literarios y científicos, entre otros. Resulta más apropiado hablar de *exterminio* porque la supuesta integración a la civilización implicó claramente una desintegración de las matrices socioculturales aborígenes más representativas del período.¹⁷

¹⁷ Hugo Vezetti explica que la noción de genocidio nació en el ámbito del derecho internacional, después de la Segunda Guerra Mundial, dentro de un conjunto de nuevas categorías delictivas aplicables a los Estados que comprendían los “crímenes contra la paz” y los “crímenes contra la humanidad”. El término genocidio fue creado entonces para referir ciertas categorías de crímenes masivos. La Asamblea General de las Naciones Unidas, en 1948 aprobó una convención para la prevención y represión del crimen de genocidio en la que se consideraba que eran genocidios aquellos crímenes “cometidos con la intención de destruir, totalmente o en parte un grupo nacional, étnico, racial o religioso”. Vezetti argumenta que mientras que en las masacres las víctimas son elegidas por lo que hacen o piensan (o lo que se cree que piensan y lo que se teme que puedan hacer) la lógica del exterminio genocida es que la víctima es elegida sólo por lo que es, sin ninguna posibilidad de elegir o actuar para evitar su destino, no hay profesión de fe, compromiso con el enemigo, o incluso colaboración con sus verdugos que pueda ahorrarles la muerte. (VEZZETTI, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2003). Las víctimas de la Conquista del Desierto no conformaban un grupo ni cultural ni políticamente homogéneo. No creo que se haga honor a los indios homologando el estilo político de Callvucurá con el de Saihueque a los fines de condenar las acciones exterminadoras del Estado argentino. Cuando en la discusión de la Comisión de Fronteras de 1878 el diputado Lozano pidió que “se procure dominar a los indios por medios pacíficos porque esto es exigido por la justicia, lo es también por un principio de equidad consignado en la Constitución y en la ley del 67, que obliga al Congreso a procurar tener tratos pacíficos con ellos y convertirlos al cristianismo...” el diputado dice que “desearía saber si ese plan (aludiendo al plan de extensión de la frontera hasta el Río Negro) no contradice este principio para dar mi voto por el proyecto en general”. En la respuesta de Roca se aclara que no hay ningún propósito de exterminar la raza sino de someterla. (Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, año 1878, tomo I, pág. 683 citado por CURRUHUINCA, Curapil y ROUX, Luis. *Las matanzas del Neuquén. Crónicas mapuches*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1993. Pág. 132) Por su parte, las ensoñaciones de Olascoaga, el topógrafo oficial de la

Más recientemente, el trabajo de Julio Vezub, *Indios y Soldados. Las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante la "Conquista del Desierto"*, así como el de Enrique Masés, *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910)* ambos de 2002, recuperan un plural y dan relieve a la figura del mestizaje y de la frontera hibridada. También hay que considerar los trabajos sobre la frontera que si bien no se abocan al estudio de la Conquista del Desierto, permiten recuperar matices y entramados específicos que desarman estereotipos instalados. Tal es el caso de las compilaciones de Susana Bandieri (2001) y de Raúl J. Mandrini (2006). Uno de los últimos trabajos sobre el tema es el del historiador italiano Vanni Blengino: *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores, militares, científicos, sacerdotes y escritores* publicado en italiano en 2003 y en español en 2005. El trabajo de Blengino propone una lectura de las campañas al desierto a partir de la línea de frontera con forma de foso propuesta por Adolfo Alsina.

También resulta un problema, a la hora de encarar un estudio sistemático sobre la narrativa de este acontecimiento, el modo como se ha naturalizado la serie en la que la *Conquista del Desierto* es una continuación de la conquista española del siglo XVI. Esta serie, absolutamente instalada en todos los estudios sobre estas obras ha sido criticada, confirmada, legitimada, condenada, pero nunca revisada. Aún cuando no hay suficientes elementos para demostrar que el estado argentino haya tenido una política de expansión territorial de esas características, y mucho menos que aquello que pudiera considerarse como tal, fuera sistemática y explícita (como sí lo fue la Conquista de América).

En relación con otros países, la Conquista del desierto argentino se presenta como la que más decididamente excluyó a los indios de una identidad nacional y nueva. En Chile, se observan políticas más inclusivas.¹⁸ Así como en Brasil donde además negros e indios formaron parte de un imaginario simbólico y contribuyeron a dar cuerpo a los mitos de origen.¹⁹ La Conquista del Oeste en Estados Unidos fue considerada como un hito civil que

Expedición de Roca recrean la figura del sometimiento: "Ver entrar humilde y juiciosamente a las ciudades aquellas muchedumbres de indios de todas edades y sexos, distribuirse entre las familias (...)" etc. (*Estudio Topográfico de la Pampa y Rio Negro por Manuel J. Olascoaga*. Editores Ostwald y Martínez, Buenos Aires, 1880, pág. 53)

¹⁸ Véase LACOSTE, Juan Pablo, *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)* y PINTO RODRÍGUEZ, Jorge, *De la inclusión a la exclusión. La formación del estado, la nación y el pueblo mapuche*, 2000.

¹⁹ Véase CARRIZO, Silvina, *Fronteiras da imaginação. Os românticos brasileiros: mestiçagem e nação*, 2001.

constituyó el *self made man* americano y dio lugar a un género literario y cinematográfico: el *western* (sobre ello me ocupó en el capítulo V). La guerra de frontera en la Argentina puede leerse como una respuesta tardía al sueño febril de una colonización sajona que insertaría en la pampa seca, las “casitas a dos aguas” frente al “villorio nacional” así como lo proponía Sarmiento en el *Facundo* (1945).

Entre 1870 y 1900 el enfrentamiento con los indios adquirió perfiles específicos: las tribus ya estaban diezmadas y el poder bélico y económico que habían ostentado era un pasado que se volvía cada vez más irrecuperable. Es decir que la Expedición de Roca y todas las acciones que se denominaron *Conquista del Desierto* fueron solamente un paso final, un pequeño esfuerzo —el último— que el Estado argentino realizaba para concluir el tema con una fuerte apuesta a la exclusión y al exterminio. Estas acciones y sus consecuencias no pueden ser analogadas o secuenciadas con la Conquista de América ni con el proceso revolucionario independentista de principio del siglo XIX. Corresponden a una etapa posterior en la que sólo los parámetros de la modernización agrícola-ganadera del período son los que explican sus razones y sus desavenencias. En este sentido, la *Conquista del Desierto* fue o quiso ser un acontecimiento moderno con miras a un futuro hipotético.

En los relatos del desierto argentino pareciera que la construcción más efectiva fue aquella en la que quedaba establecido quiénes eran los unos y quiénes eran los otros, es decir la construcción de identidades claras propias de los tiempos fundacionales. Y resulta obvio que, en las crónicas expedicionarias, decir “yo” implicaba también decir “ellos”.

Ahora bien, en el formato “neutro” de la crónica expedicionaria la escritura en primera persona irrumpía y operaba, aún en su más pura ingenuidad y entonces entidades altamente abstractas como “Estado”, “Ejército” tenían nombre propio, firma, rúbrica: eran Doctor Estanislao Zeballos, Monseñor Antonio Espinosa, General Julio Argentino Roca, Perito Francisco Moreno, Comandante Manuel Olascoaga, Doctor Adolfo Doering. Sin duda que todos estos nombres y trayectorias públicas materializaban al Estado, al Ejército, a la Iglesia y a las instituciones científicas, pero al mismo tiempo imponían un nombre propio.

La tensión entre ese nombre propio y las instituciones del Estado moderno es central en el interior de todas estas obras y desalienta cierta lectura culturalista ingenua fascinada por el espacio patagónico como lugar fantástico, tierra metafísica y excéntrica, puro objeto del deseo de todos los Imperios del mundo. La dimensión autobiográfica de estos escritos permite recuperar una complejidad porque es en el cruce entre la demanda del Estado y la respuesta

personal y experiencial a esa demanda, precisamente en ese contrato, donde se juega esta escritura. Y como se trata de un período en el que se puede observar la articulación de proyectos colectivos y de voluntades individuales es preciso tener en cuenta que ni las instituciones estatales ni los autores han sido homogéneos en esa coyuntura.

Cuando Lucio V. Mansilla relata en su *Excursión a los indios ranqueles* que el coronel Mansilla discute el *Tratado* firmado por los indios en 1871, señala al cacique Mariano Rosas que el *Tratado* será cumplido por él pero debe explicar también que será cumplido por cualquier coronel o general del ejército mientras tenga vigencia. Es decir, pone en escena no sólo la existencia de dos lógicas sino también la impronta que el nombre propio deja en la experiencia contractual y cuáles son sus implicancias y consecuencias.

“(les expliqué que) Que la paz era hecha conmigo, que yo era un representante del Gobierno y un subalterno del general Arredondo, mi jefe, con cuyo permiso me hallaba entre los indios; que no creyesen, si otro jefe me reemplazaba, que por eso la paz se había de alterar, que ese jefe tendría que cumplir el tratado y las órdenes que el gobierno le diera, que ellos estaban acostumbrados a confundir a los jefes con quienes se entendían con el gobierno...”²⁰

Mansilla condensa en esta escena la operatividad y al mismo tiempo los límites del yo. En su escena construye un cacique que percibe las diferencias entre la representatividad del Estado y la representatividad de Lucio Victorio Mansilla.

Si la Conquista es leída como la condensación más representativa del proceso de modernización emprendido en la Argentina en las tres últimas décadas del siglo resulta evidente que todo posicionamiento frente a ella puede ser, a la vez, un posicionamiento frente a la modernización. O que todo posicionamiento frente a la modernización involucra a la Conquista aunque no se la mencione explícitamente. Ambas están indisolublemente ligadas. Sin embargo, los relatos de los expedicionarios, portan algo más: la existencia efectiva de dos mundos. Dos mundos cuyos imperativos y cuyas miserias se confunden en la arcilla secular. Esos mundos no siempre están separados, ni resultan tan opuestos. Porque los indios no estuvieron siempre al margen de las zonas sociales civilizadas o semicivilizadas. “Hombres de uno y otro bando se disputan derecho contra derecho, la tierra y el ganado (central para las economías de ambos) armas y tácticas de guerra, servicios y favores, astucias y perfidias y

²⁰ Mansilla, Lucio, *Una excursión a los indios ranqueles*, 1870.

honoros y embajadas.²¹ El Comandante Prado describe a soldados del ejército de línea y su descripción ofrece una imagen en la que la línea entre civilización y barbarie se vuelve difícil: “Al aproximarnos vi salir de unos ranchos, que más parecían cuevas de zorros que vivienda humana, a cuatro o cinco milicos desgrefñados, vestidos de chiripá todos ellos, con alpargatas unos, con botas de potro los demás, con el palo largo, las barbas crecidas, la miseria en todo el cuerpo y la bravura en los ojos”.

La disputa por la propiedad de la tierra es muy compleja –como lo ha sido en todos los tiempos, en todas partes del mundo-. Los estados independentistas han querido tener la tierra, que habían recuperado de los intereses imperialistas o expansionistas europeos y de coronas foráneas. Y los caciques araucanos también querían tener la tierra que ocupaban desde siglos atrás y que el Estado argentino quería para sí. Los caciques mapuches –desde Callvucurá hasta Saihueque- fueron actores políticos y no sólo víctimas inertes de un sistema avasallador, como algunas versiones un tanto ingenuas intentaron difundir.

En este aspecto resulta muy productiva la perspectiva de la historiadora Susana Bandieri quien refiere el debate entre quienes argumentan que entre las tribus se producía una concentración del poder en grandes cacicazgos y quienes señalan la fragmentación por parte de los indios como estrategia política frente al cambio de situación.²² El tema también podría pensarse desde otra óptica, los indios utilizaron leyes, prácticas, representaciones que les fueron impuestas por la fuerza o por la seducción con fines diversos a los buscados por quienes querían dominarlos. A veces las rechazaban y a veces las transformaban pero a veces se apropiaban de ellas.²³ El estilo de vida de Catriel, el modo de negociar de Callvucurá, los

²¹ La precisa descripción pertenece a Roberto E. Giusti y puede leerse en el Estudio Preliminar a Estanislao S. Zeballos *Episodios en los territorios del sur, (1879)*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2004.

²² “Mientras más cercanas estaban las parcialidades al área dominada por los blancos, mayores habrían sido la cantidad y la variedad de figuras políticas con las cuales había que negociar. En la medida en que el asentamiento de las tribus se alejaba de los controles territoriales, la concentración del poder parece ser una característica dominante, incluso fomentada por las autoridades blancas. Sin duda era estratégicamente más útil reconocer el poder de un cacique aliado, permitiendo que se fortaleciera dentro de ciertos límites, para controlar así, de manera simultánea otras parcialidades rebeldes. El poder de estos caciques, a su vez, podía reproducirse en la medida que su figura centralizaba y garantizaba la distribución de las raciones que recibía de los blancos, sobre todo de los “vicios”, de los cuales la sociedad indígena no podía ya prescindir.” Susana Bandieri, *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires, editorial Sudamericana, 2005. pág. 134.

²³ “Metaforizaban el orden dominante y lo hacían funcionar en otro registro” es la síntesis que encuentra Michel de Certeau para explicar desde su perspectiva teórica la relación entre dominadores y dominados. (*La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana, 1996, pág. 38.)

servicios de Manuel Grande o las *performances* de Saihueque o de Mariano Rosas dan cuenta de ello. En la narrativa expedicionaria que este trabajo releva, si bien la voz textual y la perspectiva pertenecen a los “cristianos”, los indios aparecen con los blancos como actores y protagonistas del mismo escenario porque las historias de ambos grupos está mucho más entrelazada de lo que la historiografía en general estuvo dispuesta a reconocer.

Muchas veces, mientras leía estas obras me he preguntado ¿por qué el gobierno de Avellaneda y los sucesivos gobiernos entendieron que la manera de “soberanizar” el territorio patagónico era la eliminación de las tribus preexistentes y no su integración? Si antes de 1870 el indio era un enemigo indeseable o inevitable o una “cuestión” – como la denominaba Santiago Arcos-, en la nueva etapa el indio será el enemigo definitivo. En esta narrativa pude encontrarse, en cierto sentido, aquello que Michel de Certeau describía como “transformación de la archivística”²⁴, es decir la condición de una nueva historia. Si se revisa la bibliografía sobre indios recopilada por Pedro De Angelis, en la que se incluían los trabajos de Félix de Azara o de Thomas Falkner, así como los de Pedro García (el abuelo de Álvaro Barros) -una archivística cooptada por el rosismo- se puede observar que en esos documentos la figura del indio tenía un estatuto no siempre definido en términos bélicos. Sin embargo, para la narrativa expedicionaria el indio será el enemigo perfecto. Uno de los problemas clave del período es el de la evasión de ganado argentino a Chile como consecuencia del malonerismo. Los indios robaban ganado y en arriadas trabajosas pero efectivas trasladaban esos animales de a miles al país limítrofe, lo que sustentaba una economía ganadera en un país y la perjudicaba en el otro. La referencia a esta situación en las obras habla de que la figura del “indio víctima” no resulta suficiente para explicar la economía aborigen ni la intervención del Estado argentino en esa economía. La narrativa expedicionaria se hace eco de la nueva etapa de enfrentamiento contra los indios. Es una etapa que está definida por la muerte del poderoso cacique salinero Callvucurá en 1873, por un agotamiento de las estrategias ya utilizadas y, en consecuencia, por un endurecimiento de las prácticas de eliminación. El *corpus* de esta misma narrativa mostrará el límite y las ambigüedades de esa nueva política, sus bordes y hasta la incipiente mitologización de las culturas aborígenes. En los comienzos del siglo XIX, luego de la Independencia, el problema del malón era un problema policial, de seguridad, vinculado a un sistema de asaltos y castigos. Lo que este estudio quiere explicar es cómo esos asuntos policiales, que involucraban

²⁴ Michel De Certeau, *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1993. Pág. 88.

a un grupo muy reducido de personas de la sociedad blanca se van convirtiendo en un tema político que cubre y hasta define las prácticas más acabadas del Estado argentino modernizado.

“Si bien la política de los antiguos conquistadores fue firme y clara con respecto a las razas aborígenes, en cambio la política de los argentinos después de la emancipación ha sido contradictoria y dificultosa”²⁵, no resulta tan evidente que un Estado en formación formalizara un colonialismo sistemático y efectivo, sobre todo porque cada uno de los gobiernos que se ocuparon de la cuestión fronteras no sólo no tuvieron el mismo grado de representatividad, sino también por las divergencias internas que llevaron incluso a dominios parciales del territorio. Por su parte, el caudillismo como fenómeno secular sudamericano fue planteando nuevas formas de liderazgo y de relación con las tribus en las que el Estado nacional (o en algunos períodos, Buenos Aires) tenía una intervención compleja, por no decir confusa. No es posible encontrar claras políticas colonialistas allí donde sólo había gestos aislados de tratamiento de “el problema del indio”.

La idea de que los nuevos estados americanos buscaban una identidad propia pero poseían un ímpetu colonizador como el de los más crasos conquistadores de los relatos legendarios es una interpretación avalada por los propios protagonistas de la época y por la crítica laudatoria del primer Centenario (1979) quienes ubicaron la conquista como el cierre triunfal de una larga historia contra el indio que había comenzado en el siglo XVI y venía a culminar en el cierre del siglo XIX. Sin embargo, esa serie no explica por qué si “España es el problema” tanto para las elites del ‘37 como para las del ‘80 había una identificación tan gozosa con su política conquistadora del salvaje durante el siglo XVI. David Viñas, pero también Juan Carlos Walther y también Néstor Auzá y Carlos Martínez Sarasola reconocen esa filiación, tanto para criticarla como para celebrarla. Nadie como Alfred Ebelot -el ingeniero francés que participó en gran parte de las expediciones de la guerra de frontera en la Argentina-, ejemplifica y explica mejor la relación contradictoria que los sucesivos gobiernos tuvieron con las tribus. Porque este extranjero construye el relato de una política cotidiana que puede leerse o ha sido leída como una politiquería menor, diplomacia rudimentaria, contractualismo endeble pero que, como lo demuestran Claudia Briones y Morita Carrasco se trata de los pactos, los

²⁵ Alfred Ebelot, *Relatos de la Frontera*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1968. Pág. 29-30.



Cacique Pincén.



General Conrado Villegas.

acuerdos y los tratados que caciques y gobiernos firmaron presentan mucha más consistencia de lo que se ha reconocido.²⁶

En el transcurso de mi investigación y durante mis ejercicios de lectura la denominada *Conquista del Desierto* en tanto acontecimiento histórico se imponía como una figura clave en los escritos sobre el desierto. Al mismo tiempo creo que la Conquista como hecho cultural es significativa y que hay que ocuparse de ella. Lo que se ha denominado hiperbólicamente *Conquista del Desierto* corresponde sólo a esos escasos meses que duró la Expedición al Río Negro encabezada por Roca y Villegas y el discurso de Roca compilado en gran parte de las obras que componen la narrativa expedicionaria responde al énfasis que debió poner el Ministro de Guerra para convencer al poder de Buenos Aires de la necesidad de la expedición cuyos propios cronistas no dejarán de percibir como un “paseo militar” y que en general era descripta como una acción innecesaria e inútil a una tierra excesivamente lejana donde casi no había indios.

Dispositio

De los cinco capítulos que componen esta tesis, el primero está dedicado básicamente a describir a las instituciones que intervinieron en el entramado de estos escritos, el segundo a las formas de escritura en primera persona con las que los autores respondieron a esas demandas institucionales, el tercero a describir las formas contractuales de demanda y respuesta, el cuarto a analizar el relato de la guerra que estas obras construyeron y el quinto a explicar las relaciones que este corpus tiene con la literatura, en particular con la literatura argentina del siglo XIX.

Es decir que los tres primeros capítulos se ocupan del formato y el tipo de circulación de las obras y los dos últimos de sus contenidos: el peculiar relato de una guerra y la relación compleja de estas obras con la literatura.

Algunos conceptos y palabras claves me han sido muy útiles para armar esta investigación: institución, Estado, autobiografía, guerra, exterminio, conquista, campaña, indios, frontera, desierto. Con ellos quise poner de relieve el relato del viaje “tierra adentro” en la Argentina del siglo XIX.

²⁶ BRIONES, Claudia y CARRASCO, Morita, *Pacta Sunt Servanda. Capitulaciones, convenios y tratados con indígenas en Pampa y Pampa (Argentina 1742-1878)*. Buenos Aires, Internacional Work Group for indigenous affaire (IWGIA) Vinciguerra, 2000.

En los relatos encontré mucho más la mirada de los militares hacia ellos mismos – colegas o subordinados- que la mirada hacia sus enemigos. Esto se debe a que en la travesía de la conquista del desierto no hubo muchos indios, porque el proceso de enfrentamiento duro comenzado en los ‘70 ya ofrecía sus estertores. Los “milicos” miraban a los “milicos”, pensaban en el ejército como institución, en sus expectativas de inmortalidad, en la guerra como una práctica de heroicidad patriótica, en la fundación de una nación. Para algunos, la vida militar fue la plataforma de su lanzamiento público y de su prestigio profesional, para otros una forma de vida asignada y brutal que definió para bien y para mal sus destinos. La camaradería castrense, fue lo que más sostenía aquellas duras travesías: la amistad entre soldados, el afecto protector. Por eso hay cuentos de milicos sobre los milicos: para reconocerse entre ellos, para encontrar razón al itinerario. Los militares del siglo XIX mataron indios. Sin embargo, su mundo no parece poder explicarse sólo por eso. Sería ingenuo pensar que matar indios era la única razón de sus vidas y yo no he querido, en esta investigación, instalarme en ese simplismo.

Es decir que contrariamente a mis ideas iniciales y a medida que mi investigación iba avanzando comprendí que estas obras componían una narrativa que – con la excusa de narrar el encuentro con el otro y con lo nuevo- miraba mucho más hacia el sí mismo, al nosotros. El sí mismo que era otro, lo no explorado: lo propio. La interrogación transitiva. La propia identidad. El reconocimiento.

Desierto-mundo o de cierto mundo

Entiendo que gran parte de lo que he hecho es un ejercicio de imaginación. Luego de leer y estudiar, durante años, estos libros y las vidas de sus autores he tratado de “entrenar” – como pedía Hannah Arendt- mi “imaginación crítica” para poder pensar cómo era el mundo al que pertenecieron estos hombres. Un mundo muy diferente al nuestro, con representaciones atravesadas por otras directrices. He tratado de deshacerme de mis estereotipos y mis prejuicios y de las formas que yo hubiera deseado que ese mundo tuviera. Más allá de que lo haya logrado o no yo quise entender cómo funcionaba ese mundo de varones.²⁷ Un mundo en el que el oficio intelectual no era exclusivamente urbano, en el que la aventura y la destreza

²⁷ Yo pensé que éste –como otros mundos de la Argentina del siglo XIX- también era un mundo de mujeres pero no fue así. Ciertos trabajos recuperan protagonismos de esposas, hermanas, cuarteleras, fortineras, cocineras de los soldados. Pero lo cierto es que las mujeres no hicieron la *Conquista del Desierto*.

física se entrelazaban con las habilidades de la escritura y de la política, un mundo en el que la exclusión al otro hablaba de la proximidad del otro. Quise entender la complejidad de aquellos que rechazaban a los indios y que al mismo tiempo fueron los que más se aproximaron a ellos.

En 1879 la distancia entre Puán y Curumalán ofrecía ciervos pampeanos y avestruces y volaban martinetas de alas coloradas como contaban los científicos Adolf Doering y Pablo Lorentz. El viento despiadado, las extensas jornadas itinerantes por tierras lejanas, la cacería humana, el deseo de lo desconocido, la muerte, los sueños imperiales pero sobre todo el verdadero abismo que atravesaba los pensamientos de esos hombres cuando se adentraban más allá de la frontera, constituyeron ese mundo. Un mundo clausurado, ante nuestros ojos del siglo XXI, pero que todavía pide ser explicado.

“Ese inconveniente tenía la pampa: que uno rara vez podía pasar de largo ante sus semejantes aunque no tuviera nada que decirles” (César Aira, *La liebre*).²⁸

²⁸ Agradezco el asesoramiento y la buena disposición de bibliotecarios y bibliotecarias de la *Academia Nacional de la Historia*, de la *Biblioteca Central del Estado Mayor General del Ejército*, de la *Biblioteca Nacional Militar del Círculo Militar*. Y de modo particular a la *Biblioteca Max Von Buch* de la *Universidad de San Andrés* y a la *Biblioteca-Fundación Patrimonio Cultural Prusiano del Iberoamerikansiches Institut* de la ciudad de Berlín (Alemania).

CAPÍTULO I

Escrituras del estado. Escrituras institucionales

La intervención del Estado

“Recién llegado y sin saber nada de las lenguas del Levante, Marco Polo no podía expresarse sino extrayendo objetos de sus maletas y señalándolos con gestos, saltos, gritos de maravillas (...) Con el paso del tiempo en los relatos de Marco las palabras fueron sustituyendo los objetos y los gestos: primero exclamaciones, nombres aislados, verbos secos, después giros de frases, discursos ramificados y frondosos, metáforas y tropos. El extranjero había aprendido a hablar la lengua del emperador, o el emperador a entender la lengua del extranjero”

Las ciudades invisibles
Italo Calvino

La primera marca, y la más explícita que la narrativa expedicionaria exhibe es su fuerte carácter institucional. Se trata de obras vinculadas a gobiernos, ministerios y asociaciones científicas que participaron no sólo en el financiamiento de los viajes que antecedieron a las obras y a sus ediciones y re-ediciones sino también en la elaboración de su contenido.

Ahora bien, esta intervención no es la única matriz constitutiva porque ellas no sólo narraron experiencias de estado. También contaron experiencias personales, apelaron al nombre propio para establecer posiciones e intervenir en debates y sobre todo fueron obras escritas en primera persona. Una primera persona que tuvo funciones muy diversas: representar el nuevo orden, ratificar el exceso, someterse al rigor de un nosotros estatal, definir una posición opuesta al consenso y colocar, desde luego, al sujeto que escribía como un protagonista.²⁹

De modo que la segunda marca, no tan explícita que esta narrativa ofrece es la tensión entre la-s institución- es y el yo.³⁰

²⁹ El carácter institucional de estas obras ha conducido a veces a un tipo de lectura que solo se detuvo en la identificación del autor con la institución. Por eso muchas de ellas han sido leídas como voces pasivas, impersonales, casi amorfas o como una constatación de principios esencialistas que regían las instituciones argentinas del siglo XIX. Sin embargo, se trata de obras activas que, al representar a las instituciones, se han impuesto la tarea de cuestionarlas, modificarlas y refuncionalizarlas.

³⁰ Propongo leer la impronta autobiográfica de estas obras. Se trata de formas muy específicas de decir yo. Formas que no respondían a la supuesta “libertad” que el relato personal, la memoria, el diario íntimo promovían. Formas que la escritura institucional desestimaba o -en el mejor de los casos- fiscalizaba (pensando en esa fiscalización como en un empobrecimiento para las formas de expresión). Los debates pertenecientes al campo de estudios sobre la autobiografía como género, enfatizan las

En este capítulo me detendré en el carácter institucional de las obras para pasar en el capítulo siguiente a su carácter autobiográfico.

Las instituciones -entendiéndose por ellas las organizaciones fundamentales de un estado o sociedad y, en consecuencia, los órganos constitucionales del poder soberano de una nación- están vinculadas, en la Argentina, a partir de 1870, a la formación del Estado Nacional y a la construcción de la República. Si se tiene en cuenta no sólo la formación de partidos políticos sino también la política de comunicaciones y obras públicas, la nacionalización del Correo de Buenos Aires, la construcción de tramos de los Ferrocarriles del Sud, del Oeste y del Norte, la reorganización del sistema tributario y del aparato recaudador, el Censo Nacional de Población, las primeras colonias de inmigrantes, el surgimiento de los colegios nacionales públicos, el subsidio a la educación primaria provincial y la reorganización de la educación universitaria que ya el Gobierno de Bartolomé Mitre (1862-1868) había impulsado, se puede observar una "compleja trama institucional".³¹

Durante el gobierno de Sarmiento (1868-1874) las instituciones republicanas continúan en expansión pero además se produce -junto con la institucionalización- un proceso de centralización administrativa (Lettieri, 56, 2000). Con el Censo (diseñado por el gobierno de Mitre pero efectivizado durante la presidencia de Sarmiento) se obtuvo la cifra de la población argentina no aborígen: 1.7000.000 personas. Se creó el Observatorio astronómicos de Córdoba y la Comisión de las Bibliotecas Populares. En materia castrense, se creó el Colegio Militar de la Nación, la Escuela de Náutica y la Escuadra Nacional, también el Arsenal de Zárate y se dio, además, forma a la ley de Reclutamiento. Se creó el Código Civil y el Banco Nacional. Todo este entramado lleva a la concentración del poder en el plano de las dirigencias, así como de ampliación del escenario de la política y del afianzamiento de las prácticas republicanas.

complejas maneras que tiene un texto de representar a un sujeto. Desde las primeras posiciones contractualistas de Phillippe Lejeune hasta la posiciones deconstruccionistas de Jacques Derridá y Paul De Mann, el centro neurálgico de los debates sobre la autobiografía ha sido el cuestionamiento a las posibilidades efectivas de representación de ese yo. A pesar de la complejidad que han demostrado estos debates todavía persiste la idea de que en los textos institucionales y en las documentaciones del estado ese yo está ausente. David Viñas escribió sobre la obra de Francisco P. Moreno: "El sujeto no aparece o se disuelve en la estructura gigantesca y escurridiza del *se*: "se da", "se produce", "se hizo": Nadie entonces. Responsabilidad de ninguno por lo tanto." ("El Perito Moreno, experto en fronteras y en otros detalles (1879)" en *Indios, Ejército y Frontera*. Siglo XXI editores, 1982).

³¹ Lettieri, Alberto R. *La República de las Instituciones. Proyecto, desarrollo y crisis del régimen político liberal en la Argentina en tiempos de la organización nacional (1852-1880)*. Buenos Aires, El Quijote Editorial, 2000.

Teniendo en cuenta que ese entramado institucional posterior a 1870 distaba mucho de los programas y diseños republicanos de Sarmiento y Alberdi, las instituciones en el último tercio del siglo XIX no habían culminado aún su proceso de afianzamiento y de conformación definitiva. Muchas de ellas todavía presentaban vaivenes propios de una formación y consolidación muy reciente y en el ensayo de la prueba y el error van construyendo perfiles que sólo más adelante se van a volver definitivos. Por ejemplo, el Ejército era una institución fuerte en este período y está en proceso de modernización. Sin embargo, todavía estaban en discusión los modos de profesionalización que iban a derivar –entre otras cosas– en la creación del Servicio Militar Obligatorio, recién en 1902. Es decir que el debate en relación al disciplinamiento de las milicias, en el momento de realizarse la *Conquista del Desierto* no estaba definitivamente resuelto. Otro ejemplo: el *Instituto Geográfico Argentino*. Si se cotejan los índices de sus valiosos Boletines, desde su fundación de 1879 en adelante, se puede observar que, mientras que los primeros ofrecían noticias, exploraciones científicas y descubrimientos geográficos del territorio argentino, a medida que avanzan los años, éstas van dejando lugar a relatos de tecnologías de guerra o de conquista territorial o a la participación en *Exposiciones Universales*. Es decir que se produce un pasaje de las funciones científicas y geográficas de carácter nacional a las acciones bélicas de carácter internacional que prefiguraban la Primera Guerra Mundial en ciernes.

Por lo tanto cuando se piensa en instituciones hacia fines de siglo XIX debe pensarse en que éstas están sometidas a procesos que si bien tienen un alto grado de definición, éste aún no ha concluido. La misma “zanja” de Alsina que el Ministerio de Avellaneda había promovido como una obra racionalista para contener a los indios maloneros en sus invasiones a las estancias bonaerenses, había sido objeto de importantes debates cuando era proyecto, durante el momento de su construcción y puesta en marcha y *a posteriori* de su clausura.³² En ese estado de constitución y de afianzamiento simultáneo gran parte de la tarea que las instituciones se asignan es la de participar en la producción de saber.

³² El estado se presenta en este período como un “espacio de agentes sociales y de instituciones con intereses y tradiciones no siempre compatibles entre sí, que se ha transformado, en repetidas ocasiones en la Argentina como resultado de cambios institucionales bruscos, que redefinen organigramas, funciones y carreras”. (NEIBURG, Federico y PLOTKIM, Mariano (compiladores) *Intelectuales y Expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2004) Es decir que se trata de un universo cambiante y fragmentado.

Los escritos de las expediciones militares, los relatos de cronistas civiles, los relevamientos topográficos, hidrográficos, orográficos desde el Río Negro hasta el canal del Beagle dieron lugar a géneros de transmisión del saber: viajes, informes, libros, folletos, cartografía, folletos para exposiciones, conferencias. Esa producción no fue el fruto de intereses individuales y privados sino de proyectos colectivos en los que el estado jugó un papel central.

La *Memoria del Ministro de Guerra y Marina* presentada al Congreso Nacional en 1877, cuando Alsina era ministro de Avellaneda, relataba los pormenores de la frontera. La “zanja” había sido construida para eliminar la gran curva que presentaba el recorrido de la frontera bonaerense en su parte central. Al acortarla en unos 186 km., se habían “ganado” al desierto muchos kilómetros cuadrados de tierras vírgenes y había sido posible entre otras cosas, el levantamiento de cinco pueblos en la campaña. Esa memoria contiene 5 Informes de los Jefes Superiores de la primera línea, un Informe del ingeniero Alfred Ebelot, (quien dirigía las obras de defensa) un Informe del Sargento mayor de Ingenieros Jordan Wisocki, un Informe de la Comisión auxiliar de frontera, un informe de la Comisaría de Guerra en el Azul, un informe del Inspector del Telégrafo Militar. Se trata de una excelente compilación de textos sobre la frontera. En ella se puede ver el cruce entre los debates partidarios y la lucha política interna en Buenos Aires y la existencia del “desierto” (poblado de indios) como un problema que, sin embargo, no lograba imponerse entre las preocupaciones de los sectores de poder de Buenos Aires.

“Atacan el foso y no le reconocen eficacia como medio defensivo o como obstáculo, porque razonan como razonarían si las masas salvajes fuesen ejércitos regulares perfectamente armados y provistos de todos los medios que ponen en movimiento el progreso y la riqueza de las naciones”³³

¿En qué consistió concretamente la intervención institucional del estado?

En primer lugar, en la práctica del encargo. Los textos eran solicitados, encargados a sus autores por otros, es decir que, antes de que se escribieran se planteaba la necesidad de su existencia. De alguna manera, eran textos concebidos previamente desde un imaginario bélico

³³ ALSINA, Adolfo, *La nueva línea de frontera. Memoria especial del Ministerio de Guerra y Marina*. Año 1877. Buenos Aires, Eudeba, 1977.

de impronta prusiana que otorgaba importancia a la escritura de obras que luego serían claves en la discusión de estrategias y en la realización misma de la conquista territorial.³⁴

Para responder a esa demanda, estos textos se escribieron desde la experiencia personal o epocal sobre la frontera, pero lo cierto es que, en la década del '70 del siglo XIX, los textos que habían sido escritos sobre la cuestión fronteriza y sobre las expediciones patagónicas comienzan a resultar insuficientes.³⁵ Sin embargo, el hecho de que fueran insuficientes no implicaba que fueran innecesarios porque la Narrativa Expedicionaria de la conquista va a acudir a ellos, en particular a los que formaban parte de la monumental compilación realizada, durante el período rosista, por Pedro De Angelis. La *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata* publicada en 1836 en Buenos Aires por la *Imprenta del Estado* resultaba un archivo único y valioso sobre el tema frontera.

A partir de 1870 se produce una intensa referencia a esa compilación cuando, al querer producir nuevas obras, los autores apelan a ese archivo. Roca era muy afecto a las *Memorias* de Pedro García sobre las Salinas Grandes compiladas por el intelectual napolitano. Al mismo tiempo, entonces, que ese archivo se redimensionaba y se proyectaba, se convertiría en un material que refería una etapa que comenzaba a ser clausurada.

Las nuevas obras excedían el archivo reunido por el intelectual rosista porque referían nuevos problemas de la frontera vinculados a la percepción de que los malones indios no eran ya un problema de seguridad de las poblaciones y de las policías rurales sino que se había convertido en una situación que involucraba al propio Estado nacional e inclusive a su política internacional. Estas nuevas obras que no formarían parte de un archivo sistemático, como las anteriores, tendrán una función específica: actualizar la información existente y volverla funcional a la nueva política de frontera.

Se puede considerar que esa es la función que las instituciones del Estado le conferían a esta escritura: la de una nueva versión sobre la frontera.

³⁴ Durante la primera mitad del siglo XIX se consideraba a la guerra como algo ajeno a la política de los gobiernos y de las clases interesadas. Sin embargo, Karl Von Clausewitz (1780-1831), general prusiano que participó en las guerras contra la Francia de Napoleón como oficial del Estado Mayor de los Ejércitos prusianos y rusos y que fue director de la Academia Militar de Berlín entre 1818 y 1830 afirmaba que la guerra era la continuación de la política por otros medios y sus tratados de ciencia militar resultaron muy influyentes en la cultura militar del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX.

³⁵ *La descripción de la Patagonia* de Tomás Falkner (1774), los informes de Pedro García sobre las Salinas Grandes, la obra de Musters, la información aportada por el *Diario de la Expedición al Desierto* después de la campaña de Rosas de 1833, por citar solo algunas.

En segundo lugar, el Estado también participará activamente en la producción ofreciendo datos, informes, cartas, demandas que resultan de los debates parlamentarios, cartografía, información científica.

Ahora bien para que estas empresas no queden reducidas a un trabajo individual y solitario, el estado, en tercer lugar, intervendrá activamente en la edición y publicación de las obras poniendo al servicio de ella sus imprentas o pagando los derechos de impresión a las imprentas y editoriales más prestigiosas de Buenos Aires, o en algunos casos a las imprentas de los periódicos.³⁶

En cuarto lugar, el Estado intervendrá también en los procesos de circulación de estos libros, destinándolos a los oficiales del Ejército, haciendo donaciones tanto a las Bibliotecas Populares -que habían sido creadas por Sarmiento unos años antes- como a las instituciones científicas, ofreciéndolos a los diputados y senadores que intervenían en los debates parlamentarios sobre la cuestión fronteras y destinándolas a las Exposiciones Universales y a los Museos. Así esos libros comienzan a formar parte de un mercado amplio que promociona, vende y exporta obras de viaje, en particular, pero también libros vinculados a saberes específicos tales como geografía, zoología, botánica, hidrografía y antropología. De esta manera el Estado, al ocuparse de estas obras, materializa su intervención en la producción y circulación de saberes específicos vinculados a la modernización. Esta función de intervenir en la producción de saberes específicos, sin embargo, no es nueva en la Argentina del siglo XIX. Sarmiento incentivaba una cultura de promoción y sistematización de saberes científicos y tenía una política programática de importación de esos saberes. Muchos viajeros habían venido a la Argentina pero lo que durante la etapa rosista había sido un ingreso no planificado, durante la presidencia de Sarmiento se convertiría en programa. Y esa fue la cultura que heredó el Estado del '80.³⁷

También hay que señalar que este mecanismo de producción y circulación de las obras adquiría cada vez mayor legitimidad y se iba instalando en el campo cultural de la Buenos Aires de entonces, lo que hacía que algunas obras que no eran "encargadas" o que no estaban vinculadas tan estrictamente con las instituciones, anhelaran la pertenencia a ese circuito y

³⁶ La venta de libros y la actividad editorial se desarrollan, en la década del '70 en Buenos Aires, en estrecha vinculación con el periodismo.

³⁷ Véase *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX* de Marcelo Montserrat. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.

trataran de reproducir en su interior estos mecanismos que, por cierto, generaban consagración.

En este sentido, las cartas, las autorizaciones, las menciones a las instituciones y a los funcionarios o ex funcionarios del estado resultaban fundamentales para los autores que anhelaban para sí la gloria de referir o hasta de resolver importantes “asuntos de estados” o “asuntos patrióticos” o “asuntos urgentes que hacen a la vida nacional” o a los “intereses de la República” y que deseaban para su obra la imagen de “texto institucional”.

Con este fin, -el de formar parte de ese tipo de obras “necesarias”- muchas veces la correspondencia privada se hacía pública y la dedicatoria funcionaba como anzuelo para procurar una carta de agradecimiento que luego sería parte de la obra a publicar.

El hecho de que se hubieran escrito esos libros que, no siendo estatales, aspiraban a serlo era una prueba de cómo se había instalado ese modo de escritura y de consagración intelectual o editorial en la cultura de finales del siglo XIX en la Argentina

¿Cómo eran esos acuerdos entre quién encargaba-demandaba el texto y quién efectivamente lo escribía? Voy a describir estas relaciones a partir del funcionamiento de varias obras específicas: *Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sur* de Álvaro Barros, *La Conquista de Quince Mil leguas* de Estanislao Zeballos, *Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879* de Adolfo Doering y Pablo Lorentz (en este apartado tendré en cuenta también otras obras como *Mis Exploraciones y Descubrimientos en la Patagonia (1877-1880)* de Ramón Lista y el *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro*. De Manuel Olascoaga) y por último las *Gestiones del Arzobispo Aneiros. A favor de los indios hasta la conquista del desierto*, el *Diario del Capellán de la Expedición de 1879* de Antonio Espinosa, así como las cartas del sacerdote salesiano Giacomo Costamagna.

La construcción de un problema: la conquista como hecho necesario

La mayor parte de los estudios sobre la *Conquista del desierto* trabajan con el presupuesto de que al momento de realizarse la conquista, ésta era un hecho instalado de manera paulatina y homogénea en la sociedad argentina de entonces. Pero, en rigor, no hay elementos para corroborar esa hipótesis. Hubo que construir la idea de que la conquista era un hecho necesario e indispensable. Pocos episodios de la historia argentina han sido impuestos en la vida política de manera tan contundente. Preparar la conquista implicó la construcción de un estado de legalidad en torno al exterminio, la construcción de una confianza en el uso de la

tecnología para la guerra y para el poblamiento de la frontera y el refuerzo de las prevenciones ante una supuesta demanda chilena en relación con las cuestiones limítrofes.

La *Guerra del Paraguay* (1865-1870) –o *Guerra de la Triple Alianza*– había dejado un saldo escalofriante de muertos y, –al mismo tiempo– la conciencia de que era posible preparar un Ejército para una contienda importante. La Argentina, a diferencia de Brasil, había tenido que armar en pocos meses un ejército de 10.000 hombres.³⁸ La conformación de un Ejército Nacional, moderno, operativo y eficaz sería una tarea posterior a esta guerra porque hasta ese momento, la milicia sólo se lucía en contiendas provinciales o en reyertas de caudillos y de poderes fragmentados. Con esta guerra, que enhebró desbordados costados horribles (niños menores de siete años que morían en combate, enfermos que morían desnutridos en el hospital de campaña, una soldadesca amateur y subsumida en una pobreza extrema) se materializó la idea de ampliar y modernizar un Ejército.³⁹

En esos mismos años, en el plano interno, Callvucurá organizaba y distribuía los poderes de las tribus. El más célebre e influyente de todos los caciques de la Araucanía ya había hecho gala, en años anteriores, de su disposición para la diplomacia, no sólo en sus acuerdos con diversos gobiernos de Buenos Aires sino también en el mérito de haber podido reunir y cohesionar a tribus que, por muchos años, habían permanecidas dispersas. Ahora bien, después de la caída de Rosas se rompía el delicado equilibrio del gobierno de Buenos Aires con la Confederación de Salinas Grandes y los indios, como no podían negociar sal y cueros atacaban las estancias de Buenos Aires entre 1850 y 1870. La línea de frontera prácticamente volvía a ser la misma que en 1830 (antes de la Expedición de Rosas).⁴⁰ Si se considera que sólo unos 1500 hombres, aproximadamente, la custodiaban –en el período de la *Guerra de la Triple Alianza* muchos soldados de las comandancias de frontera habían sido destinados a las trincheras de Curupaity y por eso la frontera quedaba desguarnecida– la protección que podían ofrecer los fortines era casi inexistente.

³⁸ Mientras la Argentina “armaba” un ejército, Brasil duplicó y modernizó su escuadra naval. Para los países de la Alianza (Argentina, Brasil, Uruguay) la guerra fue un campo de experimentaciones de armamentos, transportes y comunicaciones de la época. Fue una guerra profundamente sangrienta en la que murieron más de un millón de paraguayos, 170.000 brasileños, 25.000 argentinos y 3.000 uruguayos.

³⁹ El estupendo libro de Miguel Ángel Cuarterolo, *Soldados de la memoria. Imágenes y hombres de la Guerra del Paraguay*. Editorial Planeta, Buenos Aires, 2000, recopila fotografías tomadas en los campos de batalla, así como de oficiales y soldados de acuerdo a la retratística de la época.

⁴⁰ Véase *Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina* de Carlos Martínez Sarasola. Buenos Aires, Emecé, 1992. Segunda edición 2005. Especialmente el capítulo V “La quimera de ser libres”.



Manuel Olascoaga. *La pampa antes de 1879*. Dibujo a pluma y tinta china sobre papel. Según Laura Malosetti-Costa el dibujo puede pensarse como un juicio a la inutilidad del proyecto del ministro Alsina de 1876, sobre todo porque puede verse, en primer plano, la zanja repleta de osamentas. En Catálogo: *Pampa, Ciudad y Suburbio*, 2007.

Ambos acontecimientos –la guerra y el ocaso del poder de Callvucurá– resultaron cruciales para las obras que tratan el tema de la frontera y que fueron publicadas antes de la Expedición de 1879. Estas obras prepararon, aunque no siempre de manera explícita o consciente, el terreno, para una avanzada más definida sobre los indios y los territorios. A saber: *Consideraciones sobre fronteras y colonias* (1869) de Nicasio Oroño, *Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sur* (1872) de Álvaro Barros, *La Patagonia y las tierras australes del continente americano* (1875) de Vicente Gil Quesada, *Sobre la guerra con los indios y la defensa de la frontera en la pampa* (1875) de F. J. Melchert, *La Guerra contra los indios* (1876) de Álvaro Barros, *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia* (1877) de Ramón Lista, *La nueva línea de frontera* (1877) de Adolfo Alsina y *La conquista de Quince Mil Leguas* (1878) de Estanislao Zeballos.

Santiago Arcos. La previa

“Cuestión de indios” de Santiago Arcos⁴¹ es un folleto que se escribió diez años antes que el conjunto de obras mencionadas en el apartado anterior y que podría formar parte de este corpus porque propone un plan específico sobre la traslación de la frontera que será muy similar al utilizado por Roca casi 20 años después.⁴²

Todas las obras tenían en común el hecho de que iban construyendo argumentaciones para que tuviera lugar una ofensiva eficaz y moderna. Y sobre todo, iban generando un estado de necesidad de esta avanzada que parece querer mostrar de una manera más cohesionada la guerra de la frontera pero que en realidad estaba denunciando justamente la falta de cohesión o de sistematización de ese enfrentamiento. A partir de lo cual, encarnaron un imperativo: construir consenso con respecto a la entidad del territorio y a la de los indios. Se volvió necesario, entonces, revisar el imaginario que habían provisto las obras de los viajeros al

⁴¹ Sorprende la visión de este autor chileno, amigo de Lucio V. Mansilla, guerrero del Paraguay y de guerras españolas y que luego simpatizó con el anarquismo, tan interesado sobre el problema argentino de la frontera. Nacido en Santiago de Chile en 1822, hijo de un sargento mayor e ingeniero del Ejército de los Andes. En su juventud se educó en Inglaterra, primeramente, y en Francia, más tarde, donde se había radicado su padre. Viajó por toda Europa y regresó a Chile en 1847. Mezclado en cuestiones políticas debió emigrar y se estableció en Buenos Aires, donde actuó en la *Batalla de Caseros* y en la *Batalla de Cepeda*. Era además un buen dibujante. Publicó en París con Michel Levy frères, un libro en francés, aparecido en París en 1865: *La Plata. Etude historique*. Se suicidó arrojándose al Sena a mediados del año 1874. En *El Nacional* del 27 de octubre se da la noticia y en *La Tribuna* del 31 del mismo mes, Sarmiento da una noticia biográfica estudiándolo como escritor y político.

⁴² ARCOS, Santiago (1860), “Cuestión de indios. Las fronteras y los indios”. Buenos Aires, Imprenta de J.A. Bernheim, 1860.

interior del territorio, desde los primeros en el siglo XVIII, hasta los más cercanos a la experiencia expedicionaria: Darwin, D'Orbigny, los viajeros ingleses. A su vez, la revisión de ese imaginario iba a proveer diseños para las formas de escrituras que se ensayaban en esos escritos sobre el viaje a la frontera.

En los años '70 del siglo XIX se iba instalando paulatinamente, en el clima de discusión de Buenos Aires, la idea de que la ofensiva dura contra un "enemigo común" definiría cuestiones claves del programa modernizador en todo el territorio de la República Argentina. Es por esta razón que las obras tendían a homogeneizar la figura y la entidad de indios y tribus muy diversas no sólo por sus costumbres y por la geografía que habitaban sino también por su cercanía con Buenos Aires y por sus diferentes (y en algunos casos inexistentes) relaciones con Buenos Aires. Aún la narrativa científica que era la que más demostraría esas diferencias entre los indios patagónicos y los de la zona céntrica soslayaba, muchas veces, esas diferencias a una grilla común a partir de lo que podría llamarse una "semántica de lo salvaje". Se trataba de convertir al prójimo en otro. Y ese otro no podía ser plural y diverso. Debía ser uno y claramente identificable, claramente detectable. En nombre de la "civilización" se cuestionaban las marcas indígenas étnicas más genéricas y se las pensaba como peligrosas: el nomadismo, la cultura económica y sus formas de producción así como la religión politeísta.

Lo primero que resultaba evidente era que estas obras trabajaban con la figura del indio no como un enemigo de los estancieros de Buenos Aires, que era lo que efectivamente eran (en particular los indios maloneros de Salinas Grandes) sino como un problema de carácter nacional que involucraba a todos los sectores de la sociedad y a poderes políticos de varias provincias. Todos los indios quedaban asociados o identificados con un único tipo de indio específico: el indio malonero, nómada, que alternativamente negociaba y guerreaba contra los blancos.⁴³ Además, y para darle proyección a esa construcción, se rearmaban las imágenes ya existentes de los indios, recurriendo a archivos que acopiaban materiales del pasado y se los revisaba para proyectarlos a futuro. Así es que se iba produciendo el nuevo archivo que podría decirse que fue, quizás, la tarea intelectual más ambiciosa que acometieron estos autores, porque implicaba reunir materiales dispersos sobre el tema pero a su vez revisar las obras

⁴³ Hasta 1873, los indios maloneros, estaban asociados a la influencia política de Callvucurá. Sin embargo, una vez muerto el cacique, la impronta de peligro y amenaza que impregnaba a estos indios, perduró.

existentes, -recordemos que se trata de un material arduo y cuantioso- y confrontarlas con nuevos materiales y nuevas urgencias.

Como predictor de ese conjunto de obras expedicionarias puede leerse el folleto "Cuestión de indios" (1860) de Santiago Arcos en el que se sintetizaba un propuesta para resolver el problema de la frontera. Su autor lo envía al Coronel Paunero, Comandante General de la Frontera del Sud y en lo que nombra como "algunos apuntes" aparecen consignadas todas sus opiniones (que no sólo representan al propio Arcos sino a otros militares y civiles de la época) en relación con la necesidad de una guerra ofensiva contra el indio. A pesar de los conceptos vertidos y de las precisiones ofrecidas no será, sin embargo, en los años subsiguientes, la opción adoptada. Más bien, anclará la idea de sostener la política defensiva de Adolfo Alsina entre 1872-1876, que se materializaba en la construcción de una foso de 200 leguas.⁴⁴ Será la expedición de Roca la que retomará esa propuesta de Arcos, a raíz de lo que este ministro y ciertos sectores de Buenos Aires, consideraban como el fracaso de la política de fronteras del ministro de Avellaneda.

El folleto de Arcos es importante en tanto que es el primero que explicita un consenso y hasta se podría decir que lo sistematiza para organizar no tanto una estrategia (si bien el folleto provee tácticas), sino y por sobre todo, la descripción de las condiciones que prefiguraban la necesidad del acontecimiento. Los indios no eran un problema para todos sino para ciertos sectores, para ciertos grupos sociales, para ciertas provincias pero ¿cómo convertir esos conjuntos parciales en uno que involucrara a toda la nación?⁴⁵

El folleto comienza preguntándose por qué no se ponía la atención en el dominio de los territorios y en la cuestión de los límites. También de alguna manera -aunque tácita- va dejando entrever que los gobiernos provinciales (exceptuando el gobierno de Mendoza con la expedición de Aldao en 1832) no habían tomado medidas precisas para resolver el problema y

⁴⁴ BLENGINO, Vanni, *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

⁴⁵ Sorprende la visión de este autor chileno, amigo de Lucio V. Mansilla, guerrero del Paraguay y de guerras españolas y que luego simpatizó con el anarquismo, tan interesado sobre el problema argentino de la frontera. Nacido en Santiago de Chile en 1822, hijo de un sargento mayor e ingeniero del Ejército de los Andes. En su juventud se educó en Inglaterra, primeramente, y en Francia, más tarde, donde se había radicado su padre. Viajó por toda Europa y regresó a Chile en 1847. Mezclado en cuestiones políticas debió emigrar y se estableció en Buenos Aires, donde actuó en la *Batalla de Caseros* y en la *Batalla de Cepeda*. Era además un buen dibujante. Publicó en París con Michel Levy frères, un libro en francés, aparecido en París en 1865: *La Plata. Etude historique*. Se suicidó arrojándose al Sena a mediados del año 1874. En *El Nacional* del 27 de octubre se da la noticia y en *La Tribuna* del 31 del mismo mes, Sarmiento da una noticia biográfica estudiándolo como escritor y político.

que por tanto urgía la solución por otras vías diferentes: debería ser el Estado Nacional y no los gobiernos provinciales el que se hiciera cargo de la cuestión. En este punto se convocaban los artículos de la Constitución para señalar su "oscura" enunciación. Como los enunciados de los artículos resultaban para el autor y, en general, difíciles de comprender, el propio Arcos va a tratar de explicar esos contenidos a modo de aclaración.

Pero no era sólo necesario revisar esos artículos constitucionales, sino también establecer que la guerra contra los indios es una decisión del Estado nacional. Localizando las indiadas (las de "los Andes", las de "el norte de Río Negro", las que habitaban terrenos que involucraban fronteras provinciales en litigio e "impedían" el tránsito) se desmontaba la idea del nomadismo aborígen. Arcos señalaba, a su vez, que no era sólo la "barbarie" de los indios la que había que "extirpar" sino también la de la soldadesca. Se trataba de demostrar que el problema de los indios era un problema de todos y que los costos de nuevas estrategias no sólo iban a ser bajos sino que resolverían el gasto absolutamente excesivo que el Estado afrontaba para sostener el servicio de fronteras. Desde una concepción absolutamente determinista del problema decía que el servicio de fronteras, entendiéndose la vida en el desierto, barbarizaba a las milicias. Arcos explicaba por qué el sostenimiento de los cuerpos de milicia desgastaba a las instituciones militares y señalaba que "el Estado de Buenos Aires (...) es el pays que más gasta del mundo en materias militares."

Su folleto, táctico y escueto, sin embargo, se detenía a describir el clima que se observaba entre los soldados de la frontera:

"Los milicianos cuando marchan a la frontera van generalmente con el entusiasmo que tiene un reo cuando se le destina a tres meses de cárcel. Las milicias en su mayor parte, miran con desdén el servicio de fronteras, marchan de mala gana, su presencia es muy rara vez eficaz y su costo es mucho mayor que el que ocasionan las tropas de línea".

La descripción de este estado de ánimo de los soldados permite al lector inferir una comparación obvia con el estado de ánimo de los indios en la guerra, temerarios, leales y dispuestos a morir por sus causas.

También refiere Arcos los lugares claves para el control de la circulación y de las economías zonales, como Choele Choel a orillas del río Negro, así como señala que son inocuos como por ejemplo los valles, montañas y lagos donde los indios viven más allá del Río

Negro.⁴⁶ “Si es justo criticar la estraña pretencion de los Mendocinos, Puntanos y Cordoveses, que quieren estender indeterminadamente sus límites al Sur, justo es también criticar la pretensión del Estado de Buenos Aires que, sin más razón que un fiat de sú asamblea constituyente, se apropia toda la Patagonia. La posesión de la Patagonia para Buenos Aires sería tan útil como las faldas del Payen y Aucamaguida para los Mendocinos.” (Arcos, 1860, 16). De lo que se sigue que: “Los inmensos territorios del Sur de Río Negro, deberían ser poseídos por la nación, si es que una nación tiene derecho a declarar suyos, terrenos sobre los cuales no ejerce dominio”.

A continuación se hablaba de la necesidad de exterminar a los indios que serían los enemigos comunes de la nación, acción que si no contaba con el apoyo de las provincias, esto es, si no se nacionalizaba, esta acción no iba a ser efectiva. “Mientras sea necesario violar el territorio de Santa Fé, Córdoba y San Luis para ir a Poitagua o al Tuay, los indios podrán permanecer tranquilos dentro de sus aguadas. Muy lejos estamos de creer que estas provincias se negarían a dar paso a tropas que marchasen contra un enemigo común” (Arcos, 1860, 17)

Es decir, se trataba de centralizar la guerra y de que se convirtiera claramente en una guerra ofensiva.⁴⁷

“Para que los indios no invadan es preciso que invadamos nosotros. Es preciso ir a buscar al indio en sus tolderías. Batirlo cuando el indio no esté pronto para la guerra. Incómodarlo incesantemente, destruyendo sus caballadas y haciéndole sufrir los mismos males que ellos hacen sufrir a nuestras poblaciones fronterizas. Haciendo al desierto más peligroso para el indio que para el cristiano, podremos conseguir que el indio abandone los campos desde donde nos acecha, y se retire tanto que ya no le haga cuenta venir a robar nuestros ganados. Cortada toda relación con ellos, no podrán mandar sus bomberos, ni recibir los frecuentes avisos que ahora reciben para venir á robarlos juntos, donde hay más ganado y menor fuerza. Pero ¿es posible esto? ¿Es posible hacer á los Indios la guerra ofensiva que pedimos? ¿Es posible alcanzar, destruir, dispersar tribus que no tienen paradero fijo? Sabemos que el mayor número lo cree imposible.” (...) “Con muy cortas esperanzas de alterar una creencia tan

⁴⁶ Este será justamente el objetivo más importante de la Primera Columna en la Expedición al Río Negro.

⁴⁷ El tono de la redacción del folleto se asemeja, por momentos al de ciertos manuales de guerra, es decir, despliega una argumentación racional, sencilla y directa, intercalada con preguntas algunas veces retóricas y otras funcionales a la continuidad de la argumentación.

generalizada, examinemos las Pampas según los datos más fidedignos y veremos que no sólo es posible, sino fácil, el realizar este pensamiento. Para hacer una primera correría, se necesitarían 6 meses, para las siguientes, tres meses bastarían, y para que los ganados de los hacendados de Buenos Aires, estuviesen a cubierto de toda intentona, para el Estado pudiese vender á muy altos precios los inmensos terrenos que posee la provincia, bastaría que durante tres años, el Estado dedicase 2500 hombres al servicio de la frontera, que hiciesen constantemente la guerra ofensiva hasta haber limpiado de indios todo el norte de Río Negro. Los indios que en otro tiempo tuvieron una importancia puramente mercantil tienen hoy importancia política pues cualquier enemigo del Gobierno de Buenos Aires, encontrará en ellos un poderoso aliado para hacerle la guerra.”

He aquí la apuesta definitiva de Santiago Arcos que no da cabida a la idea de un pacto aunque es escuetamente sugerida en uno de los párrafos de su folleto.

“Por mucho que se economice, los gastos que 5000 hombres ocasionan no está en relación con el servicio que están llamados a prestar. Si á este costo directo se añade lo que pierde el pays, perdiendo el trabajo de 5000 hombres, se verá que hace más cuenta dejar a los indios robar las vacas que no protegerlas, a costa de tanto sacrificio. Costaría menos mantener toda la indiada, reuniéndola en un lugar para exigir de ella alguna pequeña ocupación que la distrajese de la manía de corretear por nuestra frontera”.

El robo de los indios- para este autor- era una manía, no una consecuencia de políticas mercantiles interiores de Buenos Aires con el interior. La propuesta del opúsculo de Arcos puso en evidencia la ausencia de una política expansionista clara y sistemática por parte del Estado argentino (cuestión que señalo en la Introducción y en el capítulo II de este trabajo). Tal vez, la Expedición del '79 sea su consecuencia más dramática.⁴⁸

Álvaro Barros. Denuncialismo o “los males que conocen todos”

Uno de los autores claves en política de frontera y que pudo claramente comprender las implicancias que tuvieron tanto las consecuencias de la *Guerra del Paraguay* como las del

⁴⁸ Es, a su vez lo que va a plantear Mansilla en el debate parlamentario posterior a la publicación de *Una excursión a los indios ranqueles*. Mansilla va a apostar al exterminio, no tanto como una conclusión personal sino como una forma de enfrentar a la clase política de Buenos Aires con su propia hipocresía en el tema de la frontera. Volveré al respecto en el capítulo V.

liderazgo de Callvucurá, fue el Coronel Álvaro Barros y así lo expone en su primer libro: *Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sur*, publicado en 1872.⁴⁹

Álvaro Barros nació en Buenos Aires en 1827. Tanto por la rama paterna como por la materna, Barros recibió la herencia de su futura actividad militar: su padre estuvo entre los primeros cadetes del Regimiento de Granaderos a Caballo, en 1812 y llegó al grado de capitán del ejército argentino, su madre era hija del Coronel Pedro A. García, autor en 1810 de *Diario de un viaje a Salinas Grandes* y de *Memoria sobre la Navegación del Tercero y otros ríos que confluyen al Paraná*, en 1813. Perteneciente a una familia antirosista exiliada pasó su infancia en Montevideo. Al regresar a Buenos Aires, se alistó en las filas del Ejército Grande con el grado de alférez (*Primer Regimiento de Granaderos Nacionales de Caballería*). Intervino en la revolución del 11 de septiembre y en la persecución del general Galán siendo por su comportamiento ascendido a capitán, con cuyo grado participó en la defensa de la ciudad sitiada por Lagos y más tarde por Urquiza. Después de tomar parte en otras acciones dentro de la provincia, alcanzó el grado de sargento mayor, en 1854. Estuvo en campaña con el General Manuel de Escalada y luego a las órdenes del General Paunero. Asistió a la defensa de Buenos Aires sitiada por Urquiza, que había triunfado en la batalla de Cepeda. Fue por un tiempo comandante militar de Mercedes y después de Pavón marchó con Paunero a Entre Ríos, donde participó en algunas acciones. En 1865 fue a luchar contra los indios en Pillahuincó, ascendiendo a teniente coronel un año después.

A Barros le tocó uno de los momentos más difíciles para hacerse cargo del destino militar de las fronteras: las fuerzas de líneas habían sido enviadas para combatir en la Guerra del Paraguay, de modo que la línea de frontera estaba verdaderamente desguarnecida: caballadas estropeadas, soldados hambrientos y mal vestidos, sueldos atrasados. Barros se convertirá entonces en un implacable fiscal en relación con el mal uso de los dineros que el estado destinaba a las tropas de las fronteras. La severidad de aquellos juicios se hará extensible a todas las formas de corrupción económica y administrativa. En sus campañas de las fronteras firmó pactos con los caciques Callvucurá y Reuque-Curá, y luego de varios encuentros con los indios alcanzó el grado de coronel, en 1868. A las órdenes de Conesa marchó a Entre Ríos para conjurar la revolución de López Jordán. Asistió a la Batalla del Sauce en 1870. La renuncia

⁴⁹ La primera edición es de 1872, Buenos Aires / Imprenta, Litografía y Fundición de tipos a vapor, Belgrano, 126 / 1872. Luego la editorial Hachette, en la célebre colección "El pasado argentino" dirigida por Félix Weinberg publica una segunda edición, primero en 1957 y luego en 1975. Para este capítulo he usado esta última (1975).

del gobernador de Buenos Aires, Mariano Acosta, lo sorprendió siendo presidente del Senado, por lo que se hizo cargo del gobierno provincial y al levantarse Mitre en 1874, se puso al frente de las fuerzas de la Capital. En mayo de 1875 se reincorporó al Ejército. Fue nombrado diputado nacional en 1876 y primer gobernador de la Patagonia en 1879. Terminó su mandato en Río Negro en 1881 y después de desempeñar varios cargos en el Ejército, murió en 1892 en Buenos Aires.

Si bien la foja militar de servicios de Barros resulta importante en su biografía, no es sin embargo, lo que la define porque Barros no fue sólo un oficial del ejército, fue además publicista, gobernador y periodista y redactor de *El Nacional* así como autor de varios libros sobre la cuestión fronteras.⁵⁰

Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sur es, en rigor, una recopilación que hace el propio Barros de alguno de sus artículos publicados en el periódico "Río de la Plata". Este diario, opositor al gobierno de Sarmiento se caracterizó por publicar artículos vinculados al tema de la frontera. En él escribían José Hernández, Guido Spano, Navarro Viola, de Vedia, Pelliza, Mariño y Zeballos. Los artículos de Barros se publicaron como volumen en 1872, el mismo año que se conoció el folleto de la "Ida" del *Martín Fierro* de José Hernández, y también el mismo año en que Callvucurá había perdido casi definitivamente su poder sobre los territorios que dominaba.

La obra, dedicada a Adolfo Alsina, quien va a ser luego Ministro de Guerra durante la presidencia de Avellaneda, contiene una carta del propio Alsina agradeciendo la dedicatoria. En esta carta el futuro ministro considera que la obra de Barros tiene "el mérito indisputable de ser la primera obra que se ha escrito sobre la cuestión fronteras, encarada bajo todas sus fases". Sorprende la consideración de "primera" a una obra que se encarga, en varios de sus capítulos finales, de referenciar todas las obras anteriores sobre la conquista de la frontera y el poblamiento del desierto, en particular, las de William Cox, Basilio Villarino, Sebastián de Indiano y otros. Lo que tal vez debamos leer en la consideración de Alsina es que la obra de Barros es la primera que, en el siglo XIX, reúne estos materiales dispersos.

⁵⁰ Para más datos biográficos de Barros puede consultarse: PICCIRILLI (et. al.) *Diccionario histórico argentino*. Buenos Aires, Ediciones históricas argentinas, 1954 así como el "Estudio Preliminar" de Pedro Daniel Weinberg a *Indios, Frontera y Seguridad Interior* (compilación de artículos de Álvaro Barros) publicada por Solar Hachette en 1975).

Sin embargo, las obras mencionadas por Álvaro Barros habían sido compiladas anteriormente por Pedro de Ángelis, un intelectual verdaderamente problemático para la cultura política posterior a Caseros, por su vinculación con el gobierno de Rosas. El monumental trabajo de antologización de obras sobre la conquista y colonización del territorio del Río de la Plata realizado por De Angelis, y publicado en seis tomos en Buenos Aires, en 1836, proponía una serie a partir de textos, mapas, tablas e ilustraciones. Su trabajo, sin embargo, no se reducía sólo a reunir esos materiales sino que además los acompañaba con introducciones, discursos preliminares, noticias biográficas, proemios, relaciones geográficas o históricas, vocabularios y catálogos de voces, bibliografías, tablas analíticas. En ese entonces, la obra fue duramente criticada por sus contemporáneos. Esteban Echeverría, más vehemente que argumentativo, le reprochaba: "Carecía usted de criterio histórico para apreciar el valor de los documentos que publicó, o procuró sólo hacer plata saliendo de cuanto mamotreto tenía en sus estantes". La *Colección...* estaba dedicada a Rosas por lo que todos los usos y valoraciones de este trabajo, posteriores a Caseros, deberán explicarse y justificarse. La tarea de Juan María Gutiérrez -quien se encargará de re-editar algunos de los textos coloniales que aparecen en la Colección "depurándolos" de la marca rosista- se inscribe en esa justificación.⁵¹ De modo que la referencia a autores que ya habían sido estudiados, publicados y serializados por un funcionario del período rosista resulta problemática: la remisión a esa serie preparada con anterioridad remitiría a la "barbarie de Rosas" y no a la etapa de la modernización. Alsina, al situar como primera obra la de Barros lo que hace es fechar un problema, instalar su importancia en las discusiones y debates del campo político de Buenos Aires durante la década de 1870.

¿En qué consistiría pues la novedad que, según Alsina, Barros aporta? Para Alsina el mérito de la obra radicaba en tratar de colocar la cuestión frontera y su larga historia en el centro de las discusiones de Buenos Aires. Lo que remite al hecho de que la cuestión frontera, como ya se ha explicado no era una preocupación para muchos políticos de Buenos Aires ni para la mayoría de sus habitantes ni de los habitantes del resto de las provincias argentinas. En todo caso, formaba parte de un conjunto de problemas que el Estado naciente debía resolver

⁵¹ Al respecto resulta muy sugerente el capítulo que Amanda Salvioni dedica en su libro a Pedro de Ángelis en el que señala cómo el intelectual napolitano realiza un riguroso trabajo de construcción de archivo. A su vez, Salvioni explica la resistencia que genera esta tarea en intelectuales opositores a Rosas. El contrapunto entre De Angelis y Echeverría habla de los complejos mecanismos de construcción de una memoria nacional. "Pietro De Angelis e l'archivio del dittatore" en *L'invenzione di un medioevo americano. Rappresentazioni moderne del passato coloniale in Argentina*. (Roma, Diabasis, 2003).

pero no era una cuestión central de las políticas inmediatas. Van a ser Roca y la prensa roquista posterior los que van a tratar de demostrar exactamente lo contrario.⁵²

Como la "cuestión fronteras", hasta los años '70, no era más importante que la consolidación del Estado centralizado y nacional, que la lucha contra los poderes provinciales y regionales de los caudillos y contra la fragmentación del poder va a ser necesario reubicar el problema. Alsina escribía en esos años:

"Más de una vez me he preguntado por qué es que la cuestión Fronteras al mismo tiempo que afecta intereses tan variados, solo preocupa a los espíritus cuando se produce una catástrofe, o, más bien, cuando los partidos las toman como bandera. Y mi respuesta ha sido ésta: porque la inseguridad de las fronteras, lastima directamente pocos intereses; porque las invasiones perjudican al menor número de hacendados, en una palabra, porque la ciudad, que es donde por lo general sienta sus reales el egoísmo, no soporta, directamente a los dolores del gaucho. Por el contrario, si una invasión de indios influyese sobre el bienestar material de los que habitan las ciudades, si éstos tuviesen que abandonar intereses y hogar para salir a repelerla, o si, por lo menos, las consecuencias afectasen a todo el gremio de hacendados, bien numeroso, por cierto, entonces sería otra cosa: las diversas cuestiones que se relacionan con la seguridad de las fronteras serían estudiadas con anhelo, y para resolverlas, serían buenas todas las épocas y buenos todos los gobiernos. Quince años llevamos de vida nacional y durante este tiempo solo se ha hablado en el congreso de la guerra con el indio cuando ha habido interpelaciones, promovidas casi siempre por espíritu de partido."⁵³

⁵² Sobre la prensa roquista, Paula Alonso escribió: "Si las elecciones no bastaban para investir a la autoridad nacional de una legitimidad que contuviese los instintos guerreros de los pretendientes al poder, era imperioso construir una reputación que invistiera al presidente de la legitimidad que las elecciones, hasta ese entonces, no alcanzaban a otorgarle. Los largos y reiterativos editoriales sobre el Presidente- General que había conquistado el desierto, había aniquilado el último bastión de localismo y había abierto las compuertas del progreso estaban destinados, desde el primer día, a cumplir esa función". (en "En la primavera de la historia. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa". *Boletín del Instituto de Historia Argentina "Dr. Emilio Ravignani"*. Tercera serie, núm. 115, primer semestre de 1997).

⁵³ Adolfo Alsina *La nueva línea de frontera: Memoria especial del Ministerio de Guerra y Marina*. Año 1877. Eudeba, Colección Lucha de fronteras con el indio. Buenos Aires, 1977 Pág.34

Barros coloca el tema de la frontera en el centro de la discusión de la economía ganadera porteña (Halperín Donghi, 1980, LXXXIV).⁵⁴ Era, además, un hecho que las Comandancias de frontera desde los años de la Independencia en adelante habían entrado en un estado de decadencia y de deterioro creciente debido a que no recibían dinero suficiente del estado y los pocos hombres que las constituían parecían más pobres gauchos harapientos que soldados de un ejército regular. Como la *Guerra del Paraguay*, por su parte, había desguamecido las comandancias, no era casual que Barros comenzara su obra haciendo una detallada y significativa descripción del estado del Ejército y de esas comandancias: de su pobreza, de la falta de hidalguía de sus hombres, de la paga pendiente del Estado, de la falta de caballos, armas, ropas adecuadas, viviendas, de la falta de comunicación entre las Comandancias, de las costumbres laxas de la soldadesca que promovía la indolencia y el delito en acuerdo con indios de la frontera. Pero sobre todo, Barros denuncia la corrupción de los proveedores del Ejército y de los "militares depravados" (se refiere a la profusión de jefes militares prepotentes y embrutecidos). El libro cumplirá la función de "separar héroes de impostores".

Será su primer y más contundente juicio, el que hará a las estructuras corruptas de sucesivos gobiernos que abandonaron la situación de las fronteras lo cual, en su perspectiva, generaba -además del aumento de malones y del saqueo y del arreo de ganado- una maquinaria corrupta a partir de la cual los proveedores engañaban a los soldados, no hacían llegar las provisiones que el Estado enviaba para la tropa, la retenían, la vendían a los indios o a pulperos corruptos que a su vez la vendían a los indios. La supuesta defensa contra el indio ha sido organizada con una ineficacia calculada para aumentar los lucros de quienes controlan la frontera (Halperín Donghi, 1980, LXXXIV). Al describir la situación del ejército Barros explicará que la cuestión frontera no es exclusivamente un tema policial ni exclusivamente militar sino también económico, social, político y geográfico (Weinberg, 35, 1975).

Junto a esta enunciación institucional - Barros busca restaurar, con su denuncia, un estado de legalidad incumplido- el texto, impacta por la presencia de enunciados en primera persona del singular que le permiten articular una voz disidente para pelear contra estructuras corruptas.

⁵⁴ Tulio Halperín Donghi explica que para Barros la frontera ofrece sólo el ejemplo más extremo de las consecuencias que puede alcanzar la falta de protección a los derechos privados, que es correlato de la arbitrariedad del poder administrativo. ("Una nación para el desierto argentino" Prólogo a *Proyecto y construcción de un nación (Argentina 1846-1880)*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980)

La lectura que hace David Viñas en *Indios, ejército y frontera* de la obra y de la participación de Barros como “militar y latifundista” se constituye en el intento de demostrar una absoluta empatía entre las instituciones que defienden el patrimonio de los terratenientes y los terratenientes mismos. *Fronteras y territorios federales* no avala esa hipótesis porque se convierte rápidamente en un texto de denuncia en el que su autor, haciendo uso de la primera persona, a la vez que representa, cuestiona a las instituciones a las que pertenece. Las denuncias de Barros no parecen estar dirigidas hacia un estado que defiende o no el latifundio sino hacia un estado cuya política administrativa aún no está definida. En ellas se lee más la ausencia de políticas públicas territoriales que su efectividad.

“Tendré presente el propósito manifestado en las primeras páginas (escribir sin pasión) y espero no desviarme de él, pidiendo que no se confunda lo que dirán los hechos con lo que yo pudiera decir” (Barros, 156, 1975).

La presencia del yo -deslindado de los hechos que se narran- desarticula la idea de la absoluta linealidad entre autor e institución. Es cierto que las divergencias no implicaban que estos hombres no defendieran sus propios intereses y el de los sectores a los que pertenecían. Pero hay que tener en cuenta que no siempre reproducían a las instituciones, a veces operaban por sobre y más allá de ellas lo que generaba el espacio para el diseño de nuevas políticas. Al mismo tiempo, en ese vigor (fundacional en la mayoría de los casos) se encontraban con los límites que esa tarea les imponía, e incluso chocaban con la imposibilidad de modificar o de reformular, muchas veces por períodos muy largos de tiempo, el funcionamiento de los poderes que los representaban.

Como consecuencia de lo señalado resulta evidente que los escritos militares y políticos en esta compleja red no admiten simplificaciones ni asociaciones rápidas.

Estanislao Zeballos. La puesta en escena de todas las líneas de fuerza

En 1878, el entonces Ministro Julio Argentino Roca pide al entonces ex director del diario *La Prensa* y fundador de la *Sociedad Científica Argentina* Estanislao Severo Zeballos que escriba sobre los antecedentes de la ocupación geográfica del Río Negro.

Estanislao Zeballos había nacido en la ciudad de Rosario (Santa Fe) en 1854. Realizó sus estudios universitarios en Buenos Aires, y se recibió de abogado en 1874. Siendo estudiante inició sus actividades periodísticas. Fundó el periódico *El Nacional*. Formó parte de la redacción de *La Prensa* y fue director de la *Revista de Derecho, Historia y Letras*. Intervino desde

joven en las actividades políticas, siendo electo en 1879 diputado de la legislatura de Buenos Aires. En 1880 formó parte de la Cámara de Diputados de la nación. Fue luego Ministro de Relaciones Exteriores y Culto durante la presidencia de Miguel Juárez Celman, de Carlos Pellegrini y de José Figueroa Alcorta. Fue profesor universitario de derecho internacional privado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires y decano de esa misma institución en 1910 y en 1918. Fue socio fundador de la *Sociedad Científica Argentina*. Fue miembro del Tribunal Permanente de Arbitraje de La Haya y del instituto de Derecho Internacional. Falleció en Liverpool en 1923.

Zeballos publicó *La Conquista de Quince mil leguas*. En su portada puede leerse *LA CONQUISTA/ DE/ QUINCE MIL LEGUAS/ Estudio sobre la Traslación de la Frontera Sud/ de la República al Río Negro/ dedicado á los Gefes y Oficiales del Ejército Expedicionario/ por/ ESTANISLAO S. ZEBALLOS/ Abogado/ Ex-Director de La Prensa, fundador y ex-secretario de la Sociedad Científica Argentina,/ Miembro honorario y activo de varias sociedades/ Buenos Aires/ Imprenta de Pablo E. Coni, Especial para obras/ 60-calle Alsina-60/ 1878*. El gobierno compró la edición pero Zeballos no aceptó remuneración. Dijo que escribía en los "ratos libres" y para miembros del Congreso antes de terminar las sesiones sobre el tema fronteras.

En septiembre de 1878 se hizo una primera edición de 500 ejemplares por cuenta del Tesoro nacional para distribuir entre oficiales. El libro se agotó en una semana. En noviembre de ese mismo año se hace la segunda edición con apoyo de *La prensa*, revisada y aumentada. *LA CONQUISTA/ DE/ QUINCE MIL LEGUAS/ Estudio sobre la Traslación de la frontera sud/ de la República al río Negro/ dedicado á los jefes y oficiales del Ejército Expedicionario... Segunda edición / revisada y considerablemente aumentada por el Autor, ofrecida al mismo/ por la empresa de La Prensa/ Buenos Aires/ Establecimiento Tipográfico a vapor de "La Prensa" Moreno 109/1878.*) Sin embargo, esta segunda edición fechada en 1878 debiera decir 1879 porque como señala Enrique Barba en ella hay referencia a sucesos posteriores a 1878, tales como la mención a *Le Courier de La Plata* de Buenos Aires del 10 de enero de 1879 y la transcripción de la proclama del presidente Avellaneda también en enero del '79 dirigida a los soldados del Ejército expedicionario.⁵⁵

⁵⁵ Barba, Enrique "Estudio Preliminar" a Zeballos, Estanislao S., *La conquista de Quince Mil Leguas. Estudio sobre la Traslación de la Frontera Sur de la República al Río Negro*. Buenos Aires, Hachette, 1958. Esta edición reproduce esa edición mal fechada de *La Prensa*, porque está corregida y aumentada en relación con la primera.

Esta obra resulta fundante en el corpus de la narrativa expedicionaria por sus características internas y externas. Si el libro de Barros ponía en escena las diferencias y los juegos políticos de Buenos Aires, va a ser esta obra de Zeballos la que proveerá la propuesta más sistemática y un plan de acción definitivo que es el que luego va a materializarse efectivamente en la acción expedicionaria. Una propuesta que comprende todos los flancos: no sólo el espíritu de la expedición y el plan de Roca sino también su implementación, es decir propone un plan que involucra Ejército, finanzas del Estado, procedimientos científicos, usos de la lengua araucana y hasta una futura obra de escritura literaria.

La primera edición de *La conquista de 15.000 leguas* se publica por un pedido que le hace Roca, entonces Ministro de Guerra de Avellaneda, a Zeballos, que consiste en escribir unos "apuntes" sobre los antecedentes de la ocupación del Río Negro.

"Conocedor V. E. de mi consagración al estudio de la cuestión Fronteras, tuvo á bien invitarme á redactar algunos apuntes sobre los antecedentes de la ocupación del río Negro y sobre otros datos históricos y científicos, convenientes para demostrar al país la practicabilidad de aquella empresa, y para proporcionar a los gefes y oficiales del ejército expedicionario un conocimiento sintético de la obra en que van á colaborar. V. E. me hizo ofrecer además que el Gobierno Nacional compraría la edición de mi obra en remuneración de mi trabajo. Acepté con placer la invitación, renunciando desde luego a toda remuneración, pues me he consagrado á estos estudios, sin interés de lucrar con ellos, inspirándome en el principio de moral que encierra el siguiente pensamiento de un autor célebre: La ociosidad pesa y atormenta; el alma es un fuego que es necesario alimentar" (Zeballos, 1878, 5)

El libro que prometía dar cuenta de un pasado, sin embargo, se ocupaba claramente del futuro, no sólo por todo lo que suponía revisar el pasado para pensar el futuro sino además porque su autor no se limitó ni a escribir unos apuntes o unos simples antecedentes. Contiene una reseña histórica que va de 1768 a 1878, las exploraciones que se realizaron entre 1553 y 1875, estudios y recopilación de materiales vinculados al Río Negro, al Río Colorado, a ríos andinos y de la Pampa central, una descripción del territorio, una explicación técnica de qué implica la nueva frontera, un capítulo dedicado a los indios y a los cacicazgos de Salinas Grandes y Leubucó, otro capítulo sobre la importancia de la navegabilidad de los ríos,

consideraciones generales, noticias bibliográficas y cartográficas abundantes y hasta un Apéndice con una variada documentación.

Es decir, excede la demanda, lo cual coloca al autor de esta escritura y compilación — que tenía en ese entonces sólo 24 años— como un referente intelectual importante, como un verdadero especialista y como un experto. Su consagración no será a partir de la experiencia de los años, ni estará dada por un viaje realizado sino por su tarea de recopilador y archivador así como por el manejo de materiales y de una “biblioteca americana” sobre temas de fronteras que comprende importantes y numerosas obras que abarcan un extenso período. A pesar de su magnitud la obra resulta efectivamente sintética y está destinada y dedicada a los jefes y oficiales del Ejército.⁵⁶

¿Cómo hay que leer esta obra? ¿Como un proyecto del propio Estado? ¿Como un proyecto que el gobierno pide a un especialista? Pareciera ser lo mismo, sin embargo las tensiones que existen entre especialista y gobierno construyen la filigrana del texto. En particular me interesa analizar el conjunto de cartas que bajo el título de “Origen de esta obra” y el sugerente subtítulo de “Documentos Oficiales” se reúnen y se publican. Estos documentos oficiales consisten en una carta de Zeballos, una carta del presidente Avellaneda y una carta del Ministro Roca.

En primer lugar, Zeballos, en su carta explicaba que ofrecía la obra al gobierno “de la cual puede hacer el uso que convenga a sus planes” y agregaba que “cuando se trata de asuntos de esta naturaleza, las diferencias políticas deben ceder ante los altos intereses de la nación”. Sin embargo, sus posiciones no siempre son coincidentes con lo que el gobierno desea. Por ejemplo, en la segunda edición Zeballos se disculpaba porque sentía que se había excedido en su juicio crítico de la conquista del siglo XVI y entonces en la nueva edición quiere corregirse. Sin embargo, él ha introducido una divergencia en el modo de interpretar la conquista española.

Con respecto a la práctica misma de la escritura de la obra Zeballos escribe: “He redactado este libro en los ratos desocupados de que he podido disponer durante un mes,

⁵⁶ Se podría decir que con la publicación del libro de Zeballos se quiebra el modelo que asocia conocimientos y sabiduría a la ancianidad y a la experiencia de largos años. Era un joven de 24 años, que había fundado un diario y la Sociedad Científica. Esta confianza en la juventud reactualiza la de la cultura romántica rioplatense de la Generación del '37. Otro ejemplo, entre varios, lo constituye Francisco P. Moreno quien cuando realizó su primera expedición tenía 23 años.

robando algunas horas al sueño á veces, á fin de que, como V.E. lo deseaba, pudiera ser leído por los miembros del Congreso, antes de terminar sus sesiones”

Obsérvese la presencia del yo en el texto para dar cuenta de la forma de escritura del libro: la escena en que Zeballos no duerme por escribir un libro acaso urgente para la nación, una escena que proviene de su vida privada y que podría ser irrelevante para los lectores, sin embargo, cumple aquí la función de proyectar su figura pública: si el libro es necesario para la patria, él estará dispuesto a hacer todo los sacrificios correspondientes (aunque la empresa parece mucho mayor que los “sacrificios” finalmente realizados: privarse durante el lapso de un mes de su ocio y su descanso nocturno, “algunas horas al sueño, a veces”) Esos “ratos libres” resultan muy operativos, le servían para justificar los errores que la obra pudiera tener, funcionan como “advertencia” a las críticas, pero también le sirven para demostrar que, con su compromiso, él forma parte de una heroicidad, no castrense ni expedicionaria, no política, sino una heroicidad urbana y privada: yo no dormí, yo no tuve ratos libres para “cooperar con mis débiles fuerzas a la ejecución de una idea”. La carta construye la idea prusiana de la guerra: la de toda una nación que se prepara para la conquista territorial: los unos desde los campos de batalla, los otros desde los escritorios. Pero se trata no de un hecho exclusivamente militar sino de un pueblo que se involucra desde “distintas trincheras”.

Finalmente Zeballos aclaraba: “Adolece, pues, de las incorrecciones consiguientes á los escritos que el autor entrega á la tipografía á medida que los produce. Sin embargo, cedo a V.E. el manuscrito, sin pretensiones literarias, pidiéndole tenga a bien hacer publicar esta carta al frente de la obra, para que sirva de Advertencia á los lectores y á los críticos.” (Zeballos, 6, 1878). El hecho de que Zeballos advirtiera sobre la falta de pretensión literaria de sus escritos ponía en evidencia un modelo previo respecto de ese tipo de obras. Si no se trataba específicamente de los géneros de la literatura ¿por qué él habría de tomar recaudos con la advertencia? Se trataba justamente de que la literatura y “lo literario” tenían un valor en la narrativa de frontera y un valor que era apreciado y reconocido por los lectores. La asignación de ese valor literario podría seriarse con la de los escritos de Humboldt. El gran paradigma del viajero alemán había concebido un relato expedicionario que era a la vez ágil, ameno, informaba pero tomaba distancia de la prosa especializada para un lector experto. Se trataba de

un escrito que podía a la vez informar, “entretener” y captar la atención del lector. Que podía deleitar al lector no sólo con el dato sino también con la metáfora.⁵⁷

Unos años más tarde, en su *Viaje al país de los Araucanos*, Zeballos escribirá que el estilo fundado por Alexander Von Humboldt “ofrece las lecciones de la ciencia clareadas por la fosforescencia de un alma ardorosa y de una imaginación brillante, como las lluvias meteóricas, que en tantas noches lo inspiraron a través de las regiones sudamericanas de la zona tropical”.⁵⁸ Si bien Zeballos se justifica por adolecer de esas dotes, pone en evidencia que ellas deberían estar en su obra. La “escritura literaria”, ausente o presente, resultaba necesaria.

A continuación de la carta de Zeballos, con fecha septiembre, 5 de 1878 aparece la de Avellaneda que es una neutra correspondencia oficial reconociendo el valor de la obra:

“Considerando que es de evidente importancia el libro del Dr. Estanislao S. Zeballos, sobre la ocupación del río Negro y que conviene publicarlo en este momento en que el gobierno proyecta el avance de las fronteras, se resuelve: Mandar hacer una edición de él en número de quinientos ejemplares por cuenta del Tesoro Nacional para distribuirla en parte entre los gefes y oficiales que han de concurrir á la Expedición.

Dense las gracias al Dr. Zeballos por el patriótico desinterés con que ha puesto á disposición del Gobierno su valioso trabajo, comuníquese y publíquese.

AVELLANEDA.

Julio A. Roca”

El breve comunicado oficial informa sobre la próxima edición para que sea distribuida entre jefes y oficiales, un circuito que coincide con la dedicatoria del libro “dedicado a los gefes y oficiales del Ejército Expedicionario” A su vez la nota aporta un reconocimiento a la tarea realizada y al desinterés de su autor

Como vemos hasta acá hay ya un entramado entre sujeto e institución que esta correspondencia materializa. No obstante, la que resulta más interesante es la tercera de las cartas: la de Julio Argentino Roca. El entonces ministro es el que realiza un juicio puntual del libro en cuestión señalando no sólo las operaciones internas que el libro efectivamente realiza

⁵⁷ Adolfo Prieto estudió y describió ese público lector en su ya clásico *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1988. Así como también refirió el valor de los escritos de Humboldt en la escritura de los viajeros ingleses que visitaron la Argentina en la primera mitad del siglo XIX en *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996.

⁵⁸ Zeballos, Estanislao, *Viaje al país de los araucanos*. El elefante blanco, 2005 (1era edición 1881)

sino también cómo debe ser leído. Roca escribe: "Vd ha querido escribir unos apuntes sobre Fronteras, y sin pensarlo ha hecho un libro interesantísimo y útil bajo muchos aspectos, que será leído con interés dentro y fuera del país. "Dentro y fuera del país", será efectivamente un comentario predictor porque el libro obtendrá un premio en la Exposición de Venecia. Una nota titulada "La República Argentina en la Exposición de Geografía de Venecia" en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* explica el sistema de premios y la obtención de varios de ellos por parte de las obras argentinas. El trabajo de Zeballos obtiene el Segundo Premio y una medalla de plata.⁵⁹

"Su trabajo muestra grande preparación y perfecto conocimiento de la materia que trata. Va a ser una especie de revelación para la mayoría del pueblo argentino, que tendría que ir á buscar en cien volúmenes distintos los antecedentes que Vd. presenta en pocas pájinas, narrados en un estilo fácil y ameno, acompañados de observaciones y razonamientos muy exactos."

Roca era un lector que podía describir al público de ese libro: "el pueblo argentino" en general, que es a la vez un público que se estaba constituyendo en esos años como público lector y que iba a formar parte de un incipiente mercado. Roca sabía que no existía una obra así y le reconocía dos méritos, vinculados a las exigencias de los lectores de entonces: síntesis y amenidad. Los lectores aprobarán esas cualidades de la obra las que incluso podrán llegar a salvar inexactitudes y errores que pudiera tener y que podrían haber sido detectados si se hubiera tratado de un público culto o especializado o si la obra hubiera estado destinada exclusivamente al público de los círculos científicos o militares o al Club del Progreso. Roca era consciente de la ampliación de ese público, un público que a grandes rasgos era también el que consumía relatos de viajes, compendios de geografía, obras que hablaban de comarcas lejanas y de lugares ignotos y que traían los relatos de tierras que tal vez los lectores nunca visitarían. Zeballos también era consciente de ese público y el título que le puso a su obra tenía algo de ese entusiasmo del viaje de aventura aunque no se trataba de un libro de aventuras.⁶⁰

⁵⁹ *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*. Tomo II. Cuaderno II. Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico a Vapor de La Prensa, 1881, Pág. 96.

⁶⁰ En su versión novelada de la biografía de Julio A. Roca, el historiador argentino Félix Luna hace decir a su personaje que la obra de Zeballos tiene un título "que remite a la novela de aventuras" Si bien se trata de una obra de ficción el comentario atribuido a Roca resulta interesante porque trata de intuir las razones por las que el libro de este abogado va luego a tener difusión y hasta cierto éxito editorial si se piensa en sus lectores.

De alguna manera, Roca con su intervención va más allá de escribir una respuesta a la dedicatoria del Zeballos y de ese circuito constituido por ambos y por el presidente Avellaneda así como por los jefes y oficiales del ejército, para advertir que hay más lectores y que es posible ampliar el circuito de la recepción.

“La lectura de su libro destruirá toda duda acerca de la importancia y la posibilidad de llevar la frontera al Río Negro. Escuso decirle lo que él importará para todos los Jefes y Oficiales del ejército que tienen que tomar una parte activa contra los enemigos tradicionales de nuestra riqueza agrícola, porque basta su simple lectura para comprenderlo. Pero sus patrióticos y desinteresados trabajos no deben detenerse aquí y no serán completados sino cuando Vd. haga la historia de esta cruzada, una de las más fecundas que habrá realizado el ejército argentino desde los tiempos heroicos de la Independencia, y la descripción científica de la vasta región que vamos a conquistar, demostrando al mismo tiempo la importancia económica que adquirirán los nuevos territorios cuando se derrame en su seno la inmigración que en busca de un suelo fértil y de un clima benigno, arriba á nuestras playas de todos los puntos del continente europeo.”

Roca sugiere entonces nuevas obras: una “historia de la cruzada” y una “descripción científica”.

“Tenemos además que corregir la geografía de esa región y averiguar por prolijos estudios hidrográficos sobre las innumerables corrientes que se desprenden de los Andes desde San Rafael á Nahuel-Huapí y se precipitan al mar por el Colorado y el Negro, si, como dice el coronel Jorge Velasco que acompañó al fraile Aldao en su expedición del año ‘33 al Sud de Mendoza, el Chadileubú y el Atuel son navegables para bergantines y fragatas, y si se podía vaciarlos con un costo de 4 á 5 mil pesos en el Colorado, por la estremidad sud de la isla de Limen-Mahuida, donde media apenas una distancia de 25 kilómetros entre este y aquellos.”

La “corrección de la geografía” corre también por cuenta de estas obras, cartografías sin mapas.

“He aquí otro de los grandes problemas que resolverá la ocupación del Río Negro, que por si solo justificaría los esfuerzos que va á hacer la república, buscando una seguridad contra los bárbaros del desierto. (...) El Señor Presidente me encarga le dé las mas expresivas gracias por su importante trabajo, que va á sernos tan útil para las

operaciones de la guerra y me ha ordenado se haga una edición especial de su libro por cuenta del Estado. Al dejar cumplido aquel encargo quiero agregarle la expresión de mi particular agradecimiento y manifestarle que desde luego queda V. invitado para formar parte de la Expedición. Soy su afectísimo amigo y compatriota.

Julio A. Roca”

Zeballos recibe entonces nuevamente la notificación de la edición estatal de su obra y la invitación a la Expedición a la que sin embargo no irá por motivos que luego explicará. Como podemos observar entonces quedan así definidos con esta correspondencia todos los circuitos de producción y de circulación de la obra que en un principio fue denominada por su autor y por el entonces ministro como “apuntes”. Roca se convierte -ya siendo ministro- y antes de la Campaña, en su interlocutor y destinatario perfecto (incluso para otras obras similares) y en el legitimador del protagonismo de los otros.

Como dije anteriormente, la obra es sintética efectivamente pero el trabajo de revisión de archivo y de organización del mismo es intenso. Su mayor mérito es el de construir un nuevo archivo sobre el tema fronteras, imperativo que también había sido el de Álvaro Barros en 1872. No nuevo porque fuera totalmente novedoso en cuanto a sus contenidos, sino nuevo sobre todo por el tipo de operaciones de lectura a que somete las obras leídas que reúne y serializa. En primer lugar, se trata, como lo hace también Barros, de establecer una distancia con la conquista española y con las prácticas de los conquistadores del siglo XVI. “Estamos en la cuestión fronteras como en el día de la partida: con un inmenso territorio al frente para conquistar y con otro más pequeño a retaguardia para defender, por medio de un sistema débil y desacreditado. No incumbe su responsabilidad a un hombre ni a un gobierno. Es la herencia recibida de la Madre Patria, que conservamos fielmente, a pesar de haberla hallado controvertida y de que nuestra corta bien que dolorosa experiencia la condena” (Zeballos, 1878, 17). Para matizar esta posición en relación con las reacciones que tuvieron ciertos lectores de la primera edición de la obra. En nota al pie del capítulo I, Zeballos escribe: “El competente crítico autor del artículo de *La Nación* sobre este libro, ha creído hallar en estas consideraciones un ataque infundado al sistema español y debemos, por consiguiente, aclarar nuestro pensamiento. No censuramos la conducta de los españoles, porque ellos no podían hacer más, escasos de elementos, en un inmenso y desconocido teatro y con millares de indios al frente. Hacemos cargo de haberla seguido a los contemporáneos, que dueños de recursos poderosísimos y más conocedores del teatro en que operan, no han debido permanecer

reducidos al sistema defensivo que las circunstancias imponían a la colonia. Al emitir estas opiniones somos consecuentes con nuestra convicción de la eficacia de la ofensiva en la guerra contra los indios”.

En segundo lugar, se trataba de tomar posición con respecto a la Expedición de 1833, llevada a cabo por Juan Manuel de Rosas y Facundo Quiroga. “El movimiento que esta expedición produjo en el país fue notable y hasta los Estados más pobres y sin fronteras, como La Rioja y Catamarca, se apresuraron a contribuir con armas, equipos, soldados y dinero.” (Zeballos, 1878, 30). Si después de Caseros todas las acciones del gobierno rosista quedaban en tela de juicio, la obra de Zeballos viene a rescatar esta expedición, curiosamente no por la recuperación de ciento de cautivos y cautivas blancas (mérito que siempre se le reconoció) sino sobre todo por haber logrado cohesionar fuerzas de otras provincias y haber presentado el acontecimiento como un hecho que trascendía los intereses sectoriales de los estancieros de la provincia de Buenos Aires.

Por último, la obra cuestionaba la política defensiva de Alsina. “Cuando el Dr. Alsina se veía empeñado en la cuestión fronteras, con aquella energía de iniciativa que era para nosotros su cualidad de hombre de Estado, nos apercibimos de que tenía la intención y las dotes necesarias para resolver el problema, pero le faltaban estudios, práctica y convicciones formadas por medio de ellos, para decidirse por una ofensiva pura y simple, sin zanja ni acantonamientos, ofensiva que debía dar por resultado la dispersión y desmoralización del enemigo, dejando allanado a nuestra marcha el camino del río Negro, que era necesario prepararse a ocupar inmediatamente para sellar la gloriosa jornada. El Dr. Alsina daba al indio mayor importancia y temía al desierto más de los que en realidad era razonable, y de ahí esa negativa constante a marchar al río Negro, como primer y principal objetivo; y su resolución de gastar ingentes caudales en preparar líneas paralelas y sucesivas, prosiguiendo el sistema trazado por el conquistador español.” (Zeballos, 1878, 274).

Ahora bien, esto en cuanto a las directrices ideológicas en las que se había pensado el problema de la frontera. En cuanto al presente de la escritura, Zeballos presentaba una genealogía e insertaba la futura acción ofensiva como su necesaria clausura.

La obra intervendrá también en el mundo de los conocimientos previos sobre el problema de la frontera y sobre los avatares del territorio a recorrer. Se trataba de mostrar precisión en relación con estudios y diarios de expediciones anteriores. “Consúltese cualquier mapa de Sudamérica, y se verá que el error del padre Falkner consiste en suponer que el río

argentino Negro y el río chileno Tolten, cuyos cursos siguen casi la misma latitud, eran una misma corriente de agua, extendida desde el Pacífico al Atlántico, a través de los Andes.” (Zeballos, 1878, 21). Asimismo, retomará la serialización realizada durante el período rosista, por Pedro De Angelis. “Es tan importante esta colección que deberían hacerse nuevas ediciones de ella, ilustradas y anotadas con el auxilio de los grandes adelantos alcanzados por la historia patria en la última década (...) Una nueva edición pondría una obra tan útil al alcance del mayor número, y contendría nuevas luces sobre tantos problemas de historia nacional que en la época del insigne coleccionista Angelis no habían sido resueltos” (Zeballos, 1878, 363).

Nótese que lo que Zeballos reclamaba para esa obra eran los modos de publicación, edición y circulación propios de su época, y de carácter institucional. Y además, no dejará de señalar diversas e importantes diferencias con el entonces también muy joven expedicionario Francisco P. Moreno. Zeballos lo propuso y celebró como miembro de la *Sociedad Científica*, al mismo tiempo que lo cuestionaba, lo corregía y hasta lo sospechaba. Los ejemplos son abundantes:

“En cuanto a la avanzada opinión de que el Collón Curá no sea navegable, no ha sido fundada como era de esperarse. Al contrario, el señor Moreno se contradice al afirmar en un mismo párrafo que no “cree navegable” el río que “Villarino navegó en una gran extensión”” (Zeballos, 1878, 94). “Un viajero contemporáneo, el señor Moreno, incurre en un error geográfico fundamental, al decir que el río Diamante desagua en esta laguna Urre- lavquén o Amarga. Así se creía en el siglo XVIII, pero el error está desvanecido desde principios del siglo actual, como se ha demostrado al consignar el resultado de las últimas exploraciones” (Zeballos, 1878, 164). “Nos queda por analizar la relación del viaje del señor Moreno. Según este viajero, entre Carmen de Patagones y el Chichinal hay 120 leguas, pero el mayor Bejarano no da más que 94. ¿De quién es el error? Uno y otro calculaban por el paso del caballo, pero, sin duda, el señor Moreno daba demasiado crédito a los datos de sus guías, que eran indios, quienes jamás comunican algo exacto sobre sus tierras, temerosos de que sea aprovechado en daño de ellos” (Zeballos, 1878, 185). “El señor Moreno refiere episodios particularmente análogos a los que hemos traducido de la obra de Musters. Dice nuestro compatriota: “Shaihueque es un indio de raza pampa y araucana” “En nota al pie Nro 12 agrega Zeballos: “El señor Moreno no ha debido ignorar que la raza pampa y araucana, son la mismísima cosa” (Zeballos, 315).

Esta insistencia en los errores de Moreno remitía no sólo a las diferencias entre ambos “expertos” sino a los usos jerárquicos de la información científica del período. Zeballos había sido fundador de la *Sociedad Científica* y era además su Director y Moreno, un joven brillante y un expedicionario valiente que aspiraba a entrar en el circuito de consagración que la pertenencia a esa sociedad auguraba. De modo que Zeballos, cumplía las funciones de corrector, ofrece precisiones, exhibe una lectura rigurosa de las obras sobre fronteras así como de los trabajos de su colega. En este sentido el nuevo archivo tratará de volver a escribir la misma historia pero como si fuera una historia nueva y central de la política nacional.

Zeballos transcribe el dictamen de la *Comisión del Senado* sobre la exploración de tierras, realizado en 1875. La incorporación da un sesgo institucional a la obra y puede leerse como una intervención en la producción textual dado que este documento reclama una nueva organización de la escritura expedicionaria:

“En 1875 la Comisión del Senado de la Nación despachaba un proyecto de ley, autorizando al Poder Ejecutivo para proceder a la Exploración científica de los territorios nacionales. La Comisión condensaba en su dictamen las siguientes observaciones: *Para los fines del gobierno y de la administración no basta el conocimiento de la geografía de un país, cuando se halla reducido a lo que representan las cartas. En efecto, en éstas se manifiesta cómo y en qué dirección corren los ríos, las rutas principales, los grandes bosques, las cadenas de las montañas, etc. Pero se necesita también saber, para los fines indicados, cuál es la naturaleza de aquellas corrientes de agua con respecto a la navegación, si son susceptibles y en qué puntos de recibir puertos, de canalizarse y aplicarse para el regadío y abrevaderos, etc. Se hace necesario averiguar qué maderas para la construcción tienen los bosques, si los caminos están trazados convenientemente, qué metales encierran las montañas. Conviene sobre todo conocer la naturaleza geológica del suelo en sus relaciones con las principales industrias rurales, la labranza y la ganadería, calidad de sus tierras, extensión y aptitud para recibir población, averiguación especial de los lugares donde se produce o puede encontrarse el hierro y el carbón de piedra, pastos espontáneos, y deducir de su naturaleza cuáles son las aplicaciones que pueden darse a los terrenos, tanto para prados como para cultivo de cereales y otros vegetales, útiles y comunes o exóticos. No importa tanto saber cuál es la distancia matemática que existe entre dos puntos, por ejemplo, entre dos ciudades, como saber cuál es la verdadera distancia material, la que se anda, el tiempo que se emplea en recorrerla, y conocer también cuáles son los obstáculos que la naturaleza ofrece al tránsito y los modos artificiales de remover esas dificultades y de acortar las vías de comunicación, abaratando los transportes. Todo esto no puede*

conseguirse en nuestro país, inexplorado todavía, sino por medio de reconocimientos, exploraciones y expediciones que hoy no pueden confiarse sino a personas de conocimiento especiales, es decir, a hombres de ciencia, a naturalistas, geógrafos, botánicos, químicos, ingenieros propiamente dicho.” (Zeballos, 1878, 220).

El dictamen era claro en sus prerrogativas: enfatizaba la necesidad y utilidad de los saberes específicos, rescata la práctica experiencial por sobre el conocimiento teórico o conceptual –el tránsito y no la línea, la naturaleza de las cosas por sobre la cartografía– y explicaba qué es lo que el gobierno y la administración necesitaban.

Ahora bien, resulta claro entonces que sin los saberes específicos no era posible realizar la empresa que se proponían y se desprende de ello que los resultados de esas intervenciones especializadas debían ser ofrecidos en forma escrita, en forma de libro, etc.

Propongo, entonces, leer este dictamen transcrito por Zeballos como un instructivo de escritura expedicionaria. Constituye una preceptiva sobre formas de escribir: cómo escribir y sobre qué, siempre teniendo en cuenta que se trata, en primer lugar de escribir para el gobierno y la administración. En segundo lugar, las cartas (mapas) son insuficientes. La cartografía tiene un límite que la escritura puede zanjar. O en todo caso: se trata de escribir para una nueva cartografía. Hasta ese momento el mapa había sido una herramienta fundamental para el expansionismo y los dominios territoriales, que daba cuenta de la naturaleza de los seres humanos que gobernaba, de la geografía de sus dominios y de la legitimidad de su linaje.⁶¹ Inventado antes del siglo XIX pero central en él, sin embargo, en esta coyuntura específica de la Argentina de la tercera mitad del siglo XIX, el mapa parece necesitar un relato no iconográfico, una descripción experiencial para completarse.⁶²

En tercer lugar, el dictamen es un verdadero tratado sobre la utilidad: cómo utilizar la naturaleza, el rendimiento económico de los recursos naturales: tipos de madera para la construcción, trazado apropiado de caminos, recursos metalúrgicos de las montañas, naturaleza

⁶¹ Benedict Anderson, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

⁶² Un formato muy habitual en los libros que conforman el corpus de esta narrativa expedicionaria del desierto es el libro con mapa. Es decir, el mapa funciona como complemento de la escritura y no al revés. En 1896, el *Instituto Geográfico Argentino* publica el *Mapa de la República Argentina* que reunía todo el saber geográfico que se poseía a fines del siglo XIX. Este trabajo que intentaba presentarse como definitivo, buscaba producir una herramienta que operara por sí misma. No estaba acompañado de un texto y no estaba firmado por un autor sino por una Institución.

geológica, industrias rurales, labranza, ganadería, aplicaciones para cultivos de cereales y otros vegetales conocidos o desconocidos.

En cuarto lugar, resultaba central la relación entre técnica (dato matemático) y experiencia. Distancia matemática versus verdadera distancia material. Lo experiencial se constituirá como complemento perfecto de la técnica, del dato matemático.

En quinto lugar, en el dictamen hay un reconocimiento explícito de los saberes específicos. Los viajeros-autores-narradores debían tener formación adecuada en ciencias naturales, geología, botánica, química, ingeniería topográfica, si bien no quedaba muy claro cuáles eran los saberes privilegiados, ¿la botánica era menos importante que la topografía? ¿La ingeniería resultaba central? ¿Por qué la química? ¿Y la etnografía? ¿No era importante el conocimiento de las lenguas aborígenes, el pampa, el mapuche?

Ahora bien, si el Dictamen del Senado podía pensarse como un instructivo para escribir, también debía pensarse como una intervención estatal en el mundo de los especialistas. Una intervención que buscaba explicarles cómo vincular un nuevo *corpus* de datos científicos a la aparición de un saber transdisciplinario e intercultural, porque proponía una nueva logística del trabajo de campo en relación con el trabajo de gabinete, en el sentido en que lo planteaba Humboldt. “El ordenamiento, el mapeo, la tabulación y las narrativas propician el desarrollo de las disciplinas más importantes del siglo XVIII: geología, cartografía, minería, economía, estadística, fisiología, botánica e historia natural” (Podgorny-Schaffner, 2000).⁶³

Por lo tanto se producía una resignificación del dato.⁶⁴ Así como la nueva estructura de clasificación estipulada por Humboldt había propuesto una red de observación y de medición de las variables físicas a una escala continental (Podgorny-Schaffner, 2000) así el dictamen de la Comisión del Senado intentaba preformar un tipo de observación cuantificable pero esta vez en una escala nacional. Ese legado humboldtiano, presente ya en la cultura científica del

⁶³ Irina Podgorny y Wolfgang Schaffner, ““La intención de observar abre los ojos” Narraciones datos y medios técnicos en las empresas humboldtianas del siglo XIX”. *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, Nro 4, 2000, pp. 217-227. Los autores señalan que la estructura de clasificación estipulada por Humboldt (en relación con el procesamiento y registro de datos y de medios archivísticos, luego de su expedición a América) preformó una red de observación y de medición de las variables físicas a una escala continental. El uso de los últimos instrumentos de medición, las tendencias tanto a controlar las fuentes de error de observación como a establecer una relación entre éstas y ciertas leyes matemáticas, remitía al problema de encontrar un lenguaje apropiado para la descripción de la naturaleza y de la sociedad.

⁶⁴ Torre, Claudia “Los relatos de viajeros” en Schwartzman, Julio, *La lucha de los lenguajes. Tomo II de la Historia Crítica de la Literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik. Buenos Aires, Emecé editores, 2003.

Museo Nacional de Paraná desde la época de la Confederación podía encontrarse esbozado en el dictamen. Las consecuencias de ese legado también podían verificarse en la idea de que el estudio de la naturaleza era útil para el bien común y en la idea de convocar para tal misión a la juventud más que a los sabios de las instituciones. El dictamen buscaba disciplinar el trabajo científico: educar, dirigir, codificar. ¿Qué es lo que había que saber- escribir? ¿Qué es lo que había que transmitir- establecer? En síntesis ¿qué es lo que había que narrar? Aunque sin embargo, no se trata sólo de la narración sino de encontrar un lenguaje apropiado para la descripción de la naturaleza y de la sociedad y también de encontrar rigor en el interior del lenguaje técnico- científico. En el viaje de Humboldt había hecho falta una precisión estadística que ya estaba presente como necesidad en el viaje ilustrado del siglo XVII y que se expresaba a través de mediciones, de la cuantificación de la naturaleza y de la sociedad. El gabinete era el locus privilegiado para mantener el control de las variables, de los instrumentos y de la información. Por lo tanto era importante marcar una división entre quienes clasificaban y sistematizaban en los gabinetes y aquellos que se relacionaban con el terreno. Es justamente esta división del trabajo, el horizonte de suposiciones vigentes el que influyó para que Zeballos rechazara la invitación de Roca para formar parte de la expedición. La división institución resultaba concisa: los militares serían los científicos “en terreno” y los civiles ilustrados, los científicos en gabinete.

En la *Advertencia* a la segunda edición de su obra Zeballos escribe:

“El Ministro de la Guerra ha tenido la bondad de invitarme a formar parte de la Expedición, pero no me es posible aceptar la invitación. Como he de complementar mi obra con dos tomos más, necesito viajar y observar personalmente en el territorio a que he consagrado estos estudios. El viaje sería estéril yendo con una de las columnas expedicionarias porque apenas podría examinar el itinerario de ella, mientras que será fecundo, cuando asegurada la ocupación del río Negro y despejado el terreno, pueda yo hacer un viaje de circunvalación desde el río Negro hasta Mendoza y desde Mendoza hasta Buenos Aires, por el desierto.”

Su prestigio se consolida en el gabinete, o en un viaje posterior pero no en la expedición. “A lo largo del siglo las academias y sociedades metropolitanas fueron urdiendo una red de corresponsales de provincia, quienes recolectaban especímenes y datos, siguiendo el orden dado por las “instrucciones” emitidas por las primeras. Por lo cual se puede decir que el

pedido precede al encuentro del espécimen” (Schaffner- Podgorny). Se trataba, exactamente como puede percibirse en el dictamen del Senado, de ir convirtiendo el escrito en “pedido” o más específicamente en documento de trabajo para los diputados que debatían en la Cámara y para los expedicionarios que harían el viaje.

Entre el naturalista viajero y el naturalista sedentario, el segundo gozaba de confianza (he aquí el modelo de Buffon⁶⁵). El tiempo, los libros y las colecciones necesarias para la observación y la comparación le permitían una reflexión que podía verse como más acabada, más procesada. El viajero, por el contrario, disponía de un tiempo limitado que fragmentaba su capacidad de observación en piezas que sólo tenían sentido una vez depositadas en los gabinetes. La posibilidad de que el terreno, presentara nuevos elementos o características desbarataba la observación lo cual le daba a ese trabajo un carácter crudo y aparentemente más rudimentario. Era la colección post-gabinete la que garantizaba el valor del trabajo. En la “previsión” de Zeballos de no ir a la Expedición se puede presentir cierto rechazo a someterse a unos tiempos que no eran los del Ejército y los de la política pero no los de la ciencia y de la técnica. A diferencia de los científicos Doering y Lorentz y de los salesianos Costamagna y Botta que no encontraron otra manera de viajar tierra adentro –los unos en busca de especies naturales, los otros en busca de almas irredentas- Zeballos sabía que iba a poder viajar en otras oportunidades. Mientras tanto su astucia consistió en buscar “informantes”. Uno de los informantes de Zeballos fue el sargento mayor de ingenieros Francisco Host, incorporado a la IV División del Ejército Expedicionario, quien periódicamente le remitía cartas comunicándole noticias sobre las características del terreno explorado por las distintas partidas que incursionaban por los ríos Neuquén y Limay.⁶⁶

Por lo tanto hay que pensar que lo que la narrativa expedicionaria del desierto hacía era responder tímida y rudimentariamente a ese intento de sistematización y centralización de información que se presentaba como demanda institucional y para ello debía ajustar sus patrones de registro de lo real y de datación. La crítica a la política de frontera del ministro

⁶⁵ George-Louis Leclerc, Conde de Bufón, autor en 1749 de una *Historia Natural* de 36 volúmenes había expuesto allí sus ideas acerca de la naturaleza, los animales y los hombres y esta obra funcionaba como paradigma teórico para el saber humano y científico de la época. Su monumental trabajo estaba sostenido en la recopilación de otros naturalistas y viajeros que eran quienes realizaban las expediciones pertinentes para proveer los materiales necesarios al naturalista en su laboratorio.

⁶⁶ Parte de esta correspondencia fue publicada por el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* como señala Juan G. Durán en su provechoso Estudio Preliminar a la edición de *Episodios en los Territorios del Sur* (1879) de Estanislao Zeballos (Buenos Aires, 2004, El Elefante Blanco).

Alsina remitía menos a las ideas supuestamente equivocadas del estratega que a su falta de profesionalización. A su vez, Zeballos se convertiría como Roca en un legitimador del protagonismo de los otros cuando imaginaba las futuras obras que la expedición debía producir:

“Los trabajos de las comisiones científicas, y las memorias de los comandantes de los cuerpos de ejército, formarían una obra importantísima y gloriosa, que podría titularse *Historia militar y científica de la Expedición al Río Negro*, dividiéndola en cuatro tomos, una para los trabajos de cada columna expedicionaria. Cada volumen contendría: 1ero, la memoria sobre las operaciones militares, 2do, el informe y carta parcial de los geógrafos, 3ero, las descripciones de los naturalistas” (Zeballos 1878, 221- 220).

Alfred Doering y Pablo Lorentz Ciencia militar o guerra científica

“Estábamos entonces a unas tres millas de los Andes. Moyano sacó su cuchillo y grabó lo siguiente en el tronco de un roble añoso:
“Sociedad Científica Argentina
Lista, Moyano, García. 1878”
Ramón Lista

Los escritos científicos y personales de los naturalistas que concurrieron a la Expedición al Río Negro de 1879 muestran la relación que entablaron con las instituciones pero -sobre todo-, el estado de formación en que éstas se encontraban. Con la fundación en 1873 de la *Academia de Ciencias Exactas de la Universidad de Córdoba* por iniciativa de Sarmiento entonces presidente y la designación de Karl Hermann Burmeister como comisario extraordinario se contrata a los primeros profesores alemanes. La Academia se funda para la propagación de los estudios de ciencias físicas y exactas y se constituye así como espacio de circulación de novedades con sus boletines especializados. Bajo el nombre de *Academia Nacional de Ciencias*, en 1878, se desligaba de las actividades universitarias aunque todos sus miembros seguían siendo profesores de la Facultad.⁶⁷

⁶⁷ Karl Hermann Burmeister nació en Prusia en 1807. Doctorado en medicina y en filosofía en la *Universidad de Halle* fue profesor de esa casa y de la *Universidad de Berlín*. Publicó antes que Humboldt su *Cosmos*, una *Historia de la Creación* y se la considera precursora de aquella. Vino a la Argentina en los años '50 del siglo XIX y recorrió el territorio además de otros países del continente. Escribió *Viaje a los Estados del Plata*, que publicó a su regreso, en Alemania. En los años '60 ofreció sus servicios al gobierno argentino y Mitre y Sarmiento, que sabían de la fama del acreditado naturalista, lo convocaron inmediatamente. Como zoólogo y paleontólogo fue designado director del *Museo de Buenos Aires*. Y el primer director de la *Academia de Ciencias* de Córdoba. En 1864 inicia los *Anales del Museo Público de Buenos Aires*. Fue antindarwinista y sus polémicas con Florentino Ameghino resultaron muy



Adolf Doering y Pablo Lorentz en la Expedición al Río Negro. Al costado sus cajas de aparatos científicos. Detalle del óleo *La Conquista del Desierto* del pintor uruguayo Juan Manuel Blanes.

Cuando se planifica la Expedición del '79, fue éste el espacio elegido para convocar científicos y naturalistas que acompañarían a la expedición. Tanto para la Academia como para los naturalistas, resultaría una experiencia convocante. Para los científicos, porque la Patagonia representaba un espacio ideal donde encontrar variedades desconocidas o conocidas solo por su mención en Tratados y Manuales. Es cierto que los *tempos* de la itinerancia militar no se regían por los de la contemplación y recolección de especies naturales, tal como sucedería también a los salesianos. Aún así el Ejército ofrecerá una posibilidad concreta –y además la única- de llegar a caballo a esos espacios alejados. Por su parte, para el Estado argentino la inclusión de científicos en las huestes expedicionarias confería una impronta moderna y napoleónica al Ejército y a una guerra cuya necesidad todavía debía argumentarse y defenderse políticamente.⁶⁸

El encuentro entre los científicos de la academia por un lado, y los estrategas y expedicionarios del ejército por el otro así como el relato de la propia experiencia expedicionaria será narrado en diarios de viaje que, sin embargo en la historia de la Ciencias Naturales en la Argentina no parecen haber tenido un gran impacto.⁶⁹

Primaba en el espíritu de los estatutos y de los discursos inaugurales de las instituciones científicas de la época la convicción de que “se había ingresado en una edad que rompía con el pasado” (Terán, 2000, 16).⁷⁰ Los modelos de investigación más fuertes de la época eran por un lado, la universidad francesa –consistente en escuelas profesionales y establecimientos de investigación- y por el otro, la universidad alemana (enciclopédica y humanista). Ambas culturas finiseculares, la científica y la estético espiritualista resumían el clima de época (Terán,

representativas del clima de discusión intelectual y científica de la época. Murió en Buenos Aires en 1892.

⁶⁸ Los especialistas o expertos van a ofrecer instrumentos provenientes de ámbitos académicos para sustentar las acciones del estado. Por su parte el reconocimiento de los saberes por parte de las instituciones estatales contribuirá a legitimar socialmente y a dar autoridad científica a esos especialistas. Véase el prólogo a NEIBURG, Federico y PLOTKIM, Mariano (compiladores) *Intelectuales y Expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2004.

⁶⁹ Una lectura de *Historia de la Ciencia en la Argentina* de José Babini así como de *Ciencia, Historia y Sociedad en la Argentina del siglo XIX* de Marcelo Monserrat y aún de *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)* de Oscar Terán permite reconstruir el clima de época y los aportes realizados. Ninguna de estas obras registra el trabajo de la Comisión científica de la Conquista del Desierto, integrada por los científicos alemanes, como un aporte relevante de la historia de la ciencia argentina. Aún cuando estos mismos estudios destacan el aporte de Ramón Lista o de Francisco Moreno en expediciones posteriores a las de Roca.

⁷⁰ Esta idea era parte del discurso que el mismo roquismo había construido como parte de su imagen legitimante. Véase Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000. Pág. 16.

2000, 75). Pero la idea de una expedición que debía ser también científica tenía su modelo en la expedición napoleónica a Egipto realizada en 1798. Napoleón Bonaparte había llevado un número considerable de científicos (“sabios” era la denominación de la época) que formaban parte del Instituto de Francia, con la finalidad de que estudiaran antigüedades y riquezas naturales y recolectaran objetos naturales y muestras artísticas para ser enviadas a la metrópolis.

El gesto de Roca no podría seriarse con ese, como señala Julián Cáceres Freyre⁷¹, porque Roca no había emprendido la conquista de un país enemigo para explotarlo como colonia sino que marchaba a ejercer derechos de soberanía nacional argentina frente a los reclamos de política limítrofe de Chile. Sin embargo, algo del espíritu de aquella expedición a África que está inscripta en el ideario de la guerra prusiana sistematizada por los tratados de Von Clausewitz y de Von Moltke puede asignársele al plan de contratar científicos que concurrieran a una expedición de recuperación territorial.⁷²

Roca estaba convencido -según decía por influencia de Sarmiento-, de la necesidad de llevar a la expedición profesores competentes de los diversos ramos de la ciencia. Pensaba que éstos serían indispensables para la determinación de los lugares y para la división de la tierra así como para hacer estudios hidrográficos y geológicos y algunas investigaciones de Historia Natural. Estanislao Zeballos era uno de los que sugería, para la futura expedición, nombres de naturalistas que estuvieran preparados “en los conocimientos generales de los tres reinos de la naturaleza”. La necesidad de comisiones científicas producirían obras escritas que junto con las memorias de los comandantes de los cuerpos del ejército constituirían la gran obra sobre el acontecimiento.⁷³

⁷¹ CÁCERES FREYRE, Julián, “Los científicos en la expedición militar del General Julio A. Roca de 1879” en *Logos. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1979.

⁷² Graciela Silvestri explica que este tipo de guerra “moderna” implicaba una alianza de ciencia, técnica y aparato militar. Véase su comentario a *La Zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores* (2005) de Vanni Blengino, en *Revista Prismas*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006.

⁷³ “La expedición al Río Negro debe ser auxiliada por un cuerpo de geógrafos y de hombres de ciencia que constituirán el verdadero Estado Mayor General del Ejército. Cada división podría llevar dos o más geógrafos, encargados en las observaciones correspondientes a su camino y a los territorios laterales. Llegadas las columnas expedicionarias a su destino, el cuerpo de geógrafos convenientemente escoltado debería retroceder a la pampa dividiéndola en zonas y encargándose cada comisión de las observaciones geográficas de una zona. En Buenos Aires, debería existir una oficina central del Director del cuerpo de geógrafos, quien recibiría los datos de las diferentes comisiones, procediendo a construir la primera carta general de la pampa, fundada en las observaciones de la ciencia. Por otra parte, cada columna expedicionaria podría llevar dos naturalistas suficientemente preparados en los conocimientos generales de los tres reinos de la naturaleza, para estudiar la Zoología, la Mineralogía, la Fauna, la Flora y el Clima

Bien, en la Expedición del '79 esta presencia de especialistas estuvo representada por hombres claves: el topógrafo Manuel Olascoaga, los científicos Alfred Doering y Pablo Lorentz y el ingeniero Alfred Ebelot.

Manuel Olascoaga (1835-1911) fue secretario del Cuartel General y de la Primera División de Operaciones de Roca. Nacido en Mendoza en 1835, ingresó al ejército en 1852. Unos años más tarde fue designado jefe de la frontera sud de Mendoza donde a raíz de un incidente militar huyó a Chile y trabajó como periodista. En 1867 y como resultado de exploraciones al sur de ese país confeccionó un mapa de Chile que fue usado para la enseñanza de la geografía. Como cartógrafo y periodista, en 1869, el Jefe de frontera de Chile lo convoca para realizar un plano de la Araucanía y resulta ésta una etapa de gran aprendizaje para el futuro topógrafo de la conquista. En esa época también realiza croquis. Mientras Roca es Jefe de Frontera de Río Cuarto, en 1876, Olascoaga le presenta un informe sobre el problema de la frontera lo cual sumado a sus antecedentes como periodista crítico del plan defensivo de Alsina, hará que Roca lo designe posteriormente como secretario y topógrafo oficial de la expedición al Río Negro. Ingresar al Ejército para la Expedición del '79 supuso para el mendocino una reincorporación que lavaba su pasado.⁷⁴ El resultado de esa participación será el *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro* publicado en 1880 por primera vez, financiado por el gobierno nacional, premiado por el Congreso de la Nación, traducido luego al francés y al italiano y premiado por el Congreso Internacional de Geografía en Venecia.⁷⁵ Una vez terminada la campaña, Olascoaga es designado jefe del Departamento Topográfico Militar y posteriormente primer gobernador del Territorio del Neuquén y funda en 1877 la localidad de

de las comarcas recorridas. Los trabajos de las comisiones científicas, y las memorias de los comandantes de los cuerpos de ejército, formarían una obra importantísima y gloriosa, que podría titularse *Historia militar y científica de la Expedición al Río Negro*, dividiéndola en cuatro tomos, una para los trabajos de cada columna expedicionaria. Cada volumen contendría: 1ero, la memoria sobre las operaciones militares, 2do, el informe y carta parcial de los geógrafos, 3ero, las descripciones de los naturalistas". Véase ZEBALLOS, Estanislao Severo, (1878), *La Conquista de Quince Mil Leguas. Estudio sobre la traslación de la Frontera Sur de la República al Río Negro*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

⁷⁴ Olascoaga formó parte también de expediciones posteriores y fue además el primer gobernador de Neuquén.

⁷⁵ Una nota titulada "La República Argentina en la Exposición de Geografía de Venecia" en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* explica el sistema de premios y la obtención de varios de ellos por parte de las obras argentinas. El trabajo de Olascoaga obtiene el Primer Premio y una medalla de oro junto con *Viaje a la Patagonia Austral* de Moreno que obtiene el Segundo premio y una medalla de plata y junto con la "Carta de la Patagonia y Relación de viaje" de Carlos Moyano quien a pesar de recibir la medalla de oro renuncia a ella para votar como Jurado. (*Boletín del Instituto Geográfico Argentino*. Tomo II. Cuaderno II. Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico a Vapor de La Prensa, 1881, Pág. 96)

Chos Malal. Años más tarde y ya como una de sus últimas obras, en 1901 publica su *Topografía Andina* que propone un Plan de Desarrollo y Seguridad para la Patagonia. Muere en 1911.

Adolf Doering nació en Neu-Waake (Alemania) en 1848. Estudió Ciencias naturales y geología en la Universidad de Goettingen. Llegó a la Argentina en 1872 convocado por Karl Burmeister para trabajar en la Academia de Ciencias Exactas de Córdoba en donde desarrolló estudios de suelos, aguas y fotoquímica. Junto con él fundó, además, el *Boletín de la Academia* y fue catedrático de química orgánica y zoología. Fue decano de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Córdoba. Falleció en Córdoba en 1925. Pablo Lorentz nació en Sajonia en 1835. Estudió en la Universidad de Munich. Su tesis doctoral fue el primer estudio biogeográfico que se conoce. Llegó a la Argentina contratado por la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba -seleccionado por Burmeister- como Profesor de botánica. Trabajó junto con J. Hieronymus. Dictó clases en el Colegio Nacional de Concepción del Uruguay. Su *Cuadro de la Vegetación de la República Argentina* es el primer escrito fitogeográfico que se conocen en el país. Realizó expediciones a la Mesopotamia y al Chaco. Murió en Concepción del Uruguay en 1881.

También participaron los ingenieros Jordan Wisocki y Francisco Host.⁷⁶ Como señala Graciela Silvestri, las profesiones cuyos saberes técnicos eran indispensables para la consolidación y defensa del territorio nacional definirán los caminos de la cartografía, que

⁷⁶ Francisco Host nació en Alemania en 1822 y formaba parte de la nobleza prusiana, se graduó de ingeniero de minas en su patria. Llegó a la Argentina en 1850, se radicó en Salta y se dedicó a cateos de minas y a estudios topográficos y geológicos. En 1867 asumió la jefatura de policía de Salta y en medio de la ciudad indefensa para contener el avance de la invasión de las montoneras de Felipe Varela, preparó él mismo, junto con el ingeniero italiano Aimó, la pólvora que usaron los defensores, entre los cuales se contaban algunos veteranos de la Guerra de la Independencia. Efectuó estudios sobre minas en Catamarca, Tucumán, Jujuy y Salta, analizando y descubriendo minerales y yacimientos. Realizó también investigaciones arqueológicas y paleontológicas, sobresaliendo como geógrafo, por lo que la Comisión provincial de la Exposición Nacional de Córdoba le encomendó redactar una Descripción de la Provincia (obsérvese cómo otra vez el encargo resulta el mecanismo por el que se producen las obras) que imprimió en folleto en 1874 y que se incorporó a los tomos oficiales de la exposición. Incorporado al Ejército Argentino, el presidente Avellaneda, en 1879, designó al mayor Host en el equipo de ingenieros militares que acompañaría al general Roca a la Expedición al Río Negro. El científico alemán efectuó reconocimiento de los Ríos Limay y Neuquén en misión oficial. También realizó estudios sobre límites en la Puna de Atacama, aportando antecedentes para sostener los derechos argentinos a esa región, en carácter de perito designado por el presidente Roca, en febrero de 1881.

separada del mundo de los ingenieros, se integra en la escala territorial a los organismos burocráticos de las Fuerzas Armadas.⁷⁷

En carta al ministro de guerra Julio A. Roca, Adolf Doering escribe:

“Teniendo conocimiento de la gran expedición proyectada para asegurar las fronteras, me dirijo a VE a nombre de la Academia, con el propósito de hacer presente a VE cuán interesante sería para la ciencia y provechoso para el país, si fuese posible formar colecciones zoológicas, botánicas y mineralógicas de los objetos nuevos que indudablemente deben encontrarse en esas regiones desconocidas que, por primera vez, van a explorar las columnas expedicionarias. Para el tiempo de las vacaciones, los miembros de la Academia, que a la vez son profesores de la Universidad tienen su itinerarios trazados, y debiendo empezar nuevamente en marzo los cursos de la universidad, con todo sentimiento no podrán formar parte de la expresada expedición, pues a pesar del interés que tendrían en acompañarla, seguros de los buenos resultados que se obtendrían, ninguno de ellos se atreve a pedir licencia al Ministro de Instrucción pública. Si no hubiere inconvenientes para que fueran coleccionados los objetos raros que se encuentran y VE se sirviera hacer indicaciones a este respecto a los jefes de esta expedición, con ello se haría un gran servicio a este país, como también a la ciencia, enriqueciendo a la vez los museos nacionales y dando a conocer especímenes de animales, plantas o minerales que tal vez solo en aquella parte de la pampa pueden encontrarse.”⁷⁸

Como cabía esperarse las licencias fueron otorgadas y la Comisión Científica se constituyó agregada al estado mayor del Ejército expedicionario y estuvo integrada por Pablo Lorentz, como botánico, Adolfo Doering, como zoólogo y geólogo, Gustavo Niederlein como ayudante de botánica y Federico Schultz como preparador en zoología.⁷⁹

Un volumen de los resultados científicos del viaje fue publicado por el Ministerio de Guerra en una obra en tres entregas con el título: *Informe oficial de la Comisión Científica agregada al*

⁷⁷ Graciela Silvestri, “Errante en torno de los objetos miró. Relaciones entre artes y ciencias de descripción territorial en el siglo XIX rioplatense”. En *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Compiladores Graciela Batticuore, Klaus Gallo, Jorge Myers. Buenos Aires, Eudeba, 2005.

⁷⁸ Carta incluida en *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*. Prólogo de Clodomiro Zavalía, Buenos Aires Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca. 1939.

⁷⁹ Gustavo Niederlein fue luego director del Museo de Filadelfia.

Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia) realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879 bajo las órdenes del Gral. Don Julio A. Roca. Buenos Aires, Imprenta de Ostwald y Martínez. Se trataba de un volumen de 530 páginas adornadas con 16 láminas y que constituyó también el tomo III de las Actas de la Academia Nacional de Ciencias. La obra se publicó en tres entregas sueltas consecutivas.⁸⁰

La obra se presentaba como revisada y chequeada. Se exhibían los nombres de los científicos que participaron como el Dr. Brackebusch, Villegas, Zeballos, Ameghino, Moreno, Aguirre, Host, Buratovich, Wyscki y Rohde quienes habían enviado datos o colecciones y se hacía un reconocimiento especial a Ladislao Holmberg "quien revisó manuscritos y pruebas". El *Informe oficial de la comisión científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro*, no llegó a incluir los diarios de viaje que -en forma de anotaciones- llevaban sus integrantes. Recién en 1916, en el tomo XXI del Boletín de la Academia, se los publicó en una sola relación general. En rigor, se trataba de dos libretas de apuntes de los naturalistas profesores (sus ayudantes no habían intervenido en esos escritos). Bajo el título de *Recuerdos de la excursión al Río Negro (1879)* fueron reproducidos por la Comisión de Homenaje al Gral. Roca en 1939. Estos recuerdos se inician el 15 de abril de 1879 y llegan hasta el 7 de mayo de ese mismo año y describen el viaje de Azul al Fortín Carhué. Si bien se trataba de diarios de expedición funcionaban también como documentos científicos porque la materia y los hechos pertenecientes al mundo de las ciencias naturales era sometido a los rigores de una representación en la que había que resolver presentación, ornamentos, escenografías, comentarios.

Durante la expedición se publican cartas de Pablo Lorentz dirigidas a Victorino de la Plaza, entonces ministro de Hacienda. Una de ellas dice:

"Los campos son inmejorables, Excmo. Señor ¡Qué riquezas inmensas posee, sin saberlo, la República Argentina! ¡Qué porvenir el que le espera! Conozco una gran parte del norte de Alemania, reinado de Prusia. Cualquiera sabe qué papel ha hecho ese

⁸⁰ Entrega I, 1881 *Zoología* por el Doctor Adolfo Doering en colaboración con los Dres Carlos Berg, Eduardo Holmberg y F. Lynch Arribalzaga (168 páginas y 4 láminas). Entrega II, 1881 *Botánica* por el Doctor Pablo Lorentz y Gustavo Niederlein (120 páginas y 9 láminas). Entrega III, 1884 *Geología* por el Dr. Adolfo Doering. Formaciones paleozoicas y cenozoicas (primera parte) Formaciones guaraníca, patagónica y araucana (233 páginas).

Estado en la historia de los últimos siglos; y, sin embargo, ¡qué pobres, qué estériles son, en gran parte, aquellos terrenos donde también hay grandes planicies!”⁸¹

Otras cartas enviadas al Ministro y publicadas en el periódico *La Tribuna*, escritas en Choele-Choel ofrecen comentarios a los estudios consagrados sobre la naturaleza.

“El renombrado naturalista Darwin, que ha viajado por tierra desde Carmen de Patagones hasta Bahía Blanca, expresa su impresión en las siguientes palabras: La maldición de la esterilidad pesa sobre estos distritos, y los ríos que corren sobre un lecho de cantos rodados, participan de ella’ D’Orbigny usa palabras análogas. ¡Qué más natural, entonces, que la suposición de que todos los distritos comprendidos entre los ríos sean de naturaleza idéntica! Debo confesar que, guiado por apreciaciones tan competentes como las de Darwin y D’Orbigny, profesé la misma creencia. Y, sin embargo, nada más erróneo. Habiendo subido hasta la altura bastante insignificante, de la barranca nos encontramos en una meseta poco elevada y ondulada, que ofrece a los carros un buen camino. Está cubierta con matas de poca altura y poco espesas, y entre éstas crece el pasto fuerte más rico y exuberante que imaginar se pueda. Los distritos más ricos de la provincia de Córdoba apenas pueden compararse en cuanto a riqueza de pasto, con estos campos. Afirmo que estos campos de la temida travesía entre los dos ríos, tienen un gran porvenir para el pastoreo.”⁸²

Ambas cartas muestran los dos ejes que articulan la posición de la escritura científica: Por un lado, las intervenciones de un estado en la conquista territorial, tanto en el modelo prusiano -cuyos resultados, sin embargo se muestran como magros- como en el nuevo estado argentino -cuyas rústicas incursiones primerizas ya aseguran a los ojos del naturalista consecuencias extraordinarias-. Por el otro, la posibilidad de socavar la idea de que la Patagonia era desértica e improductiva y de revisar los mitos sobre la esterilidad y la maldición que las

⁸¹ Incluida en *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*. Prólogo de Clodomiro Zavalía, Buenos Aires Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca. 1939.

⁸² La carta está incluida en *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*. Prólogo de Clodomiro Zavalía, Buenos Aires Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca. 1939.

expediciones previas habían instalado en la Metrópolis y que habían sido asimilados por las propias elites gobernantes americanas.⁸³

Gabriela Nouzeilles ha explicado cómo la Patagonia, luego de la expedición de Magallanes, se construyó en la “imaginación geográfica imperial”, como una pura negatividad, como la última frontera y señala que el Estado argentino tuvo que “reinventar la Patagonia” y cuestionar las ficciones imperiales que la representaban como un espacio inconquistable.⁸⁴

Si bien el Estado, al diseñar la Expedición del 79 tenía prerrogativas más vernáculas que globales, es evidente que los científicos de la expedición recogieron el guante de desafiar los mitos negativos sobre la Patagonia. Las imágenes de esa negatividad les eran familiares porque eran frecuentes en los tomos de ciencias naturales que leían con asiduidad, así como en los diarios de viajes y resultados de expediciones de conquista y colonización. También porque se habían formado en instituciones europeas en las que esos estereotipos sobre el sur argentino eran verdaderos topos significantes.⁸⁵ Cuando la Patagonia deja de ser para los científicos prusianos un espacio lejano del otro lado del océano se convierte en un espacio de investigación apasionante. Recorrerla a caballo podía resultar, además, un motivo de consagración profesional. De este modo, las apocalípticas profecías de Darwin repetidas por D’Orbigny perdían para ellos su carácter de verdad incuestionable y podían dialogar con los gestores estatales ofreciendo revisiones de aquellas formulaciones consagradas.

Obsérvese, en particular la carta de Doering que publica *La Tribuna* cómo el uso de la primera persona “Afirmo que estos campos...” que funciona casi como un acto de habla, presenta una perspectiva a futuro, es decir abre posibilidades de pensar el espacio como un lugar posible y necesario.

Ramón Lista (1856-1897) era nieto de un coronel de Infantería que acompañó a San Martín, al General Paz y a Urquiza. Estudió en el colegio Nacional de Buenos Aires y luego

⁸³ También podría leerse en estas apreciaciones del científico, los ecos que la impronta norteamericana de poblamiento y cultura agraria había tenido sobre su imaginación: la tierra que dejaba de ser estéril y el granjero laborioso (figura clave en esa composición) como sujeto central en la constitución de una nación nueva y poderosa. Véase Leo Marx MARX, Leo, *La máquina en el jardín. Tecnología y vida campestre*. México, Editores Asociados, 1974.

⁸⁴ Gabriela Nouzeilles, “Patagonia as Borderland: Nature, Culture and the idea of the State”. En *Journal of Latin American Cultural Studies*. Vol 8, Nro 1, New York, 1999, pp 35-48.

⁸⁵ Esta imagen de tierra maldita aparece según Nouzeilles en varias obras significativas “an idea extensively popularized through colonial narratives such as those by Pigafetta and Sarmiento de Gamboa, and reinforced by observations made by scientific travellers like Darwin, among others, the Patagonia has thousands of miles of uninhabitable desert, with a coast slashed by endless storm, without secure ports, and traversed by the most savages tribes on earth” Nouzeilles, 39, op. cit.

terminó su formación en instituciones científicas francesas y alemanas entre 1875 y 1877. Su gran maestro fue el legendario Karl Burmeister. Fue jefe de comisiones exploradoras, investigador, profesor y funcionario. Sus viajes están relatados en 41 trabajos sobre geografía, lingüística, antropología y etnografía. Fue gobernador de Santa Cruz entre 1887 y 1892. En 1884 hizo un viaje a caballo de 3500 kilómetros para relevar la cuenca hidrográfica patagónica. También recorrió la Mesopotamia y el Chaco. Con su suegro Olegario Víctor Andrade fundó la *Sociedad Geográfica Argentina*. Lista no participó de la Expedición del '79 pero estuvo muy ligado a ella, no sólo por los numerosos trabajos que publicó como resultado de sus expediciones antes y después de aquel año sino también por las proyecciones internacionales que tuvieron sus obras, así como por las diversas funciones y cargos que ocupó. Sus obras no refinieron la tarea expedicionaria en sí misma, sino que la comentaron. Se trataba de libros que concentraron su interés en las cuestiones científicas. El conjunto de las obras compone un todo impactante porque incluye estudios y relevamientos científicos y etnográficos detallados y frondosos. Sin embargo, se trata de un conjunto caótico: sus trabajos, muchos de ellos breves porque obedecen al formato de los informes de los naturalistas como resultado del trabajo de campo, se yuxtaponen, quedan fragmentados, muchos párrafos se repiten en más de una obra o se publica el mismo texto con distintos títulos así como el mismo título con distinta versiones. Es muy difícil articular una ordenación coherente y el propio Lista no parece haberse interesado por ordenar con criterio unívoco el conjunto de sus escritos de investigación. Su orden remite más a un circuito que responde a las urgencias de publicaciones, conferencias, congresos y exposiciones que a un propósito epistemológico sistemático.⁸⁶ Versiones y re-escrituras obedecían a la demanda de publicación de Anales y Revistas de Sociedades científicas y podían ser adaptados *a posteriori* para Conferencias en Sociedades Geográficas o re-impresas para ser enviadas a Exposiciones Universales. Su *Viaje al país de los Onas*, por ejemplo, está publicado en 1887, dos veces: la primera por la Revista de la Sociedad Geográfica Argentina y la segunda por el *Establecimiento Tipográfico de Alberto Nuñez*. Está dedicado a Pellegrini y es una expedición en Tierra del Fuego de 1886 financiada por el Sector de Estudios Hidrográficos del Gobierno de Roca.

⁸⁶ La editorial Confluencia, en su edición de 1998 ha intentado esa tarea y ha logrado producir un ordenamiento que da a los escritos legibilidad, lo cual resulta útil para poder acceder a una obra con poca re-edición justamente por estas características. Véanse los dos tomos de *Obras* de Ramón Lista, Buenos Aires, Editorial Confluencia, 1998.

Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia (1887-1880) cuya primera edición, en 1880 es de la Imprenta de Martín Biedma, está dedicado a la memoria de George Chaworth Musters, a Burmeister y a “mis amigos” Olegario Víctor Andrade, Héctor Álvarez y Estanislao Zeballos. Se trataba de un viaje a la Patagonia central financiado por la *Sociedad Científica Argentina*. Estaba compuesto por dos libros: la segunda parte del *Viaje al País de los Tehuelches*, editado como *La Patagonia Austral* y la *Exploración de la Costa Oriental de la Patagonia*.⁸⁷

Con respecto al *Viaje al País de los Tehuelches* que Lista consideraba simplemente un “folleto”, “una relación sucinta de mis exploraciones en la Patagonia Austral” se trataba del relato de un viaje que se había hecho en 1877 también con financiación de la *Sociedad Científica Argentina* (que presidía el entonces Ministro de Justicia Guillermo White). Dice que sus móviles fueron los viajes de Cox, Musters y Moreno, la expedición de Moreno y Moyano y el aliento de Burmeister. Su publicación es contemporánea a la expedición. Algunos de estos escritos obtuvieron premios en la *Exposición de Venecia* antes mencionada. Los premios, a su vez, también impulsaban nuevas publicaciones.

Viaje al país de los Tehuelches había sido publicado en Buenos Aires en 1879 por la imprenta de Martín Biedma. Lista advertía, en marzo de ese año: “En el mes de julio próximo publicaré los resultados científicos de mi último viaje”. Estos resultados fueron publicados bajo el título *La Patagonia Austral*, editado en Buenos Aires por la imprenta de *La Tribuna*. Tenía 84 páginas y un mapa fuera de texto. Cuando Lista solicitó la cooperación de la *Sociedad Científica Argentina*, escribía a White:

“Vengo a comunicar a la *Sociedad Científica Argentina*, que estoy dispuesto a llevar a cabo dicho viaje, siempre que ella, mirando por su propio crédito y por la gloria del nombre argentino, quiera contribuir con la pequeña suma de 10.000\$ m-c., solicitando igual cantidad o mayor si es posible, del Gobierno Nacional. Comprendiendo que es muy justo hacer partícipe a la Sociedad de los resultados de mi exploración, dado el caso que ella acceda a mi petición, me obligo a escribir para ella la relación de mi viaje, y entregar a su Museo la mitad de los objetos que haya coleccionado” (Lista, 1879, 45)

⁸⁷ Fue re-editado tres veces: dos veces por Marymar Ediciones en 1975 y en 1998 y en este último año también por la Editorial Confluencia.

La Comisión Directiva de la Sociedad aprobó por unanimidad y la Asamblea entregó la suma solicitada autorizando al propio tiempo al Presidente de la Sociedad para solicitar por escrito la cooperación del Ministro de Instrucción Pública. He aquí un circuito similar al de Zeballos pero con una diferencia: la demanda no se produce desde la institución hacia el sujeto sino desde el sujeto hacia la institución y se trata de dinero para realizar un viaje al regreso del cual se promete el libro que es el que la carta prologará.

Otra marca importante de los escritos de Lista es la escritura en francés para apostar a un mercado de lectores europeo y a un circuito que iba más allá de las fronteras nacionales. En este uso de una lengua extranjera para referir asuntos internos, en este pasaje que va de lo nacional a lo internacional podría leerse gran parte de la proyección cosmopolita que los autores científicos anhelaban para sus obras. La retórica científica era dúctil en ese pasaje idiomático, lo era –sin duda– mucho más que la política. Por ejemplo, *Mis exploraciones y descubrimientos en la Patagonia* (1877-1880) además de ofrecer un vocabulario tehuelche, cita a Burmeister en francés, lee a Muster en inglés, cita a Pigafetta en italiano, hace alusión a una publicación de Burmeister en alemán, es decir ofrece un circuito de idiomas que son, por otra parte, los idiomas de la Europa científica.⁸⁸ Esa polifonía idiomática mostraba una discursividad científica que se sabía cosmopolita y que hablaba un lenguaje internacional despolitizado. Sus enunciados pertenecían más a ese circuito internacional que a las contingentes instituciones locales. La frontera interior, entonces, luego de la *Conquista del Desierto* ofrece una representación que va mucho más allá de las expectativas territoriales del estado-nación.

Los escritos del mítico Francisco Pascasio Moreno, “el perito Moreno”, si bien no son parte de la producción de la expedición en sí misma están absolutamente vinculados a ella. Y resulta un ejemplo muy significativo que ilustra muy bien la relación con las instituciones. En los años previos sus obras brindan información clave para el avance del Ejército en la zona de los lagos cordilleranos. En los años posteriores serán una voz de alerta sobre la discontinuidad

⁸⁸ Para pensar la *Trilogía* escrita por Estanislao Zeballos en esos mismos años, Ángel Tuninetti hace una anotación en la que describe el alcance de la lengua: “La lengua, al igual que las reliquias que Zeballos extrae de las tumbas o de las tolderías que abandona, pertenecen al mundo de la investigación científica, mientras que el contacto real con los indígenas pertenece al mundo de la lucha política por exterminarlos (...) El cronotopo científico reproduce el cronotopo político” (“Escribir en los árboles, escribir en la arena: Viaje al país de los araucanos de Estanislao S. Zeballos” en *Nuevas tierras con viejos ojos. Viajeros españoles y latinoamericanos en Sudamérica. Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires, Editorial Corregidor, 2001).

de la conquista. Moreno fue demarcador de límites en 1881 e investigador y director del Museo de la Plata. Recorría “regiones apenas pobladas, poco conocidas, y generalmente denigradas” y “que al ser por primera vez aprovechadas por el hombre, no lo son por los que más las harán producir por el esfuerzo de su trabajo en beneficio del engrandecimiento de la nación”.⁸⁹ El esfuerzo por sostener una mirada crítica luego de la avanzada expedicionaria del ‘79 se hace evidente.

“En esos veinte años había desaparecido el indio indómito, ya no existían fuertes ni fortines que se opusieran a sus depredaciones, y donde se levantaba antes la toldería, donde había sufrido y soñado para olvidar penurias, se alzaban pueblos (...) deseaba ver todo eso y darme cuenta si lo obtenido era lo bastante, si el esfuerzo hecho correspondía a la conquista alcanzada sobre el salvaje, y sentirlo por mí mismo, comparar el pasado con el presente y apreciar si el progreso soñado existía en realidad o estaba retardado y por qué causas”⁹⁰

La obra que contiene fotos de paisanos, lagos, ríos, presenta no sólo la impresión personal de Moreno sobre el territorio recorrido en 1896, sino también y principalmente el extracto de las observaciones hechas por sus colaboradores. Moreno denunciaba problemas cartográficos: los lotes que asignaban tierra fiscal no se correspondían con el plano oficial y la división y ubicación de la tierra pública en territorio nacional no tenía planos rigurosos. Decía que el Atlas de las Colonias Oficiales – confeccionado por el Departamento de Tierras, Colonias y Agricultura- era pésimo.

De este modo, la escritura del científico, aunque oficial y financiada por instituciones estatales, comenzaba a mostrar los ribetes oscuros de la avanzada militar y del proyecto expedicionario que había sido impuesto.

Los indios no tienen cura. Antonio Espinosa, el Arzobispo Aneiros, los salesianos.

⁸⁹ MORENO, Francisco Pascasio, *Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz (con un plano y 42 láminas)*, La Plata, Talleres de Publicación del Museo de la Plata, 1897. En ese mismo año se publica una edición en francés: *Notes Préliminaires sur une excursion aux territoires du Neuquén, Río Negro, Chubut et Santa Cruz. Buenos Aires, Musée de la Plata. Ateliers de publications du Musée, 1897*. Los preliminares son los viajes realizados entre 1875 y 1880 y las ediciones incluyen también el viaje de 1896.

⁹⁰ Moreno, 1896, *ibidem*.

La representación de la Iglesia en la Expedición del 1879 estuvo dada por la presencia del provisor y vicario general de la Arquidiócesis de Buenos Aires: Antonio Espinosa, autor de un escueto diario de viaje y de crónicas enviadas al periódico *La América del Sur*.

Recién en 1939, la *Comisión Nacional Monumento al teniente general Julio A. Roca* publicará un libro titulado *La Conquista del Desierto* prologado y anotado por Bartolomé Galíndez que contiene: el relato del primer viaje del vicario (un viaje a Carhué y Patagones, en barco que naufragó y que obligó a su tripulación a volver a Buenos Aires sin haber llegado a destino), el viaje de la Expedición al Río Negro de 1879, otros relatos de viaje de misiones posteriores hasta 1884 y las crónicas para el periódico enviadas desde el Cuartel General de Roca.⁹¹

Estas últimas son cartas que como corresponsal expedicionario Espinosa se había comprometido a enviar. Fueron publicadas por el diario *América del Sur* el 28 de mayo y el 4 de julio de 1879. Ambas muy breves trataban de desarrollar lo que en su diario aparecía como una pura consignación episódica. El relato escueto y de oraciones telegráficas, e impregnado del estilo “parte de campaña” (Viñas) mencionaba los episodios vividos en el itinerario, las personas que intervinieron, el clima y los avatares del traslado sin hacer ningún tipo de comentario subjetivo o personal. Con cierta obsesión numérica, el vicario va consignando: número de bautismos, número de casamientos, número de confirmaciones, número de horas, número de leguas, número de día, número de año, número de oficiales, número de caballos.⁹²

Esta escritura institucional –casi un informe estadístico aunque rudimentariamente cuantitativo– que consigna además todas las comunicaciones telegráficas o epistolares con el Arzobispo Aneiros en Buenos Aires, no será conocida hasta la edición de 1939, puesto que la escritura pública de Espinosa será la que aparece en el periódico y no su diario de capellán que se publicará muchos años después cuando la expedición sea sólo un recuerdo complicado. Su función como discurso institucional eclesiástico cumple más funciones en las décadas del 30-40 del siglo XX –en la que viene a rememorar la función tutelar que la iglesia se asignaba frente a

⁹¹ *La Conquista del Desierto. Diario del Capellán de la Expedición de 1879 Monseñor Antonio Espinosa, más tarde Arzobispo de Buenos Aires*. Prólogo y notas de Bartolomé Galíndez. Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca, 1939.

⁹² La obsesión numérica continúa en los relatos posteriores a 1879 y hasta por momentos colapsa: “Un negrito de nueve años, preguntado cuántas eran las personas de la Santísima Trinidad, respondió que veinte” 13 de febrero, Misión a la Patagonia en 1880. En *La Conquista del Desierto. Diario del Capellán de la Expedición de 1879 Monseñor Antonio Espinosa, más tarde Arzobispo de Buenos Aires*. Prólogo y notas de Bartolomé Galíndez. Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca, 1939.

los “salvajes del desierto”- que, en los años en los que la expedición se desarrollaba en los que la necesidad de ese tutelaje no debía ser probada o justificada: era un hecho consumado.

Las crónicas enviadas a *América del Sur* ensayaban una escritura más entretenida con adjetivos y descripciones que quería parecerse a las descripciones literarias de paisaje y a las narraciones que buscaban contar la travesía y en las que aparecían relatos de campaña ya referidos por otros autores de la expedición tales como el ahogo en el río del joven soldado La Cuesta. Asimismo, Espinosa aprovechó el espacio de la escritura para comunicar una queja – que fue también muy habitual en los salesianos, en los científicos, en el periodista y en el fotógrafo de la expedición: el ritmo exclusivamente militar de la marcha y de la expedición en general: resultaba demasiado rápido y expeditivo percibido desde los expedicionarios no militares que esperaban un tempo más lento y con paradas más largas de acuerdo a sus prerrogativas evangelizadores, científicas o estéticas.

Antonio Espinosa no fue el único religioso de la primera columna expedicionaria: viajaron con él dos salesianos venidos de Italia: Giacomo Costamagna y su acólito Luis Botta. Mientras que Espinosa era la persona que el Arzobispado de Buenos Aires designaba para enviar a la Expedición oficial, la llegada de los salesianos desde Turín a Buenos Aires obedecía a otros motivos: era concebida como una respuesta a los sueños del fundador de la orden Juan Bosco, quien había tenido visiones oníricas en las que aparecía la necesidad de evangelizar a salvajes de territorios lejanos.⁹³

Giacomo Costamagna no escribió más que cartas a su superior Juan Bosco que ese mismo año fueron publicadas por el Boletín Salesiano.⁹⁴ Los salesianos no querían ir con el Ejército - en el sueño de Don Bosco los salesianos no viajaban por América siguiendo a los Ejércitos- pero la Expedición del '79 era la única posibilidad efectiva que se les presentaba de llegar a las almas irredentas. Si bien el puerto de Buenos Aires estaba muy lejos de Turín, no había allí salvajes sino criollos y una comunidad italiana cada vez más numerosa. Para la tarea evangelizadora aún había que desplazarse unos cuantos kilómetros y a fines de la década del '70, sólo el ejército tenía una tecnología apropiada para ese desplazamiento. No había otras posibilidades de dar con ellos dado que los salvajes no sólo no se encontraban en Buenos Aires

⁹³ La tercera división de la Expedición de 1879, por su parte, llevaba como capellán al franciscano Pío Bentivoglio. Véase RACEDO, Eduardo, (1881) *La conquista del Desierto. Memoria militar y descriptiva de la Tercera División Expedicionaria*. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1965.

⁹⁴ “Carhué. Deserto dei Pampas”. Julio de 1879 en *Bollettino Salesiano*, Año III, Número 7. Turín, 1879. Así como “Carta a Don Bosco. Carhué, 27 de abril de 1879” en *Bollettino Salesiano*, Año III, Número 10. Turín, 1879.

sino que, además, en las geografías oníricas aparecían todos juntos y en los páramos patagónicos aparecían todos dispersos no sólo debido a su cultura nómada así como al efecto de avanzadas anteriores en las que el exterminio mostraba ya sus primeros resultados. Los 108 sueños de Juan Bosco pueden leerse en sus *Memorias*, compiladas por Giovanni Battista Lemoyne, Angelo Amadei y Eugenio Ceria. En estos sueños el salesiano veía que debía enviar a algunos miembros de la congregación salesiana a tierras lejanas para salvar las almas de los salvajes.⁹⁵ La Patagonia se presentaba como un lugar apropiado para ser evocado por una misión. Esa representación como espacio del fin del mundo y tierra mítica –contra la que los científicos habían tenido que discutir– resultaba perfectamente funcional a las ensoñaciones del salesiano. Por otra parte, esas ensoñaciones se iban corrigiendo y aumentando con detalles tomados de atlas y manuales de etnografía y adquirían la definitiva forma de la acción cuando el Arzobispado argentino envió una carta a la Orden italiana solicitando misioneros para América. Porque si los sueños de Bosco tenían referencias concretas antropológicas o geográficas que podían ser aplicables a Argelia, Hong Kong, Australia o la India, cuando en 1874, la Arquidiócesis de Buenos Aires convocó a los salesianos a la Argentina se hizo evidente que las ensoñaciones de Bosco se referían a la Patagonia argentina.⁹⁶

Los sueños de Juan Bosco emulan una auténtica *ars política* de conquista y colonización. A partir de 1875 en adelante llegaron a Buenos Aires 10 salesianos conducidos por Giovanni Cagliario quien será el que va a hacer viajar, años más tarde, a Roma, al joven Ceferino Namuncurá, hijo de Manuel y descendiente de Callvucurá. Al momento de prepararse la Expedición al Río Negro, Cagliario, que era quien debía acompañar la expedición para ir al encuentro de los salvajes soñados por el padre fundador de su congregación, regresó momentáneamente a Roma y lo reemplazó Costamagna.⁹⁷

De modo que Costamagna y su acólito Luis Botta se sumaron a la delegación sacerdotal integrada por el vicario Espinosa y deciden aceptar las reglas del juego. A pesar de

⁹⁵ “Tuve la sensación de encontrarme en una región salvaje y completamente desconocida. Era una inmensa llanura totalmente incluta en la cual no asomaban ni colinas ni montes. Sin embargo, en los lejanísimos bordes la enmarcaban escabrosas montañas” Bogatello, citado en el valioso trabajo de Eugenia Scarzanella “Indios y Misioneros en Patagonia” en *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en Argentina, 1890-1940*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

⁹⁶ Eugenia Scarzanella, op. cit. y también Vanni Blengino: “Los salesianos en la Patagonia. Muchos kilómetros y pocas almas” en *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

⁹⁷ Cagliario regresará luego a América y será nombrado vicario apostólico de la Patagonia Septentrional. Su colega Giuseppe Fagnano fue prefecto apostólico de la Patagonia meridional y de la Tierra del Fuego.

los legendarios modos como estos hombres –los de la expedición y tantos otros misioneros salesianos que recorrieron la Patagonia- cruzaron a caballo ríos y montañas, fumaron tabaco, navegaron frágiles embarcaciones, y estuvieron en peligro, no han escrito sus experiencias. Sólo las cartas de Costamagna publicadas por el Boletín Salesiano en Turín dan cuenta de aquello que parecía responder a los sueños de Bosco pero que resultaba también bastante diferente a ellos. Sobre todo por el hecho de que la presencia en Buenos Aires de una fuerte colectividad inmigrante italiana –y no los salvajes- podía ser el blanco de la tarea de evangelización. Existen sí biografías sobre estos aventureros pero no relatos experienciales en primera persona.⁹⁸

Ahora bien, los informes de Costamagna a Don Bosco han sido estudiados por Eugenia Scarzanella y por Vanni Blengino. Éste último señala que el salesiano mostraba una distancia de la perspectiva de pensar la expedición como una prerrogativa de la civilización. Se apoya tal vez en el carácter de estos escritos que se construyen a partir de la experiencia *in situ* y de las prerrogativas oníricas de Bosco, a diferencia de otros textos de esta narrativa cuyas pulsiones ficcionales están ligadas a los imperativos políticos de la Argentina de esos años. Sin embargo, también se impregnan de una retórica castrense “Comenzamos entonces a abrir el fuego sobre toda la línea: instrucción a los muchachos más grandes, instrucción a las mujeres indias, instrucción a los soldados indios”⁹⁹

En el período post-expedicionario, la intervención de la iglesia es crucial. Buques de 300 y 400 indios prisioneros aborígenes (que incluían mujeres, niños y ancianos) fueron enviados a Buenos Aires. La isla Martín García –bajo comando militar- fue el lugar elegido para que estos indios permanecieran, en una primera etapa. La mayor parte de los indios que llegaban a Buenos Aires estaban infectados de viruela a causa del hacinamiento en ultramar.

En los años ‘80 del siglo XIX, Martín García se convirtió en un verdadero infierno y los reclamos políticos parlamentarios no tardaron en llegar. Los indios allí enviados no podían convertirse en fuerza de trabajo, como pedía la lógica post expedicionaria: morían antes de hambre o de inanición. Una vez más, como tantas otras en la Argentina del siglo XIX, el Gobierno no había tomado las precauciones del caso y así como la inserción de los inmigrantes

⁹⁸ Según Scarzanella esas biografías escritas para chicos de escuelas y oratorios fueron un “sucedáneo edificante de los folletines laicos seriales”. Estas biografías aparecen en Italia entre 1920 y 1960. (Scarzanella, op. cit.)

⁹⁹ Giacomo Costamagna, II informe publicado por el *Boletín Salesiano* en 1879. Citado por Vanni Blengino. Ibid.

se convertía en un problema creciente, así también la presencia de los indios patagónicos en la isla Martín García acompañaba ese malestar. Va a ser la Iglesia la institución a la que Roca le asignará la tarea (la correspondencia Roca- Aneiros da cuenta de ello) para tomar cartas en el asunto: Los sacerdotes lazaristas Revelliere y Birot serán destinados a asistir a los indios enfermos y transmitirles las enseñanzas del catecismo.

Cuando, una vez controlada la situación, los indios de Martín García comenzaron a encontrarse en condiciones más apropiadas, se los destinó a la ciudad para trabajar. En cuanto a las mujeres y los niños, las estrategias fueron de una crueldad extrema –de acuerdo a la moral sexual e higienista de la época-: a las mujeres y a los niños se los destinaba a trabajar como personal de limpieza en las casas de las familias tradicionales de Buenos Aires pero fragmentando los grupos familiares: separando madres de hijos, hermanos de hermanos, tías de sobrinos huérfanos. No todos los textos de este corpus y casi ningún estudio crítico posterior sobre la Conquista del Desierto -con la excepción del trabajo de Enrique Masés- consignan las escenas desesperadas en las que los gritos de los hijos y sus madres reclaman piedad en esta distribución de “esclavos”.¹⁰⁰

Por su parte la versión del topógrafo Olascoaga, oficial y triunfalista consignaba una imagen casi alucinada:

“En seguida Buenos Aires y otros pueblos de la Republica, como ratificación de las portentosas noticias, vieron llegar por centenares las emigraciones de prisioneros indios. Ver entrar humilde y juiciosamente a las ciudades aquellas muchedumbres de indios de todas las edades y sexos, distribuirse entre las familias, los establecimientos de educación y de industria, instalándolos inmediatamente en la vida civilizada era el espectáculo más satisfactorio y moralizador”¹⁰¹

La entrada de los indios que describía Olascoaga, apelando a los tiempos verbales en voz activa, como si se tratara de voluntades deseosas, no tuvo su correlato real. Para el topógrafo, los indios no eran traídos: llegaban, no eran distribuidos: se distribuían, no eran instalados: se instalaban. En el abuso de la voz activa puede leerse un deseo de ratificar lo que ya varias voces disidentes denunciaban en Buenos Aires: indios sufrientes, destinados a una isla

¹⁰⁰ MASÉS, Enrique, *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910)* Prometeo, Buenos Aires, 2002.

¹⁰¹ *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro por Manuel J. Olascoaga*. Editores Ostwald y Martínez, Buenos Aires, 1880.

sucia donde se morían de viruela, que añoraban su tierra y para quienes trabajar en Buenos Aires suponía un desarraigo más que una solución. Los habitantes de la ciudad veían con espanto cómo la barbarie que antes de la conquista de Roca, se encontraba lejos y dispersa, venía ahora a hacerse presente en la ciudad y en el interior mismo de las casas familiares. Esos cuerpos representaban la derrota y la domesticación y sus rostros melancólicos de miradas duras mostraban qué lejos estaban de la utopía civilizadora.

En esta etapa es Federico Aneiros, el arzobispo de Buenos Aires quien cumple una “función humanitaria” aquí no sólo para enviar sacerdotes, misioneros y —sobre todo— monjas¹⁰² a la Isla de Martín García sino también para impartir bautismos y cristianizar a los indios de Buenos Aires.¹⁰³

Ahora bien, todo el protagonismo “evangelizador” que la Iglesia católica había tenido en el período expedicionario representado en las figuras del provisor Espinosa, de los salesianos venidos a la Argentina que se integraron la expedición así como del Arzobispo de la Arquidiócesis de Buenos Aires, Federico Aneiros obedecía a un tipo de participación institucional diferente a la militar y a la científica antes descritas. Se trataba de una cultura religiosa mundialista en relación con misiones evangelizadoras. Si bien puede asociarse esta cultura a la evangelización de la conquista y a la colonización de América ofrecía diferencias importantes y se vincula a líneas de fuerza que se definen en el siglo XIX y no en la conquista espiritual de los siglos anteriores. La preocupación de Aneiros por la conversión de los infieles y por las misiones católicas entre los indios pampas fue siempre un proyecto que buscó apoyo y asesoramiento en el Papado de Roma en 1870 (en particular en el *Consejo Superior de la Propagación de la Fe*). De acuerdo a las prerrogativas que llegaban desde allí resultaba claro que el Consejo para la conversión de los indios al catolicismo tenía modelos extranjeros.¹⁰⁴

¹⁰² Fueron tres: Isabel Mercier, de la Casa Central, Delfina George de la Inmaculada Concepción y María de la Cruz Solórzano, mexicana (víctima de persecuciones religiosas en su país)

¹⁰³ La comisión nacional de homenaje al teniente general Julio A. Roca, que había publicado los escritos de Espinosa, publica, en 1945 el trabajo que Santiago COPELLO titula *Gestiones del Arzobispo Aneiros. En favor de los indios hasta la conquista del desierto* realizado en base al legajo “El Arzobispo Aneiros y la conversión de los indios” del Archivo de la Secretaría del Arzobispado.

¹⁰⁴ Ya desde 1873 Aneiros tenía contacto con el más singular de todos los caciques de la Araucanía: Cipriano Catriel. En ese mismo año, habían venido sacerdotes europeos a Azul, especialmente lazaristas franceses: Fernando Meister y Jorge Salvaire. Meister puso escuelas y tuvo grandes esperanzas de redención de las “almas impías” pero comprobó que la tarea no era tan sencilla, escribió sobre la “afabilidad y atención extraordinaria con la cual el General y Cacique Cipriano Catriel y su familia nos recibe cada vez que vamos a visitarlo. El mismo cacique y su mujer me parecen tener alguna inclinación al cristianismo... El señor Catriel ya se interesa en las historias sagradas y mucho le gustan las

Formado por integrantes de familias patricias de Buenos Aires, tales como Eduardo Carranza, Miguel Navarro Viola, Juan Anchorena, Luis Sáenz Peña, Jaime Llavallol, Caetano Cazón, Luis Frías, Victorino de Escalada, Tomás Armstrong, Felipe Llavallol, Pedro Pereyra, Francisco Chas, y canónigos: Juan Boneo, Mariano Rebollo, Félix Sánchez Celes, Juan José Alsina y militares como el general Benito Nazar mostraba que la práctica de la evangelización no se restringía sólo a la acción política y al programa estatal ni se filiaba acríticamente a las prédicas españolas de los sacerdotes de la conquista. Todo este programa otorgaba a los miembros un diploma y se escribió un reglamento cuya función era: dar consejos al arzobispado sobre la cuestión indios. Se votaba, se podían presentar proyectos, se subsidiaban con la recolección de fondos por parte de los miembros y el gobierno también aportaba dinero al Consejo. Los gobiernos buscaban -a través del Consejo- viabilizar proyectos de colonias agrícolas. Repartía tierras para formar centros de poblaciones para que los indios trabajaran la tierra y "tuvieran el estímulo de la propiedad". Santiago Copello, transcribió documentos del Archivo de la Secretaría del Arzobispado en los que se contaban las desoladas historias de los indios en Buenos Aires, tal es el caso de "una niña de la tribu de Catriel que fue confiada a los esposos Manuel Delgado y Genara Bessa y su madre a la familia del Doctor Roberts" Fue bautizada a los ocho años y llamada con el nombre de María y una vez fallecidos sus padrastros y cuando sus hermanastras ingresaron como monjas a la Congregación Religiosa de las Hermanas de la Merced del Divino Maestro, ella también se ordenó como religiosa. También las cartas del Legajo señalan que Révelliére pedía que "convendría que la autoridad militar no hiciera trabajar a los pobres indios el domingo y las fiestas" y explicaba que los indios no tenían

explicaciones de varios artículos de la doctrina cristiana, sin embargo de aquí a la completa conversión hay todavía un largo camino." En realidad, Catriel terminó rechazando la instalación de misiones para la instrucción cristiana alegando que el gobierno le sacaba tierras. Por lo cual buscaron otros indios (a través de la carta al Arzobispo) pero señalaron que seguirían con la escuela y trabajaron en la preparación de una gramática "sistemática y exacta (de la lengua pampa) con vocabulario que va a acabarse en poco tiempo, obra difícilísima porque ni entre los indios ni entre los cristianos se podía encontrar un maestro. En una oportunidad, Espinosa le escribe a Meister para que rescate cuatro cautivos de la tribu de Namuncurá (hijo de Callvucurá) en Salinas Grandes (Salvaire había devuelto a un cuñado de Namuncurá). Las cartas entre José María Salvaire y Manuel Namuncurá desde Salinas Grandes dejan entrever que los misioneros se asignaban una función mediadora entre los indios y el Estado de Buenos Aires. Sin embargo, Salvaire padece los avatares de la cultura de frontera: los vendedores de aguardiente harán circular versiones entre los indios de que el cura era un espía del gobierno y de que los iban a matar e iban a ocupar las Salinas Grandes. El gobierno termina no subvencionando a las misiones. Los sacerdotes culpan al gobierno por el fracaso de la evangelización (porque dicen que el gobierno no da garantías, y no tienen palabra, no produce confianza). Y se trasladan al sur, a Carmen de Patagones en busca de nuevas almas para la conversión a la fe.

AVISO RELIGIOSO

Desde el 25 del corriente, se enseñará la doctrina cristiana á los indígenas infieles, á fin de prepararlos para recibir el Santo Sacramento del Bautismo, en las Iglesias siguientes:

LUNES, MIERCOLES Y VIERNES

En la Iglesia de San Ignacio . . . á la 1 y media
Idem idem de San Telmo . . . a las 2 idem
Idem idem de la Concepcion . a las 3 idem
Idem idem de Monserrat . . . a las 4 idem

MARTES Y JUEVES

En la Iglesia del Socorro . . . á la 1 y media
Idem idem de San Nicolás . a las 2 idem
Idem idem del Salvador . . a las 3 idem
Idem idem de la Piedad . . a las 4 idem

Aviso publicado el 23 de noviembre de 1879

Publicado por Santiago Luis Copello: *Gestiones del Arzobispo Aneiros. A favor de los indios hasta la Conquista del Desierto.* Buenos Aires, Coni, 1945.

ropa ni comida ni utensillos de cocina. “Seguimos siempre enseñando, bautizando, y de cuando en cuando sepultando. Los bautismos alcanzan hasta 386. Los *ladrones del paraíso* alcanzan hasta 81. Estos indios se mueren como han vivido. En la pampa se llevaban ganado, aquí en pocos días se roban el cielo. ¡Bendito sea dios y Vuestra Excelencia!”.¹⁰⁵

Ceferino Namuncurá había nacido en Choele Choel en 1886, dos años después de que todo el ciclo que correspondía a la Conquista del Desierto había concluido. Descendiente del mítico Callvucurá, que dominó con rigor imperial y diplomacia araucana las Salinas Grandes durante gran parte del siglo XIX, hijo del no menos mítico Manuel Namuncurá, sucesor en la línea de mando “piedra azul” de Callvucurá -que gustaba fotografiarse con charreteras de uniforme militar- Ceferino fue llamado así por su padre quien había elegido ese nombre. Sin embargo, el salesiano Milanesio había elegido para él el nombre de Morales. La iglesia, que había sido tan generosa en ofrecerle escuelas y el viaje a Roma para su ingreso al seminario no había reconocido sin embargo la unión de sus padres. Manuel envió a su hijo a Buenos Aires para que se instruyera con los salesianos ya que la escuela militar -primer destino en el que había pensado- no entusiasmaba al joven y no parecía poder hacer mucho para la salvación de su tribu amenazada. Luego de esa estancia en Buenos Aires, los salesianos se lo llevaron a Italia: Turín, Roma y Frascati. En el Viejo Continente, Ceferino murió en 1905, a los 19 años, de tuberculosis.

Como muchas historias cruzadas en los relatos de la frontera, la historia de Ceferino resulta triste: fue indio entre los cristianos y cristiano entre los indios. De la angustia que le producía su doble identidad dan cuenta las cartas que enviaba desesperado desde el seminario de Roma a su padre. Si Ceferino hubiera sido santificado, no habría habido un final mejor para las ensoñaciones de Juan Bosco. Pero como en su corta vida no había habido escenas siquiera

¹⁰⁵ David Viñas sostiene que es necesario “distinguir la actividad de los misioneros respecto de la jerarquía eclesiástica y de los curas párrocos” Para Viñas estos últimos padecen el “burocratismo de las jerarquías”. Con respecto a los misioneros propone abandonar las “versiones vehementemente apologéticas” y denunciar los intereses de determinadas congregaciones en relación con la utilización de la mano de obra india y la explotación sobre los cuerpos a los que luego se les ofrece la salvación del paraíso. Viñas señala cómo la cultura misionera -aún en sus buenas intenciones y en las vocaciones de los misioneros y misioneras de buena voluntad y espíritu evangélico- la concepción de que el indio era una persona sin desarrollo intelectual que necesitaba tutelaje. Como señala Scarzanella (op. cit.) el primer encuentro con los bárbaros había sido posible para los misioneros salesianos gracias al poder político y militar. De modo que el encuentro de los indios con el cristianismo se producirá siempre desde la autoridad. Sin embargo, en el caso de los salesianos -a diferencia de los jesuitas que los precedieron- la misión evangelizadora terminó operando más sobre los pioneros blancos de la Patagonia que sobre los indios tehuelches.



Cacique Manuel Namuncurá, vestido con uniforme de coronel del Ejército argentino. Lo acompañan sus dos hijos: Julián (izquierda) y Ceferino (derecha). *Archivo General de la Nación.*

parecidas a milagros o revelaciones sino la atormentada experiencia de la doble extranjería, la santificación de Ceferino nunca llegó a producirse, lo que no impidió que, cuando sus restos fueron trasladados a la localidad patagónica de Fortín Mercedes en 1924, se convirtiera en objeto de culto popular. Se trataba entonces de un cuerpo entre dos mundos que, en rigor, no pertenecía definitivamente a ninguno. Sin embargo, en la religiosidad popular que consagraba a Ceferino santo de los pobres y desvalidos, se había borrado la impronta de la doble identidad y había quedado en el olvido la muerte de un indio joven que buscaba un dios, inmolado en el cruce de fuerzas del progreso y la supervivencia.

A diferencia de Marco Polo, convocado en el epígrafe de Italo Calvino de este capítulo, Ceferino Namuncurá no pudo aprender a “hablar la lengua del emperador” y el emperador no pudo entender la lengua del extranjero.

CAPÍTULO II

¿El Estado soy yo?

La autobiografía en el relato expedicionario

“Decir algo en nombre propio es muy curioso, porque no es en absoluto el momento en el que uno se toma por un yo, una persona o un sujeto, cuando se habla en su nombre. Al contrario, un individuo adquiere un verdadero nombre propio como consecuencia del más severo ejercicio de despersonalización, cuando se abre a las multiplicidades que lo atraviesan de parte a parte, a las intensidades que lo recorren”

Gilles Deleuze *La lógica del sentido*

¿Qué significaba decir yo en una narrativa cuya marca más contundente fue su fuerte carácter estatal-institucional? ¿Era posible el relato en primera persona en enunciados supuestamente despersonalizados? ¿Cómo se constituye ese gesto autobiográfico?

En la narrativa expedicionaria -militar, científica, religiosa, periodística- la existencia y la legitimidad del yo en el interior de los textos estuvo vinculada directamente a un hecho indiscutible: la experiencia personal, “yo estuve allí”. Aunque las líneas de fuerza de las demandas institucionales intervinieron en ese relato, para los autores se volvió imperioso articular una voz y tener una posición frente a aquello que iban a contar. A su vez, el yo podía disolverse en función de la enunciación de la voz institucional. Esta tensión, propia de las obras que forman parte de este *corpus*, construye un relato experiencial y autobiográfico de características específicas.

En este capítulo analizaré la compleja emergencia de la primera persona en las obras. El propósito es relevar el uso del yo en los textos así como demostrar la pertinencia de la problemática de la autobiografía en el abordaje de esta narrativa. Creo que es necesario registrar y analizar la escritura en primera persona, no en el sentido de la construcción de una subjetividad, la nueva problemática del yo después de 1970, sino en el sentido de la construcción del yo en la ficción en los textos vinculados a la literatura de frontera de la Argentina del siglo XIX.

El *corpus* contiene obras escritas por militares, naturalistas, ingenieros y sacerdotes que esperaban contar lo vivido en el viaje tierra *adentro*, que no podían evitar incluir relatos personales en textos que se legitimaban por su distancia y por su objetividad. Se hacía necesario entonces explicar qué relación tenían esas zonas autobiográficas con un proyecto

estatal y público como era la Conquista del Desierto. Como se trataba de textos escritos por encargo por los protagonistas del acontecimiento se producía el circuito que ya he analizado en el capítulo anterior: las instituciones –en general estatales- demandaban el texto a un determinado sujeto y frente a esa demanda el sujeto respondía en primera persona. Los prólogos de todos los libros son claves para pensar el posicionamiento de sus autores. Si se hiciera una antología de prólogos, una compilación de las intenciones de escrituras, un agrupamiento de esas variadas respuestas a la demanda estatal, resultaría evidente que el yo tenía un rol crucial en esas empresas y a su vez, también, que operaba sobre los autores el más "severo ejercicio de despersonalización".¹⁰⁶

En este *corpus* se debe distinguir, en principio, entre las escrituras contemporáneas a los hechos y las escrituras memorialísticas. Las primeras cuentan lo que viven sus autores o lo que han vivido en un período inmediato anterior –teniendo en cuenta muchas veces las notas de viaje, los apuntes durante los itinerarios y los bosquejos realizados *in situ* sobre los que se volverá a redactar-. Las segundas se producen muchos años después de sucedidos los acontecimientos, se apela a los recuerdos, a una memoria que permita narrar lo vivido. En las escrituras contemporáneas se observa una marca del presente, la marca de una cultura civilizatoria, conquistadora, bélica, modernizadora. En la escritura memorialística, habilitada por la vejez y por el paso del tiempo, ya no parece necesario sostener el discurso civilizador –el cual resulta más bien corroído en el interior de esos textos-, sino manifestar la necesidad de dejar constancia de la propia experiencia de vida en relación con el acontecimiento público.

El uso del lenguaje no era sólo un instrumento para narrar – en este caso historias de una guerra de frontera- sino que constituía al individuo como tal, se convertía en un

¹⁰⁶ Gilles Deleuze *Lógica del sentido* Paidós, Barcelona, 1989. Debo aclarar, sin embargo, que en los autores que escribieron sobre el desierto, la despersonalización permitía construir el propio nombre como parte de prácticas fundacionales de una nación. Se trataba de dar el nombre o de sumar nombres para la fundación. En cambio en el crítico francés la despersonalización, que implicará una liberación y una entrega, está formulada casi en clave zen ("despojarse de toda operación personal" sugieren los taoístas) También en *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (1980) Deleuze había aludido a esta práctica cuando se trataba de justificar con Guattari, el escribir "de a dos" "El Anti- Edipo lo escribimos a dúo. Como cada uno de nosotros era varios, en total, ya éramos muchos. Aquí hemos utilizado todo lo que nos unía, desde lo más próximo a lo más lejano. Hemos distribuido hábiles seudónimos para que nadie sea reconocible. ¿Por qué hemos conservado nuestros nombres? Por rutina, únicamente por rutina. Para hacernos nosotros también irreconocibles (...) No llegar al punto de ya no decir yo, sino a ese punto en el que ya no tiene ninguna importancia decirlo o no decirlo. Ya no somos nosotros mismos (...)" (Gilles Deleuze y Félix Guattari *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 2002).

instrumento para narrar al sujeto. Su retórica, no en el sentido clásico sino en el sentido en el que lo plantea Paul de Mann, jugaba un papel crucial en los procesos de lectura y escritura de los textos autobiográficos.¹⁰⁷ Ahora bien, el campo de los estudios sobre la autobiografía es vasto y complejo. La historia de sus debates, la articulación de posiciones para pensar sus posibilidades y sus límites dan cuenta de los abordajes teóricos que constituyeron este campo que comienza con la necesidad de pensar de qué manera un texto representa a un sujeto (Gusdorf, Starobinsky, Lejeune) y llega hasta la pregunta por las posibilidades efectivas de esa representación (De Mann, Eakin, Derridá). Sin embargo, ya desde las primeras teorías está presente el reconocimiento de que decir yo no es contar la experiencia sino leerla (Gusdorf, 1956).¹⁰⁸ Esta idea tiene su anclaje en un concepto de memoria en el que ésta no es un mecanismo de mera grabación de recuerdos sino un elemento activo que reelabora los hechos, incluso algunos llegan a señalar que la memoria actúa como redentora del pasado en la medida en que lo convierte en un presente eterno.¹⁰⁹

Este aspecto es particularmente relevante en el caso de la narrativa expedicionaria argentina de la conquista territorial porque no sólo la experiencia previa del viaje expedicionario legitimaba la presencia del yo en el interior de los textos sino que además esa escritura en primera persona tenía las funciones de interpretación y lectura, algunas veces en consonancia con las instituciones y otras, no.

El propio De Mann había señalado la imposibilidad de considerar a la autobiografía como un producto mimético de un referente. Sin embargo, también enfatizaba que la estructura de la mimesis engendraba la ilusión de referencialidad, lo que volvía imperioso examinar la naturaleza tropológica a través de la cual la autobiografía engendraba esa ilusión. Para el crítico, el tropo maestro dominante era la prosopopeya: el tropo que daba muerte y, al mismo tiempo, voz a los ausentes y a los muertos.¹¹⁰

¹⁰⁷ Paul de Mann hace particular hincapié en la figura de la prosopopeya como elemento desfigurador. Véase "Autobiography As De-Facement" en *The Rethoric of Romanticism*. New York, Columbia University Press, 1984.

¹⁰⁸ Georges Gusdorf, "Conditions et limits de l'autobiographie" en *Formen der Selbstdarstellung. Analekten zu einer Geschichte des literarischen Selbstportraits. Festgabe für Fritz Neubert*. Berlin, Dunker & Humblot, 1956.

¹⁰⁹ James Olney "Some Versions of Memory/ Some Version of Bios: The Ontology of Autobiography" en *Autobiography. Essays Theoretical and Critical*. Princeton, Princeton University Press, 1980.

¹¹⁰ De Mann incluso va más allá y escribe: "En cuanto entendemos que la función retórica de la prosopopeya consiste en dar voz o rostro por medio del lenguaje comprendemos también que de lo que estamos privados no es de vida sino de la forma y el sentido de un mundo que solo nos es accesible a través de la vía despojadora del entendimiento. La muerte de un nombre que damos a un apuro lingüístico y la restauración de la vida mortal por medio de la autobiografía (la prosopopeya del nombre

Los estudios sobre los relatos expedicionarios no siempre se han detenido en sus zonas autobiográficas.¹¹¹ El trabajo de David Viñas intenta, sin embargo, pensar estas voces personales aunque las estudia como si estuvieran en completa empatía con las instituciones que los promueven. Viñas no considera individuos sino tipos genéricos. Su presupuesto –aunque no explicitado– atraviesa la mayor parte de las formulaciones críticas del autor.¹¹² El crítico argentino se propone denunciar una “calcificación de tipo institucional” (12, 1982) y monta un escenario en el que los protagonistas de la conquista funcionan y responden exclusivamente a los estereotipos de “gentleman militar”, “latifundista”, “estanciero científico”, “experto” o “intelectual orgánico”. Su clasificación, tan eficaz –en los años de publicación de su trabajo– para desmontar un silencio historiográfico que resultaba inquietante, clausuraba, sin embargo, *a posteriori*, la posibilidad de indagar en la narrativa de aquellos autores los enunciados del yo, puesto que de acuerdo a su propuesta, estas obras no representaban más que una tipología funcional –desde el punto de vista del crítico– de conquistadores liberales.¹¹³

En el momento en que empezamos a considerar el límite paradójico entre las obras mismas y las vidas empíricas de sus autores, la identidad de éstos toma nuevas configuraciones. No se produce una disolución de la narración autobiográfica sino un nuevo replanteamiento de lo biográfico: del nombre y de la firma. El texto autobiográfico no es “firmado” por un autor que se compromete a una identidad común con el personaje sobre el que escribe, sino que la estructura de la firma hace que quien firme, en realidad, sea el destinatario del texto autobiográfico: la firma no ocurre en el momento de la escritura sino en el momento en que el otro escucha: el destinatario de la autobiografía escribe en el lugar del autobiografiado, la oreja del otro firma por él, constituye su yo autobiográfico. El yo pasa siempre por el otro. El yo queda comprometido en la dinámica del nombre y de la firma que lo constituyen por ese desvío a través del otro.¹¹⁴ Será entonces, cuando estos relatos en primera persona de la frontera y de la guerra del desierto constituidos como “hechos sociales en sí mismos” podrán ofrecer al público lector una versión legítima sobre la fundación territorial de

de la voz) desposee y desfigura en la misma medida en que restaura. La autobiografía vela una desfiguración de la mente por ella misma causada.”

¹¹¹ Ya se ha señalado en la Introducción que estos estudios son además, escasos, en general.

¹¹² *Indios, Ejército y Frontera*. Buenos Aires, editorial siglo XXI, 1982.

¹¹³ Viñas también denomina a estos autores “burgueses conquistadores” de acuerdo a la denominación de Charles Morazé “les bourgeois conquérant”.

¹¹⁴ Jacques Derridá “L’oreille del l’autre. Otobiographies, transferts, traductions. Textes et débats avec Jacques Derridá (eds. Claude Levesque y Christie V. Mc Donald) Montreal, VLB éditeur, 1982.

la nación.¹¹⁵ Si la autobiografía no es la recreación objetiva del pasado sino una lectura de la experiencia y la memoria no es un mecanismo de mera grabación de recuerdos sino un elemento activo que reelabora los hechos, la memoria da forma e incluso redime al pasado.

Me interesa poner énfasis en una de las primeras teorizaciones del campo de los estudios sobre la autobiografía: la idea de “pacto autobiográfico” propuesta por Philippe Lejeune. Según el crítico francés este pacto consiste en la coincidencia de la identidad del autor, del narrador y del personaje principal lo cual establece un contrato de lectura entre autor y lector que le otorga al último la garantía de la coincidencia de identidad entre autor, narrador y personaje. Esta identidad ontológica se encarna, a su vez, en una promesa contractual.¹¹⁶ Y efectivamente serán los lectores de estas obras quienes funcionen como “notarios” -para usar una terminología a la que el propio crítico francés apelaba-, como vedores de esa legitimidad del yo en el interior de los textos.

De modo que, así como en el capítulo anterior expliqué la intervención estatal, en éste, en cambio, me detendré a explicar la presencia -en los textos- de la experiencia personal, el uso de la primera persona y la fuerza del nombre propio.

Escribir la experiencia era la función de estos textos o por lo menos era su función institucional. Sin embargo, como textos en primera persona estaban sometidos a la naturaleza tropológica del lenguaje, a los juegos de la representación. Esta brecha se resolvía en algunos autores a través de la disolución de los enunciados del yo en los enunciados institucionales y en otros autores en la concepción de una escritura que era puramente personal. Sin embargo, en el caso de los primeros no era posible evitar el yo y en los segundos siempre se trataba de un acontecimiento o de una experiencia que había tenido carácter público y el borramiento de ese carácter público no resultaba tan sencillo. Muchas de las obras resolvían o parecen resolver la tensión entre una escritura institucional y una escritura personal a través del uso de la primera persona del plural. En los enunciados de un “nosotros”, el yo y la institución parecían poder fundirse de una manera armoniosa y el yo parecía someterse a las exigencias estatales.

Pero ¿de quién era la perspectiva y con qué finalidad se hipotecaba políticamente un relato? La narración pública del yo -aquella que la teoría del pacto autobiográfico de Philippe

¹¹⁵ « J'envisagerai ces textes autobiographiques non comme des documents contenant des renseignements sur leur auteur (renseignements qu'à la limite on pourrait se procurer autrement) mais comme des faits sociaux en eux-mêmes, en tant que textes » escribe Philippe Lejeune en « Autobiographie et histoire sociale au XIXe siècle » en *individualisme et autobiographique en Occident*.

¹¹⁶ Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique*. Paris, Seuil, 1996 (1975).

Lejeune trataba de explicar-, le otorgaba al texto una identidad social. En algunos autores la cuestión se dirimía a través de una férrea separación entre la escritura del Estado y la escritura personal.¹¹⁷ En el caso de los autores-expedicionarios el único relato de lo personal era el relato de la expedición.

Protagonizar, intervenir, ser parte. Los hombres públicos en la Argentina del siglo

XIX.

“Nunca olvidaré la belleza incomparable del cielo austral, y aquellas noches de luna pasadas bajo la tienda del salvaje patagón. Todavía quisiera vivir mucho tiempo como nómada, acostarme envuelto en mi capa de pieles, trepar los altos cerros y saltar los torrentes”

Ramón Lista
Viaje al país de los tehuelches

En los relatos que describían la experiencia de frontera puede leerse la posición que adoptan sus autores para producir un relato del viaje “tierra adentro”. El gesto que

¹¹⁷ Unos años antes de la *Conquista del Desierto*, Sarmiento publicaba sus *Viajes* a Europa. En septiembre de 1845, el ministro de instrucción pública de Chile Manuel Montt le transmitía que el gobierno chileno financiaría su traslado a Europa en misión oficial de estudio. Sarmiento se embarcó y realizó un intenso viaje. A su regreso, escribió el *Informe presentado al Ministerio de Instrucción Pública* (1848) en el que ofreció un estudio de los establecimientos de enseñanza primaria y de los conocimientos teóricos sobre los mismos a los fines de fundar la *Escuela Normal en América*. De este modo, cumplía con los requerimientos del gobierno chileno. Pero Sarmiento publicó también sus *Viajes por Europa, África y América (1845-1847)*, conjunto de textos de cuño epistolar en los que relataba, con detalles, su experiencia personal. En el prólogo escribía: “Ofrezco a mis amigos, en las siguientes páginas, una miscelánea de observaciones, reminiscencias, impresiones, e incidentes de viaje, que piden toda la indulgencia del corazón para tener a raya la merecida crítica que sobre su importancia no dejará de hacer el juicio desprevenido. Saben ellos que a fines de 1845 partí de Chile, con el objeto de ver por mis propios ojos, i de palpar, por decirlo así, el estado de la enseñanza primaria, en las naciones que han hecho de ella un ramo de la administración pública. El fruto de mis investigaciones verá bien pronto la luz, pero dejaba esta tarea, árida por demás, vacíos en mi existencia ambulante, que llenaban el espectáculo de las naciones, usos, monumentos e instituciones, que ante mis miradas caían sucesivamente, i de que quise hacer en la época, abreviada reseña a mis amigos, o de que guardé anotaciones i recuerdos, a que ahora doi el posible orden, en la colección de cartas que a continuación publico.” (Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes por Europa, África y América (1845-1847)* y *Diario de Gastos*. Edición Crítica Javier Fernández Coordinador. Buenos Aires, Colección Archivos- Fondo de Cultura Económica Argentina, 1993.) El relato autobiográfico epistolar despojado de todo deber institucional será eficaz para narrar la experiencia de viaje y permitirá al sanjuanino acotar terrenos. En este modelo de relato (si es que los *Viajes* del sanjuanino pudieran considerarse como tal) podrían inscribirse varias de las obras de la narrativa de frontera. Sin embargo, hay que hacer una salvedad. Los temas que Sarmiento destinó al *Informe...* y los que destinó a los *Viajes...* son diferentes: en el primero presentaba un estudio técnico y en el segundo se trataba de contar una experiencia personal y al mismo tiempo, de afianzar un programa político ya presentado en su *Facundo* de 1845. Esto es: la primera persona si bien relataba lo personal no dejaba de ser pública y política.



Fortín Puán. De izquierda a derecha: Cacique Pichi Huinca, Provisor Antonio Espinosa, padre salesiano Santiago Costamagna, Coronel Teodoro García, General Julio Argentino Roca, Teniente Manuel Olascoaga, Teniente Coronel Villegas, Coronel Lorenzo Winter, Coronel Eduardo Pico y Teniente Daniel Cerri. Fotografía de Antonio Pozzo. Compilada por Miguel Ángel Cuarterolo y Abel Alexander en *Soldados (1848-1927)*.

predominaba era el de la búsqueda de un discurso de autoridad que era ejercida por el autor y reconocida por el lector. Pero ¿de dónde venía la autoridad de estos hombres? Venía del hecho de que se les confería una responsabilidad moral a sus acciones expedicionarias: bélicas, estratégicas, políticas, científicas, religiosas: el derecho colectivo a intervenir directamente en un asunto público como si se tratara de una tarea intelectual y simbólica. En este sentido actúan como figuras modernas.¹¹⁸

Estos hombres tenían -independientemente de sus cargos y saberes- una doble pulsión vinculada a un hacer, a la experiencia: viajar tierra adentro, participar de las expediciones, internarse en geografías desconocidas y, al mismo tiempo, el deseo de escribir sobre ello. A esta doble pulsión: experiencia y escritura se le reconocerá un valor, una confianza depositada en ambas prácticas y en el grado de cohesión que se les atribuía.

La escritura podía ser contemporánea o posterior a la experiencia y cumplía la función de ratificarla y de documentarla. Algunos de ellos se habían formado en instituciones para realizar sus tareas, sin embargo, no existía un entrenamiento formal o sistematizado para el oficio de escribir. Muchos devenían relatores y descriptores de la experiencia. Si la constitución de la literatura como un discurso sobre la formación, composición y definición de la nación, permitía la incorporación de múltiples materiales ajenos al circuito anterior de las bellas letras (Rama, 99,1984) los escritos de los protagonistas de la *Conquista del desierto* son una muestra cabal de esa heterogeneidad.¹¹⁹ En la vehemencia del hacer, anclada en la experiencia institucional colectiva y personal y la escritura estaba la marca autobiográfica de los textos. Esta vehemencia del hacer remite a una tácita separación entre el mundo de las ideas o de la razón, como señaló Tulio Halperín Donghi y al mundo cotidiano de los hechos y tuvo su impacto en un "proceso progresivo de diferenciación y especialización de actividades culturales: la tendencia a construir la literatura de internación artística como área separada de la publicística política y la indagación histórico-social."¹²⁰

¹¹⁸ En términos gramscianos, el terreno propio de la hegemonía de los intelectuales es el de la sociedad civil y sus instituciones. Y en términos de la sociología de la cultura de Bourdieu los intelectuales poseen, en las sociedades modernas, el monopolio de la producción de los bienes simbólicos y culturales (GRAMSCI, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2004. BOURDIEU, Pierre, *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Eudeba, 1999).

¹¹⁹ RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*. Montevideo, Fundación internacional Ángel Rama, 1984.

¹²⁰ Tulio Halperín Donghi: *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, editorial Sudamericana, 1988.

Ser hombre público en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX implicaba una coexistencia y una cercanía con "los otros": los indios, las clases populares, mucho mayor que lo que la historiografía, en general, está dispuesta a reconocer. La mayoría de los hombres públicos cumplía una función militar o ancilar en el ejército porque, desde los años '70 el ejército había quedado involucrado en las decisiones de estado. El ejército era una unidad de identificación fuerte aún para los que no era militares: para políticos, científicos, periodistas, sacerdotes. Porque las instituciones militares ostentaban una herencia prestigiosa y de gran valor simbólico: las luchas por la independencia. La heroicidad y la entrega desinteresada por los ideales patrióticos eran representativas de las historias de militares. Ahora bien, los militares de entonces no tuvieron una política de estado sino que fueron sus representantes. Porque ser funcional a una política de estado resulta muy diferente a funcionar como representante del estado. Es en esta dialéctica donde deberían situarse las intervenciones de los hombres públicos de fines del siglo XIX.¹²¹ Las instituciones acreditaban la intervención pública en los asuntos de estado pero los individuos acreditaban la intervención pública de las instituciones en los asuntos de estado. El estado cumplía así dos funciones fundamentales: institucionalizar y regular. A pesar de las diferencias que entre esos hombres podía haber la unificación que producía el liberalismo en la materialización de una ideología del progreso, articulaba formas de vida nacional y estos hombres con sus diversas profesiones y saberes específicos, con su modo diverso de participar en las universidades, con su fuerte apuesta a la política parlamentaria, con su impronta científicista e internacionalista y con una inmensa voluntad de administración configurarían un modelo de hombre público.¹²²

Al mismo tiempo, se trataba, como resulta obvio, de una dirigencia blanca que debía convivir con otros actores políticos de la Argentina de entonces: los caciques aborígenes. Es cierto que los cacicazgos estaban en su ocaso, atravesando un período crítico previo a la destrucción definitiva de las mayor parte de las tribus aborígenes (proceso que había comenzado luego de la muerte de Callvucurá, en la década del '70 del siglo XIX). Sin embargo,

¹²¹ Esta forma de relación entre el estado y el individuo prefigura la conformación posterior del grupo de liberales reformistas y la relación entre prácticas reformistas y actividades intelectuales e incluso académicas, la creación de instituciones estatales dedicadas a la reforma social característica de fin del siglo XIX y principio del siglo XX (Véase Zimmermann, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina (1890-1916)*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana- Universidad de San Andrés, 1995.)

¹²² ZIMMERMANN, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina (1890-1916)*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana- Universidad de San Andrés, 1995.

la acción política de los líderes indios, en sus decisiones, en sus relaciones con los gobiernos, en sus lealtades y sus traiciones, en su complejo sentimiento de argentinidad o de chilenidad había formado parte de la *res pública* y tuvo hasta los años '90 consecuencias concretas.¹²³

Sin embargo, las prácticas diplomáticas entre indios y blancos, es decir la firma de tratados que regulaban las relaciones, demuestran lo contrario.¹²⁴ Negociar, pactar y parlamentar con los pueblos indígenas era habitual así como lo era reconocer el valor y la talla del enemigo, no en términos de salvajismo brutal sino en términos de hidalguía.¹²⁵

Como señalan Briones y Carrasco (2000, 35) desconocer y-o minimizar la tratadística entre los indios y el Estado fue una práctica vinculada a la campaña militar del '79 que, para justificar sus acciones, necesitó negar las negociaciones previas o acotar las relaciones con los pueblos indios a relaciones de política doméstica o interior, y no al sistema jurídico oficial. El prójimo debía convertirse necesariamente en otro, en un extranjero invasor, aún cuando muchas tribus habían participado en las luchas de la independencia y cuando los ejércitos de "indios mansos" formaban línea en el ejército regular y los cacicazgos tomaban partido e intervenían en las luchas de poder de Buenos Aires.

¹²³ Existen biografías o referencias a los caciques, algunas muy documentadas provenientes de la historiografía regionalista o de investigaciones etnográficas y antropológicas. Sin embargo, en muchos de esos escritos los caciques se presentan asimilados con los indios en general y no resulta tan sencillo analizar sus decisiones, sus prácticas diplomáticas, sus errores y sus aciertos. La victimización de los indios, propia de ciertas retóricas revisionistas de la conquista y de los estudios indigenistas, eludió la carga fuertemente política de las decisiones de sus líderes eximiéndolos de responsabilidades, eludió también las diferencias sociales y de género que en el interior mismo de las tribus viabilizaba una distribución no equitativa de los bienes materiales y simbólicos. Los trabajos de Susana Bandieri, Rodolfo Casamiquela, Meinrado Hux, Carlos Martínez Sarasola, Curapil Curruhuinca y Luis Roux, la compilación de Raúl Mandrini y los estudios de tratadística de Claudia Briones son una excepción porque todos ellos –aunque en distinto grado– no trabajan a partir de la victimización de los protagonistas indios de la cultura política y social del siglo XIX argentino. Es evidente que en el interior de los grupos aborígenes no sólo hubo diferencias sociales sino también diferencias generacionales y diferencias de género. Desde la conquista y la colonización del siglo XVI hasta las últimas décadas del siglo XIX los valores de los viejos guerreros de la Araucanía, sus prácticas nómades y sus formas de enfrentamiento se fueron modificando profundamente.

¹²⁴ Un estudio pormenorizado de esta tratadística lo ofrecen Claudia BRIONES y Morita CARRASCO en *Pacta Sunt Servanda. Capitulaciones, convenios y tratados con indígenas en Pampa y Pampa (Argentina 1742-1878)*. Buenos Aires, Internacional Work Group for indigenous affairs (IWGIA) Vinciguerra, 2000.

¹²⁵ Para David Viñas, Álvaro Barros "es capaz de valorar y hasta exaltar en los procedimientos de pelea el valor personal de Calfucurá o Pincén" Y si bien, Viñas propone una lectura irónica del gesto del militar, lo que el dato ofrece es la confirmación de la intervención del otro en la guerra de frontera. (en "Barros, militar moderno y estanciero científico" en *Indios, Ejército y Frontera*, pág. 199)

Sin embargo, los relatos de la narrativa expedicionaria, ese corpus oficial del Estado argentino, privilegió imágenes de hombres que representan con mayor efectividad la guerra de frontera: no es la de los caciques sino la de los oficiales del Ejército.

Tulio Halperin Donghi, quien ha explicado los avatares que vivieron los primeros intelectuales del siglo XIX argentino para definir un estilo y un pensamiento entre el Viejo Orden y la era republicana, presenta una serie en la que el Deán Gregorio Funes representó la continuidad entre el clérigo letrado del Antiguo Orden y el político y publicista de la era republicana, Manuel Belgrano al revolucionario de “lealtades ideológicas muy fuertes” y el Sarmiento de *Mi defensa* al nuevo tipo de intelectual republicano “hijo de sus obras”.¹²⁶ Es en esta tercera opción donde se inscriben los ideólogos de la conquista del desierto sobre todo en su pulsión fundacional. Se trata, sin embargo, de hombres para quienes “las obras”, no revisten la pureza de los años en que Sarmiento escribía su autobiografía. “Las obras”, luego de 1870, remitían a la intervención política en el marco fundacional del estado nación, a actuaciones que permitían a sus hacedores posicionarse en los debates más insistentes de la época. Y sobre todo “las obras”, tuvieron allí un carácter depurador: venían a cerrar antiguos desacuerdos entre los poderes provinciales y el poder de Buenos Aires, venían a ofrecer una claridad en el mundo neblinoso de los años 70. La expedición misma de Roca como la “gran obra”, le dio al tucumano su proyección política e histórica. Si recordamos que el presidente Avellaneda no había sido menos vehemente en su plan de civilización y que sin embargo, no le tocaron los méritos últimos de esta “gesta”, entendemos por qué Roca consideró central, no sólo producir un prédica en torno a la extensión de la línea de frontera hasta el Río Negro y planificar las estrategias de guerra y comenzar a diseñar la modernización de la tecnología del ejército sino y sobre todo, encabezar personalmente esa expedición.

Asimismo cuando se estudian los méritos que se les reconocieron a los militares que dirigieron columnas expedicionarias se observa que la lista de sus méritos no es otra que la de su foja militar, la de sus actuaciones en los campos de batalla. Las obras cumplían la función de legitimar una prédica, como nunca antes materializaron un programa, no sólo en sus éxitos sino también en sus fracasos.¹²⁷

¹²⁶ Tulio Halperin Donghi, “Intelectuales, sociedad y vida pública” en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987.

¹²⁷ Jens Andermann, apoyándose en el carácter polisémico de la palabra “campaña” (como hecho militar, como hecho político) señala la conciencia que el propio Roca tenía de teatralización pero sobre todo del uso de tecnologías de representación y comunicación, para simular una fundación épica del

Esta vehemencia del hacer remite a una tácita separación entre el mundo de las ideas o de la razón, como señala Halperin Donghi y al mundo cotidiano de los hechos y tuvo su impacto en un “proceso progresivo de diferenciación y especialización de actividades culturales: la tendencia a construir la literatura de internación artística como área separada de la publicística política y la indagación histórico-social.” Me interesa particularmente detenerme en esta cuestión porque el fenómeno de la autonomización (estudiado por muchos críticos e investigadores de literatura del siglo XIX) propio de la tercera mitad del siglo y en el que la literatura comienza a poder desprenderse de la discursividad de otras esferas es el horizonte sobre el que hay que pensar a los textos de la narrativa expedicionaria. Al mismo tiempo, estos textos regresan, en sus estrategias de construcción del relato, a viejos cánones, a fórmulas en las que literatura y política son indisolubles. En ese punto resultan reaccionarios frente a la producción literaria más autonomizada, no por su posición ideológica o por sus temas, sino sobre todo por sus fórmulas de escritura (sobre esto volveré en el capítulo V).

En la construcción del federalismo liberal en la Argentina posterior a Caseros lo que había sido la aventura de la imaginación política del Echeverría del *Dogma Socialista*, de las *Bases y puntos de partida* de Alberdi y del *Facundo* de Sarmiento quedaba clausurada: “una república federal que descansará sobre la legitimidad derivada del papel innovador de las instituciones y del trabajo más opaco y resistente de la experiencia y las costumbres”¹²⁸

El rol de las instituciones y la dialéctica entre las instituciones y “el trabajo más opaco y resistente de la experiencia y las costumbres”. He aquí el punto donde se situaban estos hombres y sus escritos: entre procesos de institucionalización (que aunque nuevos y acotados resultaban persistentes) y la ambigüedad de lo que todavía se estaba construyendo. La idea de futuro estaba en todos ellos pero su forma definitiva, su diseño real, sus alcances aún son parte de “el trabajo más opaco y resistente de la experiencia y las costumbres”.

Mientras tanto, una de las cuestiones que hacían a las trayectorias era el mayor o menor grado de relación con la guerra (sobre esto volveré en el capítulo IV) y más específicamente con la guerra de frontera. El grado de intervención en las prácticas bélicas era

nuevo orden sobre el desierto bárbaro, concluyendo entonces que la de Roca, no había sido sólo una campaña militar, y una campaña política sino también y sobre todo una campaña publicitaria. (“The desert campaign: an essay in segmentarity”)

¹²⁸ Véase Natalio Botana, “El federalismo liberal en la Argentina: 1852-1930” en Carmagnani, Marcelo (coordinador), *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*. México, El colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1993. página 226)

un claro predictor de las trayectorias públicas. Más tarde cuando la cuestión de la frontera esté “resuelta” será la cuestión social, como señala Zimmermann, la arena sobre la que se construirán las trayectorias públicas.

Indios y militares en la guerra de frontera.

“En mi propio caso, el esfuerzo de estos años por vivir y vestir como los árabes, e imitar sus fundamentos mentales, me despojó de mi yo inglés, y me permitió observarme y observar a Occidente con otros ojos: todo me lo destruyeron. Y al mismo tiempo no pude meterme sinceramente en la piel de los árabes: todo era pura afectación. Fácilmente puede convertirse uno en infiel, pero difícilmente llega uno a convertirse a otra fe. Yo me había despojado de una forma, pero no había podido adoptar la otra y me había vuelto algo así como el ataúd de Mahoma según nuestra leyenda, con el resultado de un intenso sentimiento de soledad, y de desagrado, no hacia los demás hombres, sino hacia lo que hacen. Semejante despego pesaba a veces sobre un hombre agotado por el reiterado esfuerzo físico y el aislamiento. Su cuerpo marchaba de manera mecánica, mientras su intelecto racional lo abandonaba, y desde la nada lo observaba críticamente, preguntándose qué hacía aquel trasto inútil y por qué. A veces aquellas dos entidades llegaban a conversar en el vacío, y era entonces cuando la locura dejaba sentir su proximidad, como creo que puede ocurrirle a quien puede ver las cosas a través del doble tamiz de dos géneros de costumbres, educaciones y entornos.”

Lawrence de Arabia

Los siete pilares de la sabiduría

¿Qué relación tiene el yo textual con la experiencia personal de estos autores? La cita del mítico Lawrence de Arabia ilustra además de aquella vida, el vaivén sobre el que también se articularon las historias de los hombres que protagonizaron la guerra de fronteras, en la Argentina del siglo XIX. Hombres cuya vida, estuvo indisolublemente ligada a la existencia de otros hombres a quienes probablemente poco llegaron a conocer, en términos científicos o antropológicos pero con quienes tuvieron, en algunos casos, una cercanía mucho mayor y mucho más compleja de lo que la historiografía en general está dispuesta a reconocer.¹²⁹

¹²⁹ Según Rodolfo Casamiquela, el conocimiento étnico de las tribus que caracterizó el periodo rosista se pierde en la etapa roquista. “Ni el propio Zeballos, por tanto motivos el ideólogo principal de la política belicista conoció la realidad étnica a pesar de que viajó personalmente al corazón del ámbito pampeano. (...) tal vez porque para ese entonces estaba radicalmente transformada, araucanizada, uniformada por el proceso de araucanización (e incluso de criollización) (...). Y sin embargo se llevó la guerra a sus caciques como si fueran o hubiesen sido todos araucanos: a “el indio” en singular, y más aún, sin recordar y tener en cuenta el comportamiento anterior de cada uno de esos caciques en relación con los otros y con el propio Estado (como en la defensa de Patagones contra los indios de Callvucurá

Hombres que vivieron combatiendo a un “enemigo”, aniquilando a ese “enemigo” pero cuya proximidad motivó un encuentro y, al mismo tiempo, decidió su radical imposibilidad.¹³⁰ Esta experiencia de relación con otros individuos: los indios, los gauchos, pero también los soldados es, quizás, la experiencia que esta narrativa ha contado más intensamente desde una posición concretamente autobiográfica.

Los relatos de la frontera y de la *Conquista del Desierto* conforman muchas veces una relación contada como una guerra contra el otro pero protagonizada por un solo bando. Desde la perspectiva expedicionaria el protagonismo de los indios no parece haber sido suficiente para articular el relato de una batalla épica. En los textos hay menciones a los caciques enemigos incluso a su bravura, pero no se va a la guerra porque estaban en juego dos legitimidades. Era una guerra que se concebía a partir de la negación de la legitimidad de la razón del enemigo. Según esa lógica los indios debían ser combatidos no porque también lucharan por la tierra (como se podría haber combatido contra los chilenos o como se había combatido contra los realistas) sino porque no se aceptaba la idea de que ellos formaran parte de la nación que se deseaba construir. Se luchaba contra “ocupantes ilegales”, verdaderos “intrusos”. No contra otros habitantes del territorio. Sin pretender acordar con la idea de

por los indios amigos de Linares pero con la colaboración de la tribu de Saihueque o la enemistad de José María Yanquetruz con Callvucurá, que llevara al tratado de aquel con Mitre, en vista de la relación de Callvucurá con Urquiza y etc.” Este texto de Casamiquela corresponde a una ponencia presentada en el *Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista del Desierto* –al que me he referido en la Introducción de este trabajo– celebrado con motivo del centenario del acontecimiento. El trabajo señalaba la falta de estudios sobre las culturas aborígenes como actores sociales de una nación en formación. Esta ponencia, tan divergente de la línea laudatoria acrítica de aquel congreso resulta útil, no sólo porque formulaba algunos enunciados disidentes en 1979 - uno de los años más oscuros de la dictadura militar de la década del 70- sino por que anticipaba y prefiguraba toda la intervención crítica posterior, por parte de los antropólogos argentinos especialistas en el tema. (CASAMIQUELA, Rodolfo, “Los ingredientes étnicos indígenas de la Conquista del Desierto” en *Actas CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA SOBRE LA CONQUISTA DEL DESIERTO*. Tomo II. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1980).

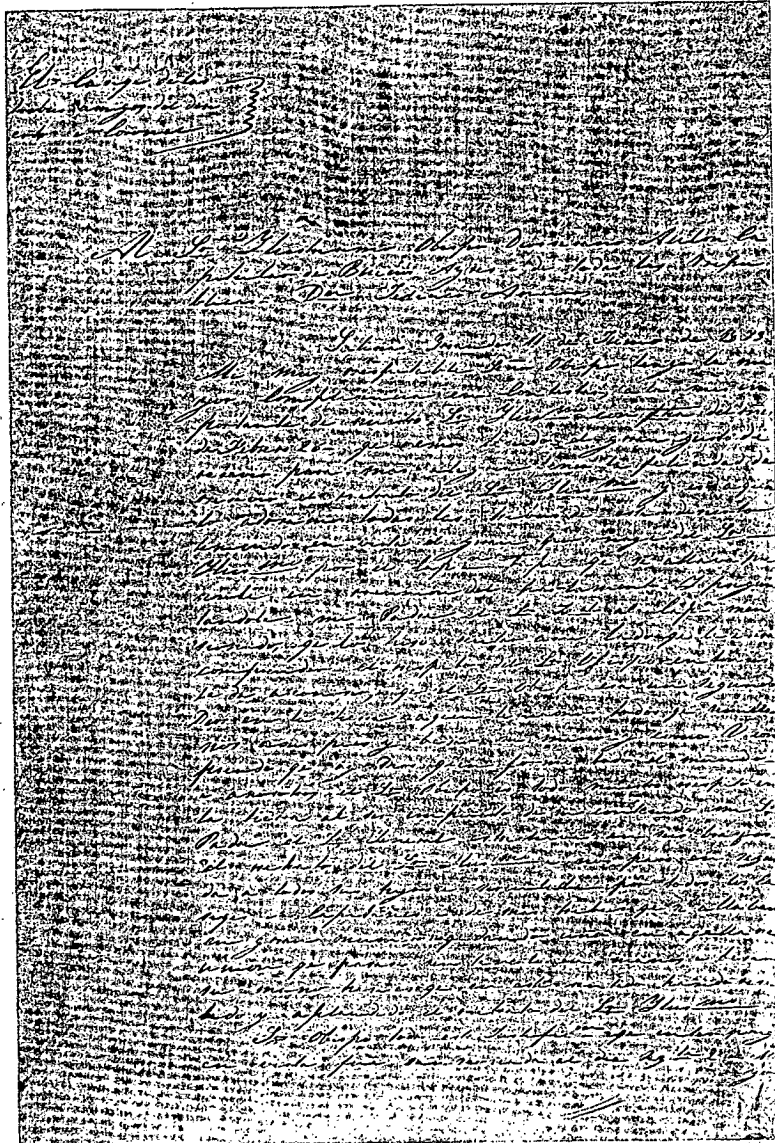
¹³⁰ Como señala Laura Cutrera las relaciones entre indios y cristianos no estuvieron marcadas únicamente por el enfrentamiento y la guerra. La complejidad de los vínculos entre el mundo blanco y el mundo aborigen no permite sostener el paradigma del “antagonismo permanente”. Hubo encuentros cotidianos, contactos pacíficos, parlamentos, tratados, embajadores, intercambios comerciales, rescates de cautivos, regalos para caciques, además de que muchas veces el indio fue agente activo en los procesos políticos. Laura Cutrera estudió los llamados “indios amigos” de Tandil, Azul y Tapalqué en los años 20 y 30 del siglo XIX. (Cutrera, Laura, “*Subordinarlos*”, “*someterlos*” y “*sujetarlos al orden*”. *Los indios amigos de Azul, Tandil y Tapalqué durante la década de 1830*. Tesis de Maestría, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2006). Sobre la participación de los indios en los procesos políticos y en los conflictos bélicos véase el trabajo de Martha Bechis “Fuerzas indígenas en la política criolla del siglo XIX” en *Caudillismos rioplatenses. Nuevas Miradas a un viejo problema*. Compiladores: Noemí Goldman y Ricardo Salvatore. Eudeba, Buenos Aires, 2005.

intrusión debe reconocerse que la posición no era del todo descabellada: tenía cierta coherencia si se piensa que, igual que los blancos, una parte importante de las tribus argentinas se habían conformado como grupos étnicos y sociales como consecuencia de un traslado paulatino desde zonas de dominio chileno del oeste sudamericano hacia el centro y este sudamericano. Proceso que fue denominado posteriormente con el nombre de *araucanización*. La *araucanización* se conformó a partir de numerosas y persistentes marchas seculares desde las zonas chilenas a las zonas argentinas. Ahora bien, la “intrusión” también podía verificarse en la instalación de la población criolla, cristiana y blanca, instalación también paulatina que se produce desde el período de la conquista y colonización y se afianza luego del proceso de independencia.¹³¹ En ambos casos la identidad que no es pura o natural, sino que se construye y se modifica permanentemente por el intercambio entre los sujetos singulares y colectivos tiene un grado de hibridación. En el discurso de la narrativa expedicionaria sin embargo, esa hibridación puede ser reconocida en el momento de describir al otro pero nunca para referirse a la constitución de la identidad propia.¹³²

En los escritos de la narrativa expedicionaria puede recuperarse una parte de la historia que en la posteridad de 1879 es sistemáticamente obviada, no leída o desleída. Pero ¿cómo reconocer esos rudimentos de relatos diseminados entre los ampulosos enunciados estatales? ¿Es posible leer las razones del otro en los textos oficiales? Es posible pero no como tema sino como estereotipo y lugar común. Ciertos anecdóticos textuales aparentemente “prescindibles” refieren los encuentros con los caciques, sus diplomacias y las correspondencias que se conviertan en historias en las que los cuerpos se miran, dialogan, discuten, se repelen, se estudian, se temen. Si en el relato oficial- institucional el encuentro con los indios debe ser mesurado por la falta de reconocimiento general de sus derechos, será el relato en primera persona el que despliegue con más vigor esos encuentros.

¹³¹ Sin embargo, esta instalación “cristiana” estará siempre justificada como herencia española, como donación pontificia, como derecho incluido en las capitulaciones reales de Nueva Andalucía y Nueva León. Como señalaron Curruinca y Roux la ocupación de la “tierra de nadie” se justificaba por el derecho internacional. (CURRUHUINCA, Curapil y ROUX, Luis. *Las matanzas del Neuquén. Crónicas mapuches*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1993, pág. 115).

¹³² Esta sería una diferencia importante entre los Estudios Culturales y las prédicas indigenistas, muchas veces erróneamente asociados o yuxtapuestas. Mientras los primeros señalan el carácter híbrido de las identidades, su construcción en el campo de las significaciones, las segundas se jactan de recuperar esencias puras, ancestrales, inalterables. (Véase Follari, Roberto *Teorías débiles. Para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales*. Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2003)



Carta del cacique Manuel Namuncurá, del 11-VI-8-3. El membrete del papel es del cacique Callucurá

Carta del cacique Manuel Namuncurá. El membrete del papel es del cacique Callucurá. En Santiago Luis Copello: *Gestiones del Arzobispo Aneiros. A favor de los indios hasta la Conquista del Desierto*. Buenos Aires, Coni, 1945.

En los hechos los liderazgos de “cristianos” no funcionaron dentro del entramado cultural del siglo XIX, independientes, de los liderazgos aborígenes. ¿Es posible estudiar estos liderazgos en relación? La historiografía laudatoria de la conquista no trabajó las formas de gobierno aborígen. Los perfiles de los indios, se van volviendo legibles para la cultura de la civilización en las formas de habitar el territorio, en las historias de las migraciones de las tribus, en la correspondencia que tenían con los enemigos, en los pactos y acuerdos que cumplieron o incumplieron con los gobiernos, en las prácticas del cautiverio, en la incapacidad de algunos caciques para negociar con el Estado argentino, en la desolada manera cómo entregaron a sus pueblos a la violencia del Estado o en la bravura demencial con que se defendieron hasta morir.¹³³ La acción política de sus líderes, en sus decisiones, en sus relaciones con los gobiernos, en sus lealtades y sus traiciones, en su complejo sentimiento de argentinidad o de chilenidad permanece aún poco estudiada.

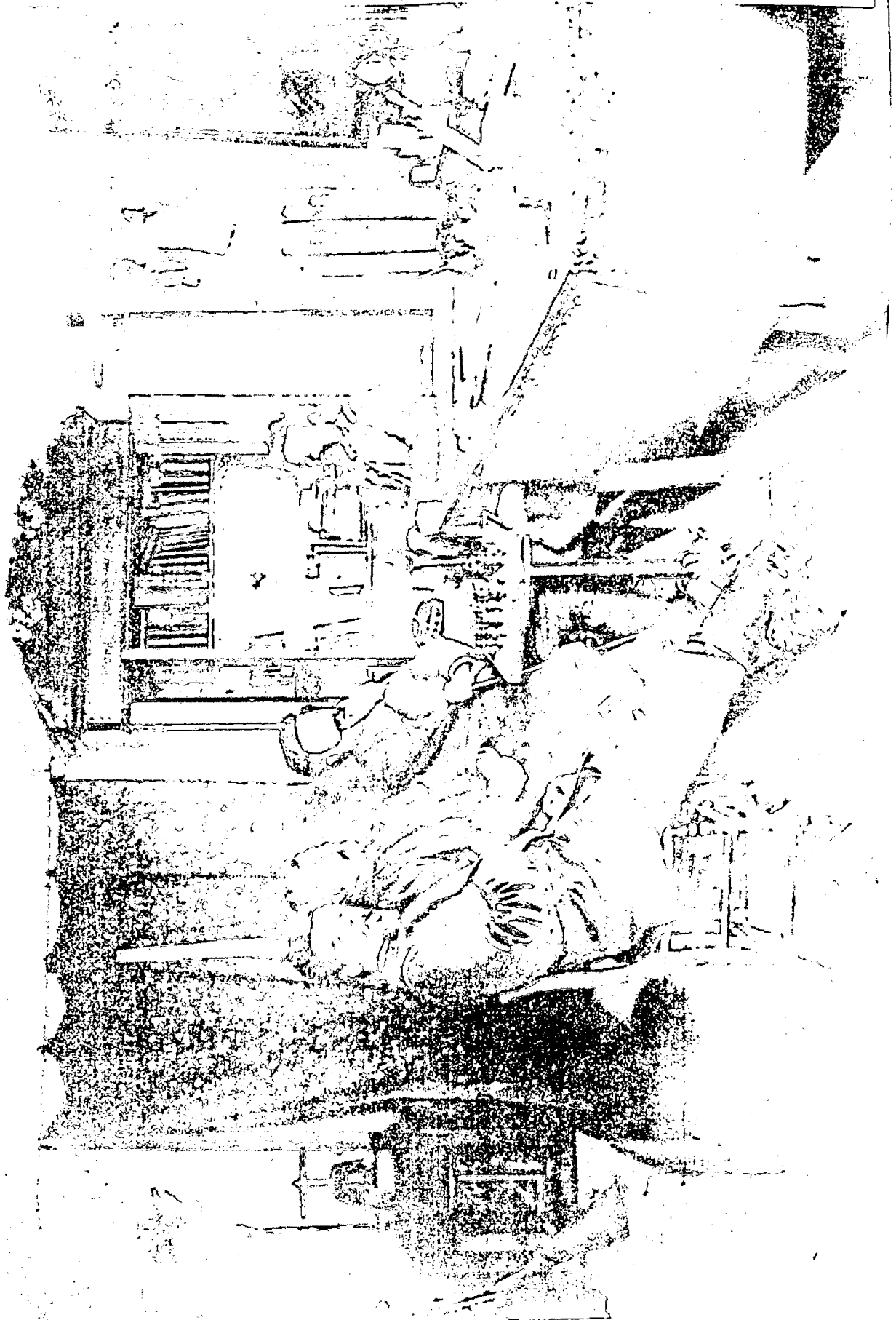
Ejército y trayectorias públicas

Entre los hombres que vivieron la experiencia de la guerra de la frontera—militares, científicos, sacerdotes, periodistas— hay muchas cosas en común, sin embargo, no es posible pensar en un *tipo* porque se trata, al mismo tiempo, de un grupo muy heterogéneo. Esa heterogeneidad se materializaba básicamente en las diferencias de profesiones o disciplinas a las que estaban dedicados y también y quizás más aún, a las diferencias de clase.

A la hora de definir un tipo de tarea, saber, oficio, profesión, sin duda, son los militares los protagonistas porque la mayoría de estos hombres cumplían funciones militares. Pero, a la vez los textos que se escribían tenían una especificidad vinculada al mundo de la política, de la ciencia, de la religión católica porque en la figura del “ejército civilizador” que explotaba la prensa de la época, se sobreentendían disciplinas y saberes diversos. Formaron parte de ese ejército científicos, ingenieros, naturalistas, topógrafos, fotógrafos entre otros. Asimismo, los militares, cumplieron muchas veces las funciones de construir mapas, ejercer cargos de gobernación, escribir libros, es decir el ejercicio de su oficio no quedaba limitado a acciones exclusivamente bélicas o castrenses.

¹³³ La descripción de Roberto Giusti es elocuente “una entidad humana múltiple, no siempre al margen de las zonas sociales civilizadas o semicivilizadas y que entraba en ellas en son de guerra y exterminio, si no le disputaba al cristiano derecho contra derecho, la tierra y el ganado, intercambiándose con él costumbres, usos y cosas, armas y tácticas de guerra, servicios y favores, astucias y perfidias, y de potencia a potencia, honores y embajadas” (Giusti, Roberto Estudio Preliminar a *Callvucurá, Painé, Relmú* de Estanislao Zeballos, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1998).

Regimiento 3 de Caballería de Línea en Ñorquín. De izquierda a derecha José Daza (Colegio Militar), Julio Morosini y Rafael Solís (formados en el regimiento) y cirujano de brigada (nombre desconocido). La foto reúne a hombres formados en las aulas junto a otros formados en el campamento y el combate. Obsérvense los libros en la biblioteca y la prensa a tornillo, varios instrumentos y armas, así como un tablero de ajedrez. Foto de Encina y Moreno. Compilada por Julio Vezub en *Indios y Soldados* y por Miguel Ángel Cuarterolo y Abel Alexander en *Soldados (1848-1927)*.



Ahora bien, ¿qué significaba ser militar en la Argentina del siglo XIX?

Como en toda guerra del siglo XIX, la participación del soldado analfabeto y sufrido proveniente de sectores populares de Buenos Aires y de las provincias se cruzaba con la de los líderes, ideólogos, expertos, cuya formación, nacional o extranjera acreditaba prácticas de liderazgo. Para estos últimos, la guerra no implicaba un encuentro con el otro sólo porque se iba a combatir al salvaje sino también, y sobre todo, porque se debía ejercer autoridad sobre las clases populares. Los relatos de ese encuentro de clase son centrales en esta narrativa y construyen una idea del Ejército como un verdadero gabinete de socialización con reglas propias, solidaridades y maldades, microhistorias sobre formas de disciplinamiento que -al mismo tiempo- desplegaban una prosa sentimental en torno a las sacrificadas vidas de los soldados de las comandancias. Conformaban además -estos relatos- una intensa red de cuentos y un anecdotario frondoso sobre la vida cotidiana de las marchas, los ascensos, los castigos, la espera en las Comandancias de los fortines, los problemas de la vida en el desierto, las fiestas y el alcohol así como de las relaciones jerárquicas -paternales o crueles- entre oficiales y suboficiales y los soldados. Estos relatos, sin embargo, no están distribuidos de manera regular en el corpus. Predominan en las memorias expedicionarias, en los artículos de Alfred Ebelot, en los cuadros de la Guerra de Frontera de Manuel Prado, en los *Croquis y Siluetas Militares* de Eduardo Gutiérrez y están ausentes o mencionados con prudencia extrema en aquellas obras a las que se les adjudicó el carácter de documentos oficiales como el *Estudio Topográfico* de Manuel Olascoaga o la *Memoria militar* de Eduardo Racedo. En cada uno de ellos el yo tiene valor de posición de clase.

Si quien escribía en primera persona era un oficial de rango legitimaba un lugar de poder, su diferencia con los que no podían hablar y escribir en primera persona. El propio Eduardo Racedo que actuaba como una suerte de compilador de informes de sus subordinados y que sobre esa recopilación iba escribiendo su propio texto, daba cuenta de ello. Pero cuando ciertos soldados destacados u oficiales de bajo rango escribían, encontraban en la enunciación personal, formas de la denuncia. El yo era funcional tanto para el ejercicio del poder como para la denuncia del abuso de poder. Tal era el caso de la *Conquista de la Pampa* de Manuel Prado.

Hasta Francisco Moreno que no participó en la Expedición de 1879 ofrecía un relato que al referir el temor que los soldados tenían a un pozo cercano al campamento intentaba

mostrar la diferencia entre la cultura supersticiosa del soldado analfabeto y la mirada ilustrada que explicaba racionalmente los hechos.

“Según algunos soldados el pozo maldito está habitado por un pájaro misterioso, el que habiendo sido agarrado y encerrado en un cuarto, se escapó sin abrir la puerta. Algunos creen que es el alma del cura, yo lo ví y me cercioré de que era un halcón”¹³⁴

El hecho que Moreno narra refiere un pozo muy profundo excavado en la piedra por el militar Olivieri y que éste usaba de calabozo. Los científicos Doering y Lorentz también hicieron referencia a él y mencionaban los relatos fantásticos que la soldadesca componía en torno a torturas a las que ese militar de frontera sometía a su tropa en el interior del foso. Como Moreno, los científicos de Córdoba revelan el grado de construcción fantástica que había en esos relatos así como las supersticiones que generaba el hecho de que Olivieri, junto a un sacerdote de campaña que había ido a confesar soldados, habían aparecido misteriosamente muertos dentro del foso.

Muchas veces los oficiales trataban a la soldadesca con premisas muy brutales. Sabían que muchos de los jóvenes soldados eran, al momento de ingresar al ejército, ex – convictos o indigentes, sin familia, para quienes la vida en una alejada comandancia de frontera era el mal menor. Sabían que estaban frente a los *naiides* -como la jerga del Martín Fierro los nombraba en esos mismo años- y entonces se dirigían a ellos casi como los esclavistas de los estados de la Unión: con brutalidad y al mismo tiempo, con un dejo de paternalismo.

El Comandante Prado es elocuente en el relato de ese tipo de escenas cuando cuenta cómo el sargento Acevedo se dirigía a un joven que había terminado de cumplir una condena (que además –señalaba Prado- era injusta). El sargento le decía al joven:

“Vos has cumplido ¿no? Pero cumplir no es tener la baja. Te conviene tomar enganche, quedarte cuatro años en el campo y salir de cabo. Si no te gusta, peor para vos. El gobierno necesita gente guapa. Y hacés falta aquí. Ahora elegí. Si te enganchás te asciendo y te entrego la cuota: de lo contrario, ni te vas, ni te asciendo, ni tenés cuota, pero puede que ligués una marimba de palos como para vos solo” (Prado, 1968, 12)¹³⁵

¹³⁴ Moreno, Francisco. *Reminiscencias*, op.cit.

¹³⁵ Manuel Prado. *Guerra al malón*. Rosario, Editorial Biblioteca, 1968.

Entre la supuesta protección y la coacción, al futuro soldado le queda sellado su destino. Las palabras del sargento transmitían el rigor bestial con que los cuadros de la suboficialidad trataban de disciplinar a los sectores más marginales. Asimismo, es posible pensar que esa dureza se debía al carácter de ex-convicto del futuro soldado. Sin embargo, más adelante, Prado va a reproducir otro parlamento de un superior con un joven futuro soldado que aunque ofrecía otro trato no es menos rudo con respecto a las premisas del ingreso a la vida militar.

“Empieza usted una carrera muy difícil, amigo mío. En ella, todo el camino es cuesta arriba. La senda es angosta y peligrosa: a lo mejor puede usted resbalarse y caer al abismo. Si cae, no piense en salir sano, porque es hondo, y la ladera está llena de espinos y de riscos. Hay que ser guapo, resuelto y subordinado. Aquí no hay reclamo ni disculpa. El superior manda y tuerto o derecho es preciso obedecerlo. Le advierto que el de arriba tiene siempre la razón. En la vida que llevamos se come cuando se puede y se come lo que le dan, se duerme como la grulla, en una pata, y con un solo ojo como el zorro. Si a usted lo castigan, cuando termine la pena, debe presentarse a quién lo castigó y darles las gracias. La murmuración es una falta gravísima y los reclamos son delitos que no se perdonan jamás. Ahora van a darle el armamento y el uniforme. Lo destinaremos a una compañía y mañana temprano empezará su servicio. Si necesita algo, véame. Pero estudie mucho y aprenda. La carrera militar necesita hombres instruidos y usted puede instruirse ya que es joven.” (Prado, 1968, 32)

En este caso, si bien el ejército se presentaba también como un espacio para el aprendizaje y la instrucción, la demanda al soldado raso no era menos dura respecto de los tratos entre superiores y subordinados. El reclamo y la disculpa eran desestimados como formas de relación y la obediencia irracional era la única forma de inclusión no problemática. Sin embargo, en todos los textos se veía que quienes ejecutaba formas de dominio violentas e irracionales no eran nunca los oficiales de mayor jerarquía sino los de segunda línea (sargentos, cabos, tenientes) Para los oficiales más importantes: Roca, Villegas, Racedo quedaba reservada la admiración del subordinado y ellos siempre aparecían en otro plano: como modelos, como estrategas, mucho más allá del contacto directo, aunque también hubieran participado de la cotidianeidad de la vida en campaña.

Las zonas autobiográficas que, en la narrativa de frontera muestran estos protagonismos militares definen entonces no sólo una posición política sino una relación de

clase y de poder en el interior mismo de la institución castrense. El ejercicio de autoridad, aunque cuestionando o denunciado en sus excesos, parecía ser la única forma posible de sostenimiento de toda acción militar vinculada a la conquista territorial.

La necesidad de concederles a los oficiales jerárquicos valores heroicos y nobles, es explicada por Manuel Prado con elocuencia para señalar la función que cumplía el modelo en la guerra de frontera. Prado mencionaba al General Mansilla y contaba cómo, muchos años después de su excursión a los ranqueles en los relatos de fogón de la soldadesca, su hazaña seguía despertando admiración y la exclamación “¡Ese General!”.

“Sin esa exclamación previa, sin el convencimiento individual arraigado en el espíritu del soldado de que su jefe u oficial vale más que él, como guapo, como gaucho y como audaz en el peligro, no hubiera habido guerra posible con el indio, hecha al menos cómo se hizo, uno contra diez, y oponiendo a veces, el *facón* a la *tacuara* y a la *bola*. Así, pues, cuando se quiere hallar la razón moral de aquel heroísmo que llena la historia de nuestros cuerpos, en el servicio de frontera, no se la busque en la ordenanza ni en la ley escrita” (Prado, 79)¹³⁶

Resulta interesante que el valor y la actuación en la frontera tuviera su modelo en un general cuya incursión militar hacia las tolderías ranquelinas de Leubucó le había valido un arresto de 11 días por parte de su superior el General Arredondo por haberse tratado de un itinerario que no estaba debidamente autorizado y cuyas hazañas y heroicidades fueron narradas en un folletín en el que la primera persona sostenía todo el entramado de hazañas.¹³⁷

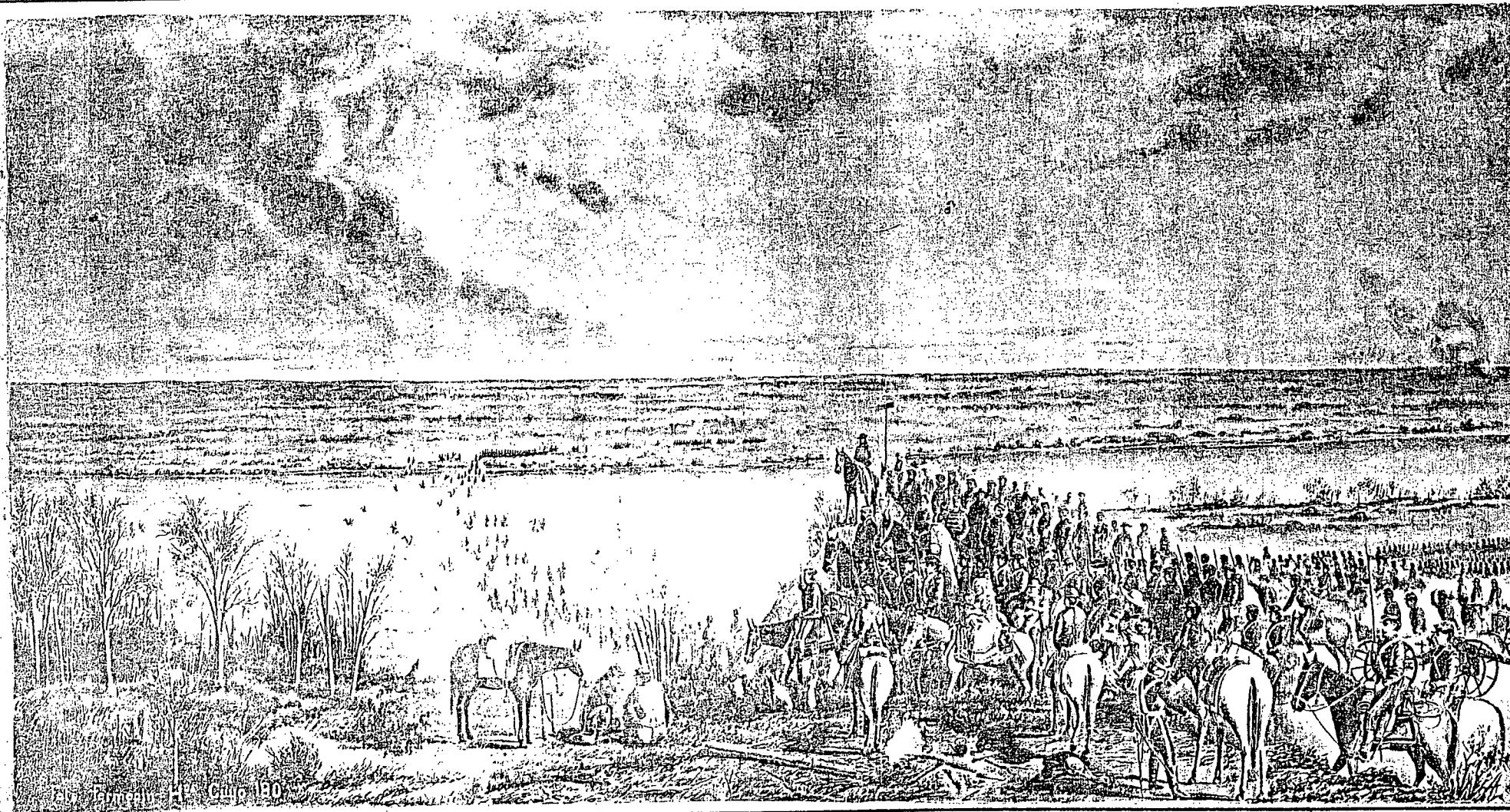
Para muchos fue la *Excursión a los indios ranqueles* -luego un clásico de la literatura argentina- y no la documentación oficial la que ofrecía a los militares de entonces una “razón moral”, un “heroísmo” para los cuerpos del servicio de frontera.

Con respecto a la oficialidad intermedia que era la que más contacto tenía con la tropa, la disciplina militar consistía la mayoría de las veces en tratos perversos y castigos desmedidos que, en el mejor de los casos, eran cuestionados sólo en posteriores consejos de guerra.

Croquis y siluetas militares del escritor Eduardo Gutiérrez compila anécdotas de guerra en el Paraguay, en las contiendas civiles y en la lucha de la frontera contra el indio. Si bien

¹³⁶ Manuel Prado. *Conquista de la Pampa. Cuadros de la guerra de frontera (1876-1883)*.

¹³⁷ “Todo cuanto he tenido ocasión de escribir oficialmente o que es digno de recordar se puede ver en los Archivos del Estado Mayor. Prefiero llevar a la tumba mi experiencia personal” escribía Helmuth Von Moltke, y en el señalamiento de aquello que no iba a ser contado mostraba las líneas de fuga de la escritura de la guerra. (Véase: *La guerra franco alemana de 1870-71*. Barcelona, Montaner y Simón editores, 1891).

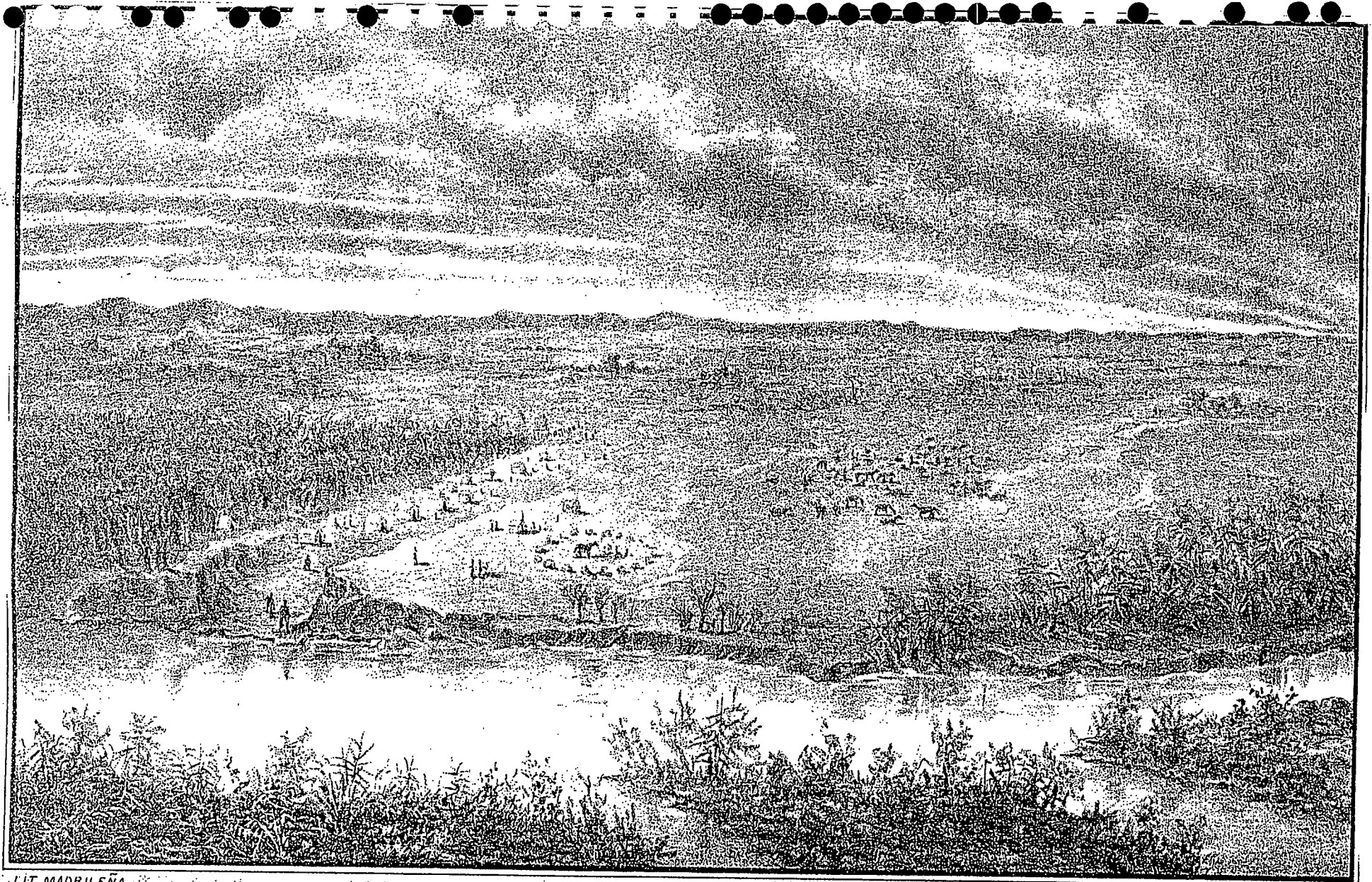


"PASO ALSINA"

La 1ª Division del Ejército de Operaciones al mando inmediato del Exmo. Sr. Ministro de Guerra, General D. Julio A. Roca, atraviesa el Rio Colorado por el paso de este nombre, el dia 13 de Mayo de 1879.

Copia fotográfica de un cuadro de Olascoaga.

En *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro* de Manuel J. Olascoaga. Buenos Aires, Imprenta de Ostwald y Martínez, 1880. (Bibliothek Ibero-Amerikansches Institut- Berlin).



LIT. MADRILEÑA

CHIMPAY

82 y 83

En *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro de Manuel J. Olascoaga*. Buenos Aires, Imprenta de Ostwald y Martínez, 1880. (Bibliothek Ibero-Amerikansches Institut- Berlin).

aparecen, en estas semblanzas biográficas, militares prestigiosos como el general Arredondo, Racedo, Rivas y Luis María Campos; Gutiérrez decidió también contar historias de los coroneles Lagos y Borges, el comandante Piedrabuena y los Murature pero sobre todo privilegió a personajes desconocidos como el negro Santos, el soldado Mañanita, el tuerto Sarmiento, la sargento mamá Carmen y los soldados héroes del batallón 6 de línea.¹³⁸ Resulta significativo que entre los Croquis de Gutiérrez no figuraran los generales Roca y Villegas. Esto podría pensarse en relación con el hecho de que Gutiérrez era militante de la incorporación de las clases populares al Ejército. Esas biografías no contaban la historia de los milicos con charretera sino la de los milicos populares que podían funcionar como modelos de una clase social más baja que a la larga deberá también ser incorporada a la ciudadanía.¹³⁹

Si se confrontan esos actores sociales entre sí, aparece, como ya señalé, una importante diferencia de clase en el interior mismo del Ejército. En las columnas expedicionarias convivían militares de carrera, muchos de ellos provenientes de familias acomodadas de Buenos Aires o de las provincias, con cientos y cientos de soldados pobres y-o analfabetos que formaban parte del ejército en tanto soldados destinados y obligados. No se trataba de soldados voluntarios como se había podido ver en contiendas anteriores, ni de soldados profesionales, ellos aparecerán luego de 1901 -año en que Roca impuso, como parte de un programa de modernización del ejército, el Servicio Militar Obligatorio-. Se trataba de soldados que prácticamente no tenían instrucción y ésta se adquiría en los campamentos y-o en el campo de batalla. Muchas veces vagos y reos urbanos eran enviados al Ejército como medida disciplinaria y para descomprimir los problemas de la ciudad.¹⁴⁰

¹³⁸ La primera edición de *Croquis y Siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos* apareció en 1886 con el sello de IGON, editores, Buenos Aires. Luego hubo una edición popular de N. Tommasi de 1896. En el siglo XX la colección *El pasado argentino* de Hachette la volvió a publicar con un estudio preliminar de Álvaro Yunque. Uso para esta investigación la colección *Memoria argentina* de Emecé de 2001 que reproduce las anteriores.

¹³⁹ La cultura de la penalización y del castigo es intrínseca al proyecto fundacional y de poblamiento del territorio. Sus dimensiones tienen consecuencias posteriores a la conquista de 1879. El presidente Roca, en un proyecto de 1883 alentaba la fundación de un establecimiento penal en Tierra del Fuego y decía que éste “echaría las bases de la colonización de aquel punto” La población de los territorios reclamados en las negociaciones con Chile incluía el traslado de penados (al fin y al cabo, en una lógica estatal perversa, no dejaban éstos de “poblar”). Y antes, ya en los años ‘60 Nicasio Oroño había propuesto “deportar” a los penados a la Patagonia argentina. Sobre el tema puede leerse también el trabajo de Lila Caimari *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina. 1880-1955*. Siglo XXI Editores Argentina, Buenos Aires, 2004.

¹⁴⁰ Gonzalo Bazgán, op. cit.

De modo que para los altos mandos o para los sujetos que estaban en la punta de la pirámide jerárquica política-militar la cercanía con esa soldadesca aún rudimentaria prefiguraba el encuentro con los indios.

Si bien, en unos y otros- la oficialidad y la plebe militar- se puede rastrear el funcionamiento de imaginarios epocales y de proyectos fundacionales, a la soldadesca sólo le quedaba una participación acotada en las pocas contiendas reales que hubo y en los largos, fatigosos y deslucidos itinerarios y permanencias en el desierto.¹⁴¹ El relato en primera persona saldará muchas veces esta diferencia haciéndose cargo de una historia sobre el otro. En esta narrativa es un lugar común el relato autobiográfico que pone en escena la heroicidad del soldado raso. Como una deuda a saldar en relación con la fría documentación oficial para la cual los soldados sólo cumplían con su deber, el yo experiencial en los recuerdos de Francisco Moreno o de Manuel Prado, de Remigio Lupo o del Coronel Daza, ponía en juego un “soldado tipo” -modelo de abnegación y de compromiso patriótico- e incluso arriesgaba algunos nombres cuya función era legar a la memoria la historia de individuos que no integrarían la documentación oficial por falta de ascensos en su foja militar pero con su escrito iban a formar parte del recuerdo de quienes lo conocieron.¹⁴²

Descriptores, analistas, denunciadores y voceros

Ahora bien ¿cuál era el horizonte ideológico en el que estaban inmersos los actores jerárquicos de la conquista? ¿Cómo ingresaban en el escenario de la conquista? ¿Era posible seriar su participación en el acontecimiento con otros acontecimientos anteriores?

Se trataba, en principio de hombres que formaron parte de una genealogía que se remonta al grupo de letrados que lucharon luego del derrumbe del orden colonial y en la que se buscaba construir y definir un nuevo orden para una dominación efectiva y duradera. La frontera y el desierto –espacios productores y agentes, no inertes, en el proceso de construcción del estado nación- serán concebidos pura y exclusivamente como espacios salvajes tal como habían sido presentados por las expediciones anteriores pero también por la literatura romántica, en la poesía de *La Cautiva* de Echeverría y en la programática ensayística

¹⁴¹ Sorprende asimismo, la presencia de extranjeros en el Ejército como señala Dardo Scunio, en su biografía del General Villegas, provenientes de los ejércitos del Primer Imperio francés, de Italia, de Inglaterra y de Irlanda, de Estados Unidos, y aún belgas, húngaros, y uruguayos.

¹⁴² Gran parte de la construcción biográfica de los diccionarios argentinos más célebres sobre los actores de la conquista consiste en copiar prácticamente completa la foja militar, como única secuencia posible de cronología de una vida. Véase los célebres diccionarios de Carlos Piccirilli o Enrique Cutolo.

sarmientina.¹⁴³ La literatura sobre el desierto (un número importante de cuyas obras serán luego clásicos de la literatura argentina del siglo XIX) será un material paralelo de riquísimas piezas que en *tandem* con el relato expedicionario de la conquista de la frontera previo a la conquista de 1879 ofrecerá un conjunto productivo. La vaciedad, la extensión, la planitud, el peligro, la potencialidad económica serán los tópicos de Echeverría y Sarmiento en los que abrevará la escritura expedicionaria. Pero otra obra completará esa paternidad y organizará con mayor precisión la serie: *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla. Ella dará cuenta, en primera persona, de una versión más cercana a la experiencia del 79 pero no por ello menos alejada de aquellas obras primeras.

¿Cuál es el correlato entre las vidas o las personalidades o las actuaciones públicas de estos actores del acontecimiento y el tipo de escritos que produjeron? En la búsqueda de un uso figurativo del lenguaje para definir asuntos de estado la primera persona para informar, contar los hechos y evaluar la experiencia resultará crucial.

El relato en primera persona desde el que se referían los episodios diferenciaba claramente entre la zona “política” que podría ser asociada al mundo público del autor y la zona “literaria” presentada, “justificada”, como el mundo privado. Lo literario, sin embargo presentaba en estas obras un estatuto complejo. La referencia a este “estatuto” en casi todos los prólogos revela la importancia que se le asignaba (tal vez teniendo como modelo el género “libro de viaje”). Lo literario era algo que debía, de alguna manera, estar presente. Por eso, cuando no lo estaba, esa ausencia debía ser justificada. Y cuando estaba también debe ser justificada. Tal vez, para que no se juzgara a los autores de las obras con la misma vara con que se juzgaba a los escritores literarios.

La función de describir encontraba en el enunciado en primera persona un espacio fundamental. Ahora bien, las descripciones intentaban, muchas veces, aproximarse a nuevas lecturas de la cuestión fronteras por lo que los autores se iban convirtiendo en verdaderos analistas. Y como resultado de esos análisis podían devenir voceros institucionales o sus más severos detractores: denunciantes vehementes. Entre los primeros, los voceros estatales, el *Estudio Topográfico* de Olascoaga exhibía una secuencia de relatos oficiales que encauzaba toda

¹⁴³ Como señala Natalio Botana “En torno a las especulaciones de Alberdi y Sarmiento sobrerondaba la metáfora del desierto. Vacío de población y ausencia de lazos materiales para el primero, atormentada imagen de un puñado de ciudades aisladas e invadidas por el mundo rural para el segundo, el desierto traducía en clave literaria y política dos mitos renovados por el lenguaje del romanticismo: el mito de una geografía salvaje sin pueblos afincados y el mito de la barbarie” (Botana, 1993, 230)

ambigüedad y construía una retórica institucional y triunfante. Entre los denunciadores, las *Fronteras y Territorios federales* de Barros primero y *La Conquista de la Pampa* de Prado después, advertían de errores y contrariedades, injusticias y calamidades en las guerras de frontera.

El garante. Julio A. Roca

Las obras de los científicos que participaron de la Expedición al Río Negro: Pablo Lorentz y Adolfo Doering también presentaban un vaivén entre las formulaciones en primera persona y una prosa convencional institucional reconocible que respondía a dos valores básicos: prudencia y jerarquía. En esta misma línea el Informe del General Roca al Ministro de Guerra interino, coronel Luis María Campos decía:

“No ha sido menos fructífera esta campaña en lo que toca a la adquisición de conocimientos sobre la geografía y topografía de esta región, hasta hoy desconocida, y en los que han venido a rectificarse muy favorablemente las noticias o conjeturas que había a su respecto. Anticipándome al informe competente que pronto será presentado para conocimiento del gobierno y del país, puedo asegurar a VE que muy lejos de la aridez decepcionante que algunos han supuesto en la mayor parte del territorio que se llama la pampa, se tiene en general los mejores datos acerca de la buena calidad de los campos que han recorrido las divisiones y las partidas sueltas, que han llevado unas y otras especial encargo de estudiar esto con interés y en cuanto a la dilatada extensión que yo mismo he recorrido, me ha producido el convencimiento de que en ningún punto de ella se verían defraudadas las esperanzas del agricultor o creador de cualquier especie, dados los trabajos a que debe responder toda buena tierra y mejor clima.”¹⁴⁴

Roca, el Comandante en Jefe de la Expedición, ratificaba lo relevado por los científicos y agrega el comentario de la experiencia personal “la dilatada extensión que yo mismo he recorrido” para avalar la perspectivas de la Comisión científica expedicionaria. La ratificación de Roca en primera persona habilitando los dictámenes de la Comisión científica se presenta además como un gesto que recordaba las jerarquías y reconocía en la escritura en primera

¹⁴⁴ Carta incluida en DOERING, Adolfo y LORENTZ, Pablo, *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*. Buenos Aires Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca. 1939. Pág. 133.

persona un lugar de enunciación legítimo. El gesto ofrece correlatos en otras escrituras del *corpus*. Por ejemplo: en las crónicas del periodista Remigio Lupo que refieren las expresiones del ingeniero Alfred Ebelot

“Se cree generalmente que estos puntos son impropios para la vegetación, pero el ingeniero Evelot (sic) y los naturalistas que acompañan a la expedición aseguran lo contrario.”¹⁴⁵

Obsérvese que para referir las creencias habituales se utiliza una fórmula impersonal “se cree generalmente” y para contradecirlas a partir de la experiencia expedicionaria se convoca personas con cargos, saberes específicos y nombres propios: “los naturalistas”, “ingeniero Evelot”. En ambos casos el yo de la autoridad interviene para discutir una idea muy instalada en la cultura argentina de entonces: el desierto es infértil. Para formular nuevas perspectivas la voz impersonal y el relato neutro son insuficientes: se convoca a la primera persona.

Julio Argentino Roca fue, sin duda, el interlocutor más importante de esta narrativa y también el legitimador de la escritura expedicionaria. El tipo de liderazgo que sostuvo: militar ilustrado fue reconocido y quiso ser emulado por todos los oficiales del ejército de entonces. Una muestra de ello es la carta que el general Eduardo Racedo incluía en su Memoria Militar en la que se dirigía a Roca, como “amigo y subalterno”:

“El éxito definitivo de mi campaña contra los Ranqueles es debido al acierto i previsión de las instrucciones que me fueron impartidas por V. E., nada más natural entonces, que ponga su publicidad, bajo la éjida protectora de su nombre”¹⁴⁶

Su contundente liderazgo lo fue convirtiendo en el padre del Ejército, mientras que “el ejército se convertía en un instrumento para el régimen político, tendencia que se consolidó durante sus mandatos presidenciales” como señaló Gonzalo Bazgán.¹⁴⁷

La fuerza del liderazgo de Roca no se define exclusivamente por sus funciones intelectuales. En la cultura moderna hay un tipo de intelectual que se define a partir de su participación efectiva en la vida práctica, como constructor y organizador. Así se plasman

¹⁴⁵ LUPLO, Remigio (1938), *La conquista del desierto. Crónicas enviadas al diario “La Pampa” desde el Cuartel General de la Expedición de 1879*. Con prólogo de Bartolomé Galíndez. Buenos Aires, Editorial Freeland, 1968. Pág. 99.

¹⁴⁶ *Memoria Militar y Descriptiva sobre la Campaña de la 3era División expedicionaria al territorio de los ranqueles a las órdenes del General Eduardo Racedo*, Buenos Aires, Editores Ostwald y Martínez, 1881.

¹⁴⁷ BAZGAN, Gonzalo, *Modernización del Ejército en el contexto de consolidación del Estado Argentino. 1865-1901*. Trabajo de Licenciatura en Relaciones Internacionales. Universidad de San Andrés, 2004. pág 74.

históricamente ciertas categorías especializadas para el ejercicio de la función intelectual, se forman en conexión con todos los grupos sociales, pero en especial con los más importantes y sufren elaboraciones más extensas y complejas en conexión con el grupo social dominante (Gramsci, 14).¹⁴⁸

Francisco P. Moreno: escritura pública, escritura personal

La *Imprenta de La Nación* publicaba en el mismo año en que se realizaba la Expedición al Río Negro, un intenso relato expedicionario de Francisco P. Moreno. Se trataba de los dos tomos de su *Viaje a la Patagonia Austral. (1876-1877)* cuyo subtítulo señalaba *Emprendido bajo los auspicios del gobierno nacional (1876-1877)*.¹⁴⁹ El libro está:

“dedicado a S.E. el Señor Presidente de la República. Doctor Don Nicolás Avellaneda, Al Señor ex ministro de Relaciones Exteriores Doctor Don Bernardo de Irigoyen, A mi padre, Sr. Don Francisco F. Moreno. Dedico este libro, como una prueba de agradecimiento por la ayuda que prestaron á la realización de mi último viaje”

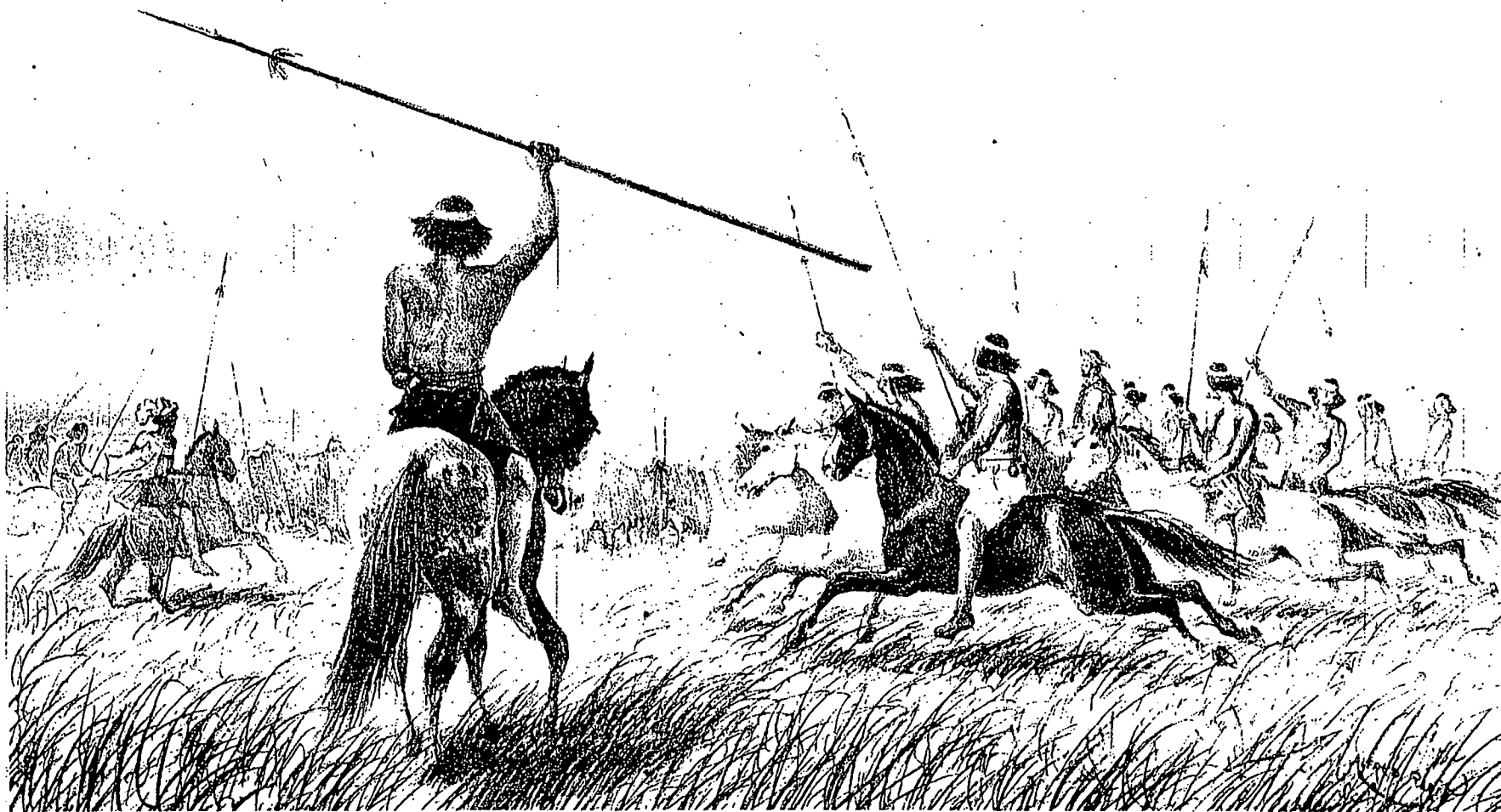
En el circuito de las dedicatorias públicas ingresaba un nombre que pertenecía al mundo privado de Moreno: el de su padre. No es de extrañar dado que, sabemos por cartas que Moreno enviaba a su padre, que éste no era ajeno a las expediciones en las que participaba su hijo y que estaba atento a sus peripecias expedicionarias, le enviaba enseres, cartas, regalos y recibía -en Buenos Aires- los objetos que Moreno reunía para ser luego clasificados tanto para la *Sociedad Científica* como para su colección privada.¹⁵⁰

De modo, que el apoyo del padre en estos viajes expedicionarios era tan importante como las del presidente y el ministro. En el título de la obra consta la participación institucional “Viaje... emprendido bajo los auspicios del gobierno nacional”. Se vuelve a aludir

¹⁴⁸ GRAMSCI, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2004.

¹⁴⁹ *Viaje a la Patagonia Austral. Emprendido bajo los auspicios del gobierno nacional (1876-1877)*. Tomos I y II. Buenos Aires, Imprenta de La Nación, 1879.

¹⁵⁰ Véase Apéndice Parte I de *Reminiscencias del Perito Moreno* (El Elefante Blanco, Buenos Aires, 1997) En esta edición el hijo Eduardo Moreno publica las cartas que su padre Francisco Pascasio Moreno enviaba a su padre: Francisco Facundo Moreno. La obra contiene, además, un crónica por tierra a Río Negro, la primera visita a Nahuel Huapi (1875-1876), la segunda excursión a la cordillera, un escrito sobre la división de las aguas continentales, el relato de un nuevo viaje al Nahuel Huapi, el relato de su relación con el Cacique Valentín Saihueque y su evasión de los toldos de Caleufú (1879-1880) así como gran parte de la correspondencia de Moreno, entre la que se encuentra la que mantuvo con su padre durante el período expedicionario.



Litogr. de Alb. Laroch, Florida 164 B^a Aires

UNA FIESTA EN CALEUFU. (LAS MANZANAS).

Dibujo de Alfredo Paris según datos de F.P. Moreno.

Litografía de Alfred Paris. En *Viaje a la Patagonia Austral. Empleado bajo los auspicios del Gobierno Nacional. (1876-1877)* de Francisco Pascasio Moreno. Buenos Aires, Imprenta de la Nación, 1879. (Bibliothek Ibero-Amerikansches Institut- Berlin).

a esta participación en la dedicatoria pero es en esta última donde Moreno agregaba el nombre del padre que no estaba en el título. Como un gesto menor y aparentemente insignificante, Moreno saldaba con la dedicatoria deudas públicas pero también familiares. El gesto a su vez también podría leerse en una dirección contraria: como el de aquel que quería sumar un apellido a la genealogía de la conquista territorial moderna.

A continuación, en el prólogo titulado “Al Lector” Moreno comenzaba el relato de sus viajes exhibiendo, igual que Sarmiento, un plan preciso.

“La enfermedad adquirida durante el viaje, cuyo “diario” es este libro, que me ha aquejado desde mi regreso, me ha impedido publicar mis observaciones; hoy, que puedo hacerlo, presento estas páginas como la primera parte del trabajo. La segunda, que debe contener los resultados científicos así como la descripción de las colecciones formadas, verá la luz tan luego como sea posible. En un volumen igual a éste, irá la *Descripción de las antigüedades del Chubut* con siete planchas litografiadas y grabados intercalados; *Los cráneos del cairn funerario del Chubut*, con grabados intercalados: Sam Slick (indio tehuelche) y su esqueleto, con tres planchas litografiadas y grabados intercalados: *Antigüedades recogidas en las márgenes del río Santa Cruz y los lagos*, con cinco planchas litografiadas y grabados intercalados, *La momia y las inscripciones de Punta Walichu, Lago Argentino*, con cuatro cromolitografías: una litografía y grabados intercalados; *Observaciones geológicas, paleontológicas, zoológicas y botánicas*, verificadas en la cuenca del río Santa Cruz, con varias planchas, algunas coloridas y grabados intercalados. Estos trabajos formarán parte de los materiales para servir a la *Descripción física de la Patagonia y Tierra del Fuego*, obra que me ocupa hace tiempo. Este diario que contiene mis impresiones de viajero no tiene pretensiones de ningún género.”¹⁵¹

Voy a detenerme en esta operación específica: el deslinde entre lo que se configuraba como escritura pública e institucional – la que se prometía- y la escritura personal –cuyo móvil no parecía otro que el del placer de la redacción-. Moreno enumeraba prolijamente la otra tarea: la que no figuraba en la obra que presentaba, la que estaba haciendo para la *Descripción física de la Patagonia*. Al distribuir los temas y materiales entre las dos obras, constituía y

¹⁵¹ Francisco P. Moreno *Viaje a la Patagonia Austral, (1876-1877)*. Biblioteca “Dimensión Argentina” Estudio Preliminar de Raúl Rey Balmaceda. Buenos Aires, Ediciones Solar, 1969.

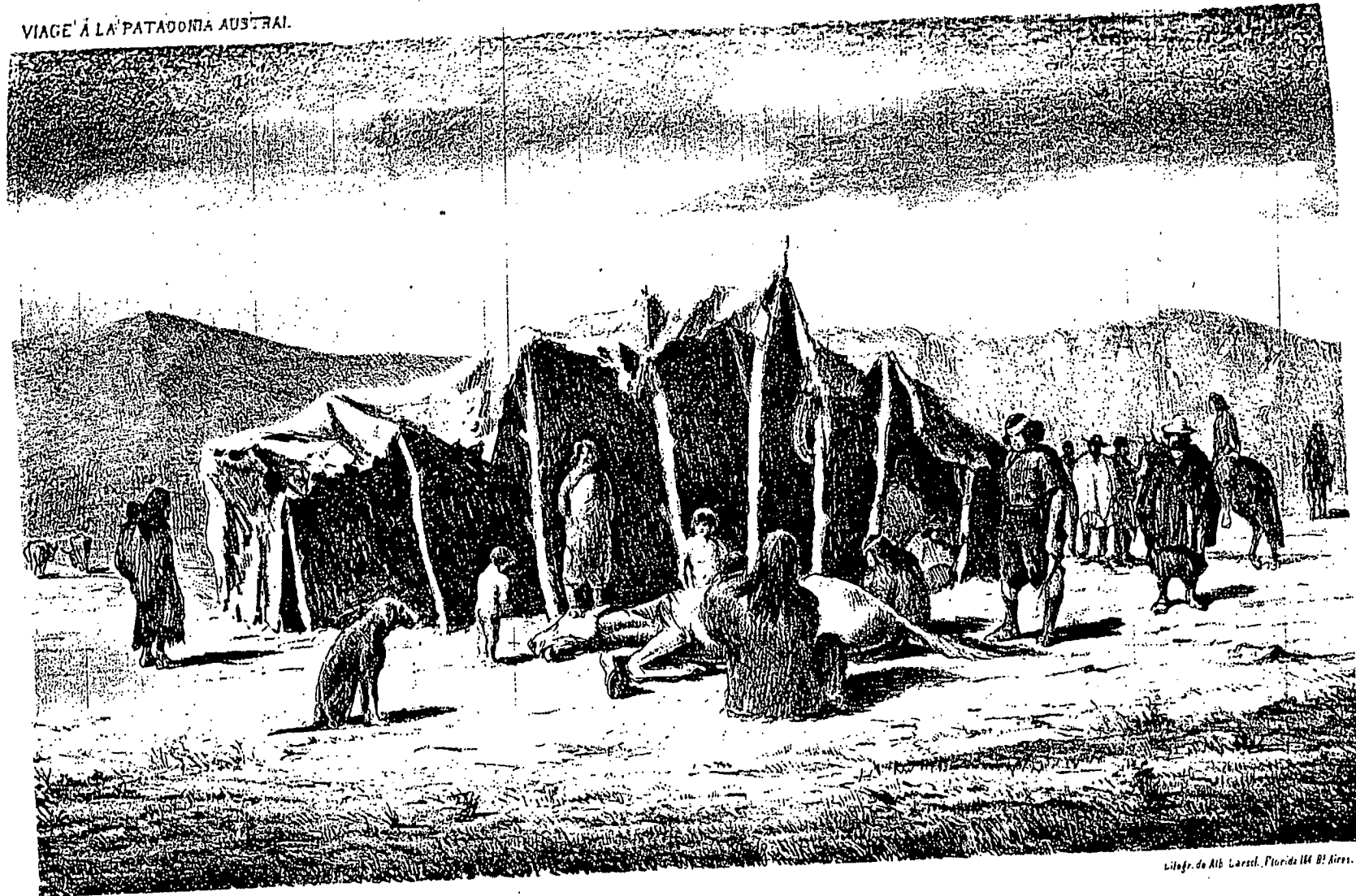
habilitaba un espacio autobiográfico: mientras que en la “Descripción...” estaría lo prometido en ésta podía contar sus hazañas, sus experiencias, podía dar sus opiniones.

Cuando realizaba el primer viaje a la Patagonia, Moreno tenía 22 años y cuando lo publicó tenía 27. Es decir que se trataba de una escritura y de una experiencia que se estaban consolidando, que necesitaban imponerse. Si tenemos en cuenta que Estanislao Zeballos solía poner en duda las anotaciones e informes del “joven” Moreno señalando sus contradicciones y desprolijidades, la habilitación de lo autobiográfico no estaba concebida como un modo de relato del pasado sino como un verdadero género de validación del futuro, de imposición de un nombre (que ya se preanunciaba con la mención de Moreno padre en la dedicatoria) En el prestigio de esta obra se jugaba su inserción en la *Sociedad Científica* y sus intervenciones posteriores en el *Museo de Ciencias Naturales* y hasta la asignación del peritaje en el conflicto limítrofe con Chile. Tres pivotes principales de la biografía de Moreno que contribuyeron a su celebridad posterior en la cultura argentina de exploración científica.

La escritura privada del “diario” le permitía construir un nombre, dotar de un yo a lo que carecía de yo y esa operación tendría sus frutos en la escritura científica. La validación del propio nombre en el escrito personal se capitalizaba en el espacio público. En este desplazamiento es entonces en donde el yo se construía direccionadamente, y se proyectaba. Lo que De Mann denomina “requisitos técnicos del autorretrato” tenían en el caso de Moreno (y de otros autores) un espacio de proyección específica. El gesto podría seriarse, si pensamos en la escritura y en la literatura del siglo XIX a través de la seductora hipótesis de que sus autores validan su nombre en la escritura autobiográfica y el nombre de los otros en la escritura de ficción.¹⁵² De Mann se preguntaba ¿No será que la ilusión referencial proviene de la estructura de la figura, es decir, que no hay clara y simplemente un referente en absoluto, sino algo similar a una ficción, la cual, sin embargo, adquiere a su vez cierto grado de productividad referencial? Podemos pensar que en esa productividad referencial intervienen los términos contractuales con los que abordó la problemática Philippe Lejeune. En esa

¹⁵² “Para narrar a su grupo y a su clase desde adentro, para narrar el mundo de la civilización, el gran género narrativo del siglo XIX en la literatura argentina (el género narrativo por excelencia habría que decir: que nace por lo demás con Sarmiento) es la autobiografía. La clase se cuenta a sí misma bajo la forma de la autobiografía y cuenta al otro con la ficción”. Ricardo Piglia en *La Argentina en pedazos* Ediciones de La Urraca, Buenos Aires, 1993. La cautivante (y a veces hasta desmesuradamente funcional) hipótesis de Ricardo Piglia enfatiza la dupla autobiografía-civilización para formular la dupla biografía del otro-ficción, aunque no siempre en los textos se verifique la prolijidad de esa sintética distribución.

VIAGE A LA PATAGONIA AUSTRAL.



Litogr. de Alb. Larzel. Florida 144 B1 Aires.

UN TOLDO TEHUELCHÉ.

Dibujo de Alfredo Paris según un croquis de F. P. Moreno

Litografía de Alfred Paris. En *Viaje a la Patagonia Austral. Emprendido bajo los auspicios del Gobierno Nacional. (1876-1877)* de Francisco Pascasio Moreno. Buenos Aires, Imprenta de la Nación, 1879. (Bibliothek Ibero-Amerikansches Institut- Berlín).

productividad referencial interviene un acuerdo, un pacto que amerita ser analizado. En la autobiografía la dialéctica entre lo que se verificó históricamente y lo que es posible en el ámbito de la fantasía está en primer plano. Las historias autobiográficas brindan modelos de mundo, buscan crear una comunidad de interpretación. Es el nombre propio, en la mayoría de los casos mucho más que las directrices institucionales lo que legitima esta comunicación y confiere una capacidad de decir y de transmitir "verdades".

En ese mismo prólogo Moreno reunía dos relatos: el de una infancia en la que el detalle significaba construyéndose la figura de un niño cuya vocación por la paleontología y el coleccionismo era evidente y el relato de la relación de un hombre con las instituciones. Ambos formarán parte de la matriz de su escritura personal.

"Niño aún, la lectura de las aventuras de *Marco Polo*, de *Simbad, el Marino* y de las relaciones de los misioneros en la China y el Japón publicadas en los *Anales de la Propaganda Fide*, hecha en alta voz en el refectorio del colegio, despertó en mí un vivo deseo de correr tierras. Fruto de mis tareas ha sido la colección que he formado y que he tenido la honra de donar a mi patria para fundar el Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires del cual soy director y a cuyo desarrollo destinaré todos los años de mi vida"

Más adelante Moreno, escribe

"Este "diario" que contiene mis impresiones de viajero, no tiene pretensiones de ningún género. No espere, pues, el lector, encontrar en él descripciones brillantes de los grandiosos panoramas que se desarrollan en las comarcas que he visitado, pues tengo la sinceridad suficiente para creer que semejante tarea es superior á mis fuerzas y que no debo tentarla. La pintura de la naturaleza patagónica, unas veces terriblemente árida, otras lujosa hasta recordar el Trópico, pero imponente siempre, tanto en sus habitantes como en sus áridas mesetas, en sus mantos volcánicos inmensos, en sus elevadas montañas nevadas, en sus volcanes, en sus lagos, en sus ríos, en sus torrentes, en sus bosques, necesita para ser fiel, la pluma de Humboldt o de Darwin. Simple admirador de esas tierras nuestras poco visitadas, sólo aspiro á que con esta narración mis compatriotas puedan formarse una idea de lo que encierra esa gran porción de la

Patria, siempre denigrada por los que se contentan con mirarla mentalmente desde la biblioteca”¹⁵³

Esta elocuente formulación de uno de los protagonistas más carismáticos de la narrativa expedicionaria del desierto ofrecía una enunciación que afirmaba no tener pretensiones de ningún género. Sus trabajos sólo buscaban dar cuenta de su viaje, aunque éste hubiera sido un viaje a través de una naturaleza imponente que hubiera merecido “descripciones brillantes, grandiosos panoramas”. En rigor, no se trataba de la falta de pretensiones de Moreno sino de que él no cubriera las expectativas que una obra de esa naturaleza pudiera generar. Su supuesta humildad refería no tanto una falta de pretensión, sino un circuito de lectura efectivo y exigente en la Buenos Aires de entonces: su libro circularía en una ciudad en la que los lectores frecuentaban obras de viajeros y geógrafos con ilustraciones y descripciones intensas sobre naturalezas lejanas. Moreno era consciente de que su obra circularía en ese mundo urbano de expectativas y exigencias y prevenido, alertaba sobre su supuesta incapacidad. La competencia sería muy grande frente a otras “descripciones brillantes” y a “grandiosos panoramas”.¹⁵⁴

Sin embargo, él no se privará del relato de la “imponente” naturaleza -adjetivo de cuño humboldtiano -, y destinará su obra, no ya al círculo de los geógrafos y naturalistas del ambiente científico sino a “mis compatriotas”. Es decir tentaría una escritura de divulgación en desmedro de una escritura científica especializada. El modelo de Alexander Von Humboldt era crucial pero también el era el de Charles Darwin, quien a diferencia del viajero alemán había conocido la Patagonia argentina. Por eso, la mención de esos nombres paradigmáticos en el prólogo cumplía una función instructiva: *no escribo como ellos pero deben leerme como los han leído a ellos* parecía querer decir el explorador.

El libro ofrecía una reseña de su viaje de 1874 a la Patagonia septentrional y las observaciones realizadas en 1876-77 en las cuencas del río Chubut y de los Lagos Argentino y San Martín (Santa Cruz) y desplegaba, progresivamente, los problemas geográficos de las zonas

¹⁵³ “Al Lector” en *Viaje a la Patagonia Austral (1876-1877)*, Ediciones Solar, Buenos Aires, 1969.

¹⁵⁴ Sobre el mundo de las librerías e imprentas de Buenos Aires véase Domingo Buonocore: *Libreros, Editores e Impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino*. Buenos Aires, Bowker editores, 1974.

recorridas, mostrando lo descubierto y fijando una toponimia nueva.¹⁵⁵ Al mismo tiempo evidenciaba una gran capacidad de observación para evaluar las posibilidades económicas y colonizables de la zona. A su vez, por sus aportes etnográficos lo colocaba como uno de los primeros relatos de contacto con tribus de la Araucanía. Sus reflexiones científicas y sus acotaciones cotidianas fueron fundamentales para el éxito de la Conquista de Roca. En un tono que resultaba transparente para los integrantes de su propia clase (Moreno no calcula un auditorio europeo, como señaló Viñas) el libro resultaba útil para los expedicionarios y le significará una doble fama posterior: la de dirigir el *Museo de Ciencias Naturales* y la de ser designado “perito en límites” para mediar en el conflicto con Chile.

Ahora bien, lo más llamativo en las palabras del prólogo de Moreno era ese párrafo final en el que afirmaba con contundencia que existía una patria “denigrada” por “los que se contentan con mirarla mentalmente desde las bibliotecas”. Sorprende este supuesto desprecio de Moreno por las bibliotecas o por el saber de los libros, dado que su formación estaba absolutamente vinculada a ellos. Más que un rechazo a la mirada intelectual urbana, Moreno estaba señalando sutilmente una contienda entre los que viajaban y los que no lo hacían (él prefería “vivir con los indígenas” a “leer todas las relaciones de cronistas”). En su caso particular, además, habría un plus: mientras los otros habían viajado, él además había convivido con los indios. Esta diferencia estará enunciada con insistencia a lo largo de toda su obra, y alojada sobre todo en sus zonas más autobiográficas: un tipo de relato absolutamente original que no se encuentra en ninguna otra obra de la narrativa expedicionaria.

“Mis anteojos dieron la primera voz de alarma. Desde mi llegada a los toldos de Saihueque noté que las mujeres me miraban con temor y extrañeza y que luego algunas lloraban. Días después, cuando las primeras borracheras tuvieron lugar, y que era íntimo del jefe, gracias a una botella de *cognac*, le pregunté qué motivo de temor tenían ellos contra mí. Me indicó los anteojos, agregando: “Ellas temen, porque dicen que teniendo cuatro ojos bien puedes tener cuatro corazones y ser malo”. Explicando su

¹⁵⁵ Gabriela Nouzeilles señaló que esta nueva toponimia desplazaba la toponimia apocalíptica vigente en el período (Puerto Deseado, Bahía de la Desolación, Puerto del Hambre) por otra, chauvinista y celebratoria: Lago Argentino, Lago San Martín. Véase “Patagonia as Borderland: Nature, Culture and the idea of the State”. En *Journal of Latin American Cultural Studies*. Vol. 8, Nro. 1, New York, 1999, pp 35-48.

uso satisfactoriamente, aunque con gran detrimento de ellos, quedó convencido del poco fundamento de la sospecha de las chinas.”¹⁵⁶

La escena autobiográfica cifraba toda la posición de Moreno, no sólo frente a los indios sino también frente a sus lectores en Buenos Aires: la cercanía de los cuerpos, la convivencia, las argumentaciones del otro y las razones propias. Moreno era la civilización: podía enseñarle a los indios. Pero sobre todo Moreno podía exhibir ante sus lectores cómo enseñaba a los indios. Destreza que no todos los “relatores” de la frontera podían ostentar.

En su relato de la invasión de marzo de 1876 (recopilada por su hijo Eduardo Moreno en la edición citada) Moreno se quejará amargamente del desconocimiento del que no se cree merecedor:

“Tan luego de llegado a la ciudad pedí que inmediatamente se avisara al Ministerio de la Guerra, el inminente avance de los indios, pero alguien me dijo esa misma noche: “No te creen, dicen que son cosas de muchacho que llega asustado. ¡Tres días después se produjo el terrible malón que costó cientos de vidas y centenares de miles de ganado! Por desgracia mía he sufrido varias veces estos desconuelos, cuando satisfecho de lo realizado, había participado de ello a quienes correspondía, como se verá más adelante.”¹⁵⁷

Casi como si en estos enunciados se librara una disputa con otro influyente naturalista de su misma generación, Estanislao Zeballos, quien al mismo tiempo que valoraba y reconocía los méritos de los trabajos de campo “del joven Moreno” (así lo llamaba aunque Moreno en el 79 era mayor que Zeballos, tenía 28 años y Zeballos tenía 24) era su más fervoroso crítico y supervisor. Podría verse en la acusación a los que miran desde la biblioteca al propio Zeballos quien, en su *Conquista de Quince Mil Leguas* ofrecía un documentado estado de la cuestión sobre el tema de la frontera, que no era el fruto de experiencias expedicionarias (que serán posteriores a la publicación de la *Conquista de Quince Mil Leguas*) sino de lectura de archivos y documentación en bibliotecas. Frente al archivero y antólogo, al hombre de gabinete que representaba Zeballos (más allá de sus efectivas experiencias expedicionarias) Moreno aparecía como un hombre de acción, de aventura: el joven temerario que remontaba el río Collón Curá en una canoa de madera balsa. Ese personaje público en el que Moreno se convertía —con una

¹⁵⁶ Moreno, op. cit. página 110.

¹⁵⁷ Reminiscencias del Perito Moreno. Recopilación hecho por Eduardo Moreno, El Elefante Blanco (Buenos Aires, 1997), págs 61-62.

obra publicada no menos intensa que la de Zeballos- tenía un grado de efectividad muy grande. La posteridad hará de Moreno un naturalista legendario -paradigma de la ciencia, la expedición y la conquista territorial argentina y Zeballos será apenas conocido por algunos estudiosos e investigadores.

A su fama también contribuyó el propio naturalista porque Moreno contaba sus desconsuelos pero no se privaba de referir escenas de reconocimiento.

“Llegué por fin a Las Flores, a tiempo para tomar el tren, telegrafíé al hogar y en seguida, tal como estaba, sucio, maloliente, harapiento, llevando mi carguita de la montura, pues no había tiempo para colocarla en el equipaje, me dirigí al tren y abro la portezuela del coche: “Se equivoca, buen hombre, este coche es de primera...” me dijeron dos distinguidas porteñas que lo ocupaban. Sonríó, me cubro con el poncho pampa y me arrincono, esperando que así se disculpe mi atrevimiento, pero escucho. Hablan “Pobre Moreno, parece que los indios lo tienen cautivo en la cordillera y lo maltratan, según avisan de Chile...”. “Me permiten señoritas, no es exacta la noticia”. Me miran sorprendidas... “¿Y cómo lo sabe usted?” “Porque soy Moreno”¹⁵⁸

Tipología de las escrituras en primera persona en el relato de la frontera

La narrativa expedicionaria tiene, en general, un tono elitista y épico para narrar lo público y un tono melancólico para contar lo personal, la vida propia, la experiencia. De modo que la escritura expedicionaria en primera persona no refiere en general los éxitos porque éstos pueden encontrarse sobre todo en los enunciados impersonales institucionales. El yo de la escritura expedicionaria es cauteloso pero contundente. A continuación, para describir y analizar la función de la escritura expedicionaria en primera persona, presentaré una secuencia de los usos más frecuentes del yo en esta narrativa.

El yo como un compilador de voces subalternas

Eduardo Racedo publicó en 1881 su *Memoria Militar y Descriptiva sobre la Campaña de la 3era División expedicionaria al territorio de los ranqueles a las órdenes del General Eduardo Racedo*.¹⁵⁹ Si bien la obra llevaba su firma, se trataba en rigor de una publicación organizada a partir de la

¹⁵⁸ Moreno, Francisco. *Reminiscencias*, op.cit. pág. 61.

¹⁵⁹ Fue publicada por los editores Ostwald y Martínez. Ya en el siglo XX la editorial Plus Ultra hizo otra edición con el título *La conquista del Desierto. Memoria militar y descriptiva de la Tercera División Expedicionaria*. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1965.

reunión de partes de jefes expedicionarios. El General –uno de los cinco jefes expedicionarios más importantes de toda la conquista- dedica a Roca “estos apuntes plagados quizás de errores literarios, porque son sólo el punto de las observaciones de un soldado, sin más escuela que los campamentos, ni más preparación que la que dan los campos de batalla”¹⁶⁰

Su relato en primera persona describe la incertidumbre de la vida de frontera. “La noche me pareció interminable, a cada instante consultaba el reloj. Por fin me quedé dormido poniendo el sueño término a mis cavilaciones” señalaba Racado luego de haber narrado el robo nocturno de los caballos por parte de los indios. Elegía entonces el militar esta breve escena autobiográfica privada que lo mostraba insomne pero y que contribuía a consolidar la imagen de un militar comprometido. En el prólogo decide que desea “hacer una narración sencilla á la vez que verídica, de los hechos acaecidos, como de las condiciones especiales de la Pampa, y su posible aplicación á las distintas industrias nacionales, muy particularmente a la ganadería”¹⁶¹.

Su *Memoria Militar* no sólo aportaba relatos en primera persona, también compilaba informes de oficiales subalternos. En la reunión de todas esas voces podía apreciarse –pese a las escasas capacidades literarias de Racado- un contraste entre la escritura del general y las escrituras reunidas. Al mismo tiempo, como compilador Racado encontrará una explicación astuta para justificar las deficiencias de sus compilados:

“no he querido hacer correcciones, ni en el estilo ni en los fundamentos, de los diversos partes pasados por los Jefes de las expediciones, parciales, insertando los originales, con todas las deficiencias que son consiguientes á documentos escritos sin el tiempo y tranquilidad indispensables, lo que quizás hará de estos Apuntes, un conjunto inconexo, pero siempre estrictamente ajustado a la verdad. (...) Enemigo de los partes pomposos, en mis notas oficiales me abstuve de hacer recomendaciones muy merecidas, porque abrigo la convicción de que la posteridad consagrará algunas de las páginas de oro de nuestra historia, al recuerdo de esos modestos, cuanto valientes obreros de la civilización (...)”¹⁶²

¹⁶⁰ Racado, Eduardo. *Memoria Militar y Descriptiva sobre la Campaña de la 3era División expedicionaria al territorio de los ranqueles a las órdenes del General Eduardo Racado*, Buenos Aires, Editores Ostwald y Martínez, 1881.

¹⁶¹ Racado, 1881, op. cit.

¹⁶² “Carta al Ministro de Guerra Benjamín Victorica” en Racado, 1881, op cit.

A estas deficiencias y a estos apuntes crudos o rudimentarios Racedo les asignará un valor histórico. Defenderá la experiencia por sobre la retórica. Justificará limitaciones gramaticales para reforzar méritos patrióticos.¹⁶³

El yo para hacerse cargo del exceso

Los escritos del ingeniero francés Alfred Ebelot, artículos autobiográficos publicados entre 1876 y 1880 en la *Revue des Deux Mondes* constituían para los lectores europeos de entonces uno de los pocos testimonios sobre la guerra de frontera en la Argentina del siglo XIX. Su escritura en primera persona tendrá diversas funciones: representar el nuevo orden, oponer una mirada racionalista europea a la lectura local de impronta caudillista sobre el tema de la frontera, representar la dimensión de la nueva política y al mismo tiempo su límite. Pero sobre todo el relato autobiográfico mostrará el exceso y los costados más sanguinarios y brutales.

“En la República Argentina, después de una “razzia” como la nuestra, se sigue una costumbre cruel. Los niños de poca edad cuyos padres desaparecen son donados a diestra y siniestra. Las familias distinguidas de Buenos Aires buscan diligentemente estos esclavos jóvenes, llamemos las cosas por su nombre. Un oficial de frontera no deja en tales oportunidades de enviar a su novia una sirvientita india. Durante la guerra del Paraguay eran las paraguayitas quienes proveían a esas atenciones galantes. En ello se reconocen las tradiciones de la conquista. Desde que la servidumbre se abolió hubo que adoptar un recurso que continuara acumulando en la casa servidores que no sirven para nada (...) Justamente éstas eran las reflexiones a las cuales yo me entregaba mientras me dirigía a elegir un par de indiecitos que el Ministro de Guerra me había concedido¹⁶⁴

El ingeniero francés Alfred Ebelot (1839-1920) había sido contratado, en 1870, por el Gobierno Nacional para realizar funciones de relevamiento topográfico y de planeamiento de

¹⁶³ En los documentos recopilados por los militares-autores, es decir los que firman la obra, muchas veces el yo aparecen en el propio título del formato en el que se escribe, a saber el doctor Dupont escribe “Apuntes de mi cartera de campaña”. Véase Manuel Olascoaga, autor que resultaba también un compilador, *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro*. Editores Ostwald y Martínez, Buenos Aires, 1880.

¹⁶⁴ Alfred Ebelot, *Relatos de la Frontera*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1968. (Traducción de V. D. Bourillons de los artículos que se publicaron en la *Revue des deux Mondes* entre 1876 y 1880). Página 181.

las tierras incorporadas. Sus funciones incluían el asesoramiento a las avanzadas militares, el trazado de pueblos nuevos y la construcción de un foso demarcador.¹⁶⁵ Ebelot entonces, como ingeniero militar ingresaba al ejército con el grado de sargento mayor.

Nacido en Saint Gaudens, Ebelot se había graduado en ingeniería civil en la Escuela de Artes y Manufacturas de París y junto con François Buloz, fue secretario de la *Revue des Deux Mondes*, donde más tarde habría de publicar sus escritos sobre su experiencia sudamericana. Cuando estalló la guerra franco-prusiana, publicó en Buenos Aires el periódico *La République Française* que dejó de aparecer por la epidemia de fiebre amarilla de 1871. Ebelot tuvo una larga experiencia en expediciones militares argentinas junto a soldados de los fortines. Su posición activa en la verdadera sociedad de frontera le permitió conocer también a los que lucraban con la guerra, el contrabando, el robo a los soldados y a los “indios amigos”.¹⁶⁶

Después de acompañar la Expedición al Río Negro regresó a Buenos Aires en 1880 y fundó el periódico *L'Union Française* junto con Emile Daireaux con quien compartió además la redacción del *Courrier de La Plata*, del diario *La Nación* y de los *Anales de la Sociedad Rural Argentina*. El primer trabajo que le fue encargado a Alfred Ebelot, como ingeniero director, fue señalar sobre la línea de fortines, en la frontera, un lugar parcelado para que se instalara en él la tribu de Juan Catriel, la cual, en paz con el gobierno nacional y sometida al régimen de raciones (el que incluía la obligación para los indios de prestar servicio contra las tribus rebeldes) estaba establecido sobre el arroyo Nievas, cerca de Azul. Esta tribu era una de las más numerosas del desierto y tenía la particularidad de estar compuesta por araucanos nacidos en él, por lo que

¹⁶⁵ Las características del proyecto de la foso (denominada en la época como “Zanja de Alsina”) y la evaluación que el propio Ebelot hace de la obra emprendida que fue a su vez tan criticada por la prensa y por ciertos sectores de gobierno, puede leerse en el artículo “Cien leguas de Foso” de la *Revue des Deux Mondes* del 15 de julio de 1876 (compilada en la edición de Hachette bajo el título *Relatos de la Frontera con Estudio Preliminar de Alicia Carrera, 1968*) y en el *Informe de los trabajos del Zanjeo* desde el campamento del Fortín “Ivanowsky” del 15 de junio de 1877 publicado en el Apéndice de *Frontera Sur. Recuerdos y relatos de la Campaña del Desierto (1875-1879)*, otra recopilación de artículos de Ebelot de la *Revue des Deux Mondes* publicada por editorial Kraft, un mes después de la edición de Hachette, con prólogo de Liborio Justo.

¹⁶⁶ Ebelot no fue el único francés que estuvo en Sudamérica y escribió sus experiencias. En 1828 el ingeniero Narcise Parchappe dejó un diario de la expedición que fundó el Fuerte Cruz De Guerra en la frontera oeste de la provincia de Buenos Aires y otro que detalla la fundación de la Fortaleza Protectora Argentina (que da origen a la ciudad de Bahía Blanca). Un año después el legendario Alcides D’Orbigny (1802-1857) visitó el fuerte de Carmen de Patagones sobre el río Negro y a pesar de que sus tareas eran estrictamente científicas debió, en más de una oportunidad empuñar fusiles para defender el fuerte de invasiones araucanas. Los nueve volúmenes de su *Viaje por la América Meridional* fueron publicados en París entre 1835 y 1847 y constituyen una obra monumental que ha sido considerada como uno de los trabajos monográficos de tipo enciclopédico más importantes de su época.

eran conocidos como pampas, contrariamente a la mayoría de las otras tribus, que provenían de la Araucanía chilena. Se encontraba esta tribu allí desde 1857 después de haber derrotado a Mitre en Sierra Chica. El cacique Catriel había recibido el grado de general de ejército argentino, el cacique Cachul el de coronel, y los jefes y capitanejos habían sido favorecidos con grados militares, uniformes y sueldos. Cipriano Catriel, el hijo menor de Juan, tenía en el Azul casa propia, cuenta en el banco local y hasta marca para su hacienda. Todas estas razones lo vinculaban estrechamente a los jefes de la frontera que se habían sublevado con Mitre. Por eso después de la derrota fue juzgado y lanceado por sus hombres, comandados por su propio hermano Juan José Catriel quien luego tomó el mando de la tribu.

Este hecho sanginario y trágico para aquella tribu fue presenciado por Ebelot y relatado en uno de sus artículos para la *Revue des Deux Mondes*. Para él, escribir en primera persona se había convertido en una estrategia que conjuraba la posible sospecha de inverosimilitud porque se trataba de conferirle al relato la autoridad de la experiencia *in situ*. Ebelot participó de muchos viajes expedicionarios y el relato de sus experiencias era concebido sobre todo para un lector francés y externo a la situación americana.

“Yo he visto en el pueblito de Olavarría, al borde de los Toldos, el muro de adobes contra el cual Cipriano Catriel y un oficial de Rivas que le servía de guía político padecieron el más atroz de los suplicios. La escena, tal como la imaginación podía reconstruirla fácilmente en los mismos lugares que habían sido testigos, era con toda seguridad bien india. Aquel millar de jinetes salvajes, haciendo caracolear sus caballos como para una fantasía, las largas cañas con punta de hierro oxidado blandidas al viento, los múltiples lanzazos, los ejecutores temiendo dar el golpe demasiado fuerte, ultimár demasiado pronto a su ex -jefe y perder un minuto de su agonía; y en fin, rasgo postrero de color local, aquel hermano presidiendo el asesinato de su hermano con la íntima alegría de un ambicioso que triunfa y la impasibilidad de un indio en una representación. He aquí en verdad un cuadro que dice mucho de la vida interna en los toldos y que resume el carácter de sus habitantes”¹⁶⁷

El artículo titulado “Una invasión de indios a la provincia de Buenos Aires” marca bien claramente la irrupción del yo. Ésta coincide con el momento del exceso. Para ese momento las estructuras neutras del relato oficial (usos verbales impersonales, recurrencia al

¹⁶⁷ Ebelot, op.cit., pág. 40.

presente épico, exceso de voz pasiva, ausencia de sujetos) resultaban insuficientes y el yo interviene para validar aquello que podía ser sospechado de inverosímil. Aquello que no podía sostenerse de otra manera y frente a lo cual la autoridad del ingeniero, del topógrafo, del viajero especializado y contratado resultaba insuficiente. Todas esas figuras intervienen en diversos momentos pero en el fragmento citado, el yo aparece despojado de sus investiduras, y se presenta sobre todo como un simple testigo ocular “yo he visto”.

No es casual que esa intervención coincida con el relato de la tortura previa a la muerte, y sobre todo con la muerte del hermano por el hermano. ¿Por qué había que reforzar la verosimilitud de esta escena? Nadie discutía, en el clima de la época, el grado de barbarie de los indios subordinados. Pero aquí algo debe ser ratificado y el yo despojado cumple su función. Imagino esta escena contada sin que se inicie por “Yo he visto...”. Omiso, al leer, ese inicio. La escena cobra otra dimensión. La voz convencional del viajero ilustrado refiere episodios atroces y lejanos. Pero la escena se entibia y pierde impacto. Con el “yo” he visto, el viajero se distancia del individuo ilustrado, el topógrafo deja sus instrumentos de medición, el ingeniero no piensa en sus relevamientos. Y la escena se potencia.¹⁶⁸

Ebelot también había presenciado desde el pequeño fortín Aldecoa, la invasión de 1875 conocida como “la invasión grande” de la que participaron Catriel, Namuncurá, Pincén y los ranqueles y en la que los indios obtuvieron un arreo de 500.000 cabezas de ganado vacuno, yeguarizo y lanar.

Años más tarde, el ingeniero francés formará parte de la Expedición al Río Negro de 1879. Junto con Jordan Wysocki y Francisco Host integrará la Comisión de ingenieros que serán asesores encargados de explorar el territorio, efectuar relevamientos y determinar los mejores lugares para la colonización a posteriori, ayudados a su vez por la Comisión científica integrada por Pablo Lorentz, Alfred Doering, Niederlein y Schulz, quienes realizaban estudios

¹⁶⁸ La trágica historia de los hermanos Juan José Catriel y Cipriano Catriel ha sido referida por Meinrado Hux y por Juan Guillermo Durán, entre otros. Ambos fueron hijos del cacique Juan Catriel quien luego de morir legó el cacicazgo a Cipriano, el hijo menor porque poseía mejores dotes militares y diplomáticas y porque Juan José rechazaba los tratados de paz que su padre había firmado con el gobierno nacional. Retirado de su tribu y dedicado a la cría de ganado Juan José no acordaba con los actos de gobierno de su hermano quien era propenso a mantener buenas relaciones con los jefes de frontera. Juan José no era negociador y rechazaba toda diplomacia con blancos. Cuando Cipriano se pliega a la Revolución mitrista de 1874, Juan José se enfrentó con él de modo sanguinario y quiso que fuera sometido a una sesión de lanzazos o al deguello -según algunas versiones-. Cipriano murió junto con su secretario, el cautivo Santiago Avendaño.

sobre suelo, flora y fauna. En 1889 publicó *La Pampa*, (editorial Maison Quantin, París) que al año siguiente sería publicada en español por la Librería Escary, también de París.

El yo para ordenar las identidades

El relato en primera persona para ratificar lo que podía ser sospechado de inverosímil también puede observarse en los escritos de Francisco Moreno. Su experiencia con los indios resulta a veces tan extra-ordinaria para el imaginario de la época que el relato en primera persona parece ser la única armadura que sostiene lo increíble e inverosímil de la experiencia vivida. Pero he aquí también una nueva estrategia:

“De regreso a *Calenfü* encontré a *Saihueque* ebrio, que festejaba la visita de *Quinchahuala*. Mi compadre había desconfiado de mí durante mi ausencia por noticias traídas por los indios *aucaches*. Hubo de oponerse a mi viaje a *Nahuel Huapi*, aconsejado por *Quinchahuala*, quien se puso más tarde de mi lado después de su famoso convite. Sin embargo, tuve que dejar en su poder mi cartera, los retratos de mi familia y las cartas que llevaba para Chile. Demostré a los indios que **los argentinos y ellos éramos hermanos**, que habíamos nacido en la misma tierra.” (El subrayado es mío)¹⁶⁹

Luego de ciertos malentendidos entre Moreno y Valentín Saihueque, cacique manzanero de gran influencia en la provincia de Neuquén, a partir de los cuales Moreno debió entregar al cacique esos objetos personales para poder iniciar camino al lago Nahuel Huapi, Moreno quiere demostrar a los indios una “hermandad” que se formulaba en el enunciado en los términos: “los argentinos y ellos éramos hermanos”. Sorprende el error gramatical: la persona verbal exige un nosotros o un yo que está ausente en la formulación. Lo correcto hubiera sido escribir “eran”. Pero si aceptamos esta contorsión enunciativa producida por la necesidad de explicar una razón a los indios manzaneros, de re-establecer una tópica, la frase tiene una lógica: “los argentinos y los indios son hermanos”, un presupuesto que recorre también los escritos de los hombres de estado del ‘80.

El excesivo énfasis que se ha puesto en señalar el deseo de aniquilación de las tribus de indios durante el período que va de 1870 a 1890 como única práctica promovida por el estado

¹⁶⁹ Francisco P. Moreno, *Viaje a la Patagonia Austral. (1876-1877)*. Biblioteca “Dimensión Argentina”. Buenos Aires, Ediciones Solar, 1969, pág. 37.

argentino de entonces,¹⁷⁰ opacó la existencia de un importante debate que tuvo lugar en esos años en torno a las formas de integración de indios prisioneros no combatientes y de indios reducidos voluntariamente.¹⁷¹ En todas las posiciones de estos debates, más o menos humanitarios, aunque siempre crueles por cierto, estaba implícita la idea de que los indios son argentinos lo cual no debía pensarse como una identidad que reunía a las familias aborígenes con las familias blancas sino como una forma específica de la no-chilenidad: los indios son argentinos, sobre todo, porque no debían ser chilenos.

Ahora bien, a pesar de la aparente transparencia de esa lógica no queda clara la entidad “argentinos”. Argentinos son los indios pero acaso y sobre todo ¿no es el narrador parte de esa entidad? ¿Dónde está el yo en ese pasaje? ¿De qué manera subrepticia el yo se volvió ubicuo? Se hizo presente y a la vez ausente. Dejó su impronta en la persona verbal “éramos” y aún antes (yo) “demostré” pero se diluyó y se retrajo. Hasta podríamos decir que se volvió impersonal. Es protagonista y por eso está presente en la formulación autobiográfica (mi experiencia con las tribus de Saihueque) pero a la vez se distancia, se despoja de su peso. Yo fui el que les demostré eso de lo cual soy parte y de lo cual puedo tomar distancia. ¿Por qué habría de producirse esta “impersonalidad” del yo? ¿Qué recato privó al yo de su peso autobiográfico y experiencial? Lo que ese yo ostenta es su capacidad racionalizadora y esencialista, radicalmente moderna. Es un yo que puede, ocasionalmente, sustraerse: dejar de ser yo sin dejar de ser yo.

Aquel yo ubicuo vuelve a estar presente cuando se enjuicia al proyecto colonizador galés, aunque en aquel relato posterior el yo casi desaparece por completo, siendo las dos entidades en juego: “el gobierno argentino” y “la pequeña colonia galesa” y la apuesta es a los verbos impersonales y a las fórmulas convencionales (del tipo de “basta saber que”)

Al comenzar ese relato, Moreno señala:

“Mi intención no es contar mi vida diaria en Chubut pues su relación poco interesaría. Me limitaré a hacer primeramente la descripción de lo que es la colonia, para luego ocuparme de la descripción física del valle y de los alrededores que visité en varias breves excursiones, y la de los objetos más interesantes que pude obtener en mi permanencia allí, que duró 25 días” (Moreno, 50, 1972).

¹⁷⁰ Véase *Indios, Ejército y Frontera* de David Viñas.

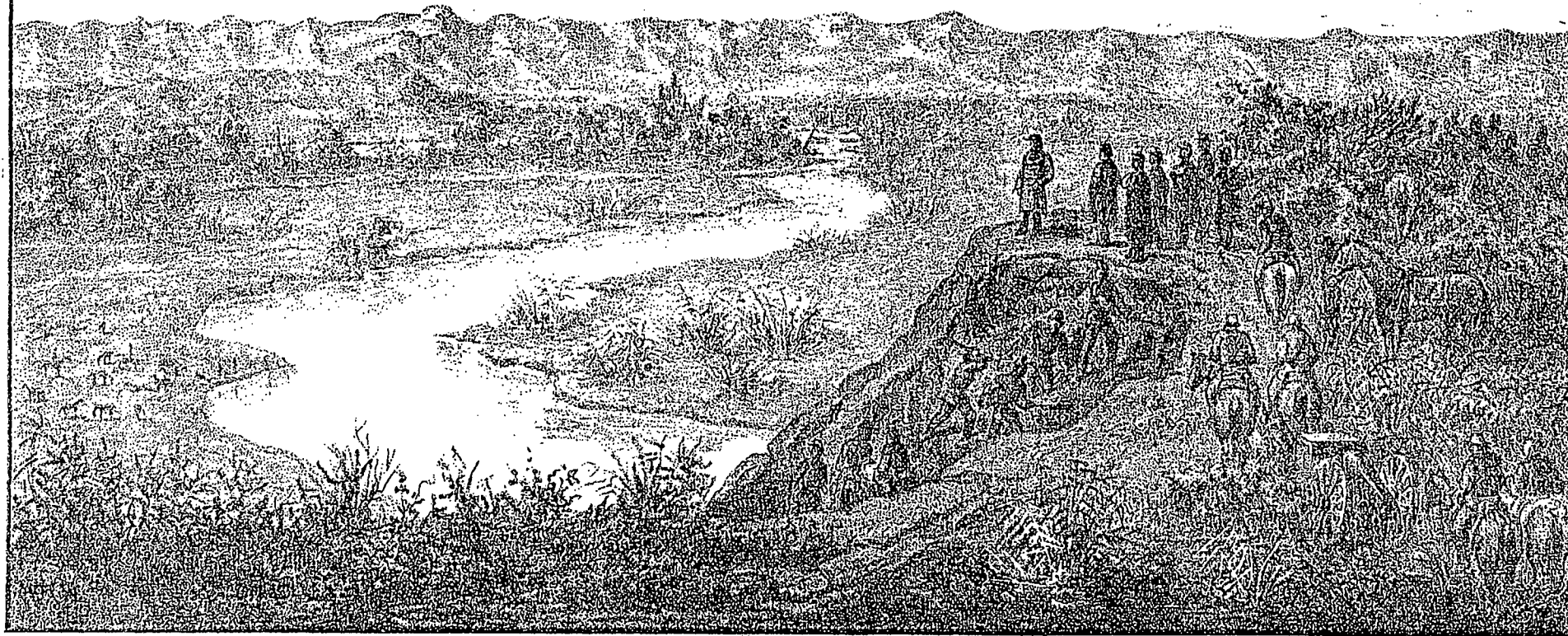
¹⁷¹ Véase Enrique Masés “Estado y cuestión indígena argentina. 1878-1885”.

Contradiendo su posición enunciada en el comienzo del libro, Moreno defendía una escritura en primera persona que privilegiaba el principio de observación -al modo de un naturalista del siglo XIX- por sobre el relato de la propia vida cotidiana. Es decir que sobre la experiencia personal se sobreimprimía la descripción territorial. Esa sobreimpresión podía registrarse a lo largo de casi toda la obra. Sin embargo, no dejan de irrumpir en esta modalidad lo literario, o restos de impresiones generales o de impresiones personales. “No sé por qué rara preocupación hacía esto...” (Moreno, 102, 1972) refiriéndose a la negativa del indio Sam Slick de que Moreno midiera su cuerpo y sobre todo su cabeza o “Creo que hay algo de poético en lo que motiva el entierro de los perros junto con los restos de los que fueron sus dueños” (Moreno, 103, 1972). Los momentos de irrupción de esas manifestaciones personales están siempre vinculadas a la manifestación de lo otro extremo, de lo verdaderamente diferente a la propia cultura, de lo irreducible.

El yo para cuestionar los estereotipos

Como se señaló al comienzo de este capítulo la escritura en primera persona no sólo ofrecía un tipo de representación con reglas propias sino que a veces buscaba producir una figuración a futuro. Es decir los autobiógrafos buscaban imponer un relato en primera persona que no se construía tanto porque concebía un relato del pasado, una memoria de la experiencia sino porque validaba y construía el nombre del que firmaba para sus contemporáneos y para la posteridad.

Tal era el caso, en la escritura expedicionaria de los naturalistas y profesores que participaron de la Expedición de Roca y de otras expediciones posteriores. En ellos, la participación en el Ejército Expedicionario así como la escritura en primera persona se apoyaba en la autoridad de sus saberes específicos. El conocimiento de las obras de los grandes autores reconocidos de la ciencia secular y al mismo tiempo, la cita les permitía mostrar una relación de cercanía y de distancia: en qué coincidían con las grandes obras, en qué podían diferenciarse de ellas. Esto último: las diferencias, las revisiones, eran concebidas siempre como fruto de la experiencia *in situ*. Ahora bien si la experiencia era la que validaba la posición personal, la escritura en primera persona será su sostén textual: enunciados que buscaban mostrar diferencias con los grandes modelos científicos concebidos en esa misma geografía, en los años previos a las expediciones argentinas: Charles Darwin, Félix de Azara, Alcides D’Orbigny.



LIT. MADRILEÑA

LA ESCALERA

66 y 67

En *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro* de Manuel J. Olascoaga. Buenos Aires, Imprenta de Ostwald y Martínez, 1880. (Bibliothek Ibero-Amerikansches Institut- Berlin).

En el diario de Lorentz encontramos por ejemplo este comentario:

“A juzgar por las impresiones que he recibido en este viaje, creía encontrarme en los más hermosos día del otoño de mi patria. Esto es de importancia, porque es sabido que los climas cálidos enervan y afeminan al hombre quedando inutilizadas las más grandes riquezas que ofrece la naturaleza, mientras que el clima de esta pampa fertilísima, es enteramente a propósito para una raza de hombres que sean, al mismo tiempo, trabajadores, cultivadores, industriales, inteligentes y estudiosos.”¹⁷²

Al modo de la Conquista del Oeste norteamericana, los comentarios del profesor Lorentz, concebían la utopía jeffersoniana del hombre trabajador que cultivaba la tierra y construiría, con su esfuerzo, una nación en el desierto. El estereotipo de que los climas cálidos engendraban conductas indolentes (que había sido tan funcional a los intereses expansionistas y a la cultura del esclavismo) era revisado. En este caso particular, incluso, sustituido por otro: el del granjero-agricultor inteligente.

Operaciones de estas características podían observarse también en la obra de Ramón Lista en la que se alternaba los párrafos del naturalista con la mirada utilitaria que respondía al dictamen del senado citado por Zeballos en *La Conquista de Quince mil leguas*.¹⁷³ Los “he visto”, “he notado”, “no he encontrado” se alternan con una descripción despersonalizada.¹⁷⁴

El yo puramente anecdótico

Remigio Lupo, el cronista del diario *La Pampa*, escribía:

“Le aseguro que al toque de diana no se siente el redoble de los tambores porque es más fuerte el repiqueteo de los dientes de tanto friolento que forma parte de la expedición. Yo, gracias a la previsión de proveerme bien con tanta prenda de abrigo, hasta ahora sólo siento que se me hiela la punta de la nariz y la de los dedos, que no es poco para entretenerme”.¹⁷⁵

¹⁷² DOERING, Adolfo y LORENTZ, Pablo, *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*. Buenos Aires Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca. 1939. pág. 136

¹⁷³ Véase capítulo I.

¹⁷⁴ Véase Ramón Lista: *Mis Exploraciones y Descubrimientos en La Patagonia (1877-1880)* en *Obras*. Tomo I, Buenos Aires, Editorial Confluencia, 1998, pág. 122 y pág. 128.

¹⁷⁵ LUPO, Remigio (1938), *La conquista del desierto. Crónicas enviadas al diario “La Pampa” desde el Cuartel General de la Expedición de 1879*. Buenos Aires, Editorial Freeland, 1968, pág. 102

En la prosa liviana y llevadera del único cronista periodístico que acompañó la Primera Columna expedicionaria a floraban este tipo de relatos que constituían escenas de la vida cotidiana en campaña y que contaban pormenores y detalles de los que la mayoría de las obras estatales prescindían. Estos relatos mostraban, por sobre todo, que el periodismo comenzaba a ser un espacio de relatos breves y rápidos, que renunciaba a una objetividad que era imposible, y que podía ser un espacio de escritura diferente a la oficial pero no por ello banal sino abocada a detalles sutiles y gestos puntuales que, con el correr de los años iban a decir mucho más de aquella expedición que toda la retórica institucional.

El yo de la vieja política y del nuevo orden

“Si como debe creerse hay un plan, y se busca uno de los dos términos indicados (ser refiere a encerrar a los indios cortándoles las comunicaciones y a entrar a perseguirlos en el desierto), no vacilo en emitir mi opinión: el primero dará el resultado que anhela, el segundo dará resultados deplorables.”¹⁷⁶

Así se expresaba Álvaro Barros unos años antes de la Expedición al Río Negro. Su obra *Fronteras y territorios federales en las PAMPAS DEL SUR* publicada en 1872 era, como ya expliqué en el capítulo anterior, un estudio de las cuestiones de frontera convertido en defensa personal. Su autor no sólo refería su posición sino todos sus actos públicos haciendo de la mayoría de sus relatos, verdaderas denuncias a instituciones, gobiernos, sectores de poder. Para ello describía sus destituciones, los castigos gubernamentales de que había sido objeto por su conducta: quita o reducción de sueldo, impedimento de participación, cárcel. Se trataba, como lo señalaba la carta-prólogo de Alsina (a quien estaba dedicada la obra) de un lanzamiento de inculpaciones a los gobiernos y el propio ministro le cuestionará esa conducta que califica de excesivamente severa.

Ese tono de Barros no vuelve a encontrarse en los escritos del corpus posteriores a 1875 lo cual indica un mayor acuerdo entre individuos e instituciones y el establecimiento de una prosa cuyos enunciados autobiográficos se aproximaban más a sus enunciados oficiales.

¹⁷⁶ BARROS, Álvaro (1872), *Fronteras y territorios federales en las PAMPAS DEL SUR*. “Estudio Preliminar” de Álvaro Yunque. Buenos Aires, Hachette, 1975, pág. 79.

También podía leerse en los artículos de Alfred Ebelot un relato interesante que refiere el pedido de que una cautiva blanca de seis años fuera devuelta por los indios de Juan José Catriel a sus padres.

“Sus desolados padres (los de la niña), juzgando que yo llegaría casi al mismo tiempo que ellos al fuerte Lavalle me suplicaron que intercediera ante el comandante para que consiguiera la devolución de la niña. Desgraciadamente, el comandante del Fuerte Lavalle era uno de esos viejos oficiales sin más título para un alto cargo que el de una larga y meritoria mediocridad en los grados subalternos. Aún no se había dado cuenta de los cambios sobrevenidos en la política con los indios; no había salido de los tiempos en que sus habituales crímenes se consideraban pura gentileza.”

He aquí cuando el yo interviene para marcar diferencias entre el nuevo y el viejo orden. El yo que encarna la dimensión de la nueva política pero al mismo tiempo su límite, en el mismo interior de la oficialidad del ejército.

En el período de las expediciones, como nunca antes, decir yo para hablar del desierto era hablar a los otros, más que hablar de uno mismo. Y acudir a una meta en común, definir una meta: la avanzada de la civilización, la conquista y colonización de las tierras del desierto para la nación argentina, ante el mundo pero sobre todo ante la amenaza de Chile. Decir yo era casi decir nosotros en una identidad que tenía sus complejidades porque había otros (los indios) que pudiendo haber sido parte de un nosotros, eran “ellos”.¹⁷⁷

Decir ellos era decir: los indios pero también era decir: los chilenos.¹⁷⁸ En el relato expedicionario, el yo organizaba —en efecto dominó— todas las identidades, yo soy yo, o nosotros, ellos son tú o ustedes, ellos son ellos y el que se posicionara con ambigüedades no tendría un lugar en los pronombres de la historia nacional.¹⁷⁹

¹⁷⁷ Alfred Ebelot, *Relatos de la Frontera*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1968. (Traducción de V. D. Bouillon de los artículos que se publicaron en la *Revue des deux Mondes* entre 1876 y 1880).

¹⁷⁸ Como señala Jorge Páez la mayor parte de las tribus de la Araucanía provenían de un tronco mapuche de origen chileno que, tras sucesivas migraciones hacia el este, terminó por instalarse en la Patagonia argentina, (*La conquista del Desierto*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970).

¹⁷⁹ En carta al Arzobispo Aneiros, fechada en Salinas Grandes el 10 de junio de 1873 Bernardo Namuncurá comunica la muerte de Callfucurá. Esta carta muestra cómo las identidades asumidas en un país en formación como la Argentina de entonces no eran sólo una preocupación del gobierno, de las expediciones o de los cristianos: “Mi muy respetable Sr. Obispo Diocesano de la tierra, por ésta logro oportunidad de escribirle al Sr. Ilusmo. Y aserle saber qe yo soy el escribano de este desierto qe ase mas de dies años qe estoy en esta parte de la Argentina, yo soy chileno, mi Padre es Cacique y yo indio y lo mismo mi Padre y mi Madre es indio, i para qe el Sr. Ilusmo se me entere, mi ermano carnal se presenta ante qien lleva mis pasaportes qe me an dado en mi república (extendidos en Valdivia en 1865).” Citado

CAPÍTULO III

Instituciones, expedicionarios y libros: la escritura por encargo.

El Estado editor

Existen numerosos ejemplos de cómo el estado y las instituciones incentivaban, controlaban y promovían las actividades vinculadas al tema de la frontera. A su vez, es evidente el impacto que este hecho tenía en las páginas mismas de las obras escritas por los expedicionarios. La verdadera función del estado y las instituciones en los escritos de la frontera se producía, en la mayoría de los casos, en el momento del encargo de la obra y éste se describía en una serie de textos que funcionaban como su presentación. La escena del “encargo” materializaba esa relación contractual entre escritores de la experiencia, instituciones que regulaban esa escritura y exigencias de los lectores y, en el interior de las obras, podía leerse en los prólogos, en las cartas, en las Introducciones. Era en ese espacio textual donde podía verse el cruce entre el poder y las prácticas culturales: el espacio en el cual se exhibían los contratos. ¿En qué consistían estos encargos que derivaban en acuerdos y que formulaban toda una “negociación” vinculada a la escritura, edición y promoción de libros? Para responder a esta pregunta es necesario pensar en la forma en que se concebían las disciplinas y los campos del saber en el último tercio del siglo XIX.

La publicación y circulación de las obras expedicionarias va a coincidir con un entramado complejo de la Buenos Aires de entonces: las campañas de alfabetización, el surgimiento de la prensa periódica, el surgimiento de la literatura popular, el surgimiento del género novela, la ampliación del público lector, la transformación de la cultura letrada (ya no se trata de un sector homogéneo y de una minoría social sino de un grupo plural y escindido, definidos por dos circuitos de consumo, uno culto y el otro popular), la autonomización de la literatura, la consolidación de un campo literario moderno (escritores profesionales y editoriales) y el impacto que produjo el éxito descomunal del *Martín Fierro* de Hernández.

El Estado, alrededor de 1870, ensayaba una práctica editora rudimentaria que luego fue dando lugar a una política editora de obras específicas. *Cuestión de Indios*, el opúsculo de 1862 de Santiago Arcos instalaba el tema de la frontera entre las preocupaciones políticas de

por Juan Guillermo Durán en su edición de Estanislao Zeballos *Episodios en los Territorios del Sur (1879)*. Buenos, Aires, El Elefante Blanco, 2004, nota 505, pág. 474.

entonces, los escritos de Nicasio Oroño venían en esa misma dirección a alertar sobre la cuestión, así como los primeros trabajos de Álvaro Barros. Pero será recién, unos años más tarde, cuando Roca encargue a Zeballos lo que luego será *La Conquista de Quince Mil Leguas*, cuando el estado y sus instituciones comiencen a mostrar una intervención específica en la etapa de producción de esos libros. *La Conquista de Quince mil leguas* va a ser una obra comprada, distribuida entre bibliotecas y oficiales del ejército y re-editada por el estado. Es decir, el tema de la frontera y de una eventual expedición definitiva no sólo se imponía como hecho, también se escribía. Y en esa escritura de individuos particulares, el Estado y las instituciones harían lo suyo. Al principio será de una manera rústica pero luego habrá un gesto decidido que formará parte de programas acabados. La práctica editorial será relevante en la configuración de una imagen de nación y en el poblamiento y colonización de la nueva nación modernizada.¹⁸⁰

La relación entre el carácter institucional de este tipo de escritos y la autonomización de la literatura como esfera independiente que tenía lugar por esos mismos años, complejizaba el campo en el que estas obras iban construyéndose. Mientras, en el campo intelectual, se estaban separando política y literatura, este conjunto de obras, que estaba escribiéndose y dándose a conocer, iba mostrando ese mismo proceso: de obras muy políticas como las de Barros o Zeballos a obras de corte literario autobiográfico o literario periodístico como las de Payró, Daza, Lupo, pero que no perdían la vinculación con un acontecimiento estatal: la *Conquista del Desierto*. A su vez también en este proceso interno, que, en el caso de este corpus de narrativa expedicionaria comprendía unos 30 años aproximadamente, se ilustraban posiciones que iban desde el autor como representante acabado del estado hasta el autor opositor. Autores con el estado o contra el estado, en una dialéctica que iba prefigurando la profesionalización de los intelectuales o el surgimiento de los liberales reformistas.¹⁸¹

Los géneros característicos de la política, aquellas prosas de combate, panfletarias irán paulatinamente desapareciendo para dar lugar a otros géneros atravesados por cuestiones artísticas, estatales e incluso de mercado. Pero como en los primeros, los géneros de la

¹⁸⁰ Ya desde el gobierno de Sarmiento se había organizado por ejemplo una Comisión de Bibliotecas Populares con filiales en el interior del país destinada a difundir libros. (Véase Alberto Lettieri *La República de las Instituciones. Proyecto, desarrollo y crisis del Régimen político liberal en la Argentina en tiempos de la organización nacional (1852-1880)*. Buenos Aires, El Quijote Editorial, 2000, Pág., 60.

¹⁸¹ Véase *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina (1890-1916)* de Eduardo Zimmermann y *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado* de Miguel Dalmaroni. Así como también *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* de Federico Neiburg y Mariano Plotkim (compiladores).

modernidad aspirarán a ser siempre proveedores discursivos o espirituales de las políticas del Estado en lo que respecta a valores, creencias, imaginarios de identidad y modelos de lengua (Dalmaroni, 2006, 35).

La mayoría de los textos vinculados a la *Conquista del Desierto* se escribían por encargo. Esta modalidad ponía en funcionamiento múltiples instancias que influían en la escritura del viaje. Existían: un sujeto que demandaba la escritura del texto, un sujeto que efectivamente lo escribía, intermediarios entre ambos, informantes diversos que aportaban elementos para esa escritura, exigencias del espacio de publicación y diversos lugares desde el que los múltiples lectores abordaban estas obras.¹⁸² Entre el deseo o la necesidad de contar anécdotas y la documentación precisa, el entretenimiento y la puesta en escena de saberes específicos, estos relatos configuraban materiales operativos y una narrativa que proveía imágenes de nación en el desierto.

La escritura por encargo evidenciaba un juego entre pensadores y hacedores. No siempre estas funciones estaban prolijamente separadas pero los escritos que se producían como resultados de una experiencia de viaje evidenciaban marcas de “instrucciones previas” o eran sometidos a un juicio de valor por parte de otros que no realizaron el viaje. Jefes de estado, ministros, directores de periódicos influyentes, directores y presidentes de sociedades científicas eran lectores activos de estas obras y también, de alguna manera, sus hacedores.¹⁸³

Ahora bien, se planteaba entonces la cuestión de que la intervención de los otros era vivida como un reconocimiento a las dimensiones públicas y hasta históricas de la obra –más que como un ataque a las libertades del autor-. Durante las dos últimas décadas del siglo XIX, explica Miguel Dalmaroni “se inicia un proceso por el cual, hacia los dos primeros decenios del siglo XX, textos, poéticas y escritores que desempeñan en Buenos Aires algunos de los papeles principales de la discusión cultural, desean, reclaman e imaginan su propia justificación social en términos de la funcionalidad que representan específicamente para el Estado modernizador a cuyas demandas responden mientras imaginan que las diseñan, ciertos literatos

¹⁸² Todas estas instancias de construcción del texto los convertían en verdaderos objetos culturales,

¹⁸³ “No se trata exactamente de una repetición del tópico del gobierno de la ciudad por los poetas, sino más bien de una concesión que lo corrige al destinar para el jefe de Estado o el hombre de acción un suministro espiritual imprescindible que sólo el escritor-artista moderno, su ventrilocuo podría proporcionarle”. Dalmaroni, op. cit.

que ya no son generales, ministros, presidentes ni embajadores, se hacen pedagogos del nacionalismo del Estado o de los saberes del buen gobierno para convertirse en los escritores que demanda el arte y que el mercado –suponen- debería promover: se trata, por supuesto, de un mercado que se asemeja muy poco al mercado real de impresos que está ganando en las calles a los nuevos lectores, porque se desea como cultura en tanto espacio propio de la deliberación ciudadana, según un modelo social general comprometido directamente con el Estado liberal moderno”.

Propongo leer la narrativa expedicionaria de la frontera como parte de la génesis de ese proceso descrito por Dalmaroni. Los géneros de la política, los géneros de la modernidad artística, los géneros de la modernidad estatal, pueden filiarse, entre otros, con los géneros de la guerra de frontera, géneros que el Estado de los años 60 y 70 del siglo XIX -embrionario o consolidado- concibió, validó o acompañó –en tanto campo de producción simbólica- en el proceso de consolidación de una identidad propia. Paulatinamente, las instancias específicas de selección y de consagración de las obras fueron colocadas en situación de competencia por la legitimidad cultural.¹⁸⁴

El *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, dirigido por Estanislao Zeballos, incluía en el Tomo I de 1881 una conferencia del General Conrado Villegas. Esta exposición de uno de los oficiales más importante de la Expedición al Río Negro de 1879, era ofrecida en el marco de una Sesión Extraordinaria el día 29 de julio con el objeto de que Villegas diera testimonio, relatar y describiera la expedición geográfico-militar posterior a la ocupación de Río Negro, a la Patagonia Septentrional, expedición que estaba encargada y financiada por el gobierno de Roca. La relación de Villegas correspondía a la del viajero especializado que iba dando testimonio de su experiencia frente a un auditorio ávido:

“Con íntima satisfacción y al mismo tiempo lleno de honor por el recibimiento que en este momento me hace el *Instituto Geográfico*, voy a exponer en breves términos mi campaña a Nahuel Huapi, una campaña que no es todavía de resultados verdaderamente positivos, pero que nos ha preparado un ancho campo para el

¹⁸⁴ Bourdieu, Pierre, “Campo intelectual y proyecto creador” en *Problemas del estructuralismo*. México, Siglo XXI, 1967.

porvenir. Estoy completamente reconocido (sic) y me siento honrado en este instante por la preferencia que conmigo se ha hecho, y, en mi persona, al Ejército Nacional.”¹⁸⁵

En sus palabras iniciales Villegas hacía notar que era consciente de que con esa conferencia en el Instituto, representaba cabalmente al exitoso Ejército civilizador sino también a un círculo mayor integrado por militares, científicos, políticos, expertos cuya legitimidad no era exclusivamente militar. Pero lo interesante es que esa publicación del *Boletín* estaba presentada con todas las marcas explícitas de una verdadera *performance* de consagración. En principio se aclaraba que era una conferencia tomada por taquígrafos. La transcripción oral iba acompañada de una serie de acotaciones que relataban el desarrollo del acto, en su impronta teatral, con sus pormenores: “el señor Dr. Zeballos abrió el acto con las siguientes palabras”, “el general Villegas estrecha la mano al Presidente del Instituto y enseguida tomó la palabra”. Sucesivas veces entre paréntesis, se van registrando respuestas del auditorio del tipo: “risas” o “aplausos”. ¿A qué vienen estas marcas externas al texto transcrito de Villegas? Es evidente que lo que el *Boletín* ofrecía a sus suscriptores de entonces no era sólo un texto sino un acto.

Los espacios de consagración intelectual y artística, tales como las academias y los salones y los espacios de consagración y difusión cultural tales como las imprentas, las casas editoras, los teatros, las asociaciones culturales y científicas, configuraban -a medida que el público se extendía y se diversificaba- un campo intelectual como un sistema cada vez más complejo y más independiente de las influencias externas. La función del mecenazgo había sido reemplazada por la función del editor. La autoridad de los editores derivaba de la autoridad que tenían, en otras épocas, los mecenas. En la Argentina, la figura del protector cultural fue muchas veces el editor (el legendario Carlos Casavalle cumplió en los años 80 esas funciones, así como también la cumplían Alberto Navarro Viola, Ernesto Quesada o Miguel Cané) pero el género propio del protector cultural fue la crítica, en tanto cumplía su misión de guía y estímulo. Como señaló Sergio Pastormerlo esa misión era “un signo y un deber de clase:

¹⁸⁵ *Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Publicado bajo la dirección de su presidente Dr. D. Estanislao S. Zeballos.* Tomo I. Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico a vapor de La Prensa, 1881. Pág. 36. Una lectura del índice nos permite observar los géneros publicados por el Boletín: noticias geográficas, exploraciones, láminas litográficas, cuadros, descubrimientos, notas, actas y procedimientos, apuntes históricos, cartas, bibliografías, excursiones y memorias así como también los nombres de los autores que conformaba, en la década del '80, el cuerpo de especialistas y expertos, muchos de los cuales habían formado parte de la expedición de Roca, o habían escrito materiales para la misma, o incluso habían trabajado en relevamientos post-expedicionarios. Tal es el caso de Ramón Lista, Estanislao Zeballos, Carlos Moyano, Federico Host, entre otros.

un signo de nobleza y un “nobleza obliga”, ante la insuficiencia de los estímulos materiales pero también como un modo de educar el gusto”.¹⁸⁶

El hecho de que Julio A. Roca, ministro o presidente, pudiera intervenir en el armado y contenido de las obras pero sobre todo ser, por excelencia, su interlocutor privilegiado, recuerda la función que los mecenas habían tenido en el origen del oficio editorial.¹⁸⁷ La función de “corregir” una obra, no estaba mal vista. Mitre, Avellaneda, Roca podían y hasta sentían que debían intervenir en la construcción de los escritos sobre la frontera, la conquista y el poblamiento. En ellos se materializaba un sistema de producción intelectual pero todavía perduraba la idea dieciochesca de que los mecenas “purifican el estilo” y sin saberlo, en la mecánica de las obras por encargo que incluían siempre una carta-prólogo con los comentarios del interlocutor estatal, quienes encargaban la obra y quienes la realizaban, fueron bosquejando una representación social de esas obras y su armado, una representación de sus características típicas. Las páginas de *La conquista de quince mil leguas* de Zeballos ofrecían una muestra cabal de esa situación: el Senado configuró una suerte de “instructivo” a partir del cual, de ahí en más, las obras debían escribirse para proveer información y relatos acertados. A su vez, el editor podía utilizar la representación pública previa de una obra, por ejemplo, la retórica de la ideología del progreso o de la gesta patriótica, para lanzar una obra.¹⁸⁸

Se sigue de ello que la relación que el autor mantenía con su obra estaba siempre mediatizada por la relación que mantenía con el sentido público de su obra, sentido que se le

¹⁸⁶ Pastormerlo, Sergio, “1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial” en de Diego, José Luis, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2006.

¹⁸⁷ Señala Pierre Bourdieu que el poeta Alexander Pope, que era considerado notable en el siglo XVIII, leyó su obra maestra, una traducción de Homero que sus compañeros consideraban una maravilla, a su patrón Lord Halifax, en presencia de una numerosa concurrencia y, según Samuel Jonson, aceptó sin protestar las modificaciones que le sugirió el noble señor. Tales prácticas no eran excepcionales.

Bourdieu, *op. cit.*

¹⁸⁸ Sigo la conceptualización de Pierre Bourdieu: “El sentido público de la obra, como juicio objetivamente instituido sobre el valor y la verdad de la obra (con relación al cual todo juicio de gusto individual se ve obligado a definirse) es necesariamente colectivo. Es decir, el sujeto del juicio estético es un “nosotros” que puede tomarse por un “yo”: la objetivación de la intención creadora, que podría denominarse “publicación” (entendiendo con ello el hecho de “volverse pública”) se realiza a través de una infinidad de relaciones sociales específicas, relaciones entre el editor y el autor, relaciones entre el autor y la crítica, relaciones entre los autores, etc. En cada una de estas relaciones, cada uno de los agentes empeña no solamente la representación socialmente constituida que tiene del otro término de la relación (la representación de su posición y de su función en el campo intelectual, de su imagen pública como autor consagrado o maldito, como editor de vanguardia o tradicional, etc.) sino también la representación de la representación que el otro término de la relación tiene de él, es decir, de la definición social de su verdad y de su valor que se integra en y por el conjunto de las relaciones entre todos los miembros del universo intelectual. Bourdieu, *op. cit.*

recordaba a raíz de todas las relaciones que mantenía con los autores miembros del mundo intelectual, y que era el producto de interacciones infinitamente complejas entre actos intelectuales, como juicios a la vez determinados y determinantes sobre la verdad y el valor de las obras y de los autores. Algunas relaciones sociales fundamentales se encontraban a partir del momento en que existía una sociedad intelectual dotada de una autonomía relativa respecto a los poderes políticos, económico y religioso: relaciones entre los creadores, contemporáneos o de épocas diferentes, igual o desigualmente consagrados por diferentes públicos y por instancias desigualmente legitimadas y legitimantes, relaciones entre los creadores y las diferentes instancias de la legitimidad, instancias de legitimación legítimas o que pretendían la legitimidad, academias, sociedades de sabios, cenáculos, círculos o grupos minúsculos más o menos reconocidos o malditos, instancias de legitimación y de transmisión como las revistas científicas, con todos los tipos mixtos y todas las dobles pertenencia posibles. (Bourdieu, 29).

Ese proceso de autonomización de la sociedad intelectual se da en la Buenos Aires del siglo XIX a partir de los años '80. De modo que las obras de la narrativa expedicionaria ya escritas o que se estaban escribiendo en el momento en el que este desarrollo tenía lugar, entraban en un entramado mucho mayor que el de narrar el acontecimiento, motivo primero de su existencia. Se trataba entonces de narrar la conquista de Roca, los hechos que reconocían la heroicidad del general expedicionario y luego presidente de la nación y la heroicidad del Ejército Nacional. Pero el relato de ese acontecimiento va quedando cada vez más acotado y esas páginas abordarán temas generales de frontera, de poblamiento, de problemas limítrofes, de soberanía, de acciones de estado, de cuestiones científicas vinculadas a prácticas post-expedicionarias (tales como la conformación de museos o la participación en Exposiciones Universales) así como el hecho de que esas obras serían además un acervo de lectura geográfica amena, con cierto grado de exotismo, en la línea de una literatura de viajes cuyo mercado en las librerías de Buenos Aires iba a ser cada vez más importante. Es por esas razones que este corpus –el de narrativa expedicionaria– no está reducido a contar la conquista del desierto sino a proyectar una mirada.

La relación que los autores mantenían con las instituciones que los avalaban y los proyectaban estaba mediatizada por la posición que ocupaban en el campo intelectual en función de la cual se sentían autorizados a reivindicar esa pertenencia, tal era el caso de Zeballos o inclinados a repudiarla, como Álvaro Barros o a presentarla con cautela, como Manuel Prado.

Autobiografía y edición: el contrato

En el capítulo anterior, para pensar la escritura en primera persona de los textos vinculados a la conquista del desierto argentino en el siglo XIX, a partir de la conceptualización sobre autobiografía del crítico francés Philippe Lejeune, se podía observar que la idea de contrato no sólo definía la escritura de los textos expedicionarios sino también sus mecanismos de legitimación y sus circuitos de lectura.

En 1975, Lejeune había publicado *Le pacte autobiographique*. El trabajo, admirado y criticado era uno de los primeros de una larga serie de estudios sobre la autobiografía formada por reflexiones teóricas y análisis críticos. Lejeune fue uno de los fundadores de los estudios modernos sobre la autobiografía.¹⁸⁹ Su trabajo -en palabras de Paul Eakin- fue un “objeto primario para una investigación cultural histórica”. Leer a los autores que tuvieron intervenciones decisivas en el campo de los estudios sobre la autobiografía significó -para los estudiosos del tema- ir de la pregunta ¿de qué manera un texto representa a un sujeto? a la pregunta ¿esa representación es posible? Los comienzos del debate sobre la problemática de la autobiografía, sobre todo los que organizaba Lejeune, concentraban gran parte de sus entramados en la idea de un contrato. Lejeune señaló que el género se definía menos por los elementos formales que lo integraban que por el “contrato de lectura”. Diez años después en *Moi aussi*¹⁹⁰ revisará el uso del término y explicará que la palabra contrato le resultaba “prosaica” y “de notarios” y que “pacto” es la palabra que lo seduce porque evoca lo mitológico (el pacto con el diablo donde se moja la pluma en la propia sangre para vender el alma) y hará una importante revisión de su propia teoría en referencia a la idea de contrato. En lo del notario las partes involucradas firmaban un mismo contrato en un mismo instante pero no era así en la lectura de la autobiografía -explicaba el crítico francés- porque los lectores podían adoptar diversas modalidades de lectura diferentes a la que se les sugería. Esta revisión, si bien corrige algunas de las perspectivas enunciadas en su libro en 1975, contribuye a consolidar su abordaje original.¹⁹¹

¹⁸⁹ Lejeune, Philippe, *Le pacte autobiographique*. Seuil, París 1996 (1975).

¹⁹⁰ Lejeune, Philippe *Moi Aussi* Colección Poétique, Seuil, París, 1986.

¹⁹¹ Sorprende esta mirada despectiva de la palabra contrato en un crítico francés que no era ajeno a la vasta y legendaria tradición de esa palabra en la historia cultural revolucionaria de Francia.

Aquellos términos contractuales a partir de los cuales Lejeune había intentado explicar el funcionamiento del sistema abrieron un campo de sucesivas interpretaciones y al mismo tiempo fueron duramente cuestionados.

El contrato Roca- Zeballos al que me he referido ya varias veces en esta investigación ofrece una escena en la que Roca pide a Zeballos que redacte capítulos sobre los antecedentes de la ocupación del Río Negro y otros datos históricos y científicos para ser leídos por los Jefes y oficiales del Ejército expedicionario. Pero no es el único ejemplo de mecanismo contractual: Avellaneda promueve el viaje de Francisco P. Moreno y los diputados Gallo, Balsa y Cané presentan un proyecto al Ejecutivo para que el Estado compre 500 ejemplares del libro que se escribe luego de esa expedición y éste sea entregado en bibliotecas del país y de otros países y en Sociedades geográficas nacionales e internacionales para que sea leído como material de divulgación científica. El periódico *La América del Sur* pide a Monseñor Antonio Espinosa que envíe crónicas sobre la Expedición para ser publicadas en el diario y leídas por sus lectores habituales y la *Revue des Deux Mondes* designa corresponsal a Alfred Ebelot y le solicita artículos sobre el problema de la frontera argentina. Asimismo Remigio Lupo es solicitado como cronista periodístico del diario *La pampa*.

Estos libros de la narrativa expedicionaria y muchos otros eran el resultado de un contrato previo. El contrato previo era un hecho real que propiciaba el proceso de la escritura, pero ese contrato estará también presente en la urdimbre de cada una de esas páginas con un funcionamiento específico, interviniendo en las relaciones entre el narrador, el personaje y el autor (como la perspectiva inicial más funibunda de Lejeune lo había planteado en 1975).

Cuando Lucio V. Mansilla contaba en su *Excursión a los indios ranqueles* que el coronel Mansilla discutía el Tratado firmado por los indios en 1871, señalaba al cacique Mariano Rosas que el Tratado sería cumplido por él pero debía explicar también que sería cumplido por cualquier coronel o general del ejército mientras tuviera vigencia. Es decir, ponía en escena no sólo la existencia de dos lógicas sino también la impronta que el nombre propio dejaba en la experiencia contractual y cuáles eran sus implicancias y consecuencias.

“(les expliqué que) Que la paz era hecha conmigo, que yo era un representante del Gobierno y un subalterno del general Arredondo, mi jefe, con cuyo permiso me hallaba entre los indios; que no creyesen, si otro jefe me reemplazaba, que por eso la paz se había de alterar, que ese jefe tendría que cumplir el tratado y las órdenes que el

gobierno le diera, que ellos estaban acostumbrados a confundir a los jefes con quienes se entendían con el gobierno...” (*Una excursión a los indios ranqueles*, Lucio V. Mansilla)

192

Mansilla condensaba en ese relato la operatividad y al mismo tiempo los límites del yo. En su escena construía un cacique que percibía las diferencias entre la representatividad del estado y la representatividad de Lucio Victorio Mansilla.

A su vez, en el caso de estas escrituras en primera persona y más allá del gesto de la demanda o de la figura del texto por encargo, en el anhelo por responder y engendrar autobiográficamente la ilusión de referencialidad, estos textos evidenciaban un trabajo con la ficción. Paul de Man sostenía que el sentido de narrar la propia historia provenía de la necesidad de dotar de un yo, mediante el relato, a aquello que previamente carecía de yo. El yo no es así un punto de partida sino lo que resultará del relato de la propia vida.¹⁹³ El pasaje que va de a la promesa contractual a la identidad ontológica del yo del autor, es el pasaje que va de Lejeune a De Man. A su vez ese pasaje, que se puede encontrar en la historia de los estudios sobre autobiografía, ese mismo pasaje de un yo contractual a un yo prosopopéyico se observa en las zonas autobiográficas de los textos expedicionarios.¹⁹⁴ Un contrato implicaba reglas explícitas fijadas y reconocidas de común acuerdo por autores y lectores (en lo del notario las dos partes firman el mismo contrato en el mismo instante) pero en la narración no era así. La autobiografía expedicionaria fuera o no literaria creaba una ilusión, era un acto de comunicación y el contrato no era solamente su condición de lectura sino que además se explicitaba en él. La autobiografía incitaba al lector a entrar en el juego y a dar la impresión de que había un acuerdo de partes pero se sabía bien que el lector podía adoptar una modalidad de lectura diferente a la que se le sugería: productor y consumidor podían tener distintas prácticas *estratégicas* o *tácticas*.¹⁹⁵ Lejeune imaginó sobre la forma de un contrato único, un doble

¹⁹² MANSILLA, Lucio Victorio, *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Colección Austral Espasa Calpe, 1993.

¹⁹³ Paul De Man, “Autobiography As De-Facement» en *The Rethoric of Romanticism*. New York, Columbia University Press. 1984

¹⁹⁴ No me interesa hacer una lectura de la historia de los estudios sobre autobiografía de tipo evolucionista (a partir de la cual Derridá habría “superado” a Gusdorf o Paul de Man a Starobinski). Por eso, a pesar de las duras objeciones que hizo De Man a Lejeune el uso que yo hago de las teorizaciones de ambos, prescinde de ese cuestionamiento.

¹⁹⁵ Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996, Pág. 40.

proceso: el compromiso y el sistema de presentación elegido por el autor y el modo de lectura elegido por el lector.¹⁹⁶

¿Cómo se leía la autobiografía de un expedicionario entre 1870 y 1900? Muchos de los textos tenían públicos acotados, sobre todo en el caso de las obras de la oficialidad militar. Las obras de Racedo, Villegas, Olascoaga eran leídas con fines exclusivamente técnicos y utilitarios. Pero había un grupo de obras, tales como las de Ebelot, Moreno, Zeballos, Payró, Gutiérrez, Lupo y Prado que trascendieron este acotado círculo porque llevaban al público burgués de Buenos Aires, las peripecias de los aventureros, las heroicidades de los “conquistadores del desierto” y los conocimientos de los expertos.

De acuerdo a la conceptualización de Lejeune –y sobre esto ha habido en general acuerdo en el marco de los estudios sobre el tema- el autor de la autobiografía no es una persona sino un personaje que escribe y publica. Las formas del pacto autobiográfico son muy diversas, pero todas manifiestan la intención de honrar la firma de quien escribe. Aunque haya algunas autobiografías en las que el personaje se parece al autor y otras en las que el personaje presenta diferencias con el autor, de todos modos, el tipo de contrato entre autor y lector es el mismo. Aventureros, comandantes o expertos, los autores del relato expedicionario conocían las reglas de circulación de un tipo de narrativa que no se legitimaba sólo por ofrecer una buena escritura sino por la proximidad a los circuitos de consagración propios de la Buenos Aires de entonces.

Como el sujeto profundo de la autobiografía es el nombre propio, la escritura en primera persona hace que el texto en sí mismo pueda ser leído por el nombre propio del autor en su forma textual o referencial. Si esta referencia es indudable, es porque está fundada sobre dos instituciones sociales: el estado civil, el contrato de edición. La autobiografía expedicionaria era un modo de escritura que producía un efecto contractual históricamente variable. Si se definía por algo exterior al texto no era por la semejanza entre el sujeto del texto y la persona real sino por el tipo de lectura que proponía.

Prólogos y dedicatorias: espacio de una relación contractual de partes

¹⁹⁶ Lo cual no modificaba su cuadro pero imponía una descripción más fina a partir de tres puntos: 1. aquello que se llama autobiografía puede pertenecer a dos sistemas diferentes: referencial real (el compromiso autobiográfico tiene un valor de acto) y literario (la escritura imita el primer sistema). 2. La intención inicial del autor es distinta a lo que el lector le atribuirá. 3. Pueden existir distintas interpretaciones del contrato propuesto.

La mayor parte de las obras expedicionarias contenían en sus primeras páginas textos breves: cartas que funcionaban como prólogos, dedicatorias, agradecimientos. Esos textos eran útiles a sus autores para exhibir relaciones y pedir “indulgencia” y cumplían diversas funciones de presentación de la obra y de quien o quienes la firmaban. El conjunto de estos textos breves constituía, sin lugar a dudas, la zona que presentaba con más volumen la génesis contractual de esta narrativa. En estas cartas se exhibían las relaciones de poder, de mecenazgo, las posiciones políticas, allí estaba presente la marca oficial o institucional pero también la conformación del nombre propio y de la imagen del autor.

A continuación me detendré en algunos textos en particular que ofrecen buenos materiales para pensar estas cuestiones.

Álvaro Barros: El ocaso de la lectura política de la frontera

En 1872, el entonces coronel Álvaro Barros publicaba sus *Fronteras y Territorios Federales de la Pampas del Sur*. El libro, uno de los primeros que encabezaba el conjunto de libros dedicados al tema de la frontera estaba dedicado al ministro Adolfo Alsina y contenía tres textos que encabezaban el cuerpo de sus 12 capítulos: la “Dedicatoria” de Barros, la carta de agradecimiento de Alsina y una breve “Introducción” de Barros. El libro entonces se presentaba enmarcado por la relación entre Barros (el que dedica la obra) y Alsina (el que la reconoce como una obra valiosa), escritor y legislador, entendido y ministro.

La “Dedicatoria” de Barros hacía una fuerte apuesta a enfatizar el concepto de verdad histórica: “separar héroes de impostores” será su cometido. Para ello señalaba el papel que las instituciones debieron haber tenido y el papel que efectivamente tuvieron:

“Los errores de nuestros hombres del pasado pudieron ser fecundos en males que debieron cesar con el triunfo de las instituciones, pero bajo el imperio de estas, nuevos y mayores males han venido a desarrollarse”.¹⁹⁷

Una vez que Barros había localizado y diagnosticado el problema, a continuación, ejemplificaba con sucesivos hechos políticos: la revolución de 1810, las alianzas de 1864, la Guerra del Paraguay y la Constitución y finalizaba su dedicatoria ofreciéndole su obra al “ciudadano” D. Adolfo Alsina, obviando voluntariamente su función en el gobierno como Ministro de la presidencia de Avellaneda. El enunciado de la verdad estaría a cargo, según el

¹⁹⁷ Utilizo la edición de *Fronteras y territorios federales de la Pampas del Sur* de Hachette, que contiene un “Estudio preliminar” de Álvaro Yunque.

texto de esta dedicatoria, de un individuo, el individuo Álvaro Barros, enfrentado sucesivas veces a las instituciones que había representado o que respetaba.

Con fecha 11 de mayo de 1872, Adolfo Alsina escribía para agradecer la dedicatoria al "Coronel Barrios" -Alsina no elude el cargo que Barros tenía en el Ejército-. En esa carta puntualizaba varias cuestiones: el hecho de que la obra fuera una de las primeras obras sobre fronteras (sobre esto ya me he referido en el capítulo I) lo cual la disculparía -entendía Alsina- de "apreciaciones erradas" y de "sistemas ineficaces de interpretación". Pero sobre todo el político tomaba distancia de la impronta política de la dedicatoria de Barros y a su vez instruía sutilmente al Coronel del Ejército al respecto: "Comprendo perfectamente que su mente no es lanzar inculpaciones ni a los gobiernos, ni a sus agentes, sino seguir una filiación de hechos y de sucesos que le conduzcan a un punto objetivo". A continuación Alsina marcaba un límite preciso: "Creo, sin embargo, que su libro no se habría desmerecido eliminándose la parte política, como también que, en muchas apreciaciones, mostrándose menos severo, se habría presentado más justo a los ojos de sus lectores"

A su desdén por la posición política dura de Barros, Alsina acompañaba una ruta posible: "En lo que usted ha puesto a prueba su propia paciencia, demostrando que escribe empapado en la materia que trata, es en todo lo referente a la geografía y topografía de la pampa, sin que se eche de menos, al mismo tiempo, aquellos conocimientos sobre las condiciones geológicas del desierto, y sin los cuales sería en vano combinar y llevar a cabo un sistema que nos ofrezca el resultado que todos anhelamos. (...) La luz que arrojan los datos geográficos que usted ha acumulado, analizando con claro criterio todo lo que se ha escrito desde que éramos colonia hasta nuestros días, y el fruto recogido sobre el terreno práctico por usted mismo ha de servir, cuando menos, para iluminar la senda en que han de entrar necesariamente los poderes públicos cuando emprendan la obra de asegurar, y no de guardar nuestra frontera"

Geografía, topografía, y geología serán los saberes específicos sobre los que el ministro mostrará interés. De esta manera, Alsina marcaba un derrotero que será luego el de la relación contractual entre instituciones y expedicionarios: el aporte de material científico, geográfico y realizaba una operación de desplazamiento: allí donde Barros ofrecía crítica política él exigía aporte científico. El ministro valoraba del militar su comportamiento de entendido, en claro desmedro de su comportamiento político. El reconocimiento de Alsina no estará sostenido por la formación militar de Barros sino por su experiencia expedicionaria: no había en los años

70 del siglo XIX entrenamiento académico ni especialización de expertos pero había experiencia de campo. Y ésta era suficiente para señalar la necesidad, en adelante, de intervenir en esa formación y en esa especialización. La experiencia en la frontera será el único pivote de legitimación de saberes. Dicho de otra manera: el conocimiento sobre la frontera sólo se produce *in situ*. Unos años más tarde este presupuesto se volvería anacrónico porque los conocimientos de las academias científicas y de los centros europeos del saber podían producir un conocimiento sobre la frontera (geografía, etnografía, geología, flora y fauna) que no estuviera habilitado solamente por la experiencia sino por la frecuentación libresco de las teorías de las escuelas científicas, radicadas mayormente en los centros urbanos. A partir de esos años es posible comprobar que los conocimientos que se producían en la frontera podían también producirse complementariamente en los ámbitos académicos. Con las academias se disciplinaba y se codificaba el viaje, se educaba al viajero, se organizaba su curiosidad y su conducta. Esos conocimientos producidos en la frontera misma o en las academias más tarde tendrán la función de sustentar las funciones del estado por eso las instituciones estatales contribuirán a legitimar socialmente esos saberes.¹⁹⁸

Alsina, ya en la década del 70 es consciente de este proceso y su carta a Barros no es ingenua. En ese desplazamiento que va de la crítica a la zona política del libro al reconocimiento del aporte científico del libro, están cifradas las características del contrato que expedicionarios e instituciones tendrán en los siguientes 30 años: un contrato basado en la demanda, por parte de las instituciones, de información técnica y científica y en la demanda, por parte de los expedicionarios del reconocimiento de su nombre y de la legitimación social de sus acciones y saberes.

En su Introducción Barros escribía “Sin ciencia ni erudición voy a escribir ayudado de los hechos históricos que son incontestables, de las exploraciones científicas que han merecido justo crédito, de las operaciones militares exactamente referidas y apreciadas por sus verdaderos resultados, y de mis estudios prácticos, hechos en distintas épocas en la frontera,

¹⁹⁸ Para un estudio pormenorizado de la relación entre la constitución del saber especializado y la función de los expertos véase la compilación de Federico Neiburg y Mariano Plotkin: *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* y con respecto a la logística del trabajo de campo en relación con el trabajo de gabinete y la presentación de datos: Irina Podgorny y Wolfgang Schafner “La intención de observar abre los ojos. Narraciones, datos y medios técnicos en las empresas humboldtianas del siglo XIX”. En *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Nro. 4, 2000, pp. 217-227.

como poblador avanzado, como jefe subalterno y como jefe superior en dos distintos departamentos durante cuatro años. Como jefe de la frontera del Sud de Buenos Aires tuve siempre a mis órdenes las numerosas tribus del cacique Catriel: restablecí las buenas relaciones con Calfucurá, el célebre diplomático de la pampa en 1865.”

Barros exhibía sus condiciones que eran legitimadas por el lector ministro en la carta que antecedió a la “Introducción”, de modo que el reclamo de las “indulgencias a todos los lectores” no debiera leerse como una falta de condiciones y derechos, sino sólo como la fórmula convencional con que todo narrador viajero pedía a su público, consideración.

Estanislao Zeballos y Francisco Moreno. La legitimación de los saberes específicos.

En 1879, el mismo año que Roca realizaba la expedición, dos obras representaban una cultura contractual clave en la que las relaciones entre instituciones e individuos estaban más aceptadas. *La Conquista de Quince Mil leguas* de Estanislao Zeballos y el *Viaje a la Patagonia Austral* de Francisco Moreno. Ambas obras ya han sido referidas en capítulos anteriores de modo que mi referencia, en este apartado, será acotada.

La conquista de Quince Mil Leguas. Estudio sobre la Traslación de la frontera sur de la República al Río Negro, publicada en 1879 estaba dedicada a los Jefes y Oficiales del Ejército Expedicionario y bajo el Subtítulo de “Documentos Oficiales” contenía una carta de Zeballos fechada en septiembre de 1878 a Julio A. Roca, entonces Ministro de Guerra y Marina, un *Memorandum* del Presidente Nicolás Avellaneda del mismo mes y una carta de Roca a Zeballos. La segunda edición de la obra (que fue casi inmediatamente posterior de agotada la primera) contenía además una Advertencia a la Segunda Edición. De modo que el cuerpo de los 11 capítulos que constituían la obra estaban presentados a través de este conjunto documental de 4 textos. La obra contenía otros textos documentales. Sin embargo, Zeballos decidió darles otro lugar: el del Apéndice.¹⁹⁹

En el caso de la obra de Zeballos, la escena contractual del encargo está relatada por el propio Zeballos en términos de “invitación” a una redacción de “apuntes” sobre antecedentes de la ocupación del Río Negro que funcionaran en forma de síntesis para jefes y oficiales del

¹⁹⁹ El Apéndice de la segunda edición contenía una Carta del Comandante Olascoaga, que a su vez contenía cartas de Bartolomé Mitre y de Wenceslao Paunero, el Mensaje y Proyecto de Roca sobre la traslación de la frontera sur a los ríos Negro y Neuquén del 14 de agosto de 1878 y la propia ley de octubre de 1878. En la primera edición no estaba incluida la carta de Olascoaga (porque había llegado a manos de Zeballos una vez que la obra ya estaba en prensa) y estaba incluida la Memoria de Letelier sobre la frontera con Chile que no se reproducía en el Apéndice de la segunda edición.

ejército. Roca pide entonces a Zeballos esta reseña pero estableciéndole de antemano quiénes serán los lectores y cuál será el uso que se le dará. Le asegura, además, la compra de la edición por parte del Gobierno Nacional.

Así como Alsina había señalado a Barros el carácter científico que tenía – o que debía tener- su obra, Roca producía la misma demanda: la exposición y ordenamiento de conocimientos específicos. Zeballos sabía ya, en los albores de los años 80 lo que Barros sólo intuía: que “las diferencias políticas deben ceder ante los altos intereses de la nación”. De esta manera con esta obra, que resulta un texto de cabecera en la decisión final del proyecto de traslación de la frontera, quedaba conformado el estilo que desde ese momento en adelante deberían tener todas las obras de la narrativa de la conquista del desierto: realizar aportes desde los conocimientos específicos. El uso que el Estado haría de ese colectivo de trabajo no podía ser sino político. Era evidente que con el libro, Roca tenía el objetivo clarísimo -una de las funciones más concretas que tuvo la narrativa expedicionaria previa- de formar a la opinión pública.

El Tomo I de *Viaje a la Patagonia Austral emprendido bajo los Auspicios del Gobierno nacional 1876-1877 por Francisco P. Moreno. Director del Museo Antropológico y Arqueólogo de Buenos Aires y Jefe de la Comisión Exploradora de los Territorios Australes* fue publicado por la Imprenta de la Nación. El tomo II nunca llegó a publicarse a pesar de que el tomo I tuvo dos ediciones en el mismo año. Raúl Rey Balmaceda, basándose en las hipótesis de A. D. Ygibone explica las razones de esta pronta re-edición señalando que en mayo de 1879 los diputados nacionales Gallo, Balsa y Cané habían presentado a la Cámara que integraban un proyecto de ley autorizando al poder ejecutivo a adquirir quinientos ejemplares del libro de Moreno. Ese proyecto había sido sancionado como ley en septiembre. Y esa ley autorizaba la suscripción a los mencionados ejemplares y a doscientos cincuenta del *Viaje al país de los Tehuelches. Exploraciones en la Patagonia Austral* que ese mismo año publicaba Ramón Lista. Los ejemplares debían ser entregados a bibliotecas del país y a las bibliotecas nacionales del exterior, así como a las bibliotecas de las sociedades geográficas. La segunda edición se hacía entonces inminente ante la rápida distribución de la primera.²⁰⁰

La edición de Moreno no contenía cartas, ni documentación oficial. Lo único que antecedía al cuerpo de los 18 capítulos de la obra era un texto breve, a modo de introducción

²⁰⁰ Raúl Rey Balmaceda, “Estudio Preliminar” a la edición de Ediciones Solar (Biblioteca “Dimensión argentina) de *Viaje a la Patagonia Austral* de Francisco Moreno.

bajo el título “Al lector”. La ausencia de exhibicionismo de relaciones se debía a que Moreno subrayaba de ese trabajo su carácter de “diario”, diario con impresiones de viajero. La única cuestión en la que Moreno sí parecía querer formar parte con su diario personal de algo que no era meramente personal era la cuestión limítrofe con Chile: “Chile nos disputa lo que la Naturaleza y la firma de los Reyes ha hecho nuestro”. El pronombre posesivo señalaba un cuerpo de intereses que involucraban a los intereses del estado y de las instituciones pero también al individuo Moreno.²⁰¹

Ramón Lista y Manuel Olascoaga. La exploración, la academia y la función pública

Con las obras de Ramón Lista y de Manuel Olascoaga, el universo de acción y de escritura que dejaban las obras precedentes de Barros, Zeballos, Moreno se define aún más. El estado y las instituciones reconocían y validaban las obras de quienes exploraban *in situ*, o sea de quienes realizaban el viaje tierra adentro, de quienes tuvieran conocimientos científicos previos adquiridos en instituciones argentinas o extranjeras y de quienes luego pudieran intervenir en los círculos gubernamentales de Buenos Aires. De este modo, la función desde la que los narradores expedicionarios validarán sus escritos tendrá una identidad tripartita: ellos serán exploradores, académicos y funcionarios públicos.

El *Estudio Topográfico de La pampa y Río Negro* de Manuel J. Olascoaga fue publicado en 1880 por la Imprenta de Ostwald y Martínez y traducido al francés y al italiano (según Juan Carlos Walther). Fue además premiado por el Congreso Internacional de Geografía en Venecia.

La obra de Olascoaga es una acabada *Memoria militar*. No está organizada por capítulos sino que se presenta al lector como un conjunto de textos en formatos militares: diarios de operaciones, órdenes generales, órdenes del día, instrucciones, partes, telegramas, notas, itinerarios, apuntes topográficos, diarios de marcha, diario de exploraciones y culmina con un Plano de la Pampa y Río Negro. Entonces, a diferencia de las obras antes descriptas, el

²⁰¹ Una divertida situación caracteriza la forma de referencia al nombre de este explorador. La forma más frecuente de mencionarlo es “Perito Moreno” y su nombre suele circular con el segundo nombre de pila abreviado Francisco P. Moreno (una forma habitual de circulación de nombres, como el caso de Roberto J. Payró o de Agustín P. Justo, entre tantos) La coincidencia entre la P inicial del segundo nombre y la p de las funciones que Moreno tuvo en la Cuestión limítrofes con Chile están tan asociadas que es frecuente encontrar la mención a su persona, no como Francisco Pascasio Moreno –tal era su segundo nombre- sino como Francisco Perito Moreno. Nombre propio y función han sido yuxtapuestas en el error.

conjunto de cartas de presentación no se diferencian del cuerpo textual principal. Todas ellas, junto con el Mensaje al Congreso de Roca y la Sanción de la Ley de establecimiento de fronteras (incluidas en la edición) formarán un conjunto documental oficial que será parte del todo y no su presentación independiente.

A diferencia de los libros de Zeballos, Moreno y Lista, el texto de Olascoaga no diferencia entre una zona institucional y una zona de escritura personal sino que es todo un gran y único cuerpo textual oficial-militar. De todos modos, las cartas incluidas cumplen la misma función que en otras obras: validar la obra, legitimar las prácticas, exhibir relaciones, asegurar un público.

Familiares de Olascoaga hicieron conocer años más tarde una carta de Roca que la primera edición de 1880 no incluyó. Esa carta que figura recién en la edición del Círculo Militar de 1930 y que está contenida también en la edición de Eudeba en 1974 era una carta previa, de 1876, en la que Roca respondía a Olascoaga ante unos envíos cartográficos que éste le había hecho. Y le escribía: "Todo es un trabajo muy bueno que alguna vez ha de ser útil al país, si que hasta ver el Gobierno no pueda ordenar una expedición a aquellos parajes. Aún no sé nada qué piensan a este respecto los hombres de Gobierno, principalmente el ministro de Guerra de cuya buena voluntad nada se puede llevar a cabo".²⁰²

Sobre las diferencias entre Roca y Alsina²⁰³ ya se ha hablado mucho pero lo interesante es que la carta de Roca a Olascoaga deja ver que el tema de la traslación de la frontera como empresa militar estatal aún no era central en los programas de gobierno. En sólo dos años Roca logró imponerlo por sobre otros intereses.

²⁰² OLASCOAGA, Manuel J., (1881) *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro*. Buenos Aires, Eudeba, 1974. Pág. 44.

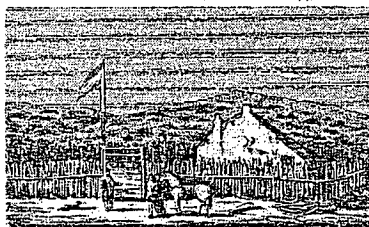
²⁰³ La mayoría de los estudios sobre el protagonismo de ambos líderes en la conquista territorial han esquematizado excesivamente sus posiciones y programas políticos: A Alsina se le ha atribuido una política defensiva y de negociación y a Roca una ofensiva y de exterminio. Algunos estudios más recientes cuestionan esta distribución para demostrar que la de Alsina había sido también una política agresiva de exterminio (Andermann, Jens, "The desert campaign: an essay in segmentarity"). La política de Alsina había sido una política que respondía a la filosofía de la administración borbónica y por lo tanto mucho más próxima a la política de Roca que lo que la historiografía en general ha reconocido. (Silvestri, Graciela, "Errante en torno de los objetos miro. Relaciones entre artes y ciencias de descripción territorial en el siglo XIX rioplatense". En *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Buenos Aires, Eudeba, 2005).

VIAJE
AL
PAIS DE LOS TEHUELCHES

EXPLORACIONES
EN LA
PATAGONIA AUSTRAL

POR
RAMON LISTA
Miembro de varias sociedades científicas

PRIMERA PARTE



BUENOS AIRES

PUNTOS DE VENTA:

LIBRERIA EUROPEA, 242 FLORIDA

LIBRERIAS

DE JOLY Y RENE Y MENDESKY

IMPRESA

de

MARTIN BIEDMA

133 - BELGRANO - 135

1879

Reproducción fiel de cubierta original (1879)

MÉMOIRES

D'ARCHÉOLOGIE

Membre ordinaire de la Société Scientifique Argentine,
correspondant de l'Athénée de l'Uruguay, etc.



BUENOS-AIRES

IMPRIMERIE DE J. PEUSER, SAN MARTIN, 98.

1878

Reproducción fiel de cubierta original (1878)

V I A J E

AL

PAÍS DE LOS ONAS

TIERRA DEL FUEGO

POR

RAMÓN LISTA

MIEMBRO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS,
SECRETARIO GENERAL DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA ARGENTINA
Miembro correspondiente
de la Sociedad Italiana de Antropología y Etnología—de la Sociedad
Geográfica de Roma—Geográfica Comercial
de París— y del Ateneo del Uruguay, etc.



BUENOS AIRES

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ALBERTO NUÑEZ, PIEDAD 17 1/2

1887

Reproducción fiel de cubierta original (1887)

MIS EXPLORACIONES

Y

DESCUBRIMIENTOS

en

LA PATAGONIA

1877 - 1880

por

RAMÓN LISTA

Miembro de la Academia Nacional de Ciencias de la República Argentina, Redactor del Anuario Hidrográfico de la Marina Argentina, Miembro de la Sociedad Científica de Buenos Aires, de la Sociedad Española de Historia Natural, del Instituto Geográfico Argentino, del Ateneo del Uruguay, etc.



BUENOS AIRES

Imprenta de Martín Biedma
Calle Belgrano 133 a 139

En venta en las mejores librerías

1880

Reproducción fiel de cubierta original (1880)

La edición de 1880 contenía la carta que Olascoaga le envió a Roca para presentarle el libro como una “descripción itineraria de la campaña que llevó la línea de frontera militar al Río Negro y estableció el dominio de la civilización en los territorios australes de la República, quebrando definitivamente el de sus habitantes salvajes”. De modo que lo que unos pocos años antes era un tema aún no instalado resultaba una expedición ya realizada que el tono épico, hiperbólico y triunfalista (estamos ante la prosa más triunfalista de este corpus) enfatizaba y presentaba como una práctica civilizadora consumada. Tal es el tono de la carta al flamante ministro de guerra Benjamín Victorica, pues en el transcurso de edición del libro el General Roca se convertía en presidente constitucional.

Pero a continuación la obra no contenía el texto de Olascoaga sino la correspondencia Roca-Alsina de los años anteriores a la expedición. Olascoaga “reproducía” a Roca, era su voz textual, éste ya no era su crítico y lector sino la proyección de su yo.

A continuación Olascoaga transcribía telegramas tomados de diarios y de archivos de telégrafos. El comandante asociaba, en juicio estilístico, el “laconismo” de esa textualidad a la “actividad, inteligencia y pericia” de las prácticas bélicas. Pocas palabras para muchas hazañas parecía ser una fórmula que para Olascoaga resultaba ciento por ciento efectiva. Encontraba en esa textualidad -hija de la tecnología moderna- “un mundo de heroicidades”. En su obra, entonces, los géneros militares quedaban autorizados por sí mismos y autorizaban la función de gran compilador que tendría este Comandante en Jefe que acompañaba la Primera División expedicionaria. Olascoaga ofrecerá entonces al Gobierno, con el cual no tiene distancia, -él es el Estado Mayor Conjunto, es el secretario más cercano de Roca- su *Estudio Topográfico* para ejercer las funciones propias de un estado modernizador: transcribir y compilar.²⁰⁴

La obra de Ramón Lista se caracteriza por la yuxtaposición y la repetición, “desprolijidades” editoriales que eran propias de la época dado que se trataba de escritos polifuncionales. Los apuntes de trabajo podían servir para ser: partes de libros que se editaban posteriormente para un público mayor, parte de publicaciones científicas de las instituciones geográficas, material a enviar a las Exposiciones Universales, material para ser distribuido en escuelas y bibliotecas. De modo que varias veces aparecen extensas zonas publicadas varias veces con diversos títulos o zonas que están contenidas en obras mayores o que están

²⁰⁴ Véase Gilles Deleuze y Félix Guattari en “Tratado de nomadología. La máquina de guerra” en *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, Pre-Textos, 2002 así como “The desert campaign: an essay in segmentarity”.

esbozadas en obras menores y que luego se desarrollan en obras más importantes de edición posterior.²⁰⁵

Los diversos trabajos de Lista, están sin embargo, cuidadosamente dedicados. *Viaje al país de los tehuelches* fue publicado en Buenos Aires en 1879 por la imprenta Martín Biedma.²⁰⁶ El libro comienza explicando que los viajes de Cox, Muster y Moreno incentivaron su deseo de recorrer las tierras patagónicas “tierra misteriosa de gigantes y ciudades encantadas”. Asimismo el éxito de las expediciones de Moreno y de Moyano y el aliento de Karl Burmeister lo llevaron a proyectar un viaje de exploración que necesitaba el aval y el financiamiento de la Sociedad Científica Argentina. Lista incluyó entonces la carta que en 1877 escribía a Guillermo White, presidente de la Asociación Científica: “(...) un viaje de esa naturaleza, requiere en el viajero conocimientos muy variados de las ciencias naturales” y explicaba que él los había adquirido por lo que pedía que la Sociedad científica le diera 10.000 \$ moneda nacional y pidiera al gobierno igual suma. Luego de enumerar los lineamientos científicos del viaje señalaba que éste duraría cinco meses y que no tendría obstáculos dado que contaba con “el carácter generoso y dócil de los indios tehuelches”.²⁰⁷

²⁰⁵ La cuidada edición de 1998 de Editorial Confluencia, a cargo de Jorge Carman ofrece un grado de legibilidad a estos apasionantes trabajos dispersos en diversas bibliotecas argentinas y extranjeras. El *Viaje a los Andes Australes* se publica en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*. El libro refiere un viaje realizado para demostrar la navegabilidad del río Santa Cruz. Tiene formato diario con fechas y es en primera persona. Se publican en enero de 1896, entrega I, tomo XLI. Entrega II, tomo XLI, febrero Entrega III, tomo XLI marzo y lo edita en Buenos Aires la Imprenta de Pablo Coni e Hijos. El índice de los *Anales de la Sociedad científica argentina* permite ver el circuito de producción del saber en el que una obra por entregas, como la de Lista se hacía pública: **Tomo I:** Viaje a los ...Lista 1era parte / Memoria descriptiva del proyecto del Museo Hospital Italiano actualmente en ejecución por Juan A. Buschiazzo / Costumbres y supersticiones de los valles calchaquíes (contribución al estudio del Folk-lore calchaquí) por Juan B. Ambrosetti / Método nuevo y rápido para buscar los errores de cálculo en las planillas de cálculo analítico de las áreas, por C. Paquet / Bibliografía sobre obras publicadas / Movimiento social. **Tomo II:** Carlos Germán Burmeister (biográfica por su muerte) por Carlos Berg / Viaje a los Andes Australes de Ramón Lista / Los cerrillos del Pilar por Enrique Lynch Arribalzaga / Miscelánea. **Tomo III:** Viaje de Ramón Lista (última entrega) / Ciencias naturales por Carlos Berg / Teoría del trazado de ferrocarriles por Alberto Sehneidewind (continuará) / Miscelánea / Movimiento social //.

²⁰⁶ “Este folleto simplemente es una relación sucinta de mis exploraciones en la Patagonia Austral. En el mes de julio próximo publicaré los resultados científicos de mi último viaje” señalaba Lista en el Prólogo. *La Patagonia Austral* fue efectivamente editado con posterioridad en Buenos Aires por la imprenta de La Tribuna.

²⁰⁷ La representación que ofrece Lista de los indios patagónicos, en particular de las parcialidades tehuelches, (a quienes además estudió en sus costumbres, en su gramática de la que fue muy conocedor) pone en jaque la construcción posterior del proyecto de Roca según la cual todos los indios (“el indio” en singular) eran los enemigos de la civilización. Lista presentaba descripciones de indios dóciles que colaboraban con el proyecto de la ciencia y que no veían en las exploraciones del estado argentino, al enemigo potencial.

El contrato que Lista proponía se expresaba en uno de los últimos párrafos de la carta y obedecía a un criterio de intercambio habitual entre viajeros y sociedades científicas de la época:

“Comprendo que es muy justo hacer partícipe a la Sociedad de los resultados de mi exploración, dado el caso que ella acceda a mi petición, me obligo a escribir para ella la relación de mi viaje, y entregar a su Museo la mitad de los objetos que hayan coleccionado.”

Lista incluía también el texto –firmado por White y Zeballos como secretarios- de la Comisión Directiva de la Sociedad que aprobaba por unanimidad su viaje y se comprometía a acompañar el pedido de financiamiento al Ministro de Instrucción Pública.

La Exploración de la Pampa y de la Patagonia publicada por los *Talleres de la Tribuna Nacional* en 1885 relataba un viaje de 1884 y contenía una carta al ministro de Guerra y Marina Benjamín Victorica. Lista era comisionado por el gobierno para explorar los ríos Valchetta y Deseado. Se trata de un viaje posterior a la conquista y no era un viaje militar pero, sin embargo, conformaban la expedición 25 soldados de línea. Aparecía además otra obra, en esos mismos años bajo el título *La patagonia central*.²⁰⁸

Años más tarde, Lista dedicaba *Viaje al país de los onas* (1887) al Vicepresidente y ex ministro de Guerra y Marina Carlos Pellegrini e incluía en la obra, cartas a Mitre, Pellegrini, Roca, Juárez Celman, al director de *La Tribuna Nacional*, al ministro de guerra (1887) Eduardo Racedo. En la Introducción a ese libro escribía:

“El libro que hoy ofrezco al público es el resultado de mis recientes exploraciones en la insular Tierra del Fuego. El lector no encontrará en él bellezas de dicción, ni novelescas aventuras, ni tampoco halagadoras pero engañosas promesas. Es un trabajo modesto y descarado, escrito a fragmentos bajo la tienda de campaña, en medio de la vida incierta y agitada del explorador”

Ya en los albores de los años 90 la legitimidad de la escritura científica expedicionaria permitía al autor exhibir una distancia con la literatura. Relación ésta -entre la literatura y los relatos de exploración- que había sido siempre bienvenida por los lectores. Para evitar la literatura, que ya hacia fin de siglo en los círculos científicos estaba en cierto punto asociada

²⁰⁸ Tuvo en principio el formato de una conferencia dada en la “Sociedad Geográfica Argentina” por su presidente D. Ramón Lista. *Revista de la Sociedad Geográfica Argentina*, tomo II, cuaderno XX, agosto de 1884.

con la fábula y la mentira, Lista ofrecía escritos “verídicos” que “aunque imperfectos” no podrían ser juzgados más que en su función de derroteros de la futura investigación científica.

Roberto J. Payró. La crónica como relato diagnóstico.

En 1898 Roberto J. Payró era enviado por el diario *La Nación* (en donde trabajaba desde 1892) a “Patagonia, Tierra del Fuego e Isla de los Estados”.²⁰⁹ Su función como cronista era recorrer el territorio patagónico en el marco del conflicto de límites con Chile y contar a los lectores del diario, cómo era la vida y el desarrollo de esa región argentina, incorporada “tardíamente” a la nación y tan alejada de la ciudad de Buenos Aires. Su excursión se realizaba casi 20 años después de la *Conquista del Desierto*, entre el 12 de febrero y el 12 de mayo de 1898. El 12 de octubre de ese mismo año Roca era reelecto y comenzaba su segundo mandato presidencial. También en ese mismo año y vertiginosamente, esa experiencia de Payró se convertirá en crónicas primero (del 15 de mayo al 26 de septiembre, en total 96 entregas) y en libro después: la *Imprenta de la Nación* publicará dos tomos, y en el primero será incluida una carta- prólogo de Bartolomé Mitre.

Por sus temas y por el tipo de viaje realizado la obra en dos tomos de Payró forma parte del corpus de la narrativa sobre la frontera y la conquista territorial: cronológicamente es la última. Ofrece una mirada de fin de siglo a las prácticas estatales de conquista y poblamiento de los veinte años previos. Al mismo tiempo, el libro en sí mismo -desde un punto de vista editorial- muestra todos los mecanismos de constitución, circulación, legitimación y consagración que la narrativa de la conquista había ido configurando paulatinamente y a su vez preanuncia nuevos formatos modernos de escritura, hijos del periodismo y de la modernización dando cuenta de las formas en que esta narrativa se había ido integrando a la producción cultural argentina. Los mecanismos de escritura, estatal y autobiográfica, y esas formas de viajar se resumían y se proyectaron en *La Australia Argentina* que fue una obra escrita por encargo y consagrada a través de operaciones institucionales que se habían ido consolidando en los años en que la narrativa expedicionaria iba dando a la luz sus obras más paradigmáticas.

²⁰⁹ Viajaba en el Buque Villarino y Francisco P. Moreno formaba parte de la expedición. Irán juntos a Santa Cruz y allí Moreno ingresará en territorio mientras Payró continuará bordeando la costa hasta el sur.

“Su libro como comentario de un mapa geográfico hasta hoy casi mudo, importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un territorio casi ignorado que forma parte integrante de la soberanía argentina, pero que todavía no se ha incorporado a ella para dilatarla y vivificarla.”²¹⁰

Las palabras de Mitre (director de *La Nación*) en su carta-prólogo describían escuetamente, aunque con gran precisión, la función jurídica estatal específica que se le confería a la literatura en esta obra: tomar posesión del territorio. El conflicto limítrofe con Chile que tenía lugar por esos mismos meses ameritaba un relato que explicara, defendiera, pusiera en escena una posición desde el estado argentino y desde el periódico.²¹¹

Si bien el conflicto con Chile estaba mencionado y sus referencias podían verificarse no sólo en la carta de Mitre sino en el interior de las crónicas, no era el tema central del libro. Payró enviará al periódico el relato de la visita turística de un *reporter* que en el relato de su experiencia describirá el espacio que recorre. Las complejas operaciones de escritura de las crónicas de Payró condensaban gestos e intervenciones que Estado y autor tuvieron en ese contrato producido como resultado de una obra por encargo.

Ante la carrera armamentista chilena por cuestiones limítrofes con Argentina, los relatos sobre la Patagonia cumplían una doble función: no sólo llevaban a Buenos Aires las *divertidas aventuras* del cronista de *La Nación* sino que remitían a un tema candente. La Patagonia, como botín de un programa de conquista y como manifestación concreta de lo que parecía irresoluble.

La carta prólogo de Mitre hablaba de una falta, de un vacío que el libro venía a llenar. El libro, según las palabras del director de *La Nación* imprimiría el sello que lo constituía como un título de propiedad haciéndolo valer más, cometido que por otra parte no parecían cumplir las “páginas sueltas popularizadas por el diarismo” que “no permitían ser leídas con provecho por propios y extraños”. Las palabras de Mitre mostraban el conocimiento que tenía el director de *La Nación* de mecanismos de circulación, publicación y consagración de ese tipo de obras.

²¹⁰ Carta-prólogo de Bartolomé Mitre en Payró, Roberto. *La Australia Argentina. Excursión periodística a las costas patagónicas, Tierra del fuego e Isla de los Estados*, volumen I, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.

²¹¹ Unos años antes, en 1895, Payró había viajado a Chile con motivo de la agudización del conflicto de límites con Argentina.

Asimismo el discurso periodístico tenía un valor institucional importante en la Argentina del siglo XIX como realización escrita de una instancia pública de debate (una tradición que va de Sarmiento a Groussac).²¹² La escritura de Payró no respondía a órganos de facción sino a una metodología moderna y profesional del periodismo de fines de siglo. La función del *reporter* era presentar la temática austral, territorial, económica, demográfica, en el espacio de la prensa cotidiana y en el universo de los lectores. Luego estaba, como también lo señalaba Mitre, la incorporación literaria de la Patagonia, “la toma de posesión en nombre de la literatura de un territorio casi ignorado”. Pero lo interesante era que Mitre además realizaba una evaluación estética del folletín:

“La narración del viaje es amena y animada, las aventuras y las escenas que se suceden le dan a veces el interés de la novela, aunque a veces, también pequen por minuciosas y demasiado largas, defecto fácil de corregir en una revisión. Por último, las descripciones están iluminadas por sorprendentes paisajes, nuevos y llenos de colorido, que se destacan como pinturas en medio de sus páginas y ellas constituyen sus más gratos atractivos.”

Mitre utilizaba criterios nuevos y viejos mezclados para juzgar el texto periodístico de Payró (Sarlo, 1985) Ahora bien, las crónicas de *La Australia Argentina* hacían una fuerte apuesta a favor de los criterios más modernos del periodismo: de allí lo que Mitre señalaba como defectos corregibles del texto, su exceso de narración. Narrar era precisamente lo que el folletín -en la doble acepción del término: como formato periodístico y como forma de novela o crónica- ponía en el centro, pensando en el nuevo público que se incorporaba a la lectura de diarios y en una ampliación de la esfera del viejo público. A su vez hay que tener en cuenta que, como señaló Pastormerlo, el grupo de las imprentas de diarios representaba -en relación con las imprentas de libros- la zona más arcaica del mercado editorial en formación- y su influencia ya era a partir de 1880, residual.²¹³

La descripción de la Patagonia presentaba a Payró varios desafíos. El primero, y quizás el más importante, era el que podría formularse a partir de la pregunta ¿Cómo escribir sobre la Patagonia después de la *Conquista del Desierto*? ¿Qué escribir? Las crónicas expedicionarias

²¹² Para un análisis de las estrategias de Payró en este nuevo periodismo véase el prólogo que Beatriz Sarlo escribe a las *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreyra* de Roberto J. Payró en la edición de la Biblioteca Ayacucho, publicado posteriormente en *Escritos sobre literatura argentina* (Siglo Veintiuno editores, 2007).

²¹³ Sergio Pastormedo, “1880-1890. El surgimiento de un mercado editorial” en De Diego, José Luis, *Editores y políticas editoriales en Argentina. 1880-2000*.

habían configurado la idea de una geografía con importantes recursos naturales y si bien esta narrativa había corroído la idea de un territorio legendario y misterioso, no había logrado desbaratar del todo ese imaginario de las primeras descripciones que mostraban un territorio con una bruma misteriosa, un status de irrealidad, visión alucinada de los relatos de Pigafetta.²¹⁴

El segundo desafío, era la existencia de otro hecho previo: la puesta en marcha del proceso de modernización. El quiebre y los fragmentos de esa modernización que siempre se había percibido a medio camino, validarán un tipo de relato-crónica que podríamos denominar de diagnóstico. ¿Qué es lo que pasó? ¿Por qué? ¿Quiénes son los responsables? Su gesto finisecular consistirá entonces en mostrar los reverses de la modernización a través de una retórica de tribunal:

“Solo la civilización que les ha llevado el alcohol asesino ha podido hacerlos degenerar”

(Pág. 113, tomo I, refiriéndose a los tehuelches)

“Al pasar por Monte Hermoso, alguien me hizo observar que no se veía luz. Ese faro no funciona, en efecto, por consejo del inspector de faros, y a pesar de que el gasto fuera insignificante: un hombre con cuarenta pesos de sueldo y un litro de aceite diario. El telégrafo que lo ponía en comunicación con Bahía Blanca está suspendido también.”

(Pág. 27, tomo I)

El tercero, era el hecho de que Payró, a diferencia de la mayoría de los viajeros ilustrados que habían recorrido el interior del territorio no había viajado aún a Europa. Este sería un viaje final o de cierre en su vida. Por lo tanto, ese itinerario transoceánico –el “prisma de las naciones” en el decir de Sarmiento– que había dado riquísimos materiales a Mansilla, a Zeballos, a Moreno, en Payró no estaba presente en el momento de escritura de las crónicas.

Los viajes previos de Payró configuraban un itinerario por la campaña bonaerense, lo cual resultaba novedoso y permitía leer la dimensión del viaje al sur en la historia de sus propios viajes. A los 31 años Payró ya ha hecho muchos viajes vinculados a su vida privada (traslados, mudanzas) y a su vida laboral como conferencista, redactor y autor de relatos y poemas publicados en la prensa. El listado de esos viajes involucraba localidades de la campaña bonaerense (Bahía Blanca será el referente real de su *Pago Chico* por ejemplo).

²¹⁴ “Cuando se va al sur, aún, el futuro se va deslizando hacia un pasado que ya no ocurrió” escribirá Marcelo Eckhardt en su novela de 1999, mostrando la vigencia de ese imaginario incluso a fines del siglo XX. (*Nítida esa euforia*- Rosario, Beatriz Viterbo, 1999)

REPÚBLICA ARGENTINA

DEPARTAMENTO GENERAL DE INMIGRACIÓN

Comisario general: JUAN A. ALSINA

NOTICIAS ÚTILES PARA INMIGRANTES, TRABAJADORES Y CAPITALISTAS

LA
GOBERNACIÓN DE SANTA CRUZ

PUBLICACIÓN GRATUITA

EN ESPAÑOL, FRANCÉS, INGLÉS Y ALEMÁN

Nº 114

Oficinas del Departamento General de Inmigración

COMISARÍA GENERAL DE INMIGRACIÓN

BOLÍVAR, 756

OFICINA DE TRABAJO Y COLOCACIÓN
EN EL HOTEL DE INMIGRANTES

(Plaza del Retiro)

BUENOS AIRES

Las personas que deseen datos pueden dirigirse por escrito a la Comisaría general de Inmigración.

Reproducción fiel de cubierta original

Los viajes de Payró por la geografía bonaerense le habían permitido ver localidades "semicivilizadas". Los pueblos y las ciudades más pequeñas de la provincia de Buenos Aires ofrecían a fin de siglo una mistura entre un campo con tecnología de agroexportación con pueblos rurales en los cuales la modernización era todavía una cuenta pendiente. Esos viajes previos resultaban un patrón para la mirada desde la que el cronista va a observar la Patagonia. Desde las pampas bonaerenses (pampas de agua llamará más tarde cuando deba referir como cronista las inundaciones dramáticas de 1900 reactualizando aquella metáfora de los viajeros ingleses: *la pampa es como el mar*) Payró deberá embarcarse en el Villarino y pasar a una geografía árida y desoladora, a un clima ventoso y hostil, a unas costas oceánicas salvajes y lejanas, a una estepa a la que el progreso aún y a pesar de todo, no había llegado. El pasaje de una campaña relativamente pródiga y rica a una geografía dura resultará una experiencia de alto impacto. Esto permite leer *La Australia Argentina* como una obra - bisagra en la tradición de la cultura del viaje *tierra adentro*. No sólo por lo que la obra dejaba atrás sino también por lo que la obra proponía a futuro ²¹⁵

En *La Australia Argentina*, Payró, en lugar de reforzar las utopías pre y post expedicionarias, encontraba una posible síntesis que articulaba algunos de aquellos ideales modernizadores (poblamiento, conquista, colonización) con nuevas experiencias excitantes de la vida fuera de la ciudad, excitantes sobre todo para el lector urbano burgués. Payró ofrecía, de esta manera, un "paisaje intermedio" ²¹⁶ que oscilaba entre el salvajismo y el refinamiento. Al

²¹⁵ Los nuevos modos de mirar y de escribir sobre la Patagonia que las crónicas de Payró configuraban pueden encontrarse en las "Notas de viaje" de Ada María Elflein, publicadas en *La Prensa* en 1916 y editadas al año siguiente bajo el título *Paisajes Cordilleranos. Descripción de un viaje por los lagos andinos*, así como en las "Aguafuertes patagónicas" de Roberto J. Payró, publicadas inicialmente en 1934 por el diario *El Mundo* y recopiladas posteriormente por Sylvia Saitta para la editorial Simurg en 1997 con el título *En el país del viento. Viaje a la Patagonia*. En esta investigación no se incluirán estos fascinantes textos, por estar fuera del período estudiado.

²¹⁶ Tomo la expresión de Leo Marx (*La máquina en el jardín. Tecnología y vida campestre*. México, Editores Asociados, 1974) quien estudió el poblamiento territorial en Estados Unidos y denominó "paisaje intermedio" a un tipo de descripción geográfica paisajística que había sido la forma con la que los constitucionalistas norteamericanos habían podido leer el paisaje natural. Leo Marx señaló cómo la teoría del estado intermedio del siglo XVIII reactualizaba en el siglo XIX la polémica entre progresistas y primitivistas para hacer una fuerte apuesta por "la vida primitiva". En el centro del paisaje intermedio Thomas Jefferson había concebido, en sus *Apuntes sobre Virginia*, al agricultor norteamericano independiente, racional y democrático. Sin embargo, la figura de la granja no existía en la Argentina de entonces. Era la estancia la unidad productiva que -con sus específicos sistemas de administración- sustentaba la economía agraria. Tampoco la figura del granjero tenía equivalentes. En la Patagonia de aquellos años había dueños, arrendatarios y peones en una estancia feudal que articulaba claramente las posiciones de clase. Asimismo, no había en la tradición de la literatura argentina una pastoral como sí la hubo en la tradición norteamericana consolidada a fines del siglo XVIII. La gran literatura de la vida

estilo del poblamiento de Estados Unidos de Norte América, en sus crónicas, el pionero -un sujeto al borde de un continente inmenso, prácticamente inexplorado y sin desarrollar- será “granjero” en una sociedad agrícola sin clases. La sintaxis del paisaje intermedio resultaba operativa porque remitía a un debate que la obra de Payró trataba de llevar hasta sus últimas consecuencias: ¿En qué términos debe plantearse la relación entre lo primitivo y lo institucional? Un debate que era, a su vez, hijo genuino de la experiencia expedicionaria. Un debate cuya vasta tradición (desde el Derecho de Gentes y la tradición iusnaturalista occidental) señalaba las preocupaciones latentes de los estados en torno a la posesión y población de sus territorios. La figura del pionero resultaba central:

“Es curioso el hecho de que un hombre que después de maduro examen ha tomado una resolución y dado un rumbo a su vida, modifique sus planes y vea repentinamente abrirse nuevos caminos ante él, hallando en esta tierra ventajas tan grandes e inmediatas que quede conquistado por ella, quizás para siempre. Ciertamente que hay un poco de aventura en esto pero cierto es también que la confianza que inspira nuestro progreso, invita a que se corra un albur, casi con la seguridad del éxito. (...) Habíamos conquistado, un nuevo e ilustrado habitante más para la Patagonia, ese ogro devorador para los que no la conocen, esa atrayente amiga para los hombres de empresa que la han visto una vez”

Sin embargo a la hora de juzgar la avanzada de la “civilización” ya no se trataba de indios ladrones o de soldados mal alimentados – porque esos individuos formaban, a fin de siglo XIX, parte de un pasado- sino de un estado deficiente. En *La Australia Argentina* la producción de barbarie estará a cargo de las instituciones del estado, no de las tribus tehuelches. Será el estado el objeto y el destinatario de la crítica. De modo que, con estas crónicas, Payró abría el camino para quitar el signo negativo a los otros (indios-gauchos) de esta narrativa y ponía de relieve, de modo optimista, una nueva figura: la del *pioneer* abriendo el camino para posteriores reubicaciones de “los otros” en la narrativa del desierto.

La Australia Argentina dialogaba, a fin de siglo, con *Facundo* o podría leerse como su coda menos dramática: toques de gracia y liviandad en el folletín finisecular. Dialogaba con sus graciosas casitas a dos aguas amenazadas por el rancheo del *villorio nacional*. Dialogaba con las

rural argentina podría ser leída en un género vernáculo: la gauchesca (sobre esto volveré en el capítulo V).

ensoñaciones jeffersonianas de Sarmiento. Sin embargo, frente al optimismo liberal del sanjuanino estaba el socialista escéptico con un paisaje que se presentaba como posible pero también como pendiente. En *La Australia Argentina* son los sonidos de la modernidad y no los clarines del Ejército Nacional los que dan su propio toque de queda. Payró mezclaba, con una conciencia precisa de las proporciones, teniendo bien en cuenta la apelación al lector, la narración, el diálogo, sus propias experiencias y los relatos recogidos y las descripciones de tipos y paisajes con la información fáctica y estadística. La crítica de Mitre correspondía a un sistema de composición anterior a la ampliación del público. Por eso a Mitre le interesaban las descripciones y objetaba la abundancia narrativa. No era casual que fuera la zona narrativa aquella en la cual el relato en primera persona tenía su manifestación más acabada. Mitre, de alguna manera “desautorizaba” estas manifestaciones del yo, tal vez porque exhibía una posición refractaria sabiendo que ya eran inexorables. La instalación de ese yo narrador, interlocutor de la institución, ya era un hecho en el 1900. La escritura de Payró, a la vez, resultaba de esa ampliación y de la modificación de los formatos periodísticos para un público que ya tenía características diferentes.²¹⁷ Payró y otros periodistas de la época usaron un formato preciso: la crónica, cuyas condiciones de producción diferían de las condiciones de producción estrictamente literaria o estrictamente documental. Escritura rápida por las exigencias del medio, en la que estaba legitimada la primera persona del cronista, como prueba de la veracidad de la información, pero donde, al mismo tiempo, esta primera persona estaba “despersonalizada” despojada de toda subjetividad, para crear el efecto de una narración de verdades y no de un registro de impresiones personales. Sentimientos y opiniones. Escritura también que creía en su incidencia social: Payró, como ya se explicó en páginas anteriores, enunciaba posiciones tomadas con respecto al poblamiento de la Patagonia.

El nuevo tipo de discurso periodístico tenía funciones múltiples: entretener, instruir, informar, proponer un programa, criticar la acción de gobierno. Funciones, muchas de ellas, que el periodismo rioplatense había tenido a lo largo del siglo XIX. Estas páginas periodísticas de Payró tenían muchos elementos en común con las obras de la narrativa expedicionaria: su capacidad para recoger información *in situ*, sobre la marcha, su habilidad

²¹⁷ Sobre el tema del público puede consultarse un clásico: *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* de Adolfo Prieto, así como “La cultura: público, autores y editores” de Alejandro Eujanian, “1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial” de Sergio Pastormerlo y “Volúmenes de circulación=Alfabetización ¿una ecuación inmutable? Los límites del campo de lectura finisecular porteño (1870-1910)” de Walter Burriguini.

para integrar a eventuales interlocutores. La aspereza, o tal vez la forma rudimentaria con que Eduardo Racedó reunía en su texto las voces de sus subalternos para describir las avanzadas militares, en Payró tomará las formas de voces de pioneros y pobladores articuladas con un grado mayor de cohesión e integración con el resto de la obra. Asimismo, ese periodismo y el relato expedicionario ostentaban una capacidad para extraer una significación social o económica de las anécdotas convocadas -lo que en el Comandante Prado o en José Daza habían sido relatos de fogón o cuentitos de la soldadesca- adquirirán en el autor de *La Australia Argentina* un *status* de relato literario. Hábilmente Payró mostraba sus fuentes, su estrategia para obtener la información, las situaciones a partir de las cuales esa actividad era posible. Junto a los datos mismos, él había aprendido en las redacciones y en los viajes, que los enunciados ideológicos o políticos debían pagar el precio de la narración. (Sarlo).²¹⁸

De esta manera, entonces la operación de Payró condensaba y reunía todas las formas contractuales que la narrativa de la frontera había ensayado en el último tercio del siglo XIX. Ya en 1900 esas formas se configuraban como modos de hacer y de pensar el trabajo de la escritura en relación con la circulación y la consagración de las obras. Narrar era la función por excelencia del nuevo periodismo. Narrar había sido el imperativo en los cronistas expedicionarios para construir una escritura institucional y a la vez personal. Narrar, de alguna manera, no sólo significaba construir una nueva historia (Michel de Certeau, 1993)²¹⁹ sino también y sobre todo sondear en las formas de la transcripción, de la documentación, del anecdotario, del relato ideológico, de la autobiografía, en fin: de la ordenación y administración de los contenidos del relato. Era en esa capacidad narrativa en la que intervenían el estado y las instituciones, los protagonistas con sus relatos en primera persona y también los lectores.

La escritura fuera del contrato: Ignacio Fotheringham, Remigio Lupo, Manuel Prado, José Daza, Guillermo Pechmann

“Algunos abrigaban dudas muy fundadas, muy alarmantes (se refiere el proyecto de la Expedición al Río Negro de 1879). Un general de nombre me habló muy seriamente aconsejándome que no fuera, que era una locura, que pereceríamos todos”

²¹⁸ En *El triunfo de los otros* aparece un tópico: “el periodismo y la escritura por encargo agotan las posibilidades creativas de escritores y dramaturgos”. Para este análisis puede revisarse *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado* de Miguel Dalmaroni, en particular el apartado 5: “Un sueño de Payró: los triunfos del escritor fracasado...” del capítulo I. (Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2006).

²¹⁹ Michel de Certeau, *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1993.

infaliblemente, por los fríos atroces de esas latitudes, y por las crueles privaciones, consiguientes a un avance tan temerario, sin estudios previos, sin haber tomado las precauciones más elementales para asegurar el éxito, etc., etc. Escuché muy serio y me reí en mis adentros. Yo deseaba la expedición con el deleite más grande: me llenaba de placer y alegría el pensar en ese avance a lo desconocido, a ese misterioso confín del Sud, donde nadie había ido durante tantísimos años. Verdad es que salir a semejante expedición en mayo, era un poco tarde, pero no me parecía cosa del otro mundo, y comparado con un viaje al Polo Norte debería ser como del día a la noche. Y si había grandes peligros, tanto mejor pues tanto más meritorio.”²²⁰

Ignacio Fotheringham registraba de esta manera en el capítulo XXIX de sus reminiscencias de soldado, algo que excedía los códigos tácitos entre individuo y Estado lo que no podía ser dicho, lo que no formaba parte del contrato. Sólo que para poder hacerlo tuvo que esperar casi 30 años. No sólo porque se describía en esas páginas la versión del proyecto expedicionario como un despliegue absurdo sino porque él mismo confesaba sus verdaderos móviles para emprender el viaje: no el ánimo de conquistar tierras para la nación sino “el deseo de lo desconocido”. He aquí cómo el relato de la experiencia personal va explicando las razones de la travesía y de la puesta en marcha y en sus formulaciones corroe el ideario oficial. Fotheringham encarnaba una voz casi de comedia, en sus relatos no había indios y los soldados se aburrían inmensamente.

“Mil precauciones para llevar a cabo un hórrido y sangriento ataque. Silenciosos, sin fumar, tiritando de frío (...) A la madrugada llegamos semiescarchados y nos lanzamos sobre... la nada. ¡Ni rastros! Si no diera risa tanto preparativo y sanguinario intento, daría rabia. Total: ni un solo indio en todo el camino, y lo que es pero ni un solo inconveniente para poder contar con aire heroico los atroces sufrimientos de cruel campaña.”²²¹

Por eso sus páginas contenían muchas veces un amargo reproche a la retórica heroicista. El militar hablaba de “ideales vaporosos” versus “el humor de la pólvora”.

El investigador Juan Carlos Walther – a quién me he referido en la Introducción de este estudio-, señaló que la *Conquista del Desierto* ofrecía dos relatos: el oficial, mencionado en

²²⁰ FOTHERINGHAM, Ignacio H, (1908) *La vida de un soldado o reminiscencias de las fronteras*. Buenos Aires, Biblioteca del Oficial, Círculo Militar, 1970, pág. 458.

²²¹ Fotheringham, op. cit., pág. 475.

las memorias de guerra, partes y documentación afín y otro relato formado por la narración de los hechos, sucesos y otros acontecimientos descriptos por sus participantes como protagonistas o testigos.²²² Este segundo “relato” es el que estaba fuera de la impronta contractual que caracterizaba la narrativa expedicionaria.

En los *Episodios Militares* de José Daza, publicados en 1908 –el mismo año en el que aparece la obra de Fotheringham– podemos encontrar –según las palabras de este coronel– “gloriosos hechos de verdaderas penurias y sacrificios, realizados en la vida de frontera por el antiguo veterano, que permanecen en el silencioso olvido de nuestros contemporáneos”²²³ Todo el relato se va organizando a partir de una libertad dada no sólo por el paso del tiempo sin también por la prescripción de faltas que habilitaban la “confesión”. Al mismo tiempo cobraba fuerza la añoranza por el viejo Ejército del 79 que aunque rudimentariamente profesionalizado –si se comparaba con el ejército regulado de principio del siglo XX– era concebido –con una impronta melancólica– como un ejército más auténtico y más abnegado.

José Daza, Remigio Lupo, José Pechmann refieren la inundación de julio en la isla de Choele Choel –descripción que los relatos oficiales eluden rigurosamente. Después de la llegada “triumfal” del ejército a la isla y del legendario *Tedeum* del 25 de mayo presidido por Roca e incluso habiéndose planificado construir un pueblo allí, las aguas rodearon el Ejército en campaña que quedó varado. Se ahogaron las caballadas, se perdió hacienda y víveres de la proveeduría, se intentó construir balsas de madera pero todo fue inútil. Muchos días después soldados y oficiales pudieron salir de la isla a pie cruzando pantanos y riachos con el agua hasta la cintura. Ese episodio no está referido por la escritura institucional. No me extendo al respecto porque volveré al tema en el capítulo IV pero señalo que el relato del reverso de la escena triunfal está contado en esta narrativa de fogón, en estos relatos autobiográficos y anecdóticos en los que la retórica triunfalista no es imprescindible. Daza atribuye a Sarmiento en *El Nacional* palabras que transcribe de memoria: “Lindos los generalitos del día, que dejan todo un ejército sobre las resacas del caudaloso Río Negro a merced y capricho de las olas”.²²⁴

Manuel Prado (1863-1932) con su *Conquista de la Pampa*²²⁵ ofrecía también un tipo de escritura que estaba fuera de los límites contractuales con las instituciones: “Se trataba de

²²² Véase el prólogo de Walther a Pechmann, Guillermo, *El Campamento. 1878. Algunos cuentos históricos de fronteras y campañas*. Buenos Aires, Eudeba, 1980.

²²³ DAZA, José S., *Episodios militares*. Buenos Aires, Imprenta de Vicente Daroqui, 1908, pág. 55.

²²⁴ Daza, op. cit., pág. 151.

²²⁵ Los relatos de la *Conquista de la Pampa* transcurren entre 1876 y 1883. Hay una superposición entre estos relatos y los de la *Guerra al Malón* (1877-1879). Éste último tiene su primera edición en 1907.

explorar un desierto en el cual ni raíces se encontraban para hacer fuego. Quién sabe si no íbamos a la luna”.²²⁶ Llama a sus relatos, con sesgo humilde e informal “cuentos de fogón”. Lo que en Fotheringham tenía cierto humor ácido adquiría en Prado, como también en Daza, las formas de un relato melancólico, la añoranza de otras épocas y otros héroes y el reclamo por la falta de reconocimiento de aquellas travesías tan exigentes así como de aquel tipo de camaradería propia de un ejército todavía tosco. Por el contrario, comienza en esos mismos años un proceso de profesionalización del ejército (unos años antes de la publicación del libro se ha promovido la ley del Servicio Militar Obligatorio y se ha regulado la inclusión de individuos a la carrera militar). Prado ofrecía un relato en el que el heroísmo iba más allá de las ordenanzas y las leyes escritas. “Ahora, cuando las fronteras han desaparecido, cuando el nombre del indio es más bien motivo de curiosidad que de otra cosa ¿quién se acuerda de lo que pasaba en el ejército veinte años atrás?”²²⁷

Los relatos de Prado parecieran recuperar el espíritu original del viaje tierra adentro: contar con frescura y abnegación la vida de frontera. En esa misma línea estaban también los relatos de Guillermo Pechmann²²⁸, cuyas palabras iniciales, a modo de prólogo sintetizaban todos los gestos de la enunciación expedicionaria:

“Se encontrará en este libro más de una redundancia y quizá alguna contradicción; ello se debe a la falta de preparación, y a que cada cuentito fue escrito por separado: después de muchos años los he coleccionado para imprimirlos juntos, ofreciendo así la ventaja de que se puedan echar al fuego en un solo block. Dicho esto, queda explicada la ausencia de buen estilo y formas literarias que guardan los que han aprendido a escribir”.²²⁹

La escritura fuera del encargo, fue posible muchos años después de pasados los acontecimientos, cuando el “milico de la frontera” era ya una especie en extinción. Todas estas narraciones -despojadas de obligaciones institucionales- podían recuperar el sentido primero de la experiencia: adentrarse y conquistar tierras junto a otros soldados y expedicionarios, recorrer cientos de kilómetros, lo desconocido: la patria pendiente. De esa manera el circuito se cerraba.

²²⁶ PRADO, Manuel, *Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera*. Prólogo de María Rosa Lojo. Buenos Aires, Taurus, 2005, pág. 86.

²²⁷ PRADO, Manuel, *op. cit.*, pág. 78.

²²⁸ Pechmann, Guillermo, *El Campamento. 1878. Algunos cuentos históricos de fronteras y campañas*. Buenos Aires, Eudeba, 1980.

²²⁹ Pechmann, *op. cit.* pág. 9.

“El milico de entonces, labrador, albañil y hasta arquitecto y bestia de carga en el campamento, se transformaba con rapidez fantástica, no en el veterano perfecto del ejército alemán, pero sí en el héroe disciplinado y temerario de cuyo rastro en el ejército apenas sí quedan ya, perdidos entre los pajonales o destrozados por el tiempo, los restos de la cruz sin inscripción que señalaba, en la pampa, la sepultura de sus huesos.”²³⁰

Librerías de Buenos Aires. Geografía, relatos de viaje, historias de frontera.

Después de los contratos y una vez que las obras estaban publicadas ¿Cómo circulaban y eran leídas? Desde 1870 la librería como comercio y la actividad editorial se desarrollaban en Buenos Aires en estrecha vinculación con el periodismo porque antes de aparecer el editor profesional, los diarios colaboraban con los autores en las ediciones de sus libros.²³¹

Gran parte de la literatura argentina del siglo XIX había tenido su primera publicación en las páginas de los periódicos de la época. Junto a las columnas de información se encontraba la polémica dura sobre episodios históricos, el artículo de crítica literaria, la semblanza biográfica, el verso nuevo, el cuento corto, o el fragmento de novela que, al cabo del tiempo, se reunirían formando el volumen definitivo. De esta manera, por ritmos sucesivos, se conocieron muchas obras clásicas y modernas de la cultura argentina. *La Prensa* publicó en 1878 *La Conquista de Quince Mil Leguas* y *La Nación*, *Poemas* de Mitre y *La Bolsa* de Julián Martel. *Sud América* publicó *La gran aldea* de Lucio V. López y *En la Sangre* de Eugenio Cambaceres.²³² En este apartado voy a describir el espacio de librerías, imprentas y periódicos en el que, a partir de 1870 estas obras circularon con mayor o menor éxito o sin él pero siempre pendientes de un campo cultural urbano con reglas propias y circuitos cada vez más definidos y exigentes.

En Buenos Aires, en la década del '70 del siglo XIX aparecieron diversas imprentas, más o menos modestas que, además de trabajos comerciales, componían y publicaban libros. No eran libros editados en el sentido de lo que se entiende por edición, hoy en día en su

²³⁰ Prado, op. cit. pág. 89.

²³¹ Véase Buonocore, Domingo, *Libreros, Editores e Impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino*. Buenos Aires, Bowker editores, 1974.

²³² Véase Alejandra Laera, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*.

sentido técnico. La edición y la publicación no eran lo mismo. El editor era la persona que publicaba una obra ajena, asumía los riesgos del contrato y pagaba los derechos intelectuales al autor. Ofrecía auxilio técnico y financiero al autor. El editor tenía una gran responsabilidad cultural y comercial. En 1862 los talleres gráficos empezaron a publicar numerosos libros, aunque fueron pocos los que llevaron sello editorial.

El autor por lo general era el propio editor de sus obras, a costa de grandes sacrificios, limitándose los que figuraban en el pie de imprenta como tales, a la tarea de administrarlas, sin correr ningún riesgo en la venta de las mismas. Fueron notables los trabajos de Lajouane, Casavalle y Coni. Pero más allá de los ejemplos puntuales, había un clima de promoción de las letras que hizo que lentamente se fuera instalando en la Buenos Aires de entonces la necesidad de cuidar las ediciones y promocionarlas. Así fue que tuvo una actuación destacada *La imprenta de Buenos Aires*, fundada por el poeta gauchesco Estanislao del Campo en 1864. Domingo Buonocuore cuenta que del Campo puntualizaba, en avisos de la época, la ubicación de la imprenta diciendo que se hallaba frente a la Casa de Gobierno. Estanislao del Campo compartía la dirección de la imprenta de su propiedad con sus funciones como secretario de la Cámara de Diputados que tenía su sede a pocos metros. La notable imbricación o cercanía de las funciones editoriales, imprenteras o periodísticas con las funciones políticas tenía su correlato en la espacialidad urbana y también en el mundo de la producción de bienes simbólicos.

Editores, impresores y libreros serán, luego de escritas las obras, los interlocutores de los autores. A partir de 1870 la actividad editorial estará radicada en las librerías, en los periódicos y en las imprentas de los periódicos. Se destacaron como librerías e imprentas que se hicieron cargo de algunos de los textos del corpus de la frontera los Talleres del diario *La Tribuna* de los hermanos Varela, la imprenta de *Ostwald y Martínez*, la imprenta de *Martín Biedma*, las ediciones del librero *Jacobo Peuser*, la imprenta de *La Prensa*, el diario *La Pampa* y el diario *La América del Sur* así como la librería francesa de José Escary.

Otras imprentas también importantes por esos años se iban convirtiendo en espacios propios para la edición y publicación de obras. Tal es el caso de la imprenta del escocés Juan H. Kidd que abrió en 1865 y que editó los volúmenes de la *Biblioteca del Oficial*.

La Imprenta de Juan A. Alsina fue establecida en 1875 y duró hasta 1950. Alsina alternaba la dirección de la Imprenta con la dirección de la Dirección de Inmigración. Muchas personalidades públicas visitaban su imprenta y le confiaban sus obras. Mariano Pelliza por

ejemplo, le hizo imprimir su *Borrego* en 1886. Alsina imprimió además la primera edición de *Entre Nos* de Lucio V. Mansilla, 5 volúmenes entre 1889 y 1890.

A su vez el libro francés conquistó la plaza comercial hacia 1870. Desde 1848 existía en Buenos Aires la librería de Claudio Joly dedicada a obras en francés en particular científicas y técnicas. En los años de la Expedición al Río Negro, el imperativo de “nacionalizar la ciencia” era la voz del día y esto involucraba obras e instituciones. La presencia de estas librerías o imprentas de extranjeros no funcionaban, sin embargo, como un impedimento a tal imperativo, sino todo lo contrario. Las obras que ofrecían tenían un público ávido que las leía con fervor y les otorgaba a muchas de las obras que allí se vendían el estatuto de obras ejemplares. De allí saldrán Felix Lajouane dedicándose al libro jurídico y José Escary —que publicó la obra de Ebelot— y Alberto Espiasse al libro literario y de filosofía. El auge de esta pulsión francesa no era ajeno al clima de positivismo comteano que, por esos años, hacía furor en la Escuela Normal de Paraná ni al positivismo jurídico de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Existía un público o mercado que buscaba las fuentes bibliográficas en su lengua original. En ese clima apareció también el sueco Luis Jacobsen formado en Leipzig (en ese entonces, el centro librero editorial más famoso de Europa) y en la librería Hachette de París en 1869. Abrió la *Librería Europea* para un mercado que buscaba obras extranjeras o un dato biográfico. Poseía libros en francés, alemán, inglés, español e italiano. La librería tuvo un sólido prestigio en los centros intelectuales de Buenos Aires.

En el *Viaje a la Patagonia Austral de Ramón Lista* publicado por la *Imprenta de Martín Biedma* en 1879, se anunciaba: “Puntos de venta: *Librería Europea, Librería de Joly, Reñé y Mendesky*”. El circuito de promoción de obras de esa naturaleza remitía claramente a la existencia de una burguesía ilustrada de la ciudad de Buenos Aires.

Viaje al país de los Tehuelches, también de Lista, tenía en su contratapa una lista de las obras que se vendían en la *Librería Europea* y se trataba, en su mayor parte, de libros de viaje. Lo que indica que las obras científicas sobre la Patagonia vinculadas estrictamente a la conquista y a las expediciones militares comenzaban a ser parte de un colectivo mayor: el de los libros de viaje. Por eso todas incluían mapas. El formato “libro con mapa” era habitual en este tipo de publicaciones.²³³

²³³ Por lo general el mapa venía adosado a la contratapa posterior y doblado en varios pliegues porque tenía un tamaño mucho mayor que el del libro. Se trataba de un tipo de mapa moderno, que ofrecía una concepción técnica de la escala y una vista panorámica. Incluía no sólo fronteras internas sino externas,

Algunas de las obras expedicionarias –en particular las obras científicas- se incorporaban a un corpus de literatura de viajes por el mundo, con mapas e información geográficas. Otras de ellas, al pasado patrimonial de la conquista territorial del estado nación de la Argentina. Simultáneamente, entonces, este corpus enviaba sus relatos hacia dos direcciones opuestas y complementarias: la de los lectores de la Argentina finisecular y la de los lectores del “mundo” del siglo XIX.

Jacobsen editó libros raros: *Colección de documentos sobre organización municipal y administración de la ciudad de Washington* (1881), *Compendio elemental de historia de América*, por D. Barros Arana (1881) pero también *Potpourri- Silbidos de un vago*, de Eugenio Cambaceres (1882), *Poesías* de Martín García Merou, (1885) y publicó el *Diccionario Araucano- español* de Andrés Febres, esmerada impresión de 200 ejemplares hecha por Juan A. Alsina. Nótese que la convivencia de ese diccionario con las otras obras literarias, políticas o históricas habla de cómo el tema de la frontera era ya un *leit motiv* de edición de materiales.

Otro librero y editor muy destacado fue Felix Lajouane (1850-1933). Su pequeña librería inicial convocó a un importante sector intelectual y político, en visitas a la librería pero también en tertulias. Hasta 1881 sólo vendió libros pero luego editó *Las Garantías Constitucionales y Derecho internacional de Amancio Alcorta*. A partir de allí editó ininterrumpidamente libros que eran prestigiosos aunque no le ofrecían mucho lucro como editor. Por ejemplo la edición de *Filogenia*, en 1884, de Florentino Ameghino fue, para el librero, un infortunado negocio pero para Ameghino, el pedestal de la fama. Gracias al editor las ideas contenidas en el libro tuvieron proyección internacional.

Lajouane editó numerosos libros de Mitre, Sarmiento, López, Oyuela, García Merou, Pelliza, Saldías, Drago, Ramos Mejía, Obarrio, Machado, Segovia, Varela, Leguizamón, Malaver, entre otros. Entre sus ediciones lujosas estaban las *Poesías* de Rafael Obligado en

en particular con Chile. Los lectores, tanto si se trataba de lectores expedicionarios que debían consultarlos a la intemperie, en campañas militares o científicas, como de lectores urbanos que los miraban o consultaban en el interior de una casa o biblioteca debían desplegarlos sobre una superficie plana suficientemente amplia lo cual –sobre todo en el caso de los primeros- no siempre era posible. Por esta razón, su tamaño irá reduciéndose con fines prácticos e incluso en algunas obras el mapa será sólo de un tamaño que duplica el del libro o estará incluido en sus páginas interiores excediendo apenas el formato de la caja. El mapa como logotipo (sin líneas de latitud y longitud ni palabras, señal pura y fácilmente reproducible) era una moda europea, por esos mismos años, que llegará tardíamente a la Argentina (Sobre éste último véase el capítulo que Benedict Anderson dedica a la cartografía, “El censo, el mapa y el museo” en su libro *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura económica, México, 1993).

1885, ilustradas por un grabador francés e impresas en París por Quantin y la famosa traducción de Mitre de *El infierno* de Dante Alighieri. Su librería se llamó *Librería Nacional*.

Cercana a la *Librairie Francaise* de José Escary, estaba, a pocos metros, el diario *La Pampa* –que publicó las crónicas de la Expedición de 1879, de Remigio Lupo- y también el diario *La Tribuna* de Héctor Varela –que publicaba la célebre *Excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla-. De modo que, como señalé anteriormente, un circuito urbano que concentraba periódicos, librerías y política era el espacio de recepción de las obras expedicionarias que encontraban allí una proyección muy opuesta a la de las áridas marchas por el desierto, más allá de Choele- Choel. Aquella geografía monótona y desolada, fuente de producción de los escritos, tenía su contrapartida en el centro de Buenos Aires, cuya concentración urbanística permitía la yuxtaposición de múltiples actividades culturales. La librería de Escary junto con el Catalogue de la *Librairie Francaise*, editaba así, en 1885, un Almanaque con litografías de Alfredo Paris y, en 1890 –con estupendas ilustraciones-, *La Pampa* de Alfred Ebelot y *Painé* de Estanislao Zeballos (uno de los tomos de la Trilogía sobre las dinastías araucanas) ambas impresas en Francia.

Entre los libreros italianos estaban el legendario Domingo Ivaldi quién había editado y vendido los libros de Juan Moreyra y Juan Cecchi (Librería Ivaldi y Cecchi). El pie de imprenta de los copropietarios italianos figura en numerosas obras de literatura argentina. Pero el autor de Moreyra publicaba también sus *Croquis y Siluetas militares*. Como contrapartida a las historias de estafadores y delincuentes aparecían, en el mundo editorial los “próceres” del desierto.²³⁴

Esbozo de una historia de las ediciones

Impresores, libreros y editores participaron activamente en la puesta en publicación de los trabajos de los expedicionarios que además como proceso se vio beneficiado por la “ampliación del público lector” (Prieto, 1988, 13) también descripto en términos de “revolución de la lectura” (Pastormerlo, 2006, 1) y de “ampliación de un mercado que acompañaba el proceso de modernización social” (Eujanian, 1998, 558).

²³⁴ Algunos años más tarde un libro curioso de estos editores será *Los dioses de la pampa* de Godofredo Daireaux, de 1902, en cuya portada aparecía un dibujo de una india desnuda, de Eduardo Sívori, quien sólo excepcionalmente ilustraba libros.

Luego del período que corresponde a las primeras ediciones de estas obras, entre 1870 y 1900, publicarlas –ya sea de forma aislada o como parte de colecciones– significó siempre un gesto político. Por eso, esbozo esta breve referencia a las ediciones de estas obras desde su primera circulación –como libros, artículos, material por entregas, conferencias transcritas, revistas– en los últimos 30 años del siglo XIX hasta el momento de escritura de esta investigación. Entiendo que relevar esta ruta editorial argentina habla mucho del corpus en sí mismo, de la narrativa expedicionaria y de sus características intrínsecas.

Las primeras ediciones de la mayor parte de las obras de la Conquista del Desierto fueron publicadas por la Imprenta de Ostwald y Martínez. Esta casa tomó a su cargo géneros ásperos como las *Memorias Militares* o los *Apuntes de las Operaciones*. Fue así entonces que las obras de Olascoaga, Villegas, Racodo, es decir de los expedicionarios militares fueron publicadas por ella entre 1880 y 1881. No se trataba, sin embargo, de publicaciones aisladas y ocasionales sino de publicaciones en el marco de un proyecto mayor porque la imprenta tenía a su cargo obras sobre conflictos limítrofes internacionales y soberanía. La imprenta-editorial era, en 1881, muy exitosa. En ese año publicó más de 40 títulos. Junto con Martín Biedma y Coni, eran verdaderos líderes en el mercado editorial en formación. En la imprenta de Ostwald publicaron García Merou, Monsalve, Oyuela, Rivarola.²³⁵

También publicaron o editaron estas obras algunas imprentas de periódicos, tales como los *Talleres de la Tribuna Nacional* en el período 1880- 1885 o la famosa *La Tribuna* (1853-1880)

²³⁵ En 1872 Ostwald y Martínez se separaron. El primero se instaló en Suipacha al 200 como “Editor S. Ostwald” (hasta 1885) y Martínez se fue a la calle Cuyo 150 con el nombre “Imprenta de Martínez” (hasta 1885) Sin embargo, habiendo sido tan exitosos como dupla, cuando se separaron entraron en declive. Boleslao Lewin (*Cómo fue la inmigración judía en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1983) narró la historia de uno de ellos: Simón Ostwald a quien presentaba como “político, editor y hacendado” que había nacido en Westfalia y venido a la Argentina en 1860. Editor de periódicos y libros, Ostwald tuvo un significativo papel en el periodismo político de la época. Tenía en Río Cuarto, Córdoba, un periódico bisemanal, con talleres propios, llamado *La Voz de Río Cuarto* que era, en esos años, asiento del comando general de fronteras del entonces coronel Julio A. Roca. ¿Por qué un inmigrante judío funda un diario en una pequeña ciudad cuartelera y fronteriza? Ostwald era un gran admirador de Roca y su periódico mostraba la influencia de ese núcleo político. Sin embargo, se ocupó de que su periódico se mostrara independiente de esta simpatía señalando que “el general Roca no tiene ninguna influencia en nuestra redacción”. La actuación de Ostwald como impresor y editor en Buenos Aires, no figura, como señala Lewin en ningún trabajo especializado en la materia. Hay quienes sugirieron que el barón Mackser de la novela *La Bolsa* de Julián Martel habría estado inspirado en el reconocido editor judío. Pero lo cierto es que junto con Martínez fueron la imprenta que se hizo cargo del mayor número de obras sobre frontera y actuación del ejército nacional que Roca había liderado.

de los hermanos Héctor y Mariano Varela que fue, además, escuela de tipógrafos y de su acreditado taller de obras salieron a la calle libros hermosamente impresos.²³⁶

La Imprenta de la Tribuna junto a Martín Biedma y a Ostwald y Martínez ofrecieron el mayor número de publicaciones sobre la *Conquista del Desierto*. El diario *La Pampa* publicó, entre el 16 de abril y el 20 de julio de 1879 las crónicas del joven cronista Remigio Lupo. La pequeña imprenta de este diario se hizo célebre por haber editado en 1872 *El gaucho Martín Fierro* de José Hernández y *el Código Civil* de Dalmasio Vélez Sarfield en una edición de 1883. El renombrado imprentero Martín Biedma puso su imprenta en 1875. Publicó tesis de médicos y abogados así como una extensa lista de obras valiosas en ediciones lujosas.²³⁷

Ahora bien, muchas de estas obras no seguían el circuito de publicación de las imprenta de periódicos (que incluía a veces la publicación previa por entregas). Editores prestigiosos, verdaderos pioneros de la cultura editorial argentina se interesaron también por publicar, editar o difundir la narrativa expedicionaria. Tal es el caso de la Casa editora, imprenta y encuadernación del alemán Jacobo Peuser, quien publicó en la Colección Cosmopolita *La dinastía de los Piedra* de Estanislao Zeballos.

Los *Talleres de publicación del Museo de la Plata* también publicaron parte de estas obras así como en menor grado *La Imprimerie du "Courier de la Plata"* y *La Compañía Sudamericana de Billetes de Banco* sobre todo en lo que refiere a las publicaciones científicas.

En el *Anuario Bibliográfico* de Alberto Navarro Viola, registro documental excepcional de aquellos años, período 1880-1888, podemos ver registradas y reseñadas en algunos casos las obras expedicionarias en sus ediciones de Ostwald y Martínez o de Biedma.²³⁸ Esas reseñas

²³⁶ Como señala Buonocore (op cit) : *Elisa Lynch* de Orion (Santiago Arcos) en 1870, *Poesías* de Gervasio Méndez en 1876, *Hojas al viento* de Guido Spano en 1871, *Biografía del doctor Adolfo Alsina* por Enrique Sánchez en 1878, *Poesías* de Juan Cruz Varela en 1879 y *Los tres gauchos orientales* de Antonio Lusich, en 1872, entre otros.

²³⁷ Entre otros *Noticias y documentos sobre la revolución de setiembre de 1874* por Florencio del Mármol, en 1876, *Apuntes para una historia de las literaturas clásica, griega y latina* por Matías Calandrelli, en 1876, *Poesías Escogidas*, por Ricardo Gutiérrez, en 1878, *Virreinato del Río de la Plata* por Vicente Gil Quesada, en 1881, *Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba* por Juan Garro, en 1882, *La defensa de Buenos Aires*, por Carlos Tejedor, en 1881, *La gran aldea*, primera edición por Lucio V. López, publicada originariamente en folletín en el diario *Sud América*, en 1884, *Fruto Vedado* de Paul Groussac de la cual se hizo una tirada de lujo de 15 ejemplares en papel de Holanda, en 1884, *Ensayos periodísticos* por Francisco Barroetaveña, en 1890, *Estudios Numismáticos* por Alejandro Rosa, en 1895, *El Federalismo Argentino* por Carlos Bunge, en 1897. En 1907 *Las Bancas* de Enrique Banchs y *El enigma interior* de Manuel Gálvez, entre otros.

²³⁸ Véase el estudio sobre el *Anuario* que realizó Leandro de Sagastizábal: *Diseñar una nación. Un estudio sobre la edición en la Argentina del siglo XIX*.

convivían con materiales heterogéneos de medicina, derecho, literatura. Una parte importante de las obras inventariadas por Alberto Navarro Viola eran proyectos de obras públicas, tales como memorias de ministerios, diarios de sesiones legislativas. Sergio Pastormerlo señala que las publicaciones subvencionadas por el estado (documentos de ministerios y municipalidades, ediciones de leyes, códigos y constituciones, mensajes de los poderes ejecutivos, composiciones literarias premiadas en certámenes patrocinados por el estado, diarios de campañas militares, programas de estudios de colegios estatales, obras publicadas con la protección del gobierno como *Historia de la República Argentina* de Vicente Fidel López, etc.) “representaron, durante los nueve años de vida del *Anuario*, entre el 20 y el 30 por ciento del total de las publicaciones”.²³⁹ El joven Navarro Viola -tenía 23 años cuando comenzó con el proyecto del anuario- era el secretario privado del presidente Roca, un intelectual que formaba parte de la clase dirigente del ‘80. En su *Anuario* muchas veces los comentaristas eran expresidentes (tales como Mitre o Sarmiento) quienes no necesitaban validarse como interlocutores legítimos de muchas de las obras que el *Anuario* refería.²⁴⁰

Navarro Viola había concebido un novedoso sistema de clasificación y mantenía, justamente a raíz de ello, una polémica con Ernesto Quesada que se oponía a su grilla clasificatoria basada sobre todo en el tipo de obras que recibía o que buscaba reseñar y no en un modelo conceptualmente independiente de este haber. Quesada proponía seguir el criterio de la -por entonces en boga- clasificación de Brunet. Es justamente en este debate con Ernesto Quesada que Navarro Viola -para defender su posición- explicaba que los modelos extranjeros de clasificación resultaban inoperantes porque en la Argentina había géneros, como los estudios de viajes a la Patagonia, que no podían catalogarse estrictamente como obras científicas o como una literatura de viajes. De esta manera, el bibliógrafo señalaba, ya en 1881, el carácter problemático del corpus expedicionario en relación con su pertenencia a algún género o clasificación *a priori* cuestionando aquella en la que muchas veces se había clasificado a estas obras -de manera un tanto ligera- como parte de una “literatura de viajes”. En 1880 Navarro Viola incluyó una sección que titulaba “Obras militares” y de esta manera nombra por primera vez al conjunto de libros expedicionarios aunque el título no resultaba obviamente tan descriptivo del contenido de las obras, la mayoría de los cuales excedían los asuntos

²³⁹ Sergio Pastormerlo, “1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial” en José Luis de Diego, director, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*.

²⁴⁰ Véase Leandro de Sagastizábal, *op. cit.*

estrictamente militares. Esta sección no existía en el año anterior y las obras de esta índole eran agrupadas en la sección “Variedades”. Los trabajos compilados en secciones como “Obras públicas” “Administración” u “Obras militares” mostraban el espacio que el *Anuario* había concebido para la divulgación de la narrativa de la frontera. Como también estaba interesado en referir obras científicas, Navarro Viola idea una sección para ellas que luego se dividirá en dos: “Ciencias médicas” por un lado y “Ciencias exactas y naturales, viajes y exploraciones científicas” por el otro. En esta última sección, las obras de la narrativa expedicionaria convivían – y esto implicaba para las obras un modo de consagración- con obras de autores extranjeros. Pero, a su vez, también existía una sección denominada “Publicaciones extranjeras” que compilaba títulos muy leídos, por entonces, de literatura de viajes a las que, sin embargo, el *Anuario* criticaba en beneficio de las obras de connacionales. Asimismo el *Anuario* destinaba un espacio importante a temas de ciencia militar o naval: reglamentos, manuales de conducta para las tropas del ejército, escritos para enseñar maniobras de repliegue o despliegue (sobre esto volveremos en el capítulo IV), marchas, cambios de frente, evoluciones en los ejércitos. A veces se trataba de traducciones de obras norteamericanas. Toda una serie de libros que, si bien no formaban parte del entramado del corpus de la narrativa expedicionaria, mostraban un clima de época en relación con el disciplinamiento en materia de procedimientos y tácticas militares (tales como el *Manual de bolsillo del Sargento, cabo y soldado arreglado para las tropas del Ejército de la República*) o con una formación ya más institucional de la milicia, en la práctica de reseñar bibliografía que se utilizaba en las clases del Colegio Militar. El *Anuario* también registraba proyectos de códigos militares, disposiciones legales, diccionarios navales, proyectos de ordenanzas y de esa manera se actualizaban los integrantes de los cuadros superiores del Ejército que, unos pocos años antes, utilizaban todavía las ordenanzas de Carlos III.

En el siglo XX y luego del copioso aporte a cargo sobre todo de Ostwald y Martínez y de Martín Biedma, fue el “Sector Publicaciones” de la *Comisión Nacional de Monumento al Teniente General Julio A. Roca* el que, en la década del ‘30, se hizo cargo de gran parte de las obras escritas por los expedicionarios. Esta Comisión cuyo Presidente Honorario fue el General Justo realizó una serie de Actos, homenajes y reconocimientos a lo que por ese entonces se consideraba la gesta heroica de una cultura militar civilizadora y defensora de la soberanía y los valores nacionales. Con prólogos de Bartolomé Galíndez o de Clodomiro Zavalía, la

Comisión publicó un conjunto de libros con un título común "La Conquista del Desierto" y cada uno de ellos con subtítulos:

- *Diario del Capellán de la Expedición de 1879. Monseñor Antonio Espinosa, más tarde Arzobispo de Buenos Aires.*
- *Crónicas enviadas desde el Cuartel de la Expedición de 1879. Coronel Eduardo Racedo.*
- *Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879 de Adolfo Doering y Pablo G. Lorentz.*

Y otros títulos centrales y articuladores de la expedición de Roca. Con estas publicaciones, la Comisión reunía obras dispersas, incluyendo algunas inéditas (como la de Antonio Espinosa que el entonces Arzobispo de Buenos Aires, Santiago Copello donaba a los integrantes de la Comisión para ser publicada) y organizaba las publicaciones en torno al acontecimiento y a la figura de Julio A. Roca. Estas ediciones tenían copiosas notas con envíos a otros títulos que la Comisión había publicado o estaba por publicar. De modo que, desde ese sistema de anotación se ofrecía una red que podía construir un cuerpo textual sobre la Conquista del Desierto. Obras que habían sido publicadas por diversas imprentas, diarios, editoriales eran reunidas con un criterio organizador para ofrecer un relato acabado de la heroicidad de la gesta. Este fue el primer gesto concreto de constitución de un corpus.

Unos años antes la colección *La Biblioteca Argentina* (1915-1928) de José Ingenieros y la colección *La Cultura Argentina* (1915-1925) de Ricardo Rojas apuntaban, como señalaron los investigadores Delgado y Espósito, a la construcción simbólica de una tradición cultural, mediante la organización particular del pasado nacional a través de la selección de obras consideradas relevantes. Si bien recurrieron a estrategias mercantiles como la competencia en el precio o la preocupación por la frecuencia de aparición de los diversos tomos de las colecciones, en ellas prevalecían funciones pedagógicas y políticas en relación con los debates acerca de la formación de una identidad nacional. Esto es, interpelaban a un público sin priorizar los intereses comerciales, como harán posteriormente, otros editores.²⁴¹ En consonancia con este clima de época la Comisión de Homenaje a Roca también tendrá esos objetivos políticos y pedagógicos.

²⁴¹ Verónica Delgado y Fabio Espósito, "1920-1937. La emergencia del editor moderno" en de Diego, José Luis, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2006.

Ya en la década de 1940, y a la luz de la sistematicidad establecida por las publicaciones de la Comisión mencionada -aunque no siempre con sus mismos objetivos-, va a interesarse en los materiales escritos en relación con la Expedición, el *Círculo de Suboficiales* que en su *Biblioteca del Suboficial* publicará el *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro* de Manuel Olascoaga así como también *La vida de un soldado o reminiscencias de las Fronteras* de Ignacio Fotheringham. El coronel Carlos Casavalle, explicaba que su cometido era “hacer conocer de las actuales generaciones las obras de los grandes intelectuales argentinos, la mayor parte de las cuales se hallan agotadas de muchos años atrás y propender así a hacer escuela de nacionalismo, tan necesario en estos momentos” La editorial Kraft, con su *Colección Epopeya del Desierto* a cargo de Liborio Justo seguía esa misma línea ideológica y también la *Colección Buen Ayre. Imágenes y Espíritu de América* de Editorial Emecé que está compuesta por “Viajes y Crónicas”, “Poesía y cancioneros”, “Paisajes y ciudades”, “Memorias y recuerdos”, “Leyenda y folklore”, “Temas y documentos de historia”, “Biografías”, “Impresiones sobre América” y “Teatro Americano”.

A partir de los años '60, también publicarán obras sobre la conquista, la Editorial *Biblioteca*, de Rosario, en su colección “Apertura” (1968), la Editorial *Freeland* (1968), la editorial “Sudestada” y las “Ediciones Pampa y Cielo” de Editorial Plus Ultra en 1965.

La colección- serie “El indio y el desierto” también de la editorial Plus Ultra, 1965 anunciaba los siguientes títulos: Muñiz: *Los indios pampas*, Brandsen: *Escritos del Coronel, García*, P.A: *Diario de Viaje a las Salinas Grandes*, Roca: *La conquista del desierto (1878-1879)*; Garmendia: *Entre indios y milicos*, Barbará: *Usos y costumbres de los indios pampas*, Rosas: *Diario de la Expedición al desierto (1833-1834)* y también Daireaux, Armagnac, Beck, Olascoaga, Prado y Villegas.

La Editorial Solar Hachette tuvo dos colecciones o bibliotecas memorables: “Hachette. El pasado argentino” y luego “Solar. Dimensión Argentina” que merecen destacarse por las cuidadas ediciones con extensos prólogos de especialistas. Dirigidas ambas, en 1969, por Gregorio Weinberg, contuvieron obras como *Viaje a la Patagonia Austral* de Francisco Moreno, *Fronteras y territorios federales de las pampas del sur* de Álvaro Barros, *Relatos de la Frontera* de Alfred Ebelot, *Croquis y siluetas militares* de Gutiérrez, *Conquista de la Pampa* del Comandante Prado, así como las obras de la Trilogía (Callvucurá, Relmú y Painé), *La conquista de Quince mil leguas* y el *Viaje al País de los araucanos* de Estanislao Zeballos.

La década de 1970 será también un período clave para la re-publicación y la re-edición de estas obras. Una de las editoriales más paradigmáticas de aquellos años: Eudeba, la Editorial

de la Universidad de Buenos Aires, diseñará colecciones y publicará muchas de ellas. Este gesto de publicar obras de militares en guerra, no será ajeno al clima armado de la Buenos Aires de los años '70 pero luego, como una escabrosa cinta de *Moebius*, será funcional al advenimiento de la Dictadura Militar de 1976 y con ella a la posterior celebración del centenario de la Conquista del Desierto, en 1979.²⁴² Eudeba, luego de la renuncia en 1966 del legendario Boris Spivacow, el gerente editorial de su época de oro –fundador más tarde del *Centro Editor de América Latina*- tuvo diversos gerentes que si bien querían continuar el prestigio de la época que los precedía tenían diferentes posiciones ideológicas y por consiguiente distintos proyectos –tanto para el fondo editorial como para la empresa-. Hacia 1970, el ritmo de edición decae notablemente y las colecciones y las obras publicadas tienen un claro cambio de rumbo.²⁴³ En este período se publica en 1970 *La Conquista del Desierto* de Juan Carlos Walther (una re-edición de la del Círculo de Suboficiales de 1947) y también *La Guerra del Malón* de Manuel Prado, los *Croquis y Siluetas Militares* de Eduardo Gutiérrez y *La Pampa* de Alfred Ebelot. En la contratapa de *La Conquista del Desierto* de Walther se presentan las líneas ideológicas que organizan la etapa post-Spivacow:

“El presente trabajo es la exposición más autorizada y completa de una larga epopeya cuyo significado trascendental no se valora como merece en nuestro tiempo”

El libro tiene tres ediciones y Walther, director en esos años del Museo Roca, será luego el director de la Colección “Lucha de fronteras con el indio” que publicará en 1974 el *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro* de Manuel Olascoaga, y la *Expedición al gran lago Nahuel Huapi en el año 1881* del General Conrado Villegas (re-editada luego en 1977), entre otros.

En los años '80 la editorial Hyspamérica, en su colección “Biblioteca argentina de historia y política” dirigida por Pablo Costantini se hizo cargo de unas cuantas ediciones de la narrativa expedicionaria, tales como (¡una vez más!) *La Conquista de Quince Mil leguas* de Zeballos.

En los años '90 se produce una nueva serie de publicaciones sin aquellos ideales nacionalistas que habían alentado las ediciones de los años '30 y de los años '70 sino con un

²⁴² Como ya lo he referido, entre el 6 y el 10 de noviembre de 1979 se celebra el Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista del Desierto, en la ciudad de Gral. Roca (Río Negro) y sus Actas las publica la Academia Nacional de la Historia en 1980.

²⁴³ Para una descripción de los distintos periodos de la editorial así como de la época véase el trabajo de Amelia Aguado “1956-1975. La consolidación del mercado interno” en De Diego, José Luis, *Editores y políticas editoriales en la Argentina. 1880-2000*.

enfoque más comercial, teniendo en cuenta – o contribuyendo a constituir- un público lector al que le interesan las obras de “divulgación” de temas históricos o las investigaciones no académicas sino de corte periodístico. Público- lector que es, además, un ávido consumidor de un género particular: la “novela histórica”.

La editorial *El Elefante Blanco* (1990) reeditó muchas de las obras contenidas en las colecciones de Félix Weinberg de *Hachette: Viaje al País de los Araucanos* de Zeballos, *Callvucurá, Relmú, Painé* del mismo autor. Los cuidados trabajos de Guillermo Durán han logrado ediciones verdaderamente valiosas, en algunos casos exhumando manuscritos no publicados del museo Enrique Udaondo de Luján (tal es el caso de *Episodios en los Territorios del Sur* de Zeballos o *El archivo de Salinas Grandes*). Ya no se percibe aquí una funcionalidad pedagógica o ideológica sino la divulgación o publicación de materiales desconocidos que son resultado de prácticas de investigación de impronta académica.

Hacia fines de los años 90, aunque en menor cuantía la editorial *Confluencia*, en sus colecciones “Lectura” y “Raíces” y *Museo del Fin* del mundo tuvieron proyectos análogos a los de *El Elefante Blanco*. La primera re-editó, tratando de establecer criterios de ordenación y legibilidad la caótica obra de Ramón Lista. Tanto *Emecé* “Memoria Argentina” dirigida por Alberto Casares como *Alfaguara* “Nueva Dimensión Argentina” (reedición de Hachette) siguieron el derrotero iniciado por Marta Gallardo con *El Elefante Blanco*.

Las ediciones más recientes de todas, al momento de escritura de esta investigación, son las de Taurus, en su colección “Nueva dimensión argentina” dirigida por Gregorio Weinberg que reeditó, en 2005, *La conquista de la pampa. Cuadros de la guerra de frontera* de Manuel Prado con prólogo de María Rosa Lojo y también había editado en 2001 *La Pampa. Costumbres Argentinas* de Alfred Ebelot, con *Estudio Preliminar* de María Sáenz Quesada y las fascinantes ilustraciones de Alfred Paris, a modo de viñetas. La última es de Ediciones Bouquet en 2006, a cargo del cuidado trabajo de Guillermo Durán quien publicó el apasionante *Archivo de Salinas Grandes del Museo Enrique Udaondo de Luján: Namuncurá y Zeballos. El archivo del Cacicazgo de Salinas Grandes (1870-1880)*.

CAPÍTULO IV

El relato expedicionario. Las formas de contar la guerra

“Siento que hay consecuencias que derivan de la confusión de una guerra que nunca llegan a encontrar lugar en los libros de historia y ni siquiera en los libros de memorias.”

Ian Mc Ewan

“Una noche hacia las tres, en ese momento que precede al alba y del cual en el fuerte Necochea nos habían enseñado a desconfiar, el teniente me llamó en voz muy baja.
-Ahí están- me dijo.”

Alfred Ebelot

En este capítulo analizaré la operación más importante de la narrativa expedicionaria del desierto: la construcción de un relato sobre la guerra. Se trata, como resulta obvio, de una guerra entre indios y blancos en la lucha por la posesión de la tierra. Sin embargo, las formas que esta guerra asumió, en estas páginas, tanto desde la voz autobiográfica como desde la voz institucional, no siempre resultan tan clara y sus razones y violencias ofrecen muchas veces representaciones extrañas, pasajes atípicos, desvíos temáticos, formulaciones inciertas, manifestaciones inesperadas.

Todo el proceso que corresponde a la *Conquista del Desierto* como acontecimiento secular histórico no estuvo necesaria o exclusivamente asociado a la práctica de la guerra. Tal vez la ausencia de batallas importantes o la conjunción de múltiples objetivos muy diversos en la práctica expedicionaria misma no permitieron deducir que la conquista de la frontera había sido, efectivamente, una guerra. Sin embargo, un número importante de obras que forman parte de esta narrativa tienen -como tema y eje articulador de su relato- el de un ejército en guerra: sus peripecias, sus héroes, sus pormenores, sus grandes enunciados épicos pero también sus intimidades cotidianas. Y aún los textos que no están escritos por militares expedicionarios y que no relevan hechos bélicos o experiencias de combate o de campaña, aún esos textos, cuentan, veladamente: el antes, el después, el mientras de una guerra.

¿Qué dicen los libros sobre los regimientos, las armas, la caballada, los oficiales, los itinerarios, el parque, el frío, la viruela, la lucha contra los despenseros y los proveedores? ¿Son temas suficientes para articular allí un relato épico militar? Se trata más de un relato de la guerra

que se ofrecía en la cotidianeidad lenta de la vida en campaña: en la permanencia en el desierto.

En el imaginario de entonces los soldados de la frontera podían aparecer combatiendo al indómito salvaje que azotaba las poblaciones, podían ir al rescate de cuerpos semidesnudos de mujeres cautivas, conquistaban la geografía áspera y extensa para convertirla en suelo fértil que la mano del inmigrante próspero podría trabajar. Pero, en rigor los ejércitos se encontraron, en muchas oportunidades, con indios parecidos a los soldados y con largos días y largas noches de indolencia en los que más que capturar indómitamente al bárbaro cruel debieron sortear la escasa comida, el frío, las enfermedades de campaña y el aburrimiento. En su estudio sobre las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante la “Conquista del Desierto”, Julio Vezub explica que “contra el lugar común instalado con eficacia por el mito de la civilización versus la barbarie”, la serie fotográfica reunida por esos ingenieros y fotógrafos presentaba “una aguda observación etnográfica, la que se detiene tanto sobre los indios como se vuelve sobre el propio interior del mundo blanco. Vistas en su conjunto, estas imágenes cuestionan la nitidez del recorte entre esos dos mundos, a la vez que instalan la impresión de que la escisión dicotómica entre ambos, sería recién un producto de la destrucción total de uno de ellos acaecida a partir de 1878”.²⁴⁴ “Al aproximarnos vi salir de unos ranchos, que más parecían cuevas de zorros que vivienda humana, a cuatro o cinco milicos desgredados, vestidos de chiripá todos ellos, con alpargatas unos, con botas de potro los demás, con el palo largo, las barbas crecidas, la miseria en todo el cuerpo y la bravura en los ojos. Si alguien de afuera nos hubiera visto formados, se habría preguntado qué hordas de forajidos éramos. No había dos soldados vestidos de igual manera” escribe Manuel Prado.²⁴⁵

Este capítulo está destinado a analizar el relato de la vida en guerra: una inmensa descripción que este corpus articula y que no tiene su expresión acabada en una obra única

²⁴⁴ VEZUB, Julio, *Indios y Soldados. Las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante la “Conquista del Desierto”*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2002.

²⁴⁵ Manuel Prado, *Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera*. Prólogo de María Rosa Lojo. Buenos Aires, Taurus, 2005, pág. 39. A su vez el cruce de identidades también aparece en las páginas de Francisco Moreno: “(...) un jinete, mezcla de indio y de cristiano, por el traje y el apero del caballo. Vestía como el gaucho de las llanuras porteñas, pero tenía aperado el mancarrón –un verdadero sottreta cenizo, como decía el cadete Santos- al uso y costumbre del roto chileno” (*Reminiscencias del Perito Moreno* Versión propia recopilada por Eduardo V. Moreno. Buenos Aires, El elefante Blanco, 1997. Pág. 126).

sino en cada uno de los fragmentos deshilvanados de todas las obras que componen la narrativa. Así es que, para documentar la guerra, la visión descontracturada de Ignacio Fotheringham podría leerse como la contrapartida de la disciplinada relación de Eduardo Racedo, así como la intimidad de los relatos de fogón de Manuel Prado parecen una respuesta a las ensoñaciones épicas e hiperbólicas del topógrafo oficial Manuel Olascoaga. La prosa de Francisco Moreno hace un *tandem* con la obra de Estanislao Zeballos quien finalmente, luego de sus escritos histórico- científicos termina prefiriendo los goces de la ficción protagonizada por caciques románticos. Alfred Ebelot encarna la mirada del *reporter* extranjero como contrapartida de Roberto J. Payró, su versión vernácula. Todos, e incluso los que en esta rápida enumeración no figuran, proveen fórmulas para contar la guerra y en sus deseos y necesidades de narrar los hechos han tomado decisiones claves para este relato.

Entre los estudios sobre la *Conquista del Desierto*, el primero que señaló la ausencia de grandes batallas fue Juan Carlos Walther. Su obra, ya referida en la *Introducción* de este trabajo, ofrece una extensa relación de la conquista y colonización de los territorios argentinos considerados “desierto” que va desde el siglo XVI hasta las últimas exploraciones del General Villegas en la década del 80 del siglo XIX. La conquista está trabajada en el capítulo XI: “Proceso de avance de la frontera hasta el Río Negro, por el general D. Julio A. Roca (1878-1879)” y la serie que Walter propone es contundente:

“Si bien a esta epopeya no la signaron batallas de resonancia, sí la caracterizaron rudos y sangrientos combates, propios de esa sin igual lucha, rica en episodios de valor y dramatismo, donde sus actores en nada desmerecieron en fama a los soldados de la independencia y de otras campañas. Por eso y por otros legítimos méritos, merece la Conquista del Desierto parangonarse con las demás gestas de nuestra historia”.²⁴⁶

Para compensar la ausencia de grandes batallas Walther señala la necesidad de equiparar la “gesta” de la conquista a la gesta de la independencia. El gesto toma las formas de un imperativo: otorgarle *status* a ese acontecimiento bélico. Si la conquista “merece” esa dignificación es justamente porque carece de ella. Al mismo tiempo, la sospecha de que la guerra de la conquista no habría sido tan heroica como las guerras que la precedieron no era

²⁴⁶ Juan Carlos Walther, *La conquista del desierto. Síntesis histórica de los principales sucesos ocurridos y operaciones militares realizados en la Pampa y Patagonia contra los indios (años 1527-1885)*. Este trabajo confeccionado en la década del '30 recoge también un clima de época: la presidencia de Justo, la fundación en 1934 de *Parques Nacionales*, la llegada del ferrocarril, en esa década -luego de 20 años- a la ciudad de Bariloche. Es decir un gobierno con fuerte impronta militar que pone la mira en la Patagonia argentina.

una pura intuición de Walther: estaba ya en el interior mismo de los relatos de sus propios protagonistas.

“Para la captura de indios lo solo i único que se necesita, es constancia y actividad, en cuanto al coraje, valor individual, no se pone en juego ni se prueba en semejantes casos pues que es mui raro que los salvajes enfrenten un combate al menos que el número de fuerzas que los ataquen, sea tan inferior al que con ellos cuentan que les asegure una fácil victoria. El indio es perezoso i descuidado por carácter, así pues con mui poco trabajo se consigue sorprenderlo.”²⁴⁷

Eduardo Racedo, General de la Tercera Columna Expedicionaria, es decir una voz jerárquica de la oficialidad, quita méritos de guerra a las acciones realizadas. Él mismo explica más adelante, en su *Memoria Militar*: “El hecho de esquivar siempre los combates, tiene su razón de ser, no en su cobardía sino en la diferencia de armas, la falta de instrucción, disciplina, que los coloca en condiciones mui desventajosas.”²⁴⁸

Curiosamente las condiciones desventajosas del enemigo aborigen resultaban un obstáculo para mostrar la superioridad del ejército. La fuerza de éste y de sus hombres sólo se medía en relación con los encuentros con el otro y con la fuerza del otro, de acuerdo a los manuales de guerra de la época.²⁴⁹ Si el enemigo estaba en desventaja, no había mérito en la victoria. “La guerra no es la acción de una fuerza viva contra una masa inerte. Ambos bandos deben tener el mismo nivel en lo que se refiere a la organización militar y al arte de la guerra” indica Karl Von Clausewitz en el libro IV de su Tratado sobre la guerra.²⁵⁰

²⁴⁷ Eduardo Racedo, *Memoria Militar y Descriptiva sobre la Campaña de la 3era División expedicionaria al territorio de los ranqueles a las órdenes del General Eduardo Racedo*, Buenos Aires, Editores Ostwald y Martínez, 1881, pág. 38.

²⁴⁸ Racedo, op cit. pág. 40.

²⁴⁹ VON CLAUSEWITZ, *De la Guerra*. Buenos Aires, Biblioteca del Oficial- Círculo Militar, Tomos I, II y III, 1968; VON MOLTKE, Helmuth, *La guerra franco alemana de 1870-71*. Barcelona, Montaner y Simón editores, 1891; JOMINI, Antoine, *Traité des Grandes Opérations Militaires ou Histoire Critique des Guerres de Frédéric Le Grand comparées au system modern*. Tomos I, II y III. Paris, Ch. Tanera Éditeur. Librairie pour l'art militaire, les sciences et les arts, 1851; BONNET, Félix, *Guerre franco-allemande (1882-1886). Résumé et Commentaires de l'ouvrage du grand état-major prussien*. Tomos I, II y III. Paris, Librairie Militaire de L'Baudoïn Et Ce, 1886; HAMLEY, Edward, *Operaciones de la guerra*. Madrid, Tipografía y Litografía del Depósito de la Guerra, 1876.

²⁵⁰ Karl Von Clausewitz (1780- 1831) fue un general prusiano que, habiendo participado en las guerras contra la Francia napoleónica como oficial del Estado Mayor de los Ejércitos prusianos (1806,1814 y 1816) dirigió la Academia Militar de Berlín entre 1818 y 1830 y se convirtió en uno de los más grandes teóricos militares de su época. Su magistral tratado sobre ciencia militar (*Von Kriege, De la guerra*) publicado en 1832, ha influido sobre las culturas militares de los ejércitos modernos americanos, en la lucha por la conquista territorial. En su obra sostenía que la guerra no era una práctica aislada de la

La *Conquista del Desierto* fue mucho más una serie de instalaciones progresivas que un conjunto de enfrentamientos. Sobre todo a partir de 1879 en el avance expedicionario, los encuentros bélicos fueron poco frecuentes y muy menores. Sin embargo, ¿por qué los relatos registraban las tensiones propias de un estado de guerra? Se había movilizadado un ejército nacional y se capitalizarían las expediciones anteriores y posteriores en función del trabajo político y bélico de ese ejército en funcionamiento. Pero parecía difícil asimilar los modelos bélicos europeos a los hechos, muchos de los cuales van a ser narrados en carácter de contienda. Alfred Ebelot escribía en esos años: "El traslado de la frontera no ha sido una acción de guerra, una conquista a viva fuerza, ha sido la comprobación de un hecho"²⁵¹ Este desplazamiento, señalado con perspicacia por el ingeniero francés podría formularse así: no fuimos a una guerra, fuimos a confirmar que la habíamos ganado. Sin embargo, ese escepticismo, que se registraba también en ciertos cuadros de la oficialidad del ejército de entonces contrastaba con las posiciones de otros protagonistas de la expedición. Tal era el caso de Manuel Prado, quien muchos años después de la expedición de 1879 y recordando en su memoria autobiográfica la experiencia vivida, registraba con desolación esa forma de considerar al acontecimiento y ofrecía otra perspectiva de los mismos hechos referidos por Racedo. "Parece que los combates con los indios no tienen importancia ni valor alguno" se quejaba amargamente y su postura no era tanto una afrenta contra la posición de un superior a quien admiraba y citaba en sus páginas sino un señalamiento de la creciente desvalorización social y política que recaía, en los últimos años del siglo XIX, sobre la práctica militar de frontera. Prado ofrecía el relato de los combatientes de la frontera desde el punto de vista de un soldado adolescente, desvalido, indigente y valeroso, con escaso acceso a la tecnología

actividad humana, de los gobiernos o de las clases interesadas sino una extensión de la política y que su fin debía ser destruir la voluntad de resistencia del enemigo. El acierto de la obra radica en haber propuesto un modelo ideal de guerra a partir del cual medir y evaluar las formas que las guerras asumían en realidad. Otros tratados sobre la guerra pueden cotejarse con éste, tales como *Del arte de la guerra* de Nicolás Maquiavelo, publicado alrededor de 1520, que con el esquema de los tratados del Renacimiento abordaba -en forma de diálogo-, el tema de la guerra y sus derivaciones cuestionando la constitución de ejércitos mercenarios y abogando por un ejército de soldados que aman a la patria y que están unidos a sus jefes políticos y militares no sólo por sus vínculos disciplinarios sino ante todo por sus vínculos morales. Y también reverberan en las páginas del general prusiano los milenarios conceptos militares de general chino Sun Tzu (que vivió entre el 700 y el 400 a. c.) y refiere las estrategias empleadas por los señores feudales en las guerras territoriales y cuyas páginas fueron consultadas por Napoleón, el mariscal Montgomery y Mao Tse Tung, entre otros.

²⁵¹ "La expedición al Río Negro" en Alfred Ebelot, *Relatos de la Frontera*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1968. (Traducción de V. D. Bourillons de los artículos que se publicaron en la *Revue des deux Mondes* entre 1876 y 1880).

militar y sobre todo, pobre. Se trataba de un libro para rescatar la memoria de “pobres y heroicos milicos muertos”. Asimismo, reenviaba el relato de la guerra a una de sus razones más contundentes: el enfrentamiento con Chile. “¿Qué es la patria y la nación en la guerra?” se preguntaba, para puntualizar que los soldados peleaban “no ya pensando en que disputaban al indio una manada de yeguas robadas sino en la creencia de que defienden del extranjero el pabellón celeste y blanco de la patria.”²⁵²

La guerra de frontera en la Argentina, en la segunda mitad del siglo XIX, se definía a partir de una dicotomía: quitar al indio el ganado que se robaba o defender una patria. ¿Cómo y cuándo recuperar el ganado que se arreaba a Chile se convertiría en una defensa del territorio nacional o de los ideales patrióticos? Justamente es en esa conversión, en ese pasaje fue cuando irrumpió la acción política y militar de Roca. Para Chile, el territorio austral era chileno. La verdadera locación de la controversia internacional no era Punta Arenas y el Estrecho de Magallanes sino una gran zona de la Pampa y de la Patagonia que a Chile le interesaba más que aquellos puntos lejanos y de menor importancia también para la Argentina. Por eso la *Conquista de la Pampa* de Manuel Prado registraba las huellas de un combate “encarnizado y terrible” entre unos pocos indios y unos pocos soldados al que además varios de los soldados que intervinieron habían llegado tarde. Pero el texto se hacía cargo de las tensiones propias del estado de guerra y también de sus escenas de combate.²⁵³

Cuando Manuel Prado participó de la Conquista del Desierto era un adolescente. *Conquista de la Pampa* es, en cambio, la escritura autobiográfica de sus años maduros a la que denominaba “cuentos de fogón” y de los cuales señala que los publica sólo por la insistencia de sus amigos. Así también la *Guerra al Malón* que refería esos mismos años mencionaba la misma insistencia de amigos que lo incentivan a publicar. En esta otra oportunidad no se trataba de amigos militares sino del escritor Roberto J. Payró y del dibujante Malharro. De modo que la escritura, ya circunscripta al ámbito de las relaciones afectivas y en tanto escritura memorialística personal se permitía transitar zonas del relato del acontecimiento que ya no tenían las tensiones propias de la escritura por encargo institucional, que he descrito en capítulos anteriores. Desde esa perspectiva, las páginas de Prado podían hacerse cargo de las

²⁵² Según cuenta Remigio Lupo, en su crónica periodística, el coronel Villegas -al frente de la oficialidad-, se presentó en la carpa del General (Roca) para felicitarlo por el éxito de la jornada y para hacerle saber que él y sus oficiales “se hallaban dispuestos a derramar su sangre tanto en la guerra con los indios como en el terreno de una lucha internacional” (pág. 129)

²⁵³ PRADO, Manuel, *Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera*. Buenos Aires, Taurus, 2005.

contendidas heroicas pero también de otros episodios que mostraban la complejidad de la expedición: las trifulcas entre soldados y desertores, la inundación posterior de las tiendas de campaña luego de la llegada “victoriosa” a Choele-Choel, los castigos excesivos de los suboficiales y otros. Pero tampoco los relatos sostenidos por una retórica y enunciación oficiales y escritos por encargo, tales como los de los científicos Adolf Doering y Pablo Lorentz no se privaban de relatar episodios confusos y problemáticos de la experiencia expedicionaria tal como el hecho de que mientras todos se conmovían por los castigos que la oficialidad dura imponía a los desertores, los indios les robaban los caballos.²⁵⁴ Episodios que son contados también en otras obras. Los científicos, por su parte, reconocieron que “no hubo sino una pelea insignificante con los indios”.²⁵⁵

Muchas obras mencionan un hecho difícil de comprender: la presencia, en los cuerpos del ejército, de indios-soldados. Y sobre este tema hay, actualmente, una importante bibliografía.²⁵⁶

¿Cómo aparecen representados los indios en el relato de esta guerra? Por supuesto que representan al enemigo, al otro contra el que hay que pelear. Sin embargo, los relatos muestran también su participación en los ejércitos de línea. Un ejemplo fue el Escuadrón “Auxiliares del desierto” formado por indios de lanza. También lo fueron los legendarios “indios de a pie” del cacique Manuel Grande que fueron amigos de Roca. En los años previos a la Expedición del 79, Alsina había ofrecido al cacique Juan José Catriel su traslado a las inmediaciones del Fortín Aldecoa para conformar una especie de “colonia pastoril” cuyos hombres quedaban afectados a la *Guardia Nacional* en calidad de “auxiliares”.²⁵⁷ Puede observarse, entonces, que la militarización de las indiadas era una política que provenía del programa de Alsina y que encuentra en Roca un importante continuador.

²⁵⁴ DOERING, Adolfo y LORENTZ, Pablo, *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*. Prólogo de Clodomiro Zavaglia, Buenos Aires Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca. 1939.

²⁵⁵ Doering, Adolfo y Lorentz, op. cit. pág. 157

²⁵⁶ BECHIS, Martha, “Fuerzas indígenas en la política criolla del siglo XIX” en *Caudillismos rioplatenses. Nuevas Miradas a un viejo problema*. Compiladores: Noemí Goldman y Ricardo Salvatore. Eudeba, Buenos Aires, 2005 y también, de la misma autora: “De hermanos a enemigos: los comienzos del conflicto entre los criollos republicanos y los aborígenes del área arauco-pampeana-norpatagónica” en Susana Bandieri (coord) *Cruzando la cordillera. La frontera argentino-chilena como espacio social*. Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, 2000. Así como “Subordinarlos”, “someterlos” y “sujetarlos al orden”. *Los indios amigos de Azul, Tandil y Tapalqué durante la década de 1830* de María Laura Cutrera (Tesis de Maestría, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2006).

²⁵⁷ Véase el capítulo XVIII “Caciques y Comandantes. Breves noticias biográficas” escrito por Juan Guillermo Durán en su edición de *Episodios en los Territorios del Sur (1879)* de Estanislao Zeballos.

Es necesario señalar también la falta de consenso que tenía la avanzada territorial definitiva, la cual no era un deseo fervoroso de los sectores más influyentes de la ciudad sino un plan que hubo que imponer.²⁵⁸

El presidente Avellaneda, uno de los hombres públicos más dedicados al tema de la frontera –y curiosamente el menos reconocido en el relato de la historiografía laudatoria posterior- era elocuente al respecto:

“La supresión definitiva de la línea de fronteras interiores no fue una obra popular, sino una obra de gobierno, y es por lo tanto contradictorio excluir al jefe mismo del gobierno, es decir, a aquel bajo cuya responsabilidad directa y personal se ejecutó la obra. Puede decirse por accidente que el Presidente de la República no ha tenido participación ostensible en tal o cual acto; pero no puede esto decirse respecto de una obra a la que fue necesario centrar toda la atención que duró cuatro años, y a la que se aplicaron todos los recursos de la administración y todos los resortes del gobierno. Ha habido una campaña política para sostener cuatro años contra la incredulidad y la discusión. Una campaña financiera para buscar recursos pecuniarios, sin los que nada se habría hecho, y buscarlos en medio de la crisis. Una campaña legislativa para hacer sancionar ocho leyes. Una campaña de responsabilidad pública y de peligros personales, alejando el ejército e internándolo en el desierto en medio de las revoluciones anunciadas cada día.”²⁵⁹

Las palabras de Avellaneda detallaban las diversas campañas de una obra de gobierno y en la descripción que ofrecían presentaban la Conquista como un hecho para el que, en principio, no había consenso. No sólo no había consenso popular sino que tampoco lo había entre los sectores dominantes. Es por esa razón que los relatos que refieren la Conquista y que la describen, desde su gestación como acontecimiento, apelan a una fuerte retórica

²⁵⁸ Sobre las dudas que el plan de exterminio definitivo ofrecía resultan muy interesantes las apreciaciones de Vicente Gil Quesada en los años previos a la Expedición del 79. “El despojo, la violencia, la fuerza, la destrucción y la muerte eran el presente que la raza blanca ofrecía a los indígenas... Y a pesar del transcurso de los años... continúa hasta hoy esa guerra, y sin embargo, no ha cambiado su fin: pelear, matar, arrojar a los indígenas de nuestras fronteras porque su vecindad incomoda, y cuando el aumento de nuestras poblaciones lo exige, volverlos a atacar para que nos vuelvan a dejar las soledades en que vagan: ¡He ahí la moralidad de la guerra que les hacemos en nombre de la libertad! ¿Qué puede exigirse, entonces, de los indios?” (citado por Liborio Justo en el Prólogo a *Frontera Sur* de Alfred Ebelot. Editorial Kraft).

²⁵⁹ Nicolás Avellaneda, Tomo VI de *Escritos y Discursos*, citado por AUZÁ. Néstor, “La ocupación del espacio vacío: de la frontera interior a la frontera exterior. 1876-1910” en Ferrari, G y Gallo, E. (Compiladores) *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1980.

autojustificatoria. Cada una de esas “campañas” que Avellaneda detallaba puede verificarse en el entramado de los textos aunque veladamente. O, dicho de otra manera, podemos leer en esos textos esas “campañas” o los resultados de las mismas.

La narrativa expedicionaria. Presentación general

“Se trataba de explorar un desierto en el cual
ni raíces se encontraban para hacer fuego. Quién
sabe si no íbamos a la luna.”

Manuel Prado

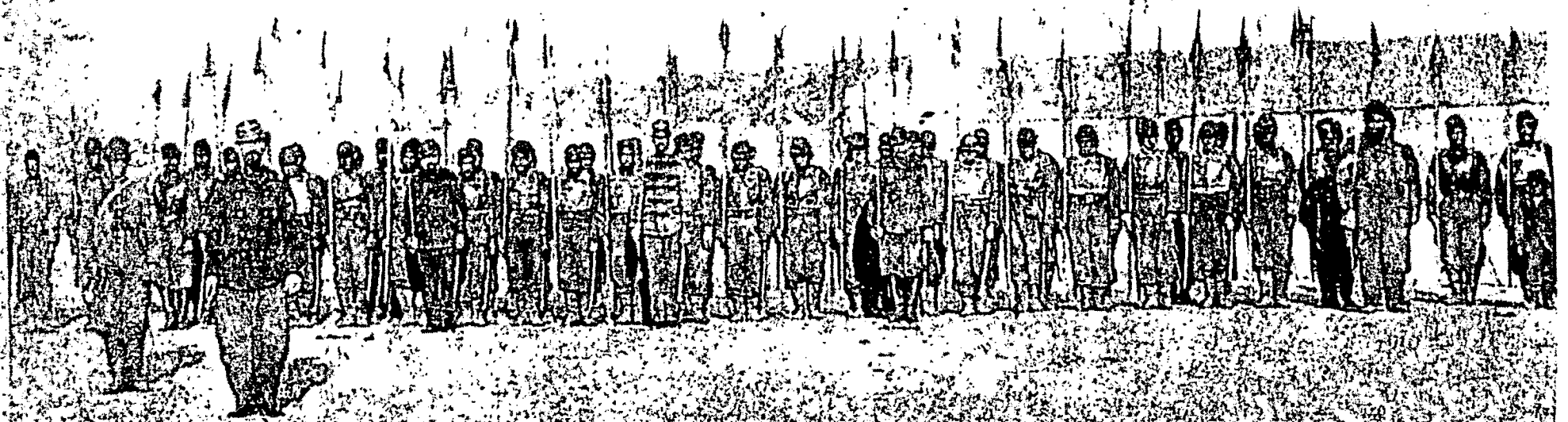
La narrativa militar que cuenta la guerra está constituida por una serie de textos que tuvieron la necesidad de ofrecer relatos claros y en algunos casos, aclaratorios porque sus autores se impusieron el compromiso de ofrecer una representación compacta y en algunos casos de defender una identidad amenazada. Ahora bien, como se trataba de textos en primera persona se hizo necesario demostrar, en el interior mismo de las páginas, una legitimidad para hablar sobre el territorio que se describía y sobre el que sus autores habían expedicionado. La subjetividad era un derecho legítimo sólo si se garantizaba la verdad del relato con el valor de la experiencia. Desta concepción de la escritura es que Olascoaga podía “desautorizar” la palabra consagrada de uno de los científicos más paradigmáticos de su época: “Darwin habló de la pampa cruzando de Patagones a Bahía Blanca, que es como si se hablase de Buenos Aires sólo por haber atravesado la provincia de Jujuy”.²⁶⁰ Es decir que el relato de la propia experiencia, que era a la vez una experiencia estatal -como hemos visto en capítulos anteriores-, será el que disputará un lugar entre las obras y representaciones previas y siempre enfatizará las razones de su legitimidad.

Se trata, asimismo, de una narrativa que se construye por yuxtaposición, por reunión de documentos y que cuando fue necesario convirtió en documentos a los escritos que circulaban y que proveyeron información experiencial, esta autoría era exhibida en el interior de la obra: “Parte de la exploración mandada por el Excmo. Señor Ministro de Guerra en Campaña sobre la costa al sur de Patagones hasta el puerto de San Antonio y ejecutado por el sargento mayor Jordan Wysoski”.²⁶¹

²⁶⁰ *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro por Manuel J. Olascoaga*. Editores Ostwald y Martínez, Buenos Aires, 1880, pág. 201.

²⁶¹ Contenido en Olascoaga, op. cit. pág. 271.

Tropa de caballería con lanzas similares a las que usaba el indio. Algunos soldados llevaban también la coraza de cuero crudo que había impuesto Alsina. La tropa se resistía a ella por considerar que “no era de valientes”. Fotografía de Antonio Pozzo. Compilada por Miguel Ángel Cuarterolo y Abel Alexander en *Soldados (1848-1927)*.



En la mayoría de los casos quien firmaba la obra tenía las funciones de un gran compilador, como un presentador, como un antólogo inclusive. Así, por ejemplo, en la obra de Eduardo Racedo, la *Memoria Militar y Descriptiva sobre la Campaña de la 3era División expedicionaria* aparecen las voces de Rómulo Páez, Alzogaray, Sócrates Anaya, apuntes topográficos de Rudecindo Roca, una carta de Benito Meana entre tantos otros documentos. Eran obras verdaderamente colectivas del Ejército, donde aparecía la voz del autor y la de sus jefes y subordinados, voces que emergían de las páginas para documentar una tarea que era de todos pero que estaba firmada por individuos particulares. El problema más importante que parecen haber tenido que enfrentar estos autores -ninguno de ellos escritores por cierto- era el de mostrar como una guerra del estado argentino lo que en realidad tenía mucho más de cacería y de desplazamiento progresivo. "Paseo militar" fue la expresión acuñada por el cronista del diario *La Pampa*, Remigio Lupo y que si bien tenía una impronta laudatoria -un ejército tan poderoso que todos se rendían ante él- se prestaba rápidamente para una interpretación negativa.

¿Qué es lo que se podía contar de la "guerra"? Combates había pocos, la vida del campamento era aburrida o se vivía como un castigo letal, los indios no aparecían, no se podía contar el disenso porque se trataba de un relato oficial del que, además, se esperaba una prosa heroica. Tal vez fueron estas las razones por las que la escritura de un extranjero será la que transitará con mayor libertad y habilidad este desafío y logrará sortear estas imposibilidades iniciales:

"La manera cómo se ha producido merece tanto más ser narrada cuanto que su relato nos ha de transportar, a través de las peripecias de una guerra en la cual los militares no hallarán sin duda gran cosa que aprender pero en las que tal vez los aficionados al color local encontrarán satisfacción a regiones hasta hace apenas pocos meses todavía vírgenes del contacto con seres civilizados."²⁶²

La fórmula de Ebelot era concreta: se trataba de organizar el relato de una guerra que funcionaba como pretexto y que no estando dirigida a militares, capturaba un tipo de lector ávido de exotismos. Tal vez un lector de libros de viajes y geografías.

¿Cómo salvaban los textos de la narrativa expedicionaria, la brecha entre el imaginario previo (de las expediciones coloniales primero, y de la estéticas paisajísticas del romanticismo

²⁶² EBELOT, Alfred, *Frontera sur. Recuerdos y relatos de la Campaña del Desierto (1875-1879)* Traducido por Nina y Edna Dimenstein. Con introducción de Liborio Justo Buenos Aires, editorial Kraft, 1968.

después) y el escenario efectivo de sus historias? Fue el gran desafío de estos autores. Pero será la literatura la que en muchos casos saldrá las cuentas (sobre esto volveré en el capítulo V). En otros casos serán los relatos militares de corte autobiográfico como la *Conquista de la Pampa* de Manuel Prado o los *Episodios militares* de José Daza.

Pero la captación más acertada de un tipo de escritura que resultaba diferente a la ya existente y cuyos entramados estaban atravesados por la experiencia de la guerra y del desierto la propuso David Viñas, cuando adjudicó a este tipo de escritos un “estilo parte de campaña”.²⁶³

El Telegrama al Coronel Lagos (jefe de una de las cinco columnas expedicionarias de Julio A. Roca ilustra la apreciación del crítico:

“He leído tus dos telegramas del 16 y uno del 17. Dentro de 13 días esa división tiene que ponerse en marcha, aunque sea a pie. Durante este tiempo le llegará el equipo, el vestuario, el comisario pagador y 700 caballos, en vez de 500, que se le mandaban de los gauchos. Con ese número, y los que tiene el regimiento, por malos que sean, cuidándolos, haciendo marchas lentas, como conviene hacer ahora, esa división puede desempeñar el papel que se le va a confiar en esta campaña. Además, no hay tiempo absolutamente que perder. Lo menos 40 días precisamos para proveerte del número de caballos y mulas que tú deseas. Si no te hallas, pues, en actitud, con estos medios, de dar debido cumplimiento a lo que se te va a encomendar y crees que se te sacrifica, dilo con tiempo, que yo no quiero forzarte a marchar contra tu voluntad. Debo prevenirte que ni Uriburu, ni Racedo, ni el Comandante Roca, ni el coronel Levalle, ni García, llevan carros ni carruajes. El único que lleva estas cosas soy yo, y no sé si tendré que tirarlos en el camino. Tuyo. Julio A. Roca”²⁶⁴

El telegrama de Roca a su amigo y subordinado el Coronel Hilario Lagos muestra una prosa precisa, rápida, urgente, clara, sin merodeos de estilo, una prosa que instruye y al mismo tiempo, reclama. He aquí la voz del jefe, el resto de las voces buscarán emular esa claridad y esa decisión. Es cierto que hay una marca material sobre esas líneas, se trataba de un telegrama y por lo tanto las condiciones materiales marcaban sus *tempos*: no había lugar para adjetivos y puntuaciones, se evitaban metáforas y digresiones. Sin embargo, no parece ser solamente la

²⁶³ VIÑAS, David, *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.

²⁶⁴ Contenido en Olascoaga, op. cit., pág. 443.

imposición de esas condiciones materiales las que definían la escritura de Roca porque la rapidez y la urgencia estaban ya en muchos otros de sus escritos previos a la expedición y se había mostrado, contundentemente, en el “Mensaje y Proyecto” sobre la Traslación de la frontera que Roca presentaba el 14 de agosto de 1878 al “Honorable Congreso de la Nación”.

La escritura telegráfica, si bien era una escritura técnica, también era percibida como una nueva forma de expresión:

“porque a la vista de esos postes y de esos alambres magnetizados, se desvanece realmente toda idea de distancia. Llega uno a imaginarse que esa larga línea de hierro es su propio brazo armado de una pluma, con que escribe lo que quiere en la pizarra de cada uno de los amigos de allá. Todavía se puede pensar que aquí se está más cerca de ellos: no hay que irlos a buscar a su casa. Basta entrar en la oficina telegráfica y nombrarlos, para que se presenten como espíritus, que un amigo mío cree tener prontos a su llamado en cualquier hora que él se sienta a su trípode. Tengo a más la ventaja de que mis amigos me transmiten sus propios conceptos con su propia ortografía, mientras que aquellos espíritus mentales hablan con el estilo y la ortografía de mi amigo que son especiales.”²⁶⁵

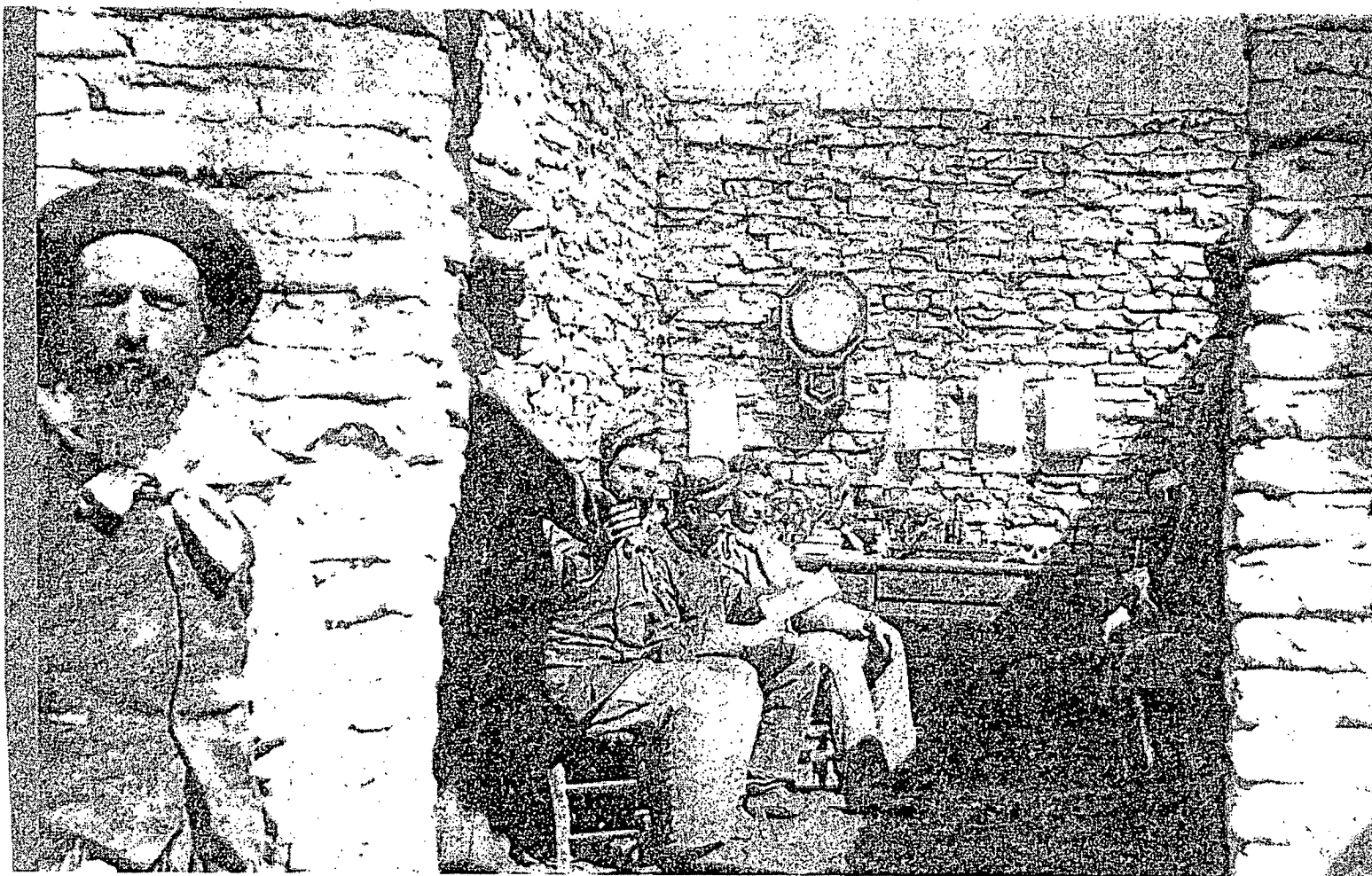
En esta descripción, la fascinación por la nueva tecnología no impide al topógrafo del ejército analizar su funcionamiento y hasta sus consecuencias. Al laconismo se le suma una ortografía neutra. La pluma será un estilo homogeneizado que se define entre una materialidad: postes y alambres magnetizados, la pluma como una larga línea de hierro; y una inmaterialidad: los espíritus mentales que se hacen presentes. Al mismo tiempo también estaba la percepción de que esa tecnología tenía su expresión más acabada en imágenes muy rudimentarias:

“Es ciertamente conmovedor llegar a las estaciones telegráficas que se encuentran en el espacio desierto que separa a Olavaria de Carhué. Un pequeño rancho que apenas hace bulto en la inmensidad del espacio solitario, y que sólo se percibe por hallarse insertado en los hilos metálicos que el viajero no pierde de vista, es lo que se llama una oficina telegráfica en aquellos lugares. Un oficial solo, que ha tomado ya el aspecto agreste del yermo en que vive, es el jefe y operador de la oficina. Se agrega a este personal el guardahilos que generalmente está ausente y que suele encontrarse por ahí debajo de sus hilos como un ahorcado que ha cortado su cuerda. En algunas de estas oficinas

²⁶⁵ Olascoaga, op. cit. pág. 186.



Estación Telegráfica del Fortín 1era División. En Album de Encina, Moreno y Cía. Vistas
fotográficas del Territorio Nacional del Limay y Neuquén, 1883. Compilado por Julio
Vezub, 2002.



Estación Telegráfica del Fortín 1era División. En Album de Encina, Moreno y Cía. Vistas fotográficas del Territorio Nacional del Limay y Neuquén, 1883. Compilado por Julio Vezub, 2002.

hemos visto el aparato de transmisión casi a la intemperie, delante de una ventana sin reja, postigo ni vidrios.”²⁶⁶

Nótese que se invierte en esta descripción el tópico civilización barbarie. No es el desierto el que se moderniza con la instalación de la oficina telegráfica sino la oficina telegráfica la que es corroída por el desierto y ofrece un aspecto más salvaje que moderno. La oficina telegráfica es un rancho, el aparato está a la intemperie, los operadores están solos y tienen aspecto agreste. El “ahorcado” ha cortado su cuerda.²⁶⁷

Los oficiales telegrafistas eran egresados del Colegio Militar (en él se impartía un Curso de Telegrafía Eléctrica) y llegaban a permanecer solos durante 5 o 6 años en las oficinas telegráficas del desierto. Se mantenían con una sola ración de carne distribuida cada 15 días. El contraste entre esa soledad y la posibilidad de contacto con los centros de población los ligaba a un movimiento del que no participan pero al que no eran ajenos. Las historias sobre estos jóvenes telegrafistas que la narrativa expedicionaria recoge los mostraban siempre como vigías del desierto. Abnegados y obedientes, las historias de sus vidas no son superadas por nada. Se sabía que estaban con vida solamente por el sonido de sus pulsaciones telegráficas. Sus sonidos podían oírse desde Puan en Buenos Aires. Pero el poder que tenían con sus conocimientos no los eximía de ser militares subordinados que –como los soldados– no podían ni debían quejarse y estaban sometidos a su inmediato superior. “Como el centinela que vela por un rey su omnipotencia se limita, sin embargo, a una cosa con vara de membrillo que se llama Cabo de Guardia” (Olascoaga, 188).

Los géneros de la guerra -parte, itinerario, orden del día, correspondencia, mensaje al congreso, proyecto, telegrama, circular, parte diario, orden general, instrucción, marcha²⁶⁸- son formatos de textos militares que contienen información sobre las prácticas expedicionarias y bélicas. Se trata de textos cortos que relevan datos sobre el estado de la tropa, los víveres, los sueldos de los soldados, los avances y retrocesos, así como los éxitos o los fracasos de los

²⁶⁷ Véase SIEGRIST DE GENTILE, Nora y MARTÍN, María Haydeé, *Geopolítica, ciencia y técnica a través de la Campaña del Desierto*. Buenos Aires, Eudeba, 1981. Y para un abordaje metafísico de la tecnología del telégrafo, así como de las líneas del ferrocarril, en la conquista territorial, puede consultarse el trabajo de Claudio Canaparo que –en la perspectiva de Paul Virilio (*Speed and Politics: an Essay on Dromology*) señala el impacto que ésta tuvo en la cultura argentina. (“Marconi and other Artifices: Long-Range Technology and the Conquest of the Desert”. En Andermann, Jens and Rowe, William, *Images of Power. Iconography. Culture and the State in Latin America*. New York, Oxford Berghen Books, 2005).

²⁶⁸ A veces la impronta autobiográfica se cuele en su enunciado “Apuntes de mi cartera de campaña” escribe un oficial cuyo escrito es compilado por Olascoaga.

combates y que informan el número de muertos de uno y otro bando. También mencionan nombres de individuos que han realizado acciones heroicas con el objetivo de que éstos sean tenidos en cuenta para ascensos o premios. Se trata, como en el caso del telegrama de Roca a Lagos, de una escritura rápida, sin merodeos y con un cierto tono de urgencia. Una escritura anclada en valores muy precisos: la eficacia y la temeridad. Una escritura neutra con un lenguaje militar en la que predomina la frase corta. Un estudio conciso que habilita muchas veces la escritura personal para aligerar los tecnicismos y que permite que ingrese la subjetividad como garantía de verdad experiencial. El *Estudio Topográfico* de Manuel Olascoaga es un verdadero collage- montaje de lo más representativo de estos géneros de la escritura de campaña. También Eduardo Racedo resulta un compilador de voces de oficiales subalternos. Una escritura en primera persona que es claramente una escritura colectiva: un nosotros, pero que establece claramente las jerarquías, la subalternidad, no sólo porque quienes escriben son efectivamente los oficiales subordinados a su cargo, sino porque -en contraste-, la escritura del subordinado -más simple, parca, dura- colindante con la del propio Racedo, más elegante y culta ofrece también una diferencia estilística. La compilación de estos documentos breves tiene una función que el propio Manuel Olascoaga explica elocuentemente:

“La historia de la operación que en ocho meses dio en tierra con el dominio secular de los indios en veinte mil leguas de territorio y precedió a la ocupación definitiva de la línea militar de Río Negro y Neuquén, se halla comprendida en los siguientes telegramas, que he tomados entre los diarios de los archivos del telégrafo, sin ser todos los que se hicieron en esa época con motivo de la campaña preliminar. Siento no haber podido conseguir todos los dirigidos por el general Roca a los jefes de las fronteras del interior, coronel Racedo, comandante Roca y comandante Tejedor, etc. Me habría sido agradable insertarlos para completar el detalle de las operaciones, así como para honra de su autor y de los jefes a cuyos títulos se dirigieron. Dejo, pues, al laconismo de los telegramas aquí consignados, el dar una idea de la actividad, inteligencia y pericia desplegadas en esta rápida y memorable campaña por todos los jefes que han tomado parte en ella. Nunca se habrá hechos en menos palabras la relación de más numerosas hazañas ni más largos itinerarios. Hay allí un mundo de heroicidades que se ocultan como los diferentes sitios en los miles de leguas que fueron su teatro. Suprimo, por otra parte, algunos de las primeras órdenes e instrucciones del general Roca, porque

ellas se deducen claramente de sus efectos y a los propósitos consignados en los documentos que acaban de leerse.”²⁶⁹

Olascoaga veía la funcionalidad de la recopilación, pero no dejaba de percibir el laconismo que ofrecían estos relatos atravesados por marcas que muchas veces tenían que ver con sus condiciones técnicas: la brevedad en el caso de los telegramas. Por otra parte suma los contenidos de los telegramas a su libro invitando a la lectura de entrelíneas: el laconismo del lenguaje es una prueba de la participación activa en la expedición, la cual quita tiempo a la prosa (escribir o hacer la guerra).

Pero no sólo los escritos militares forman parte de esta narrativa de guerra. También lo son —a su modo— las memorias científicas: en ellas la primera persona —que no era una voz militar pero era una voz expedicionaria— puede contar los episodios desde la experiencia. Se trata de relatos que pueden referir la guerra desde un afuera porque sus objetivos expedicionarios eran otros y el corpus se completa con las crónicas para revistas o periódicos en las que una voz *reporter* puede —como en el caso de las memorias científicas— contar desde el afuera del adentro. Por su parte las autobiografías escritas *a posteriori* son las que presentan una lectura distanciada de los acontecimientos y los cuentan con la perspectiva del tiempo pasado. Pueden ofrecer juicios de valor, no tanto sobre los acontecimientos ocurridos, sino sobre la forma cómo se los juzgan en el momento de escritura y publicación.

Viñas describió magistralmente el “estilo parte de campaña” como un estilo “telegráfico por ágil, compacto, despojado y económico en entonación epigramática. A la noticia la transforman en *calembour* o en *trovata*. A las órdenes en apotegmas. Y muchas veces, dada su densa brevedad metafórica, en versos.”²⁷⁰ Viñas atribuía ese estilo a un “arquetipo de los militares de la generación de 1880 que toman contacto con el indio y el Desierto”: el Mansilla de *Una excursión a los indios ranqueles* a quienes los militares del desierto trataban de imitar en una operación de conversión: la del *estilo parte de campaña* en literatura.

Es cierto que el general Mansilla representaba para los militares expedicionarios un modelo de militar glamoroso, culto, que había estado efectivamente con los indios y en uno de los *habitat* aborígenes más inquietantes del siglo XIX. Leubucó era, sin lugar a dudas, uno de los puntos neurálgicos del mundo del otro, un espacio de intercambios extraños y peligrosos.

²⁶⁹ Olascoaga, op. cit. pág. 95

²⁷⁰ Viñas, op. cit. pág. 151.

Ahora bien, es sobre todo al sujeto Mansilla a quien la escritura expedicionaria emula, mucho más que a su estilo que, lejos de funcionar como un *parte de campaña*, se entrega dislocado a los desvíos más desopilantes. Esto, es claro, ese refinamiento para la digresión, ese narrar un mundo donde no hay nada, ese construir la página donde otros encuentran sólo ausencia de episodios es lo que definía la escritura de Mansilla y esto, por cierto, es lo que resultaba un ideal demasiado lejano para militares que no querían “aceitar la frase”.

El pasaje de géneros prácticos y acotados a la gran experiencia de la literatura parecía un hecho que siempre estaba por ocurrir pero que nunca finalmente ocurría porque -vuelvo a insistir- no hay una novela sobre la *Conquista del Desierto*, ese pasaje es lo que define este corpus: retazos de relatos de la guerra de frontera que refieren la guerra, el ejército, los indios, el desierto. *La Conquista del Desierto* hubiera sido un núcleo productivo intenso. Recordemos que así lo fue en otras culturas americanas: en Estados Unidos, por ejemplo, no sólo produjo relatos sino que además constituyó un género: el *western*, cuyas proyecciones no sólo literarias sino también cinematográficas forman parte de la identidad cultural nacional norteamericana.

Alfred Ebelot ofreció, sin duda, la más interesante versión de la guerra. En ella la derrota, el fracaso, el error, la incapacidad, el desaliento organizaban una historia fascinante en la que, sin embargo, no se contaba el éxito sino el desaliento. Al mismo tiempo sus historias narradas, para los lectores europeos de la *Revue des deux Mondes* construían una descripción costumbrista sobre la guerra en los confines sudamericanos.²⁷¹ En el interior de los relatos, Alfred Ebelot ya no será el ingeniero, el topógrafo, el experto, sino el viajero que ofrecía -en primera persona- su “narrativa personal”²⁷², un viajero que podía contar, en sus crónicas periodísticas, cosas que eran inadmisibles en los rígidos géneros militares o en la memoria científica: la música, la carneada, los juegos del regimiento. Al contar lo que su juicio de francés catalogaba como “gustos sanguinarios” Ebelot ofrecía para sus lectores europeos una clave de

²⁷¹ *Frontera sur. Recuerdos y relatos de la Campaña del Desierto (1875-1879)* Traducido por Nina y Edna Dimenstein. Con introducción de Liborio Justo Buenos Aires, editorial Kraft, 1968. *La guerre dans La Pampa. Souvenirs et récits de la frontière argentine (1876-1879)*. Textes réunis, présentés et annotés para Bernard Lavallé. París, Editorial L'Harmattan, 1995. *La pampa*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1965. *Relatos de la Frontera*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1968. (Traducción de V. D. Bourillons de los artículos que se publicaron en la *Revue des deux Mondes* entre 1876 y 1880).

²⁷² “Personal Narrative” es el título con el que Alexander Von Humboldt tituló a una de sus obras y ésta lo consagró como el autor más representativo de la prosa expedicionaria científica del siglo XVIII constituyéndolo, a la vez, como su modelo paradigmático. Véase PRATT, Mary Louise, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London and New York, Routledge, 1992 y PRIETO, Adolfo, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996.

interpretación para la ferocidad de esos mismos hombres en el campo de batalla. La analogía entre la carneada, las prácticas de la guerra sudamericana y la corrida de toros española mostraba en funcionamiento el estereotipo de la barbarie.²⁷³

Sin sesgo costumbrista, los hechos que Ebelot juzgaba exóticos aparecían también en otros escritos de la época, referidos de un modo natural. Tal es el caso de una Orden del Día de Roca transcripta por Manuel Olascoaga:

“Se previene a los jefes que tengan indios a su cargo, ya sea en servicio, en calidad de amigos o prisioneros, tengan el mayor cuidado en que estos se sujeten a las costumbres que amparan las leyes y usos de la civilización, no consintiéndoles de ninguna manera, se casen con dos o más mujeres, ni las ceremonias que se aparten de la buena moral y decencia, para cuyo cumplimiento emplearán no sólo la insinuación amigable sino también medidas represivas que fuese necesario. Roca” (Olascoaga, 185)

Lo que en el francés podría dar lugar a un relato pormenorizado del detalle y a disquisiciones diversas o juegos de estilo, era capturado también -aunque en crudo- por el registro militar local. Esta diferencia entre la mirada vernácula -que no encontraba exotismo en los hechos que narraba- y la mirada extranjera -que buscaba en el relato costumbrista las formas de informar lo extraño, la variación- refiere una marca de este corpus expedicionario que caracterizaba además, a la literatura argentina del período y al corpus de la literatura latinoamericana en general

De este modo Ebelot proyectaba estos relatos hacia el mundo (como las obras de los científicos expedicionarios que participarán, a fin de siglo, en Exposiciones Universales y Sociedades Geográficas Internacionales). Relatos de un exótico viaje y de su exótica participación en una guerra exótica. Por eso, el francés acuñará una fórmula segura: convertirá el relato de la guerra en el relato de una cacería humana.

Contar la guerra

“Comandante: Es necesario encontrar el camino. Debemos llegar el 25 de mayo a Choel-Choel aún cuando tengamos que pasar por el aro del diablo.”

²⁷³ EBELOT, Alfred, *La guerre dans La Pampa. Souvenirs et récits de la frontière argentine (1876-1879)*. Textes réunis, présentés et annotés para Bernard Lavallé. Paris, Editorial L'Harmattan, 1995. Esta edición contiene los mismos textos que *Relatos de la Frontera* de editorial Hachette pero incluye dos capítulos más: “Comment s'improvise une capitale” 1886 y “André Cazaux l'Indien” 1880.

Carta de Roca a Fotheringham

"No hubiese cambiado mi uniforme mugriento de cadete por la túnica de un príncipe."

Manuel Prado

En la narrativa expedicionaria aparece un mundo bélico que no se define tanto por vencer al otro o por ser vencido por el otro sino por constituirse como fuerza de lucha. Los textos cuentan más esa constitución que los enfrentamientos efectivos entre bandos. Transcribo a continuación uno de los relatos que esta narrativa construye sobre el combate cuerpo a cuerpo entre indios y soldados. Se trata de una página de Manuel Prado, que narra el combate de Chiquiló:

"(...) Entreverados ya, indios y soldados, el combate era cuerpo a cuerpo.

A la formidable boleadora, diestramente manejada, oponíase el corvo y el puñal. Los bárbaros atacaban con rabia: defendíase la tropa con desesperación.

Era aquello algo espantoso, algo que la pluma no puede reproducir sin quitarle la expresión y el colorido.

Rodaban por el suelo, ensangrentados, buscando el cuello, el pecho, el corazón, el hijo del desierto ávido de la sangre del cristiano; éste anhelante por rendir el mayor número de adversarios.

¡Tigres que hubieran visto aquel cuadro de matanza hubieran sentido frío en las entrañas!

Sólo quedaban en pie Peralta y dos soldados, cuando la indiada se retiró buscando tregua al cansancio que la abrumaba.

Los combates no podían sostenerlos. Fatigados, contusos, rendidos por el esfuerzo supremo que hicieran, los unos por exterminar, para vender cara la vida los otros, se miraban con odio, con rabia frenética en el alma, pero como más tarde lo supimos, con admiración, por parte del capitanejo que acaudillaba al malón.

En el segundo ataque, los indios, que empezaban a mirar como invencible al grupo aquel de soldados, avanzaron flojamente, a pesar de la desproporción en que estaban.

El capitanejo dirigía el avance y era él quien contenía la fuga de los suyos amenazándolos con la moharra ensangrentada de su *chuzza*.

Volvieron a chocar, y en este nuevo encuentro, Peralta, que vio caer a uno de los compañeros que le quedaban, recibió en la frente una herida de lanza que, corriendo a lo largo del parietal derecho, desgarróselo, levantándole el cuero cabelludo. Roja de sangre la cara, ciego de ira y de bravura, atropelló al grupo que más cerca tenía, y esgrimiendo el sabe con la decisión del que fia a la suerte y a la audacia la última esperanza, tendió un indio a sus pies.

Saltó atrás en seguida, ágil como el felino, encogido para volver de nuevo adelante, sublime, grande, más bello que el héroe de la plebe romana, que Espartaco, miró con ironía al adversario vencido por aquella embestida irresistible y dijo:

¡Oiganle a esos pampas! ¿Y no era que la tenían en la uña?

Iban los bárbaros a concluir con aquel héroe, cuando un grito de espanto lanzado por uno de ellos quitóles la acción.

¿Qué pasaba? ¿Qué había para que el indio reprimiera su impulso?

Era que a cuatro o cinco cuadras se descubría la masa negruzca de un grupo de soldados que avanzaba a la carrera.

Rápidos abandonaron a Peralta y al soldado que aún se defendía, aunque herido, y corrieron a saltar en los caballos que impasibles pacían la yerba de la llanura, mientras en la cumbre del médano se desarrollaba aquel drama sangriento.

Apenas habían tenido tiempo los bárbaros de saltar en el parejero cuando el teniente Daza, al mando de veinte soldados, se entreveraba con ellos sable en mano, como peleaba el 1° de Maldonado, para que el enemigo viera la cara del adversario que lo vencía.

Sableados, perseguidos, acosados por aquel huracán de acero, los indios se diseminaron huyendo cada cual en el rumbo que mejor le parecía.

Cuando Daza suspendió la persecución y reunió su tropa, vio llegar hasta él al sargento Peralta, sucio el rostro y la chaquetilla con su propia sangre, y que bajando del caballo y llevando la mano al quepis, para saludar militarmente, le daba cuenta de su acción:

- Mi teniente, la fuerza que estaba a mis órdenes se halla muerta o herida... ¿Tiene algo que ordenar?

Daza, bravo como es y noble, sintió aquel rasgo de heroísmo sublime que los ojos se le humedecían de lágrimas, y atrayendo así a Peralta contestó:

- Sí, tengo que ordenarle que abrace a su teniente.

Y oficial y milico, en medio del desierto, abrazaron, al abrazarse, la imagen sagrada de la patria que los bendecía.”²⁷⁴

Esta escena del combate de Chiquiló redactada por el Comandante Prado ofrece interesantes elementos para pensar la construcción narrativa de escenas heroicas de la conquista de la frontera. A diferencia de las frías expresiones de Racedo que desmerecían la acción del ejército, Prado, un oficial de menor rango -y al momento de escribir ya un hombre de edad- recuperaba una hidalguía patriótica y militar que muchos años después, parece estar ausente. Pero además ofrecía la descripción hiperbólica de un campo de batalla, de los protagonistas de la contienda: unos temerarios, otros cobardes, todos se temen entre ellos y todos se enfrentan. Puede palpitar el odio inmenso entre unos y otros, tanto en las miradas como en las almas, pero también puede palpitar la admiración. Las heridas también connotan, hablan del carácter de esa guerra: el desgarramiento del cuero cabelludo del parietal derecho y la sangre refiere una violencia tribal, primitiva.

Los indios aparecen sin entrenamiento militar: cuando se retiran no lo hacen como un ejército de línea como supuestamente lo hacían los cristianos sino que se dan a la fuga: “se diseminaron huyendo cada cual en el rumbo que mejor le parecía”. Y los cristianos exhiben su hidalguía (que se análoga, sin embargo, a la del ejército de Espartaco: un ejército de esclavos libertos, un ejército de la resistencia), su conocimiento de la práctica militar y su entrega profunda a la autoridad, a la causa del ejército al que pertenecían.

Mientras tanto, a un costado de la escena dramática una imagen de contraste: “caballos que impasibles pacían la yerba de la llanura”. El desplazamiento óptico resulta potenciador. Los caballos de la llanura están ajenos a la muerte y al odio entre los hombres. Luego de ese

²⁷⁴ Prado, Manuel, *Conquista de la Pampa*, págs. 69 a 71.

desplazamiento situamos mejor la escena: sabemos que esa contienda sangrienta no es un círculo que se cierra entre sus protagonistas sino que forma parte de algo mayor: los veinte soldados del teniente Daza que vienen llegando desde un punto lejano nos hablan de un ejército que no abandona a sus hombres. El plano general muestra la llegada de este refuerzo y la consecuente dispersión de los enemigos. Pero además, los caballos en la llanura sitúan otro *tempo*, otro orden que no es el de la guerra, el transcurrir paralelo de otra realidad que, a pesar de la sangre, no se detiene y ni siquiera se inmuta: nos hablan de un paisaje que espera, nos recuerdan una geografía pendiente.

Por último, la escena final en la que el teniente pide un abrazo a su subordinado produce un impacto mayor que toda la descripción de la contienda. Finalmente, el relato parece estar al servicio de esa escena de cierre. Lo que prevalece no es que el ejército gallardo haya vencido a los indios cobardes. Lo que prevalece es que luego de aquella contienda contra el otro, oficial y subordinado se han reconocido formando parte de una misma causa. El reconocimiento del uno por el uno o del uno por el otro en el interior del mismo bando. Se trata, al fin y al cabo, de una guerra romántica.²⁷⁵

El ejército

“Dicen que un desierto es el sueño
de todo planificador militar”
Ian Mc Ewan

²⁷⁵ Graciela Silvestri ha estudiado las consecuencias de la estrategia romántica de la guerra sobre las acciones técnicas y las representaciones del territorio. “Roca abandona la estrategia de la guerra ilustrada, la guerra de posiciones según la historiografía clásica, dice Silvestri, para adoptar la guerra total moderna, que encuentra sus fundamentos experimentales en Napoleón y Clausewitz y su definición científica en Moltke”. La autora explica que la guerra de posiciones había sido desarrollada, en el siglo XVIII, siguiendo las prescripciones de Vauban y era la llamada guerra científica, de previsiones calculadas: tácticas en paralelo, utilización del sistema de abscisas y ordenadas para el movimiento de las tropas, utilizando también el desarrollo de fortificaciones a partir de estimaciones de la trayectoria de proyectiles o de los puntos ciegos. En ese tipo de guerra se descartaba el valor individual: los méritos y la eficacia estaban localizados en la administración sistemática del ejército. El ideal ilustrado de esa guerra era el de la pax perpetua. Silvestri dice que este tipo de guerra “mima el juego de ajedrez”. En cambio la guerra teorizada por Clausewitz y elaborada por Moltke es por definición, la guerra romántica: una guerra nacional de movimiento continuo, que involucra a las masas e incluye los cambios de la revolución industrial. Supone la ampliación del “espacio vital” y al aniquilación del enemigo, y otorga gran autonomía a las decisiones estratégicas, escindiendo el asunto bélico de las decisiones políticas.” (Graciela Silvestri, “*Errante en torno de los objetos miro. Relaciones entre artes y ciencias de descripción territorial en el siglo XIX rioplatense*”. En *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)* Buenos Aires, Eudeba, 2005).

A partir de 1870, el Ejército argentino fue verdaderamente importante en la formación del Estado porque fue su primer estamento. Dentro del proceso de modernización, se dio un proceso más lento de profesionalización que estaba definido por la actuación en conflictos nacionales e internacionales, la intervención en asuntos públicos y la relación con las clases dirigentes. La profesionalización del Ejército suponía su nacionalización que era casi un hecho luego de Guerra del Paraguay: se pasó de un ejército regional de milicias provinciales a un cuerpo nacional. De modo que allí cumplirá un rol fundamental en la construcción y centralización del poder.

La primera fuerza disciplinada de criollos había sido conducida por San Martín para la Guerra de la Independencia. San Martín era consciente de la necesidad de una profesionalización del nuevo ejército y procuró configurarla acentuando la jerarquía piramidal, la unidad de mando y distribuyendo armas y uniformes. Ese ejército había logrado reunir a 4000 hombres organizados en una Infantería de cuatro batallones de 750 hombres cada uno; cinco escuadrones de granaderos a caballo y uno de Artillería, además de los 1200 milicianos encargados de los víveres y municiones. Cada uno de esos cuerpos incluía un Estado Mayor y una compañía médica. Así comenzaba, con una impronta europea filiada a la experiencia de San Martín que se había formado en Madrid, una tradición militar local.²⁷⁶

Hasta la sanción de la Constitución de la Confederación argentina de 1853, existían tres tipos diferentes de ejército: **los ejércitos de línea** (fuerzas permanentes que incluían soldados que se alistaban voluntariamente mediante el sistema de *enganche* y sobre las cuales se practicaba la instrucción militar), **las guardias nacionales** (ejércitos civiles de reserva que actuaban sólo en caso de necesidad, y se ordenaban de acuerdo a disposiciones particulares de cada provincia, pero que generalmente reunirían a casi toda la población masculina mayor de 17 a 18 años), y **las milicias provinciales** (que cumplían funciones como el resguardo de las fronteras o de policía interna y que a partir de un decreto de 1854 fueron absorbidas por las dos fuerzas anteriores). La precariedad de ejército era tal hasta 1853 que la instrucción de los nuevos soldados estaba a cargo simplemente de los soldados veteranos.

Más tarde para Mitre el ejército será un instrumento de gobierno y la comandancia de fronteras el lugar desde donde “dirigir las elecciones” según Alfred Ebelot quien buscaba denunciar la funcionalidad del ejército de campaña a la política de Buenos Aires y cuestionaba

²⁷⁶ BAZGAN, Gonzalo, *Modernización del Ejército en el contexto de consolidación del Estado Argentino. 1865-1901*. Trabajo de Licenciatura en Relaciones Internacionales. Universidad de San Andrés, 2004.

el enriquecimiento de los proveedores del ejército, fervorosos mitristas, poderosa corporación, todos destinatarios de favores oficiales.

Luego de la Guerra del Paraguay comienza a producirse una progresiva profesionalización del ejército que se relaciona directamente con el proceso de construcción del Estado nacional.²⁷⁷

Un doble proceso, paralelo, se va dando en la constitución del ejército como fuerza. En el nivel de los cuadros superiores se produce un paulatino ingreso a la formación militar institucionalizada. Su contrapartida, o el impacto que esa formación de oficiales tiene en el nivel de los cuerpos de soldados, es la necesidad imperiosa del disciplinamiento castrense. Por un lado -con la profesionalización-, los militares de experiencia comienzan a ser sustituidos por los militares de escuela. Por el otro -con el disciplinamiento-, muchos "cazadores de hombres" se van convirtiendo en soldados. El modelo era, por cierto, el ejército prusiano de Federico II cuyas estrategias habían sido estudiadas y descritas en las páginas de Karl Von Clausewitz. Y si bien, nunca el ejército argentino tendrá esa proyección, logrará, sin embargo, consolidarse como una fuerza de estado cuya actuación -sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX- tendrá severas consecuencias para la vida política de la Argentina de ese siglo y del siglo XX.

¿Cómo organiza el estado la función militar? En el ejército de frontera de 1870 en adelante conviven trayectorias militares tradicionales como la de Justo Sócrates Anaya, la de Marcelino Freyre o la de Salvador Maldonado que tienen una gran experiencia en guerras y en comandancias de frontera con la de extranjeros como Cerri y Levalle cuya inclinación por la aventura los decide a pelear en ejércitos foráneos.

A diferencia de los científicos que participaron en las expediciones de frontera, cuya formación era europea y la legitimidad de sus trabajos estaba vinculada al prestigio de las instituciones alemanas o francesas que los habían formado, la oficialidad militar de la Expedición del '79 por ejemplo, se acreditaba, a veces por la participación secuenciada en las guerras y otras veces por la formación en una escuela militar. La perspectiva de escolarizar las milicias así como la de profesionalizar los cuadros militares se debió, en gran medida, a Sarmiento que había sido el fundador del *Colegio Militar* en 1869 y de la *Escuela Naval Militar*, en el Parque Tres de Febrero (la antigua residencia de Rosas), en 1872. Con esas iniciativas básicamente se buscaba separar la vida militar de la vida política. Luego, el Colegio militar se hizo obligatorio con Roca y los ascensos se ganaban por años de servicio o por participación

²⁷⁷ BAZGAN, op. cit.

en guerras. Por ejemplo la formación militar de Conrado Villegas- comandante de la primera de las cinco divisiones de la Expedición de 1879- se produce en los regimientos de los que formó parte. Villegas estudiaba el *Reglamento de Artillería ligera de la Guardia Imperial* de Napoleón Bonaparte que junto con el Manual que había redactado Bartolomé Mitre, titulado *Instrucción Práctica de Artillería para uso de los Señores Oficiales* constituía la doctrina que regía la instrucción y la conducción del arma.²⁷⁸ En cambio, Roca había recibido su formación militar en el Colegio de Concepción del Uruguay. En su caso -como en el de todos los que estudiaron en esa institución- la formación militar era una parte de la formación académica que se suspendía por la participación en batallas. Desde el Colegio, y siendo muy joven, Roca había pedido su incorporación al Ejército Confederado y participó de la batalla de Cepeda (Regimiento 1 de Artillería). También participó siendo estudiante de la Batalla de Pavón.

De modo que, al momento de la Expedición al Río Negro, conviven, en el interior del ejército, oficiales de alto rango con instrucción institucional y oficiales sin instrucción pero con larga experiencia. Como en esos años se crean un número importantes de instituciones para la guerra²⁷⁹ los oficiales sin instrucción formal tratan de emularla a través de lecturas autodidactas y de la imitación de conductas y estilo de mando.²⁸⁰ Olascoaga hablaba de Vintter como “el tipo moderno de nuestros oficiales de caballería: culto y bravo.” La guerra moderna (después de la Guerra del Paraguay) implica cursos de instrucción, mejora en las técnicas de comunicación y optimización en la vida de campaña, formalización de la indumentaria militar, disciplina, alfabetización, instrucción de tiro al blanco o del combate cuerpo a cuerpo

Se podría decir que para los militares de la Argentina del siglo XIX se iba constituyendo un “itinerario de guerras” que muchos oficiales ostentaban o exhibían en sus medallas o en su foja y que éste acreditaba, prestigiaba o proyectaba las trayectorias públicas. En mayor o menor grado -y con diferentes formas de participación-, un número importante de estos hombres pasaron por la Guardia Nacional, por el Regimiento 2do de Caballería de Línea

²⁷⁸ Véase SCUNIO, Teniente Coronel Alberto D. H., *Del Río IV al Lime Leuvú*. Círculo Militar, 1980.

²⁷⁹ Tales como la *Inspección y Comandancia General de Armas*, las *Comandancias en Jefe* y las *Comandancias Militares* en las provincias, las *Tropas de Ingenieros*, los *Servicios religiosos*, las *Organizaciones de Caridad hacia los Damnificados* y la *Sanidad Militar*.

²⁸⁰ Como señalé en el capítulo anterior, De Sagastizábal explica que las publicaciones de materiales militares en el *Anuario Bibliográfico* estaban destinadas a reglamentar y a profesionalizar la práctica militar de entonces. (Véase DE SAGASTIZÁBAL, Leandro, *Diseñar una nación. Un estudio sobre la edición en la Argentina del Siglo XIX*. Buenos Aires, editorial Norma, 2002).

(del General Arredondo), por la Batalla de Cepeda (1859), por la Batalla de Pavón (1861), por la Campaña contra López Jordán (1870) o contra Felipe Varela, por diversas comandancias del Ejército de Frontera, por la Batalla de San Carlos (1872), por la Guerra del Paraguay (1865-1868) y por la sofocación de la Revolución mitrista (1874). La más emblemática de todas las trayectorias es la del propio Roca, que es referida, luego de regresar de la Expedición, en estos términos:

“La historia del General Roca se compone solamente de cuatro páginas brillantes: Curupaytí que le hizo comandante, Naembé, que le hizo coronel, Santa Rosa que le hizo general, y el río Negro que le hará presidente.”²⁸¹

En este itinerario se inscriben las preocupaciones de los gobiernos: las guerras internas contra caciques o caudillos y la guerra externa (por cuestiones limítrofes) y de este modo toda una cultura bélica se integra jurídicamente al Estado a través del Ejército.²⁸²

Ahora bien, ¿qué valor tenía la guerra como unidad de sentido en la constitución de individualidades o de grupos? El ejército y sus prácticas, muchas veces heroicas permitían a muchos purgar sus pasados delictivos.²⁸³ Pero sobre todo, los antiguos valores heroicos, religiosos, guerreros y nacionales se redimensionaban con el paso del tiempo. Como hemos visto Manuel Prado dedicó gran parte de su *Conquista de la Pampa* a comparar el viejo y el nuevo ejército. “Ahora ¿quién se acuerda de lo que pasaba en el ejército 20 años atrás?”²⁸⁴ escribía amargamente. Y es que, ya a comienzos del siglo XX, al momento de publicación de sus recuerdos militares, los expedicionarios del desierto eran una verdadera especie en extinción y predominaba un nuevo tipo de militar con nuevas funciones. La prosa melancólica del veterano Prado añoraba aquellos perfiles que idealizaba.

Sin embargo, las páginas de Prado, cuyo relato de la guerra se ofrecía en el formato de cuentitos de fogón, ofrecía también los reverses de la vida en guerra y de la experiencia del

²⁸¹ *La Tribuna*, 18 de julio de 1879.

²⁸² La guerra no está incluida en el aparato del estado sino a través del Ejército porque como señalan Deleuze y Guattari: “O bien el estado dispone de una violencia que no pasa por la guerra: más que guerreros emplea policías y carceleros, no tiene armas y no tiene necesidad de ellas, actúa por captura mágica inmediata, “capta” y “liga” impidiendo cualquier combate. O bien el Estado adquiere un Ejército, pero que presupone una integración jurídica de la guerra y la organización de una función militar” (DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, Pre-Textos, 2002. pág. 360)

²⁸³ Tal es el caso de “el chino Melgarejo”, chasque prisionero tomado a López Jordán y que luego fue destinado al 5to de línea para acompañar a Francisco P. Moreno en la expedición de 1880 siendo testigo de cuando éste fue cautivo de Saihueque en Calefú.

²⁸⁴ Prado, op. cit. pág. 78.

soldado de frontera: las muertes dudosas y sospechosas en la guerra (como las del combate de Pulmarí) o la intimidad del ejército, lo íntimo, el entre casa. Hechos escandalosos como el robo a los muertos.

- “- ¿Qué estabas haciendo, morenito- preguntóle uno de los milicos- , cuando te vi *manosiendo* aquel fino de barba rubia?
- Nada, hermano. Mirando si aún vivía. Le estaba tomando el pulso.
 - ¿Y cómo lo *pulsabas* en los bolsillos? Pinchándolo habías de estar, negro bandido.
 - Mira, ¡que me caiga muerto!...No tenía más que una guayaca vacía y toda sucia. ¡qué iba a pinchar a ese pobrete!”²⁸⁵

El escritor Eduardo Gutiérrez, que había prestado servicios en el fuerte General Paz en 1876 y había peleado contra los indios en Laguna del Monte y Blanca Grande, escribió en 1886, *Croquis y siluetas militares*. Las semblanzas biográficas de soldados y oficiales que participaron de aquella vida militar aparecen reconocidas en sus méritos más básicos:

“Ustedes que creen que el militar en la frontera pasa una vida napolitana, tendido panza abajo o panza arriba, rascándose la punta de la nariz, no tendrían, para desengañarse, más que asomar la nariz por la frontera en una de esas madrugadas afeitadoras. Allí verían que el soldado, como el oficial, son dignos de todo cariño y respeto y apreciarían la diferencia que hay en dejar la buena cama abrigada y limpia a las nueve de la mañana y salir entre los pobres ponchos al primer vislumbre del día sobre una escarcha tremenda y bajo un rocío glacial. Allí no hay placeres, no hay dulzuras, no hay nada que pueda halagar el corazón o el espíritu.”²⁸⁶

En los croquis de Gutiérrez están significativamente ausentes Roca o Villegas porque Gutiérrez era militante de la incorporación de las clases populares al ejército. Esas biografías no preferían la historia de los milicos con charretera sino la de los milicos que —con o sin ella— eran populares y podían funcionar como modelos de una clase social más baja que debía ser incorporada a la ciudadanía.

Sin embargo, por más heroicidad que acreditara la participación en la Conquista del Desierto, siempre, la guerra contra el indio aparecía como un hecho menor.

²⁸⁵ Prado, op. cit. pág. 15.

²⁸⁶ GUTIÉRREZ, Eduardo, *Croquis y siluetas militares*. Buenos Aires, Emecé, 2001.

“Se leía la hoja de servicios del general Racedo entre un grupo de jóvenes amigos y partidarios del general:

- Hizo la campaña del Paraguay y...

- ¡A ver, a ver eso ha de ser brillante!- interrumpieron muchos a la vez.

- Se encontró en el asalto de Curupayty...

- ¡Siga! ¡Siga!

- Hizo tal y cual campaña, hállese en este y aquel combate. (Religiosa atención)

- Expedicionó a los ranqueles y los redujo o dispersó. (Indiferencia)

- Conquistó para la patria centenares de leguas y se batió heroicamente contra los indios. (El auditorio se duerme)”²⁸⁷

El estupendo diálogo con acotaciones teatrales ideado por Prado permite observar el *status* poco interesante o devaluado que tenía la práctica expedicionaria frente al *status* acabado que presentaban otras participaciones militares cuya sola mención resultaba suficiente para acreditar una heroicidad completa.

La representación del enemigo

“*Tupí* or not *tupí*, that is the question”
Oswald de Andrade

“Catriel, al convertirse en general argentino, había adquirido algunas ideas progresistas: en lugar de emborracharse con aguardiente, se emborrachaba con cerveza.”

Alfred Ebelot

“Parece ser que Calfucurá, no me pregunte cómo, se hizo humo.

- ¿Qué? ¿Explotó?

- No, por favor, era un modo de decirlo.”

La liebre, César Aira

Si la *Conquista del Desierto* no fue o no es percibida como una guerra, se debe —en gran parte— al carácter ambiguo que, a lo largo del siglo XIX, han tenido para el Estado argentino los indios. Si bien la producción escrita en relación con la existencia de la “barbarie” es rica no sólo en sus representaciones literarias sino también en la escritura ensayística, jurídica y política, en los hechos la cercanía de esos otros no siempre respondía a aquellas construcciones

²⁸⁷ Prado, op. cit. pág. 142.

discursivas. Sobre todo cuando se trataba de pensar en los indios, no como una población contrapuesta a la de las ciudades sino cuando se observa su participación en la sociedad y en la economía de frontera, su presencia en sectores rurales, su imbricación con el ejército de línea, su tratadística con los gobiernos de Buenos Aires. Allí, “las distancias entre la sociedad blanca y la indígena eran menores de lo esperado, en tanto sus conexiones resultaban múltiples.”²⁸⁸

Las relaciones entre indios y blancos no estuvieron definidas únicamente por la guerra y los enfrentamientos. Como explica Laura Cutrera, la tesis del “antagonismo permanente” no da cuenta de la complejidad de los vínculos entre ambas culturas.²⁸⁹ Tampoco ha resultado productivo pensar a ambas sociedades como mundos separados y aislados porque sus interacciones han sido múltiples y resultan complejas.²⁹⁰

Al respecto, Alfred Ebelot hizo una descripción muy elocuente:

“Alternativamente se adula a los indios y se los amenaza, se los atrae y se los combate, se los utiliza y se los engaña. Tan pronto son hermanos de la raza, hermanos en las armas (y en efecto sus contingentes de caballería irregular han figurado en las batallas de la independencia y en casi todas las guerras civiles), como tras de una de sus abominables calaveradas, no se piensa sino en exterminarlos, para finalmente firmar tratados con ellos. Los indios, sutiles y astutos como zorros, clarividentes como niños, pero como niños pervertidos, se dan cuenta perfectamente de estos cambios de humor y de conducta. Los Maquiavelos de las pampas han discernido con toda rapidez el partido que podían sacar de gentes para quienes las palabras lealtad y perfidia carecían enteramente de sentido. Aceptan presurosos las convenciones pacíficas, pues siempre

²⁸⁸ VEZUB, Julio, *Indios y Soldados. Las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante la “Conquista del Desierto”*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2002.

²⁸⁹ Cutrera, op. cit. pág. 5.

²⁹⁰ En su compilación de biografías de la frontera, Raúl Mandrini explica en el prólogo la complejidad de estas relaciones y de los procedimientos que resultan necesarios para estudiarlas. Uno de los ejemplos más ilustrativos es la existencia de las relaciones clientelares que los indios tuvieron con algunos gobiernos de Buenos Aires: “La vigencia de ese tipo de relaciones en la frontera puede entenderse en el tiempo y en el espacio y aplicarse a las relaciones entre muchos otros actores de la vida fronteriza. La frontera, en tanto espacio social, mostraba una presencia muy débil del estado –fuera el colonial, los estados provinciales o, luego, el estado nacional– y un peso decisivo de las relaciones personales en la definición y regulación de las relaciones sociales, tanto entre pares como entre subordinados. Las relaciones clientelares dominaban las articulaciones verticales de la sociedad, fijaban derechos, creaban obligaciones, establecían lealtades, sustentaban el poder. Los mismos funcionarios de la frontera solían derivar la fuerza de su autoridad del manejo de esas relaciones: los cargos o títulos que llegaban a detentar eran más una convalidación de su autoridad real que la fuente de la misma.” (MANDRINI, Raúl (editor), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina, siglos XVIII y XIX*. Colección Nueva Dimensión Argentina dirigida por Gregorio Weinberg. Buenos Aires, Taurus, 2006).

van ganando algo, y en su alma y conciencia no se sienten obligados a nada por los compromisos contraídos.”²⁹¹

Los indios habitaron el desierto. El *oximoron* envía a uno de los entramados más cruciales de la guerra de frontera: el vacío espacial versus la existencia de cuerpos que estaban en él. Las coordenadas históricas que atraviesan ese “espacio vacío” son dos. Por un lado, el proceso de *araucanización* que define un modo de poblamiento estableciendo desde sus orígenes ambiguas condiciones de posesión.²⁹² Por otro lado, la intención chilena de dominio de esos territorios que en 1870 era ya un hecho.

Ahora bien, los indios habitaron el desierto pero en los últimos 30 años del siglo XIX habían tenido pocos y muy diseminados establecimientos efectivos. Por lo tanto los enfrentamientos bélicos ofrecían características específicas porque uno de los bandos estaba distribuido en espacios inmensos, muchas veces de localización incierta o temporal. A pesar de las extensas distancias, sin embargo, los indios tuvieron una capacidad de concentración importante, al punto que, provenientes de la Cordillera de los Andes, aparecían en batallas en la campaña bonaerense para algún “golpe importante”. Pero si no había tal golpe, era muy difícil encontrarlos. Por lo tanto, en las largas horas, días y meses expedicionarios no hubo muchos encuentros efectivos con los indios y por lo tanto, como veremos más adelante, no hubo mucho que contar. Sarmiento había escrito en 1845, en su *Facundo* que el mal de la Argentina era la extensión.

²⁹¹ Alfred Ebelot, *Relatos de la Frontera*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1968. (Traducción de V. D. Bourillons de los artículos que se publicaron en la *Revue des deux Mondes* entre 1876 y 1880), pág. 30.

²⁹² Debido a la multiplicación del ganado caballar y vacuno (traído por los españoles) en los territorios de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe y debido a las buenas condiciones climáticas de la pampa húmeda y de parte de la Patagonia norte, los Mapuches (genérico que incluye diversas etnias como pehuenches, vorogas, ranqueles, huiliches y pehuelches) comenzaron a ocupar esas regiones pródigas en el momento mismo de la Conquista en el siglo XVI. Este grupo, también llamado araucano y originariamente asentado en Chile comenzó a dispersarse. Se dió entonces un largo proceso de migración desde el Oeste hacia las tierras fértiles del Este sobre el filo del siglo XVI. En 1700 ya estaban perfectamente asentados sobre el Río Quinto y sobre Salinas Grandes varios grupos que practicaban arreos de ganado cimarrón hacia Chile. Es decir que desde Chile se había producido el proceso de penetración vinculado al empleo del caballo. Los mapuches -que fueron agricultores superiores y no cazadores y depredadores- impusieron muchos de sus rasgos culturales a estos núcleos pampeanos y patagónicos que encontraron en su avance. Este proceso se conoce con el nombre de *araucanización*. En este proceso intervinieron también los blancos que se movían en las líneas de fronteras: contrabandistas, pulperos, baqueanos, misioneros, pobladores y soldados. (Véase PAEZ, Jorge, *La conquista del desierto*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970 y MARTÍNEZ SARASOLA, *Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina*. Buenos Aires, Emecé, 1992 (segunda edición: 2005).



Mujeres y niños aborígenes custodiados por un soldado en Renque- Curá. En Album de Encina, Moreno y Cía. Vistas fotográficas del Territorio Nacional del Limay y Neuquén, 1883. Compilado por Julio Vezub, 2002.

En sintonía con las predicciones del sanjuanino Manuel Olascoaga escribía en su *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro* que:

“El Ejército que ha realizado esta obra no necesita, para hacerse digno de la gratitud eterna del país, que se recuerden los hechos marciales que en ella ejecutó. Le bastará sólo exhibir los itinerarios de sus marchas, la inmensa suma de conocimientos que ellos han producido y los importantes problemas que han resuelto.”²⁹³

Como señalaba el topógrafo argentino y secretario militar de Roca, y como si su comentario fuera una descripción certera del gran desafío que se le presentaba a la narrativa expedicionaria: el relato de los hechos marciales no resultaba imprescindible en la narración de aquella guerra. Por eso no llama la atención encontrar, en su estudio, con el título de “Partes oficiales de combate” la ausencia casi total de combates, y en su lugar el informe de los itinerarios de las comisiones o de las invasiones menores a tribus pequeñas que se entregaban inmediatamente a la rendición o en las cuales sólo un número menor de indios se resistían y morían rápidamente, o persecuciones a indios que huían, todo lo cual incluía siempre el saqueo de las provisiones y ganado que los indios poseían o abandonaban o el incendio de las tolderías abandonadas para que los indios no pudieran más tarde volver. Esto es, el informe militar crudo muestra mucho más una cacería que el relato literario o autobiográfico más elaborado convierte en guerra.

Uno de los pocos combates que Olascoaga, sin embargo, registra es el narrado por Isaac Torres al Comandante en Jefe de la IV División del ejército, Napoleón Uriburu:

“Entre los prisioneros hechos en la primera carga había quedado un viejo, y con éste mandé decir al cacique Marillán que mandaba los indios, y que con ellos formados me esperaba a una cuadra de distancia, que entregase las armas, bajo la formal garantía de sus vidas. Contestó a esta intimación, que dudaba de mi palabra, y que más antes quería pelear, a lo que le repliqué que descendiera al bajo, pero sin hacerles un tiro aún, pues me suponía quisiera entrar por tratados. Un grito unánime de guerra fue su segunda contestación, y sin repararme mucho de la chusma prisionera y animales tomados, esperé, pie a tierra, haciendo fuego nutrido, la carga que rápidamente me traían a pie y a caballo, dirigida por el expresado Marillán. Sin embargo, de ser ésta muy violenta y excelentes los caballos en que venían montados, antes de llegar hasta chocar cayeron como 16 indios, pero los restantes nos rodearon

²⁹³ Olascoaga, op. cit., pág. 59.

por todas partes, trabándose un combate reñido a arma blanca. Muchos indios arrojaban al suelo las lanzas y luchaban brazo a brazo por arrancar a nuestros soldados las carabinas o fusiles; otros sacaban cuchillos y así duró un rato la pelea hasta desalojarlos y ponerlos en fuga, dejando ellos 14 muertos en el sitio, 5 prisioneros de lanza y 106 de chusma, con más de 80 caballos, 33 cabezas vacunas y 30 ovejas, teniendo por nuestra parte que lamentar la baja de tres soldados heridos de lanza y cuchillo.²⁹⁴

El relato de Isaac Torres, en formato “parte de guerra” recogido por Olascoaga ofrece una imagen de la guerra profesional, diferente a la guerra romántica contada por Prado. Un oficial que primero trata de evitar la contienda y que prefiere el sometimiento al aniquilamiento, tal como lo enfatizaban todos los manuales de guerra desde el milenario Sun Tzu hasta la estrategia bélica prusiana de Karl Von Clausewitz pasando por *El arte de la guerra* de Maquiavelo del siglo XVI.²⁹⁵ Sin embargo, en la descripción del combate profesional también se cuelan las armas blancas que quedan, en el fragor de los movimientos, sumergidas en una lucha entre brazos y fusiles. Entre barbarie y civilización.

Durante la Conquista de América del siglo XVI, los indios eran enemigos claros contra los que había que enfrentarse o había que someter para conquistar y colonizar las nuevas tierras. Sin embargo, la continuidad entre aquel proceso y el proceso de construcción del estado-nación en la Argentina del siglo XIX, no resulta verificable. Las formas de relación entre blancos e indios en el siglo XIX –en particular en el período estudiado: 1870 a 1900- no parecen ser –a esa altura- una pura herencia del pasado colonial y no resulta tan fácil leerla en continuidad con aquel, porque no representan una segunda edición de aquella violencia metropolitana, sino que tienen características propias y funcionamientos vinculados a la experiencia política y social de la Argentina independiente. Esto no quiere decir que en el siglo XIX no haya habido violencia contra los indios que habitaban el territorio sino que las formas

²⁹⁴ Olascoaga, op cit, págs 433-434.

²⁹⁵ “En cuanto al empleo extremo de la fuerza, la lucha entre hombres consta de dos elementos diferentes: el sentimiento y la intención hostiles. No puede concebirse el odio cruel y acendrado, rayano ya en instinto de intención hostil. Por el contrario hay muchos propósitos hostiles que no van acompañados de enemistad del sentimiento.” (VON CLAUSEWITZ, Karl, *De la Guerra*, Asunción, editorial Shica, 1981)

que adquiría esa violencia estaban atravesadas por coyunturas muy diferentes a las del proceso de colonización y conquista española.

Los relatos de encuentro entre indios y soldados no siempre se definen por la lucha de cuerpos individuales o colectivos.

“Todos nos agolpamos a las márgenes para verlos y fue grande nuestra lástima cuando los vimos tiritando de frío por la desnudez en que estaban. Los indios nos miraban con inquieta curiosidad, y los chiquillos armaban una infernal algarabía con sus llantos destemplados al ser tomados en brazos por los soldados y separados del regazo materno.”²⁹⁶

La mirada conmovida de Lupo ofrece en la imagen de esos hombres, mujeres y niños una gran incapacidad de enfrentar al enemigo en guerra y muestra a las víctimas socorridas por soldados paternalistas que acogen a los hijos llorosos.

Por su parte los tratados, pactos y acuerdos entre uno y otro bando fueron frecuentes a pesar de que el relato de la intervención del estado negociando con los indios ha sido muchas veces minimizado quitándosele valor a las negociaciones por tratarse de partes desiguales en lo que respecta a su entidad legal. Desde la concepción del derecho de la cultura blanca los indios no llegaban a constituir una contraparte legal con quien pactar, por lo tanto era jurídicamente posible desconocer acuerdos realizados con ellos. El desconocimiento de las formas de negociación entre ambos bandos fue reproducido también por estudios posteriores que, para explicar la precariedad de aquellos acuerdos tenían en cuenta las concepciones jurídicas del derecho occidental y no la eficacia real y efectiva de las prácticas contractuales. Sin embargo, estudios más recientes demuestran cómo esa tratadística tuvo una entidad jurídica que permite reconstruir la génesis de una práctica contractual. El valioso trabajo de Claudia Briones y Morita Carrasco ofrece una lectura muy útil de aquellas concertaciones y convenios.²⁹⁷ Las

²⁹⁶ LUPO, Remigio, *La conquista del desierto. Crónicas enviadas al diario "La Pampa" desde el Cuartel General de la Expedición de 1879*. Con prólogo de Bartolomé Galíndez. Buenos Aires, Editorial Freeland, 1968. Pág. 125. El editor Jorge Freeland cuenta que Bartolomé Galíndez encontró en la biblioteca del *Club del Progreso* las crónicas de este joven periodista acompañante de la expedición de Roca. Lupo tenía 20 años. La primera edición limitada se realizó en 1938 y la publicó –junto con muchas otras obras– la *Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca*. Se trataba de una edición oficial de las crónicas que cuentan la expedición desde el 16 de abril de 1878 (Azul- Pcia de Buenos Aires) hasta el 9 de julio de 1879 (Choele Choel- Pcia de Río Negro).

²⁹⁷ BRIONES, Claudia y CARRASCO, Morita, *Pacta Sunt Servanda. Capitulaciones, convenios y tratados con indígenas en Pampa y Pampa (Argentina 1742-1878)*. Buenos Aires, International Work Group for indigenous affairs (IWGIA) Vinciguerra, 2000.

autoras explican que la práctica de firmar tratados, pactos y acuerdos constructivos entre pueblos indígenas y estados era habitual o, en un sentido más amplio, el rol de los tratados en la historia de la expansión europea ultramarina se remonta al siglo XVII cuando estas prácticas no eran excepcionales. Citando los estudios del jurista Abelardo Levaggi las autoras señalan además el valor jurídico de esos escritos. Las partes indígenas contratantes no ignoraron el alcance de los acuerdos, y estos fueron precedidos de negociaciones intensas pasando por distintos niveles de discusión antes de alcanzar la forma definitiva de tratados. Los diálogos se hacían a través de intérpretes o lenguaraces, que fueron primero españoles, luego indios que hablaban el castellano. Sin embargo, estas prácticas se van modificando hacia el siglo XIX. Con las campañas militares previas a la *Conquista del Desierto* dejaron de ser tan frecuentes las celebraciones de tratados e incluso se difundía la idea de que esas negociaciones anteriores nunca habían existido. Que los programas del estado nación -con respecto a los temas de la frontera- no deben seriarse tan livianamente con las políticas coloniales que los precedieron dan cuenta, justamente, estas prácticas contractuales porque ellas son una muestra de cómo el estado argentino mantenía una relación diferente con los indios que no se derivaba claramente del contractualismo colonial (de su gusto por las formalidades sobre todo) sino que tenía su especificidad -a su vez variable- en el transcurrir del siglo y en la vida republicana de la Argentina.

En Estados Unidos los tratados con las tribus revestían la misma entidad que los tratados con las naciones extranjeras. Y la Constitución reconocía a esos tratados como parte de la ley suprema porque se admite un pluralismo jurídico. En cambio en la Argentina “el dogma del Estado- Nación negó la posibilidad del pluralismo jurídico reconocido y practicado en la época colonial para imponerse un monismo jurídico absoluto” (Levaggi, citado por Briones y Carrasco, 36). Lo que caracteriza concretamente los tratados del siglo XIX es que dejaron de pensarse desde el punto de vista colonial como tratados internacionales y comenzaron paulatinamente a pensarse como asuntos de política doméstica o interior. Los temas del derecho internacional que caracterizaban los acuerdos previos al siglo XIX eran: el territorio, las formas específicas de gobierno, cuestiones de guerra y de paz, acuerdos comerciales, las protecciones mutuas de los miembros que firmaban los acuerdos. Pero en el período de organización nacional comienza un proceso de racionalización estatal. Si bien para los indios sometidos al Gobierno nacional regían relaciones de derecho interno y

subordinación, las mismas negociaciones muestran que las poblaciones aborígenes tenían una condición diferente del resto de las poblaciones subordinadas.²⁹⁸

Ebelot consigna una escena en la que muestra la corrupción de Catriel en la distribución de alimentos y enseres –que había recibido del Estado argentino- a sus subordinados y la denuncia que el Coronel Levalle hace de esta situación ante el ministro de guerra. De modo, que aquí no se trata de dos lógicas en pugna sino de una sola lógica que no es respetada pero que fue previamente asumida y como tal contravenida. Ebelot también cuenta cómo los indios tenían una tratadística más informal que convivía con la oficial.

“Nos escribieron cartas (se refiere a los indios) que encontramos por la mañana a doscientos pasos de las avanzadas, clavadas en tierra con la punta de un palo. Estaban redactadas en bastante buen castellano por un cacique pariente de Namuncurá, educado años atrás en Buenos Aires a costa del gobierno argentino, eran curiosos documentos de diplomacia india. Se metían en consideraciones de política exterior e interior, amenazándonos con Chile, Brasil, los generales Mitre y Rivas, y haciéndonos ver lo mal elegido que estaba el momento con los caciques. Nos conminaban a irnos, comprometiéndose con los juramentos más sagrados a no molestarnos durante nuestra retirada. Todo ello mezclado con teorías sobre el derecho de gentes, sobre la iniquidad de nuestras pretensiones y con espantosas mentiras sobre el estado de nuestras fronteras que pretendían reconocer por correos recién interceptados”²⁹⁹

Resulta interesante la mención al derecho de gentes, del que si bien podían conocer poco, hablaba de una aproximación mucho mayor a la forma de pensamiento de los enemigos de lo que se creía. Toda la escena ofrece indios que juzgan la política de Buenos Aires y se constituyen en interlocutores o en enemigos. Pero nunca en víctimas.³⁰⁰

²⁹⁸ Briones y Carrasco analizan detenidamente los tratados celebrados con el cacique Yanquetruz en 1857, con el cacique Saihueque en 1863, con el cacique Catriel en 1871 y luego en 1875 y 1878, con los caciques Epumer Rosas y Manuel Baigorria y analizan también, otros varios acuerdos menores que se derivan de aquellos.

²⁹⁹ Ebelot, Alfred, *Relatos de la Frontera*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1968. Pág. 99.

³⁰⁰ Una carta de Alsina a Roca en 1875 recogida en el Estudio Topográfico... de Manuel Olascoaga menciona el “incumplimiento del tratado vigente” con el cacique Mariano Rosas. Más allá del ejercicio de dominación que el estado ejerce con unas tribus que ya comienzan su proceso de desintegración por esos años, resulta interesante que el propio ministro de guerra sea el que recuerde el cumplimiento de las prácticas contractuales y las obligaciones de las partes.

A medida que avanza el siglo XIX y se acerca la estocada definitiva con Roca, disminuyeron los acuerdos con los indios en el sentido de pactos entre naciones para convertirse en pactos humillantes de sometimiento. Tal es el caso de el cacique Ramón Cabral al que el coronel Racedo le había prometido paz, tierra y animales a cambio de que sus indios fueran militarizados obligándolos a servir como “auxiliares” en la frontera y en las expediciones militares contra sus propios hermanos de raza, conformándose el famoso “Escuadrón de Ranqueles”. El gobierno nacional dispuso que el cacique revistiese con el grado de coronel de indios. En 1882, Ramón y sus indios integraron la expedición fundadora del fortín y pueblo de Victorica (La Pampa). La cultura contractual que se había ido desarrollando tenía, de este modo, su cierre definitivo con la Conquista de 1879. Una de las muestras más evidentes de este cierre fue toda la negociación de Bernardo Namuncurá -hijo de Callvucurá- luego de muerto su padre en 1873. El cacique formará parte del triunvirato que sucederá a su legendario padre y escribe una carta al arzobispo Aneiros para hacerle saber “qe yo soy el escribano de este desierto qe ase más de dies años qe estoy en esta parte de la Argentina”³⁰¹

La carta de Bernardo Namuncurá muestra las complejas relaciones existentes no sólo por el nivel de diplomacia que exhibe y que caracteriza el período previo a la Conquista del Desierto sino porque menciona y pone en evidencia una identidad nacional compleja para el Estado argentino de entonces: el chileno-indio que habita en la Argentina.

La vida en Guerra

La monotonía

La historiografía laudatoria, en su descripción y valoración de la *Conquista del Desierto* fue, como cabía esperar, más porosa a la retórica festiva e hiperbólica que aparecía en los textos expedicionarios que al relato de la vida cotidiana de la guerra porque ésta era la que contundentemente ponía de manifiesto otra mirada: la del aburrimiento, la decepción y el desaliento, inclusive a veces, hasta llegaba a insinuar el sinsentido.

“La vida en el campamento ofrece tan pocas novedades, que a objeto de no fatigar la atención del lector con la narración de sus distribuciones diarias, siempre las mismas,

³⁰¹ COPELLO, Santiago Luis, *Gestiones del Arzobispo Aneiros. En favor de los indios hasta la Conquista del desierto*. Comisión Nacional de Homenaje al Teniente General Julio Argentino Roca. Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora Coni, 1945. Pág. 191.

en lo sucesivo condensaré éstas en períodos determinados por la llegada o salida de una comisión u otro suceso cualquiera que salga de lo común.”³⁰²

El tedio propio de las prácticas militares obligaba a este narrador militar a tomar decisiones respecto de cómo contar los hechos. ¿Qué contar? ¿Cómo escribir la guerra? Los parámetros tenido en cuenta en las narraciones no eran ajenos a una idea muy vigente en esos años: entretener al lector. Aunque no se trataba, en rigor, de que Racedo quisiera convertirse en un escritor, su preocupación por esquivar una prosa tediosa atendía al hecho de que la producción de un relato debía tener en cuenta al otro: al lector, sucesivamente considerado público y mercado.

El texto de Racedo resulta monótono como fueron monótonas las jornadas de la Expedición al Río Negro. Ese vacío de novedad trataba de ser compensado con el relato de los pormenores desgraciados de la cotidianeidad, habituales en las jornadas propias de una guerra de frontera. Se ofrecía un relato de soldados de línea que morían día a día aunque la mayoría de ellos no moría en combates heroicos sino por enfermedades, frío, inanición y hasta depresión y soledad. A pesar de ese panorama que se sumaba al de las deserciones – un gran perjuicio para la cultura militar porque ponía en juego la falta de libertad de los soldados- y queriendo imponer -de todos modos- cierto tono festivo; se celebraban con pomposos discursos, también incluidos en el texto, las jornadas patrias de mayo y julio. De esta manera, el tedio y el desaliento, que escondían –por su parte- la falta de suceso, podían ser leídos en segundo plano.

Sin lugar a duda, la historia del viaje a la frontera, en la Argentina del siglo XIX, tuvo mucho más de dilación y tedio que de aventura y heroicidad. Y, en muchas oportunidades, la vida del campamento fue relatada a través de la percepción del aburrimiento. Alfred Ebelot intentaba esbozar una fórmula:

“Contar por lo menudo las marchas, contramarchas y combates que llevaron a conquistarlas (se refiere a las tierras) sería caer inevitablemente en repeticiones. La guerra con el indio, a pesar del ardiente interés que inspira en quienes la hacen, gira siempre, vista a la distancia, sobre el mismo caudal de incidentes poco variados. Es preferible suprimir los detalles y encarar los resultados de esta fecunda campaña.”³⁰³

Por su parte, la prosa irónica de Fotheringham se desentiende de toda épica y construye escenas casi artianas:

³⁰² Racedo, op. cit. , pág. 151

³⁰³ Ebelot, op. cit. pág. 221.

“Mil precauciones para llevar a cabo un hórrido y sangriento ataque. Silenciosos, sin fumar, tiritando de frío, y alertas como tero-tero, avanzamos sigilosamente. Las armas listas. Un oficial en vez de dragona, se ata un pañuelo en el puño de la espada, ¡Cómo irá a matar de salvajes! A la madrugada llegamos semiescarchados y nos lanzamos sobre... la nada. ¡Ni rastros! Si no diera tanta risa tanto preparativo y sanguinario intento, daría rabia.”³⁰⁴

En los relatos de Fotheringham el grotesco parece también una fórmula posible para contar aquellas experiencias. Por su parte, los relatos científicos resuelven con sus propias estrategias el relato del aburrimiento y del tedio. En una conferencia dada por Ramón Lista en la *Sociedad Geográfica Argentina* cuando era su presidente, y publicada por la *Revista de la Sociedad Geográfica Argentina*³⁰⁵, Lista describía sus experiencias y en ellas ponía en escena un imaginario aventurero de expedicionarios temerarios —que más allá de que se encontraran o no con los indios— estaban sometidos a múltiples peligros. Primaba el imaginario de la aventura que en las crónicas expedicionarias militares no lograba imponerse. Allí donde Racedo, Prado o Fotheringham describían la espera, el tedio, el hambre, la ausencia de guerra Lista había experimentado otras sensaciones:

“ser degollados o sometidos a los más crueles tormentos, era, pues, la suerte probable que nos esperaba en el caso de caer en manos de los indios: pero íbamos dispuestos a la lucha y escoltados por 20 intrépidos veteranos.”

En el entramado del relato científico hay mayor afinidad con la prosa literaria que con la prosa estrictamente militar. Sorprende a su vez que una voz estatal como la de este naturalista, que además fue luego funcionario del Estado argentino en la Patagonia, priorizara el relato aventurero por sobre la versión oficial de una Patagonia libre de salvajes. El hecho es que, a pesar de todo, este relato no entraba en debate con las versiones de esa imagen de Patagonia conquistada a la civilización porque parece haber podido circular por un camino paralelo y poder convivir con versiones opuestas sin generar debate. Más bien resultaba su complemento ideal. Según esta versión, la Patagonia será una tierra ganada para la nación, la soberanía y el progreso y —al mismo tiempo— nunca perderá su condición de tierra de lejanos peligros legendarios. Ambas vertientes: por un lado, la del territorio “limpiado” y preparado para ser civilizado y, por el otro, la del territorio mítico que alberga peligros inenarrables; van a

³⁰⁴ Fotheringham, op. cit., pág. 475.

³⁰⁵ Tomo II, cuaderno XX, agosto de 1884.

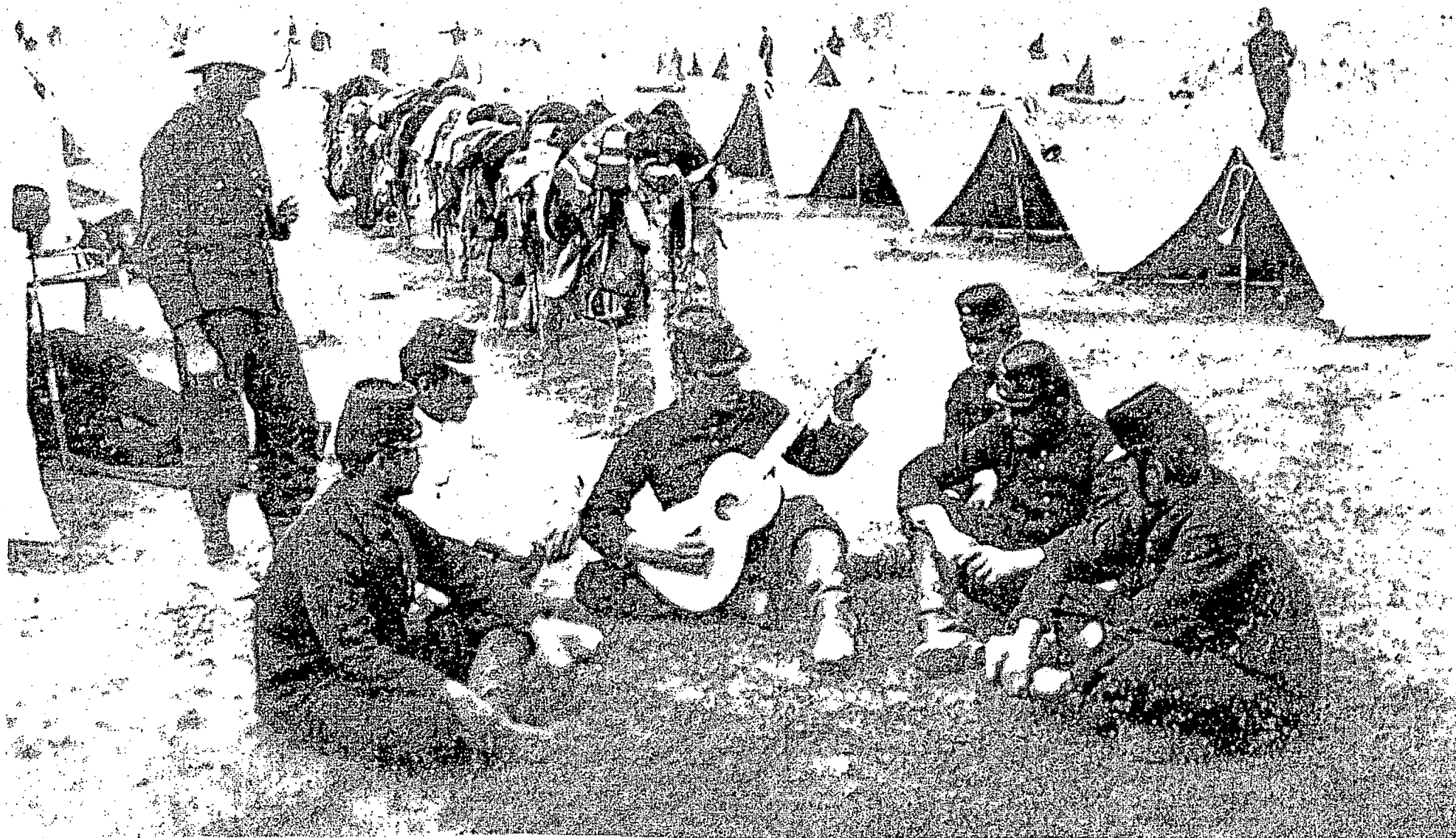
ser las que finalmente terminan instalándose como versión definitiva, incluso hasta el siglo XXI: la de una inmensa extensión que nunca consigue perder su enigma.

El *vivac*: la sociabilidad militar

Para compensar la falta de hidalguías, peripecias y riesgos, aparece también en los relatos de esta narrativa, una serie de escenas que refieren, no ya el encuentro de los oficiales con los soldados ni el encuentro de los soldados con los indios sino el encuentro de los soldados entre ellos. Las numerosas descripciones del *vivac* se constituyen así como un tipo de sociabilidad propia de la vida en guerra. El *vivac* también llamado *vivaque* era el campamento de un cuerpo militar. Se trataba una forma de instalación de las tropas en campaña, fuera del poblado, sin disponer de tiendas ni de barrancos que las reparaban. Era una instalación al aire libre, generalmente de un modo circular para conformar un espacio interno en el que se cocinaba, se limpiaba las armas, se organizaban los enseres, se dormía. Al estar protegida por la colocación de caballos, carretas, ganado, tiendas improvisadas en los bordes del círculo ofrecía protección para que no ingresaran en él animales salvajes o espías enemigos.

“Por la noche, las carretas formaban un gran círculo, cuyos intersticios se cerraban con los yugos hundidos en tierra y las cadenas de los atelajes bien tensas. Alrededor, en los espacios vacíos, se armaban las tiendas. Con su blancura debían espantar a los animales, encerrados en el centro, y quitarles hasta la tentación de salir. Fortificados de tal suerte, hubiéramos podido rechazar el ataque de 2000 indios. Se recomendó mucho a los hombres que en ese caso, para disparar los fusiles, se colocaran debajo de las carretas y cerca de las ruedas para evitar que las bestias los aplastaran, pues indudablemente el terror las hacía precipitarse girando en torno al recinto. En la frontera se recuerda la historia de un destacamento de caballería, que, obligado a replegarse por fuerzas superiores, cometió la imprudencia de atrincherarse tras los postes de un corral y recibir a pie el choque, luego de haber metido adentro los caballos. Los indios se contentaron con arrojar estopas encendidas, la caballada, loca de espanto, imposible de dominar, trituró con los cascos hasta el último soldado. Como nuestros hombres sólo tenían que dar un paso para ir desde su lecho de pasto seco

Vivac en maniobras (1903) Sociabilidad y esparcimiento en el campamento. Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados. Archivo General de la Nación. Compilada por Miguel Ángel Cuarterolo y Abel Alexander en Soldados (1848-1927).



hasta su puesto de combate, podían dormir a pierna suelta y con el fusil cargado, bajo la guardia de dos o tres centinelas.”³⁰⁶

En los *vivac* del ejército en campaña había un cerrarse, había un velar, pero incluso en su variedad de clase porque quedaban adentro los oficiales de rango pero también los soldados rasos y hasta los indios mansos. Y al mismo tiempo se trataba de una cerrazón desmontable, de un círculo que podía (y debía) poder desarmarse una vez cumplida su función. En el *vivac* las actividades eran múltiples. Una vez alineadas las carpas, algún sargento supervisaba órdenes impartidas, los soldados hacían actividades internas o esperaban directivas. Los veteranos preparaban los guisados, se distribuía la comida. También descansaban, reparaban equipos, guitarreaban, tomaban mate y hacían fogones. Es decir la actividad oscilaba entre una disciplina y organización muy activa y momentos de esparcimiento. Muchas veces había “francos internos” en los que algunos soldados conversaban y escribían cartas a sus familiares.³⁰⁷

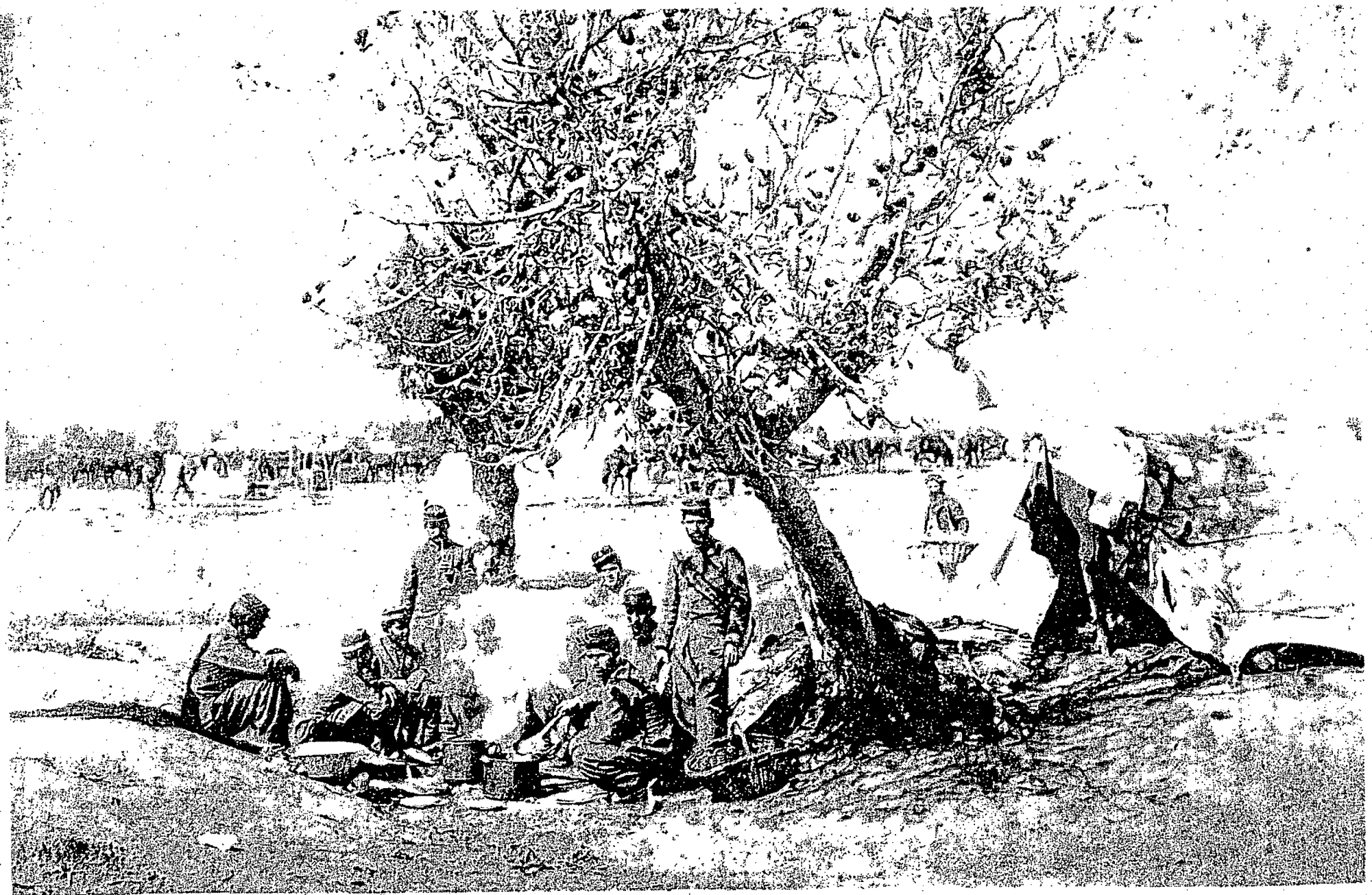
Y es allí, en el interior del *vivac*, en torno al fuego, en la constitución de un “recinto” en la intemperie, en el reducto de la intimidad de un ejército, donde se jugaban parte de los intercambios reales de la vida de frontera, donde se planteaban los dilemas y las estrategias. Ebelot consignaba:

“Muchos más que los alimentos les importa lo que ellos (se refiere a los paisanos-soldados) llaman, en su idioma incorrecto y pintoresco, los vicios del entretenimiento. Así designan al mate y al tabaco. Poder fumar y, alrededor del fuego del *vivac*, chupar una calabaza candorosamente esculpida donde se hunde un tubito de metal, la quemante infusión de yerba mate, he aquí para ellos un asunto de mucho más importancia que la comida. En semejantes vicios nada hay que pueda causar inquietud a una intendencia: con tales alimentos podía realizarse una expedición a poca costa.”³⁰⁸

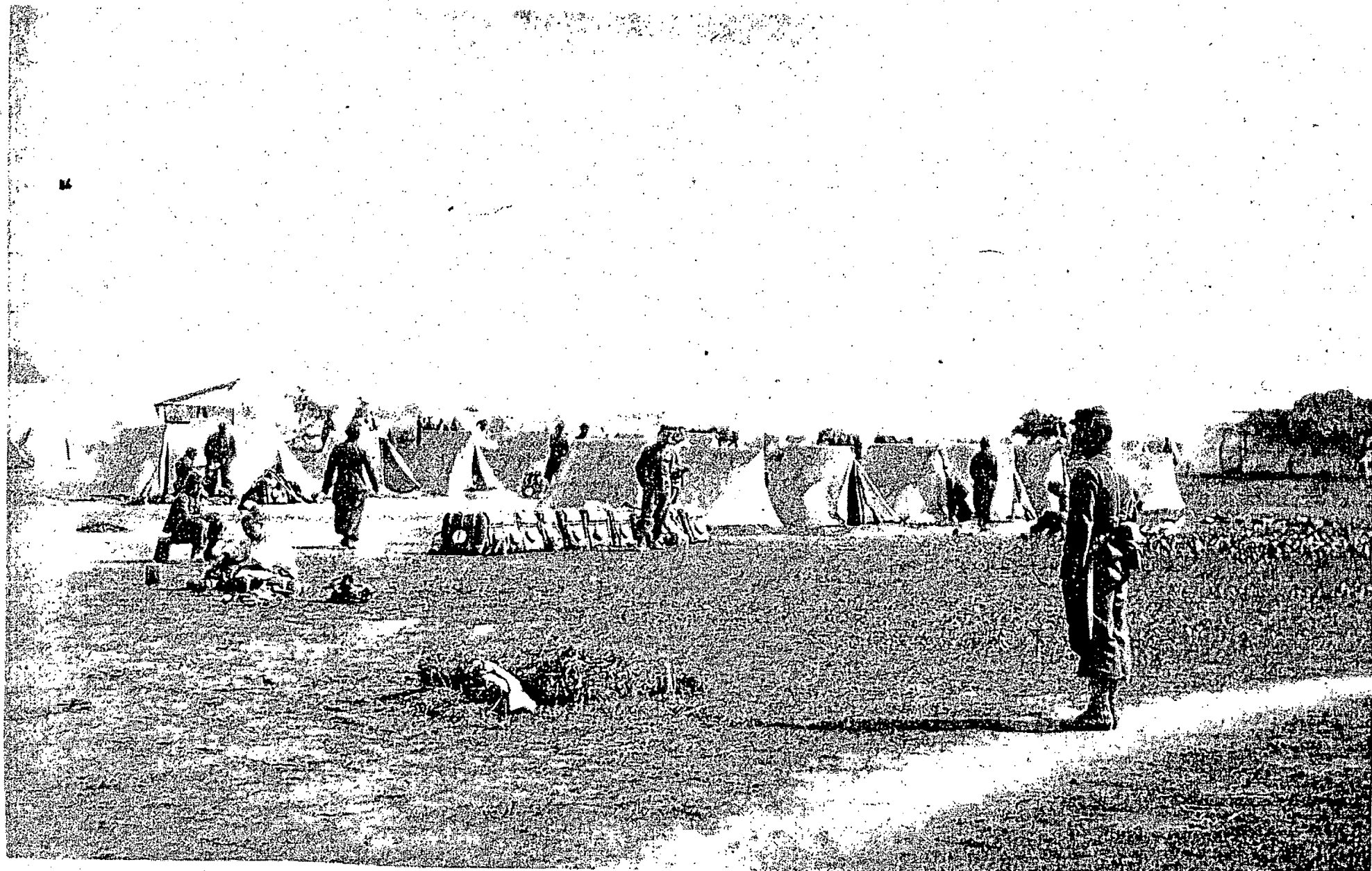
³⁰⁶ Ebelot, op. cit. pág. 126.

³⁰⁷ Las mujeres que acompañaron a la expedición -junto con los niños- no fueron muchas, en el conjunto de las expediciones, pero existieron y muchas veces iban embarazadas. Ellas hacían sus propios *vivac*. Como éstos no estaban sometidos a la reglamentación militar por tratarse de civiles, a veces dificultaban la disciplina y formalidad de los fortines y marchas. Sin embargo, había cierta condescendencia porque las mujeres se ocupaban de cuidar a los enfermos y heridos, de lavar la ropa y cocinar y algunas veces llegaron a combatir. (Véase *Soldados (1848-1927)*. Investigación fotográfica: Miguel Ángel Cuarterolo, Abel Alexander. Investigación histórica: Mayor Sergio H. Toyos. Buenos Aires, Fundación Soldados- Editorial Edivern, 2004 y PICHEL, Vera, *Las cuarteleras. Cuatro mil mujeres en la Conquista del Desierto*. Buenos Aires, Planeta, 1994).

³⁰⁸ Alfred Ebelot, op. cit. pág. 75.



Vivac. Sociabilidad y alimentación en el campamento. Fotografía de Samuel Rimathé. Colección Luis Priamo. Compilada por Miguel Ángel Cuarterolo y Abel Alexander en Soldados (1848-1927).



Vivac en maniobras (1903) Sociabilidad y esparcimiento en el campamento. Samuel Rimathé. Colección Luis Priamo. Compilada por Miguel Ángel Cuarterolo y Abel Alexander en Soldados (1848-1927).

*Vivac en maniobras (1903) Sociabilidad y esparcimiento en el campamento. Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados. Archivo General de la Nación. Compilada por Miguel Ángel Cuarterolo y Abel Alexander en *Soldados (1848-1927)*.*



Cuando en el *vivac* tenía lugar la recreación, los soldados y las mujeres de la guarnición bailaban en parejas la cueca o jugaban el palo enjabonado o se reservaban para esos momentos carne, caña, azúcar y café, cuando había y se los repartía entre la tropa.

A su vez, en los fogones del *vivac* se producía una intensa circulación de relatos, en particular de relatos fantásticos, historias de aparecidos y misterios donde sobresalía la superstición de la soldadesca incentivada por las noches a campo abierto en terrenos desconocidos. Cuenta Remigio Lupo en sus crónicas para el diario *La Pampa*:

“El día cinco continuamos acampados en el mismo paraje. Llovía y los soldados y oficiales se agrupaban acurrucados formando animados corrillos en los que reinaba confianza y alegría. ¿De qué conversaban? ¿De qué habrían de conversar pues? Del Comandante Olivieri, de quien se contaban las cosas más extraordinarias, sin respeto a su memoria. Hablábese de su crueldad para con los soldados que componían la colonia, crueldad que llegó hasta hacer construir pozos profundos y oscuros subterráneos, donde encerraba a sus subordinados sometiénolos a crueles tormentos. Decíase que los que caían en aquellas lóbregas prisiones, permanecían allí días enteros, alimentándose con trozos de carne que les hacía arrojar por la boca de los pozos. Luego una comisión con los científicos, los médicos y el cronista van a ver el pozo y comprueban que es imposible que funcionara como cárcel porque en su interior los seres humanos se hubieran asfixiado con las emanaciones de ácido carbónico.”³⁰⁹

El relato del cronista Lupo ofrece una buena descripción de la verdadera sociabilidad del *vivac*: un lugar donde es legítimo inventar historias y *-a posteriori-* desmontarlas.

El sentimiento. La amistad en campaña

“Siempre gusta reencontrarse con gente que ha hecho campaña con uno, así sea necesario someter a fumigaciones, cuando se han ido, el asiento de cuero de vaca donde estuvieron sentados.”

Alfred Ebelot

La contrapartida a los relatos de la melancolía en campaña la ofrecen otra serie de relatos que cuentan las relaciones entre militares (soldados u oficiales). En particular los que se refieren a la amistad. Relatos de fuerte impronta sentimental que conviven con otros, de corte informativo y estratégico. Esta sentimentalidad se va contando en escenas donde se muestran

³⁰⁹ Remigio Lupo, op. cit., pág. 93

las relaciones afectivas entre los soldados o entre éstos y sus superiores y tienen la función de contribuir al relato de la heroicidad (del que hablaré más adelante). Los valores que se despliegan son el compañerismo, las conversaciones, el afecto y la admiración, la entrega por la causa. Una tónica constitutiva de los héroes, en particular de los héroes anónimos, el “soldado desconocido” que es una imagen que, en rigor, se acuña posteriormente (los monumentos a los soldados desconocidos son propios de comienzos del siglo XX con la I Guerra Mundial, la “Gran Guerra” de 1914 en la que el combate cuerpo a cuerpo tenía un valor capital). Sin embargo, el reconocimiento de los anónimos, de los cuerpos inmolados, que estaba representado por la figura de un soldado raso en combate, ya se había puesto en juego con la guerra prusiana.

Uno de los relatos de la *Memoria Militar* de Eduardo Racedo ofrece una escena de fusilamiento por desertión a los soldados Orozco y Lucero.

“En estos casos (se refiere a los casos de desertión) se establece una horrible lucha entre el deber y el sentimiento. El primero aconseja la muerte del delincuente a fin de hacer un ejemplar que evite la repetición del delito, pero el corazón se niega a decretar el cese de una existencia a la que pueden estar vinculados muchos seres por lazos sagrados de la afección. Es un horroroso sacrificio de los propios humanitarios sentimientos que es menester consumir en aras de la disciplina y consolidación de un ejército no sin que el alma se destruya con tan mala prueba”³¹⁰

Racedo detallaba la función de un disciplinamiento de impronta positivista: el castigo ejemplar y al mismo tiempo mostraba su borde más filosófico. El cumplimiento del deber militar consignaba también las relaciones afectivas entre soldados que le imprimían a la escena un carácter gris, lejos de fraseos hiperbólicos o triunfalistas.

Por su parte Alfred Ebelot cuenta su camaradería con uno de los oficiales:

“La buena suerte me había deparado el más inapreciable de los bienes en una marcha militar: un buen compañero de viaje. Era el comandante don Eliseo Acevedo, que estaba entonces a la cabeza del 7mo batallón de cazadores. Jamás porteño alguno fue tan francés y eso que los porteños distinguidos se precian de serlo antes que nada. Había respirado la esencia del espíritu francés en la enseñanza de un hombre excelente, de un espíritu eminente, el filósofo Amadée Jacques.”³¹¹

³¹⁰ Racedo, op. cit., pág. 22.

³¹¹ Ebelot, op. cit. 81.

Ebelot ofrecía el relato de una amistad refinada y de clase, en la que lo francés representa el toque de distinción. Se trataba de una amistad, que sin embargo, es posible por la ausencia de combates y no a causa de ellos. Esas conversaciones entre Ebelot y Acevedo, de corte urbano, remiten más a los círculos de las tertulias y las reuniones sociales en el ejército que al *vivac* en campaña.

“Hicimos el viaje sin inconveniente. No tuvimos que soportar ninguno de los sinsabores con que las imaginaciones, impresionadas por la majestad del desierto y los espejismos de lo ignoto, nos habían asustado al partir. Los indios no alteraron nuestra marcha. El pasto y la carne no faltaron (...) Sin embargo, en medio de tal falta de emociones guerreras ¡cuántos detalles sabrosos para los ojos de un europeo!”³¹²

Sin embargo, en contraste con esos jinetes europeos en el desierto americano que referían una guerra ilustrada, aparecen también soldados combatiendo que cercanos a la muerte ostentaban una sentimentalidad estrictamente militar: soldado y teniente unidos por ideales patrios, por una causa común, por la pertenencia a una misma causa. Tal era el caso del diálogo que ofrecía Prado (transcrito completo en cita anterior)

“Mi teniente, la fuerza que estaba a mis órdenes se halla muerta o herida... ¿Tiene algo que ordenar?”

Sí, tengo que ordenarle que abrace a su teniente.”

Los castigos. El dolor. La melancolía

“El desierto no permitía las lentas y refinadas penalidades de nuestros tribunales y calabozos.”
Lawrence de Arabia

“Las ruinas gritan más que los boletines”
Alfred Ebelot

Una serie de relatos tristes refieren, en esta narrativa, la experiencia de la vida en campaña. Se trata de descripciones, pequeñas narraciones, referencias, menciones y epitafios que muestran la cotidianeidad de la guerra en el desierto como una experiencia melancólica. No se trata de la melancolía refinada de las ciudades del siglo XIX, “la dulce enfermedad” de mujeres y artistas, propia también de los individuos sensibles al margen de la sociedad, sino de una tristeza seca, sin vuelo simbólico: la vida en guerra, la lejanía de los seres queridos, un paisaje plano, desértico y frío, la brutal disciplina militar, las marchas prolongadas por

³¹² Ebelot, op. cit. pág 82.

geografías desconocidas, la soledad, el hambre, la muerte. La melancolía y tristeza de los soldados, brutalmente ignorada por sus superiores, está referida, sin embargo, en las obras de esta narrativa. Relatos secos, sintéticos, distanciados hablan de los males de la guerra que no sólo impactaban sobre los cuerpos enemigos sino también sobre los propios cuerpos.

La *Memoria Militar* de Eduardo Racedo no es pródiga en las narraciones de combates y muertos en guerra y sólo detalla algunas contiendas menores. Pero se detiene a contar los avatares de la vida de frontera a partir de una serie de relatos sobre la muerte de los soldados, el castigo a la desertión y los suicidios de los indios. El accidente que le costó la vida en el río al cadete Bautista La Cuesta es mencionado y detallado a través de una expresión conmovida. Otras obras también lo refieren. Racedo contará cómo un soldado se vuelve loco, muere otro de “consunción”³¹³, deserta otro con su familia y lo apresan. Contará también las extensas jornadas sin alimentos, cómo comen loros por falta de víveres y las muchas dificultades para recibir una correspondencia fluida –en el caso de los soldados de la tropa no de la oficialidad–, a causa de la mala administración de la correspondencia. E incluso cuenta cómo un soldado le roba (al propio Racedo) y éste pide al rastreador del ejército que lo busque.³¹⁴

“Tuvimos que lamentar la desaparición de un indio amigo que, habiendo quedado en el baño, de los últimos, se hundió de improviso en la laguna, sin que volviese a aparecer, siendo del todo inútiles los esfuerzos que se hicieron para encontrarlo. Supúsose que se hubiera ahogado voluntariamente, pues desde algún tiempo se le notaba triste”³¹⁵

No sólo Racedo se hace cargo de estos relatos tristes. Alfred Ebelot también cuenta historias aunque sus referencias aluden a torturas y golpes, soldados “destinados”, oficiales de primera y de segunda, castigo a los indios, y levas forzosas.³¹⁶

“No hay que asombrarse demasiado por el medio de persuasión empleado con ellos (se refiere a los soldados). Para tener sujetos y reunidos en un haz elementos tan

³¹³ Consumido.

³¹⁴ Lo que en las páginas del *Facundo* de Sarmiento constituía una parte de una tipología de los saberes rurales (Baqueano, Rastreador, Gaucho Malo y Cantor) en Racedo será la demostración del funcionamiento de uno de esos tipos rurales, cuyo saber proveniente de la “barbarie” será funcional a las necesidades del ejército expedicionario del Estado nacional.

³¹⁵ *Memoria Militar y Descriptiva sobre la Campaña de la 3era División expedicionaria al territorio de los ranqueles a las órdenes del General Eduardo Racedo*, Buenos Aires, Editores Ostwald y Martínez, 1881. Pág. 43.

³¹⁶ La Comandancia General de Armas era la institución del Ejército a donde se elevaban los sumarios por desertión y también el lugar al que se comunicaban los ascensos.

heterogéneos, la disciplina era en otro tiempo cruel: todavía es brutal. Hace pocos años aún, las penas corporales eran frecuentes y se las acompañaba con odiosos refinamientos. Mil, dos mil azotes era nada, aunque a veces el paciente se muriera. Había cosas mejores, se conservaban suplicios foráneos que recuerdan a la rueda y al potro de la Edad Media. Gente moderada, oficiales esclarecidos, los aplicaban a sangre fría; yo he conocido algunos que lamentaban su supresión, tal es la fuerza de los usos. En cuanto a los oficiales violentos y de mente estrecha, y había más de uno, llegaban a ser verdaderas plagas. Hoy día se han suprimido aquellos horrores. Está prohibido torturar al soldado, pero ha parecido prematuro impedir que se le golpee. La autoridad militar suele desarmarse demasiado si suelta el garrote. Un oficial puede todavía dar de golpes a sus hombres, pero se lo castiga si los da con otra cosa que no sea el sable de plano. Por una sutil interpretación del código de honor militar, se acepta que nada proveniente de la espada envilece. (...) En la pampa no se toman prisioneros. A los indios se les aplican con todo rigor las viejas leyes militares españolas sobre los bandidos y salteadores de caminos. Ya es un rasgo de humanidad fusilar a uno de ellos en lugar de infligirles la espantosa muerte a lanzazos. Cada parte acusa a la otra de haber impreso a la guerra su carácter despiadado, y da pena agregar que, según testimonios imparciales, habrían sido los cristianos quienes dieron primero el triste ejemplo, en nombre de las antiguas ordenanzas de Castilla. Sin juzgar estas ejecuciones sumarias desde el punto de vista moral, se puede afirmar que desde el punto de vista práctico son una torpeza. Las guerras sin cuartel, las guerras de exterminio, no sólo son las más bárbaras sino también las más empecinadas y peligrosas.”³¹⁷

El fragmento ilustra además la puja entre dos culturas militares: una salvaje, rudimentaria, asociada a la conquista del siglo XVI y la otra moderna, estratégica, asociada a la construcción de un ejército moderno prusiano.³¹⁸

³¹⁷ Ebelot, op. cit. pág. 91.

³¹⁸ Otro de los temas que aparecen en el relato de esta guerra y de estas expediciones es el de las enfermedades, que son propias además de la guerra y de la vida de privaciones y pobreza que caracterizaba la vida en el desierto. Las enfermedades de la guerra era la viruela, el tétano y la tisis. Una de las tareas del ejército era, según el *Memoria Militar* de Eduardo Racedo: vacunar a los indios.

La corrupción

"Todo cuanto se puede publicar sobre la historia de una guerra se acomoda constantemente al éxito, pero es piadoso y patriótico deber no alterar el prestigio que relaciona la gloria de nuestro Ejército con ciertos altos personajes."
Karl Von Moltke

Si bien, todas las obras de la narrativa expedicionaria hacen un enorme esfuerzo por ofrecer la descripción de un acontecimiento victorioso, no pueden evitar contar una serie importante de hechos de corrupción y de desprolijidades, fruto de la desorganización y de las rudimentarias formas de improvisar las nuevas tareas a las que el Estado- nación deberá irse enfrentando. Los escritos son elocuentes al respecto y ponen de manifiesto, como he explicado en capítulos anteriores, una escritura en primera persona que somete a juicio a las instituciones. Lo podemos ver en Alfred Ebelot pero sobre todo en los primeros escritos de Álvaro Barros e incluso si consideramos que uno de los precursores de estos temas es el folleto titulado "Cuestión de indios" de Santiago Arcos se observa que ya en aquella prosa se denunciaba una forma ineficaz, por corrupta, de enfrentar el tema frontera.

Alfred Ebelot, en consonancia con la posición de Barros de la década del '70, cuestionaba, en los años previos a la Expedición del '79, a los proveedores del ejército enriquecidos, a quienes llamaba "fervorosos mitristas", los acusaba de ser una poderosa corporación, los destinatarios de favores oficiales, al mismo tiempo que veía con sospecha la funcionalidad del ejército de campaña a la política de Buenos Aires. Aunque el estilo de Mitre no era tan diferente del de Roca, en el sentido de que para Roca también el ejército iba a ser funcional a su candidatura política, a Mitre no le hacía mella exhibir su circuito de favores y lealtades. Roca, en cambio, cuidará su imagen en la búsqueda de un ejército basado en relaciones profesionales y técnicas y constituido por militares formados.

La zona de la denuncia, en esta narrativa, corroe el relato de una prolija guerra entre salvajes y civilizados. Hasta las páginas más oficialistas reconocen en la corrupción de proveedores un problema acuciante. Tal es el caso de Olascoaga:

"(...) que si los indios y el desierto no han tenido el poder de hacer descalabrar por hambre una división, a pesar de precedentes de otro tiempo y de las profecías de varios mariscales, y pues queda establecido que la combinación de los salvajes y el yermo era

menos peligroso para el país que la sociedad de proveedores, la campaña debió empezar por arrastrar a estos últimos, quitarles las haciendas y capturarlos antes que a los Catriel y Pincén (...)" ³¹⁹

En la distribución de la correspondencia también se podía ver la corrupción. Eduardo Racedo describía la alegría de los que recibían cartas familiares y, a continuación, la pena de los que no las recibían por causa de la mala administración. La correspondencia en el desierto ilustraba, a su vez, la intervención de la acción del estado en la vida personal de los integrantes del ejército porque ésta influía en el estado de ánimo de la tropa.

Como contrapartida, Alfred Ebelot describía la constitución de "Comisiones de vecinos" para el control de las obras públicas. El gobierno designaba a cierto número de personas "honorables" que se encargaban, gratuitamente -"por patriotismo o por vanidad" explicaba el ingeniero francés-, de la dirección de las obras proyectadas. Estaban formadas por terratenientes y representantes del alto comercio, ricos estancieros residentes en la ciudad, grandes negociantes de cuero o acopiadores de lana. La fortuna era una garantía suficiente de la honestidad y la capacidad comercial era una prenda de la capacidad. Como observador externo Ebelot encontraba que, a pesar de la buena voluntad evidente y constante de algunos de sus miembros, ellos no estaban preparados para una tarea semejante. Estos "funcionarios improvisados" constituían comisiones de frontera que finalmente resultaban muy ineficaces para controlar la corrupción de los pulperos y de los proveedores.

Manuel Prado explicaba, en sus páginas, la forma en que el estado, en el momento de pagar 37 meses pendientes de sueldo en un solo pago a través de un comisario pagador, se quedaba con la paga de los soldados muertos, de los desertores, de los perdidos y de aquellos de los que se ignoraba su destino, sin hacerles llegar tampoco a sus familiares ese dinero. El sistema de pensiones de guerra, por esos años, sólo llegaba a los guerreros de la Independencia como lo registran las muchas solicitudes de pensiones graciabiles para los guerreros de la Independencia.³²⁰ Prado describía además que los soldados no tenían donde gastar ese dinero, reclusos como estaban en los puestos de frontera y en el hecho de que los proveedores no llegaban -porque no tenían custodia para el transporte de reses- la tropa se alimentaba de yeguas y avestruces, como los indios. El periodista Remigio Lupo incluye, en sus crónicas, una historia muy elocuente que refiere que un sargento del 2 de línea mató a un soldado de una

³¹⁹ Olascoaga, op. cit., pág. 202.

³²⁰ Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, 1879.

puñalada. “El sargento estaba ebrio, porque le había vendido alcohol un vivandero, a quien en castigo de la infracción a las órdenes severas que había recibido de no vender bebida alguna, el coronel Villegas le hizo derramar dos o tres pipas de caña que llevaba consigo.”³²¹

El nomadismo. Las marchas

Ebelot cuenta que la tribu de Baigorria huyó por las duras planicies del río Salado junto a su familia, montados en vacas lecheras y mansos bueyes. “Es el último grado de la desolación” escribía el ingeniero francés conmovido por la observación de la escena que le había tocado presenciar. Esa imagen contrasta con el exitismo y los fraseos épicos propios del relato de guerra porque no se trata de un enemigo que moría combatiendo, sino de un grupo de personas que no podían siquiera retirarse gallardamente. Montados en vacas lecheras, a falta de caballos y mulas, los indios de Baigorria anunciaban el comienzo del fin.

El contraste de esta escena la ofrece la prosa del propio Roca, quien adjudicaba a la puesta en movimiento del Ejército la resolución de todas las incertidumbres:

“Nada ha habido que lamentar en estas marchas a través del desierto más completo, con una fuerza que todo lo ha tenido que traer consigo, sacerdotes, sabios, mujeres, niños, y hasta los perros y demás animales domésticos de las guarniciones, lo que daba a las columnas el aspecto de un éxodo, de un pueblo en marcha que se traslada en busca de un clima y suelo propicio donde plantar sus tiendas.”³²²

Ambas imágenes, la del ejército poblador que llegaba al territorio y la de la tribu en éxodo que abandonaba la tierra de sus padres, confirmaba el recambio de una cultura, el pasaje que finalmente terminó produciéndose como resultado de la guerra de frontera. La instalación progresiva había sido más efectiva que los enfrentamientos. Y los itinerarios, más que las combates.

³²¹ Lupo, op. cit. pág. 101.

³²² Julio A. Roca citado por Tomás Auzá en “La ocupación del espacio vacío: de la frontera interior a la frontera exterior. 1876-1910” en Ferrari, G y Gallo, E. (Compiladores) *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1980.

El arrojo en crudo. Heroicidad expedicionaria vs. caza de hombres

“Ay, no es guerra caballeresca la de la frontera”
Alfred Ebelot

Una de las imágenes del fotógrafo Antonio Pozzo muestra una formación de la tropa en el desierto. En ella puede observarse que los soldados llevaban lanzas típicas muy parecidas a las que usaban los indios y que muchos llevaban corazas. Éstas, reglamentadas por Alsina, se fabricaban en el Parque de Artillería con cuero ennegrecido y servían para proteger los cuerpos de lanzazos y heridas de combate. Sin embargo, la coraza no era popular entre los soldados porque se consideraba que usarla no era propio de valientes.³²³

Temeridad versus profesionalización. La valentía en la guerra de frontera no era un valor claro. El salvajismo en las formas de matar indios aparecía a veces justificado o festejado y otras veces severamente castigado. Las guerras anteriores, en particular las de la Independencia contra los ejércitos realistas, no habían tenido ese ímpetu de cacería que a veces aparecen descritos en algunos capítulos de estos libros.

Ahora bien ¿qué significaban para los autores de estas obras los antiguos valores heroicos, guerreros y nacionales? ¿Cómo los concebían desde la mirada modernizadora?

Alfred Ebelot cuenta el estilo sanguinario de la soldadesca que se lanzaba irracionalmente a la caza de indios sin habilitación de las autoridades. Se trataba, por cierto, de una práctica individual propia de la guerra de la conquista del siglo XVI y frente a la cual la oficialidad del ejército tomaba distancia porque el ejército modernizado debía ofrecer la imagen de una oficialidad regulada y gallarda en la guerra, que repartía comida a los prisioneros. Prado relató la historia de tres soldados que, unos años antes de la conquista de Roca, se batieron a

³²³ Antonio Pozzo fue el único fotógrafo que acompañó a la Expedición del 1879. Había sido amigo de Alsina y su Galería de retratos en Buenos Aires, se llamaba “Fotografía Alsina” en su homenaje. Se inició en la fotografía hacia 1850 con Thomas Helsby (daguerrotipista inglés). En 1878 fue elegido por Francisco Moreno para fotografiar al cacique Pincén, con su lanza, antes de que ingresara a la isla Martín García como prisionero. Pozzo asistió a la expedición al Río Negro *de motu proprio*, y costó sus propios gastos y los de su ayudante Alfredo Braco porque era un convencido de la “acción civilizadora del ejército”. Pero luego se incorporó como fotógrafo oficial y miembro del cuartel general de la expedición al mando de Roca y al finalizar la campaña se le dio el grado de capitán asimilado del Ejército Argentino. Fotografió la expedición entre abril y julio de 1879. La foto, a la que me refiero, puede verse en la estupenda compilación titulada *Soldados (1848-1927)* cuya investigación fotográfica fue realizada por Miguel Ángel Cuarterolo y Abel Alexander y cuya investigación histórica, por el mayor Sergio H. Toyos (Buenos Aires, Fundación Soldados- Editorial Edivern, 2004).

sable con un grupo de indios y murieron en la contienda. La tropa que llegó después al teatro del combate había presenciado el cuadro siguiente:

“En el lugar donde cada soldado había caído, una rastrillada inmensa y un reguero de sangre. Donde estaban mutilados horriblemente y desnudos, los cuerpos de Undabarrena y sus oficiales, parecía un matadero: once eran los indios muertos por aquellos bravos. Colaso fue encontrado teniendo entre los dientes un pedazo de cuero cabelludo de un indio. En la desesperación, en la agonía, cuando luchaba herido y a golpes de puño, pues la espada fue hallada rota, ha debido derribar a su adversario y morderlo en la cabeza. Undabarrena conservaba apretado al pecho el cuchillo del cabo que le había servido para comer en campaña. Era aquel un cuadro que hacía honor al Ejército argentino. Sin embargo, nadie lo ha copiado (...)”³²⁴

En la escena descrita se registra la ambigüedad de la valentía, la heroicidad está puesta en cuestión, la bravura raya lo fantástico y la casi fascinación con la muerte o con la temeridad más extrema. Ya no se trata de una representación de la valentía que hace al patriotismo, ni siquiera a la lucha de los blancos para imponer la civilización sino a cierta impronta tribal y salvaje de hordas primitivas, de hombres temerarios, esos mismos hombres a los que se castigaba con el cepo y a quienes luego se ascendía.³²⁵ Se trataba de una heroicidad salvaje, excesivamente inquietante. Si bien Prado narraba la escena y la evaluaba como “un cuadro que hacía honor al Ejército argentino” también señaló: “sin embargo, nadie lo ha copiado; y de aquel hecho extraordinario sólo nos queda la orden general siguiente, dada por el ministro de Guerra: Los jefes del Ejército argentino tienen adquirida ya, como bravos, una reputación inmovible, y para conservarla, no deben jugar imprudentemente la vida, a no ser que, como sucede en las guerras regulares, ella sea necesaria para conseguir un triunfo decisivo o para

³²⁴ Prado, op cit. pág. 51.

³²⁵ Podemos encontrar una referencia a este tipo de violencia estatal en *Los Sertones. Campaña de Canudos* del ingeniero y periodista brasileño Euclides Da Cunha, publicado en 1902, que por esos mismos años ofrecía escenas muy relacionadas con la conquista del desierto argentino. En sus crónicas como corresponsal de guerra Da Cunha describía a canudos y militares: “Porque había, en efecto, algo de dolorosamente insolente e irritante en la irrefrenable ansiedad, en la inquietud con que aquellos bravos militares —robustos, bien uniformados, bien alimentados, bien armados, bien dispuestos— procuraban aplastar la organización desfibrada de adversarios que se desvivían hacia tres meses, hambrientos, heridos, quemados, desangrados gota a gota, las fuerzas perdidas, y el ánimo flojo y las esperanzas muertas, sucumbiendo día y a día en un agotamiento absoluto. Darían el último puntazo de bayoneta en el pecho agonizante, o el tiro de misericordia en el oído del fusilado. Y cobrarían, ciertamente, poca fama con la hazaña.” (Da Cunha, Euclides, *Los sertones. Campaña de Canudos*. Edición preparada por Florencia Garramuño, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pág. 397)

salvar de un desastre inminente (...) es un deber a la vez que un derecho propender a que no se repitan sucesos de carácter tan lamentable (...) esta nota sólo importa un llamamiento al deber militar y una condenación a los sacrificios estériles (...). Adolfo Alsina.”³²⁶

Las consideraciones del ministro eran condenatorias. Alsina recordaba los reglamentos milites, la disciplina del ejército, y, sobre todo, las ordenanzas que servirán para disciplinar el arrojo en crudo el cual resultaba un estilo de valentía militar, propio de héroes, pero que debía ser cuidadosamente disciplinado porque tomaba las formas, entre muchos soldados, de una intrepidez salvaje que no los diferenciaba de los indios. En el modelo del ejército prusiano de Federico II, este tipo de valentía no sólo resultaba inútil sino también peligrosa en el interior del ejército y convertía a la guerra heroica en una cacería primitiva.

En la guerra de frontera convivían dos formas de valentía. Una asociada a la barbarie y otra, a la civilización. Y la diferencia entre ambas remitía también a una diferencia de clase que definía las identidades en guerra. La ferocidad sanguinaria era propia de ciertos soldados rasos, cabos o sargentos, mientras que la oficialidad jerárquica propiciará un estilo de combate despersonalizado y profesional. Varios años después, en 1881, en la expedición al lago Nahuel Huapí realizada por Conrado Villegas se incluye una carta de Joaquín Viejobueno al ministro de Guerra Benjamín Victorica en la que además de elevarle desde la *Inspección y Comandancia General de Armas* el parte detallado de la expedición de Villegas escribe:

“Me permito llamar la atención de V. E. y recomendar de una manera especial la conducta observada por el Alférez, del *Regimiento 11 de Caballería de Línea*, Don Juan Ferreira quien, con un piquete de ocho soldados de ese cuerpo, sostuvo un combate cuerpo a cuerpo con un número considerable de indios poniéndolos en fuga después de una lucha heroica, de la que resultó herido de un lanzazo.”³²⁷

Se trata de recomendaciones que habilitaban o preparaban futuros ascensos. Pero así como aquellos soldados del relato de Prado aparecían retratados a partir de una bravura despiadada también protagonizaban escenas conmovedoras donde se mostraba su sensibilidad y su patriotismo sencillo e ingenuo. Tal es el caso de la historia del cadete La Cuesta, contada en la *Memoria Militar* de Racedo -que ya he mencionado-, que fue a bañarse al río Saladillo y aunque sabía nadar, se ahogó. Lo buscaron empeñosamente y lo hallaron. Le dieron entonces

³²⁶ Prado, op. cit. pág. 51.

³²⁷ VILLEGAS, Conrado, (1881), *Expedición al gran lago Nahuel Huapí en el año 1881*. Buenos Aires, Eudeba, 1977. pág. 15.

una sepultura solemne acompañada de rezos que el provisor Espinosa promovió. Olascoaga describe el hecho así:

“Los jefes, oficiales, algunos ciudadanos y tropa que se hallaban en el convoy allí acampado, rodearon al compañero muerto y rezaron, arrodillados, una larga plegaria alrededor del virtuoso provisor del arzobispado, doctor Espinosa y sus dos dignos religiosos compañeros. Era ya pasado el crepúsculo y la noche estaba fría. El doctor Espinosa previno que, en aquel caso, todos podían tener sus sombreros puestos. No obstante, todas las cabezas, de paisanos y militares permanecieron descubiertas. Era solemne aquel grupo de hombres orando en medio del desierto, a la media luz de la estrellas y alrededor de un cadáver. Más tarde, todos dormían en el mismo sitio, confundidos con el que no debía despertar más. Al día siguiente lo enterraron y continuó la marcha.”³²⁸

La historia del cadete Juan Bautista La Cuesta, contada por Racedo y por Olascoaga también fue referida por Adolfo Doering y Pablo Lorentz y por Remigio Lupo. Evidentemente el relato reunía las características que debía tener un relato en campaña: desolación, impotencia, conmiseración, tristeza. Lo que permitía que, en el relato militar, tanto como en el relato científico y en el periodístico se convirtiera en una historia de alto impacto que debía ser incluida. La heroicidad expedicionaria, ante la poca frecuencia de combates, aparecía connotada en ese círculo de hombres conmovidos que lloraban a sus muertos bajo las estrellas del desierto.

En esa misma línea puede pensarse la historia del soldado Paiva que deserta pero antes participa del combate:

“Nosotros hemos oído una vez a un soldado Paiva exclamar al ser sacado de las estacas: “No me deserto esta noche porque quiero encontrarme en la pelea de mañana”. Al día siguiente el teniente Alba –hoy segundo jefe del 2 de caballería– rechazaba una invasión que intentó pasar la zanja, y cuando después del combate preguntó por Paiva, para felicitarle por la bravura que le viera desplegar, el soldado no estaba.”³²⁹

³²⁸ *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro por Manuel J. Olascoaga*. Editores Ostwald y Martínez, Buenos Aires, 1880. Pág. 179.

³²⁹ Prado, op. cit. pág. 77.

El relato mostraba a las claras los problemas en las formas de disciplinamiento y aludía a la coacción del reclutamiento, si bien el énfasis no estaba puesto en esas cuestiones sino en el particular sentido del deber que tenían los soldados, aún los rebeldes y desertores. El cumplimiento de los reglamentos militares y los duros castigos a los que eran sometidos los desertores volvían profusos los relatos de estas historias en el interior de la narrativa expedicionaria.

El caso del fusilamiento del cabo Cayuta al que se lo ejecutó por haber desertado también ilustraba una heroicidad singular y mostraba -como las otras historias-, los puntos ciegos del relato de la guerra. Los soldados no desertaban porque rechazan la guerra o la vida en los fortines sino por el maltrato de los superiores o porque extrañaban a sus familias (recordemos que las licencias eran poco frecuentes o inexistentes). La abnegación y el estoicismo militar que pertenecían a las historias de las guerras antiguas debían ser construidos en estas páginas y el gran desafío era trasladar esos valores al relato de la propia guerra. Las comparaciones son fecundas: Leónidas en *Las Termópilas* era Curupaity o las legiones de Atila en el Imperio Romano eran las legiones del desierto, las tropas se asemejaban al ejército de Espartaco, por nombrar sólo unos pocos ejemplos.³³⁰ Estas analogías intentaban desarticular la idea de una cacería humana.

“Los soldados de la línea avanzada se lanzaban a la caza. En vano los indios se fraccionaban en grupos pequeños, se deslizaban durante la noche de hondonada en hondonada y se volvían invisibles; siempre dejaban, en la travesía, a algunos de los suyos y una parte de sus cabalgaduras. Yo tomé parte con frecuencia, durante los tres primeros meses de instalación, en esta caza al hombre, bastante monótona por lo demás y que solía caracterizarse por repugnantes episodios. Un indio auxiliar nos trajo cierto día, suspendida de la montura, la cabeza de un salvaje que, hecho prisionero, había tratado de apuñalar al soldado que lo llevaba en ancas.”³³¹

Nótese en el fragmento la referencia al “indio amigo” figura habitual- como ya lo he señalado- común en los ejércitos de los ‘70 y de los ‘80. Indios que prestaban servicios al ejército y mataban indios. A su vez la descripción opone prácticas arcaicas a prácticas modernas. Sin embargo, a veces desde las propias filas del ejército esas prácticas estaban

³³⁰ En su biografía novelada de Julio A. Roca, Félix Luna vuelve a emular el gesto: el desierto de Roca es asemejado a las Galias de Alejandro Magno. (LUNA, Félix, *Soy Roca*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1989).

³³¹ Ebelot, op. cit. pág. 87.

indirectamente propiciadas. Villegas, según el relato de Manuel Prado, ofrecía 200 pesos de moneda corriente más una semana de licencia para los soldados que capturaran indios bomberos.

Como contrapartida y ya que no era tan fácil ofrecer a los destinatarios de estos textos, la relación de múltiples hechos heroicos la ironía ofrecía, sobre todo en la crónica periodística, una nota de humor:

“Le aseguro que veo yo a algunos jefes y oficiales con la cara lánguida temiendo más a la falta de churrasco de carne vacuna que a media docena de lanzadas de indios.”³³²

Manuel Prado consideraba que el gran impacto que había tenido la guerra del desierto era que los indios pensaban que la fuerza y el valor de los soldados consistía en las armas de fuego y no en los combates cuerpo a cuerpo con armas blancas. De esta manera asignaba al ejército un tipo de hidalguía que no dependía de las armas modernas y le quitaba espesor a la tecnología de guerra a la que muchos atribuyeron contemporánea y posteriormente el éxito de la conquista.³³³

La tecnología del telégrafo y de las fusiles *Remington*³³⁴ ha tenido un impacto importante en el proceso de modernización del ejército y en la conquista territorial pero también ha sido sobrevaluada. En rigor, no fue la tecnología la que acabó con los indios. Las líneas telegráficas sólo cubrían hasta la localidad de Puán, en la provincia de Buenos Aires y la conquista se da por efectiva en zonas muy alejadas de ese cableado. Asimismo, los fusiles fueron sobredimensionados en su eficacia. La valoración de estas armas es una operación posterior y el grueso de los muertos en combate se mide en la lucha contra el indio desde los años '70 al '900 y no en la breve expedición al Río Negro que duró pocos meses y no presentó casi combates. La única columna expedicionaria que sufrió verdaderamente reveses fue la IV columna dirigida por Uniburu que tuvo muertos, luchas cuerpo a cuerpo, enfrentamientos y que expedicionó con 12 a 15 grados bajo cero. En el resto de las columnas muchos de los combates se llevaron a cabo con sable, con cuchillos y en la lucha cuerpo a cuerpo porque el

³³² LUPU, Remigio (1938), *La conquista del desierto. Crónicas enviadas al diario "La Pampa" desde el Cuartel General de la Expedición de 1879*. Con prólogo de Bartolomé Galíndez. Buenos Aires, Editorial Freeland, 1968. Pág. 106.

³³³ Véase LANDINI, Enrique "Las armas de los expedicionarios" en *Todo es Historia*, Nro. 144. Buenos Aires, 1979 y SIEGRIST DE GENTILE, Nora y MARTÍN, María Haydeé, *Geopolítica, ciencia y técnica a través de la Campaña del Desierto*. Buenos Aires, Eudeba, 1981.

³³⁴ Estos fusiles se cargaban por la recámara y fueron inventados por el ingeniero norteamericano P. Remington (1816-1889) quien fue también el inventor de la máquina de escribir que lleva su nombre.

número de *Remington* no fue suficiente para ser repartido entre todos los soldados de todas las columnas del Ejército sino sólo en las dos primeras y porque justamente en la primera casi no hubo combates. Lo que se denominó “éxito”, en realidad, fue el hecho de que se llevó adelante una guerra que ya estaba prácticamente ganada con las batallas previas a la muerte de Callvucurá en 1873. *A posteriori* de ésta y con la desarticulación de los dominios del poderoso cacique salinero, sumado a la capacidad estratégica de los blancos de interceptar a los indios en sus rutas económicas e impedirles el arreo de ganado a Chile el aniquilamiento de las tribus fue corrosivo y paulatino y la incorporación -en su última fase- de armas modernas sólo confirmó la efectividad de las acciones previas.”³³⁵

En realidad el gran acierto de aquella campaña consistió en modificar los sistemas de movilidad. Los caballos: su alimentación, su crianza, todos sus cuidados eran tanto o más importantes que las armas. Porque eran los caballos los que permitían combatir a un enemigo nómada y con estrategias de combate propias de los pueblos que se desplazan. Los caballos eran, además, muy útiles para transportar todos los materiales propios de un ejército.³³⁶

³³⁵ El teniente Scunio escribió al respecto: “Aparecía en los campos de batalla argentinos un arma que haciendo desaparecer al anticuado fusil de chispa o de postón podía practicar tiro a tiro 6 disparos por minuto a mil metros de distancia. Su alcance eficaz estaba dentro de los 300 metros pero esa distancia alcanzaba y sobraba para deshacer la carga del enemigo. Las 50.000 *Remington* que se compraron entre la fecha de su aparición y 1896 revolucionaron el combate en estas tierras, pero desde el punto de vista del soldado de primera línea, esa no fue una buena compra. Porque cualquier tirador hubiera preferido el *Winchester* calibre 44 muy en boga por ese entonces en los Estados Unidos, el cual a la vez que poseía una mayor velocidad de fuego, permitía con un rápido golpe de manivela volver a tirar contra un enemigo que hubiese llegado a menos de un metro de distancia. Ello no era posible con el *Remington* que debía ser manipulado de tal forma que no podía ser usado en un entrevero. Y tan es así que la conocida frase “se le fue al humo” comenzó a ser usada en esos tiempos. Si el disparador no había hecho impacto en el blanco, el tirador ya sabía que el problema no sería solucionado a tiros y también sabía que su contrincante aparecería, lanza o cuchillo en mano, a través de la enorme nube de humos que esa pólvora negra causaba al deflagrar, buscando matarlo. La experiencia recogida en los años siguientes hizo notar que después del último disparo y con el enemigo a tres metros lo mejor era arrojarlo lejos y tirar de la espalda.” (SCUNIO, Teniente Coronel Alberto D. H., *Del Río IV al Lima Leuvú*. Círculo Militar, 1980, pág. 88).

³³⁶ Kepies, bombachas de paño, camisetas, pantalones, blusas, y chaquetillas de brin, pantalones, polainas, camisas de lienzo, calzoncillos, ponchos, mantas, zapatos, botas, capotes. También bayonetas, carabinas, *remington*, sables, machetes, cartuchos metálicos, municiones, cananas, cinturones, porta machetes, porta carabinas, fundas, tiros de sable, bandoleras, dragones, destornilladores, baja muelles, cajas de guerra. Así también monturas completas, bozales, maneas, marcadores, trabas, caramañolas, baldes, maletas, morrales, cangallas, carpas para jefe, oficiales, tropa, instrumentos de música, cometas, clarines, cañones con cajas con municiones, fuelle y sus útiles, bigamias, tomos completos. Además útiles de carpintería; botica, forraje y servicio de hospital: botiquín y medicamentos (Tales habían sido los enseres de la división Carhué, por ejemplo. Véase ALSINA, Adolfo, *La nueva línea de frontera. Memoria especial del Ministerio de Guerra y Marina*. Año 1877. Buenos Aires, Eudeba, 1977).

El científico Adolfo Doering tenía siempre los mejores caballos para la marcha por “el sistema antirrepublicano de una no despreciable propina, repartida de vez en cuando entre los atentos veteranos cuidadores de la comitiva caballar”³³⁷ La crónica periodística de Remigio Lupo ponía, una vez más, color al relato de un ejército de hombres a caballo:

“ En Nievas trajeron los caballos para los viajeros y como es muy natural en casos como éste, en que se trataba de darles caballos a personas que tal vez muy pocas veces en su vida habían cabalgado, debió dárseles caballos mansos, trajeron una caballada, no arisca, sino sumamente arisca y ahí tiene usted a nuestros naturalistas, clérigos, particulares, y en fin, a todo el mundo, encomendándose al santo de su devoción para que los sacase bien de tan apurado trance, y pidiendo al cielo, calmase la fogosidad de aquellos brutos. Unos fueron felices, pero otros no (...) Esto sucedía por un lado, por otro veíase a un naturalista volar arrojado por su indómito corcel, volver a montar, volver a caer, y de esta manera recibir cuatro golpes consecutivos. Por allá se vio que también tomaba lecciones de vuelo uno de los sacerdotes, por acá un caballo arrastraba a un soldado, y para completar este cuadro nada alegre, después de mil incidentes de este género, un infeliz soldado que montaba uno de los caballos que tiraba del carro de los naturalistas, cayó a tierra pasándole una de las ruedas por el pecho.”³³⁸

El relato heroico por antonomasia es el de la Jornada del 25 de mayo de 1879, en la que se celebró la ocupación de la nueva línea de frontera. Todas las descripciones ofrecen la imagen de la isla de Choele Choel en la que un ejército nacional, cohesionado y patriótico festejaba la conquista territorial con una *Tedeum* solemne celebrado por el Provisor del Arzobispado. A esta ceremonia asistieron el Estado Mayor de la Primera columna expedicionaria, el Comandante Guerrico y sus hombres que por mar habían llegado en un bote (porque su vapor había quedado encallado), todos los cuerpos de especialistas y todas las divisiones de soldados en una formación “de parada”.

“Choele- Choel, 25 de mayo de 1879. La diana a las 6 a.m. precedió al solemne saludo militar rendido al sol naciente de este día que marca la más gloriosa efemérides de los argentinos. Las salvas y las melodías agitando hoy el espacio en la orilla del río Negro

³³⁷ DOERING, Adolfo y LORENTZ, Pablo, *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*, Buenos Aires Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca. 1939. Pág. 33.

³³⁸ Lupo, op. cit. pág. 75.

han sido más que una conmemoración, la continuidad o repercusión de los himnos del gran día de 1810. Este día de Choele-Choel es digno día siguiente de aquel: porque inaugurar el dominio de la civilización aquí donde la barbarie ha reinado tres siglos, es lo que verdaderamente puede llamarse “continuación de la tarea principiada el 25 de mayo de 1810”. Fuimos entonces libres e independientes, damos ahora el paso más trascendental de nuestra soberanía adquirida.”³³⁹

La prosa festiva y triunfante ensayada por el topógrafo oficial también se lee en la *Memoria Militar* de Racedo y en los telegramas de Roca quien hacía llegar al ministro de guerra interino un parte telegráfico en el que comunicaba la llegada al río Negro.

“Hoy hemos tenido *Tedeum* en acción de gracias al Todo Poderoso por el éxito feliz de nuestra campaña. El provisor Espinosa celebró la misa, habiendo levantado el altar en una hermosa llanura a orillas del río Negro, delante de todos los cuerpos formados con sus armas. El espectáculo ha sido imponente y le aseguro que en tiempo alguno me he sentido con mayor recogimiento. En ninguna parte se siente uno más cerca de Dios como en el desierto.”³⁴⁰

Y también en las crónicas de Lupo, quien para la oportunidad, prescinde de su humor e ironías:

“Las salvas han atronado los aires y los vítores del ejército se han elevado hasta el trono de Dios, como dándole gracias por el beneficio de habernos permitido llegar hasta aquí con toda felicidad, para elevar el estandarte de la civilización, legando a la riqueza pública una extensísima zona que encierra en sus entrañas imponderables riquezas.”³⁴¹

Asesorado por los ingenieros de su comitiva, Roca ordenó levantar un pueblo, al que llamaría Avellaneda, a orillas del Río Negro.

En rigor, a Choele Choel sólo había llegado una vanguardia muy pequeña del ejército completo por falta de víveres y de capacidad de movilización. Y el pueblo de Avellaneda no se pudo construir porque la zona era inundable y efectivamente se inundó estando todavía allí los soldados en campaña. En el revés de la trama, en la minucia que se pierde en un entramado mayor y por supuesto, en la entrelínea aparecen referencias que intentaban conjurar los reveses de aquella festividad. Luego de aquel 25 de mayo el Ejército quedó inundado en el valle de

³³⁹ Olascoaga, Manuel, op. cit. pág. 203. Esta serie, propuesta por Olascoaga: 1810-1879 es la que retomará Juan Carlos Walther en su investigación

³⁴⁰ *La América del Sud*, el 10 de junio de 1879.

³⁴¹ Lupo, op. cit. pág. 129.

Choele Choel y los fortines instalados entre agosto del '79 y mayo del '80 se descuidaron por la revolución de Tejedor (entre junio y septiembre del 80).³⁴²

Manuel Prado titula uno de sus relatos "Choele- Choel. Escenas de la Inundación" Y cuenta cómo "el dicho de un indio que pretendía rebatir la ciencia de un ingeniero" alertaba sobre lo anegadizo del terreno:

"Una mañana cuando un grupo de oficiales nos entreteníamos calculando sobre el porvenir de aquel pueblo que habíamos demarcado o visto demarcar, un indio viejo se acercó a nosotros y en su media lengua nos hizo comprender que todo aquello que pisábamos, el suelo, el campamento entero, no tardaría en ser la sepultura del ejército. Dijo que hacía veinte años merodeaba por aquellos lugares y que siempre aquel río tan manso, tan claro, había tenido arrebatos de cólera terribles. (...) No hicimos caso"³⁴³

El relato de Prado es desolador porque refiere un campamento anegado sin comida y sin posibilidades de movilizarse. Quemaban los ranchos de los oficiales para hacer balsas y fogones. Se moría la caballada, faltó sal y tuvieron frío. En la descripción cada elemento va resultando funcional para mostrar el temple de Villegas y sus hombres quienes abandonados por el Estado argentino seguían adelante. El relato trataba de recuperar la abnegación de aquellos hombres y de darles un lugar que no tendrían en los años subsiguientes en los archivos del ejército porque contar aquella abnegación hubiera significado también referir una derrota. Sobre todo cuando las voces de Buenos Aires resultaban implacables. Sarmiento en *El Nacional* escribía: "Lindos los generalitos del día, que dejan todo un ejército sobre las resacas del caudaloso Río Negro á merced y capricho de las olas".³⁴⁴

Pero así como Prado usa el relato de la inundación para denunciar el abandono al Ejército por parte del Estado, José Daza lo usa para comparar la hidalguía del viejo ejército -el que aparecía en esa jornada como disciplinado, sobrio, resistente, un ejército que tenía arrojo y bravura más allá de todo peligro- con el ejército modernizado cuyas destrezas eran otras.

"Si comparamos la vieja escuela con la moderna, francamente, debemos confesar, a pesar nuestro, que con las innovaciones introducidas, por más alemanas que ellas sean, no ha adelantado gran cosa la caballería con *carrouseles* ni corridas de zorro, instrucción

³⁴² AUZÁ, Néstor, "La ocupación del espacio vacío: de la frontera interior a la frontera exterior. 1876-1910" en Ferrari, G y Gallo, E. (Compiladores) *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1980.

³⁴³ Prado, op. cit. pág. 100.

³⁴⁴ Daza, José, *Episodios militares*. Buenos Aires, Imprenta de Vicente Daroqui, 1908. Pág. 151.

exótica que está reñida con nuestra idiosincrasia. ¿Aguantaría el ejército moderno, veinte tantos días, alimentándose con una cuarta parte de mal racionamiento, y a veces sin él; durmiendo al aire libre en el barro y agua en el mes de junio?”³⁴⁵

Manuel Prado escribía desolado –aunque buscando ecuanimidad: “Yo no dudo de la ciencia del ingeniero que nos encajó en el valle, pero tampoco creo que fue justo reírse de los indios que nos aconsejaban no poblar allí.”³⁴⁶

La conquista del Lejano Oeste norteamericano y la conquista del Desierto argentino

En 1893 y con motivo de la inauguración de la *Chicago's World's Columbian Exposition*, el historiador Frederick Jason Turner (1861-1932) pronunció ante la *American Historical Association* una conferencia titulada: “El significado de la frontera en la historia norteamericana”. Sus hipótesis no fueron tan novedosas, como señaló Hebe Clementi pero fue “el primero en ofrecer un cuadro coherente, en dibujar una hipótesis de estructura histórica y desarrollarla, con tal seducción y solidez, que cautivó por largo tiempo a toda la escuela norteamericana”.³⁴⁷

Según sus hipótesis la conquista norteamericana del oeste consistió en una emigración vigorosa de este a oeste y la frontera como espacio social, político y económico jugaba en este desplazamiento un rol crucial.³⁴⁸ Turner explicaba que esa emigración fue posible por la existencia de tierras libres y que las instituciones norteamericanas se fueron adaptando paulatinamente a los cambios de ese pueblo en expansión. El historiador diferenciaba además entre la línea de frontera norteamericana y la europea porque no se trataba de una línea fortificada sobre poblaciones sino de un área de imprecisa penetración, escasamente habitada y controlada. Por eso estudió las distintas fases en la historia de la frontera. Desde el siglo XVII diversas fronteras con sus estilos característicos habían ido delimitando el territorio e incluso, señala Turner “el carácter del individuo norteamericano”. Varios tipos de pioneros le habían imprimido un estilo específico: el pionero, el traficante con los indios, el trampero, el rancharo, el labriego, el soldado de frontera, y finalmente el poblador semi-urbano.

³⁴⁵ Daza, op. cit., pág. 151.

³⁴⁶ Prado, op. cit. pág. 107.

³⁴⁷ CLEMENTI, Hebe, *F. J. Turner*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.

³⁴⁸ Algunos especialistas señalaron que las hipótesis de Turner fueron funcionales a las ideas expansionistas con las cuales estaban comprometidas grandes fuerzas financieras y políticas norteamericanas.

Unos años antes, Alexis de Tocqueville (1805-1859) señalaba lo que creía era uno de los problemas más acuciantes del poblamiento de la tierra en los Estados de la Unión: el nomadismo aborigen.

“Para lograr civilizar un pueblo es necesario ante todo obtener que se fije, y no podría hacerlo sin cultivar el suelo. Se trataba pues, primero de hacer a los indios cultivadores. No solamente los indios no tienen ese preliminar indispensable de la civilización sino que les es muy difícil adquirirlo.”³⁴⁹

A su vez el historiador francés consideraba que el mestizaje era el camino para unir civilización y barbarie.

Se presentan así una serie de diferencias a la hora de comparar las dos fronteras: la argentina y la norteamericana. En primer lugar, la extensión de la línea de frontera en la Argentina tiene un marcado carácter militar porque los civiles sólo cumplieron en las expediciones papeles acotados o subordinados a las decisiones del Ejército. En segundo lugar, el poblamiento es una fase que queda incompleta: a la conquista militar y a la apropiación de las rutas económicas de los indios no le siguió la toma efectiva de las tierras. Gran parte de ellas entraron en el circuito de la especulación, no se parcelaron de manera distributiva sino que se hicieron regalos de la tierra pública a algunos de los expedicionarios y sobre todo a los especuladores que sin haber concurrido siquiera a las expediciones, en algunos casos sin conocerlas siquiera, las usaban para la especulación financiera más que para habitarlas o producirlas.³⁵⁰

³⁴⁹ TOCQUEVILLE, Alexis de, *La democracia en América*. Prefacio, Notas y bibliografía de J. P. Mayer. México, Fondo de Cultura Económica, 1957, pág. 346.

³⁵⁰ El reparto especulativo de las tierras se produjo por la aplicación de la ley 947 y se beneficiaron 391 personas con 8.548.817 hectáreas repartidas en La Pampa, Río Negro y Neuquén. La ley de remate público de diciembre de 1982 libró 5.473.033 hectáreas de tierras fiscales pampeanas y patagónicas, que fueron literalmente devoradas por los especuladores, y lo mismo ocurrió con las 820.305 hectáreas fiscales cuya propiedad reconoció a un escaso centenar y medio de particulares la ley 1552 de “derechos posesorios”. A su vez, la ley de premios militares de septiembre de 1885 libró a favor de 541 personas la cantidad de 4.679.510 hectáreas en La Pampa, Río Negro, Neuquén, Chubut, y Tierra del Fuego, lo que suma 19.621.665 hectáreas de tierras fiscales transferidas al dominio privado en el corto lapso de cinco años, sin el apoyo de una política de fomento y colonización. Según Jacinto Oddone (*La burguesía terrateniente argentina*) después de la *Conquista del Desierto*, 24 personas recibieron parcelas de entre 200 y 650 mil hectáreas. Sarmiento escribía en *El Censor*: “El pensamiento de un paseo en carruaje a través de La Pampa cuando no había en ella un solo indio fue un pretexto para levantar un empréstito enajenando la tierra fiscal a razón de 400 nacionales la legua, en cuya operación la nación ha perdido 250 millones de pesos oro, ganados por los Atalivas, Goyos, y otras estrellas del cielo del presidente Roca. Pero si se puede explicar, aún cuando no se justifique, esta medida antieconómica y ruinoso para el estado, por la famosa expedición al Desierto, después que ésta se realizó sin batallas ni pérdidas de

También hay que señalar que las expediciones se financiaron con bonos vendidos previamente. Tanto los que compraron los bonos como los que compraron tierras inmediatamente después, en realidad no sabían qué beneficios efectivos les iba a traer esa “inversión” porque a la mayor parte de las tierras no llegaba en ese entonces el ferrocarril, de modo que no estaba garantizada su productividad. Ahora bien, es cierto que la Conquista y la distribución de tierra a gran escala (muchas tierras para pocos dueños) puso en funcionamiento una política distributiva diferente a la realizada en el período previo: 1850-1880, (menos tierra para más dueños). Con esa distribución a gran escala – la decisión política del Estado argentino de darle a unos pocos la mayor parte de las tierras patagónicas- se clausuraba una política y comenzaba en la Argentina de entonces la etapa de los grandes terratenientes.³⁵¹

Ahora bien ¿cómo es la percepción de ese fenómeno norteamericano de poblamiento en los expedicionarios argentinos? Si bien las investigaciones históricas de Turner son posteriores a la expedición se tenía conocimiento de aquella avanzada territorial a través de los viajeros y por la obra de Tocqueville (*La democracia en América*) - muy leída en los círculos letrados de Buenos Aires-. Se sabía que ese país también realizaba una encarnizada tarea vinculada a la ampliación de la frontera. Una orden del día de Julio A. Roca fechada en abril de 1879 en el Campamento de Carhué menciona la Conquista del Oeste:

“Los Estados Unidos de Norteamérica, una de las más poderosas naciones de la tierra, no han podido, hasta ahora, dar solución a la cuestión de indios, ensayando todos los sistemas, gastando anualmente millones de dólares y empleando numerosos ejércitos: - vosotros vais a resolverla en el otro extremo de la América con un pequeño esfuerzo de gran valor.”³⁵²

Pero también se puede leer en el *Estudio Topográfico* de Olascoaga:

“Algunas veces se ha comparado nuestra cuestión de indios con la de la misma clase de los Estados Unidos de Norteamérica, recomendando la facilidad y eficacia con que los americanos del Norte manejaban sus poblaciones indígenas y extendían las de la

ningún género para el gobierno, no hay razón para que tal motivo continúe hoy abierto. Es necesario llamar a cuentas al presidente (...)” (diciembre, 8 de 1885). Véase PAEZ, Jorge, *La conquista del desierto*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970, pág. 111 y MALLO, Silvia “¿Quién se quedó con el desierto?” en *Todo es Historia*, Nro. 144. Buenos Aires, 1979.

³⁵¹ HORA, Roy. *Los terratenientes de la pampa Argentina. Una historia social y política, 1860-1945*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana, 2005.

³⁵² Incluida por Manuel Olascoaga en el *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro*.

civilización sobre ellas sin más trabajo que los primeros esfuerzos de ocupación. Otro tanto habríamos realizado nosotros en cuantas campañas hemos hechos sobre los indios y en cuantos arreglos pacíficos les hemos concedido con grandes ventajas, si no se hubiera tratado más que de vencer sus propios elementos de resistencia, o de contentarlos a ellos sólo. Los americanos del Norte no habrían tampoco afianzado tan pronto sus posiciones conquistadas si sus indios hubieran tenido refugio seguro, estímulo del pillaje y protección decidida en las fronteras del Canadá, como los nuestros en las fronteras de Chile; si sus principales caciques hubiesen sido lores ingleses, como algunos de los nuestros eran personajes de ultra cordillera. Para establecer en su verdadero punto de vista las diferencias entre las condiciones de aquella guerra de indios y ésta, no hay sino que cotejar la contestación del Gobierno de Chile al reclamo de nuestro ministro doctor Goyena en 1876, con la declaración de principios aceptada y puesta en práctica por el gobierno del Canadá en el mismo año, con motivo del reclamo del Gobierno Americano por el refugio que tomaron dentro de la frontera inglesa las hordas de Sitting Bull, para continuar a mansalva sus pillajes. El gobierno chileno se negó a reprimir el comercio de nuestros indios ladrones en los pueblos del sur limítrofes de la Pampa y aun llegó a declarar que esos vándalos que huyendo de nuestra persecución llegaban a Chile, cargados de botín, eran personas hábiles para contratar y vender.”

La visión negativa de aquel acontecimiento que Roca concebía para arengar a su ejército no tenía correlato ni siquiera en las páginas oficiales de sus hombres más cercanos. Manuel Olascoaga no suscribía a los juicios del tucumano y acusaba otros resultados de esa forma de colonización territorial, al mismo tiempo que los adjudicaba claramente el fracaso de la propia colonización a un enemigo concreto.

CAPÍTULO V

Literatura del desierto. Topos y metáforas de la narrativa expedicionaria

“La cabaña del Tío Tom no hizo menos que cualquier debate parlamentario para que se precipitara la guerra civil estadounidense.”
Jerome Bruner

Este capítulo trabajará a partir de dos cuestiones que se desprenden del estudio de las obras que constituyen el corpus de la narrativa expedicionaria. La primera es la pregunta por la dimensión literaria; es decir, para describir la especificidad de las obras que conforman el corpus se hace necesario pensar en qué medida estas obras incursionan en formas de narrar y de describir que tienen relación con la literatura y -en particular- con la literatura argentina. La segunda se refiere a una puesta en secuencia del corpus. Y con respecto a este punto, a su vez, hay dos aspectos a tener en cuenta: el primero es el hecho de que estas obras retoman elementos de la tradición literaria argentina del siglo XIX. Presentaré esos elementos y las características de esa apropiación. El otro aspecto es el hecho de que esta escritura expedicionaria deja una herencia: lega algo a la literatura argentina de los siglos XX y XXI. En este caso la pregunta es en qué consiste ese aporte.

Como se ha podido observar el corpus contiene obras muy variadas que podrían seriarse no sólo con líneas de la literatura argentina decimonónica sino también con formas de escritura vinculadas a la tradición documentalista, a la narrativa de viaje, a la historiografía, al periodismo, a la crónica, entre otras. Sin embargo, me interesar hacer hincapié en lo específicamente literario.

El periodista Remigio Lupo en su crónica de la expedición para el diario *La Pampa*, el 13 de mayo de 1879, escribió:

“No tengo tiempo para describirle el bellísimo cuadro que ofrecía el ejército vadeando el río: el general acaba de dar la orden para que salga el chasque y le escribo en mi mesa escritorio, menos cómoda que la de un ministro pero sin embargo más grande, pues se extiende por toda la inmensa latitud de La Pampa: escribo en el suelo, colocando una

coronas sobre el pasto, las que reemplazan admirablemente a la más cuidada carpeta”³⁵³.

La referencia a la escena de redacción sintetiza una *performance* propia de un tipo de escritura de campaña. Se trataba de una tarea sin grandes pretensiones literarias, escrita en la premura de la marcha, atravesada por la necesidad de realizar el itinerario que de producir un hecho estético. Tenía los *tempos* de la expedición: para ella no había un gabinete, una habitación, un “cuarto propio”, un lugar interior, el escritorio de un ministro sino “toda al inmensa latitud de La Pampa”. Es cierto, de todos modos, que escribir en el suelo, entre el pasto, parece referir más la escritura de una crónica periodística que debe ser enviada prontamente para su publicación inmediata, que la de una obra científica o la de una memoria militar. Sin embargo, esa escritura *in situ*, esa forma de relato-durante, se encuentra en todas las obras expedicionarias, en algunos casos como un hecho efectivo y en otros como una artificio retórico. Lupo también señalaba más adelante “le escribo esto sobre el recado del caballo” (Lupo, 108) reforzando esa misma idea de una escritura producida en marcha y en el marco de un escenario agreste, ya sea porque se escribía sobre el recado -andando- o porque se lo hacía en uno de los altos o descansos en los que el recado se había quitado del caballo y se había colocado como mesa de escritura sobre el suelo patagónico, lo cual también imponía un ritmo porque esa colocación era temporaria: había luego que volver a colocar el recado sobre el caballo para seguir la marcha.

Ahora bien, escribir en el desierto o sobre él no implicaba para sus autores necesariamente un hecho literario. Las obras así lo atestiguan. Por ejemplo, José Daza transcribía en su prólogo las palabras de un amigo que le aconsejaba:

“Es bueno que reúna su trabajo y lo haga publicar en folleto, no porque tenga importancia desde el punto de vista literario, sino como episodios militares. No se cuide usted de los adjetivos, exponga los hechos con claridad y veracidad de manera que sirvan como datos si alguna vez se escribe la historia militar y la conquista del desierto.”³⁵⁴

³⁵³ LUPU, Remigio (1938), *La conquista del desierto. Crónicas enviadas al diario “La Pampa” desde el Cuartel General de la Expedición de 1879*. Con prólogo de Bartolomé Galíndez. Buenos Aires, Editorial Freeland, 1968. Pág. 107.

³⁵⁴ DAZA, José S., *Episodios militares*. Buenos Aires, Imprenta de Vicente Daroqui, 1908. Pág. 9.

El fragmento de Daza señala la distancia con la literatura, una distancia que refería más un respeto *-eso no es para nosotros-* que un desprecio. También indicaba la preferencia por las narraciones (episodios) por sobre las descripciones o las reflexiones de corte ensayístico y mostraba una concepción de la escritura como un mundo en el que la claridad y la veracidad estaban reñidas con la adjetivación. Por último, se trata de un material que se ofrecía más a la historiografía que a la literatura.

Unos treinta años antes de la *Conquista del Desierto*, se publicaba en Buenos Aires una obra que ofrecía también una escritura itinerante. Con un fin político, a través de la geografía argentina, *Campaña en el Ejército Grande* de Domingo F. Sarmiento de 1851, tenía un estatuto literario complejo, no sólo dentro de la obra del escritor sanjuanino sino también dentro del corpus de obras de la literatura argentina del siglo XIX. *Campaña en el Ejército Grande* se proponía describir la marcha del Ejército desde la provincia de Entre Ríos hasta la ciudad de Buenos Aires. En esa oportunidad Sarmiento había sido designado por Urquiza, teniente coronel y “boletínero del Ejército” cargo éste último que era ciertamente menor en relación con sus capacidades intelectuales y con el protagonismo que Sarmiento imaginaba para sí mismo en aquella marcha histórica cuyo fin era consumir la derrota definitiva de Rosas. Sin embargo, como testigo y actor de ese itinerario del Ejército, construyó, a través de una imprenta volante y de la redacción de sus Boletines, lo que luego sería una obra sobre la guerra y el ejército y sobre todo un relato autobiográfico porque entre esas redacciones de campaña y esos relatos de su relación con Urquiza, intentaba justificar su retiro contundente y definitivo de la nueva etapa que se iniciaba después de la Batalla de Caseros.³⁵⁵ Para Tulio Halperin Donghi, como documento y alegato, *Campaña en el Ejército Grande* resulta una pieza endeble.³⁵⁶ Pero es en esos géneros –ensayo político, memoria militar– donde perdía lo que ganaba como relato literario. La edición a partir de materiales tan heterogéneos: fragmentos de cartas, boletines, comentarios sobre la marcha y sus avenencias y desavenencias, relatos personales y relatos públicos configuraba la mirada de alguien que formaba parte de un Ejército en marcha y medía las posibilidades de una guerra poniendo en tela de juicio las acciones del Ejército.

³⁵⁵ Sobre cómo las formas bélicas, económicas y políticas están imbricadas en el discurso sarmientino véase SCAVINO, Dardo, *Barcos sobre la pampa. Las formas de la guerra en Sarmiento*. Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1993, en particular el capítulo V: “Economía de Guerra”.

³⁵⁶ “En esa hora solemne parecía absurdo reparar tan largamente en la irascibilidad del perro guardián del General Urquiza, o en el estilo de sonreír del propio General, que no auguraba nada bueno”. (Tulio Halperin Donghi, “Prólogo” a *Campaña en el Ejército Grande*. Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998).

“Cruzaba su escuadrón (se refiere al del mayor Recabarren) una llanura bien nivelada y el coronel Granada exclamó: ¡qué campo tan bueno para una batalla!

–Mejor está, Coronel, contestóle el socarrón sanjuanino, ¡para una sementera de trigo! Rieron todos del chiste del agricultor y sin embargo ¡qué reproche encerraba ese dicho, contra aquella vida improductiva, contra aquellos ejércitos destructores, contra aquella eterna plaga que había ya desolado la Banda Oriental!”³⁵⁷

De expedicionarios a escritores. La conversión de la experiencia en literatura.

“¿Cuándo nuestros escritores militares contarán al pueblo la historia del viejo fortín más humilde, que habla más alto sobre el cumplimiento del deber que muchas batallas de las que nos enorgullecemos? Los veteranos de las fronteras son para mí los verdaderos descendientes de los veteranos de la Independencia.”

Francisco P. Moreno

“Los lectores de la historia militar son muy numerosos, tanto en la milicia como en la clase civil, pero muchos la leen como si fuera una novela (...). Exigen un punto de vista conforme con la narración y siguen en todo las opiniones del historiador.”

Edward Hamley

Como he mostrado en capítulos anteriores, la escritura expedicionaria de la *Conquista del Desierto* se debate entre una primera persona experiencial y una voz institucional estatal. El vaivén entre lo intimista y lo público ofrece un relato intenso sobre la guerra de frontera. Ahora bien la pregunta es ¿ofrece ese cruce una impronta literaria?

En el epígrafe de este apartado, Francisco Moreno expresa mejor que nadie una propuesta literaria: la importancia de las historias de “viejos fortines” por sobre las batallas: he ahí el género enunciado en su expresión menos ambiciosa y más exacta. Un tipo de escritura que sólo podrán realizar los expedicionarios porque si bien ella puede abreviar en la rica literatura de frontera que la precede, sólo la experiencia del fortín la legitima. Moreno, sin embargo, agregaba algo más: esa escritura no sólo deberá estar escrita por expedicionarios sino también por quienes –tal vez en el mismo acto de la escritura- se constituirán como “descendientes de los veteranos de la Independencia”.³⁵⁸ De modo que en esos relatos de

³⁵⁷ SARMIENTO, Domingo Faustino, *Campaña en el Ejército Grande*. Buenos Aires, Jackson. Tomos I, s-f. Pág. 108.

³⁵⁸ Ya he referido la necesidad –tanto en las obras del corpus de esta investigación como en los estudios que *a posteriori* se han hecho sobre la Conquista del Desierto- de establecer la relación entre la conquista

fogón puede jugarse también la pertenencia al acontecimiento histórico o aún más: a un conjunto prestigioso de héroes patrios.³⁵⁹

“¿Cuándo tendremos el libro anecdótico que describa al “milico” desde aquel recordado por el pincel de Blanes, soldado improvisado, que perdida una pierna por una bala de cañón durante la primera invasión inglesa, corta con su cuchillo el guiñapo que aún la adhiere al cuerpo, ata al muñon su raída camisa y se arrastra con el arma para no perder su sitio en la fila diezmada, hasta aquel “destinado” que, en la lucha fratricida del Parque, cae con la boca, la lengua y la nariz destrozadas por la metralla, y que al levantarlo y preguntarle lo que siente, garabatea: “Nada, póngale una corona de flores por mi cuenta a mi capitán” el que yacía muerto a su lado. Qué fieles eran aquellos hombres cuyas fechorías, si ellas eran la causa de su “destino”, fueron luego más que compensadas con tanta hombría, tanto afecto, tanta gloria. Tema es este éste que me devora cuando vuelvo al pasado y miro aquellos veteranos que ya no tendremos, aquella tan bien calificada “carne de cañón” y que fue también carne de lanza, de boleadora y de facón.”³⁶⁰

En la ensoñación del legendario explorador podemos encontrar la añoranza de un tipo de relato que no se había producido en la Argentina, pero para el que Moreno había encontrado una fórmula: anécdotas de milicos. En esa fórmula resuena la descripción de una heroicidad primaria, auténtica y conmovedora más asociada al relato de aventura que el sonoro relato épico.³⁶¹

Sin embargo, si bien no proliferaron los anecdotarios militares, podemos encontrar en todos los textos de este corpus, relatos contruidos a partir de estas instrucciones de escritura en las que no sólo no eran necesarias las pretensiones literarias sino tampoco la búsqueda de lectores que no fueran los propios militares. Sin embargo, los escritos iban siempre más allá de la charretera: no se jugaba una legitimidad por la pertenencia a los cuadros altos e ilustrados sino por la capacidad de entretener y de encontrar sabor a las historias.

territorial del siglo XIX y la gesta de la independencia. Dichos énfasis remiten a que esa secuencialización no era tan evidente.

³⁵⁹ “Ningún género histórico fascina tanto como el militar” señalaba el manual de guerra de Hamley en 1866.

³⁶⁰ Véase *Reminiscencias del Perito Moreno*. Versión propia recopilada por Eduardo V. Moreno. Buenos Aires, El elefante Blanco, 1997. pág. 18

³⁶¹ Félix Luna, en *Soy Roca*, hace decir a su protagonista -cuando menciona la *Conquista de Quince Mil Leguas-* que, en el título del libro de Zeballos, resuena la novela de aventuras, lo cual juzga como un acierto. Pág. 137.

José Daza hablaba de “una epopeya de proezas en la historia militar, de cuyos relatos sólo conocemos una parte, escritos bajo el severo tecnicismo del soldado, quedando reservado el resto, por consiguiente, para los historiadores, quienes más tarde, y tal vez en épicos poemas, nos harán conocer interesantes episodios. Mientras tanto nosotros, aunque sea a la ligera, seguiremos refiriendo algo de lo que hemos visto, como testigos y actores”.³⁶²

Ignacio Fotheringham sugería “no buscar frases aceitadas, escribir para los milicos”³⁶³, apostando de alguna manera, a una escritura que -por prescindir de la literatura (entendida como “frases aceitadas”)- no iba a perder su fuerza expresiva. Al mismo tiempo, en el adjetivo despectivo de su comentario, debe leerse -como en el párrafo anteriormente citado de Daza-, no un juicio negativo hacia la literatura, sino el reconocimiento a aquello que se consideraba como tal y de lo que había que tomar distancia y mostrar respeto. Se trataba además de relatos de militares que necesitaban recordar “On ne tue pas les idéés pero tampoco los recuerdos” escribía Fotheringham. En este sentido, el uso de la primera persona remitía a la autoridad de quien sólo escribía sobre lo que había visto. Por un lado, está la preocupación por tomar la debida distancia de “lo literario” pero al mismo tiempo esa primera persona era la que abría el campo de la escritura literaria: el yo del relato de aventuras o de reminiscencias melancólicas.

Ahora bien, con respecto a la descripción de la marcha expedicionaria misma, la elocuencia de Lupo no tuvo igual. La ecuación del cronista de *La Pampa* era que a menos escritura mejor iba la marcha. Lupo señalaba -como índice- la ausencia de materia narrativa:

“Médano Colorado, mayo de 1879. Señor Director de “La Pampa”: No es ésta una correspondencia. Es apenas una copia de los apuntes de mi diario de viaje, porque no tengo tiempo para más, ni el asunto se presta. Le aseguro a usted que es para desesperar a un corresponsal, la carencia absoluta de novedades dignas de especial mención, para matizar sus cartas, porque la columna expedicionaria marcha sin encontrar a su paso el menor tropiezo. (...) Hemos marchado una tras otra muchas leguas, pero sin ver nada y sin que nada ocurra digno de ser mencionado.”³⁶⁴

Unas páginas más adelante, explica la relación entre su arte: el de escribir y el del fotógrafo Pozzo: “A los corresponsales no nos incluyeron en el estado mayor, porque nosotros

³⁶² Daza, op. cit., pág. 126.

³⁶³ FOTHERINGHAM, Ignacio H, (1908) *La vida de un soldado o reminiscencias de las fronteras*. Buenos Aires, Biblioteca del Oficial, Círculo Militar, 1970, pág. 460.

³⁶⁴ Lupo, op.cit. pág. 103.

a nuestro turno somos retratistas de pluma y lápiz que sacamos fotografía de correspondencia para los diarios”³⁶⁵ En su crónica del 15 de mayo de 1879, el joven cronista cuenta:

“Esta vez nos detuvimos a pedido del fotógrafo Pozo. La naturaleza le había encantado con su belleza, como nos había encantado a todos nosotros. Teníamos por delante una extensa y luminosa planicie formada por el valle del río, al que limitaban agrestes colinas cubiertas por un manto de esmeralda. Pozo intercedió con el general para que le permitiese sacar una fotografía de aquel panorama y del ejército en la posición que llevaba y fue concedido. Y se le concedió más, se le concedió el mando del ejército, la facultad de dictarles sus órdenes. Pero fue por breves momentos. Era necesario colocar las fuerzas según conviniese, y nadie podía hacerlo mejor que Pozzo. Con un trompa a su lado, expedía las órdenes. Esto fue materia de algunas bromas que fueron aceptadas tal como debían ser. A las 11.40 la fotografía estaba sacada.”³⁶⁶

La escena ilustra de modo humorístico dos órdenes claros y diferenciados: por un lado el panorama de la bella naturaleza y de las fuerzas militares y por el otro, la conveniencia de colocar en una determinada disposición escénica aquello que iba a ser fotografiado para que la ecuación naturaleza-ejército resultara efectiva, aquí además la “pose” del Ejército resultaba crucial. Es decir un orden de lo real y un orden de la representación. Pero además, con la explicación, Lupo revestía su tarea de un reconocimiento que era concedido al retrato fotográfico (muy en boga por entonces en la ciudad, en donde las fotografías individuales y colectivas se realizaban en prestigiosos estudios céntricos).

Sin embargo, el intento por emular a la literatura exigía aún algo más: estaba dado por la impronta autobiográfica que exigía a los escritores la construcción de un personaje y de una trama narrativa para constituir el entramado autoexperiencial. Ciertas prerrogativas del género relato de viaje atravesaban transversalmente todas las obras: el debate entre lo que se traía y lo que se encontraba, la necesidad testimonial, los recursos para explicar lo nuevo entre los que se destacaba la analogía. Al mismo tiempo, hay que tener en cuenta que se trata de un corpus que pertenece a una tradición documentalista que se inicia con Félix de Azara en el Virreinato del Río de la Plata.

Tal es el caso de las obras científicas -ademanos literarios incluidos- que podrían serse en esa línea. En estas últimas encontramos un grado importante de superposición,

³⁶⁵ Lupo, op. cit, pág. 105.

³⁶⁶ Lupo, op.cit., pág. 109.

fragmentación, no publicación, repetición, sobreposición, falta de sistematización. Esto se debe –como ya lo he señalado– a un tipo de circulación específica de las obras y de las diversas intervenciones públicas de sus autores. Por ejemplo, la participación en sociedades científicas explica las repeticiones porque un mismo escrito podía servir para ser leído y-o publicado en distintos lugares. Tal es el caso de Ramón Lista cuyo *Viaje al País de los Onas*, es publicado en el mismo año (1887) por la *Revista de la Sociedad Geográfica Argentina* (Tomo V, cuaderno 4, febrero-abril) y por el *Establecimiento Tipográfico de Alberto Nuñez*,³⁶⁷ En cuanto a los géneros del relato expedicionario científico: descripción geográfica, descripción física, diario, informe, carta, ellos no muestran pretensiones estéticas—por lo menos en las intenciones formuladas en los prólogos— aunque sí a veces en el interior de las obras. Ramón Lista escribe: “El lector no encontrará en él bellezas de dicción ni novelescas aventuras”³⁶⁸

La literatura está presente en el interior de las obras muchas veces como un espacio de referencia, más bien gratificante. Tal es el caso de ciertas escenas de lectura anotadas por Manuel Prado:

“Es preciso inventar algo que me librería del servicio y para ellos debía ingeniarme.

-¿Ha leído *Martín Fierro*, sargento?- le pregunté.

-Yo no. Pero me lo han leído.

-¿Quiere oírlo de nuevo?

-¿Para qué?... Si lo tengo aquí...

(...)

Pedí permiso, fui a mi carpa y de entre las coronas de la montura saqué un ejemplar de *Los doce pares de Francia* que conservaba desde el colegio donde lo hube como premio.

Volví al lado del sargento y empecé a leerle aquellas barrabasadas de Roldán y Oliverio, llenándolo de entusiasmo.

- Guapo el gringo ¿no?

- Sí, pero es cuento.

- No importa, ni aunque sea, me gusta por lo agalludo... A ver, siga.

Y entre mate y mate aquel viejo que había asistido a la epopeya del Paraguay escuchó sin bostezar el fabuloso relato, hasta que la diana vino a cortarlo, llamándonos a

³⁶⁷ Asimismo, la escritura en francés o las traducciones caracterizan los escritos científicos del corpus.

³⁶⁸ Ramón Lista, *Viaje al País de los Onas*. Tierra del Fuego. Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico de Alberto Nuñez, 1887. pág. 17

formar. Después de la lista me pidió que refinara el fin de aquellos héroes, y haciendo con la cabeza un significativo ademán, exclamó:

“¿Cuándo tendremos nosotros hombres de esos, eh?”³⁶⁹

El espectáculo Mansilla

David Viñas fue el primero que señaló el velado carácter literario de muchos de los libros que conforman la narrativa expedicionaria. Sugirió el “estilo parte de campaña” y al explicar cómo las obras evitaban la monumentalidad y el esencialismo propios de la generación romántica del ‘37 dijo que se producía un pasaje de una “historia de héroes” a “trabajos monográficos”.³⁷⁰ En el apartado “Mansilla, arquetipo del gentleman-militar (1870)” Viñas consideró la *Excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla como paradigma de relato sobre los indios en el momento previo a la culminación de la campaña de Roca. A partir de esa consideración que tomó de lo que llamaba “el discurso literario administrativo de la Argentina” analizó en qué consistía esa centralidad. Señaló que la amenidad de la obra estaba dada por la buena selección de núcleos dramáticos y por la organización certera de los incidentes; elementos que, sin embargo, en su lectura, consideró “lo secundario” puesto que reclamaba a la obra una mostración de la responsabilidad colectiva frente al exterminio de indios que la obra no ofrecía. Fue justamente en ese “escamoteo de los componentes críticos centrales” y en esa “exaltación de lo anecdótico y pintoresco” donde se definía -para el crítico argentino- la literatura de frontera.

Mansilla es, para Viñas, el arquetipo de los militares de la generación del ‘80 que tuvieron contacto con el indio y con el desierto. Estos militares fueron los autores del exterminio y al mismo tiempo ese contacto directo con los cuerpos aborígenes fue crucial en sus escrituras. Para describir el uso de la primera persona en Mansilla Viñas señaló que ésta se construía a partir del esbozo de un “biografismo de minucias, de puesta en relieve de *petit histoire* manipulando detalles, chismes, cotidianidades”.

³⁶⁹ Manuel Prado, op. cit., Pág. 63.

³⁷⁰ “Ni sacro ni intimidante, por lo tanto, Mansilla en torno al 1879, ya no ve los síntomas de la cultura como algo frontal, de pura fachada, si algo se impone como evidente en la *Excursión*...es su manejo del espacio en movilidad: primeros planos, cortes rápidos, *plonyés*, perfiles, tres cuartos, panorámicas, una comisura temblorosa, otro perfil, la nuca. La nuca rapada cubierta de diminutos agujeros como si hubiera sufrido un tiro de perdigones. No ya bocetos, ráfagas o esquicios como los otros hombres del 80. Su caja fotográfica -de la que habla con fervor- preanuncia una cámara cinematográfica. Y precisamente ahí, en ese pluralismo móvil, es donde reside el eje del peculiar laicismo de Mansilla” (*Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1982. Pág. 151).

En las obras expedicionarias del corpus de la *Conquista del Desierto*, el viaje de Mansilla así como su *Excursión a los indios ranqueles* fueron valorados como experiencias que representaban más al militar del desierto que al *dandy* urbano. Así aparece en los recuerdos de Manuel Prado y de José Daza:

“El general Mansilla, diputado, escritor, hombre de mundo, puede ser de primera fila en una sociedad como ésta de la capital, pero su condición, su espiritualidad, su figura más o menos apuesta o bizarra, no valdría gran cosa en el espíritu de aquella tropa que hacía prodigios en la frontera. Es preciso seguirlo en su excursión a los ranqueles, es preciso leer el relato que hace de ella a los soldados en el fogón, para oírlos exclamar: ¡Ese general!”³⁷¹

“El galano escritor de la “Excursión a los Ranqueles” puso a dura prueba su nunca discutido coraje –pero él consiguió por estos medios descorrer el velo de esas misteriosas zonas, yendo hasta donde tenían sus propias guaridas los sagaces caciques y nos relata en estilo recreativo no solamente los usos, costumbres y vida íntima del selvático indio, enriqueciendo e ilustrando con importantes nuevos datos geográficos que ignorábanse de esas lejanas comarcas.”³⁷²

La narración de la experiencia resulta clave en las páginas de Mansilla, no sólo porque aparece tematizada en el *vivac* y en los fogones pampeanos sino también porque es funcional a la estructura textual: las técnicas del folletín y las entregas periódicas al diario.

“El fogón es la delicia del pobre soldado, después de la fatiga. Alrededor de sus resplandores desaparecen las jerarquías militares. Jefes superiores y oficiales subalternos conversan fraternalmente y ríen a sus anchas. Y hasta los asistentes que cocinan el puchero y el asado, y los que ceban el mate, meten, de vez en cuando, su cuchara en la charla general, apoyando o contradiciendo a sus jefes y oficiales, diciendo alguna agudeza o alguna patochada.”³⁷³

En ese sentido el relato sobre el cabo Gómez –el soldado correntino que había estado en la Guerra del Paraguay, “la muerte de un vivo, la vida de un muerto” –, que se produce en el marco de un fogón responde a las dos exigencias: es un buen “relato de milicos” y está

³⁷¹ Manuel Prado, op. cit., pág. 78.

³⁷² José Daza, op. cit., pág. 180.

³⁷³ MANSILLA, Lucio Victorio, *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Colección Austral. Espasa Calpe, 1993. Capítulo V, pág. 159.

contado con suspenso para generar expectativas en el público lector de *La Tribuna*. Y las digresiones múltiples que caracterizan no sólo este relato sino toda la *Excursión...* definen un estilo que la prosa documental característica de la narrativa expedicionaria admira y busca para sí. “La digresión es subjetiva, veraz y novedosa, el lugar de encuentro de la cultura y los hechos, del narrador y su contexto, de la experiencia y lo nuevo”.³⁷⁴

Pero lo que el libro de Mansilla³⁷⁵ ofrecía, por sobre todo, era un uso efectivo y potente de la primera persona. Una primera persona que iba más allá de los géneros, que toleraba la hibridación genérica (novela, relato de viaje, crónica, autobiografía, memoria). Generales, coroneles y comandantes la van a imitar en su estilo. La escritura en primera persona –que también potenciaba, por entonces, el relato del gaucho Fierro y el de sus hijos– permitirá esa empatía entre los expedicionarios y Mansilla, el escritor militar. Sin embargo, hay una diferencia capital y ésta está dada por el uso que Mansilla hace de esa primera persona: “se mantendrá en los límites de lo ya conocido para volver a relatarlo de manera diferente”³⁷⁶. Uso que los expedicionarios –exceptuando tal vez a Moreno– no podían imitar porque como señala Cristina Iglesia “la expedición militar es desplazada por el placer del viaje”.

También en esos mismos años *Pablo ou la vie dans las pampas*, escrita en francés por Eduarda Mansilla, la hermana de Lucio Victorio, ofrecía una novela que transcurría en un escenario natural que si bien no tuvo el impacto de la *Excursión a los indios ranqueles* se sumaba a una serie de producciones que tematizaban la frontera. Ambas obras publicadas en los años de los acontecimientos que se relatan en esta investigación ofrecieron modelos de representación.³⁷⁷ La novela de Eduarda refería estancias federales invadidas por el malón, un ejército corrupto que barbarizaba las relaciones entre los habitantes del desierto, cautivas blancas que elegían vivir con los indios, desertores y gauchos malos que clamaban justicia,

³⁷⁴ Así lo señala Marcos Mayer en la “Introducción” a Mansilla, Lucio V. *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1993.

³⁷⁵ *Una excursión a los indios ranqueles* fue publicada primero en forma de cartas (68 y un epílogo) en el diario *La Tribuna* entre el 20 de mayo y el 7 de noviembre de 1870.

³⁷⁶ IGLESIA, Cristina, “El placer de los viajes. Notas sobre *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla”. En García Castañeda, Salvador (coordinador). *Literatura de Viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*. Madrid, Editorial Castalia. The Ohio State University, 1999. Véase también “Mejor se duerme en la pampa. Deseo y naturaleza en *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla” así como “Mansilla: Sueños y viglias”, ambos en *La violencia del azar*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

³⁷⁷ Graciela Batticuore describe la relación entre ambas obras de los hermanos Mansilla (Véase BATTICUORE, Graciela, *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires, Edhasa, 2005, en particular el capítulo IV: “La escritora como intérprete cultural. Eduarda Mansilla”)

mujeres víctimas y marginalizadas de la sociedad urbana y una ciudad ajena a tanta “maldición rural”.³⁷⁸

Entre *Pablo...* y la *Excursión* se observa una continuidad temática. Ahora bien, la novela de Eduarda mereció un comentario elogioso de su hermano y traductor, pero fue la novela de Lucio la que acaparó las miradas y comentarios de la crítica. Paul Groussac escribía:

“El libro, lleno de defectos o negligencias, será siempre leído y quedará, porque en él rebosa la savia enérgica de la vida, pero el autor vale más que su obra y necesitaría un destierro prolongado en algún comando de frontera para darnos la medida exacta de su talento.”³⁷⁹

El comentario señala –entre ironías– el valor que se le asignaba al tiempo libre de la experiencia *in situ* para producir un relato de frontera logrado.

Y Santiago Estrada escribía:

“Nada dice respecto del territorio, la historia natural ni la etnología de las vastas regiones que ha recorrido. Su libro refleja las impresiones de un turista lanzado en una aventura y buscando contrastes y afinidades entre su **espectáculo** (el énfasis es mío) y diversos elementos morales. Mansilla no penetró en las pampas deslumbrado. Sus ojos se habituaron a la oscuridad de la barbarie en la penumbra de nuestra civilización campesina y fronteriza.”³⁸⁰

Lo que le pedía Estrada a Mansilla era lo que esas páginas no le daban y representa el horizonte de expectativas epocales en torno a los relatos de frontera. Expectativas que encontraban más respuesta en la narrativa expedicionaria que en la *Excursión...*, porque sus obras sí describían el territorio, la historia natural y a los indios. Sin embargo, para los autores de la narrativa expedicionaria el “espectáculo Mansilla” tenía un valor modélico digno de imitarse y no siempre fácil de ser emulado.

³⁷⁸ TORRE, Claudia, “La pampa en francés. A propósito de *Pablo ou la vie dans les Pampas*”. Ponencia presentada en II Congreso Internacional “Literatura y Crítica cultural” Universidad de Buenos Aires, Centro Cultural Gral. San Martín, Buenos Aires, 1994.

³⁷⁹ Paul Groussac *La Tribuna*, 11 de noviembre de 1877, citado por ÁLZAGA, Enrique Williams, *La Pampa en la novela argentina*. Buenos Aires, Estrada editores, 1955. Pág. 187.

³⁸⁰ Santiago Estrada, *La Tribuna*, 7 de diciembre de 1870 citado por G. Batticuore, op. cit.

El western. *La conquista del Oeste y Pampa Bárbara.*

“Go west, young men, go west.”
Horace Greeley

A diferencia de la “marcha hacia el Oeste” de la conquista y colonización de la tierra en el siglo XIX en Estados Unidos, que dio lugar a una literatura de libros y filmes y a un género como el *western*, la *Conquista del Desierto* en la Argentina no produjo, en rigor, obras literarias con esas características.

Thomas Jefferson había concebido, en sus *Apuntes sobre Virginia*, al agricultor norteamericano independiente, racional y democrático que conquistaba con sacrificio el territorio. En la tradición de la literatura argentina, un tipo de “pastoral” como la que formaba parte de la tradición norteamericana consolidada a fines del siglo XVIII, sólo podía ser leída en un género vernáculo: la gauchesca.

Laura Malosetti Costa señala la ausencia del “desierto como paisaje” en la pintura argentina del siglo XIX y compara la *Conquista del Desierto* con el poblamiento de los Estados Unidos, en donde sí se dibujaron paisajes naturales para fomentar con ellos la apropiación de la tierra.³⁸¹ La investigadora adjudica esta ausencia en la Argentina, al “sello tan militar que no permitió la presencia de artistas en la expedición lo que hizo que la célebre obra del pintor Manuel Blanes solo construyera un desfile militar en un paisaje en el que el desierto está ocluido.” También Ángel Rama había señalado la impronta castrense que tiñó el poblamiento argentino: “La *Conquista del Desierto* en la Argentina sigue de cerca a la *Conquista del Oeste* en los Estados Unidos, pero la primera es llevada a cabo por los ejércitos y la oligarquía mientras que la segunda concedió una amplia parte a los esfuerzos de los inmigrantes, a los que tuvo que recompensar con propiedades. Este reconocimiento del esfuerzo individual, al margen y aún contra el poder del Estado, es el mismo que alimentó los mitos urbanos norteamericanos que se definieron en el “*self-made man*”.”³⁸²

No obstante, la idea de ofrecer un paisaje para conquistar y habitar no era ajena a la época en que se realizaba la Expedición de Roca. La propia *Conquista de Quince mil leguas* de

³⁸¹ MALOSETTI COSTA, Laura. *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001. Puede verse también “¿Un paisaje abstracto? Transformaciones en la percepción y representación visual del desierto argentino”. En *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Buenos Aires, Eudeba, 2005.

³⁸² RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*. Montevideo, Fundación Internacional Ángel Rama, 1984, pág. 84.

Estanislao Zeballos fue leída, según una nota del *Anuario Bibliográfico* de Navarro Viola, como un libro para la promoción de una tierra colonizable:

“Como la Unión americana, la República Argentina también posee un *far-west* que brinda al colono un pedazo de tierra para asentar sobre las ruinas de una antigua toldería su *blockhaus*, núcleo quizás de una ciudad futura.”³⁸³

Pero el gran interrogante sobre este corpus es por qué la Conquista del Desierto no produjo una obra o una serie literaria. Porque independientemente de su carácter marcadamente militar, las expediciones ofrecían un mundo de experiencias y anécdotas y, además, los motivos del desierto, el cautiverio, el encuentro con los indios y el viaje “tierra adentro” habían ya ofrecido motivos y líneas temáticas a obras que luego fueron clásicos de la literatura argentina. Recordemos también la cercanía de las publicaciones de *La ida* (1872) y *La Vuelta* (1878) de *Martín Fierro*, obras que tematizaban los problemas de la frontera, la conquista de la tierra, la vida rural y los avatares del ejército, por nombrar sólo algunos.³⁸⁴ Parece también ser una prerrogativa de los propios expedicionarios sin charretera no considerar la impronta literaria de los acontecimientos. “No se la juzgará digna de que un Homero la cante e inmortalice (se refiere a la Expedición del ‘79), pero no se le niegue tampoco el derecho de vivir en la memoria del ejército, ya que parece borrada de la imaginación del pueblo” escribía Manuel Prado.³⁸⁵

El *western*- el género que reunió historias de vaqueros- ofreció en Estados Unidos, una doble dimensión: la de lo histórico (lo factible) y la de lo mítico (lo fabuloso). Se contaba en esas historias la saga de los pioneros que habían poblado el Oeste y esa forma de poblamiento estaba asociada al mito nacionalista esencial de los Estados Unidos: la del hombre triunfador, individualista y práctico. El *western* -de impronta nacionalista, expansionista y también racista- permitió y permite al espectador un mecanismo de proyección e identificación a través de un

³⁸³ DE SAGASTIZÁBAL, Leandro, *Diseñar una nación. Un estudio sobre la edición en la Argentina del Siglo XIX*. Buenos Aires, Editorial Norma, 2002.

³⁸⁴ En su versión novelada de la biografía de Roca, Félix Luna imagina un general que, a pesar de que ve la necesidad de una escritura de los hechos no la va a realizar: “De sobre sabía yo que, terminada la Conquista, no tendría tiempo ni ganas de redactar mis propias *Bellum Galliae*, algunos de mis acompañantes escribieron crónicas y diarios de marcha que habrían de llenar esta omisión”. (LUNA, Félix, *Soy Roca*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1989, pág. 142).

³⁸⁵ PRADO, Manuel, *Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera*. Buenos Aires, Taurus, 2005. pág. 98.

conjunto de estructuras interpretativas, con tipos, definiciones y sistemas de valores.³⁸⁶ La mitología del *western* encontró, además a comienzos del siglo XX un medio de expresión como el cine que la narrativa expedicionaria argentina sólo hallaría muy tardíamente y con escasas producciones.³⁸⁷ El *Oeste* norteamericano – es decir, los desiertos de Oklahoma, Texas, Nuevo Méjico y Arizona- fue un espacio definible, conquistado por etapas sucesivas que habilitó la ensoñación del hombre nuevo en una tierra feliz y libre que no hacía otra cosa que referir los sueños épicos de Benjamín Franklin y de proyectar la figura de Theodor Roosevelt, el “presidente cow-boy” que, con sus chaquetas de montaña color sepia, montado sobre su caballo y mirando al horizonte reunía las dotes del político y del intelectual pero también las del hombre de acción y, sobre todo, las del aventurero-.

Ahora bien ¿por qué la *Conquista del Oeste* se fue convirtiendo en una materia propicia para la escenificación y la *Conquista del Desierto* tiene escasos relatos de militares? Tal vez sea porque la primera llega a consolidar el mito del pionero y la *Conquista del Desierto* queda a medio hacer. El *western* sostiene a rajatabla que el futuro está en el oeste, en la gran gesta de las praderas y que es ésta y no otra la epopeya nacional. Todos sus personajes –el explorador, el pionero-cultivador, el piel roja, el cazador o trampero, el colono, el negociante, el especulador y las mujeres así como las caravanas avanzando a través del desierto y la caballería norteamericana- contribuyeron a afianzar ese mito, así como los lugares arquetípicos en los que transcurren aquellas ficciones: el Saloon, la oficina del Sheriff, el banco, la estación de tren, el rancho o el hotel, las tolderías, los espacios abiertos, el desierto de rocas, los pueblos fantasmas.

Sin embargo, como en los *western*, la narrativa expedicionaria buscaba combatir en el desierto a los que estaban “fuera de la ley” y también, además, a los civilizados corruptos. Lo cual implica que había ocasión –en ambas narrativas- para afirmar indistintamente lo heroico y lo primitivo. El *western*, por su parte, debe mucho a la saga de Fenimore Cooper. El autor de *Los pioneros*, *El último de los mohicanos* y *La pradera* ofrecía en los años '30 del siglo XIX un ciclo con novelas de suspenso donde la pradera adquiría un valor simbólico. En la Argentina,

³⁸⁶ Sobre el *western* puede consultarse el trabajo de G.A. Astre y A.P. Hoarau, *El universo del western*. Madrid, Editorial Fundamentos, 1986 así como el de Philip French, *Westerns*. Buenos Aires, Ediciones Tres Tiempos, 1977.

³⁸⁷ El primer *western* cinematográfico es de 1894 y proponía una epopeya estilizada, significativa e idealista. La Compañía Essany de 1903 fue la primera productora de filmes del oeste. Aquellos primeros films debían mucho a la obra de Fenimore Cooper pero también a las “novelas de diez centavos” de las ediciones de Erastus Beadles & Co.

Sarmiento, un lector devoto de la saga de Cooper mencionaba su obra en el *Facundo* y encontraba -como el escritor norteamericano- una clave para sus relatos en la antítesis civilización-barbarie así como el debate entre el orden social y el derecho natural.³⁸⁸

Hay algo más en lo que coinciden ambas narrativas: en la representación tipificada de la figura del indio. En la Argentina el indio por antonomasia será el malonero salinero de las huestes de Callvucurá. Por su parte Cherokees, apaches, cheyennes y navajos aparecen plasmados en la imagen del sioux, que representa por antonomasia al Piel Roja.³⁸⁹ También en ambas narrativas se trabaja a los personajes en dos planos: los individuos (expedicionarios blancos y cow-boy) y los símbolos (maloneros o sioux). He ahí el esfuerzo de Alfred Ebelot que - para describir a los indios- evocaba las aguafuertes del acuarelista Callot. Una escritura que no colocaba a los indios sólo en el marco de una significación simbólica sino en un encuentro de individuos-personajes.

Pero el estatuto del indio en los relatos del *western* se presenta más dúctil. Se ha dado el caso de que dentro de las películas de un mismo director, tomemos como ejemplo a John Ford, el indio es funcional para exaltar las virtudes americanas tanto como para mostrarlas como ridículas. Sirve para escenas de persecución, de huida, de combates espectaculares y de paseos ecuestres. Con el correr de los años, hay que tener en cuenta que el *western* como producción cinematográfica ocupa prácticamente todo el siglo XX) la representación de los indios ha mostrado un proceso de simbolización mayor, en el sentido de que el universo de los aborígenes del oeste es el de una sabiduría milenaria que tiene mucho que enseñar al colono blanco. En la narrativa sobre el desierto no abundan los nombres propios de indios (sólo aparecen los de los caciques), ni sus acciones personales. Es el recurso literario de la tipificación -propio de la escuela naturalista de Zolá que se imponía en esos mismos años en

³⁸⁸ En este tipo de cruces puede leerse también la legendaria historia de *Butch Cassidy and the Sundance Kid*, los pistoleros norteamericanos del oeste que -ya civilizado- deja de ser un espacio para sus asaltos y desmanes. En 1900 llegan, junto con una mujer, a Buenos Aires y compran al Estado argentino, con nombres falsos, terrenos en Cholila (Provincia de Chubut) y se convierten en respetables ganaderos que viven en un rancho de troncos. La película sobre esta historia, estrenada en 1969, dirigida por George Roy Hill y protagonizada por Robert Redford, Paul Newman y Catherine Ross no está ambientada, sin embargo, en la Patagonia sino en Bolivia y no fue menos legendaria.

³⁸⁹ Desde 1830, año en que fueron deportados 100.000 cherokees a Oklahoma, se afianzó un proceso de exterminio e incursiones por asalto a las poblaciones aborígenes que se afianzó en las tres últimas décadas del siglo XIX. La caza de indios, las ejecuciones masivas fueron habituales y explican la legendaria frase de Sheridan de 1871 (atribuida a tantos otros) "El único indio bueno es el indio muerto".

las primeras novelas en Buenos Aires- la que contribuye a convertir a los indios argentinos en arquetipos funcionales.

Pero lo que más interesa –por lo menos para una puesta en comparación de ambas representaciones del poblamiento- es el estatuto simbólico conferido al *Oeste* norteamericano. El western era un enfrentamiento con el paisaje más que un enfrentamiento con el indio. Un paisaje que como el desierto argentino implicaba asombro, plenitud, inmensidad, incongruencia, melancolía y presentaba, según la tesis de Turner (quien tomaba distancia de la historiografía inglesa de la “escuela imperial”) un país que se modelaba con la experiencia de la frontera. El *Oeste* representa la fuerza, la practicidad, la alegría de la aventura, el individualismo y encarnaba, ciertamente todos los valores republicanos.³⁹⁰ El *Oeste* era, sobre todo, en la lógica de su representación, el espacio donde Estados Unidos se volvía a escribir y reinterpretaba su propio pasado.

Tal vez sea por esto: la visión intrínsecamente turneriana que han tenido los western (por lo menos hasta la década del '60) que las historias de la frontera se convirtieron en un mundo inmenso para narrar los ideales de una tierra prometida.³⁹¹ Mucho más que el hecho de que los pobladores no fueran militares. La representación del Oeste –abonada por la perspectiva de Turner- adquirió una dimensión nacional y nacionalista que la narrativa expedicionaria argentina a duras penas –a pesar de su andamiaje sarmientino- podía sostener. Su carácter marcadamente militar –como señaló Malosetti- y la poca perspectiva que se tuvo para pensar al inmigrante (pionero o colono) –como señaló Rama- son parte del problema. De Sarmiento y Mansilla la narrativa expedicionaria quiso tomar modelos literarios que los escritores militares sólo pudieron imitar a medias. El desierto, a pesar de las ensoñaciones roquistas y de los sueños de poder de la oligarquía que luego lo pobló deficientemente y aún de la historiografía posterior que intentó convertir el acontecimiento en una gesta patriótica, no dejó de ser una tierra de enigmas y de misterios perdurables. Resistente a los sueños

³⁹⁰ “El intelecto norteamericano debe a la frontera sus extraordinarios caracteres. Esa rudeza y fortaleza, combinados con la agudeza y la curiosidad, esa disposición mental práctica e inventiva y rápida y expeditiva, esa magistral captación de las cosas materiales, carente de sentido artístico pero poderosamente eficaz para lograr fines importantes: esa energía incansable, nerviosa: ese individualismo dominante que trabaja para el bien y para el mal y al mismo tiempo esa alegría y exhuberancia que nacen con la libertad –esos son los rasgos de la frontera, o los rasgos que, aún encontrándose por doquier, tienen su origen en la frontera.” TURNER, Frederick, *The Significance of the Frontier in American History*, New York, Frederick Ungar Publishing Co., 1963. (traducción de Hebe Clementi).

³⁹¹ Sobre la impronta turneriana en el relato del poblamiento americano véase TORRE, María Marcela, “¿Oeste conquistado... Oeste creado? La influencia de la historiografía turneriana en el western hollywoodense”.

expansionistas, el desierto patagónico siguió siendo una tierra sin estatuto nacional, castigada y abandonada por el mismo estado que había querido poblarla.

Dos películas representan ideales e incertidumbres puestos en juego: *How the West was won* (*La Conquista del Oeste*) de 1962, basada en la novela de James Webb, dirigida por John Ford, George Marshall y Henry Hathaway y protagonizada por Gregory Peck y Debby Reynolds y *Pampa Bárbara* de 1945, con guión de Ulises Petit de Murat y Homero Manzi, dirigida por Lucas Demare y Hugo Fregonese, y protagonizada por Francisco Petrone y Luisa Vehil.

How the West was won cuenta la historia de una familia que durante tres generaciones va expandiéndose e instalándose progresivamente en el oeste y refiere entre otros temas la fiebre del oro californiano, los desacuerdos entre las compañías ferroviarias y la navegación del río Sacramento. En sus personajes se encarna el imaginario de la aventura norteamericana: el crecimiento material, el ímpetu, la fe en los propios sueños. *Pampa Bárbara* ofrece una historia más acotada pero no menos grandilocuente: cuenta las consecuencias que adquiere la decisión del comandante de un fortín de llevar a la frontera mujeres de Buenos Aires para evitar desertiones en el ejército de línea y conjurar a las “venus de las tolderías”.³⁹² En el prólogo del guión editado, Homero Manzi explicaba

“(…) la jornada de la *Conquista del Desierto* es confusa y ofrece conflictos y maneras cambiantes. Pero hay un factor más importante tal vez que todos los enumerados. Algo que por lo menos para nuestra intención de dramaturgos ofrece más interés que ningún otro: el amor (...). Este conflicto y esta extraña y original solución –no conozco precedente parecido en la historia del mundo– es lo que originó nuestra película “Pampa Bárbara”. Es la lucha del hombre contra el indio, pero es también el conflicto del soldado de fortín contra la soledad sexual.”³⁹³

³⁹² *Pampa Bárbara* junto con otras películas de la época, tales como *La guerra gaucha* y *Su mejor alumno* constituían un tipo de película histórica de carácter alegórico que no apuntalaban una visión del Estado nacional en disputa sino que entregaban una visión lo suficientemente amplia como para que todos pudieran identificarse como señala Gonzalo Aguilar (“Pampa bárbara: una historia nacional”)

³⁹³ Manzi, Homero, “Cuando Rosas y Lavalle eran amigos. Pampa Bárbara” en MANZI, Homero y PETIT DE MURAT, Ulises, *Pampa Bárbara* (guión). Dirigido por Lucas Demare y Hugo Fregonese. Buenos Aires, Conjunta Editores, 1976, pág. 11.

La reflexión cinematográfica sobre la “soledad sexual” de los soldados nos permite pensar en aquello que estaba verdaderamente ausente en el poblamiento argentino: ya no la guerra sino la colonización efectiva y democrática.

Estética del bandidaje: los indios en la narrativa expedicionaria

- Entonces, usted va a ir... *¿al desierto?*
- Sí.
- Pero, ahí ¿no están los indios?
- Bueno, sí.
- ¡Pero mi amigo, lo matarán no bien lo vean!
- Espero tener la oportunidad de tomar mis precauciones.”

César Aira. *La liebre*

Como ya he demostrado en capítulos anteriores, la conquista fue un acontecimiento impuesto dado que, en rigor, la peligrosidad de las tribus y el malonerismo despiadado ya habían sido combatidos duramente antes de 1879 y habían tenido un punto de inflexión importante con la muerte del cacique Callvucurá. Las obras, sin embargo, asumen la tarea de contar la guerra de frontera entre indios y militares blancos. Sin embargo, los indios que las filas de los ejércitos expedicionarios -en sus cinco columnas- encontraron a fines de la década del 70 del siglo XIX, poco se parecían a los astutos capitanejos de Catriel y a los temerarios hombres de Pincén y su cultura bélica estaba muy distante de las convocatorias marciales de Callvucurá en Salinas Grandes y de sus diplomacias del desierto que extendieron alianzas y traiciones.

En este sentido, la representación de los indios en la narrativa expedicionaria era, paradójicamente, una zona problemática. Era necesario confrontar un imaginario sobre el indio con la experiencia de haber visto algunos pocos indios. Luego de muchas representaciones previas -muchas de las cuales no siempre fueron funcionales a la narrativa expedicionaria de la década del '70 en adelante-, la representación más acabada fue la que mostraba a los indios, lisa y llanamente como bandidos. Bandidos en tanto individuos que no acataban la ley del Estado sino la ley de la marginalidad. Aquellos que atacaban y robaban usando la violencia: los ladrones de las sociedades campesinas. Aquellos que practicaban el pillaje pero de quienes podía esperarse la resistencia al conquistador que tomaba las formas de rebelión social. Bandidos o casi bandoleros en el sentido también de que eran “salteadores de caminos”. Bandidos porque su marginalidad estaba atravesada por el desarrollo económico del país, por

las comunicaciones modernizadas y por los avatares de la administración pública. Bandidos porque vivían en áreas remotas e inaccesibles pero se sentían atraídos por las rutas comerciales (tanto las propias como las de los enemigos) y por las vías de comunicación que eran lentas y engorrosas, características que la administración ineficaz favorecía y que la corrupción estatal imponía en la persona de sus actores: contratistas, capataces, proveedores, transportistas. Los bandidos no aman la tierra, no se establece en la tierra como familia. Los indios-bandidos son errabundos, itinerantes, irreductibles: he ahí la representación más acabada de los indios argentinos en las páginas de la narrativa expedicionaria.³⁹⁴

Esta configuración textual tiene anclaje literario pero no es una mera glosa de la literatura argentina de entonces sino que tiene nuevas perspectivas. La representación negativa del indio, -en consonancia con el *Martín Fierro* de José Hernández, escrita en esos mismos años-, tenía dos aspectos a tener en cuenta. Tipificado como bandido el indio podía ser, por un lado un individuo que delinque y como tal era apresado; y por el otro un individuo apresado por asalto. La diferencia es que mientras que en el caso del primero el delito era un hecho concreto, en el caso del segundo el delito era un sobreentendido, y en ese sentido el gesto era acabadamente racista. El segundo -el que era apresado por asalto- aparecía en algunas Memorias militares como un individuo dócil que podía llegar a comprender los "beneficios de la civilización" y que hasta -en las versiones más hiperbólicas o exitistas- los agradecía. Tal es el caso -referido en la Introducción- de Manuel Olascoaga que construía una altisonante escena de integración racial:

"Ver entrar humilde y juiciosamente a las ciudades aquellas muchedumbres de indios de todas edades y sexos, distribuirse entre las familias, los establecimientos de educación y de industria, instalándose inmediatamente en la vida civilizada, era el espectáculo más satisfactorio y moralizador que pudiera ofrecerse a un pueblo civilizado, la transformación patente de la barbarie en la civilización, el momento visible de la dignificación de la humanidad, el hecho palpable de convertirse el elemento de destrucción en elemento de progreso."³⁹⁵

Junto a los indios-bandidos aparecían también otros individuos del desierto cuya identidad (tanto la originaria como la asumida) resultaba difícil de precisar. Alfred Ebelot

³⁹⁴ He tenido en cuenta para pensar en la configuración del bandidaje el trabajo de Eric Hobsbawm: *Bandidos*, de 1969 en su edición de Ariel, Barcelona, 1976.

³⁹⁵ OLASCOAGA, Manuel J., (1881) *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro*. Buenos Aires, Eudeba, 1974, pág. 53-54.

cuenta que un hombre apodado “El cautivo” que era un niño de pecho cuando los indios lo habían capturado, se vanagloriaba de ser “indio crudo” es decir un perfecto indio. Sobre él escribía:

“Su tipo es romano con toda pureza si bien más esbelto y nervioso. Su barba negra atrae la atención entre las caras lampiñas de sus camaradas. Durante la expedición de Guaminí llevaba un sombrero de ala ancha cuya copa, caída a pedazos, se sustituía por un trozo de piel de avestruz atado con tiras de cuero de caballo, lo cual le daba un aire de bandido nada vulgar. Valiente y perspicaz, tiene influencia y aboga firmemente por la alianza con al gente civilizada, a condición de que no le impongan sus costumbres, que le son odiosas.”³⁹⁶

La imagen transculturada del personaje es asociada con “un bandido nada vulgar” y al mismo tiempo el texto aclara que se trata de un indio crudo. Muchas veces elegantes y siempre sanguinarios estos personajes atraviesan todas las crónicas expedicionarias. “A los hombres de frontera hay que tomarlos como son” escribía Ebelot “tales como los vuelven su sangre mezclada y su bárbara vida. Como en los perros de la pradera, existen en ellos devociones admirables e instintos de bestias salvajes. Son valientes pero su coraje es cruel. El peligro los exalta pero les gusta la sangre”.³⁹⁷

Bandidos, perros de la pradera, estos individuos fueron descriptos con gran interés por el francés —a veces mayor que el de los expedicionarios argentinos—. Tal vez porque esos hombres encarnaban una experiencia difícil de ser explicada y representaban el cruce entre aquello que debía ser combatido: la barbarie, el salvajismo- y aquello que resultaba inquietamente humano: la libertad, incluso más allá de toda connotación histórica o de época.

El ingeniero francés presentaba también, en su semblanza de Catriel la biografía de un bandido acabado:

“Se hizo construir una casa de tres piezas, con paredes de adobe, piso de tierra apisonado y techo de cinc, la cual entre los suyos pasaba por un palacio. Desde el fondo de esta mansión temida lo dirigía todo en la tribu, con precisión facilitada por el miedo que inspiraban sus procedimientos de justicia expeditiva. Por lo demás, si bien prohibió el robo en grande y a mano armada, dejaba amplio margen para el merodeo nocturno, que en detalle servía al mismo fin. Todos los caballos y las vacas de los

³⁹⁶ Alfred Ebelot, *Relatos de la Frontera*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1968. Pág. 128.

³⁹⁷ Ebelot, op. cit., pág. 66.

alrededores venían a dar allí más poco a poco. Si alguien se presentaba ante el cacique y se quejaba de una buena probada fechoría de un hombre suyo, sorprendido por casualidad en flagrante delito, el quejoso recibía invariablemente la misma respuesta: -Hermano -le decía el patriarca mansamente- ¿por qué no lo mataste como a un perro?”³⁹⁸

Es la caracterización estética del bandidaje en su escenario la que entra en tensión con la posibilidad de construir un relato épico.

Casi 20 años después de la *Conquista del Desierto*, en 1898, Leopoldo Lugones escribía un relato ciertamente épico titulado *Lokomá*. Junto con *El Imperio Jesuítico* (1904) e *Historia de Roca* (1938) constituía un tríptico que buscaba representar la historia de las conquistas. En particular *Lokomá* era el relato literaturizado de la acción militar de Roca porque contaba la vida de una india cautiva como contrapartida de la cautiva blanca, sin duda, ésta última una de las figuras más eficaces de la literatura argentina del siglo XIX. Se trataba, es claro, como señala Alejandra Laera, de “un mito a futuro” para conjurar la presencia de la inmigración italiana y española de la década del 70 del siglo XIX.³⁹⁹

Pero volviendo a la década del 70, dos folletos fascinantes van a redefinir las prácticas de lecturas de la burguesía porteña así como de un público lector que era cada vez más amplio. *El gaucho Martín Fierro* (1872), la historia de un gaucho que siendo obligado a formar parte del ejército de frontera y siendo víctima de las injusticias, deserta y es perseguido por la policía. Para escapar de la autoridad Fierro cruza la frontera y se va a vivir con los indios a quienes, sin embargo, aborrece. En 1878, estimulado por el éxito editorial, José Hernández publica *La vuelta de Martín Fierro* que no es otra cosa que el regreso de Fierro de aquel mundo aborigen que aunque devastado por las acciones del Estado argentino no dejaba de producirle al gaucho “repunancia”. Ambas obras proveen a los lectores de Buenos Aires una representación concreta de un mundo que estaba fuera de la ciudad: las comandancias de frontera, las estancias, los ranchos, los gauchos y los indios. En el poema de Hernández, los indios, sin ser los protagonistas de la historia, tienen un capítulo especial y Hernández tiene una posición contundente al respecto: la asimilación de los indios es imposible.⁴⁰⁰

³⁹⁸ Ebelot, op. cit. pág. 35.

³⁹⁹ Véase Alejandra Laera: “Genealogía de un mito imposible: La “cautiva” de Leopoldo Lugones”. En <http://www.iacd.oas.org/laera.htm>.

⁴⁰⁰ En 1872 Hernández publicó en la Imprenta del diario *La Pampa* (el mismo diario en el que unos pocos años después el cronista Remigio Lupo iba a referir la Expedición al Río Negro encabezada por

“Recordarán que con Cruz
Para el desierto tiramos-
En la pampa nos entramos,
Cayendo por fin del viaje
A unos toldos de salvajes,
Los primeros que encontramos.

(...)

Allá no hay misericordia
Ni esperanza que tener-
El indio es de parecer
Que siempre matar se debe-
Pues la sangre que no bebe
Le gusta verla correr

(...)

El indio pasa la vida
Robando o echao de panza-
La única ley es la lanza
A que se ha de someter-
Lo que le falta en saber
Lo suple con desconfianza.

(...)

Y son, por ¡Cristo bendito!
Lo más desasiaos del mundo-
Esos indios vagabundos,
Con repunancia me acuerdo.-
Viven lo mismo que el cerdo
En esos toldos inmundos.”

Y en particular la mención a la Conquista:

“Las tribus están deshechas;
Los caciques más altivos
Están muertos o cautivos
Privaos de toda esperanza,

Roca) la primera edición de *El gaucho Martín Fierro*. En 1878 se publicaría la undécima edición que sumaba casi 50.000 ejemplares vendidos en 6 años. En 1879, el mismo año de la Expedición de Roca publica en la *Imprenta y Librería del Plata* de su propiedad *La vuelta de Martín Fierro*, cuya primera edición de 20.000 ejemplares se reparten en cuatro tiradas de 5000 volúmenes cada una. (Véase EUJANIAN, Alejandro, “La cultura: público, autores y editores” en Bonaudo, Marta, *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880) - Historia Argentina, tomo IV-*. Buenos Aires, editorial Sudamericana, 1999). El impacto que esta lectura produce entre los escritores expedicionarios es inmenso: “Memorable época pintada al vivo (se refiere al servicio de frontera) con mano maestra en épicos relatos por nuestro nunca bien llorado poeta Martín Fierro, quien la conocía muy de cerca y con todos sus detalles por haber servido como oficial ayudante del jefe de frontera” señala José Daza en sus *Episodios Militares*. En ese mismo libro se exponía la historia del soldado Leiva quien relata al autor su historia en primera persona. Cuenta, entonces los maltratos recibidos luego del reclutamiento forzoso el cual era, a su vez, consecuencia de la injusticia de un alcalde departamental. La historia emula claramente las tristezas de la vida de Fierro. (DAZA, José S., *Episodios militares*. Buenos Aires, Imprenta de Vicente Daroqui, 1908, pág. 81)

Y de la chusma y de lanza,
Ya muy pocos quedan vivos.”⁴⁰¹

Hay que tener en cuenta que en un año antes de la Expedición de Roca, Hernández publica la *Vuelta de Martín Fierro*, lo que supone que los años de escritura del texto coinciden con las expediciones y combates previos al '79. Mientras que estas batallas acotadas iban desgareciendo las defensas de las tribus, Hernández escribía sus versos de la *Vuelta*. Toda la compasión que el poema de Hernández despliega para los personajes gauchos, está ausente a la hora de describir a los indios. La mirada sobre ellos es letal. El indio “es tenaz en su barbarie” (Canto II, 565). Los indios resultan la representación más acabada de la barbarie: ladrones, sucios, explotadores de sus mujeres, tienen instinto animal y temeridad salvaje. Una posición tan polarizada en el mismo año en el que la Expedición de Roca ya había sido aprobada por el Congreso y en el que -como el propio poema lo consigna- las tribus más belicosas habían sido sometidas y diezmadas, indica que en rigor, nada de lo que se decía sobre el indio en *La vuelta de Martín Fierro* era nuevo, se trataba sólo de la repetición de estereotipos ya muy instalados en la cultura argentina porque los malones habían terminado 1872. Vale decir que la representación de los indios como bandidos -propia de la narrativa expedicionaria- es una representación posterior a esta visión exaltada de Hernández. Ya no era posible sostener esas descripciones hiperbólicas de las tolderías sino sólo referir un bandidaje, la última lealtad a un orden que iba a ser eliminado.⁴⁰²

“La inalterable verdad de las cosas abolidas”. Documento *versus* ficción.

“Muchos de los detalles esparcidos en estas páginas han dejado de ser exactos, en la hora en que estamos. Dentro de poco, serán falsos todos. Es un mérito. Falsos, quiero decir, arcaicos. Habrán entrado en la inalterable verdad de las cosas abolidas.”

Alfred Ebelot

“El americano no necesita viajar tanto como el europeo; en sus países inconexos, a medio

⁴⁰¹ HERNÁNDEZ, José, *Martín Fierro*. Edición crítica Élide Lois, Ángel Nuñez Coordinadores. Caracas, Colección Archivos, 2001. Canto II. pág. 276, en adelante.

⁴⁰² “Cien leguas de foso” de Ebelot, crónica publicada en la *Revue des Deux Mondes* el 15 de diciembre de 1877 resumía el ideario de la época que Hernández ilustra en el poema. Para el francés, a los gauchos había que incentivarles las costumbres sedentarias: darles “familia, propiedad y ocupaciones agrícolas” y explicaba que “cuando la fiebre de la deserción se apodera de un hombre, éste escapa por donde la fuga resulta más cómoda”.

Desde el punto de vista formal lo que caracteriza a la narrativa expedicionaria —como he explicado en capítulos anteriores— es el cruce entre el carácter institucional de las obras y la escritura en primera persona. Ahora bien, con respecto a su discursividad y retórica específicas, la narrativa expedicionaria presenta una especificidad, absolutamente ligada a la situación antes descrita: la tensión entre la formulación de una verdad lineal y sus factibles desvíos metafóricos.

En 1872 *Fronteras y Territorios federales* de Álvaro Barros planteaba ya los “problemas” que la escritura sobre la frontera presentaba. Se trataba de una escritura para hacerse escuchar y en la que había que militar por la confianza en la palabra escrita. Barros promovía la escritura desapasionada, la toma de distancia. Como criterio y propósito resultaba muy interesante aunque luego sus propias páginas representaban todo lo contrario; allí se ventilaban deslealtades políticas y sectoriales y sus propios lectores le señalaban su falta de “imparcialidad”.⁴⁰³

La formulación de una verdad pura representaba un problema y el propio Ebelot, trataba de explicar que “involuntarias operaciones mentales” implicaban una distancia entre lo que se veía y lo que se escribía y no sólo señalaba las diferentes visiones que podían tener los “informantes”, de quienes los expedicionarios se proveían asiduamente de datos (relaciones de pilotos españoles o de jesuitas ingleses de siglos anteriores y también de desertores, cautivos, indios mansos y misioneros del siglo XIX) sino también las diferencias entre los propios integrantes de los destacamentos:

“Pasábamos todo el día haciendo reconocimientos por todas partes, mirando a más no poder. Llegada la noche, alrededor del fogón, entre oficiales, cambiábamos apreciaciones. Eran absolutamente contradictorias. (...) Cada uno había mirado a través de una preocupación.”⁴⁰⁴

Pero no se trataba sólo de la subjetividad propia de la experiencia personal y de la

⁴⁰³ BARROS, Álvaro (1872), *Fronteras y territorios federales en las PAMPAS DEL SUR*. Buenos Aires, Hachette, 1975.

⁴⁰⁴ Alfred Ebelot, Prólogo a *La pampa*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1965. Pág. 9.

escritura en primera persona sino también de una serie de desvíos de carácter metafónico vinculados al asombro de lo que se va a ver por primera vez y que -en algunos textos- se traduce como marcas del relato de viaje y veladas formas de expresar aquello que podía resultar exótico.

Ahora bien, ¿cómo trabajan estos textos esa categoría precisamente de lo exótico? Porque es cierto que sobre todo para los expedicionarios argentinos el viaje hacia lugares desconocidos y el encuentro con hombres y mujeres de los que tenían muy poca información podía resultar una experiencia de alto impacto, un verdadero choque con lo desconocido. Pero también es cierto que sólo en muy contadas ocasiones los expedicionarios reprodujeron los enunciados y puntos de vista del modelo imperial de conquista territorial del siglo XVI. Luego del proceso independentista en Argentina y en otros países americanos, la política de conquista y poblamiento pertenecía definitivamente a la modernidad. Cierta zona de los relatos expedicionarios incursionó en lo exótico pero no como categoría estética.⁴⁰⁵ Lo exótico resulta más un efecto de lectura que un gesto del narrador.

“Se previene a los jefes que tengan indios a su cargo, ya sea en servicio, en calidad de amigos o prisioneros, tengan el mayor cuidado de que éstos se sujeten a las costumbres que amparan las leyes y usos de la civilización, no consintiéndoles de ninguna manera, se casen con dos o más mujeres, ni las ceremonias que se aparten de la buena moral y decencia, para cuyo cumplimiento emplearán, no sólo la insinuación amigable sino también medidas represivas que fuesen necesarias.”

Tal era el parte militar disciplinario del General Roca, citado por Manuel Olascoaga.

El exotismo abona las crónicas expedicionarias sobre todo en las referencias al desierto. Éste es concretamente un espacio desconocido. Lo exótico está así alimentado por lo enigmático. Todas las metáforas orientalistas sobre el desierto propias de la escritura sarmientina y que lo presentaban como un espacio de barbarie cuyo oasis era la civilización, podrían seriarse con el desierto de las crónicas expedicionarias de fin de siglo XIX. Porque el desierto aparece como un espacio real, peligroso o monótono (depende el caso) pero no ha perdido del todo su estatuto enigmático. Uno de los epígrafes del capítulo anterior refería la perspectiva de Manuel Prado: “Se trataba de explorar un desierto en el cual ni raíces se encontraban para hacer fuego. Quién sabe si no íbamos a la luna.” La metáfora ilustraba una

⁴⁰⁵ Operación que será característica del realismo mágico latinoamericano de la década del '60 del siglo XX.

situación efectiva: el desierto más allá de la isla de Choele- Choel era una tierra nueva para el Ejército. En estas formas de escribir el desconocimiento hay también resonancias y ecos tardíos del halo de misterio que las primeras crónicas patagónicas habían legado, en particular las del jesuita Falkner pero sobre todo las visiones alucinadas de Antonio Pigafetta.⁴⁰⁶ “Y en la oración llegamos a Junín. Aquí empezaba el misterio, y se abría ante mis ojos, inmensa y enigmática, la puerta sombría del desierto” escribía Manuel Prado.⁴⁰⁷

El exotismo se despliega también en la desopilante descripción de personajes que pueblan los relatos de Francisco P. Moreno.

“Saihueque, más lujoso que todos, relumbraba al sol con el traje completo de goma que yo le había regalado en prueba de amistad y su hermosa hija, Liquiden, que era el consuelo del viajero en sus momentos de enfermedad, aparecía envuelta en una sábana de hilo blanco, adornada con un espejo colocado en la cabeza, y la cara adornada a manera de lunares con etiquetas de carreteles de hilo, también obsequio mío, en las que se podía leer “D. C. Thompson, nro. 36”. Esas dos figuras se destacaban en la reunión, junto con la de un indio que lucía en su cabeza una gran gorra de señora, la que contrastaba con su quillango pintarrajeado. El paraguas rojo, abierto delante de la tienda de Ñancuque atraía la atención de todos (...) Chacayal había cambiado de traje para solemnizar la borrachera y se había engalanado con su chaleco rojo (...) cubría su cabeza un sombrero de paja chileno que llevaba de cinta “viva la confederación argentina, mueran los salvajes unitarios”⁴⁰⁸

El relato de Moreno –y tal vez el de Ebelot- es el que más “tolera” la descomposición del mundo del otro y puede narrarla.

Estanislao Zeballos, por su parte, sólo puede esbozar algunos juegos de traducción retórica: “Un indio en Londres habría llamado a esa metrópoli Urré Carrá, es decir Ciudad de la Niebla” En cambio Moreno va más allá, invierte el juego e intenta mostrar que la traducción resulta una práctica más compleja.

⁴⁰⁶ Sobre el sacerdote Thomas Falkner puede verse FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro, “Catálogo, colección y colonialismo interno: una lectura de la descripción de la Patagonia de Thomas Falkner (1774)” en *Revista de crítica literaria latinoamericana*. Año XXX, Nro 60. Lima-Hannover, 2do semestre de 2004.

⁴⁰⁷ Prado, op cit.

⁴⁰⁸ Francisco Pascasio Moreno, MORENO, Francisco Pascasio, *Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz (con un plano y 42 láminas)*, La Plata, Talleres de Publicación del Museo de la Plata, 1897, pág. 41.

Por otra parte, los relatos que circulaban en el *vivac* de campaña y que constituían la sociabilidad propia del ejército de línea, transcritos en varias de las páginas expedicionarias imprimían a los elementos exóticos, una veta fantástica que organizaba verdaderos cuentos de misterio sobre la pampa, enriquecidos además por supersticiones populares y por un cierto anecdotario de una *fantasy* rural.⁴⁰⁹ Las crónicas hacían presente climas y situaciones que, si bien eran propias también de la experiencia de la guerra, no siempre formaban parte específicamente de los escritos sobre ella. El encuentro con los cuerpos muertos, la perversión de mirar lo tumefacto; en suma: el tema de la muerte habilitaba elementos inquietantes a esas anécdotas.

“Al borde de esos bañados encontramos una de esas casuchas, el indio abandonado en ella, asquerosamente tumefacto, verdaderamente espantoso, acababa de expirar (por la viñuela). Los soldados se hacinaban en la entrada para verlo, alumbrándose con fósforos. Lo horrible no les disgusta, sobre todo cuando son sus enemigos quienes le ofrecen el espectáculo y no faltó un bromista que dirigiera un irónico adiós al difunto. ¿Habría muchas aguafuertes de Callot más punzante que aquel cadáver yacente sobre unas pieles de bestias salvajes junto a su escudilla vacía? El aspecto de la choza, el claro del bosque donde se cernía la muerte, la luz de la luna a cada instante velada por nubes tormentosas”⁴¹⁰

Ebelot ha hecho un esfuerzo por producir atisbos de fórmulas para narrar la experiencia asociando la aventura con la maravilla: “El hombre es así, lo ignoto lo atrae y no puede menos que mezclarse siempre una partícula de maravilla”⁴¹¹ Pero fueron las aguafuertes de Jaques Callot las que, en este caso resultaron su parámetro de representación, sobre todo por el esfuerzo que podía observarse en la obra del dibujante francés de salir de la dicotomía

⁴⁰⁹ Estos relatos también pueden leerse en su versión letrada en *Las veladas del tropero* de Geoffroy Daireaux (1849-1916) estanciero francés que desde la década del '60 del siglo XIX se había instalado en la Argentina. Escribió también reseñas periodísticas y relatos de costumbres así como tratados sobre ganadería. Las veladas del tropero son cuentos que enviaba periódicamente a *La Nación* y a revistas francesas como la *Revue de deux Mondes*, en la que también había publicado sus artículos Alfred Ebelot. “Todos saben que hay en la pampa, muchas cosas ocultas y seres invisibles cuyos actos nadie podría explicar, pero que tampoco nadie puede negar”.

⁴¹⁰ Ebelot, op. cit., pág. 206.

⁴¹¹ Ebelot, op cit, pág. 93.

con que siempre se representaba a los cuerpos pobres: intolerancia o caridad. Callot ofrecía una mirada nueva, no genérica sino individualizadora.⁴¹²

Sin embargo, el ingeniero francés también ofrecía una lectura política, de un romanticismo tardío: “Si había indios y si son sensibles a las cosas inanimadas, debieron pensar que la naturaleza se ponía en su contra, después del hambre, la peste y la guerra y que se volvía cómplice de la hora terrible que estábamos cumpliendo: la supresión de su raza.”⁴¹³

Pero vayamos ahora a un relato breve que se encuentra en el interior de las crónicas de Manuel Prado. Se trata de un relato sobre el fusilamiento de un desertor.

“Eran las nueve y media de la mañana. La división había formado cuadro para asistir a la ejecución del desertor.

La tropa, silenciosa, triste, esperaba descansando sobre las armas.

En medio del cuadro, a caballo, el jefe nombrado, para mandar las fuerzas.

El trompa de órdenes toca atención.

Oyese la voz de:

-Al hombro... ¡AR!

Aparece en un ángulo del cuadro el ayudante Conde al frente de los sargentos del Regimiento 3ro.

Se toca bando y el ayudante pronuncia la fórmula de ordenanza:

- “Por la patria y por la ley, pena de la vida al que pida por el reo”.

Repiten el bando las cornetas, y la misma formalidad se lleva a cabo en cada uno de los frentes del cuadro.

Retírase el ayudante con su escolta y entonces el banda indica a las bandas de los cuerpos *marcha regular*.

- ¡Cuadroooo! —manda el jefe— . ¡Presenten las armas!

Llega el reo, custodiado por la guardia de capilla, se dirige al frente de su regimiento, se arrodilla al pie de la bandera y oye por última vez la sentencia que va a cumplirse.

Llenado este requisito, se levanta y marcha a hincarse de nuevo frente al piquete de ejecución.

Un soldado le venda la vista

Un instante de imponente silencio sobreviene y...

- ¡Fuego!

Oyese la descarga, desplómase el cuerpo de la víctima, y en seguida el jefe de las tropas se hace oír:

- ¡Cuadrooo! Por mitades a la derecha en columna. A sus cuarteles, redoblado.

¡Mar!

Y al son de tambores y cornetas se desfila por delante del cadáver con vista a la izquierda para verlo bien.

Así acabó Cayuta su triste vida.

⁴¹² Jacques Callot (1592-1635) fue un dibujante y acuarelista francés —protegido de los Medicis— que vivió en Florencia y cuyo interés artístico estaba concentrado en la representación de vagabundos, mendigos, pordioseros e indigentes. Sus aguafuertes, además de haber revolucionado las técnicas del género, ofrecieron un mirada novedosa de esos cuerpos. Sus pordioseros, en general, eran —además de deformes y viejos— tullidos, porque muchos habían participado en guerras, que era la única opción que tenían. La guerra en sí misma con sus cuerpos mutilados, ahorcados, muertos será otro foco de su interés. “Les Gueux” su serie de 25 aguafuertes de pordioseros florentinos ha tenido gran influencia entre los que cultivaron el género, entre ellos Rembrandt. (Véase Apéndice Iconográfico).

⁴¹³ Ebelot, op. cit., pág. 206.



167 Beggar with Wooden Leg.



162 Crippled Beggar.



165 Sickly Beggar, Seated.



164 Barefoot Beggar.

Aguafuertes de Jacques Callot a las que alude Alfred Ebelot en sus artículos para la *Revue des Deux Mondes*. Ebelot compara los mendigos italianos del acuarelista francés con los indios de la pampa argentina. (En *Callot's Etchings*, edited by Howard Daniel, New York, 1974).

Al pasar delante de su cuerpo no podía evitarse un movimiento de horror. En la espalda veíanse claramente los agujeros cubiertos por las balas al salir, mientras que la chaquetilla, quemada por el fogonazo, dejaba escapar una tenue nubecilla de humo producida por la combustión del paño. Concluido el desfile, ahí no más se abrió un pozo en el suelo y en él cayó para siempre el cuerpo del infeliz sacrificado para satisfacer la ordenanza. Ni una cruz, ni una señal cualquiera indica la tumba de Cayuta. ¡Mejor! Tal vez sólo así podrán sus restos descansar en paz, lejos de la mano del hombre, del cual en vida sólo palos alcanzó.”⁴¹⁴

Manuel Prado cuenta la historia del soldado Cayuta que “estaba en el regimiento como podía estar en Pckín: porque lo llevaron.”. Se trata de la historia de un soldado que no sabía desempeñarse en las tareas cotidianas de la vida de campaña. Una de las causas era tal vez la añoranza de su Jujuy natal, la otra, una verdadera incapacidad. Lo cierto es que el relato se dedica a describir la violencia feroz, la humillación a que estaba sometido este hombre “esclavo de esclavos” según la pluma compasiva de Prado. El relato, titulado *¡A muerte!* y dedicado a “mi distinguido amigo Alfredo Madero”, ofrece una visión muy singular de lo que podríamos considerar una víctima de la disciplina militar (el propio General Villegas firma su orden de fusilamiento) y de la justicia de frontera. En esta historia resuenan los modos de relatar la vida de la víctima del *Martín Fierro* de José Hernández. Sin embargo, el personaje de Cayuta es mucho más inasible que Fierro porque mientras que éste va adquiriendo una conciencia de la injusticia de la que es objeto y obra en consecuencia Cayuta es un ser sin conciencia. Ni siquiera queda muy clara si su desertión había sido tal.

“Es verdad que la desertión es un crimen militar castigado con la pena capital en las circunstancias en que se desertó Cayuta; pero este infeliz ¿era acaso un soldado? Ante la ordenanza rígida y severa lo era por completo. Ante nosotros, hombre al fin, no era más que un pobre diablo”⁴¹⁵.

De modo que, la descripción de ese personaje se presentaba como un desafío porque se produce en dos esferas: una militar, otra humana. Este relato muestra el dilema de muchos de los “relatos de milicos” de la conquista. Y el relato instala una pregunta paradójica y extraña para un militar ¿Qué es un soldado?. El texto ofrecía una descripción de una práctica militar propia del ejército de frontera. Al mismo tiempo, la aparente neutralidad inicial del narrador se

⁴¹⁴ PRADO, Manuel, *Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera*. Buenos Aires, Taurus, 2005, pág. 122-123.

⁴¹⁵ Prado, op.cit. pág. 119.

ve corroída por los párrafos finales en los que se abre juicio sobre la práctica del fusilamiento como tal. El reclamo, sin embargo, no está dirigido al ejército o al gobierno sino en un sentido genérico a la “mano del hombre”. Se ponen en funcionamiento en el relato una serie de recursos que caracterizan las “historias de viejos fortines” o los “relatos de milicos”. Uno de ellos es la teatralización emparentada con una estética marcial que, a pesar de las rusticidades de la frontera argentina, trata de emular la imaginaria prusiana. Toda la escena está descripta a partir de la formación del cuadro del ejército y de los espacios internos en que cada movimiento tendrá lugar: el medio, uno de los ángulos, el frente, derecha en columna, izquierda. Como contrapartida a esta cuidada marcación descriptiva de movimientos del hecho, el final indica que “ni una cruz, ni una señal cualquiera indica la tumba de Cayuta”. Todos esos puntos simbólicos se desvanecen. Los signos caen. La geometría –cara a las formaciones en campo de la teorización de Von Clausewitz- se desarticula para sugerir la desaparición de líneas y señales: para marcar los puntos de fuga.

La novela del desierto: Callvucurá, Painé, Relmú. La trilogía de Zeballos.

Estanislao Zeballos es autor de varias de las obras que componen el corpus. Analizaré en este apartado su *Trilogía* sobre las dinastías aborígenes, tal vez porque –dentro de todas las obras-, es la única que intenta apuntar a convertirse en una obra literaria cuyos motivos y ejes abrevan de la experiencia del viaje “tierra adentro”.⁴¹⁶

Publicadas en simétrica secuencia: *Callvucurá y la dinastía de los Piedra* (1884); *Painé y la dinastía de los Zorros* (1886); y *Relmú, Reina de los Pinares* (1888) son el fruto de un viaje realizado en 1879 al “territorio recién conquistado a los indios”.⁴¹⁷ Ese viaje fue inmediatamente posterior a la Expedición al Río Negro Roca.⁴¹⁸ Zeballos, que había sido invitado a formar

⁴¹⁶ *Callvucurá, Painé, Relmú*. Colección El pasado argentino dirigida por Gregorio Weinberg. Con estudio preliminar de Roberto Giusti, Buenos Aires, Librería Hachette, 1961 (Las primeras ediciones fueron hechas por la editorial Peuser en 1884, 1887 y 1889 respectivamente).

⁴¹⁷ Ese productivo viaje puede leerse también en *Episodios en los Territorios del Sur* (1879) y en *Viaje al país de los araucanos* (1881).

⁴¹⁸ El pintor uruguayo Juan Manuel Blanes, en la conmemoración del décimo aniversario de la campaña realizó la monumental *Ocupación militar de Río Negro bajo las órdenes del General Julio Argentino Roca*. En esta obra, aparecen los principales protagonistas de la conquista. El cuadro –al que me he referido en el capítulo anterior, de fuerte impronta alegórica, permite comprender el carácter teatral-escenográfico que siempre se le quiso dar a las acciones de aquella expedición, tal vez para contrarrestar las sospechas de que se trataba de un “paseo militar”, como lo señalaba el periodista Remigio Lupo, y para acallar las durísimas críticas de Sarmiento en *El Censor* que escribía “se inundan los generalitos en Choele Choe!”.

parte de la Expedición pero finalmente decidió no aceptar, realizó su propio recorrido y observó la naturaleza, levantó registros y cartas geográficas, documentó fortines y poblados y tolderías reducidas, hizo observaciones climatológicas y geológicas y buscó materiales para sus colecciones.⁴¹⁹

El tren lo llevó hasta Azul (provincia de Buenos Aires), última de las estaciones del *Ferrocarril del Sud*. De allí, a caballo de fortín en fortín y de pueblo en pueblo se trasladó hasta la provincia de Río Negro en la Patagonia, escoltado por soldados del Coronel Levalle, comandante de la Frontera Militar Sur (este “privilegio” lo había solicitado al entonces Ministro de Guerra, Carlos Pellegrini y éste se lo había concedido). El punto álgido del itinerario era Salinas Grandes que había sido Cuartel general de las tribus indígenas del Sur pero sobre todo el poderoso imperio del cacique Callvucurá. De Salinas Grandes, Zeballos exhibe dos hallazgos: el cráneo del propio cacique y un “Archivo del Cacicazgo” que contenía “(...) las comunicaciones cambiadas de potencia a potencia entre el gobierno argentino y los caciques araucanos, las cartas de los jefes de frontera, las cartas de comerciantes que ocultamente servían a los vándalos, la lista de las tribus indígenas y sus jefes, dependiente del cacicazgo de Salinas, los sellos gubernativos grabados en metal, las pruebas de la complicidad de los salvajes en las guerras civiles de la República a favor o en contra alternativamente de los partidos; y en medio de tan curiosos materiales no faltaba un diccionario de la lengua castellana, de que se servían los indígenas para interpretar las comunicaciones del Gobierno Argentino, de los jefes militares, de sus espías y de los comerciantes con quienes sostenían cuentas corrientes tan religiosamente respetadas como pueden serlo entre los mercados de París y de Buenos Aires.”⁴²⁰

⁴¹⁹ Véase el Prólogo de Guillermo Emilio Magrassi a *Callvucurá y la dinastía de los Piedra* de Estanislao Zeballos en la edición del Centro Editor de América Latina (1993).

⁴²⁰ Zeballos aclara en nota al pie, que el manuscrito es de 150 fojas de oficio y lo encontró en el “Desierto” cerca de General Acha (provincia de La Pampa). Señala a su vez que fue escondido en los médanos por los indios, en la fuga desesperada que les impusieron las fuerzas de Levalle y que es “una historia casi completa de los orígenes de la nación Lalmache, que gobernaron los Piedra hasta 1833”. Recientemente Guillermo Durán editó ese material que exhumó del Museo Enrique Udaondo de Luján donde se encuentra el ARCHIVO ZEBALLOS: *Namuncurá y Zeballos. El archivo del Cacicazgo de Salinas Grandes (1870-1880)*. Buenos Aires. Ed. Bouquet, 2006.

Algunos investigadores han puesto en duda el “hallazgo” de Zeballos⁴²¹. Otros, en cambio, consideraron confusa la relación que había entre éstos y algunos que el propio Comandante Levalle le habría regalado con motivo de su viaje.⁴²²

Lo cierto es que, con este Archivo -o con parte de él-, Zeballos construyó la primera obra de la *Trilogía* que cuenta la historia de la consolidación de la frontera interior y a su vez la de la poderosa *Dinastía de los Piedra*, que sólo la Expedición del 79 pudo derrocar.

Las otras dos obras de la *Trilogía* resultan radical y llamativamente diferentes de la primera. En primer lugar, porque quien narra no era el propio Zeballos desde la específica impronta autobiográfica que caracterizó la narrativa expedicionaria del '80 sino la voz de un excautivo del cacique Painé, llamado Liberato Pérez, que cuenta las penurias y los sinsabores de su cautiverio, más de cuarenta años después de haber ocurrido los episodios.

La primera impresión que causa la *Trilogía* como tal es su constitución misma: tres piezas muy diferentes entre sí, sobre todo la primera con respecto a las otras. El cambio de narrador que implica un pasaje del relato de un estadista que organiza una historia a partir de documentos al relato de un excautivo cuyo único documento es la memoria de su propia historia en el desierto. Pero la diferencia, a su vez, se acentúa porque implica una paulatina novelización de la relación entre indios y cristianos, utilizando casi todas las técnicas de la novela: el deseo de los héroes, el suspenso, lo erótico, lo sentimental y la focalización en una historia de amor en la que no faltan: celos, prohibición, ternura, desdichas, sorpresas, abnegación, con final apoteótico de alta traición amorosa duplicada.⁴²³

⁴²¹ Roberto Giusti, en el prólogo que escribió en 1954 para la edición de *Callvucurá y la dinastía de los Piedra* y que antecede la edición de la *Trilogía* publicada por *El Elefante Blanco* en 1998 (primera reimpresión 2001) señala que “puede tratarse de uno de esos ficticios hallazgos de que está florecida la historia de la novela, y como ninguna, la de aventuras”. Sin embargo, también señala que él mismo no se atrevería a poner en duda el hallazgo de esos documentos de la cancillería araucana aunque cree que Zeballos podría haberlos obtenido de otro modo.

⁴²² Véase Magrassi, op. cit.

⁴²³ Alejandra Laera describe la década del '80 como el “momento fuerte de emergencia del género (novela)”. Siguiendo la conceptualización de Raymond Williams, la crítica explica que se instala una continuidad en la producción de novelas, sin perder la heterogeneidad constitutiva de esa instancia. En la diversidad de esas obras puede leerse la ausencia de un proyecto cohesivo generacional y los debates en torno al género sobre objetos narrables y tensiones inconciliables. También apunta la crítica las publicaciones de 1884, “año especialmente prolífico”: *¿Inocentes o culpables?* de Antonio Argerich, *La Gran Aldea* de Lucio V. López, *Juvenilia* de Miguel Cané, *Música sentimental* de Eugenio Cambaceres, *Fruto Vedado* de Paul Groussac y *Arturo Sierra* de Julio Llanos. Téngase en cuenta que es en ese mismo año cuando Zeballos publica la primera de las obras de la *Trilogía*: *Callvucurá y la Dinastía de los Piedra*. (Véase Alejandra Laera *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2004).

Tal vez por ese extraño devenir, propongo leer la *Trilogía* en su conjunto, en su totalidad heterogénea y a la vez sorprendente. Porque si bien se podría hablar de cada una de las piezas de manera autónoma (así lo hicieron entre otros Giusti y Magrassi, que trabajaron sobre todo el texto publicado en 1884) el funcionamiento como una unidad tripartita es lo que parece señalar la búsqueda y hasta el hallazgo de cierto registro ficcional para narrar historias de indios y blancos. Como si en el sucederse de la secuencia interna de la *Trilogía* estuvieran cifrados algunos núcleos centrales de una narrativa que tematizaba la frontera.

Guillermo Magrassi ha sugerido que *Callvucurá y la Dinastía de los Piedra* podría leerse como un acontecimiento literario post *Conquista del Desierto* para loar a los vencedores y apoyar su ideología. Lamenta que la obra no sea un homenaje al “ocasional vencido” sino una respuesta que considera político-literaria al acontecimiento que implica la Conquista en esos años. La dedicatoria del libro “al General Roca” abona su lectura. Lamenta también que el libro refiera más a Mitre y a Roca que al propio Callvucurá “personaje supuestamente principal”. Esta lectura -de impronta antropológica indigenista-, resulta interesante para leer la obra de Zeballos en su intento por revisar la mirada laudatoria y acrítica con que la que siempre se leyó la obra de Zeballos. Sin embargo, deja de lado -por momentos-, la complejidad de los personajes que la obra trata de asumir. Magrassi quiere cuestionar la lógica del estado modernizador del ‘80, aunque por momentos reproduce su mismo funcionamiento a través de un binarismo cambiado de signo: la barbarie del estado, la civilización de la tolerancia. Para el autor, el problema de la frontera queda definido en términos de una cruel doctrina racista y genocida en completa sintonía con el mítico *Indios, Ejército y Frontera* que David Viñas publicara diez años antes.

Para Roberto Giusti, en cambio, los indios del desierto son “una entidad humana múltiple, no siempre al margen de las zonas sociales (el subrayado es mío) civilizadas o semicivilizadas y que entraba en ellas en son de guerra y exterminio, si no le disputaba al cristiano, derecho contra derecho, la tierra y el ganado, intercambiándose con él costumbres, usos y cosas, armas y tácticas de guerra, servicios y favores, astucias y perfidias, y de potencia a potencia, honores y embajadas”.⁴²⁴ La multiplicidad a la que alude Giusti elude el binarismo esquemático y formula nuevos desafíos en la lectura de este tipo de textos.

La *Trilogía* de Zeballos, aún munida de su ideología civilizatoria, ofrece esa multiplicidad, ese cruce, esa mezcla que las fronteras geográficas, militares y simbólicas

⁴²⁴ Giusti, R., op. cit.

desarticulan sólo de manera parcial. Las tres obras refuerzan el rechazo a la barbarie, pero --al mismo tiempo--, ponen en evidencia algo que resulta más grave y alarmante para la perspectiva de Zeballos y de los hombres de su generación, esto es: la falta de una política colonialista clara por parte del Estado argentino. Esa denuncia tácita atraviesa la *Trilogía*. Es esa denuncia insistente la que habilita la presencia de historias de sujetos que no siempre pertenecen claramente a uno u otro lado de la frontera. Zeballos recupera historias que una mirada bifronte habría descartado y, al mismo tiempo alerta sobre la mezcla, sobre la injerencia en la identidad nacional aún en formación. No hay que olvidar que, en esos mismos años, Zeballos intervendría activamente en el Congreso, como diputado, en relación con el tema de la inmigración italiana y española de los años '70 para señalar que el Estado debía urgentemente articular una política de reafirmación de la identidad nacional.⁴²⁵

Sin embargo, paradójicamente, su *Trilogía* podría leerse en el revés de esa trama: para señalar la necesidad de establecer la frontera se relata con fervor las zonas de imposibilidad de la frontera.⁴²⁶ El Estado argentino no tuvo una política colonialista sistemática. Ciertas prácticas colonialistas aisladas, tales como el intento de construir un pueblo para la tribu del cacique Catriel --entre otras--, no llegan a constituir un programa de colonización. Sobre todo porque estos intentos conviven con las ambiguas relaciones entre caciques y gobiernos de Buenos Aires, relaciones clientelares muchas veces en las que las tribus apoyaban ocasionalmente a Rosas, a Urquiza, a Mitre y definen sus prácticas de guerra en función de coyunturas inmediatas y no de una razón racial. Es por esta misma razón que la Expedición de Roca resultaba tan cuestionada y que la captura de Sathueque no se explica porque no era en

⁴²⁵ En 1887, Zeballos afirmaba en el Congreso: "La cuestión de la inmigración es el interés más grave que tiene la República Argentina en estos momentos; el Congreso debe ser previsor adoptando todas las medidas prudentes para realizar estos dos grandes propósitos: atraer hacia nuestra patria a todos los habitantes del mundo que quieran vivir en ella e inculcar en el corazón de los extranjeros el sentimiento de nuestra nacionalidad." (*Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados del Congreso Nacional* del 21 de octubre de 1887). Al respecto véase Lilia Ana Bertoni *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas*, Fondo de cultura económica, Buenos Aires, 2002. Especialmente el capítulo titulado: "Los ochenta: una nacionalidad cuestionada".

⁴²⁶ Podría entenderse el gesto como una forma de novelar, de hacer ficción, propia de aquellos años. Señala Alejandra Laera "La novela va no es, como alguna vez se quiso, el equivalente alegórico y totalizador de la nación y sus identidades, sino que opera sobre los restos y los huecos que el Estado modernizador de los años ochenta practica en la reconfiguración de lo nacional." Véase Laera, op. cit.

entera, ¡veíanse obligados a la humillación de lisonjearlos, manchando con sus nombres el escalafón militar (...)!⁴³⁰

En la *Trilogía* de Zeballos los indios son federales o unitarios, pelean contra Buenos Aires para favorecer a Urquiza, son rosistas declarados o simpatizan con y hospedan a unitarios exiliados. Por su parte, los soldados y sus comandantes, los cautivos y los refugiados políticos quedan muchas veces presos de las internas de poder entre cacicazgos. Cuando Llanhuelen se subleva de Yanquetruz pide amparo al gobierno de Buenos Aires. Este tipo de deslealtades se muestran con mucha frecuencia en el texto y a su vez todo se vuelve más complejo cuando sabemos por el relato de Zeballos, que el origen de esa sublevación, que producirá odios irreconciliables entre ambas tribus, no era otra que una aventura amorosa. Los padrinzagos que el texto exhibe y explica con parsimonia, -tal vez por su impronta catequizante-, nos muestran la lógica del vínculo: someter y a la vez proteger. Namuncurá, bautizado Manuel, fue ahijado de Urquiza; Mariano Rosas, hijo de Painé fue apadrinado por Rosas. El nieto de Baigorria será el ahijado de Lucio V. Mansilla. Algunos ejércitos de línea tuvieron lanceros indígenas como la división de Rivas que contaba en sus filas a 800 indios comandados por Catriel. Esta división se enfrentaba a Callvucurá. Se podría seguir enumerando personajes o circunstancias que la *Trilogía* narra, con cuidado detalle y esmero literario, en los que se observan escenas donde es difícil establecer la línea que separa a los unos de los otros. Y sin embargo, esa línea quiere ser clara en el interior del texto. Tiene su correlato en la geografía territorial. La primera representación gráfica que se tiene del concepto de frontera fue la de una línea y nada menos parecido a ella es lo que se constituye como frontera en los territorios de la Argentina del siglo XIX. El espacio de la frontera estaba constituido por puntos y entre ellos hubo inmensos espacios desamparados. Esto no implica que no hubiera dos zonas pero cuestiona la nítida separación entre ambas.

Callvucurá y la dinastía de los Piedra no construyó la historia del cacique araucano porque Zeballos seguramente quería ir mucho más allá de la biografía. Intentaba contar una historia en la que el devenir de la política araucana se entramara con el devenir de la política de Buenos Aires (entendida en términos de política nacional). Allí Callvucurá no era el héroe protagónico sino que pasa a ser serializado con otros héroes blancos o indios. La fuerza de su política es

⁴³⁰ ZEBALLOS, Estanislao (1881) *Viaje al país de los araucanos*. Prólogo de León Benarós. Buenos Aires. El Elefante Blanco, 2002.

confrontada y medida con la política de Rosas o con los pormenores de la Confederación. Alianzas y deslealtades de uno y otro bando se suceden produciendo una urdimbre que se inscribe en la geografía y en la vida de las personas. Lo más interesante es cuando esa articulación va impregnando paulatinamente los modos de contar algo. Casi al final de *Reilmí, Reina de los Pinares*, es decir en la tercera y última de las piezas, podemos leer: “Dieciocho veces se han derretido las nieves de la Gran Montaña desde la época en que esto sucedía en Chacal (1830), al mismo tiempo que estallaba en Mendoza una revolución que derrocó al gobierno.”⁴³¹ La referencia al paso del tiempo proveniente del imaginario araucano se articula perfectamente con la mención al hecho histórico: Aldao había abandonado Mendoza en 1830 después de la batalla de Oncativo.

Entre los personajes más destacados de la *Trilogía* aparece el Coronel Baigorria cuya historia comienza a ser contada en *Callvucurá y la Dinastía de los Piedra*, es retomada en *Painé y la Dinastía de los Zorros* y sigue presente en el relato de *Reilmí, Reina de los pilares*. Nadie como este personaje sintetiza más la complejidad de la guerra de fronteras.

En su lectura de *Facundo* de Sarmiento, Cristina Iglesia detecta la “incrustación de breves historias de personajes constituidos como tipos originales de Sudamérica” a los que denomina “biografías de pasaje”. Se trata de “pequeños grandes héroes gauchos cuyas vidas se juegan con igual intensidad de un lado y del otro de la frontera entre civilización y barbarie”. Lo que unifica estas biografías- señala la crítica- y les otorga también un carácter inquietante es que “las vidas narradas podrían tener coherencia y continuidad en cualquiera de los dos lados en que los actores se asentaran”.⁴³² La vida del Comandante Baigorria, podría ser leída como una biografía de pasaje. Pero, a diferencia de Sarmiento que intentará explicar el cambio de bando o el momento de la traición, Zeballos la integrará en un relato en el que las poses son efímeras coyunturas. Esta mirada se va acentuando en el devenir de la *Trilogía* y está absolutamente ligada al cambio de narrador. “El Coronel Manuel Baigorria era hombre de Urquiza” -comienza señalando escuetamente Zeballos-. Su cuartel general estaba sobre el Río Quinto, lo cual implica que ocupaba la posición más avanzada (desde la perspectiva del mundo “civilizado”) y tenía intimidad y vínculos de sangre con los indios. A su casa acudían comisiones, embajadores, visitas y comerciantes de manera continua.

⁴³¹ Zeballos, Estanislao, (1884) *Callvucurá, Painé, Reilmí*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1998. Pág. 440.

⁴³² Cristina Iglesia, “La ley de la frontera. Biografías de pasaje en el *Facundo* de Sarmiento” en *La violencia del azar*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.

“Conocí en el Rosario al Coronel Baigorria. La vida del desierto le había impuesto el aspecto de sus hijos. No palpitaban en su semblante los rasgos arábigos de nuestro gaucho, y a primera vista se dudaría de su origen, si no se supiera que nació de dignos padres cristianos y fue en sus mocedades valeroso paladín del viejo partido unitario. (...) Procedía sobre todo su apariencia indígena del pelo negro y duro, y de su cara casi lampiña; pero la boca, nariz y pómulo se ajustaban a las formas regulares del cráneo blanco (...) El aire de su fisonomía era plácido y de bondad, parecía naturalmente retraído, y su conversación fácil y de abundante palabra, desprovista de modismos campesinos, revelaba un fondo de primitiva cultura, que no había abandonado y sobre todo, el predominio del habla paterna sobre la lengua araucana, que, como era natural, conocía perfectamente. (...)”

Su cara estaba cruzada de frente a barba, al sesgo, por la ancha cicatriz de un sablazo, y no lo miraban los soldados cuando recorría sus fogones, sin exclamar:

- ¡Qué seco le han pegado al coronel!”⁴³³

Los esfuerzos por describir a un individuo que no se ajustaba a un patrón puro (indio o cristiano) pueden verse en esta semblanza visual -de impronta frenológica- elaborada por Zeballos.⁴³⁴ En ella los elementos de las dos culturas se van entrelazando: los rasgos del desierto con el grado de coronel, los padres cristianos y el partido unitario. El pelo duro y negro de indio pero los pómulos de cráneo blanco; el habla araucana con el español. Todos los detalles refieren identidades y conforman una, aunque hibridada y -al mismo tiempo- escindida. Y en su cara, la cicatriz de un sablazo de frente a barba, no puede ser más elocuente -desde el punto de vista visual- para mostrar esa escisión.

Baigorria había sido subteniente del General Paz y después de haber sido prisionero de Quiroga se internó, decepcionado, en la selva ranquelina, donde permaneció 22 años y llegó a compartir el liderazgo de grandes caciques como Yanqutruz y Painé, entre los ranqueles. Los relatos populares lo muestran como un caballero del desierto y lector del *Facundo* de Sarmiento al que tiene por uno de sus libros favoritos. Rodeado de cristianos y de ranqueles que lo respetaban a rajatabla e incluso le atribuían poderes oraculares, Baigorria vivía rodeado de

⁴³³ Zeballos, op. cit., pág. 96.

⁴³⁴ La frenología -disciplina sin base científica ideada por el anatomista Gall hacia 1800- tan en boga por aquellos años, entendía que el cerebro era una agregación de órganos y que a cada uno de ellos le correspondía una facultad intelectual, un instinto o un afecto. Los frenólogos sostenían también que las formas craneanas permitían hacer una descripción moral del individuo.

mujeres inquietantes, en general cautivas de excéntricas historias, porque era polígamo, y a muchas de ellas, conmovido, las ayuda en la fuga de la toldería. La historia de Baigorria se cuenta en *Callvucurá...*, la primera de las piezas pero también dos años después se retoma en *Painé...* donde se dice que al coronel Baigorria lo obedecían, en 1843, trescientos cristianos armados y de pelea: "viejos veteranos, cuadillos antirosistas, bandidos indomables, cuatreros, desertores del servicio militar, comerciantes tramposos". Este colectivo es denominado por el narrador como "núcleo cristiano de Trenel". Baigorria, compartía liderazgos con Painé y la diferencia de sangre la había zanjado casándose con la hija de uno de los caciques. Su casa, era un verdadero centro neurálgico y justamente por ello el espionaje y la intriga fueron corroyendo su relación con el cacique Painé quien lo enfrentaba diciendo que lo entregaría a Rosas.

La *Trilogía* comienza contando la historia de Baigorria como si fuera uno más de los personajes propios de la frontera. Sin embargo, las características de este personaje permiten que sea el elegido para conducir el hilo de la trama que se va novelando. Éste y no otro personaje permitirá entramar la historia de un período político social argentino con el devenir de un cautivo, su fuga y su historia amorosa. También, a lo largo de los tres textos, el personaje tendrá esta ductilidad. Paulatinamente Baigorria va dejando de ser un *homo politicus* del desierto, para ser un alma sabia y bondadosa en la historia folletinesca de una amistad.

Quince años antes, en *Una excursión a los indios ranqueles* (1970) de Lucio V. Mansilla aparece Baigorrita, un ranquel, ahijado de bautismo de este Manuel Baigorria, pidiendo permiso a Mansilla para hacer una visita a su padrino. En sus páginas, Mansilla deja entrever que no tiene una buena imagen del gaucho Baigorria.

"Le agregué que Baigorria no era buen hombre, que había sido mal cristiano y mal indio, que a unos y a otros los había traicionado. Me contestó que no desconocía mis razones. Pero que al fin era su padrino, que llevaba su nombre y que él no podría dejar de quererle. Le dije que sus sentimientos le honraban, porque probaban su lealtad, y que le honraban tanto más cuanto que convenía en que su padrino había sido infiel a sus compromisos y a su palabra."⁴³⁵

En el texto de Mansilla, la intervención en el otro bando, no siempre orada entre los indios la lógica de la lealtad. Pero lo curioso es que lo que une a ambos Baigorrias -además de

⁴³⁵ MANSILLA, Lucio Victorio, *Una excursión a los indios ranqueles*. Introducción de Marcos Mayer. Buenos Aires. Colección Austral. Espasa Calpe, 1993. Pág. 442.

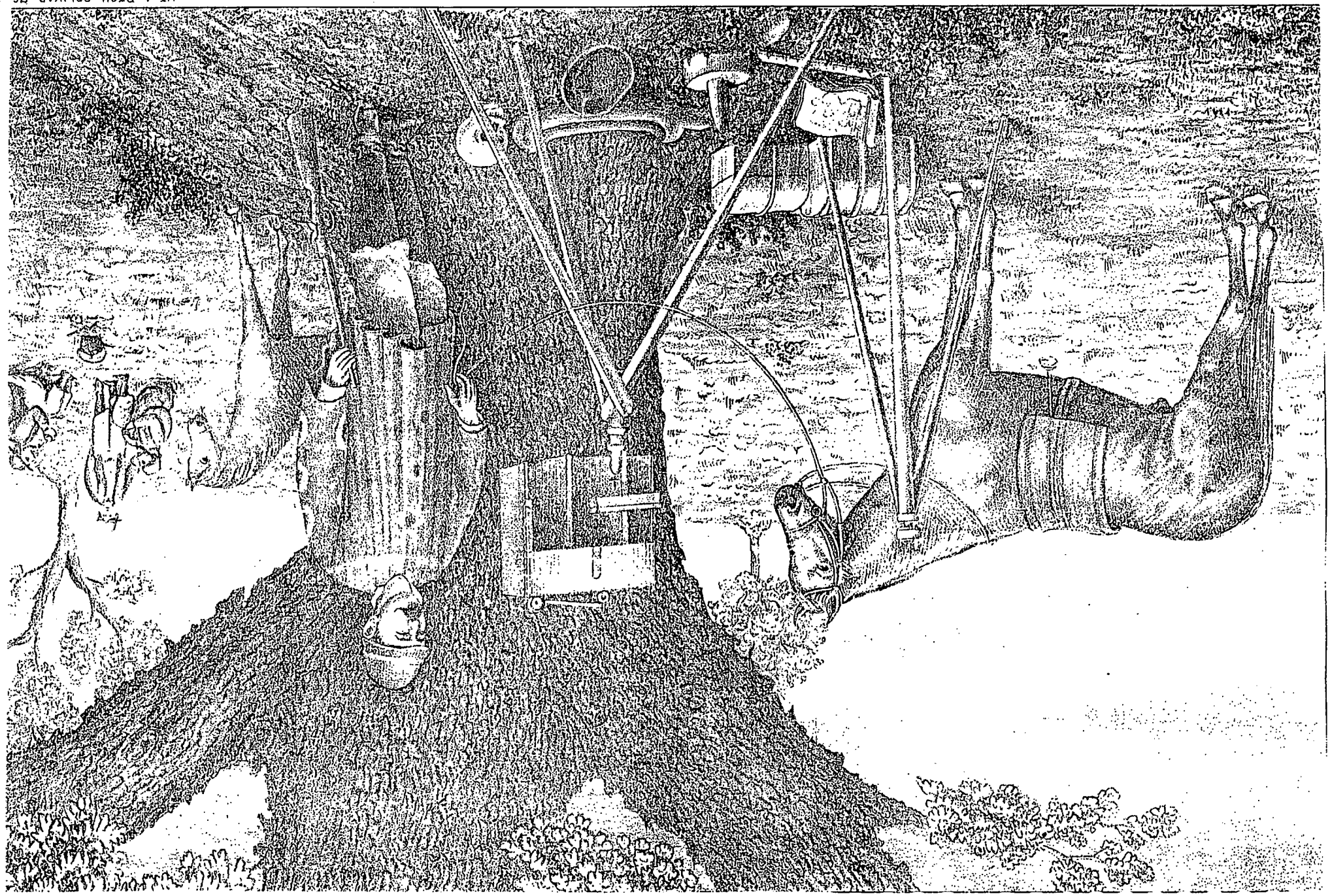
un gran cariño- es el bautismo cristiano. A su vez Mansilla será padrino del hijo de Baigorrita, es decir serán compadres.

Otro interesante ejemplo lo constituye el cacique Mariano Rosas. De Mariano Rosas o de *Paguithruz Guor* dice el texto que dio gran impulso a la nación ranquelina porque bajo su gobierno se desarrollaron las sementeras de maíz, trigo, cebada, papas, porotos, arvejas, sandías, melones y zapallos. Al referir a este cacique el texto menciona *Una excursión a los indios ranqueles* y le adjudica el mérito de haber dado una “ruidosa espectacularidad a la Dinastía de los Zorros”. Mariano Rosas era viejo cuando lo visitó Mansilla y el liderazgo de Epumer (Epugner) era evidente. Sin embargo Epumer duró poco porque el general Racedo invadió las tolderías ranquelinas a fines de 1877 y tomó prisionero al último de los Zorros, rodeado por su corte, en sus mismos toldos, sobre el histórico arroyo de Leuvucó. Epumer estuvo preso en la isla de Martín García hasta 1883 año en que el senador Cambaceres lo llevó de peón a su estancia de El Toro, en el partido de Bragado. El texto de Mansilla va a contar la vida de Mariano Rosas en la civilización y el de Zeballos su regreso a las tolderías. La intertextualidad nos permite pensar en la red en la que Zeballos puede ser incluido a partir de su Triología. De su vida en Buenos Aires dirá Mansilla que:

“un día lo llevaron a presencia del Dictador don Juan Manuel de Rosas. Interrogándolo minuciosamente, supo éste que Mariano, que se llamaba a la sazón como su padre, era hijo de un cacique principal de mucha nombradía. Le hizo bautizar, sirviéndole de padrino, le puso Mariano en la pila, le dio su apellido y le mandó con los otros de peón a su estancia del “Pino”. En ella pasaron algunos años trabajando duro, alojados al raso contra un corral de ñandubay, recibiendo lecciones útiles y provechosas sobre la manera de hacer las faenas del campo, sobre el modo de amansar debidamente un potro, aprendiendo a regentear un establecimiento en forma, tratados una vez a rebencazos, sin haber faltado en nada, atendidos generalmente con cariño, recibiendo raciones y salarios como uno de tantos trabajadores, hasta que el amor de la familia, el recuerdo de las tolderías, el anhelo de una completa libertad, despertaron en ellos la idea de la fuga, a costa de cualquier riesgo (...) Mariano Rosas conserva el más grato recuerdo de veneración por su padrino, hablaba de él con el mayor respeto, dice que cuanto es y sabe se lo debe a él: que después de Dios no ha tenido otro padre mejor, que por él sabe cómo se arregla y compone un caballo parejero; cómo se cuida el ganado vacuno, yeguarizo y lanar, para que se aumente pronto y esté en buenas carnes

EL DOCTOR ZEBALLOS EN QUETHE HUITHU

LIT. A. PECH, BOLIVAR, 76



en toda estación: que él le enseñó a enlazar, a pialar y a bolear a lo gaucho. Que a más de esos beneficios incomparables le debe el ser cristiano lo que le ha valido ser muy afortunado en sus empresas.”⁴³⁶

El regreso a la toltería no es, sin embargo, contado por Zeballos como el resultado de una fuga sino como un viaje en el que hasta aparece Rosas despidiendo al cautivo-ahijado y enviando regalos a su padre además de pedir la cabeza de Baigorria.

Rosas le dice a Mariano:

“Marianito, ya sabes leer y escribir. No olvides esta educación para servir a tu padrino y a la valiente nación ranquelina. Le dirás a Painé que el cacique Huinchán queda aquí en garantía con su mujer. Hasta que me entregue vivo o muerto, al salvaje unitario fascineroso Baigorria, que ha despreciado dos veces el indulto que le ofrecí por medio de los gobernadores de Córdoba y San Luis, y que ha reunido en los toldos una división de bandidos para hostilizar las fronteras.”⁴³⁷

A su vez Mansilla reproduce una carta que Rosas habría mandado a Mariano luego de su fuga que dice:

“Mi querido ahijado: No crea usted que estoy enojado por su partida, aunque debió habérmelo prevenido para evitarme el disgusto de no saber qué se había hecho. Nada más natural que usted quisiera ve a sus padres, sin embargo que nunca me lo manifestó. Yo le habría ayudado en el viaje haciéndolo acompañar. Dígale a Painé que tengo mucho cariño por él, que le deseo todo bien, lo mismo que a sus Capitanejos e indias: Reciba ese pequeños obsequio (se refiere a doscientas yeguas, cincuenta vacas, y diez toros de pelo, dos tropillas de overos negros con madrinas oscuras, un apero completado con muchas prendas de plata, algunas arrobas de yerba y azúcar, tabaco y papel, ropa fina, un uniforme de Coronel y muchas divisas coloradas) que es cuanto por ahora le puedo mandar. Recorra a mí siempre que esté pobre. No olvide mis consejos porque son los de un padrino cariñoso, y que Dios le dé mucha salud y larga vida.

Su afectísimo Juan de Rozas.

PD: Cuando se desocupe, véngase a visitarme con algunos amigos.”⁴³⁸

⁴³⁶ Mansilla, op. cit., pág. 307.

⁴³⁷ Zeballos, op. cit., pág. 311.

⁴³⁸ Mansilla, op. cit., pág. 312.

El relato de Zeballos nos deja el devenir de dos naciones: los blancos y los indios, los cristianos y los bárbaros. Pero también escenifica la fractura interna en la política araucana: la *Dinastía de los Zorros*, que es amiga de los unitarios y los cobija en sus toldos, es contraria a la *Dinastía de los Piedra*, federales efectivos. Los ranqueles de la primera, con sus caciques Painé, Mariano Rosas y Epumer cubren el área de Leuvucó y los caciques Callvucurá, Catriel y Namuncurá de la segunda, son los señores de Salinas grandes. Entre ellos hay tanta discordia como entre blancos y cristianos. Pero además, si se piensa en el problema de la frontera, como cuestión posterior a la Guerra del Paraguay, veremos que a la ya compleja y problemática frontera interior, líneas de contacto entre el espacio poblado por cristianos y el espacio denominado “desierto”, se le suma la problemática frontera exterior, línea de contacto entre el espacio “civilizado chileno” y el “desierto”, lo que implica que ese “desierto” no es sólo codiciado por el Estado argentino sino también por la República de Chile quien animaba propósitos de prolongar su dominio político hacia el lado este de la cordillera. De modo que indios chilenos e indios argentinos tenían acuerdos económicos que involucraban la hacienda vacuna y lanar. Por lo tanto era habitual el arreo periódico que perjudicaba la economía ganadera argentina. Esto implica que el peligro o el problema de la frontera interior se potenciaba con la existencia de la frontera exterior al implicar una evasión importante de ganado vacuno bonaerense.⁴³⁹

La frontera exterior aparece en la *Trilogía* como una trama implícita. Cuando se menciona, pareciera que es posible diferenciar la figura del “indio nacional” de la del “indio chileno”. Ambos, aunque habitantes de lo que la conquista española denominó Araucanía, parecen poder responder a las identidades asignadas por la cultura del blanco. Pero el Estado argentino deberá contar con indios argentinos para impedir el avance de la frontera exterior.

Una año después de publicada la primera pieza de la *Trilogía*, en Buenos Aires, comienza a elaborarse el *Atlas de la República Argentina*, confeccionado por el Instituto Geográfico Argentino. En 1896, ese mismo Instituto publicó el *Mapa de la República Argentina* que reunía todo el saber geográfico que se poseía a finales del siglo XIX. La publicación del mapa implicaba el cierre definitivo de la frontera interior. La *Trilogía* de Zeballos quedaba como testimonio de una política frente al indio, pero al mismo tiempo, -en sus resquicios y en sus multiplicidades-, como su límite. “Si por amor a mi patria no suprimiera algunas páginas

⁴³⁹ Al respecto véase Néstor T. Auzá “La ocupación del espacio vacío: de la frontera interior a la frontera exterior. 1876-1910”.

negras de la administración pública en las fronteras (...) se veía que algunos de los feroces alzamientos de los indios fueron la justa represalia de grandes felonías de los cristianos” confiesa Zeballos.⁴⁰ Esta modelación, como señala Álvaro Fernández Bravo, que consiste en insertar entre las páginas de celebración de las armas nacionales un fragmento que erosione y revierta la argumentación, articula buena parte de la literatura de la frontera.⁴¹

Préstamos y herencias

Más allá de pretensiones literarias o de la distancia con la literatura, la narrativa expedicionaria fue rica en recursos de estilo, algunos de los cuales provinieron de escrituras previas. El primero y quizás el más importante es el topo samientito de la extensión de la pampa, según el cual la geografía se presentaba como una zona inmensa. Así lo registraba Francisco Moreno:

“Debo confesarlo, esperaba encontrar más progreso en estos parajes, pero ¿cómo obtenerlo cuando la tierra entre Junín de los Andes y Caleufú tiene solo dos dueños y la población no alcanza a un hombre por cada 100 Km?”⁴²

Sarmiento escribía en 1845: “el mal que aqueja a la República Argentina es la extensión” Y agregaba más adelante: “Allí, la inmensidad por todas partes, inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra, entre celajes y vapores tenues que no dejan, en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo”.⁴³ Lo inmenso porque despoblado y en tanto “inabarcable” en registro romántico, configuraba un espacio inexplorado y misterioso.⁴⁴ En las obras del corpus esta configuración era sostenida desde un registro fantástico, como ya lo señalé, pero al mismo tiempo revisada. Por eso las miradas

⁴⁰ Zeballos, Estanislao, (1884) *Callvucurá y la dinastía de los Piedra*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993. Pág. 42.

⁴¹ Álvaro Fernández Bravo, *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana-Universidad de San Andrés, 1999. pág. 36.

⁴² MORENO, Francisco Pascasio, *Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz (con un plano y 42 láminas)*, La Plata, Talleres de Publicación del Museo de la Plata, 1897. página 51.

⁴³ Capítulo I de *Facundo* de Domingo F. Sarmiento, pág. 23.

⁴⁴ La representación plana de la pampa no es un legado que pertenezca enteramente a los clásicos de la literatura argentina del siglo XIX. Se trata de una representación que es el resultado de una red mayor. Estos textos retoman imágenes de paisajes acuñadas inicialmente por viajeros ingleses. Véase Adolfo Prieto: *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)* Buenos Aires. Editorial Sudamericana, 1996. y también “Journey, Rediscovery and Narrative: British Travel Accounts of Argentina” de Ricardo Cicerchia (Institute of Latin American Studies. University of London, 1998).

foráneas de Charles Darwin y de Alcide D'Orbigny pierden el aura con que habían sido leídas en épocas previas a las expediciones del 80. ⁴⁵ “Darwin habló de La Pampa cruzando de Patagones a Bahía Blanca, que es como si se hablase de Buenos Aires, sólo por haber atravesado la provincia de Jujuy” escribía Manuel Olascoaga. ⁴⁶

Este lugar es ocupado a veces con menciones ocasionales a escritores argentinos: Mansilla, Sarmiento. En una carta del científico Pablo Lorentz al ministro Victorica se puede leer:

“Han de ser raros los hombres de instrucción que no hayan leído al célebre libro del señor Sarmiento: *Civilización y Barbarie* y recorrido, con particular interés, su famoso capítulo “El Rastreador”. Sobrehumana es, a la verdad, la agudeza, por no decir inteligencia, con que el rastreador argentino distingue y descubre los más leves rastros, tanto de hombres cuanto de animales, pero más raro, más increíble, es el caso que yo tuve la suerte de presenciar en ese día 8 de mayo.” ⁴⁷

A la mención al *Facundo* y a la imagen descripta del gaucho rastreador se le adjunta la experiencia personal relatada en primera persona y, de esta manera, la crónica de Lorentz viene a ilustrar aquello que, previamente, la literatura le había proporcionado.

La tipología sarmientina conformada por el gaucho baqueano, el rastreador, el cantor y el gaucho malo aparece en los textos como parte de una vulgata urbana sobre los personajes de campo. Eduardo Racedo describe en su Memoria Militar un gaucho rastreador cuya función había sido la de buscar un soldado que le había robado y Alfred Ebelot ofrecía descripciones de gauchos baqueanos:

“En el ejército argentino, y sobre todo en esta guerra especial, aquellos que por su experiencia y novelescas aventuras están en condiciones de descifrar el desierto, son tan preciosos como los que la férula del maestro de escuela haya familiarizado con las letras del abecedario. Las diversas ocasiones en que hubo de servir como baqueano (se refiere a un soldado) a la división costa sur (...) había salido con honra de su delicada

⁴⁵ DARWIN, Charles, *A naturalist's voyage. Journal of researches into the natural history and geology of the countries visited during the voyage of H.M.S. "Beagle" round the world under the command of Capt. Fitz Roy*. London, J. Murray, 1888 y D'ORBIGNY, Alcide, *Voyage dans l'Amérique Méridionale*. Paris, Pitois- Levrault, 1835-1847.

⁴⁶ OLASCOAGA, Manuel J., (1881) *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro*. Buenos Aires, Eudeba, 1974. pág. 201.

⁴⁷ DOERING, Adolfo y LORENTZ, Pablo, *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*, Buenos Aires Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca. 1939, pág. 142.

misión.”⁴⁴⁸

Sin embargo, en rigor, el corpus de la narrativa expedicionaria clausura el imaginario romántico, en torno al desierto. El desierto que Esteban Echeverría en la década del '30 del siglo XIX había calificado de “pingüe patrimonio” en sentido material y simbólico, hacia fin de siglo, ya no tendrá las mismas caracterizaciones. La paradigmática representación de la pampa en el *Facundo* de Sarmiento es retomada, recordada y homenajeadada, pero al mismo tiempo encuentra en estas obras un límite. El paisaje, la tipología del gaucho, la conceptualización del caudillismo adquieren otros matices, otras líneas que revisan aquellas: Luego de la Expedición al Río Negro de 1879, el “problema” no será siempre la extensión porque ésta será recorrida a caballo en sucesivas expediciones, por científicos y exploradores cuyos relevamientos tendrán luego proyección en las Exposiciones universales y en las Sociedades científicas nacionales y europeas. El desierto romántico inventado por la literatura se convierte, entonces, en un desierto real referido por las crónicas expedicionarias.

“La horizontalidad de la llanura se ve bruscamente interrumpida por una faja de monte espeso, compuesto de cordones de algarrobo, chañares e infinidad de otros árboles que producen frutos silvestres o maderas duras, alcanzando un desarrollo prodigioso como sólo se observa en los climas intertropicales.”⁴⁴⁹

La naturaleza deja de ser paisaje, deja de ser aquello que es mirado desde un punto de vista específico: el de un observador ocioso que toma distancia con ella y que está sustraído del mundo del trabajo y de las posibilidades de explotación de la tierra.⁴⁵⁰ Porque como puede verse el texto de Eduardo Racedo no ofrece –en sentido estricto– un paisaje como el que ofrecía Echeverría. No predomina en sus páginas la preocupación estética. Sólo la consignación de que los elementos que la naturaleza ofrece pueden ser bienes productivos en un nuevo orden económico. El mismo registro ofrece Manuel Olascoaga:

“Hemos venido a saber también que muy lejos de ser la Pampa un desierto, se abrigaban en ella infinidad de poblaciones de indios y cristianos, y era la parte productora diremos *pasiva* de un gran comercio y tráfico que daba por sí solo, directamente movimiento y riqueza a las provincias chilenas comprendidas en la misma

⁴⁴⁸ Ebelot, op. cit., pág. 155.

⁴⁴⁹ *Memoria Militar y Descriptiva sobre la Campaña de la 3era División expedicionaria al territorio de los ranqueles a las órdenes del General Eduardo Racedo*. Buenos Aires, Editores Osvwald e Martínez, 1881, pág. 230.

⁴⁵⁰ Raymond Williams. *The country and the city*, New York, Oxford University Press, 1973, y también Leo Marx. *La máquina en el jardín. Tecnología y vida campestre*. México, Editores Asociados, 1974.

zona de la pampa, la que en escritos anteriores creo haber llamado con propiedad ZONA DE LOS ROBOS. Esta, como puede verse en los mapas, principia por los 35 grados de latitud meridional, últimas posesiones cristianas y administrativas al sur de Mendoza, en cuya vecindad al oeste se halla la provincia chilena de Colchagua, y se extiende al sur, hasta los 42 grados donde llegan las poblaciones cristianas del lado del Pacífico y por la parte argentina las poblaciones indias que alcanzan a merodear en nuestros establecimientos de ganadería.”⁴⁵¹

Ahora bien, saldados esos legados con una nueva visión territorial, la narrativa expedicionaria sigue ofreciendo anécdotas e imágenes literarias. Muchas veces se ha dicho, para describir la dialéctica de los dominadores y los dominados, que los viajeros a la frontera (argentinos o extranjeros) recababan permanentemente conocimiento y ese conocimiento era siempre y únicamente utilizado para dominar. Esa creencia, tan ingenua, viene de parte de los dominados, para quienes el conocimiento tiene, siempre, indefectiblemente, que tener una utilidad. Para los dominadores, el placer de la casa burguesa, en la que en el mullido sillón alguien lee crónicas de las fronteras de lugares lejanos -que probablemente nunca visitará-, constituye una forma de esparcimiento. En esa forma de esparcimiento también está el secreto del poder.

Por eso también toda crónica de frontera ofrece relatos, menciones, referencias cuyo fin último es entretener y deleitar, producir un goce, un momento de agradable lectura. Una amenidad. Simplemente una amenidad. En esta línea podemos pensar en una serie de escritores que podrían inscribirse en la tradición de lectura y de escritura que el corpus de la conquista proveyó a la cultura argentina. Tal es el caso de William Henry Hudson, quien en clave darviniana o trascendentalista norteamericana en la línea de Emerson, consagra a la Patagonia como espacio dador de serenidades para el espíritu y contemplación desinteresada de las especies naturales.⁴⁵² También el caso de Roberto J. Payró, a fin de siglo es testigo de los reveses de la modernización pendiente o mal articulada. En los años '30 del siglo XX, Roberto Arlt logra reproducir en sus *aguafuertes patagónicas* un desierto-asfalto de geométricas perspectivas. Viajaron al “desierto” patagónico y escribieron sus experiencias los ingleses

⁴⁵¹ OLASCOAGA, Manuel J., (1881) *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro*. Buenos Aires, Eudeba, 1974. Pág. 161

⁴⁵² Pensando a Emerson no sólo como un filósofo idealista o trascendente sino como un “ensavista de la experiencia”, “más un dramaturgo del yo que un místico” como sugiere Harold Bloom (“Emerson y Nietzsche” en *¿Dónde se encuentra la subiduría?* Buenos Aires, Taurus, 2005).

nuevos y los inmigrantes-colonos posteriores a las guerras mundiales. Richard Burton, Paul Therou, Ella Bruswig de Bamberg, Bruce Chatwin, entre otros.

Legados

El fenómeno de la autonomización de la literatura - definido por Tulio Halperin Donghi como un “proceso progresivo de diferenciación y especialización de actividades culturales: la tendencia a construir la literatura de internación artística como área separada de la publicística política y la indagación histórico-social”⁴⁵³ - caracterizó el campo cultural de la tercera mitad del siglo XIX en la Argentina. Debido a este fenómeno –así como al de la profesionalización del escritor- la literatura comienza a poder desprenderse de la discursividad de otras esferas y es ése el horizonte sobre el que hay que pensar a los textos de la narrativa expedicionaria. Al mismo tiempo, estos textos regresan, en sus estrategias de construcción del relato, a viejos cánones, a fórmulas en las que literatura y la política habían sido indisolubles. En ese punto resultan reaccionarios frente a la producción literaria más autonomizada, no por su posición ideológica o por sus temas; sino sobre todo por sus fórmulas de escritura.

En relación con la producción científica de esta narrativa, el debate sobre la relación entre literatura y ciencia tiene sus resonancias en la obra de Adolfo Doering y Pablo Lorentz así como en las de Francisco Moreno y Ramón Lista. Según los *Boletines oficiales del Museo Nacional* de Paraná, se trataba de “usar la ciencia para medir la naturaleza con un patrón reconocido universalmente y no hacer literatura que distrae los ánimos.”⁴⁵⁴

⁴⁵³ HALPERIN DONGHI, Tulio, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, editorial Sudamericana, 1988.

⁴⁵⁴ Irina Podgorny y Wolfgang Schaffner escriben que “En Paraná, en *El Nacional argentino*, que hacía las veces de Boletín Oficial y de vehículo de los informes del Museo Nacional, se proclamaba que el papel de la juventud, en aras de la constitución política del país, estaba asociado a la prensa y a la descripción científica de los recursos de la Confederación. Asimismo, la literatura aparecía como peligro –del que los jóvenes debían apartarse- ligado a la vanidad y a la imposibilidad de crear el Estado Nacional (...) Su aceptación (la de la ciencia) como lenguaje común y parámetro inocuo en las disputas intestinas se oponía al campo de la literatura, donde sólo el disenso y los proyectos individuales eran posibles. El lenguaje de las ciencias no aparecía como patrimonio de los sabios sino de un poder que todavía podía surgir de la mano de quienes se educaran en ellas.” PODGORNÝ, Irina y SCHAFFNER, Wolfgang, “La intención de observar abre los ojos. Narraciones, datos y medios técnicos en las empresas humboldtianas del siglo XIX”. En *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Nro 4, 2000, pp. 217-227). Según esta lectura la ciencia no es un patrimonio de una tradición sino un puro futuro y se asocia literatura con literatura liviana. Sin embargo, los mismos jóvenes de quienes se esperaba que fueran el futuro de la ciencia habían recibido en su formación la idea de una literatura política. El cruce de esas dos líneas de fuerzas: una literatura política y una ciencia no literaria será el entramado sobre el que se construirá el enunciado científico vinculado a la cultura de las expediciones.

Estos autores hacen una apuesta fuerte a la narración, y no siempre a la descripción, que era quizás el tipo textual más propio del discurso científico. Marbais Du Graty, director del Museo Nacional, pedía a sus estudiosos más que pensamientos o inferencias, “hechos”, en los posible “expresados en números, observaciones cuantificadas y el material crudo (fuera este un elemento de la naturaleza o un producto de la industria) a través de una red cuyos escalones debían reproducir la jerarquía del orden político desde el Gobierno nacional a los gobiernos provinciales, para que desde allí se difundieran a otras capas de la sociedad. Frente a un casillero vacío en los cuadros y tablas numéricas, la descripción inexacta hecha en un lenguaje literario sólo provocará la repetición de los vicios heredados de la ilegalidad política.”⁴⁵⁵ El instructivo del Senado sobre escritura expedicionaria, transcrito en la *Conquisita de Quince mil leguas* de Estanislao Zeballos está en absoluta consonancia con las exigencias del Director del Museo de la Confederación.

En sus *Episodios Militares*, José Daza refiere que los científicos de la expedición “daban conferencias al aire libre, de geografía e historia natural, asistiendo varios jefes y oficiales, siendo obsequiados con una taza de té al final de la disertación, por lo que la hacían doblemente interesante.”⁴⁵⁶

Una sociabilidad refinada que tenía lugar a la intemperie pero que intentaba recrear el clima ilustrado de Buenos Aires: la tertulia, el encuentro de salón.

Los lectores, el público que leerá las obras será también una instancia que se irá imponiendo cada vez más en los escritos. Una muestra de ello es la obra de Zeballos quien demuestra que su escritura no será destinada sólo a los oficiales del ejército sino a un público mayor, no militar, no expedicionario. Al Zeballos de la Trilogía (*Callucurá, Painé y Relmí*) y de *El país de los Araucanos*, le interesa el público civil y urbano. En 1879 escribe *Episodios en los Territorios del Sur*. La obra, destinada a ser el primer tomo de una obra mayor: *Descripción amena de la República Argentina* finalmente no se publica.⁴⁵⁷ Pero en su Prólogo titulado “Mis propósitos” Zeballos escribía:

⁴⁵⁵ Podgorny, Schafner, op.cit.

⁴⁵⁶ Daza, op. cit., pág. 140.

⁴⁵⁷ La publica finalmente Juan Durán, sacerdote de Mercedes y profesor de la Universidad Católica Argentina, quien encuentra los manuscritos de Zeballos entre los legajos no catalogados del “Archivo Estanislao Zeballos” del Complejo Museográfico “Enrique Udaondo” de la Ciudad de Luján. El libro iba a ser entregado a la imprenta de Jacobo Peuser y se refería a episodios representativos de las campañas militares de las tolderías pampeano neuquinas entre 1877 y 1879. Durán hace una edición muy cuidada y rigurosa de este libro en el año 2004 en la editorial El Elefante Blanco. Zeballos descartó

“No es la obra que escribo un tributo pagado al culto de las formas literarias (...) He consultado las inclinaciones predominantes en nuestro público lector, cuya generalidad mira con indiferencia los libros de carácter puramente científico, y convencido de que era necesario hermanar la amenidad al fondo de la obra, envolví mi propósito con el colorido de las formas agradables de la descripción pintoresca y de la historia.”

De esta consideración se puede decir que encierra una fórmula. “el colorido de las formas agradables”. Una fórmula que no es por cierto, romántica si comparamos esta concepción de la literatura como algo ciertamente decorativo, en nada se parece a la literatura militante de Sarmiento porque en estos autores, la pugna entre el texto literario y el texto científico se hace presente dentro de la línea del legado de Humboldt, pero también muy acuciante resulta (y aquí aparece el Zeballos escritor) la necesidad de gustar al público. Un público que aún estaba en formación aunque ya tenía visos de ser considerado un sector con características específicas. Un público que podía consumir este tipo de obras pero que también podía evitarlas, y en ese sentido la conciencia de Zeballos de un público que debe ser captado, nos habla de la modernidad de sus obras.

Entre los resquicios de la cuantificación numérica y de la tabulación meteorológica o geodésica emergía un yo experiencial que las redes conceptuales de la nueva ciencia no podían atrapar pero que tampoco había sido conquistado naturalmente por la estética del paradigma literario romántico. Más bien esta escritura, en primera persona, tratará de establecer sus contratos con el Estado y las instituciones y de abrir un espacio donde la experiencia de los expedicionarios del desierto y de los escritores de la frontera pudieran contar sus historias.

este material como primer tomo de su *Descripción Amena de la República Argentina* y finalmente publicó en 1881 el *Viaje al País de los Araucanos* (que también fue re-editado por El Elefante Blanco en 2002).

BIBLIOGRAFÍA

Corpus

Los paréntesis junto al nombre refieren el año de la primera edición.

- ALSINA, Adolfo (1877), *La nueva línea de frontera. Memoria especial del Ministerio de Guerra y Marina*. Año 1877. Buenos Aires, Eudeba, 1977.
- AVELLANEDA, Nicolás, *Escritos literarios*, Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1959.
_____, *Escritos y discursos*. Tomo VI: Conquista y colonización, Iniciativas legislativas, Resoluciones Administrativas. Buenos Aires, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, 1910.
- ARCOS, Santiago (1860), "Cuestión de indios. Las fronteras y los indios". Buenos Aires, Imprenta de J.A. Bernheim, 1860.
- BARBARÁ, Federico, *Manual o Vocabulario de la lengua pampa y del estilo familiar para el uso de los jefes y oficiales del ejército y de las familias a cuyo cargo están los indígenas*. Buenos Aires, 1879.
_____, (1879) *Manual o Vocabulario de la lengua pampa*. Buenos Aires, Emecé editores, 1944.
- BARROS, Álvaro, *El ejército y el reglamento del Coronel D. Lucio V. Mansilla*. Buenos Aires, Imprenta de "El Nacional", 1876.
_____, *Fronteras y territorios federales en las PAMPAS DEL SUR*. Buenos Aires, Imprenta, litografía y fundición de tipos a vapor, 1872.
_____, (1872) *Fronteras y territorios federales en las PAMPAS DEL SUR*. "Estudio Preliminar" de Álvaro Yunque. Buenos Aires, Hachette, 1957. /2da edición 1975..
_____, *Indios, Frontera y Seguridad Interior. Compilación de artículos*. "Estudio Preliminar" de Pedro Daniel Weinberg. Buenos Aires, Solar Hachette, 1975.
- COPELLO, Santiago Luis, *Gestiones del Arzobispo Aneiros. En favor de los indios hasta la Conquista del desierto*. Comisión Nacional de Homenaje al Teniente General Julio Argentino Roca. Buenos Aires, Imprenta y Casa Editora Coni, 1945.
- COSTAMAGNA, Giacomo, "Carhué. Deserto dei Pampas". Julio de 1879 en *Bolletino Salesiano*, Año III, Número 7. Turín, 1879.
_____, "Carta a Don Bosco. Carhué, 27 de abril de 1879" en *Bolletino Salesiano*, Año III, Número 10. Turín, 1879.
- DAIREAUX, Geoffrey, (1911) *Las veladas del Tropero*. Buenos Aires, Emecé, 2000.
- DAZA, José S., *Episodios militares*. Buenos Aires, Imprenta de Vicente Daroqui, 1908.
- DE ANGELIS, Pedro, *Colección de Obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.
_____, *Colección de Obras y Documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata. Tomos V, VI y VIII*. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1970.
- DOERING, Adolfo y LORENTZ, Pablo, *La Conquista del Desierto. Diario de los Miembros de la Comisión Científica de la Expedición de 1879*. Prólogo de Clodomiro Zavalía, Buenos Aires Comisión Nacional Monumento al Teniente Gral. Julio A. Roca. 1939.
- EBELOT, Alfred, *Frontera sur. Recuerdos y relatos de la Campaña del Desierto (1875-1879)*. Traducido por Nina y Ecala Dimentstein. Con introducción de Liborio Justo. Buenos Aires, editorial Kraft, 1968.
_____, *La guerre dans La Pampa. Souvenirs et récits de la frontière argentine*

- (1876-1879). Textes réunis, présentés et annotés para Bernard Lavallé. Paris, Editorial L'Harmattan, 1995.
- _____, *L'expédition au río Negro: souvenirs de la frontière argentine*. Tirada aparte de la *Revue des deux mondes*, 3 période, L'année, 1880.
- _____, *La pampa*. Buenos Aires, Alfer & Vays Edit., 1943.
- _____, *La pampa*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1965.
- _____, *La pampa. Costumbres argentinas*. Buenos Aires, Joseph Escary Edit., 1890.
- _____, *La pampa. Mœurs sudaméricaines*. Paris-Buenos Aires, Joseph Escary Edit., 1890.
- _____, *Relatos de la Frontera*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1968.
(Traducción de V. D. Bourillons de los artículos que se publicaron en la *Revue des deux Mondes* entre 1876 y 1880).
- ESPINOSA, Antonio, *La Conquista del Desierto. Diario del Capellán de la Expedición de 1879 Monseñor Antonio Espinosa, más tarde Arzobispo de Buenos Aires*. Prólogo y notas de Bartolomé Galíndez. Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente General Julio A. Roca, 1939.
- _____, *La Conquista del Desierto. Diario de la Campaña de 1789*. Buenos Aires, Editorial Freeland, 1968.
- FOTHERINGAM, Ignacio H, (1908) *La vida de un soldado o reminiscencias de las fronteras*. Buenos Aires, Biblioteca del Oficial, Círculo Militar, 1970.
- _____, *La vida de un soldado o reminiscencias de las fronteras*. Tomos I y II. Buenos Aires, Editorial Kraft, s.f.
- GALÍNDEZ, Bartolomé, *La Conquista del Desierto. Documentos relacionados con las expediciones a Santa Cruz y río Negro, ordenada una y realizada otra por el Ministro de Guerra y Marina, General Julio A. Roca*. Prólogo y recopilación de Bartolomé Galíndez, Buenos Aires, Comisión Nacional Monumento al Teniente General Roca, 1940.
- GARCÍA, Pedro, *Viaje a las Salinas Grandes. Navegación del Tercero*. Buenos Aires, Editorial Sudestada, 1969.
- GUTIÉRREZ, Eduardo, *Croquis y siluetas militares*. Buenos Aires, Igon Hermanos, 1886.
- GUTIÉRREZ, Eduardo, *Croquis y siluetas militares*. Buenos Aires, Emecé, 2001.
- LISTA, Ramón, *Exploración de la Pampa y de la Patagonia*. Buenos Aires, Talleres de La Tribuna Nacional, 1885.
- _____, *La Patagonia central*. Conferencia dada en la *Sociedad Geográfica Argentina* por su presidente Ramón L. Lista. Buenos Aires, Revista de la Sociedad Geográfica Argentina, tomo II, cuaderno XX, agosto, 1884.
- _____, *Los indios tebuelches. Una raza que desaparece* (1894) en *Obras* (tomos I y II), Buenos Aires, Editorial Confluencia, 1998.
- _____, *Mis Exploraciones y Descubrimientos en la Patagonia (1877-1880)*. Buenos Aires, Imprenta de Martín Biedma, 1880.
- _____, *Mis Exploraciones y Descubrimientos en La Patagonia (1877-1880)* en *Obras* (tomos I y II), Buenos Aires, Editorial Confluencia, 1998.
- _____, *Mis Exploraciones y Descubrimientos en La Patagonia (1877-1880)*. Buenos Aires, Marymar, 1975.
- _____, *Viaje a los Andes Australes* en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, enero, 1896, entrega I, tomo XLI.
- _____, *Viaje a los Andes Australes* (1893) en *Obras* (tomos I y II), Buenos Aires, Editorial Confluencia, 1998.
- _____, *Viaje al país de los Onas*. Buenos Aires, Revista de la Sociedad Geográfica

- Argentina. Tomo V, cuaderno 4, febrero-abril, 1887.
- _____, *Viaje al País de los Onas. Tierra del Fuego*. Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico de Alberto Nuñez, 1887.
- _____, *Viaje al País de los Onas. Tierra del Fuego*. (1887) en *Obras* (tomos I y II), Buenos Aires, Editorial Confluencia, 1998.
- _____, *Viaje al País de los Tehuelches. Exploraciones en la Patagonia Austral*. Buenos Aires, Imprenta de Martín Biedma, 1879.
- _____, *Viaje al País de los Tehuelches. Exploraciones en la Patagonia Austral* (1879) en *Obras* (tomos I y II), Buenos Aires, Editorial Confluencia, 1998.
- LUPO, Remigio (1938), *La conquista del desierto. Crónicas enviadas al diario "La Pampa" desde el Cuartel General de la Expedición de 1879*. Con prólogo de Bartolomé Galíndez. Buenos Aires, Editorial Freeland, 1968.
- MANSILLA, Lucio Victorio, *Una excursión a los indios ranqueles*. Introducción de Marcos Mayer. Buenos Aires, Colección Austral. Espasa Calpe, 1993.
- MORENO, Francisco Pascasio, *Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz (con un plano y 42 láminas)*, La Plata, Talleres de Publicación del Museo de la Plata, 1897.
- _____, *Notes Préliminaires sur une excursion aux territoires du Neuquén, Río Negro, Chubut et Santa Cruz*. Buenos Aires, Musée de la Plata. Ateliers de publications du Musée, 1897.
- _____, *Reminiscencias*. Versión propia documentada, recopilada por Eduardo V. Moreno. Buenos Aires, Eudeba, 1979.
- _____, *Reminiscencias del Perito Moreno* Versión propia recopilada por Eduardo V. Moreno. Buenos Aires, El elefante Blanco, 1997.
- _____, *Viaje a la Patagonia Austral. (1876-1877)*. Biblioteca "Dimensión Argentina" Estudio Preliminar de Raúl Rey Balmaceda. Buenos Aires, Ediciones Solar, 1969.
- _____, *Viaje a la Patagonia Austral. Emprendido bajo los auspicios del gobierno nacional (1876-1877)*. Tomos I y II. Buenos Aires, Imprenta de La Nación, 1879.
- OLASCOAGA, Manuel J., (1881) *Estudio Topográfico de La Pampa y Río Negro*. Buenos Aires, Eudeba, 1974.
- _____, *Estudio Topográfico de la Pampa y Río Negro por Manuel J. Olascoaga*. Editores Ostwald y Martínez, Buenos Aires, 1880
- _____, *La Conquete de la Pampa. Recueil de Documents Relatifs à la Campagne du Río Negro (suivi du rapport du Général Villegas sur l'expédition à Nahuel Huapi)*. Buenos Aires, Imprimerie du « Courrier de la Plata », 1881.
- _____, "Notas Descriptivas del Neuquén por el Gobernador de este territorio Coronel M.J. Olascoaga" Revista de la Sociedad Geográfica Argentina, Tomo VI., cuar LX, septiembre, 1888.
- _____, *Topografía andina / Aguas Perdidas*. Buenos Aires, Biblioteca de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza volumen I, Cabaut y Cía editores, 1935
- _____, *Topografía andina. Ferrocarril paralelo a los Andes como fomento de población y seguridad de la frontera. Complemento indispensable de la Campaña de 1879*. Buenos Aires, Jacobo Peuser, 1901.
- OROÑO, Nicasio, *Consideraciones sobre fronteras y colonias*. Buenos Aires, 1869.
- PAYRO, Roberto J. *La Australia Argentina. Excursion perrocarrilica a las costas patagónicas, Tierra del fuego e Isla de los Estados*, volúmenes I y II, Buenos Aires, Centro Editor de América

- Latina, 1982.
- PECHMANN, Guillermo, (1938) *El Campamento. 1878. Algunos cuentos históricos de fronteras y campañas*. Buenos Aires, Eudeba, 1980.
- POPPER, Julius. (1893) *Atlanta. Proyecto para la fundación de un pueblo marítimo en Tierra del Fuego y otros escritos*. Buenos Aires, Eudeba, 2003.
- PRADO, Manuel, "Campaña del Desierto" Conferencia dada el 24 de mayo de 1920. Buenos Aires, Talleres Gráficos Monkes, 1920.
- _____, *Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera. 1876-1883*. Buenos Aires, A. Moen, 1892.
- _____, (1892) *Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera*. Colección *El Pasado Argentino* dirigida por Gregorio Weinberg. Prólogo de Germán García. Buenos Aires, Hachette, 1960.
- _____, (1892) *Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera*. Buenos Aires, Biblioteca del Suboficial, 1935.
- _____, (1892) *Conquista de la Pampa. Cuadros de la Guerra de Frontera*. Prólogo de María Rosa Lojo. Buenos Aires, Taurus, 2005.
- _____, (1907), *Guerra al Malón*. Rosario, Editorial Biblioteca, 1968. (edición obsequio a compradores de bono de la Biblioteca Popular CC Vigil de la ciudad de Rosario).
- _____, (1907) *La Guerra al Malón*. Buenos Aires, Eudeba, 1970.
- _____, *La ocupación del desierto*. Buenos Aires, Liga Patriótica Argentina, 1925.
- QUESADA, Vicente G., "Las fronteras y los indios" en *Anales de la Sociedad Rural*, Buenos Aires, Nro 8, 1870.
- QUESADA, Vicente G., "Las fronteras y los indios. Apuntes históricos", en *La Revista de Buenos Aires*, Buenos Aires. Tomo 5 y 6, 1864.
- RACEDO, Eduardo, (1881) *La conquista del Desierto. Memoria militar y descriptiva de la Tercera División Expedicionaria*. Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1965
- _____, *Memoria Militar y Descriptiva sobre la Campaña de la 3era División expedicionaria al territorio de los ranqueles a las órdenes del General Eduardo Racedo*, Buenos Aires, Editores Ostwald y Martínez, 1881.
- ROSAS, Juan Manuel de, *Diario de la Expedición al Desierto (1833-1834)*. Buenos Aires, Plus Utra, 1965.
- _____, *Diccionario de la lengua pampa*. Buenos Aires, Editorial Quadrata, 2004.
- SARMIENTO, Domingo Faustino, (1851) *Campaña en el Ejército Grande*. Buenos Aires, Jackson Tomos I y II, s-f.
- _____, (1845) *Facundo o Civilización y Barbarie*. Venezuela, Editorial Ayacucho, 1977.
- VILLEGAS, Conrado, *Campaña de los Andes al Sur de la Patagonia por la Segunda División del Ejército, 1883. Partes detallados y diarios de la Expedición*. Buenos Aires, Imprenta La Tribuna Nacional, 1883.
- _____, Conferencia en Sesión Extraordinaria celebrada el 29 de julio de 1881. En *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*. Tomo I. Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico a Vapor de La Prensa, 1881.
- _____, (1881), *Expedición al gran lago Nahuel Huapi en el año 1881*. Partes y documentos relativos. Buenos Aires, Eudeba, 1977.
- _____, (1881) *Expedición al Nahuel Huapi en el año 1881*. Buenos Aires, Editorial Sudestada, 1969.

- ZEBALLOS, Estanislao Severo, *Descripción amena de la República Argentina. Tomo I: Viaje al país de los araucanos*. Buenos Aires, Peuser, 1881.
- _____, *Descripción amena de la República Argentina. Tomo II: La región del trigo*. Buenos Aires, Peuser, 1883.
- _____, *Descripción amena de la República Argentina. Tomo III: A través de las cabañas*. Buenos Aires, Peuser, 1888.
- _____, *La Conquista de Quince Mil Leguas. Estudio sobre la traslación de la Frontera Sud de la República al Río Negro. Dedicado á los Jefes y oficiales del Ejército Expedicionario*. Buenos Aires, Imprenta de Pablo E. Coni, 1878.
- _____, (1878), *La Conquista de Quince Mil Leguas. Estudio sobre la traslación de la Frontera Sur de la República al Río Negro*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- _____, (1878), *La Conquista de Quince Mil Leguas. Estudio sobre la traslación de la Frontera Sur de la República al Río Negro*. Prólogo de Enrique M. Barba. Buenos Aires, Librería Hachette, 1958.
- _____, (1884) *Callvucurá, Painé, Relmú*. Colección El pasado argentino dirigida por Gregorio Weinberg. Con estudio preliminar de Roberto Giusti, Buenos Aires, Librería Hachette, 1961.
- _____, (1884) *Callvucurá, Painé, Relmú*. Prólogo de Roberto Giusti. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1998.
- _____, (1884) *Callvucurá y la dinastía de los Piedra*. Prólogo de Guillermo Magrassi. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
- _____, (1884) *Callvucurá y la dinastía de los Piedra*. Prólogo de Roberto Giusti. Buenos Aires, Hachette, 1961.
- _____, *Episodios en los Territorios del Sur (1879)*. Estudio preliminar, edición y notas de Juan Guillermo Durán. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2004.
- _____, (1883) *La región del trigo*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1984.
- _____, *Painé y la Dinastía de los Zorros*. Presentación Luis V. Sommi. Buenos Aires, Eudeba, 1965.
- _____, (1884) *I Painé y la Dinastía de los Zorros, II Relmú, Reina de los Pinares*. Buenos Aires, Biblioteca del Suboficial, 1928.
- _____, *Viaje al país de los araucanos*. Buenos Aires, Editorial Anaconda, 1934.
- _____, *Viaje al país de los araucanos*. Buenos Aires, Editorial Hachette, 1960.
- _____, (1881) *Viaje al país de los araucanos*. Prólogo de León Benarós. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2002.

Bibliografía general

- AIRA, César, "Exotismo" en *Límites. 3er Congreso de ABR-ALIC, Niterói, 10 a 12 de agosto de 1992*. Anais, edusp. Sao Paulo, 1995.
- _____, *La fiebre*. Buenos Aires, Emecé editores, 1991.
- AGUILAR, Gonzalo, "Pampa barbara: una historia nacional" paper del autor, sin publicar.
- ALIATA, Fernando y SILVESTRI, Graciela, *El paisaje en el arte y las ciencias humanas*.

- Buenos Aires, CEAL, 1994.
- ALONSO, Paula, "En la primavera de la historia. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa". *Boletín del Instituto de Historia Argentina "Dr. Emilio Ravignani"*. Tercera serie, núm 115, primer semestre de 1997.
- ALTAMIRANO, Carlos, *Términos críticos de sociología de la cultura*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- ALZAGA, Enrique Williams, *La Pampa en la novela argentina*. Buenos Aires, Estrada editores, 1955.
- AMIGO CERISOLA, Roberto, "Imágenes para una nación. Juan Manuel Blanes y la pintura de tema histórico en la Argentina. En G. Curiel, R., González Mello y J. Gutiérrez Haces, (editores), en *Arte, historia e identidad en América: visiones comparativas*. Tomo II, UNAM, México, 1994.
- ANDERMANN, JENS, "Crónica de un genocidio. Últimas instantáneas de la frontera". En *La lucha de los lenguajes. Tomo II de la Historia Crítica de la Literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik. Director del volumen: Julio Schvartzman Buenos Aires, Emecé editores, 2003.
- _____, "Fronteras: la conquista del desierto y la economía de la violencia" en Schmidt-Welle, Friedhelm (ed.), *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid, Iberoamericana, 2003.
- _____, "The desert campaign: an essay in segmentarity" cap VIII. Paper-Work in progress presentado en el Foro de Crítica Cultural de la Universidad de San Andrés.
- _____, "Evidencias y ensueños: el gabinete del Dr. Moreno" en Revista *Filología*, XXXI, 1-2. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras UBA, 1998.
- _____, *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2000.
- ANDERSON, Benedict, *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- ARENDT, Hannah, *¿Qué es la política?* Buenos Aires, Paidós, 2005.
- _____, *La tradición oculta*. Buenos Aires, Paidós, 2004.
- _____, *Sobre la revolución*. Buenos Aires, Alianza editora, 1992.
- ARLT, Roberto, En el país del viento. Viaje a la Patagonia, 1934. Edición y prólogo de Sylvia Saïtta. Buenos Aires, Simurg, 1977.
- ASTRE, Georges Albert y HOARAU, Albert Patrick, *El universo del western*. Madrid, Editorial Fundamentos, 1986.
- AUZÁ, Néstor T., *El conflicto de límites con Chile*. Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1965.
- AUZÁ, Néstor, "La ocupación del espacio vacío: de la frontera interior a la frontera exterior. 1876-1910" en Ferrari, G y Gallo, E. (Compiladores) *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1980.
- BABIINI, José, *Historia de la ciencia en la Argentina*. México-Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 1949.
- BANDIERI, Susana, "Ampliando las fronteras: la ocupación de la Patagonia" en Lobato, Mirta, *Nueva Historia Argentina. Tomo V: El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000.
- _____, (compiladora) *Cruzando la cordillera... La frontera argentino-chilena como espacio social*. Neuquen, Centro de Estudios de Historia Regional- CEFHR. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional del Comahue, 2001.

- _____, *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005.
- BARCIA, Pedro Luis, "Estanislao S. Zeballos y su trilogía pampeana" en Revista de la Universidad nro 27, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1981.
- BATTICUORE, Graciela, *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires, Edhasa, 2005.
- _____, Gallo, Klaus y Myers, Jorge (compiladores), *Resonancias Románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- BAUMAN, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas, 1995.
- BAZGAN, Gonzalo, *Modernización del Ejército en el contexto de consolidación del Estado Argentino. 1865-1901*. Trabajo de Licenciatura en Relaciones Internacionales. Universidad de San Andrés, 2004.
- BECHIS, Martha, "De hermanos a enemigos: los comienzos del conflicto entre los criollos republicanos y los aborígenes del área arauco-pampeana-norpatagónica" en Susana Bandieri (coord) *Cruzando la cordillera. La frontera argentino-chilena como espacio social*. Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, 2000.
- _____, "Fuerzas indígenas en la política criolla del siglo XIX" en *Caudillismos rioplatenses. Nuevas Miradas a un viejo problema*. Compiladores: Noemí Goldman y Ricardo Salvatore. Eudeba, Buenos Aires, 2005.
- BEDOYA, Juan Carlos, *La campaña del Desierto y la tecnificación ganadera*. Buenos Aires, Eudeba, 1981.
- BLENGINO, Vanni, *La zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- BOBBIO, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- BODIN, Louis, *Los intelectuales*. Buenos Aires, Eudeba, 1970.
- BONNET, Félix, *Guerre franco-allemande (1882-1886). Résumé et Commentaires de l'ouvrage du grand état-major prussien*. Tomos I, II y III. París, Librairie Militaire de L'Baudoïn Et Ce, 1886.
- BOTANA, Natalio, "El federalismo liberal en la Argentina: 1852-1930" en Carmagnani, Marcelo (coordinador), *Federalismos latinoamericanos: México, Brasil, Argentina*. México, El colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- BOURDIEU, Pierre, "Campo intelectual y proyecto creador" en *Problemas del estructuralismo*. México, Siglo XXI, 1967.
- _____, *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires, Eudeba, 1999.
- BRIONES, Claudia y CARRASCO, Morita, *Pacta Sunt Servanda. Capitulaciones, convenios y tratados con indígenas en Pampa y Pampa (Argentina 1742-1878)*. Buenos Aires, Internacional Work Group for indigenous affaire (IWGLA) Vinciguerra, 2000.
- BRUNER, Jerome, *La fábrica de historias. Derecho, literatura, vida*. Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 2003.
- BRUNNER, José Joaquín y FLISFICH, Ángel, *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*. Santiago de Chile, FLACSO, 1983.
- BRUNO, Paula, *Paul Groussac. Un estratega intelectual*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica- Universidad de San Andrés, 2005.
- BUONOCUORE, Domingo, "La Biblioteca de Estanislao S. Zeballos" en *Universidad. Publicación de la Universidad Nacional del Litoral*. Santa Fe, 1956.
- _____, *Librerías. Editores e Impresores de Buenos Aires. Esbozo para*

- una historia del libro argentino*. Buenos Aires, Bowker editores, 1974.
- BURRIGUINI, Walter, "Volúmenes de circulación=Alfabetización ¿una ecuación inmutable? Los límites del campo de lectura finisecular porteño (1870-1910)" (paper del autor)
- CAIMARI, Lila, *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores, 2004.
- CÁCERES FREYRE, Julián, "Los científicos en la expedición militar del General Julio A. Roca de 1879" en *Logos. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1979.
- CAMPS, Sibila, "La vuelta a su tierra de Mariano Rosas, el cacique de los ranqueles". En *Diario Clarín*, Buenos Aires, 25 de junio de 2001.
- CANAPARO, Claudio, "Marconi and other Artífices: Long-Range Technology and the Conquest of the Desert". En Andermann, Jens and Rowe, William, *Images of Power. Iconography. Culture and the State in Latin America*. New York, Oxford Berghan Books, 2005.
- CÁRDENAS DE MONNER SANS, María Inés, "Álvaro Barros, Pionero y artífice de la Conquista del Desierto". En *Congreso Nacional de Historia sobre la conquista del Desierto*. Gral. Roca, 1979. Buenos Aires, *Academia Nacional de la Historia*, 1980.
- CARRIZO, Silvina, *Fronteiras da imaginação. Os românticos brasileiros: mestiçagem e nação*, Niteroi, EdUFF, 2001.
- CASAMIQUELA, Rodolfo, "Los ingredientes étnicos indígenas de la Conquista del Desierto" en *Actas CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA SOBRE LA CONQUISTA DEL DESIERTO*. Tomo II. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1980.
- CASTELLÁN, Ángel, "Nacimiento historiográfico del término *desierto*". Separata del Congreso Nacional de Historia sobre la Conquista del Desierto. Gral Roca, 6 al 10 de noviembre de 1979.
- CATELLI, Nora, *El Espacio Autobiográfico*. Buenos Aires, Editorial Lumen.
- CICERCHIA, Ricardo. "Journey, Rediscovery and Narrative: British Travel Accounts of Argentina" Institute of Latin American Studies. University of London, 1998.
- CLEMENTI, Hebe, *F. J. Turner*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1992.
- COLOMBI, Beatriz, *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2004.
- CUARTEROLO, Miguel Ángel, *Soldados de la memoria. Imágenes y hombres de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires, Planeta, 2000.
- _____ *Soldados (1848-1927)*. Investigación fotográfica: Miguel Ángel Cuarterolo, Abel Alexander. Investigación histórica: My Sergio H. Toyos. Buenos Aires, Fundación Soldados- Editorial Edivern, 2004.
- CURRUHUINCA, Curapil y ROUX, Luis. *Las matanzas del Neuquén. Crónicas mapuches*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1993.
- CUTRERA, María Laura, "Subordinarlos", "someterlos" y "sujetarlos al orden". *Los indios amigos de Azul, Tandil y Tapalqué durante la década de 1830*. Tesis de Maestría, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2006.
- DA CUNHA, Euclides, *Los sertones. Campaña de Cambudos*. Edición preparada por Florencia Garramuño, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- DALMARONI, Miguel, *Una república de las letras. Lugones, Rojas, Payró. Escritores argentinos y Estado*. Rosario, Beatriz Viterbo editora, 2006.
- DANIEL, Howard (ed.), *Callot Etchings*. New York, Dover Publications, Inc., 1974.
- DARWIN, Charles, *A naturalist's voyage. Journal of researches into the natural history and geology of the countries visited during the voyage of H.M.S. "Beagle" round the world under the command of Capt.*

- Fitz Roy*. London, J. Murray, 1888.
- DE ANGELIS, Pedro, *La ciudad encantada de la Patagonia. La leyenda de los Césares*. Buenos Aires, Ediciones Continente, 2005.
- DE CERTEAU, Michel, *Heterologies. Discours on the other*. Minneapolis, London, University of Minesota Press, 1995.
- _____, *La escritura de la historia*. México, Universidad Iberoamericana, 1993.
- _____, *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana, 1996.
- DE DIEGO, José Luis, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2006.
- DE MAN, PAUL, "Autobiography as De-Facement" en *The Rethoric of Romanticism*. New York, Columbia University Press. 1984.
- DE SAGASTIZÁBAL, Leandro, *Diseñar una nación. Un estudio sobre la edición en la Argentina del Siglo XIX*. Buenos Aires, editorial Norma, 2002.
- DEBESA, Fabián y GALMARINI, Mónica, "Restituyeron los restos del célebre cacique pampeano Mariano Rosas". En *Diario Clarín*, Buenos Aires, 23 de junio de 2001.
- DELEUZE, Gilles, *Lógica del sentido*. Barcelona, Paidós, 1989.
- _____, y Guattari, Félix, *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 2002.
- DEPETRIS, José Carlos, "Los indios de ayer somos los argentinos de hoy". En Buenos Aires, *Suplemento N, Clarín*, 11 de septiembre de 2004.
- DERRIDA, Jacques, "L'oreille del l'autre. Otobiographies, transferts, traductions. Textes et débats avec Jacques Derridá (eds. Claude Levesque y Christie V. Mc Donald) Montreal, VLB éditeur, 1982.
- D'ORBIGNY, Alcide, *Viaje por América Meridional*. Buenos Aires, Emecé, 1999.
- DURAN, Juan Guillermo, Estudio Preliminar a *Episodios en los Territorios del Sur (1879)* de Estanislao Zeballos. Buenos Aires, 2004, El Elefante Blanco.
- _____, *Namuncurá y Zeballos. El archivo del Cacicazgo de Salinas Grandes (1870-1880)*. Buenos Aires, Ed. Bouquet, 2006.
- EUJANIAN, Alejandro, "La cultura: público, autores y editores" en Bonaudo, Marta, *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880) - Historia Argentina, tomo IV-*. Buenos Aires, editorial Sudamericana, 1999.
- ECKHARDT, Marcelo, *Nítida esa euforia*. Rosario, Beatriz Viterbo editora, 1999.
- FERNÁNDEZ, Teófilo, *La conquista del desierto*. Rosario, Establecimiento Tipográfico Capital, 1910.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Álvaro, "Catálogo, colección y colonialismo interno: una lectura de la descripción de la patagonia de Thomas Falkner (1774)" en *Revista de crítica literaria latinoamericana*. Año XXX, Nro 60. Lima-Hanover, 2do semestre de 2004.
- _____, "La frontera portátil: nación y temporalidad en Lastarria y Sarmiento". En *Revista Iberoamericana*. Vol. LXIII, Núms 178-179, Enero- Junio, 1997. P 141-147.
- _____, (compilador) *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires, Manantial, 2000.
- _____, *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana- Universidad de San Andrés, 1999.
- _____, "Masculinidades coleccionistas: políticas del cuerpo en la

- frontera, Argentina y Brasil, circa 1880. (a publicarse en Eva Lynn Jagoe, Ana Peluffo e Ignacio Sánchez-Prado, eds., *Masculinidades decimonónicas*. Madrid-Frankfurt: Vervuert)
- FOUCAULT, Michel, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México, Siglo Veintiuno editores, 1993.
- FOLLARI, Roberto A., *Teorías débiles. Para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales*. Rosario, Homo Sapiens ediciones, 2003.
- FRENCH, Philip, *Westerns*. Buenos Aires, Ediciones Tres Tiempos, 1977.
- GALLO, Ezequiel y FERRARI, Gustavo (compiladores) *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1980.
- GENERANI, Gustavo, "Roberto J. Payró. El realismo como política" en EL Imperio Realista, volumen 6, dirigido por María Teresa Gramuglio en *Historia Crítica de la Literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik, Buenos Aires, Emecé Editores, 2002.
- GARCÍA ENCISO, Isaías, *Tolderías, fuertes y fortines*. Buenos Aires, Emecé, 1979.
- GASPARINI, Sandra y ROMÁN, Claudia, "Fauna académica: Las "calaveradas perdonables" de Eduardo L. Holmberg" en Eduardo Holmberg, *El tipo más original y otras páginas*. Buenos Aires, Simurg, 2001.
- GIUSTI, Roberto, "Estudio Preliminar" a *Callbucurá, Painé, Relmú* de Estanislao Zeballos, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1998.
- GONNET, Esteban, PANUNZY, Benito y otros. (fotógrafos) *Buenos Aires Ciudad y Campaña (1860-1870) Fotografías*. Ediciones Fundación Antorchas, 2000.
- GRAMSCI, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2004.
- GUSDORF, Georges "Conditions et limits de l'autobiographie" en *Formen der Selbstdarstellung. Analekten zu einer Geschichte des literarischen Selbstportraits. Festgabe für Fritz Neubert*. Berlin, Dunker & Humblot, 1956.
- HALPERIN DONGHI, Tulio, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, editorial Sudamericana, 1988.
- _____, "Prólogo" a *Campaña en el Ejército Grande*. Universidad Nacional de Quilmas. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- _____, (Selección, prólogo y cronología) *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.
- _____, *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
- HAMLEY, Edward, *Operaciones de la guerra*. Madrid, Tipografía y Litografía del Depósito de la Guerra, 1876.
- HERNÁNDEZ, José, *Martín Fierro*. Edición crítica. Élica Lois, Ángel Nuñez Coordinadores. Caracas, Colección Archivos, 2001.
- HOBBSAWM, Eric. *Bandidos*. Ariel, Barcelona, 1976.
- HORA, Roy. *Los terratenientes de la pampa Argentina. Una historia social y política, 1860-1945*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana, 2005.
- HOSNE, Roberto, *Patagonia. El territorio de la aventura*. Buenos Aires, Lugar Editorial, 2003.
- HUX, Meinrado, *Caciques borogas y araucanos*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2004.
- _____, *Caciques huiliches y salineros*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2004.
- _____, *Caciques pampa-ranqueles*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2004.
- _____, *Caciques peluñches*. Buenos Aires, Ediciones Marymar, 1991.
- _____, *Caciques puelches, pampas y serranos*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2004.
- IGLESIA, Cristina, "El placer de los viajes. Notas sobre *Una excursión a los indios ranqueles* de

- Lucio V. Mansilla". En García Castañeda, Salvador (coordinador). *Literatura de Viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*. Madrid, Editorial Castalia. The Ohio State University, 1999.
- _____, "La ley de la frontera. Biografías de pasaje en el *Facundo* de Sarmiento" en *La violencia del azar*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- _____, "Mejor se duerme en la pampa. Deseo y naturaleza en *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla" en *La violencia del azar*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- _____, "Mansilla: Sueños y vigiliás" en *La violencia del azar*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- IRIARTE, Josefina, MAGGIOLO, Miriam y TORRE, Claudia, "Los viajeros ingleses en el Río de la Plata. (1810-1860). El juego de las otredades". En Revista *Filología*, 24, 1-2, Buenos Aires, 1989.
- JITRIK, Noé, *El mundo del '80*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
- _____, *Los viajeros*. Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1969.
- JOMINI, Antoine, *Traité des Grandes Opérations Militaires ou Histoire Critique des Guerres de Frédéric Le Grand comparées au system modern*. Tomos I, II y III. Paris, Ch. Tanera Éditeur. Librarie pour l'art militaire, les sciences et les arts, 1851.
- JUSTO, Liborio (Quebracho) *Pampas y lanzas. Fundamentos histórico- económico- sociales de la nacionalidad y de la conciencia nacional argentina*. Buenos Aires, Editorial Palestra, 1962.
- _____, (Lobodón Garra) *La tierra maldita. Relatos bravíos de la Patagonia salvaje y de los mares australes*. Santiago de Chile, ediciones Ercilla, 1936.
- KOHAN, Martín, *Narrar a San Martín*. Buenos Aires, Adriana Hidalgo editora, 2005.
- LACOSTE, Juan Pablo, *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*
- LAERA, Alejandra, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2003.
- _____, "Genealogía de un mito imposible: La "cautiva" de Leopoldo Lugones". En <http://www.iacd.oas.org/laera.htm>.
- LANDINI, Enrique "Las armas de los expedicionarios" en *Todo es Historia*, Nro. 144. Buenos Aires, 1979.
- LAWRENCE DE ARABIA, T. E., *Los siete pilares de la sabiduría*. Madrid, Punto de lectura, 2000.
- LAZZARI, Axel "La repatriación de los restos de Mariano Rosas: disputas y paradojas en el reconocimiento multicultural de los ranqueles". Ponencia del Seminario de Antropología Social, IDES, Buenos Aires, 2005.
- LEJEUNE, Philippe, « Autobiographie et histoire sociale au XIXe siècle » en *Individualisme et autobiographie en Occident*. Bruxelles, Editorial de l'Université de Bruxelles, 1983.
- _____, *Le pacte autobiographique*. Paris, Seuil, 1996 (1975).
- _____, *Moi Aussi*. Seuil, Paris, 1986.
- LETTIERI, Alberto R., "De la República de Opinión a la República de las Instituciones" en Bonaudo, Marta, *Liberalismo. Estado y Orden Burgués (1852-1880)* Tomo IV de *Nueva Historia Argentina*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999.
- _____, *La República de las Instituciones. Proyecto, desarrollo y crisis del Régimen político liberal en la Argentina en tiempos de la organización nacional (1852-1880)*. Buenos Aires, El Quijote Editorial, 2000.
- LEVAGGI, Abelardo, "Tratamiento legal y jurisprudencial del aborigen en la Argentina durante el siglo XIX" en *El Aborigen y el Derecho en el pasado y el presente*. Buenos Aires, Museo Social Argentino, 1990.

- LEWIS, Colin M., "La consolidación de la frontera argentina a fines de la década del 70. Los indios, Roca y los ferrocarriles". En Ferrari, Gustavo y Gallo, Ezequiel (compiladores) *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1980.
- LIVON-GROSSMAN, Ernesto, *Geografías imaginarias. El relato de viaje y la construcción del espacio patagónico*. Rosario, Betriz Viterbo Editoria, 2003.
- LOUREIRO, Ángel, "Problemas teóricos de la autobiografía" en Suplementos Anthropos. Barcelona, Editorial Anthropos, 1991.
- LUGONES, Leopoldo, *Historia de Roca*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1980.
- LUNA, Félix, *Soy Roca*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1989.
- LUDMER, Josefina, "1880: los sujetos del estado liberal" en *La situación autobiográfica*. Compilador Juan Orbe. Buenos Aires, Ediciones Corregidor, 1995.
- MAGRASSI, Guillermo, "Prólogo" a *Estanislao Zeballos, Callvucurá y la dinastía de los Piedra*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981. Blanca, Universidad Nacional del Sur, 1973.
- MALOSETTI COSTA, Laura. "Los conquistadores del desierto en 1927". En *Entre pasados* Nro 18-19, Buenos Aires, 2000.
- _____, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.
- _____, (curadora), *Pampa, ciudad y suburbio*. Exposición-Catálogo. Buenos Aires, Fundación OSDE, 2007.
- _____, "¿Un paisaje abstracto? Transformaciones en la percepción y representación visual del desierto argentino". En *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Compiladores Graciela Batticuore, Klaus Gallo, Jorge Myers. Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- _____, y PENHOS, Marta, "Imágenes para el desierto argentino. Apuntes para una iconografía de la pampa". En *Campo- Ciudad en las Artes en Argentina y Latinoamérica*. 3as Jornadas de Teoría e Historia de las Artes. Buenos Aires, CAIA Coedigraf, 1991.
- MALLO, Silvia "¿Quién se quedó con el desierto?" en *Todo es Historia*, Nro. 144. Buenos Aires, 1979.
- MANDRINI, Raúl (editor), *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina, siglos XVIII y XIX*. Colección Nueva Dimensión Argentina dirigida por Gregorio Weinberg Buenos Aires, Taurus, 2006
- MANSILLA, Eduarda, *Pablo ou la vie dans las pampas*. París, E.Lachaud, Libraire-Éditeur, 1869.
- _____, *Pablo o la vida en las pampas*. Edición al cuidado de Jorge Carman. Buenos Aires, CM editores, 2007.
- MANZI, Homero y PETIT DE MURAT, Ulises, *Pampa Bárbara* (guión). Dirigido por Lucas Demare y Hugo Fregonese. Buenos Aires, Conjunta Editores, 1976.
- MAQUIAVELO, Nicolás, *Del arte de la guerra*. Buenos Aires, Quadrata, 2002.
- MARTÍNEZ SARASOLA, *Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina*. Buenos Aires, Emecé, 1992.(segunda edición: 2005)
- MARTÍNEZ SIERRA, Ramiro, *El mapa de las Pampas*. Buenos Aires, Talleres gráficos de la Dirección Nacional del Registro Oficial. 1975. Tomos I y II.
- MARX, Leo, *La máquina en el jardín. Tecnología y vida campestre*. México, Editores Asociados, 1974.
- MASES, Enrique, *Estado y cuestión indígena. El destino final de los indios sometidos en el sur del territorio (1878-1910)* Prometeo, Buenos Aires, 2002.

- MATIJEVIC, Nicolás, *Bibliografía sobre la Conquista del Desierto*. Bahía Blanca, Departamento de Ciencias Sociales- Universidad Nacional del Sur. Centro de Documentación Patagónica, 1979.
- MAYER, Marcos, "Introducción" a Mansilla, Lucio V. *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1993.
- MITCHELL, W. J. T., *Landscape and Power*, ed. By W. J. T. Mitchell. Chicago, The University of Chicago Press, 1994.
- MONTSERRAT, Marcelo, *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
- NAVARRO FLORIA, Pedro, *Ciencia y política y en la región norpatagónica: el ciclo fundador (1779-1806)*. Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera, 1994.
- _____ (comp.), *Patagonia, ciencia y conquista. La mirada de la primera comunidad científica argentina*. Neuquén, Centro de Estudios Patagónicos, 2004.
- NEIBURG, Federico y PLOTKIM, Mariano (compiladores) *Intelectuales y Expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires, Paidós, 2004.
- NOUZEILLES, Gabriela, "Desert Dreams: Nomadic Tourists and Cultural Dicontent". En Andermann, Jens and Rowe, William, *Images of Power. Iconography. Culture and the State in Latin America*. New York, Oxford, Berghan Books, 2005.
- _____, "Heterotopías en el desierto: Callois y Saint-Exupery en Patagonia" en *Margenes. Revista de Cultura*. Nro 5, Belo Horizonte, jul-dez, 2004
- _____, "Patagonia as Borderland: Nature, Culture and the idea of the State". En *Journal of Latin American Cultural Studies*. Vol 8, Nro 1, New York, 1999, pp 35-48.
- OLNEY, James, "Some Versions of Memory/ Some Versión of Bios: The Ontology of Autobiography" en *Autobiography. Essays Theoretical and Critical*. Princeton, Princeton University Press, 1980.
- PAEZ, Jorge, *La conquista del Desierto*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970.
- PASTORMERLÓ, Sergio, "1880-1899. El surgimiento de un mercado editorial" en de Diego, José Luis, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 2006.
- PENHOS, Martha, *Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del siglo XVIII*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005.
- PERON, Juan Domingo, *Toponimia patagónica de etimología araucana*. Buenos Aires, Imprenta de la Biblioteca Nacional, 1948.
- PICCIRILLI, Ricardo, ROMAY, Francisco L. y GIANELLO, Leoncio, *Diccionario histórico argentino*. Buenos Aires, Ediciones históricas argentinas, 1954.
- PICHEL, Vera, *Las cuarteleras. Cuatro mil mujeres en la Conquista del Desierto*. Buenos Aires, Planeta, 1994.
- PINTO RODRÍGUEZ, Jorge, *De la inclusión a la exclusión. La formación del estado, la nación y el pueblo mapuche*. Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados Universidad de Santiago de Chile, 2000.
- PODGORNY, Irina y SCHAFFNER, Wolfgang, "La intención de observar abre los ojos. Narraciones, datos y medios técnicos en las empresas humboldtianas del siglo XIX". En *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, Nro 4, 2000, pp. 217-227
- PRATT, Mary Louise, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. London and New York, Routledge, 1992.
- PRIETO, Adolfo, *Diccionario básico de literatura argentina*. Buenos Aires, Centro Editor de

- América Latina, 1968.
- _____, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Emecé, 1988.
- _____, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)* Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996.
- RAMA, Ángel, *La ciudad letrada*. Montevideo, Fundación internacional Ángel Rama, 1984.
- RAMAYON, Eduardo, *Las caballadas en la guerra del indio*. Buenos Aires, Eudeba, 1979.
- RODRIGUEZ, Fermín, "Estanislao Zeballos: un desierto para la nación". En Andermann, J. y Schell, P. *Relics & Selves: Iconographies of the National in Argentina, Brazil and Chile. 1880-1890. Virtual Exhibition, Articles. Investigacoes*. <http://www.bbk.ac.uk/ibamuseum/texts>.
- ROJAS LAGARDE, Jorge Luis, *Malones y comercio de ganado con Chile. Siglo XIX*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2004.
- ROUQUIE, Alain, *Pouvoir Militaire, Societe Politique, Republique Argentine*. París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences politiques, 1978.
- SABOR RIERA, María Angeles, *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX. Parte 2: 1852-1910*. Resistencia, Universidad Nacional del Noroeste, 1975.
- SAER, Juan José, *El Río sin orillas. Tratado imaginario*. Buenos Aires, Alianza editor, 1994.
- SAID, Edward, *Representaciones del intelectual*. Barcelona, Paidós, 1996.
- SALVIONI, Amanda, *L'invenzione di un medioevo americano. Rappresentazioni moderne del passato coloniale in Argentina*. Roma, Diabasis, 2003.
- SANCHEZ VLAMONTE, Carlos, *Historia Institucional Argentina*. Segunda edición corregida. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura económica, 1957.
- SANTOS GÓMEZ, Susana, *Bibliografía de Viajeros a la Argentina*. Tomos I y II. Buenos Aires, FECIC- Instituto de Antropología e Historia Hispanoamericana, 1999.
- SARLO, Beatriz, "En el origen de la cultura argentina: Europa y el desierto" en *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2007.
- _____, "Prólogo a la edición en español. Raymond Williams: del campo a la ciudad" en Williams, Raymond, *El Campo y la Ciudad*. Buenos Aires, Paidós, 2001.
- _____, "Una novela política de Roberto J. Payró" en *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2007.
- SARMIENTO, Domingo Faustino, *Campaña en el Ejército Grande*. Buenos Aires, W. M. Jackson, s. f.
- _____, *Viajes por Europa, África y América (1845-1847) y Diario de Gastos*. Edición Crítica Javier Fernández Coordinador. Buenos Aires, Colección Archivos- Fondo de Cultura Económica Argentina, 1993.
- SCARZANELLA, Eugenia, *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en Argentina, 1890-1940*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1999.
- SCAVINO, Dardo, *Barcos sobre la pampa. Las formas de la guerra en Sarmiento*. Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1993.
- SCHIMDT-WELLE, Fiedhelm (ed.), *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2003.
- SCUNIO, Teniente Coronel Alberto D. H., *Del Río IV al Lime Leuvú*. Círculo Militar, 1980.
- SIEGRIST DE GENILE, NORA Y MARTÍN, MARIA HAYDEE, *Geopolítica. ciencia y técnica a través de la Campaña del Desierto*. Buenos Aires, Eudeba, 1981.

- SILVESTRI, Graciela, "El imaginario paisajístico en el litoral y el sur argentinos" en Bonaudo, Marta, *Nueva Historia Argentina. Tomo IV: Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1999.
- _____, "Errante en torno de los objetos miro. Relaciones entre artes y ciencias de descripción territorial en el siglo XIX rioplatense". En *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Compiladores Graciela Batticuore, Klaus Gallo, Jorge Myers. Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- _____, Bibliográfica sobre *La Zanja de la Patagonia. Los nuevos conquistadores: militares, científicos, sacerdotes y escritores* (2005) de Vanni Blengino. En Revista *Prismas*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2006.
- SOSA, Norma, *Mujeres Indígenas de la Pampa y de la Patagonia*. Buenos Aires, Emecé, 2001.
- STUCKERT, Guillermo, "La Campaña del General Roca al Desierto y la Academia Nacional de Ciencias". *Misceláneas*, Nro 40. Córdoba, Academia Nacional de Ciencias, 1961.
- SUSSEKIND, Flora, *O Brasil nao é longe daqui*, Sao Paulo, Companhia Das Letras, 1990.
- SUN TZU, *El arte de la guerra*. Buenos Aires, Bureau editor, 2001.
- TAMAGNANI, Marcela, *Cartas de Frontera. Los documentos del conflicto Inter-étnico*. Universidad Nacional de Río Cuarto. Facultad de Ciencias Humanas, 1995
- TAMBORENEA, Mónica "La constitución de la subjetividad en los relatos de viaje del '80" en Ette, Otmar y Pagni, Andrea, *Crossing the Atlantic: Travel Literatura and the perception of the other*. Dispositio. Revista Americana de Estudios Comparados y Culturales. Vol XVII, Nros 42-43, University of Michigan, 1992.
- TARNOPOLSKY, Samuel, *Indios, pampas y conquistadores del desierto en la novela*. Santa Rosa, Fondo Editorial Pampeano, 1996.
- TERAN, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*. Derivas de la "cultura científica". Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- TOCQUEVILLE, Alexis de, *La democracia en América*. Prefacio, Notas y bibliografía de J. P. Mayer. México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- TORRE, Claudia, "Autobiografía y Campaña. La escritura expedicionaria del '80." en Jitrik, Noé (comp.) *Aventuras de la Crítica. Escrituras latinoamericanas del siglo XXI*. Buenos Aires, Alción editora, 2006.
- _____, "Escribir el desierto: los relatos patagónicos de Roberto J. Payró y Roberto Arlt" en Pereyra, María Antonieta y Lourenzo, Eliana (comp.), *Literatura e Estudos Culturais*. Belo Horizonte, Faculdade de Letras da UFMG, 2000.
- _____, "La pampa en francés. A propósito de *Pablo ou la vie dans les Pampas*" Ponencia presentada en II Congreso internacional "Literatura y Crítica cultural" Universidad de Buenos Aires, Centro Cultural Gral. San Martín, Buenos Aires, 1994.
- _____, "Literatura y documentalismo en la narrativa expedicionaria del desierto" En Batticuore, Graciela, Gallo, Klaus y Myers, Jorge (comps.), *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*. Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- _____, "Los relatos de viajeros". En Schwartzman, Julio. *La lucha de los lenguajes. Tomo II de la Historia Crítica de la Literatura argentina* dirigida por Noé Jitrik. Buenos Aires, Emecé editores, 2003
- TORRE, María Marcela, "¿Oeste conquistado... Oeste creado? La influencia de la historiografía turneriana en el western hollywoodense". (paper de la autora)
- TUNINE I II, Angel, "Escribir en los arbores, escribir en la arena: viaje al país de los araucanos de Estanislao S. Zeballos" en *Nuevas tierras con viejos ojos. Viajeros españoles y*

- latinoamericanos en Sudamérica. Siglos XVIII y XIX.* Buenos Aires, Editorial Corregidor, 2001.
- TURNER, Frederick, *The Significance of the Frontier in American History*, New York, Frederick Ungar Publishing Co., 1963.
- VEZUB, Julio, *Indios y Soldados. Las fotografías de Carlos Encina y Edgardo Moreno durante la "Conquista del Desierto"*. Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2002.
- VEZZETTI, Hugo, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2003.
- VIÑAS, David, *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
- VON CLAUSEWITZ, Karl, *De la Guerra*, Asunción, editorial Shica, 1981.
- VON CLAUSEWITZ, Karl, *De la Guerra*. Buenos Aires, Biblioteca del Oficial- Círculo Militar, Tomos I, II y III, 1968.
- VON CLAUSEWITZ, Karl, *De la Guerra. Libro III "De la estrategia en general"*. Medellín, editorial Zeta, 1972.
- VON CLAUSEWITZ, Karl, *La Campagne de 1812*. París, Libraire Militaire R.Chapelot et Co., 1900.
- VON MOLTKE, Helmuth, *La guerra franco alemana de 1870-71*. Barcelona, Montaner y Simón editores, 1891
- VULETIN, Alberto, *La Pampa. Grafías y etimologías toponímicas aborígenes*. Buenos Aires, Eudeba, 1972.
- _____, *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.
- WAAG, Else María, *Tres entidades "wekufu" en la cultura mapuche*. Buenos Aires, Eudeba, 1982.
- WALTHER, Juan Carlos, *La conquista del desierto. Síntesis histórica de los principales sucesos ocurridos y operaciones militares realizados en la Pampa y Patagonia contra los indios (años 1527-1885)*. Buenos Aires, Eudeba, 1974.
- WEINBERG, Pedro Daniel, "Estudio Preliminar" a *Indios, Frontera y Seguridad Interior* (Compilación de trabajos) de Álvaro Barros. Buenos Aires, Solar -Hachette, 1975.
- WILLIAMS, Raymond, *Marxismo y literatura*. Buenos Aires, Península.- Biblios, 1997.
- _____, *The country and the city*. New York, Oxford University Press, 1973.
- ZIGON, Ana Teresa, "El marco ideológico de la Campaña del Desierto" en *Todo es Historia*. Buenos Aires, Año XVIII, septiembre de 1986, Nro 232.
- ZIMMERMANN, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina (1890-1916)*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana- Universidad de San Andrés, 1995.

Publicaciones

- INFORME OFICIAL DE LA COMISIÓN CIENTÍFICA AGREGADA AL ESTADO MAYOR GENERAL DE LA EXPEDICIÓN AL RÍO NEGRO (PATAGONIA). Realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879 bajo las órdenes del General D. Julio A. Roca (con 16 láminas). Buenos Aires, Imprenta de Ostwald y Martínez, 1881.
- Anuario Nro. 1 de la *Asociación de Expedicionarios al Desierto*. "El Chasque del Desierto". Buenos Aires, 1983.

- *Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Publicado bajo la dirección de su presidente Dr. D. Estanislao S. Zeballos.* Tomo I, Buenos Aires, Establecimiento tipográfico a vapor de *La Prensa*, 1881.
 - *Boletín del Instituto Geográfico Argentino. Publicado bajo la dirección de su presidente Dr. D. Estanislao S. Zeballos.* Tomo II, cuaderno II. Buenos Aires, Establecimiento tipográfico a vapor de *La Prensa*, 1881.
 - *Campaña del Desierto: 1878-1884.* Ministerio del Interior, Secretaría del Estado de Gobierno, Buenos Aires, *Archivo General de la Nación*, 1969.
 - *Clarín Cultura.* Suplemento especial dedicado a la Conquista del Desierto, 11 de julio de 1979.
 - CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA SOBRE LA CONQUISTA DEL DESIERTO. Celebrado en la ciudad de Gral. Roca del 6 al 10 de noviembre de 1979. Actas. Tomos I, II, III y IV. Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1980.
 - *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados*, 1879.
 - *FRONTERA ARGENTINO-CHILENA en la Cordillera de los Andes.* Exposición argentina. Láminas, Londres, 1901.
 - *Informe Oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia). Realizada en los meses de abril, mayo y junio de 1879 bajo las órdenes del General D. Julio A. Roca (con 16 láminas).* Buenos Aires, Imprenta de Ostwald y Martínez. 1881.
 - *La América del Sud*, 1879.
 - *LOGOS. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras.* Nro. 15, Número dedicado a la Conquista del Desierto. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1979.
 - *Memoria presentada en nombre del gobierno de SMB al Tribunal Arbitral entre SMB y los EU de Venezuela*, Londres, 1899, página 145 (contiene 141 láminas con mapas y fotos sobre el límite argentino-chileno).
 - *Revista Militar.* Publicación especial de Círculo Militar Argentino. Año 60. Volúmenes 186, 187 y 188. Nro. 656 "La Historia patria y la acción de sus armas. 1810-1960". Buenos Aires, 1960.
 - *Todo es Historia.* Edición Especial. *Campaña del Desierto: una epopeya argentina.* Nro. 144. Buenos Aires, 1979.
-